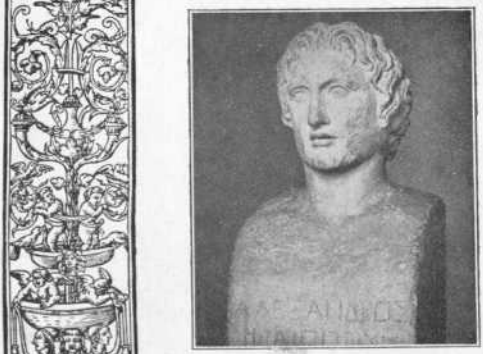
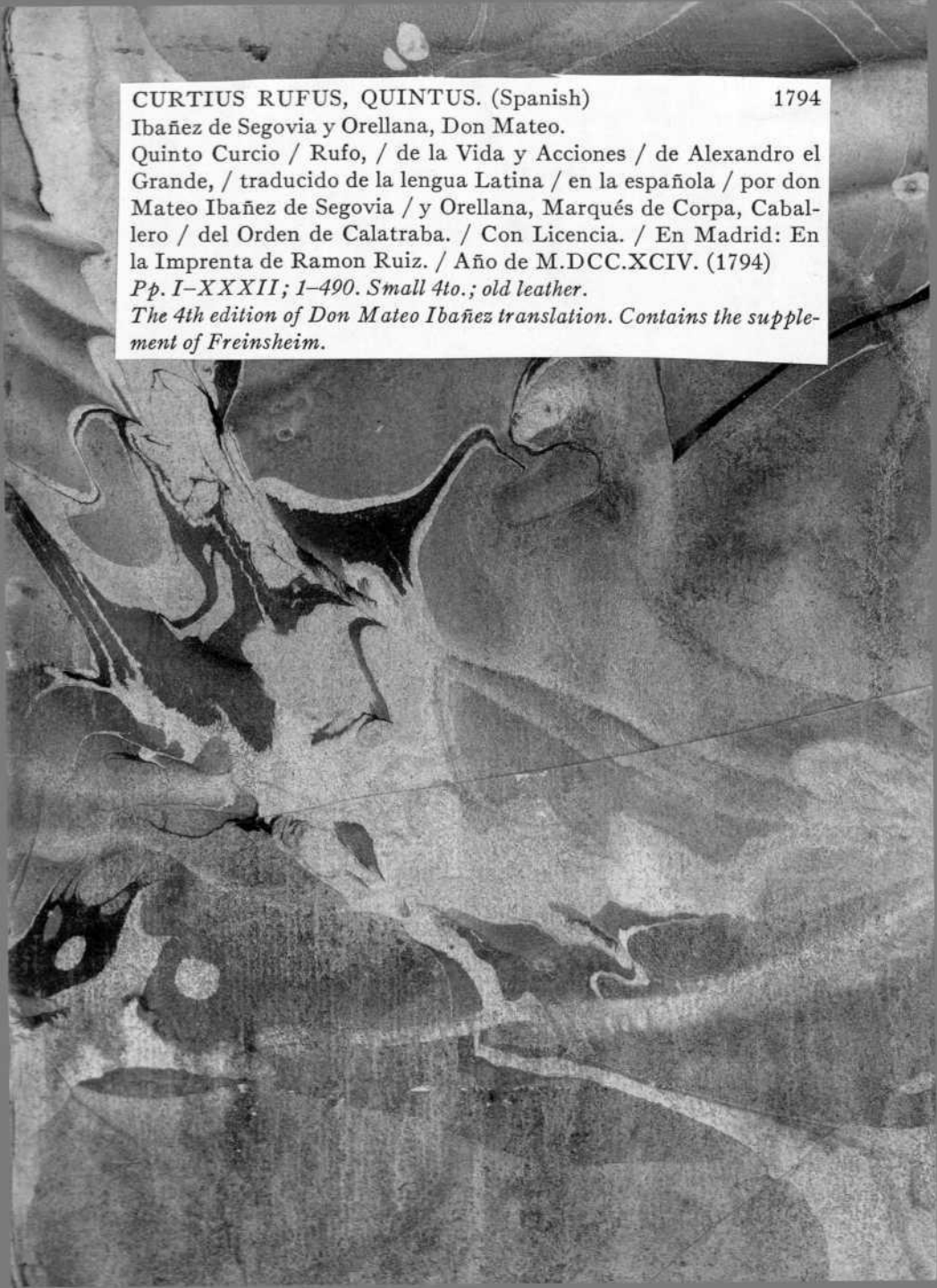


De Alexandro Magno
Ex Libris
Julii Berzunza



CURTIUS RUFUS, QUINTUS. (Spanish) 1794
Ibañez de Segovia y Orellana, Don Mateo.
Quinto Curcio / Rufo, / de la Vida y Acciones / de Alexandro el Grande, / traducido de la lengua Latina / en la española / por don Mateo Ibañez de Segovia / y Orellana, Marqués de Corpa, Caballero / del Orden de Calatraba. / Con Licencia. / En Madrid: En la Imprenta de Ramon Ruiz. / Año de M.DCC.XCIV. (1794)
Pp. I–XXXII; 1–490. Small 4to.; old leather.
The 4th edition of Don Mateo Ibañez translation. Contains the supplement of Freinsheim.

28 Sept. 93

QUINTO CURCIO RUFO,

DE LA VIDA Y ACCIONES DE ALEXANDRO EL GRANDE,

TRADUCIDO DE LA LENGUA LATINA

EN LA ESPAÑOLA

POR DON MATEO FRANCO DE SEGOVIA

y Orellana, Marqués de Cerpa, Caballero de Orden de Calatrava.

T. 112908 C. 71294977

16. xi. porte. D.. ij

QUINTO CURCIO

RUFO,

DE LA VIDA Y ACCIONES

DE ALEXANDRO

EL GRANDE,

TRADUCIDO DE LA LENGUA LATINA

EN LA ESPAÑOLA

POR DON MATEO IBAÑEZ DE SEGOVIA
y Orellana, Marqués de Corpa, Caballero
del Orden de Calatraba.

CON LICENCIA.
EN MADRID: EN LA IMPRENTA DE RAMON RUIZ.
AÑO DE M.DCC.XCIV.

R. 141685

BREVE NOTICIA

DE JUAN FREINSHEMIO,

Y QUINTO CURCIO,

Y JUICIO DE SU OBRA.

ESCribió Quinto Curcio Rufo las Acciones de Alexandro en diez libros, de quienes nos ha defraudado la injuria del tiempo dos, el principio del sexto, y algunos lugares del ultimo. Y si bien no ha faltado alguno, que afirme los vió en Viena en la Bibliotheca de Wolphango Lacio, ninguno se persuade á su existencia. Esta pérdida la suplió primero Christoval Bruno, y no Quinciano Stoa, como han querido muchos de Arriano, Diodoro, Justino, y otros Autores, que dexaron escrito de las Acciones de Alexandro, y ultimamente Juan Freinshemio, con tanta mayor extension, dulzura y elegancia, que hemos seguido antes en los dos primeros libros su Suplemento, que el de Bruno. Si bien en los demás lugares faltos nos servimos de él. Fue Freinshemio Alemán, nació en la ciudad de Ulma, en Sovabe, el año de 1608. Exercitóse en los Estudios de las Leyes en la Universidad de Marpug y Guisen, de donde pasó á Strasburg. Incluyóse alli por medio de algunas Poesías, que compuso en la amistad de Mathias Berneggero, el qual le franqueó su numerosa Librería. Enriquecióse en ella de las copiosas noticias de que están llenos sus Escritos. Pasó despues á Francia, donde fue recibido entre los Intérpretes del Rey; permaneció en este empleo por espacio de tres años, al fin de los quales se volvió á Strasburg el de 1637. Movido poco despues de las grandes conveniencias que le ofreció la Universidad de Upsal en Suecia, porque fuese á servir la Catedra de Eloqüencia, pasó á hacerlo; con cuya ocasion,

sion, gustó la Reyna Christina de Suecia de tenerle cerca de sí, señalandole dos mil escudos de renta. Pero no pudiendo tolerar su débil complexion la rigurosa aspereza de los frios de aquel clima, se halló necesitado á dexar las honras y conveniencias que en él gozaba, y á volverse á su patria, no sin gran disgusto de la Reyna, por la pérdida de un Varon tan erudito. El qual, demás de la perfeccion con que poseía las Lenguas Hebrea, Griega y Latina, usaba con la misma de todas las vulgares de la Europa. Estas grandes partes obligaron al Elector Palatino, deseoso de restablecer la Universidad de Heidelberg, á que le nombráse en ella por Profesor Honorario, con el titulo de Consejero Electoral; pero retiróse despues con su familia el año de 1656, y murió quatro despues, en edad de cinqüenta y dos. Hizo los Suplementos de Tito Livio, dispuestos en sesenta libros, los quales se imprimieron primero en Strasburg el año de 1654. y los de nuestro Autor, como hemos referido, ilustrandole con muy eruditas notas.

Lib. 1. ad Q. Tr. Epist. 2. Iac. l. 11.

Por lo que mira á Quinto Curcio, es materia muy controvertida entre los Autores, si se debe entender de la memoria que hace Cicerón en una de sus Epistolas de un Curcio, ó del de quien habla Suetonio, como de un Rhetorico grande del tiempo de Tiberio, de quien mas largamente dice Tacito: *Que segun la opinion de algunos, fue hijo de un Gladiator: Que desde la edad juvenil siguió en Africa al Qüestor, á quien tocó aquella provincia; y que hallandose en Abrumeto al medio dia paseándose, pensativo, debaxo de unos soportales, se le apareció una sombra en forma de muger mayor que humana, de quien oyó esta voz: Tú eres Rufo, aquel, que vendrá á ser Proconsul en esta provincia:* (cuya noticia refiere tambien Plinio el Menor) *Que con este agüero, lleno el corazon de grandes esperanzas, se volvió à Roma, donde con la liberalidad de sus amigos, y con su ingenio altivo, alcanzó el oficio de Qüestor; y despues entre muchos Nobles competidores por voto del Principe la Pretura, cubriendo Tiberio la baxeza de su nacimiento con estas palabras: A mi me pa-*

Plin. lib. 7. Epist. 27. ad Suram.

re-

rece, que Curcio Rufo es hijo de sí mismo: Que con esto, y con vivir despues muchos años siempre maligno adulador con los mayores, arrogante con los inferiores, y con los iguales insufrible, alcanzó el Imperio Consular, las Insignias Triumphales, y á lo ultimo el Gobierno de Africa, donde muriendo cumplió el pronostico fatal.

No pretendo detenerme en la averiguacion de los lugares de su libro quarto, donde habla de Tyro, ni en el del decimo, donde hace una digresion sobre la felicidad de su siglo, porque qualquiera los aplica segun es su sentir. Solo diré, que habiendo vivido largos años, le facilitaron estos pudiese ser el mismo de quien Suetonio y Tacito hablan, no habiendo corrido mas de 32, desde el ultimo año de Tiberio, hasta el primero de Vespasiano, tiempo en que le colocan los que se han desvelado en la averiguacion de su siglo. Pero tengo por ocioso referir la diversidad de opiniones que hay sobre esto, pudiendo verse juntas todas en Juan Gerardo Vosio y en Radero, Comentador de Quinto Curcio. Posible es, que fuese hijo de aquellos, que nombran Cicerón y Suetonio, y tambien, que no tubiese que ver con todos los precedentes, atendiendo, como repara muy juiciosamente Francisco de la Mote le Bailler, á que ni Quintiliano, ni alguno de los Antiguos hicieron la menor mencion de él, ni de su Historia, cosa tan estraña, en quien no dexó de nombrar Historiador alguno de su consideracion en el libro decimo de sus Instituciones, escritas debaxo del Imperio de Domiciano, que no es dispensable igual silencio, sino presuponiendo, que no se habia aun publicado en su tiempo la Obra de Quinto Curcio.

Por lo que mira á su Historia, es sin duda, que puede consolarse Alexandro, de que si no tubo como Achiles un Homero por pregonero de sus alabanzas, (valiendonos de las mismas palabras á que le precisaron usáse sus celos) logró entre los Latinos un Historiador de su vida como Quinto Curcio, porque verdaderamente es uno de los mayores que tubieron, y que por la excelencia de su estilo merece se le repute por mas antiguo que Tito Livio y Paterculo.

Pro-

Procede con grande juicio en abstenerse de las noticias del falso Calisthenes, (el verdadero, citado por Plutarco no existe) que dió á este Monarca un Nectanebo Magico por padre en lugar de Philipo, representandole con mas propiedad un Roldan, á un Amadis, que un verdadero Conquistador. La distribucion, que hace Enrique Glareano de la Historia de Quinto Curcio en doce libros, restableciendo los dos primeros, y dividiendo los otros diez en lugar de los ocho ordinarios, no ha seguido persona alguna. Pero en qualquiera que se disponga, siempre será tenida por digna de su materia, y su Autor del Elogio, que insolentemente, y sin merecimiento alguno se atribuye un Aminciano, de haber en alguna manera igualado por su estilo las admirables Acciones de Alexandro.

No le han faltado (como ni tampoco á los demás) á Quinto Curcio las objeciones de algunos rigurosisimos Criticos. El mismo Glareano, que he citado, le culpa de haber puesto con muy mala Geographia el Ganges de la parte Meridional, de haber confundido el monte Tauro con el Caucaso, y de hacerse risible, tomando el Tarartez de Plinio por el Tanais; pero se le puede escusar con que estas ultimas equivocaciones no son suyas, y que como Autor Latino siguió á los Griegos, de quienes se valió para su Historia. Y con efecto Strabón advierte en el libro 15 de su Geographia, que los Macedones llamaron Caucaso lo que no era sino una parte del monte Tauro, por ministrar mas materia el uno, que el otro para las Fabulas, con quienes gustosos lisongeaban la ambicion de Alexandro, y la suya. Y en quanto al curso del Ganges, aunque sea cierto, el que hablando generalmente desciende del Septentrion al Mediodia; sin embargo Strabón añade, que halla opiniones, que le obligan á derrotar diferentes, y que en fin lleva todas sus aguas de la parte de Levante. Mascardo censura á Quinto Curcio en parte diversa; porque le parece, que es excesivo en el uso de las Sentencias, (en cuyo dictamen le sigue tambien el Padre Moyne en su Arte de Historia) y aunque se halla obligado á confesar, que todas las de este Autor son muy

Apud Photium sec. 131.

Trat. 5. del Arte hist. c. 2. epist. 3.

muy hermosas é ingeniosas, le culpa de no haberlas usado siempre con juicio, sí algunas veces con desproporcion á la calidad de quien las dice, como lo pretende manifestar en la oracion de los Scythas á Alexandro, segun se lee en el libro 7 en que tambien concurre el Padre Rapin, Varon eruditisimo de nuestros tiempos, hijo de la Sagrada Religion de la Compañia de Jesus, y Francés de nacion, aunque alabandola de muy elegante y pulida. Si bien Francisco la Motte le Bailler, haciendose cargo de la objecion del primero, porque el segundo escribió mucho despues, dice, que la leyó muy repetidas veces respecto de esta imputacion; pero confiesa, que fue con bien diferentes ojos que Mascardo. Que dificilmente se persuade, á que el fin de ella sea solo el de agradar, pues tiene toda esta oracion por tan ajustada á la persona de los Embaxadores Scythas, que la expresan, asi por lo que mira á las Sentencias, como por lo que concierne á lo demás de sus partes, que en su dictamen pasa por una copia sacada del verdadero original de Ptolomeo, de Aristobulo, de Calisthenes, de Onesicrito, ó de otro de los que como ellos se hallaron presentes quando se pronunció, y tubo la curiosidad de insertarla en la Historia de este Monarca. Y á la verdad, dexando á una parte la propiedad con que refiere el presente de los Barbaros, de un par de bueyes, de un arado, de una taza, y de una flecha; el Proverbio Griego de las soledades de su Patria, está admirablemente aplicado; y aquella pintura Scythica de la Fortuna sin pies, cuyas alas no se pueden detener, por mas que dá las manos, tiene inexprimibles gracias en su expresion. Pero aunque todo esto se proporcione prodigiosamente con los que las pronuncian, hallo, que es aun con mayor conformidad en el uso de las Sentencias, que Mascardo y Rapin censuran; y si alguna vez fue estimable el *Decorum* de los Latinos, ó lo que deben observar mas cuidadosamente los Rhetoricos, creo es á quien donde con mayor puntualidad ha guardado Quinto Curcio las leyes. Los que saben la licencia con que los Scythas, y los Tartaros usaban de las Fabulas en sus discursos; y que asi como los demás pueblos

Rapin Reflexiones sobre la Historia, fol. 271. de la impresion ultima de Amsterdam.

blos Orientales no hacian algunos, sin mezclados de parábolas, admirarán el juicio de este Historiador en la mas sentenciosa parte de la oracion de que hablamos, donde verisimilmente han hallado estos Autores tanta materia para reprehenderle. ¿*Ignoras* (dicen aquellos Embaxadores á Alexandro) *que los mas corpulentos arboles, los quales han necesitado de largo tiempo para su aumento, se pueden en un instante derribar, y arrancar de raiz? No es prudencia atender solo al fruto que producen, sin considerar su exâltacion, y el peligro de su caida. Advierte, que si quieres subir hasta lo mas encumbrado, podrá ser que te enredes entre las ultimas ramas, y caygas con ellas. El leon por grande y feroz que es, sirve tal vez de alimento á los menores paxaros; y el hierro, enmedio de su dureza, de ordinario se vé consumido por el orin; finalmente, nada hay en la naturaleza tan fuerte, que no pueda menoscabarse por lo mas débil, y al parecer menos vigoroso.* Estas son las sentenciosas expresiones de que se forma, las quales, en vez de ser reprehendidas de indecentes, como pronunciadas por los Scythas, se deben estimar sumamente, á causa del ayre que conservan de su patria, y de aquel raro modo de exprimir, sin mezcla alguna del Griego, ni del Latino.

La gran rigidéz con que el P. Rapin quiere al Historiador, que procura formar, por medio de sus reflexîones, le nota de otros defectos. Llegando á proponer la pureza de estilo, que se ha de observar en la Historia, el qual no debe tener nada de impropió, de estraño, de duro, de osado, ni de obscuro, en que pondera quanto excedió Herodoto á todos los Griegos, y Julio Cesar á todos los Latinos, dice de Curcio: Que por haber puesto tanto cuidado en lo pulido, perdió aquel grande y magestuoso ayre, que hace tan recomendables á Salustio, y á Tito Livio. Porque se ofrece muy florido en muchos lugares, como son al principio del libro 3. en el de la descripcion del rio Marcias, en el del suceso que refiere en el libro 4. de Abdalomyno, el qual pasó desde la humildad de Jardinero á la soberanía de Rey, el del sitio de Tiro, y el de la licenciosa vi-

Rapin fol. 253.

Cicer. de opt. gen. orat. In sententia nihil absurdum, ab alienum, aut subinsulsum: in verbis nihil iniquitatum objectum, non aptum, durum, longè petitum.

Tab. Q. lib. 8.

vida de Alexandro , quando se dexó vencer de las delicias de Persia , despues de haberse mostrado invencible en los peligros de la guerra ; el en que refiere los sentimientos de Sysigambis por la muerte de este Príncipe , y otros muchos , en quienes dice , que se reconoce una afectacion de elegancia impropria de la gravedad de la Historia , en la qual no es tolerable afectacion alguna. Si bien volviendo á notarle de lo mismo en el último párrafo de sus Reflexiones , donde hace un juicio general de los Historiadores , dice , que aunque no se le puede dexar de culpar su demasiada pulidez , tampoco escusarle la alabanza , que merece , por lo que se aventaja en el grato y natural modo de describir las costumbres , (cuyo perfecto caracter se perdió en los siglos que le sucedieron) y por la sinceridad con que procede en referir tan igualmente las virtudes de Alexandro , que sus vicios , sin dexarse llevar del merecimiento de su Heroe ; pero que es culpable algunas veces en uno , y otro caso , por el poco juicio con que en el primero le describe , alabandole acciones, que no lo merecen, y por la falta de decoro y de discrecion con que refiere en el segundo otras , por infames , indignas de que ocupen lugar en la Historia ; en cuya comprobacion dice asi : *No siempre tiene Curcio razon de ofrecer á Alexandro tan admirable ; porque aunque de ordinario nos le manifiesta eligiendo el partido mas heroyco y mas arriesgado , nunca el mas prudente. El pèligro siempre se halla sujeto á él. No son las Conquistas las que apetece , sino la gloria que le resulta de ellas. Pudo aprisionar á Dario , acometiendole de noche , y venciendo su flaqueza , enmedio de ser el Exército enemigo dobladamente mas numeroso que el suyo. Pero aquel gran Heroe , menos atento á vencer, que á dar motivos para la admiracion de su valor , acometió al Rey de Persia en mitad del dia , resuelto á perecer antes gloriosamente , que á vencer por medios astutos. Ofreciole Dario despues de su rota dividir con él el Asia , proponiendole el casamiento de su hija ; pero quiso antes Alexandro encaminarse á la gloria por el*

8. c. 7. Non debet quisquam ubi maxima rerum momenta versantur sollicitus esse de verbis.

Tab. lib. 11. cap. 1. Ut Monilibus , & Margaritis, quæ sunt ornamenta fœminarum , deformantur viri ; nec habitus Triumphalis , quo nihil augustius fœminarum decet. Rapin 304.

pe-

peligro, que llegarse á ver Señor de la mitad del Asia tan tranquilamente. Y asi no dió oidos á estas proposiciones, ni quiso nada sino es por medios extraordinarios, sobre cuyas acciones hace gran ponderacion su Historiador. ¿Pero enmedio de tanta gloria, no falta algo de razonable en ella? ¿No hace á su Heroe mas atrevido, que prudente, y mas arriesgado, que ambicioso? Hale juzgado en esto mas prodigioso sin duda; pero tambien nos ha dado motivo para dudar si es Romano, ó algun Historiador, que dexó pensionado para esto. Tanto importa á un Autor dirigirse en todo por la razon; con la qual debe siempre medir sus conceptos, y seguir antes la naturaleza de las cosas, que las hermosas idéas de su imaginacion.

Por lo que mira á los infames vicios que refiere de Alexandro, y de que le censura Rapin, lo hace con
Rapin. 198. estas palabras, que traslado, tanto por lo que conducen á nuestro proposito, quanto por lo que pueden contribuir á la enseñanza de muchos: *Mi dictamen es, que aunque en la Historia no se puede referir nada que no sea verdad; tampoco decir todas las verdades, especialmente algunas, que miran á los Soberanos, con quienes es preciso dispensar tal vez, en cuya consideracion pudiera haber excusado Quinto Curcio las indecencias que refiere de Alexandro. Las Diademas son tan privilegiadas, como acreedoras de todos respetos; y asi debemos tratarlas decorosamente, sin dexarnos llevar de la libertad; podemos representar los vicios de sus Personas, pero sin tocar en nada que ofenda á su dignidad, ni que disminuya lo que es tan debido á su grandeza.*

En quanto á las oraciones de la Historia de Curcio, procede Rapin, no menos rigido Censor, que Mas-
Rapin. 271. cardo; pues de mas de conformarse con él en lo que dice de la de los Scythas, añade, que la que supone hizo Dario antes de la batalla de Arbela en el libro 4. es muy estudiada, muy fina y muy larga. Que la que se ofrece al fin del libro 6. en voz de Philo-

tas

tas ; acusado de haber conspirado contra Alexandro , y cercano á su muerte , es con expresion tan tranquila y tan dulce , como pudiera , si se hallàse en una funcion de gran gusto : sobre lo qual concluye con que siempre será del sentir de Cicerón , el qual tratando de las oraciones de Thucidides , dice discretamente : *Tengolas por muy hermosas , pero si quisiera imitarlas no podria , ni quisiera aunque pudiese.*

Cic. declar. orat. De Thucidide orationes quam inter posuit laudare soleo : sed imitari reque possim si velim neque velum si possim. Lib. 6. y lib. 10.

Pero enmedio de venerar los reparos de Varon tan erudito , no me detendré tanto á estrañar estos , ni los que miran á la Geographia y á la Rethorica , quanto á culpar antes á Quinto Curcio , con le Bailler , por lo que toca á la Moral , en que verdaderamente no se le puede escusar ; porque despues de haber reconocido en mas de un lugar como Alexandro , se sirvió del Eunucho Bagoas para lo mismo , que le hizo tan poderoso en la gracia de Rey Dario , sin detener mucho la consideracion en el valimiento que tuvo Ephestion , pues no le fue tan ignominiosa , ni tan culpable como algunos han querido , es digno de estrañeza que no reparàse en decir , que todas las inclinaciones de Alexandro fueron naturales , y permitidas. Hacelo quando habiendo representado la muerte de este Principe, exâmina despues sus virtudes y sus vicios , usando de estos propios terminos: ¿ *Quál fue su benignidad con la mayor parte de sus confidentes* ? ¿ *Quál el afecto á sus soldados* ? ¿ *Y quál su continencia con las mugeres* ? Como si aquella pasion infame que tubo por Bagoas no fuese contra la naturaleza , quando mucho tiempo antes, enmedio de las tinieblas del Paganismo , Phocydides observó en uno de sus versos , que los brutos mismos aborrecian este genero de ayuntamiento ? ¿ Y quando Platón , por infamado que estubo de esta torpeza , reconoció despues en el libro 8. de sus Leyes , que antes del mismo siglo de Layo , este exemplo de los brutos ocasionó , que se llamàse el amor de varon , pecado contra la natura ? Verdaderamente , que el yerro de Quinto

Curcio no se puede paliar por mas que se alegue la licencia grande de los Gentiles, asi Griegos, como Latinos sobre esta materia.

Lo que con razon merece alabarse en Curcio es la cordura y atencion con que procede en la credulidad de los prodigios, en que le hace superior á los Griegos Francisco la Motte le Bailler, enmedio de que confiesa lo retenidos que son en darla á ellos.

No es necesaria mayor prueba, que la que ofrece describiendo una, ó dos fuentes milagrosas, que brotaron luego que Alexandro campó cerca del rio Oxo. Arriano dice, que la una de aceyte, y la otra de agua clara, sin parecerle que ocasionaria el menor escrúpulo á la credulidad de sus Lectores. Quinto Curcio en el libro 7. no habla de la fuente de aceyte; refiere sí, que abandonando unos pozos, se halló una en la Tienda del Rey, y que habiendose descubierto tarde, se dispuso corriese la voz de que habia sido nueva, gustando el mismo Alexandro se creyese gracia del Cielo, y don del Dios. En mayor prueba de la circunspeccion con que trató siempre este Historiador los casos, que pueden causar astrañeza, pondré aqui los términos de que se vale para la narracion de aquel perro, que se dexó cortar los miembros uno á uno en el Reyno de Sophista, antes que soltar, y dexar la presa del leon: *Confieso* (dice) *que refiero mas de lo que creo, pero como no me obligo á asegurar lo que dudo, tampoco á dexar de decir lo que he sabido.*

Tambien es digno de advertirse el lugar del mismo libro, donde refiere, que en la enfermedad de Ptolomeo, mostró una serpiente á Alexandro en lo mas profundo de un sueño la yerva, que habia de sanarle. Con semejantes protestas, y moderacion, la qual acredita el juicio del Escritor, y que no pretende la credulidad de los Lectores, se puede referir qualquier suceso.

No se ofrece en toda esta obra mas carta que la que su Autor refiere de Alexandro á Dario, sin que tenga

otra

otra digresion que la del libro 10. de quien he tocado algo, lo qual mira á la felicidad del Pueblo Romano, reunido en el tiempo que Quinto Curcio escribia debaxo de un gran Emperador, tomando ocasion para hablar de esto de las divisiones que hubo entre los Macedones, despues de la muerte de quien los habia constituido Monarcas del Mundo. Porque no se debe tener por digresion el discurso del modo de vivir de los Indios con la descripcion de sus Tierras, que se ve en el libro 8. por no haber en ella nada, que no sea del proposito que tomó el Historiador, no pudiendo tratar bien de los sucesos de Alexandro en la India, sin dar una sumaria noticia de lo que era aquella provincia. Con que no restando otro reparo substancial, que expresar en este juicio, le pondrémos fin, advirtiendo, que enmedio de lo referido, ninguno entre los Historiadores Latinos ha logrado, segun el sentir de le Bailler, mas universal aprobacion y aplauso, que Quinto Curcio; porque aunque unos celebran el estilo de Titio Libio, y otros el de Tacito, todos convienen en que mirado el conjunto de su Historia, excede á las demas Latinas. El sentir de Justo Lipsio, repetido por mí en otra parte, es de que los Príncipes no deben tener otra lectura mas ordinaria que ella, y que harán bien de traerla siempre entre las manos. Y á la verdad son, demás de las grandes utilidades que hallarán en ella los Príncipes para el alma, considerables los provechos que sacarán por la agilidad, disposicion y sanidad del cuerpo; á cuyo proposito es muy digna de este lugar la noticia que se ofrece en la Historia de los Emperadores, de un Lorenzo de Médicis, al qual le deleytó tanto cierto tratado de Conrado Tercero del nombre, que creyó haber debido su salud al gusto que recibió de aquella diversion. Pero es aun mas vulgar la que refiere Antonio Panormitano, y repite sin muchos el Padre Siguenza en uno de sus eloqüentes y eruditos libros de la Vida de San Geronymo, y de la Historia de su Religion, el qual tratando de Curcio, dice: Que hallandose el sabio Rey de Aragon Don Alonso gravado de una enfermedad, para cuya curacion no habian bastado todos los remedios de sus Médicos, buscó algun divertimiento en la Historia que exâ-

Just. Lyps. in notis ad lib. 1. Polit.

mi-

minamos, y que le encontró con tan gran satisfaccion y felicidad, que se halló enteramente aliviado, protestando en presencia de muchos vasallos y criados suyos, que de ninguna suerte estimaria tanto á Hypocrates, ni á Avicena como á Quinto Curcio, á quien se confesaba deudor de su salud.

Anton Panor. de rebus gestis Alph.

Contentome con referir semejantes sucesos, sin pretender abogar por su certidumbre, y lo quedaré mucho mas, si ellos, y todo lo contenido en este trabajo cede en deleyte, y utilidad de los Lectores.

PRO-

PRÓLOGO

AL LECTOR.

EL universal aplauso que han merecido las traducciones, que en este siglo se han hecho en la Lengua Francesa, por la aplicacion y felicidad con que se han dedicado sus mas eruditas plumas á ilustrarla, reduciendo á ella los mas doctos Escritores Griegos y Latinos, dió ocasion en cierta conferencia literaria, á que se controvirtiese si podrian lograr igual, ó superior acierto las que en nuestra Lengua Española se hiciesen de los mismos originales Griegos y Latinos. Abogaba tibiamente á favor de esta la comun experiencia de las pocas á quienes en ella se les puede conferir dignamente; pues sacadas las que hizo Alonso de Palencia de Plutarco, y otros, las quales, enmedio de haberse escrito en tiempo, que aun no habia llegado la lengua á verse en la hermosura y ornato, con que hoy se halla enriquecida, mantienen sin embargo tan gran nervio, y eloqüencia, que sin hacerla desapacibles su ancianidad, pueden servir de modelo seguro á todos los que las emprehendieren; la del P. Fray Luis de Granada del libro de la Imitacion de Christo del P. Kempis, impresa en Madrid el año de 1567. las del P. Ribadeneyra de las Meditaciones, Soliloquios y Confesiones de San Agustin. Las de la Tragedia Latina de Lucio Anneo Seneca, que intitula las Troyanas, y la de Pomponio Mela por Don Joseph Antonio Gonzalez de Salas. La de los libros de Beneficios de Séneca por Fray Gaspar Ruiz Montiano, con quien no es comparable la de Don Pedro Fernandez Navarrete. La del Panegyrico de Plinio á Trajano por el Jurisconsulto Don Francisco de Barreda. La del Opusculo, que debaxo del título de Gobierno de los Príncipes, corre por de Santo Thomás, y con no pocos valedores esta opinion contra tantos como se oponen á ella por Don Alonso Ordoñez de Seyxas y Tobar, que tambien traduxo con no menor acierto la Poética de Aristóteles. La de Tácito por

Don

Don Carlos Coloma, justamente celebrada de los que alcanzan á conocer sus primores, y á diferenciar las crecidas ventajas con que excede á tantas como se han hecho de este Autor, unas medianamente razonables, y otras sumamente infelices. La de la Capa de Tertuliano por Don Estevan de Ubani, la de la Apologia, y de otros tratados del mismo Autor, por el P. Fray Pedro Manero, dignas de las mayores alabanzas, por el gran acierto con que exprimen la viveza y valentia de sus conceptos, enmedio de las ingeniosas obscuridades, (segun las llama Lactancio) y de las estudiadas tinieblas (segun San Agustin) que se ofrecen en aquel Africano, ocasionadas de las figuras Griegas que usó en estilo Latino; las que hizo Don Francisco de Quevedo, peregrino ingènio de nuestro siglo del Lyrico Poeta Griego Anacreonte, que no imprimio, y cuyo original pára en mi poder con muy eruditas notas; y la que corre de la vida de Marco Bruto, sacada del texto Griego de Plutarco, que tan siniestramente han publicado algunos, fue de la traduccion Francesa del Señor Amiot, como se reconoce de los primorosos aciertos de aquella, y de los continuados defectos, que en esta notan sus mismos Franceses, y entre otros el Señor de Hedoville; el qual, con ocasion de ponderar la destreza con que traduxo del Griego Mr. le Febre la vida de Teseo del mismo Plutarco, añade, que por la impropiedad, rudeza y obscuridad de las de Amiot, se debe desear saque Febre las demás. Pero hizo el año de 1666. el Abad Tallement, con tan grande acierto, que logra el primer crédito este trabajo; y otras cuyo número dificilmente llegará al de las referidas. Todas las demás que corren en nuestra lengua, haciendo considerable ofensa á los Autores que traducen, mas las sirven de descredito y ultrage, que de lustracion y adorno.

Este desengaño, y el de la inaplicacion que generalmente se experimenta hoy en España á las buenas letras, hizo negar á casi todos los concurrentes, que pudiesen ser las superiores, y desconfiar á muchos de que llegasen á igualarlas. Movida, pues, mi cortedad, aunque tan excesivamente inferior á la suficiencia de aquellos, del crédito de nuestra len-

engua, venciendo á esfuerzos del natural amor á ella los estorvos que la ofrecia la medrosa desconfianza del proprio conocimiento, y fiando de la laboriosidad y el estudio, lo que no debia esperar de mi ingenio, resolvi reducir á ella algun Historiador Latino; que fuese obgeto digno de mi empresa. Y siendo uno de los mas celebrados entre los antiguos Quinto Curcio, por la hermosa variedad de su materia, por la forma y el todo de sus circunstancias, y quien hoy corre con mayor credito traducido en la Lengua Francesa por el Señor de Bougelas, habiendo comprado este al precio inestimable de los años, los aciertos, que le confieren; pues si creemos al que publicó este trabajo, pasaron de treinta los que gastó en él; plazo, que aun en menor número, y en materia de mayor conseqüencia le juzgó Tacito en el tratado de las Acciones de su suegro Agricola por uno de considerables de la vida humana, me pareció hacer eleccion de este, para que á vista del cotejo se pudiese decidir mejor la suscitada controversia, atribuyendo los desaciertos en que mi traduccion la fuere desigual á defecto de mi suficiencia, y los primores, en que (por acaso) la fuere superior á la fertilidad de nuestra lengua, cuyas excelsas ventajas á la Francesa son tan notorias á todos los que con desinteresado ánimo las han juzgado, que solo ellas pudieran haberme alentado á esperar lo que de menos poderosa causa no debia prometerme: dictamen, en que purgandome de las sospechas de apasionado por mi propria lengua, me ha confirmado con el suyo un Erudito moderno y estrangero, el qual, en la Genealogia, que escribe de la casa de Austria, llegando á tratar de la Magestad del Rey Don Phelipe IV. nuestro Señor, y á ponderar su Religion, su piedad y su reverencia á la Santa Sede, produce en mayor credito de ella una carta que escribió de su propria Real mano á la Santidad de Alexandro VII. en respuesta de un Breve, en que le participa de su asuncion al Pontificado, y antes de hacerlo dice: *Ofreceriala en Lengua Latina, si enmedio de ser la Española hija suya, no excediese aun á su misma madre en la gravedad de su caracter, en la posesion de su laconica frase, en la magestad de sus palabras, y en lo exquisito de sus peregrinos*

Quid si per quindecim annos, grande mortalis ævi spatium.

Addo, & aliud testimonium quod ex proprio Majestatis suæ calamo Brebi Apostolico Pa-

***

y

y vivaces conceptos. Con el fin, pues, propuesto, he aplicado en esta traduccion todo el cuidado que he juzgado capáz de su logro, poniendole en la observacion de las leyes, que nos prescriben los aciertos de las que corren mas celebradas, sin estrecharme á la rigurosa severidad con que algunos quieren, que sea la version tan fiel y puntual, que no se mude una sylaba ni coma; pues como advirtió San Geronymo: *De la manera que no es injuria de la sentencia, sino adorno suyo cercenarla lo superfluo; tampoco infidelidad sino aliño añadirla para perfeccionarla:* Tampoco me he adelantado á usar de la relaxada licencia del Paraphrasis; *porque esta no solo es interpretacion de la letra,* (segun el sentir de Quintiliano) *sino una libre y arbitraria declaracion de sentidos, expresada con abundancia de palabras.* He tenido por regla el seguro medio que entre estos dos viciosos extremos siguió Ciceron, traduciendolas oraciones contrarias de Eschines y Demosthenes, que fue *el trasladar la viveza de la sentencia, y convertir en magestad Latina la pompa Griega, copiando* (como él dice) *la imagen, no los colores, pesando, y no numerándo las palabras, y atendiendo al valor antes que al número. Porque como enseña San Geronymo, el que traduce no ha de mirar á la material significacion de la voz, sino á la correspondencia que tiene en el Idioma, en cuya lengua traduce* precepto, de cuya observancia se hallan tan lexos todas las traducciones que hoy publican los nuestros, que no solo faltan á la debida proporcion y equivalencia de las voces, dexandose llevar de las estrañas; que muchas veces, ó no tienen en la propria la misma viveza, ó están recibidas en diverso sentido y significacion, sino tambien de las frases y dialecto de la lengua que traducen; de que nace, que teniendole cada una distinto, quedan tan asperas, desabridas, obscuras, y en muchos lugares expresados los conceptos en muy contrario sentido al que se ofrece en los originales que mas parecen abortos de estrangeras plumas, que partos de naturales ingenios.

No he puesto menor diligencia en examinar gran parte de los muchos exemplares que hay de nuestro Autor, entre quienes sigo ordinariamente los que publicó el P. Radero, y despues de él Juan Freinshemio, como mas correctos. Tampoco he omi-

ti-

Papæ, Alexandri VII. viventis etiam ab eodem propia manu consignato responsivo exivit Dabo, & illo eodem idiomate in quo scriptum fuit. Daremus Latinæ si latinitatis filii, ut est Hispanica lingua inscriptionis gravitate Laconicæ Phrasis Possessione sententiarum, in verborum majestate, ac peregrinorum, viva tamque conceptuum varietate materiem ipsam non vincet. Fr. Didacus de Leon les in Augustissimi Domus Austriacæ D. misit. Colos. pag. 9.

Quintil. lib. 10. cap. 5

Cicer. in Præfat. ad duas orat. contr. Hier. Epist. ad Suinam.

tido la de reconocer cuidadosamente las traducciones que se ofrecen en la Lengua Italiana y Francesa, y entre otras la que en aquella publicó Thomás Porcacho en Milán el año de 1528. con algunas notas, cuyo estilo tiene igual falta de pureza, que de aliño, y la que he referido corre con tan merecido credito en Francia de Mr. de Bougelas, al principio de la qual se ofrecen los dos primeros libros, que suplió á Curcio Freinshemio, si bien no traducido por él, sino por Mr. de Rier, á cuya imitacion le he seguido, asi porque en el todo de la obra se pueda hacer mejor el cotejo, como por las ventajas de este suplemento al antiguo, el qual no dexó de valerme en algunos lugares, que júzgo mejorados en él.

Quise exôrnar esta obra con algunas notas; pero considerando, que para los Eruditos eran superfluas, asi por no necesitarlas, como porque aun quando las apeteciesen, no pudiendo yo adelantar nada á lo mucho con que han enriquecido á este Autor el P. Radero, el mismo Freinshemio, Blancardo Locenio Erasmo, Hutenio, Clareano, Hæningero, Accidalio, Francisco Medio, Tito Popma, y sin otros ultimamente Phelipo Carolo, el P. Michael Pellier, de la Compañia de Jesus, para el uso del Serenisimo Delphin, en ellos hallarian quanto deseasen, desistí de tan poco fructuoso material trabajo.

Lo que sí me ha parecido preciso, es dar alguna noticia de quien fue Curcio, y un juicio de su obra, deducido de los Autores, que pudieron hacerle con mas acierto, ó de alguna parte, ó del todo de su historia, en que seguiré muchas veces la finisima Critica de Juan Gerardo Vosio, y de Francisco la Motte le Baitler, Olandés el uno, y Francés el otro.

Faltame por advertir, que no pretendo abrogarme, ni la gloria, ni la osadia de haber sido el primero en emprehender este trabajo en nuestro Idioma, que ya sé que el año de 1518. le dió á luz pública en Sevilla Pedro Cándido de Zimbre, y que tambien lo hizo el de 1534. el Licenciado Gabriél de Castañeda. Del primero debo la noticia á la doctisima Bibliotheca Hispana, que para segura norma y acertado modelo de todos los que las formaren, (segun el sentir de los primeros Críticos de la Europa) y entre otros de Morovio, eruditisimo Alemán,

en el juicio que hace de todas las Bibliothecas, dexó escrita nuestro eruditisimo Don Nicolas Antonio, Varon verdaderamente grande, por sus copiosisimas letras, y exemplares virtudes, y merecedor de mas feliz siglo. Pero por grande que ha sido el cuidado que he puesto en descubrirle, no lo he podido conseguir, por cuya causa tampoco decir el que merece. Don Nicolás Antonio duda si fue Español, ó Estrangero; y dice, que facilmente se persuadirá á que se le equivocáse con Pedro Cándido de Zimbre, Maestro que fue de Breves de Nicolao V. aunque este nunca tuvo comercio alguno con la Lengua Española, que traduxo sí del Griego en Latin á Apiano Alexandrino.

La Traduccion de Castañeda he visto con merito capáz de que se me permitia decir de ella, que aun quando se hubiese valido este Autor de exemplares menos corrompidos, que los qué él mismo confiesa tuvo, y manifiesta la obra; y aun quando guardáse las leyes de una severa Traduccion, ó produxese las utilidades que suelen dar de sí los Paraphrasis, y de que está tan lexos, que solo se reconoce en ella una indistinta mezcla de ambas cosas, vende á tan caro precio las noticias que ofrece, que no siendo este menos que el de una considerable porcion de pacienciá, apenas hay aun en los que por falta de inteligencia de la Lengua Latina no tienen otro recurso en donde buscarlas, quien se halle con fuerzas para tolerar la molestia de su narracion, queriendo antes carecer de aquellas, que pasar por semejante fatiga. Si bien no se le puede dexar de estimar el buen zelo que tuvo de comunicar esta Historia, tal qual esté, á los que se hallaban imposibilitados de lograrla por otro medio; asi como ni tampoco dexarse de admitir con la beningna gratitud que espero el que me ha movido en mayor credito y desempeño de nuestra Lengua, aunque enteramente no consiga el fin propuesto. VALE.

TA-

TABLA

DE LOS CAPITULOS

QUE SE CONTIENEN EN ESTE LIBRO.

LIBRO PRIMERO.

CAp. I. Nacimiento de Alexandro, y prodigios que le precedieron y sucedieron, Pag. 1.

Cap. II. Su educacion: los exercicios de su juventud, la disposicion de su cuerpo, pag. 6.

Cap. III. Su inclinacion á las Ciencias: credito de Aristoteles su Maestro, pag. 10.

Cap. IV. La estimacion que Alexandro hizo de Homero: su desprecio á los deleytes, y la destreza con que domó el caballo Bucéphalo, pag. 15.

Cap. V. Dexale su padre en su ausencia el gobierno de Macedonia: lo que hace en este tiempo: guerras de Philipo; rota de los Illirios por Alexandro: Philipo declarado General de los Griegos, pag. 18.

Cap. VI. Oracion de Piton, enviado por Philipo á la Junta de los Beocianos, pag. 23.

Cap. VII. Oracion de Demosthenes, enviado por los Athenienses, recitada en la misma Junta, pag. 27.

Cap. VIII. Los Thebanos se declaran contra Philipo, y se unen con los Athenienses; sujeta Philipo toda la Grecia, y muestrase beningno con los Athenienses: toma la ciudad de Thebas, y tratala rigurosamente: su designio de llevar la guerra á Persia, pag. 33.

Cap. IX. Discordias en la casa de Philipo: resuelve éste dar muerte á Alexandro, el qual se halla necesitado á retirarse con su madre Olimpias: muerte de Philipo, en que son sospechosos Olimpias, y Alexandro: crueldades de Olimpias, p. 36.

Cap. X. Alteraciones en el ingreso de Alexandro á la Corona: su valor y resolucion: habla al pueblo, y manda castigar á los cómplices en la muerte de su padre, pag. 40.

Cap.

Cap. XI. Entra en Thesalia: reducela á su obediencia: nombranle los Griegos por su general, cuya junta hace se tenga en Corintho: visita al Philosopho Diogenes: su expedicion en la Thesalia, y anuncios de su grandeza, pag. 44.
Cap. XII. Su viage á los Getas: recibe Embaxadores de Alemania: escusa hacerles guerra: los Principes de Illiria se solevan contra él: vese en peligro, de que se libra por medio de una estratagema, pag. 48.
Cap. XIII. Alteranse los Griegos con la falsa noticia de su muerte: diligencias de Demosthenes contra Alexandro: toma y destruccion de la ciudad de Thebas, pag. 53.
Cap. XIV. Presagios de la ruina de Thebas: concede Alexandro la paz á los Athenienses, por pasar la guerra á los Persas, pag. 58.

LIBRO SEGUNDO.

Cap. I. Noticia del dominio de los Persas, hasta el tiempo de Alexandro: desprecianle estos, y despues le temen: singularidades del monte Ida, y diversas hazañas de Alexandro, pag. 63.
Cap. II. Manifiesta Alexandro, que es preciso hacer guerra á los Persas, pag. 66.
Cap. III. Pasa á Persia con su Exército: dexa á Antipatro por Gobernador en Macedonia: da todo su patrimonio: llega en veinte dias á las riberas del Helesponto: descripcion de las tierras cercanas, pag. 70.
Cap. IV. Honra el sepulcro de Achiles: su marcha al Asia: toma muchas ciudades: consejo de los Satrapas: orgullo de Dario, pag. 74.
Cap. V. Ardid de Alexandro para ganar á Memnon: fálso prodigio con que anima á sus soldados: pasa el Granico: rompe á los Persas, y premia á los soldados, asi muertos, como vivos, pag. 78.
Cap. VI. Dá gracias Alexandro á la Diosa Minerva: recibe muchos pueblos debaxo de su obediencia, sin imponerles tributo: entregasele la ciudad de Sardis: descubre las solicitudes de Demosthenes contra su persona; procura ganar á Phocion: toma á Epheso: forma en ella Repúblicа: hace

ce lo mismo en las demás ciudades: su grande estimacion á Apeles, pag. 83.

Cap. VII. Ordenasele en sueños, que edifique una ciudad á los Smyrnos: intenta cortar el Isthmo, que está entre Clasomene y Theos: junta á Clasomene con la Tierra-firme: sitia, y toma á Mileto, y concede libertad á los habitadores: prodigio acaecido en el Templo, intentando robarle unos soldados: inclinacion de un Delphin á un niño, pag. 90.

Cap. VIII. Obliga Alexandro á los baxeles enemigos á que se retiren: licencia su Armada, y las razones que tiene para ello: entra en Caria; donde toma muchas ciudades: restablece á la Princesa Ada en su reyno, con cuya accion adquiere el afecto de los pueblos, pag. 94.

Cap. IX. Pone sitio á Halicarnaso: intenta en vano apoderarse de la ciudad de Minda: salida de los de Halicarnaso, para estorvar los trabajos: temeridad de los soldados, de que se origina un gran combate: talento y moderacion de Memnon, Capitan de los Persas, pag. 99.

Cap. X. Otra salida de los de Halicarnaso: Son rechazados: ponen fuego á su ciudad, abandonandola, retirandose á dos ciudades, á quienes toma poco despues Alexandro, p. 103.

Cap. XI. Honra Alexandro una estatua de Theodecto: manda castigar á Lincestes, que conspira contra él: presagio con que descubre esta traycion: trata bien á los Judios: adora el nombre del verdadero Dios: ve en Jerusalen los libros de los Profetas: hace ofrendas en el Templo, pag. 108.

Cap. XII. Rompe á los Barbaros: resuelve Memnon pasar la guerra á Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposicion en los Aliados de los Macedones; pero en tan felices principios muere de peste, pag. 113.

LIBRO TERCERO.

Cap. I. Apoderase Alexandro de la ciudad de Celene: entra en la capital de Phrygia, donde habiendo cortado el nudo Gordio, resuelve pasar en busca de Dario, pag. 118.

Cap. II. Pasa muestra el Exército de los Persas; y Charidemo, Atheniense, es condenado á muerte, por haber dicho, aunque

que con orden de Dario, libremente su sentir, pag. 121.
Cap. III. Pompa de los Reyes de Persia, quando salen á campaña: descripcion de las Tropas de Alexandro, pag. 124.
Cap. IV. Apoderase Alexandro del paso de Cilicia, que habia abandonado Arsanes, Capitan de Dario, pag. 127.
Cap. V. Sobrevino á Alexandro una enfermedad de cuidado, por haberse bañado fuera de tiempo en el rio Cidno, p. 129.
Cap. VI. Recupera su salud por medio de Philipo su Medico, á quien todo el Exército dá gracias, pag. 131.
Cap. VII. Viendose Alexandro sano, resuelve acometer á Dario: manda dar muerte á Sisene, por sospechas de alguna conspiracion, á que dió motivo su negligencia, pag. 133.
Cap. VIII. Consejo y resolucion de Dario antes de la batalla: consternacion del Exército de los Persas, y presagios de su rota, pag. 135.
Cap. IX. Fuerzas, y comparacion de uno y otro Exército, pag. 139.
Cap. X. Oracion de Alexandro á sus soldados, pag. 141.
Cap. XI. Batalla sangrienta, en que mueren de parte de los Persas cien mil Infantes, y diez mil Caballos, entregandose á la fuga el resto del Exército: queda Alexandro señor del Campo, en que hace una considerable presa, p. 143.
Cap. XII. Consuela con real generosidad á la madre y muger de Dario, y á las demás Princesas en la pérdida del Rey, á quien creian muerto, pag. 147.
Cap. XIII. Entrega el Gobernador de Damasco á Parmenion los tesoros de Dario, é infinita nobleza, pag. 150.

LIBRO QUARTO.

Cap. I. Responde Alexandro con real magnanimidad á las orgullosas cartas de Dario; dá el Reyno de los Sidonios á Abdolomino, descendiente de Reyes; y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazon: muerte de Amyntas, que habia dexado el partido de Alexandro á manos de los Persas, y muchos Capitanes de Dario á las de los Macedones, pag. 153.
Cap. II. Pone Alexandro sitio á los Thyrios, por no haberle querido admitir, pag. 159.

Cap.

Cap. III. Hacen célebre y famoso el Sitio de Tyro : los dudosos acontecimientos de la guerra , pag. 163.
Cap. IV. Apoderase por ultimo Alexandro de Tyro , en quien hace considerable estrago su Exército , pag. 168.
Cap. V. Escribe Dario á Alexandro con mas urbanos terminos sobre la paz , cuyas condiciones desprecia : presentan los Griegos á Alexandro una Corona de oro : reduce debaxo de su obediencia muchas provincias por medio de sus Capitanes , pag. 171.
Cap. VI. Mientras Dario se dispone para la guerra , toma Alexandro la ciudad de Gaza , y castiga gravemente á Batis su Gobernador , pag. 174.
Cap. VII. Pasa Alexandro á visitar el Templo de Jupiter Hamnon , á cuyo oráculo hace varias preguntas, pag. 179.
Cap. VIII. Fundacion de Alexandria en Egypto , y diversas, expediciones de Alexandro , pag. 183.
Cap. IX. Llega Dario á Arbela , y bien á pesar suyo pasa Alexandro el Euphrates y el Tygris , pag. 185.
Cap. X. Amedrenta á los soldados de Alexandro un eclipse de Luna ; pero él los asegura y esfuerza por medio de los Adivinos de Egypto : pone en fuga á los Persas , que asolaban y destruian por todas partes : muere la muger de Dario , prisionera , de la tristeza , y llora Alexandro su desgracia : sospechas , sentimiento y votos de Dario, pag. 189.
Cap. XI. Pide Dario tercera vez la paz sin fruto , y niegasela tambien Alexandro , persuadiendole á que se rinda , ó haga la guerra , pag. 194.
Cap. XII. Atemorizanse los Macedones viendo en batalla el Exército de los Persas ; pero por ultimo llegando á ellos toman alegres las armas , pag. 198.
Cap. XIII. Oponese Alexandro al voto de Parmenion y de Pelipercon , que era de que se combatiese de noche , y despues de haberse entregado por algun rato al reposo, anima á los suyos al combate , pag. 201.
Cap. XIV. Oracion de Alexandro á los Griegos , y de Dario á los Persas , pag. 206.
Cap. XV. Descripcion de la sangrienta batalla que se dieron

los dos Exércitos cerca de Arbela: vencedor Alexandro, sigue á Dario vencido y roto, pag. 211.
Cap. XVI. Vese Alexandro en peligro, y librale de él su gran valor: obtienen finalmente los Macedones una cumplida victoria, y obligan al resto de los Persas á que se libre por medio de la fuga, con considerable pérdida de gente, p. 216.

LIBRO QUINTO.

Cap. I. Habiendo entrado Dario en la Media, se apodera Alexandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situacion, y viciosas costumbres de sus habitadores se describen, p. 220.
Cap. II. Propone premios á los soldados, para obligarlos á huir la ociosidad: recibe la ciudad de Susa, con los tesoros del Rey de Persia; y consuela á Sisigambis, pag. 226.
Cap. III. Despues de haber vencido Alexandro la region de los Uxiores, concede libertad á Madathes, su Gobernador, y á todos los rendidos y prisioneros, eximiendolos de todo genero de tributos: intenta entrar en la Persia; pero obligale Ariobarzanes á que se retire, pag. 229.
Cap. IV. Muestrale un prisionero un camino desconocido, por medio del qual llegó á combate con los Persas: en él dexa roto su Exército, y muerto á Ariobarzanes, pag. 232.
Cap. V. Pasando Alexandro á Persepolis, pone en libertad quatro mil prisioneros Griegos, pag. 237.
Cap. VI. Despues de haber robado á Persepolis, ciudad rica, llega á la Persia, y sujeta á los Mardos, pag. 241.
Cap. VII. Hace Alexandro quemar el palacio de los Reyes de Persia á persuasion de Thais, y de los Cortesanos, que seguian el Exército, y resuelve seguir á Dario, pag. 244.
Cap. VIII. Oracion de Dario á los suyos, exhortandolos á la batalla, pag. 246.
Cap. IX. Varios pareceres de los Grandes: alteracion ocasionada de la traycion que Nabarzanes y Beso habian tramado, pag. 248.
Cap. X. Cruel determinacion de Beso y Nabarzanes, sobre entregar á Dario, ó darle muerte: tienenla oculta por estraños medios, pag. 251.

Cap.

Cap. XI. Descubre Dario los intentos de los traydores: reusa el socorro de los Griegos, que tenia presentes, y declara quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos, pag. 253.

Cap. XII. Apoderase Beso de Dario, despues de haberle engañado con fingidas lagrimas, y habiendole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro, tan indigno de la Magestad de su persona, como si hubiese olvidado iba en él tan gran Principe, pag. 255.

Cap. XIII. Sabiendo Alexandro la infelicidad á que se hallaba reducido Dario, marcha contra el Exército de los Persas; pero Beso, y los demás parricidas, temiendo sus armas, dexan á Dario cargado de muchas heridas, y se entregan á la fuga, pag. 258.

LIBRO SEXTO.

Cap. I. Descripcion de la batalla entre Lacedemonios y Athenienses: vencedor Alexandro, concede la paz á los Griegos, que se habian sublevado en su ausencia, pag. 263.

Cap. II. Invencible Alexandro en la guerra, se dexa vencer en la ociosidad de las delicias: corre voz en el Exercito de que habia recordado de aquel adormecimiento, pag. 268.

Cap. III. Oracion de Alexandro á sus soldados, exhortandolos á concluir la guerra comenzada en Asia, pag. 271.

Cap. IV. Descripcion de Zioberis, admirable rio: ofrece Alexandro á Nabarzanes el perdon, que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallandose cercano al Mar Caspio, admite á su gracia á los Capitanes de Dario, pag. 274.

Cap. V. Habiendo recibido Alexandro á Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona á los Griegos, que habian socorrido á Dario, y despues de haber vencido á los Mardos, condesciende con el ruego de la Reyna de las Amazonas, pag. 277.

Cap. VI. Ofendense los Mecedones del modo de vivir de Alexandro; el qual, por evitar algun motin, se dispone á hacer la guerra contra Beso: empiezala por una estratagema, y sigue primero á Satibarzanes, por haber dexado su partido: echa de las montañas á los Barbaros, y toma la ciudad

de Artacacna, pag. 281.
Cap. VII. Dymno descubre á Nicomacho la conspiracion que se disponia contra Alexandro por medio de Cebelino su hermano, lo qual es causa de que Dymno se dé muerte por sus mismas manos, pag. 285.
Cap. VIII. Philotas, hijo de Parmenion, á quien se tenia por autor de esta conspiracion, ó por gran parte de ella, es preso á instancias de los favorecidos de Alexandro, y llevado al palacio cubierta la cabeza, pag. 289.
Cap. IX. Oracion de Alexandro á sus soldados, en que se quexa de la conspiracion de Philotas, á quien habiendole llevado delante de ellos, se dispone á su defensa, pag. 292.
Cap. X. Defensa de Philotas, en la qual niega enteramente la acusacion contra él, pag. 297.
Cap. XI. La junta, animada por cierto Beleno, se irrita contra Philotas; el qual poco despues, por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiracion, y muere apedreado con todos los demás que acusa, pag. 302.

LIBRO SEPTIMO.

Cap. I. Manda Alexandro dar muerte á Lincestes, convencido del delito de Magestad ofendida: y poco despues, que se proceda contra Amyntas y Symmias, amigos de Philotas: defienden su inocencia con gran valor y constancia, p. 307.
Cap. II. Vuelven á la gracia del Rey Amyntas, y sus hermanos: envia Alexandro á la Media á Polydamas para que dé muerte á Parmenion, de que se originó algun motin, que se sosegó por ultimo, pag. 313.
Cap. III. Sujeta Alexandro muchos pueblos, y pasa en diez y seis dias el Caucaso su Exército, pag. 318.
Cap. IV. Procura Beso disponer un festin, en el qual se resuelva la guerra contra Alexandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobaris: llega en el interin Alexandro á Bactra, donde tiene noticia de la rebelion de los Griegos, y de haber muerto á Satibarzanes en un reencuentro, p. 320.
Cap. V. Pasa el Exército de Alexandro con estraña industria el rio Oxo: cogido Beso por medio de cierto ardiz, y llevado á la

la presencia del Rey, le manda entregar á Oxatres hermano de Dario, para que lo haga poner en Cruz, pag. 325.
Cap. VI. Recibe Alexandro debaxo de su obediencia muchas ciudades, por medio del afecto de los Barbaros y de los Macedones: funda á Alexandria cerca del rio Tanais, cuya ciudad se perfeciona en breve tiempo, pag. 330.
Cap. VII. No bien convalecido Alexandro de la herida, tiene consejo con los suyos sobre pasar la guerra á los Scythas: declara Aristrando conforme al gusto del Rey los presagios que descubre en las entrañas de las victimas: queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil Infantes, y trescientos Caballos Macedones, cuya rota disimula Alexandro astutamente, p. 334.
Cap. VIII. Mientras se dispone el Exército para la guerra, llegan Embaxadores de los Scythas, los quales hacen una admirable oracion á Alexandro sobre la paz, pag. 339.
Cap. IX. Habiendo despedido el Rey á los Embaxadores, pasa el Tanais: hace guerra á los Scythas, y trata benignamente á los vencidos, pag. 343.
Cap. X. Valor invencible de los nobles Sogdianos: castigo de Beso: el Exército de Alexandro reforzado de nuevas Tropas, pag. 346.
Cap. XI. Obliga Alexandro á la ciudad de Piedra á que se rinda, enmedio de ser por su situacion sumamente fuerte, y casi inexpugnable, p. 348.

LIBRO OCTAVO.

Cap. I. Habiendo sujetado Alexandro á los Dahos, y á los Sogdianos, le ofrecen los Scythas en matrimonio á la hija de su Rey: mata por sí solo un leon en una caza: poco despues dá muerte á Clito en un festin, por la gran libertad con que habló de él, pag. 352.
Cap. II. Arrepientese Alexandro de haber muerto á Clito: sus expediciones contra Sysimethres, y los transfugas Bactrianos: Muerte de Philipo, mancebo ilustre y de credito, pag. 357.
Cap. III. Manda Alexandro á la muger de Spitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, á quien habia muerto, que salga fuera del Campo: venga algunas provincias de los ultrages de los Gobernadores, pag. 362.

Cap. IV. Vese en riesgo de perderse todo el Exército de Alexandro con el rigor del sitio, caminando á Gabaza: constancia del Rey, y su gran humanidad con los soldados: su casamiento con Roxanes, pag. 364.
Cap. V. Mientras ocupa sus pensamientos, solo en la expedicion de la India, se ensobervece por la malicia de los lisongeros, y quiere se le reconozca por hijo de Jupiter; lo qual condena Calisthenes en un discurso grave y juicioso, pag. 368.
Cap. VI. Conspiracion contra Alexandro, ocasionada de un agravio hecho á Hermolao: descubrese, y aunque Calisthenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella, p. 372.
Cap. VII. Hermolao hace una invectiva contra Alexandro, y prueba que Calisthenes está inocente, pag. 376.
Cap. VIII. Respuesta de Alexandro á la invectiva de Hermolao: castigo de los conjurados, y del inocente Calisthenes, pag. 378.
Cap. IX. Hermosa descripcion del rio Indo, del Ganges, del Dyardene, de la India, de sus habitadores, de sus Reyes, y de sus Sabios, pag. 381.
Cap. X. Sujeta Alexandro con admirable felicidad diversos pueblos de la India, aunque no sin efusion de sangre, pag. 385.
Cap. XI. Pone Sitio Alexandro á Aorno, peña y fortaleza inaccesible, y tomala habiendola abandonado los de dentro, pag. 389.
Cap. XII. Omphis, Principe poderoso, se rinde á Alexandro con su Reyno; pero conservale en él: presentes que se hacen ambos, pag. 392.
Cap. XIII. Hace Alexandro la guerra al Rey Poro, á persuasion de Omphis, cuyos principios son dudosos, pag. 394.
Cap. XIV. Combate sangriento entre los Indios, y los Macedones: gran valor de Poro, á quien Alexandro trata con real clemencia, pag. 398.

LIBRO NONO.

Cap. I. Pasa Alexandro á la India, despues de haber vencido á Poro, y reducido á su obediencia muchos pueblos, cuyas costumbres y estilos se describen, pag. 403.
Cap. II. Hallandose Alexandro pronto á acomater á los Ganga-

garidas y Pharrosios, exhorta con largo razonamiento á sus soldados á la perseverancia, reconociendolos fatigados, y que reusaban continuar la guerra, pag. 407.
Cap. III. Responde Ceno por todos á Alexandro, y muere poco despues de enfermedad, pag. 412.
Cap. IV. Habiendo reducido Alexandro á su obediencia á los Sabios, y á otros pueblos, entra en la region de los Oxidracas y de los Mallos: pone en fuga á los Bárbaros, y sitia la ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demophoon Adivino, pag. 415.
Cap. V. Queda herido en la ciudad de los Oxidracas, donde se arrojó de un brinco, y despues de haber perdido algunos de sus mejores Capitanes, y tomadose la Ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro, pag. 419.
Cap. VI. Pidenle sus amigos que mire por su salud, y por la pública; pero respondeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el Mundo, pag. 423.
Cap. VII. Sosiegase el rebelion de los Griegos en las tierras de los Bactrianos: dá Alexandro un banquete á los Embaxadores de los Indios: sobreviene un disgusto entre Horrata y Dioxippo, y pára en duelo, en que riñeron con desiguales armas: dase algunos dias despues Dioxippo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos, pagin. 427.
Cap. VIII. Habiendo recibido Alexandro presentes de los Embaxadores Indios, doma á los Sabrazas, Musicanos, Prestos, y otros pueblos: queda Ptolomeo sano de una venenosa herida, con el beneficio de una yerva que vió en un sueño Alexandro, pag. 430.
Cap. IX. Desea Alexandro sumamente ver el Occeano, y logralo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los Marineros y Pilotos, pag. 434.
Cap. X. Vuelve del Occeano á los términos de los Arabitas, Gedrosiros, y de los Indios, donde pelea su Exército con la hambre y peste; pero da providencia para su remedio: dispone despues en imitacion de Bacho cierto género de triunfo, aunque le ensángrienta con el castigo de Astaspes Sátrapa, pag. 437.

LI-

LIBRO DECIMO.

Cap. I. Quedan perdonados los delitos de Cleandro, y de algunos Capitanes, y castigados los de otros, aunque mas ligeros: intenta Alexandro pasar á la parte Occidental de la Europa: su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines, Satrapa ilustre, pag. 441.

Cap. II. Mientras discurre en sosegar las reboluciones de la Grecia, y en licenciar algunos soldados, á quienes habia pagado, y en quedarse con otros, se levanta una sedicion en el Campo, la qual sosiega con un razonamiento, p. 450.

Cap. III. Desbarata los malos intentos de su Exército con el castigo de algunos sediciosos, y dá la guardia de su persona á los Persas, pag. 454.

Cap. IV. Palabras de cierto soldado Macedon aprisionado: conspiracion contra Alexandro, el qual muere de veneno, p. 456.

Cap. V. Lo que hizo, y lo que dixo antes de su muerte: sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Dario, que rendida al dolor, murió poco despues: elogio de Alexandro, pag. 459.

Cap. VI. Consejo y parecer de los Grandes sobre declarar succesor á Alexandro, pag. 464.

Cap. VII. Saludan por Rey algunos á Arideo, hijo de Philipo, á solicitud de Meleagro, de que se origina una guerra civil, pag. 467.

Cap. VIII. Oponense los principales Capitanes á los artificios de Meleagro: procura Arideo, deseoso de la paz, sosegar el tumulto, solicitando algun medio de la satisfaccion de unos y otros, pag. 407.

Cap. IX. Pierde Perdicas á Meleagro por cierta astucia que usó, y casi trescientos hombres, que le habian seguido, pag. 473.

Cap. X. Divídese en muchas partes el Imperio de Alexandro: dase la mayor á Arideo, y las provincias á los Grandes del Estado: llevan el cuerpo de Alexandro á Alexandria de Egypto, pag. 475.

LI-

LIBRO PRIMERO
DEL
SUPLEMENTO
A QUINTOCURCIO
POR JUAN FREINSHEMIO.

CAPITULO PRIMERO.

NACIMIENTO DE ALEXANDRO, y prodigios que le precedieron y sucedieron.

MUchos Historiadores Griegos escribieron la vida y acciones de Alexandro, que despues de haber conquistado el Imperio de los Persas, le transfirió á la Grecia. La mayor parte de ellos fueron testigos de tantas gloriosas acciones como obró, compañeros unos de sus victorias, é instrumentos otros de sus designios, á quienes se añadieron los que llevó el deseo de su gloria, y el de que triunfase su nombre despues de su muerte; dexando por este medio á los siglos futuros el retrato de su valor, y la memoria de sus acciones. Pero enmedio de que fueron grandes, la natural inclinacion que tuvieron los Griegos á las fabulas, ocasionó, que muchos de ellos escribiesen aventuras, que tienen mas proporcion con los prodigios, que similitud con la verdad: y asi, no hallo que merezcan mayor credito otros, que Aristóbulo y Ptolomeo, que reynó despues de Alexandro; porque muerto este Príncipe, y faltando la ocasion para el temor, sin el qual, y la lisonja, que son los que de ordinario pervierten la verdad de la Historia, no te-

Justinus 16. 6. 17.

Arrian. *en su Prof.*

nian impedimento para la libertad de decirla; no siendo creible que Ptolomeo quisiese deslucir la dignidad Real con fabulas y fingimientos. Hallaronse ambos presentes, no solo á muchos de los sucesos que refieren, sino concurrieron tambien á ellos; con que pudieron escribir con mas verdad que otros; por cuya causa, siempre que los hallamos conformes, los preferiremos á los demás Autores, eligiendo, quando no lo están, entre la abundancia de tan diversas noticias, las que mas se acercan á lo verosimil, despues de haber cotejado exâctamente las unas con las otras. Hemos observado tambien, que despues del siglo de Alexandro, todos los Griegos que tuvieron algun amor á la verdad, y de mas reciente memoria Diodoro Siculo, siguieron el mismo camino; porque los Romanos que se aplicaron á la Historia, contentos con escribir las admirables acciones de un Pueblo victorioso, qual era el suyo, despreciaron siempre las de las Naciones estrañas, teniendo este por trabajo mas util y provechoso á sus ciudadanos. Pero asi como juzgo loable su intento, espero sea acepto el que he puesto en representar á mi Patria una imagen de este Rey, que por sí solo conquistó en el corto tiempo de su vida mayores dominios que otros Príncipes que la gozaron mas dilatada. De que se podrá reconocer no es el acaso quien gobierna los sucesos del Mundo, sino la fortuna que de ordinario se proporciona con el talento de los hombres, y que no tiene larga duracion la felicidad, quando no la acompaña la virtud. Juzgo, pues, que en Alexandro concurrieron todas las prendas de talento y fortuna que se pueden desear en un Príncipe, que ha de llegar á tan alto grado de autoridad y poder. Los de Macedonia creen descender de Hercules y Olimpias, madre de Alexandro; deduce del Grande Achiles el origen de su sangre y casa. No le faltaron desde su infancia, ni estímulos ni exemplos para aspirar á la gloria, maestros que le enseñasen la virtud, ni exercicios que le adquiriesen experiencias; porque el Rey Philipo su padre puso por medio de la contínuas guerras en reputacion el nombre de los Macedones, despreciable antes, y los hizo formidables á los demás Pueblos de la Grecia, á quienes reduxo debaxo de su obediencia; con que no solo echó los fundamentos para la obra, que se perficionó despues de su muerte, sino que muriendo con el designio

Diodoro 17. 1. Velejus 5. 66. Oros. 3. 12. Arrian. 25. 34. Pausan. *lib.* 1. Jul. Ces.

nio de pasar la guerra á Persia, dexó crecido número de levas que habia hecho, considerable porcion de dinero, tropas dispuestas, y todo genero de municiones, habiendo ya penetrado por medio de Parmenion el Asia. Murió pues en esta sazon, como si lo hubiese hecho, con el fin de dexar á su hijo tan grandes fuerzas para la guerra, y la gloria de los triunfos, que su espíritu se habia ideado; por lo qual se dixo, murió por artificio de la fortuna, la qual quiso (por decirlo asi) dar solo á Alexandro obediencia perpétua: y asi la admiracion que causó este Príncipe, obligó á dudar muy desde los principios de sus acciones, si seria mas justo tener por divino el nacimiento de tan grande Varon, y creerle antes hijo de Jupiter, que descendiente de este Dios por los Eacidas, y por Hercules. Lo cierto es, que quando pasó á Libia á visitar el Templo de Hammon, quiso le llamasen hijo suyo, como dirémos despues; *y que muchos creyeron que Jupiter tomó la forma de aquella serpiente que se vió entrar en la cámara y lecho de su madre, y que le procreó: que los sueños divinos, y las respuestas de los Oráculos testificaron este origen; y que quando Philipo envió á Delphos á consultar á aquel Dios, le advirtió el Oráculo veneráse con especialidad á Jupiter Hammon. No faltan Autores que desprecian por fabulosa esta noticia, asegurando que no sin motivo se habló de la madre de Alexandro, como de una adúltera: Que Nectanebo, Rey de Egypto, arrojado de su Reyno, no pasó, como se creyó, á Ethiopia, sino á Macedonia, esperanzado en el socorro de Philipo contra el poder de los Persas: Que rindió á Olimpias á sus engaños sas caricias por la fuerza de sus encantamientos, y que manchó el lecho de su huesped; de cuya afrenta no quedó sin las sospechas Philipo, las quales acreditó su divorcio, habiendo sido ellas principal causa para él: Que el dia que Philipo llevó á su Palacio á Cleopatra, Attalo, tio de la Novia, tuvo osadia de dar en rostro á Alexandro con la afrenta é infamia de su nacimiento; y que el mismo Rey le declaró no habia nacido de él: Que la voz del adulterio de Olimpias, no solo se dilató á nosotros, sino tambien á todas las Provincias que este Principe reduxo debaxo de su dominio: Que la serpiente trahe su origen*

Curt. 7. 1. 3.

Curt. 10. 5. 33.

Curt. 1. 6. 30. Lucian. *en el Dialogo de los muertos.* Sil. *lib.* 13. Vict. *en Galerio.* Dionysio Chrysost. *dis.* 4. Sydon. *en el* 2. y 9. *de sus versos.* Plut. *cap.* 7. Just. 11. y 16. Solin. *cap.* 14. Euseb. *hist.* 1. Ant. Ottotrising. 2. 23. Cedren. Glicas. Just. 11. 4. Texeita, *en la Histor. de los Persas.* 1. 32. Liv. 26. 19. 2.

de las antiguas fabulas, para encubrir la infamia de esta Princesa: Y que los Mesenios publicaron lo mismo de Aristomones, y los Sicyonenses de Aristodemo. La misma voz se divulgó de Scipion, el Primero que destruyó á Carthago; y el nacimiento de Augusto no dexó de tenerse tambien por milagroso y divino. Y qué dirémos, por lo que mira á Rómulo, Padre y Fundador de Roma, quando no ha habido Nacion, por baxa y despreciable que sea, que no haya atribuido á algun Dios, ó algun hombre procreado de él su origen y nacimiento? En quanto á la fuga de Nectanebo, no se conforma con el tiempo; pues quando fue vencido por Ocho, y echado de su Reyno, se hallaba ya Alexandro en edad de seis años: no siendo menos falso, ni menos ridículo lo que se dice de Jupiter, cuya fabula confirmó por tal la misma Olimpias; porque asegurada despues de la muerte de su marido, y burlandose de la vanidad de su hijo, que la procuraba persuadir habia nacido de Jupiter, le pidió por medio de una carta, *no la pusiese mal con Juno, ni la expusiese á la indignacion de esta Diosa, pues no habia cometido contra ella culpa, por quien mereciese su castigo. Y que en ocasion de pasar al Asia amonestó á Alexandro se acordáse de su origen, para no executar accion que fuese indigna de su padre.* Mas en lo que uniformemente convienen los Autores es, en que entre la concepcion y nacimiento de este Príncipe, fue seguro anuncio de que habia de nacer de esta Princesa tan admirable Héroe la diversidad, y crecido número de prodigios y presagios que acaecieron. Ofrecióselе en un sueño á Philipo, cubierto el vientre de Olimpias de un anillo, en que estaba gravado un Leon, cuya memoria conservó la Ciudad de Alexandria, edificada en Egypto, y por largo tiempo el nombre de Leontopolis. Aristrando, uno de los mas célebres Adivinos de su tiempo, que acompañó despues á Alexandro, y fue de quien se valió para sus sacrificios, declaró: *Que este sueño denotaba el valor, y virtud del Infante, que habia de nacer.* La misma noche que Olimpias parió, fue abrasado, y reducido á cenizas el Templo consagado á Diana en Epheso, uno de los mas célebres de toda el Asia, é introducido el fuego por el furor de un malvado hombre, que puesto á qüestion de tor-

Sif. 1. 9.
Agel. 7. 1.
Val. Max. 1. 2. 2.
Quint. 2. 4.
Sueton. *en la vida de Augusto, c.* 94.
Liv. *en el Pref.*
Plut. *cap.* 3.
Agel. 13. 4.
Plut. *cap.* 3.
Solin, *cap.* 14.
Plut. *cap.* 3.
Plut. *cap.* 2.
Ephor. *en Tert. del alma, cap.* 46.
Steph. 5.
Alex. Cust. *en Perieget.* 254.
Cic. *de Divinat.* 1. 23. *y de la nat. de los Dioses,* 2. 27.
Soli. *c.* 43.
Val. Max. 8. 14.
Zonaras *Hierro contra Helvid.*
Plut. *cap.* 4.

tormento, confesó: *No haber tenido otro motivo para aquella malvada accion, que el hacer perpétuo y memorable su nombre.* Pero los Magos y Adivinos, que se hallaban entonces en Epheso, *sintieron este incendio, no solo por la pérdida del Templo, sino por creerle cierto presagio de alguna considerable ruina; de cuyos desconsolados temores llenaron toda la Ciudad, diciendo, se encendia en alguna parte antorcha, cuyo incendio abrasaria todo el Oriente.* Al tiempo que nació Alexandro sujetó Philipo á Potidea, Colonia de los Athenienses: supo quedó vencedor en los Juegos Olímpicos, donde habia enviado quatro carros, y por un Correo, despachado por Parmenion, á quien habia enviado á Ilyria, de victoria mas importante, pues le avisaba haber roto y deshecho los Macedones á los Barbaros en una gran batalla. En la celebridad de tan felices sucesos le halló el del parto de Olimpias, del qual predixeron los Magos y Adivinos: *Seria invencible Príncipe Infante que habia nacido entre tantas palmas y victorias.* Y es fama, que Philipo, medroso de las grandes prosperidades que á un tiempo experimentaba, rogó á la Diosa Nemesis: *Permitiese, que con alguna mediana calamidad pudiese satisfacer los obsequios y sumisiones, que al parecer le hacia la fortuna.* Tambien se refiere, que en la Ciudad de Pelle se mantuvieron por espacio de un dia sobre la casa en que la Reyna parió, el que dió á luz á Alexandro, dos Aguilas, y que fue presagio de que poseería los dos Imperios de Europa y Asia: interpretacion facil de hacer despues de visto el suceso. Algunos Auctores añaden: *Tembló la tierra el dia del nacimiento de este Príncipe, en el qual se oyeron grandes truenos, y vieron caer muchos rayos.* Nació, segun el sentir de sus mas exâctos Escritores, al principio de la olimpiada ciento y seis, siendo Pretor en Athenas Elipenses, el sexto dia de Junio, á quienes los Macedones llamaron Loo, tiempo en que el Pueblo Romano (de cuya fundacion corrian cerca de quatrocientos años) se exercitaba en las guerras de sus vecinos, haciéndose por medio de las victorias que cada dia obtenia, mas considerable y glorioso para avasallar todo el Orbe á su obediencia.

Just. 12. 16. 6.

Plut. *en la consolac. á Apol. c. 9. y en las Apoph.* Mela 2. 3. Serv. *sobre Virg. Georg.* 4. 278. Ant. Buntig. *en su Chronol.*

Capel. *en su Historia Sagrada.* Plut. *cap.* 4. Demosth. *en la Orac. de la Corte.* Agel. 17. 21. *Histor. mes.* 2. 4. Agel. 9. 3.

CA-

CAPITULO II.

SU EDUCACION, LOS EXERCICIOS de su juventud, y la disposicion de su cuerpo.

VIéndose Philipo con con un hijo, de cuyos aumentos le obligaban á concebir grandes esperanzas presagios tan felices, empleó todo su cuidado en su mejor educacion, para que le hallase la Corona digno de ella, y el Cetro capaz de regirle; conocido, como tan prudente y atento al bien de sus Dominios, no habia adelantado nada con todo lo obrado y emprendido, si para despues de su muerte dexaba á Macedonia un Príncipe negligente, é incapaz de reynar y vencer; y que aun su reputacion peligraría en la duracion, si la flaqueza de su sucesor malograba la disposicion de los grandes progresos á que habia dado principio. Conservanse cartas suyas, llenas de utilidad y prudencia, escritas á Aristoteles, el qual se hallaba entonces con Platón en Athenas; y una de ellas contiene estas, ó semejantes expresiones: *Philipo á Aristoteles, salud. Hagoos saber, me ha nacido un hijo, de cuyo beneficio no he dado tantas gracias á los Dioses porque me le hayan concedido, quanto porque haya sido en vuestro tiempo. Espero que por medio de vuestros preceptos y cuidado en su educacion, saldrá de vuestra escuela digno discipulo vuestro, no indigno hijo mio, y capaz de sucederme en tan gran Reyno; porque juzgo por mejor no tener hijos, que dexarlos para deslustre, y ultrage de la sangre y de los predecesores.* No se engañó Philipo; porque Alexandro logró con tan fructuoso aprovechamiento la doctrina de este gran Varon, que pudo con ella poner en execucion las esclarecidas acciones, que despues obró. Nombrarónsele en sus mas tiernos años por Ayos á Leonidas, pariente de Olimpias, y á Lysimacho de Acarnania. Eligiósele una Ama de buen temperamento y costumbres, llamada Helanica, hija de Dropis, y de las mejores familias de Macedonia. Cor-

Cur. 3. 6. 1. Just. 12. 6. 10. Arrian. 4. 2. 12. Cur. 8. 2. 8.

res-

respondió tan felizmente al cuidado el suceso, que aun en la infancia empezó Alexandro á dar muestras de quanto se experimentó despues en su persona; porque desde entonces se le advirtieron tan ventajosas fuerzas en el cuerpo, como generosidades en el ánimo, superiores á la edad en que se hallaba, é iguales á las que se deben desear en un natural heroyco. Era hermoso y agradable: despreciaba todos los adornos, que pueden añadir gracia y hermosura al cuerpo, diciendo: *Que el cuidado del aliño y de la compostura, solo era permitido á las mugeres, las quales no tenian otros medios para hacerse recomendables; y que él la habria conseguido, si llegase á poseer la virtud.* Tenia los miembros bien proporcionados, y el cuerpo robusto y fornido, y mas vigoroso en la realidad que en la apariencia, por ser de mediana estatura: las carnes blancas, aunque las mexillas y el pecho gratamente roxos: los cabellos rubios y ensortijados, y la nariz aguileña: los ojos de diversas colores, negro el diestro, y azul el siniestro; pero con tan oculta virtud, que ninguno los miraba sin reverencia y temor. Era admirable la ligereza del cuerpo, la qual hacia mas agil, como tan necesaria, la freqüencia con que le exercitaba; disputando algunas veces el premio de la carrera con los mas ligeros de los suyos. La paciencia con que sufria los trabajos fue tan grande, que excedió á la crudelidad, y por esta virtud pudo conservarse con sus armas en las mayores calamidades y peligros. Purgóse de tal suerte con la continuacion de sus exercicios y temperamento cálido de los malos humores, que de ordinario se engendran entre cuero y carne, que esparcía de sí un grato olor, de que participaban sus vestidos: causa á que atribuyen algunos su propension al vino, y á la cólera. Conservanse retratos y estatuas suyas de los mayores Artífices, por haber prohibido con gran cuidado, debaxo de graves penas, que ninguno le retratase sin órden suya, para que no perdiese su rostro nada de la gracia y vigor que mantenia, por mano de Pintores y Escultores comunes. Y asi, en medio de haber florecido grandes Artífices en este tiempo, solo Apeles le retrató de consenti-

Cumen. *en el Panegyr. de Constantin. cap.* 17. Eliano *en la Historia ult.* 12. 14.

Arrian. 7. 5. 18. Solin. 14. Curcr. 3. Solin. *c.* 14. Plut. *cap.* 3. Tzetzes Glycus. Elian. *Hist. ult.* 11. 14. Plut. *de la Difer. de la amistad, y la lisonja, y de la Tranquilidad del Alma c.* 20. Arrian. 7. *c.* 18. Plut. *en el Banquete.* Apulej. 1. *de Hoid.* Horat. *ep.* 2. 1. Himer. en Photio. Plin. 7. 37. 6. 35. 10. 23. 37. 37. Cic. *en las Epistolas familiares.* 3. 12. Hieron. à Letar.

timiento y voluntad suya; y solo Pyrgoteles le grabó so-
Hincm. ep. 3. 1. bre piedras; y solo Lisippo y Polycletes le estamparon
Plut. en Pyrr. cap. 14. y en Alexandro, c. en medallas. Refierese, que tomó de tal suerte el defec-
5. en el tratado de la to de atravesar la vista de su Ayo Leonidas, que le fue
Fortuna 2. 5. y en Pompeyo, c. 6. imposible perderle despues. Confieso, que puede mucho la educacion; pero que atribuyo esto mas al natural de aquel Principe, que á la costumbre que tomó; porque en alguna manera tienen los movimientos del cuerpo cierta propension, que les obliga á seguir el ardor é impetuosidad del espíritu. Tan lexos estuvieron sus succesores de reputarla por imperfeccion, que no pudiendo en el valor ni en la virtud, pusieron gran cuidado en imitar esta, la de inclinar, como él lo hacia, el cuello ácia el lado siniestro de la espada; y la de tener la vista firme, y la voz hueca.
Tzetzes Chil. 8. 200. y 11. 26. 8. Lo cierto es, que hubo entre ellos muchos, cuya larga vida no mereció se comparase con la infancia de este Prin-
Vict. en Caracalla. Historia mes. 20. 23. cipe; porque á la verdad, en toda ella, ni dixo ni obró baxeza alguna; antes, por el contrario, sus palabras y acciones fueron iguales, y muchas veces superiores á su fortuna; pues aunque gustaba de la alabanza, no indiferentemente en todas, sí solo en las loables; creyendo, que la que se daba á las baxas, ni era de honor ni de gloria, y que la de la victoria se debia proporcionar siempre con los enemigos que
Plut. cap. 6. de la fortuna de Alexandro. 1. 13. y en las Apoth. c. 36. se vencian. Y asi, quando algunos le dixeron, que pues era tan agil y diestro en la carrera, concurriese con los que disputaban el premio de los Juegos Olímpicos, siguiendo el exemplo de aquel Rey, que tuvo su nombre, para que se dilatase por medio de esta accion por toda la Grecia la estima-
Herodot. 5. 22. cion y gloria del suyo, respondió: *Yo lo hiciera, si tuviese Reyes por competidores y contrarios.* Siempre que su padre Philipo obtenia alguna señalada victoria, ó ganaba alguna Plaza de reputacion, monstraba entre los regocijos públicos conocido sentimiento, el qual le obligó cierto dia á que prorrumpiese entre los niños de su edad, diciéndoles: *Que su padre no les dexaba que hacer, ni á él, ni á ellos, quando pudiesen tomar las armas.* Tanto sentia le disminuyese su gloria lo que aumentaba las guerras y riquezas del Imperio; siendo en él mas podersa la pasion al honor que á los tesoros.
Marcelin. 16. 6. Dormia naturalmente poco, y valiase de artificio para dormir

me-

menos. Si tenia algun cuidado de consecuencia, que necesitase de larga consideracion ; sacaba el brazo fuera del lecho , y se impedia el sueño con el ruido de una bola de plata , que dexaba caer sobre una vacía. Tuvo desde su infancia gran respeto á los Dioses. Cierto dia en que se les hacia un sacrificio , echó tan gran cantidad de incienso, que Leonidas su Ayo, varon severo , y enemigo de la profusion, disgustándose de la de Alexandro le dixo : *Quando conquistes los Lugares donde se trae el incienso , podrás quemar tan gran porcion*; pero habiendo pacificado despues Alexandro la Arabia, la qual le produce, y acordándose de las palabras de Leonidas , le envió de aquella Provincia gran cantidad de perfumes: con orden de que le dixesen de su parte : *No fuese otra vez tan escaso en honrar á los Dioses ; pues veia por experiencia con quan dobladas creces remuneraban las ofrendas que se les hacian.* Dió bien aprisa muestras de su gran valor, y de las considerables proezas que emprehenderia. Hallabase en este tiempo por Rey de la Persia Artagerges Ocho , contra quien se habian conspirado y hecho guerra Artabases y Menapo , ambos Sátrapas, acompañados de Memnon Rhodio, famoso y esclarecido Capitan ; pero quedando vencidos por las fuerzas de aquel Principe, abandonaron el Asia , y se ampararon de Philipo. Aunque no tenia entonces Alexandro siete años, recibia singular gusto de conversar con ellos, y de hacerles preguntas en nada pueriles, sobre el estado de los negocios de Persia. Informabase con especialidad *de los fundamentos , en que se afirmaba la grandeza , y poder Real de los Persas : ¿ Qué armas usaban ? ¿Si los Pueblos eran valerosos? ¿Si generosos los caballos? ¿Quántas jornadas habia de Susa á Macedonia? ¿ Quál era el génio del Rey ? ¿ Quáles sus exercicios y sus divertimientos? ¿Y en qué estimacion tenia la virtud ?* Habiendo perdonado despues Ocho , (por intercesion de Mentor , hermano de Memnon , y con quien Artabases habia casado su hermana) á los desterrados , y enviádoselos á pedir á Philipo , causó tan grande admiracion Alexandro á los Embaxadores del Rey de Persia , por las muestras excelentes que les dió de su natural heroyco , en edad tan tierna , que no pudiendo contenerse uno de ellos , dixo : *Este niño es un grande Rey , y el nuestro un Principe rico.* Pero aunque pare-

Plut. *cap. 4. en las Apoph. cap. 37.* Plin. 12. 14. 17.

Diod. 16. 53. Curc. 6. 4. 25.

Plut. *cap. 7.*

Diod. 16. 55.

Plut. *de la fort. de Alexandr. 2. 24.*

ce debió todas estas prodigiosas calidades á la excelencia de su natural, no fue menos deudor por ellas á su admirable educacion; porque su padre experimentando en sí quan útil le
Diod. 16. 96. habia sido la compañía de Epaminondas, y que habia obrado mas con la eloqüencia, que con las armas, puso gran cuidado en que su hijo se ilustráse desde su infancia con el estudio de las buenas letras: y así obligó con Reales recompensas á
Quint. 1. 1. 20. Aristoteles, Philosopho de grande reputacion, á que enseHiero. á Lactan. ñáse á Alexandro los primeros rudimentos, á cuyo empleo
Erasm. lib. 2. de Ratione concion. se dedicó gustoso aquel gran Varon, como quien sabía quanto importa que un Príncipe, cuyas sienes ha de ceñir la Corona, esté bien educado, y que no puede haber sabiduría donde falta el desprecio de las cosas pequeñas, sin el qual es imposible ascender á las grandes. Aplicáronsele despues
Dexipp. en Cedreno. Plut. cap. 70. muchos maestros, y los de mayor crédito, en lo que se le pretendia enseñar; con que no solo enriqueció é ilustró el ánimo de las mejores ciencias, sino adornó y agilitó el cuerpo con su destreza en todos los exercicios que pueden servir
Athen. 1. 15. 19. á la guerra, y acostumbrarle á sufrir las fatigas de ella. Aun
Died. orat. 2. Suidas V. quando parecia que estaba sin hacer nada, no dexaba de obrar algo; porque divirtiéndose, ó en jugar á la pelota ó en danzar, no abstraia tanto el espíritu, quanto disponia el cuerpo á empleos mas importantes.

CAPITULO III.

SU INCLINACION A LAS CIENCIAS: crédito de Aristoteles su maestro.

Laert. in Arist. HAllándose Alexandro en edad algo mas crecida, y con capacidad proporcionada y dispuesta para estudios mas sérios, le llevaron desde Mitylene, donde estaba, á Aristoteles, el qual no se apartó de su lado hasta que habiendo succedido en el Reyno por muerte del Rey su padre, hizo la jornada de Asia. Aprendió en este tiempo quanto podia
Dionys. de Demosth. Plin. 8. 16. 5. enseñarle tan docto maestro y famoso Philosopho. Mostró tanto mayor deseo de alcanzar el conocimiento de los secretos de la naturaleza, quanto eran grandes las esperanzas que habia concebido de hacerse algun dia Señor del Mundo; y

así

asi contribuyó á la especulacion de las cosas naturales, con expensas de liberal y Real ánimo. Dispuso que asi en el Asia, como en la Grecia y en las demás partes, donde con mayor aplicacion se dedicaban á este estudio, obedeciesen á Aristoteles todos los que buscaban su vida en la caza y en la pesca, á fin de que pudiese reconocer con mas certidumbre y facilidad la naturaleza de los animales; para cuya grande empresa es constante que recibió Aristoteles ochocientos talentos, y que fue tan grande la inclinacion de este Príncipe á tan admirable ciencia, que hizo por sí los gastos, y aplicó todo su cuidado, en medio de tener como por cierto que no llegaria á ver el fruto de ella. Halláronse cien años despues ciervos, á quienes habia hecho poner collares de oro, para que conociese la posteridad quanto crédito se debia dar á los que escribieron de la larga vida de los animales. Fue erudito en las sublimes disciplinas, á quienes llaman Acromáticas, como lo acredita una de sus cartas, en la qual se queja de Aristoteles, *por haberlas disminuido mucha estimacion, haciéndolas públicas*; y no menos la respuesta de Aristoteles, pues le satisface diciendo, que aunque las habia dado al público, era lo mismo que si no lo hubiese hecho, no habiendo quien pudiese entenderlas, hallándose sin la noticia de lo que contenian. En cuya conseqüencia, quando Alexandro le pidió sus libros de Rhetórica, le prohibió los franqueáse á otro alguno, que no fuese él, por desear exceder á los demás, no menos que en el poder y grandeza en las buenas Artes, y no llevar bien que participásen de la gloria los inferiores. Tambien manifiestan sus cartas que supo Medicina, y que la aprendió de Aristoteles, hijo de un Médico descendiente de Esculapio. Pero aplicóse con tan grande utilidad á esta parte de la Philosophía, que enseña á gobernarse á sí, y á los demás, que se tuvo por cierto debió la ruina del Imperio de los Persas, mas que sus armas y riquezas, á su generosidad, prudencia, templanza y justicia. Solia decir muchas veces: *Que se hallaba con no menor obligacion á Aristoteles, que á Philipo; porque si al uno debia el beneficio de vivir, reconocia al otro el de vivir bien.* Sin embargo se creyó, aunque sin razon, que enmedio de la grande ambicion, de que tenia apoderado el corazon, le

Athen. 9. 13.

Plin. 8. 22. 15.

Plut. *cap.* 12. Agell. 20. 4. Zonaras.

Arist. *cap.* 1. *Rhet. de Alex.*

Plut. *cap.* 13. Laert. *in Arist.*

Plut. *cap.* 13.

inflamó mas en ella la estimacion que reconoció en Aristoteles al honor, y á la gloria, á quienes colocaba en el número de los mas apreciables bienes; y que persuadido Alexandro de esta opinion, que le lisongeaba el génio, hizo naciese la guerra de la guerra para dilatar sus Dominios é Imperio, queriendo que todo el Mundo le estimáse por Dios. Tuvo Aristoteles la recompensa y premio, que merecia por la educacion de Alexandro, no solo mientras reynó, en las grandes mercedes y honras que recibió, sino en tiempo de Philipo, logrando que por su atencion se reparásen las ruinas de su Patria. Habíanse declarado por enemigos de Philipo los Olynthios, vecinos de Macedonia, y no inferiores á ella en poder, por llevar mal el acrecentamiento de un Reyno debaxo de Rey tan prudente, y que solo miraba á la ruina y servidumbre de sus vecinos: consideracion que hizo mas odiosa la guerra, y por conseqüencia mas cruel la victoria. Y asi Philipo habiendo tomado la ciudad de Olyntho, la mandó arrasar, vender los habitadores, y que se executáse el mismo rigor en todas las ciudades, que dependian de ella. Stagira, patria de Aristoteles, tuvo parte en este infortunio, participando de la desolacion que las otras; pero reparóla éste á permision y expensas de Philipo, y la dió leyes, que observó despues. De esta suerte restableció el talento de un hombre solo, una ciudad abrasada y destruida, y á quien no pudo librar antes de su ruina el esfuerzo de tan grandes Capitanes, ni el poder de un Estado floreciente. Déxase conocer bastantemente la estimacion grande de Philipo á Aristoteles, en las repetidas persuasiones, con que pedia á Alexandro se aplicáse cuidadosamente á los sabios preceptos de tan docto maestro, para no incurrir en vicio, cuya afrenta y arrepentimiento le sirviese de castigo. Y asi le tuvo siempre Alexandro particular veneracion, y pidió su parecer en los negocios de mayor consideracon é importancia. Escribiale con gran freqüencia, solicitando saber de él, no solo lo mas oculto de las ciencias, sino tambien las mas seguras reglas para la mejor direccion de su vida y costumbres. A cuyo fin le dice Aristoseles en una carta, que lo que juzga por mas proporcionado al logro de su felicidad y la de sus vasallos, es: *Que tenga siempre presente no se le habia concedido tan con-*

Eth. 4. 7. Zamos. *Antiect. antiqu. Dacia. cap.* 11.

Elian. *Hist. div.* 12. 53. Tzetzes *Chil.* 7. 140. Dion. *Chysost. or.* 2. f. Laert. *in Aristot.* Plin. 7. 29. 3. Val. Max. 6. 5. 5.

Plut. *cap.* 50. *adver. Colotem.*

Plut. *advers. Colot. c.* 50. Laertius.

Plut. *Apoch. cap.* 33.

Casaub. *in Athen.* 14. 12.

considerable poder para que fuese inútil á los hombres, sino para que le empleáse en mayor beneficio suyo: que procuráse reprimir los ímpetus de la ira, á que naturalmente estaba sujeto; pues no habiendo quien pudiese serle igual, era tan escusado, como indigno de su grandeza, irritarse con los inferiores. Pero luego que empezó á apoderarse de su ánimo el orgullo, tambien él á despreciarle; mayormente quando persuadido, que por muerte de Callistenes se habia hecho enemigo suyo, y que contra los preceptos de su sabiduría, y como por especie de venganza, se complacia de contradecirle y de convencerle en sus disputas, con pretexto de despreciar las grandezas y la ambicion. A lo menos se refiere, que poco antes de su muerte, justificando Casandro á su padre de los delitos que se le imputaban, exclamó diciendo: *Que venia armado de las invenciones y de los artificios de Aristoteles, para desvanecer con falsos y sofisticos argumentos, justos y legitimos cargos*; y que á uno y á otro amenazó con graves castigos, *si averiguaba ser cierto lo que habia referido*: hablándole en lo demás con semblante tan indignado y colérico, que mucho tiempo despues de su muerte, Casandro, que fue el que le sucedió, hallándose en Delphos, y viendo un retrato de Alexandro, y acordándose del peligro en que habia estado, se conturbó y estremeció. Esto fue causa de que se creyese fuese Aristoteles autor del veneno, á cuya violencia se atribuyó la muerte de Alexandro, y que por disposicion suya se traxo de Babilonia en la uña de un caballo. Fue tambien este Príncipe primoroso en la música, á que se aplicó con particular aficion; pero habiéndole dicho su padre un dia, *¿que si no se corria de cantar bien?* la dexó como exercicio menos decente á la Magestad Real. Por este tiempo, advirtiéndole su maestro de música, *que tocáse cierta cuerda*: *¿que importa,* (le respondió) *que la toque poniendo un dedo sobre otro?* A que el músico le satisfizo, diciendo: *Que para quien habia de ser Rey importaba poco; pero mucho para quien solicitaba ser perfecto tañedor de instrumentos.* Gustaba de que los tonos tuviesen vigor y espíritu, y por el contrario oía con tan gran disgusto los delicados y femeniles, como miraba quanto pervierte y corrompe las costumbres; por cuya causa

Melanch. *in Chron.*

Elian. *Hist. divers.* 12. 54.

Rutgersius *variar. lect.* 1. 6.

Plut. *cap.* 13. y 94.

Plut. *de el adelantamiento de la virtud, cap.* 10. y *de la alabanza de sí mismo, c.* 19.

Plut. 820.

Curt. 10. 10. 16.

Plut. *en Pericles. cap.* 2.

Grego. *lib.* 9.

Elian. *Hist. var.* 3. 32.

Dion. Chrys. *orat.* 2.

Suidas en la vida de Thimoteo. Dio, orat. 1. Eras. Adag. á Dorio ad Phrygium. Plut. de la fortuna de Alexandro, 2. 4. Pausan. 6. Val. Max. 7. 3. 4.

sa hizo particular estimacion de Thimoteo, cuyo crédito en este género de música, á quien llaman Phrigia, era grande: porque acomodándola á su génio, le arrebataba de suerte, que como inflamado el ánimo de espíritu divino, ó como si estuviese cercano ya el enemigo, corria á tomar las armas. Tuvo tambien por maestro de la eloqüencia á Anaximenes, natural de Lampsico, cuya ciudad le debió su conservacion, quando Alexandro determinó arruinarla, porque seguia el partido de los Persas; pues viendo que Anaximenes salia, y teniendo por cierto era á interceder por su perdon, antes de oirle palabra alguna, *le juró por los Dioses de los Griegos, no le concederia nada de lo que le pidiese.* Pero Anaximenes, usando de su destreza, le rogó arruináse y destruyése á Lampsico; con que el Rey se halló precisado del juramento, ó antes del discreto primor de su maestro, á conceder el perdon de sus yerros á los Lampsicos. Despreció á los comediantes, como á gente opuesta á su generoso génio, y nacida solo para la corrupcion de las costumbres. Lo mismo hizo de los que contendian á golpes de puño, en medio de ser muy estimados entonces en la Grecia, y sin duda por su ociosidad, y porque se conservaban mas para los divertimientos y espectáculos del pueblo, que para las necesidades de la patria. Favoreció todas las demás Artes, y aun aquellas á quienes no se aplicó. De esta suerte todos los que eran primorosos en alguna, iban á presentarle de las partes mas remotas las obras de su ingenio y de su mano, y á recibir del mas liberal Rey del Orbe, y cuyo magnánimo corazon correspondia á su fortuna, considerables beneficios. Enviaba de ordinario crecidas dádivas á los que estaban ausentes, y se señalaban en la virtud, ó en alguna ciencia. Por lo qual florecieron en su tiempo tantos, y tan grandes Varones y excelentes Artífices, que apenas se hallará siglo de igual abundancia en todo género de ciencias y facultades; siendo cierto, que las costumbres y los ingenios de los súbditos, se hacen y forman de ordinario al exemplo de sus Reyes, y que casi todos los accidentes y mudanzas que sobrevienen á los Reynos, resultan de la gloria ó infamia de los Príncipes que los rigen.

Suidas v. Ath. pr. l. 3. Dion. Chrys. orat. 2. Plut. cap. 6.

Plut. de la fortuna de Alexandro, orat. 2.

Schoner, c. 1. Algebræ.

Quint. 2. 20. 5. Vitruv. Pref. Lib. 2.

Lucian. pro imagin. Laert. in Xenocrate.

Plut. adversus Colot. c. 50. & in Phocione, c. 20. & de fort. Alex. 1. 14. & 2. 1. & 4.

CA-

CAPITULO IV.

LA ESTIMACION QUE ALEXANDRO hizo de Homero: su desprecio á los deleytes; y la destreza con que domó el caballo Bucéfalo.

ESTimó á Homero sobre todas las cosas de la antigüedad, creyendo que solo él habia acertado á describir con perfeccion aquella sábia Politica, á cuyos preceptos deben los Imperios su subsistencia. Fue tan grande su inclinacion á este Poeta, que se llamaba el enamorado de Homero: traíale siempre consigo, sin dexarle aun en la cama: haciale poner debaxo de su almohada con la espada, y le llamaba: *Su Arte Militar y la mejor provision que podia hacer para la guerra*; juzgando á Achiles por feliz en haber tenido tan gran varon, que celebráse sus virtudes. Habiendo mandado guardar un cofrecillo, que se halló entre los despojos de Damasco, cuya obra y materia era de inestimable precio, preguntándole sus Validos: *¿A que le destinaba?* Les respondio: *Téngole dedicado para guardar las Obras de Homero, que son las mas preciosas, que Ingenio humano puede hacer.* Y asi consiguió, que la correctisima ediccion del Poeta que con tan gran cuidado habia hecho perfeccionar, se llamáse: *La de Narthesio, del cofrecillo de olores y perfumes*, por haberlos guardado en él los Persas. Trayéndole cierto dia uno de sus vasallos una noticia de gusto, al llegar á él, manifestando en la fatiga el ansia de dársela, y en el semblante su alegria y satisfaccion: ¿*Que noticia* (le dixo) *me puedes traer, que sea digna de tanto regocijo, si no es la de haber resucitado Homero?* Porque habiendo llegado ya al último grado de felicidad, creia no le faltaba para el colmo de su gloria, sino un Varon capáz de que la celebráse. Llegó á tener tan presentes las Obras de Homero, con la continuada leccion, que ninguno las usó con mas facilidad, ni las penetró con mas acierto. Pero entre todos los versos de este Poeta, de ninguno hizo mayor aprecio, que de aquel en que alaba á Agamenón dediestro

Dion. Chrys. *tota orat.* 2. Plut. *cap.* 13. *y de la fortuna de Alexandro*, 1.14. Vopisc. *pro probi.* Cic. *pro Archia cap.* 1.4. Plut. *cap.*40.

Strab. *lib.*13. Plut. *cap.*13. Plin. *7.* 29.

Luc. *Dialog. mort.*

Plut. *de fort. Alex.* 1. 13. Hom. *Illiad.* 3. 179.

tro Soldado y esclarecido Capitan. Finalmente, las tuvo por el mas poderoso atractivo de la virtud, y por el mejor maestro de sus costumbres. Con tan admirables calidades, y con tan prodigiosa disciplina mantuvo gloriosamente la grandeza y elevacion de su fortuna, sin dexarse llêvar del orgullo, ni de la libertad, á que los mas Príncipes se rinden, siendo de ordinario por quienes se gobiernan, y con quienes se aconsejan. No se diferenciaba de los demás hombres en los adornos exteriores, por ser de opinion, que los Príncipes debian exceder mas á súbditos en la virtud, que no en la gala y pompa de los vestidos. Era ayroso y gallardo, humano, cortés y familiar; pero tan sin menoscabo de su respeto, que nunca pisó el riesgo del desprecio. Fue inclinado al vino, aunque no sin moderacion; porque si tenia lugar, empleaba el tiempo en la mesa mas en discurrir, que en beber con exceso. Aborreció de tal suerte el vicio de la sensualidad, que llegó á temer su madre fuese incapáz de dexar succesion; pero con especialidad el del adulterio, que prohibió con severas leyes. Permaneció por algun tiempo en la observancia de tan admirables costumbres; por medio de las quales se grangeó el crédito de gran Rey, hasta que dexándose vencer de la excesiva prosperidad de su fortuna, fue perdiendo poco á poco esta moderacion. Manifestó su valor y destreza en domar el caballo Bucéfalo, (llamado asi por tener la marca de una cabeza de buey) no sin grande admiracion de su padre y de los demás que se hallaron presentes. Eran entonces los mas celebrados caballos los de Thesalia; y si bien los habia muy generosos en otras partes, ninguno entre todos fue tan estimable, por la fuerza y hermosura, como el Bucéfalo: por lo qual Philonico, natural de Pharsalia, juzgándole digno de tan gran Príncipe como Philipo, se le envió, pidiéndole diez y seis talentos por él. Pero habiendo salido al campo para experimentarle, y no pudiendo conseguirlo ninguno de los Caballerizos, ni de los Picadores del Rey, por enarbolarse con unos y arrojar á otros, llegaban ya á desecharle como á inútil é indomable. Entonces Alexandro, suspirando, dixo: *¡Que malogren estos tan generoso caballo, por su poca destreza y valor!* Y lo repitio tantas veces, que oyéndole su padre, y reprehendiéndole por lo que desacredi-

Curt. 3. 6. 19. Ath. 10. 10. Plut. *Apothet.* c. 36.

Schol. Aristoph. *in nubibus.*

Plin. 8. 42. Just. 7. 6. 8. Plin 8. 42. Plut. *cap.* 9.

ditaba á los mas diestros Picadores de su Reyno, como si por ventura le pudiese domar él, le respondió: *Que lo haria, si se lo permitiese.* ¿*Y qué perdereis*, (le preguntó el Rey) *si no lo conseguis? Perderé* (respondió) *el precio del caballo.* Quedando, pues, capitulado, no sin gran risa de los presentes, que si ganaba le daria su padre el caballo; y si perdía pagaría Alexandro la cantidad que pedian por él: habiendole tomado por la rienda, le puso contra los rayos del Sol, para que no pudiese vér su sombra, por haber advertido que ésta le espantaba y hacía mas furioso. Pero no logrando, ni aun con aquella dilegencia, que se aquietáse, le alhagó, y levantando poco à poco la vestidura, le montó de un brinco, permaneciendo aún corajudo. Mas enfurecido entonces, empezó á abalanzarse: sacudió la cervíz, sin querer sujetarse al freno; è hizo quanto pudo para arrojar al ginete, y partir con impetuosa carrera. Sacóle Alexandro á un espacioso y cómmodo llano, para correrle libremente, y soltandole en él las riendas, y arrimandole los azicates, le dexó lo hiciese, hasta que cansado, queriendo pararse, le apretó mas, sin permitirselo, hasta que reconoció habia yá perdido la fogocidad con la fatiga y trabajo; por cuyo medio le domó, amansó y reduxo á estado de que fuese de servicio. No pudo Philipo contener las lagrimas de gusto al vér aquel triunfo de Alexandro, á quien, besandole, le dixo, al apearse del caballo: *Era la Macedonia muy pequeña para valor tan generoso.* Conservó despues el Bucéfalo la misma fiereza con todos, sin dexarse montar de otro, que de Alexandro, á quien despues de haberle servido para obtener inumerables victorias, y sacadole de muchos peligros, fue muerto en la batalla contra Poro. Juzgaron los mas célebres Artifices éste por suceso, digno de que ilustráse sus obras, describiendole: y asi permanecen aún dos estatuas de Alexandro, domando el caballo; las quales hicieron, en competencia, Praxiteles y Phidias, y aunque hay Auctores que ponen en duda sean de este Príncipe, no faltan otros que las crean suyas.

Cur. 6. 5. 18. 8. 14. 34. Blondus, *lib.* 1. *Romæ instauratæ Meruiæ Cosmogr. in Regionis Urbis sexta. Ant. Lafretus sequanus formis æneis excudit.* Bern. Gamucci, *lib.* 3. *de la Antichit. di Rem.* Rosin. *antiq.* 1. 6.

CAPITULO V.

DEXALE SU PADRE, EN SU AUSENCIA, el Gobierno de Macedonia: lo que hace en este tiempo: Guerras de Philipo: Rota de los Illirios por Alexandro: Philipo declarado General de los Griegos.

Plut. *cap.* 14. ESTas prodigiosas experiencias hicieron concebir á Philipo tan gran concepto del talento y prendas de Alexandro, que en medio de no pasar su edad de diez y seis años, fió de su cuidado el Reyno de Macedonia, en el qual le dexó con absoluto poder quando pasó al Sitio de Vizancio. Noticiosos de ello algunos de los Medarores, Pueblos de Tracia, sujetos á Macedonia, y juzgando no podia ofrecerseles ocasion mas oportuna para la solevacion, que mucho antes meditaban, la pusieron en execucion; pero Alexandro, gozoso de la que se le ofrecia, para hacer ostentacion de su valor, marchó prontamente con los Capitanes, que le habia dexado su padre contra ellos; y despues de haber vencido, y arrojado de la ciudad á los rebeldes, hizo donacion de ella, para que la habitasen, á los Estrangeros; los quales, en reconocimiento de aquel beneficio, y en obsequio de su nombre, la llamaron Andrinopolis. Fue de gran regocijo para Philipo este suceso; mas temiendo, del ardimiento del Jóven, no emprehendiese, con daño suyo, acciones de mayor consideracion, que lo que permitian sus fuerzas, le llamó cerca de sí, para que en su escuela aprendiese á moderar con la prudencia ardor tan violento, empleandole en sujetar las Provincias del Chersoneso: Y reconociendo la dilacion del Sitio de Vizancio, respecto de su gran fortaleza, y del valor con que defendian los habitadores su libertad, al tiempo mismo que entendió que los Griegos y los Barbaros, á quienes era sospechosa su grandeza, enviaban socorro á esta ciudad, desconfiado de la victoria, procuró retirarse con menor descredito de su gloria, y menos pérdida de sus Tropas. Era en aquel tiempo Rey de los Getas, Pueblos de la Scythia, Atheas, el qual, oprimido de la guerra

Paul. Diac. de Gestis Longob. 5. 50.

Steph. V.

Just. 9. 1. 8.

Just. 9. 2. Oros. 3. 13.

que

que le hacian los Istrios, habia pedido socorro á Philipo, esperanzándole en que le adoptaría é instituiría por su heredero, si remediaba el contratiempo que padecian sus intereses; pero habiendo muerto el Capitan General de sus enemigos, y hallándose libre del temor de la guerra, despachó á los Embaxadores de Macedonia, sin cumplir lo que habia ofrecido, negando la necesidad de sus socorros, por suponer bastantes sus fuerzas para defenderse de sus enemigos, y declarando la adopcion de Philipo por nula, respecto de hallarse con hijo que le succediese en el Reyno: con que deseoso este Principe de tomar satisfaccion del desacato de aquel Barbaro, habiendo abandonado el Sitio de Vizancio, convirtió sus armas contra la Scythia, donde trabada la batalla, aunque fue mayor el número de los enemigos, obtuvieron los Macedones la victoria por la destreza de Philipo. Reduxose la presa á gran cantidad de ganado y caballos, y á muchas mugeres mozas, á quienes hicieron cautivas; porque los Getas, despreciando las riquezas, solo procuraban el sustento ordinario, estimando la pobreza como uno de los mayores bienes de la vida humana. Volviendo, pues, Philipo de la Scythia con su Exército, cargado de estos despojos, al pasar por las tierras de los Trivallos, halló ocupados por ellos todos los caminos, y á estos resueltos á no darle paso, si no los hacia partícipes del botin. Hallabanse tambien en su mismo Exército algunos soldados mercenarios Griegos, los quales llevaban muy mal no tener parte en los frutos de la victoria, habiéndola tenido en los peligros de la batalla, de que se ocasionó una sedicion, que les obligó á llegar á las manos. Fue cruel y sangriento el combate, grande el número de los muertos de una y otra parte: el mismo Rey quedó herido en el muslo, y muerto debaxo de él su caballo del proprio golpe; tanta fue la violencia de la flecha. Acudió Alexandro, primero que otro alguno, al socorro de su padre, á quien halló postrado en el suelo, y cubriéndole con el escudo, dió muerte á algunos de los que venian á cargarle, y puso en fuga á los demás. Asi aseguró la piedad del hijo la vida del padre, habiéndose ausentado con tanta mayor presteza los que la oprimian, quanto creyeron la habia perdido; con que puede decirse, debió la vida al peligro de la misma herida, y

Ort. *Friday.* 2. 24. Johann. Magnus, *Hist. Goth.* 3. 10. Æschines *contra Ctesiphontem.*

Curt. 8. 1. 24.

el no morir, à la fama de su muerte. Este inopinado accidente fue causa de que se malográse el botin. Dexó cojo á Philipo la herida, que en él recibió, y ayrándose algunas veces de ello, una, entre otras, le presentó el Jóven con palabras dignas de que se conserven en la memoria de los siglos: *Que no debia sentir el defecto que le ocasionaba la herida, pues cada paso que diese, seria testimonio de su valor y virtud.* Pudiera yá Philipo conceder algun reposo al ánimo, satisfecho con la crecida gloria y poder, que habia adquirido á costa de tantas heridas y peligros, si su inmoderada ambicion se lo permitiese; porque los Macedones, tributarios antes de los Illirios, no solo quedaban Señores de los pueblos vecinos, sino de los mas distantes. Habia sujetado à los Triballos, y reducido à su obediencia á Thracia; tenia promptos á sus órdenes muchos pueblos de la Grecia, y los demás, ó sujetos por el temor, ú obligados por sus beneficios y liberalidades. Daocho, Gineas, Trasydeo, Eudico y Simon, le habian conquistado á los Thesalos: Cercidas, Hieronymo y Eucalpidas, á los Arcades: Myrtis, Teledamo y Mnaseas, á los Argivos: Euxistheo, Cleotimo, Aristechmo, á los Eleenos: Neon y Trasilico habian llevado á su partido á los Mesenios: Aristrato y Demarato à los Sycionios: Preodoto, Helixo y Perilao, á los Megarenses: Hypparco, Clitarcho y Sosistrato, á los Eubeenses: Euthicrates y Lasthenes le habian entregado á Olyntho, sin que entre todos estos Capitanes hubiese alguno, que no fuese de los mas ilustres en su patria, ni entre tantas ciudades otra, sino Sparta, que conservàse gloriosamente su antigua disciplina, y se hubiese librado de tan comun traycion. Pero aspirando Philipo al Imperio universal de la Grecia, no dexaba de reconocer que las fuerzas de los Athenienses atrasaban sus empresas; y que aunque no le faltaba contra ellos quien favoreciese sus designios, el pueblo, cuya autoridad y poder era muy considerable en aquella República, se oponia vigorosamente al aumento de los Macedones por las persuasiones de Demosthenes, el qual les representaba en muchas y varias conferencias que tenian, tratando de esto, como de ordinario sucede, entre Potencias vecinas, que Philipo era artificioso y atrevido, y que no bien habria logrado su dominio, quando

Plut. *de la fort. de Alexandro* 1. 1. Demosth. *de Corona.* Curt. 10. 2. c3.

Demosth. *de Cor. Plut.* Demosth. c. 24.

Demosth. *de Falsa legation.* Diodor. *lib.* 16. 54. Pausan. *lib.* 7.

se

se olvidaria de la fidelidad y estimacion que les ofrecia. Aumentaba el encono de este Príncipe el socorro que dieron á Vizancio en una Armada, compuesta de ciento y veinte velas, y el que, á su imitacion, le grangearon de los de Chio y Rhodas, los quales le quitaron tomase aquella ciudad. Deseosos, pues, de satisfacerse de estos agravios, mientras se discurria de la herida, que recibió en el reencuentro con los Triballos, disponia secretamente todo lo necesario para acometer de improviso á los Athenienses; con cuyo intento conservaba su Exército debaxo del pretexto de que los pueblos de Illiria, naturalmente feroces y poco acostumbrados á la servidumbre, intentaban sacudir el yugo. Sin embargo envió á Alexandro contra aquellos Barbaros, á quienes habiendo roto, y puesto en fuga, dió al Mundo con aquella victoria tan grande esperanza de su valor y fortuna, como la concibió él de sí para juzgarse yá igual á su padre, y capaz de executar sin él las mayores empresas. Pasáronse en estas operaciones dos años; al fin de los quales, hallándose Philipo con todas las prevenciones dispuestas, y juzgando el tiempo por oportuno, para executar lo que tenia premeditado, introduxo algo antes de la Primavera su Exército en la Grecia, con intento de aprovecharse de la mas favorable ocasion, que se le ofreciese, habiendo unido á él todas las Tropas de los Aliados del Peloponeso, por haberle elegido los Amphictyones por General de toda la Grecia, para reprimir el atrevimiento de los Locrenses, que habitaban la ciudad de Amphisa; los quales, en menosprecio de la autoridad de los Amphictyones, ocupaban las tierras de Cyrrhe, consagradas á Apolo, despues de haber estos herido al Cabo, que se envió contra ellos, y muerto algunos de sus Tropas. Tenia entonces Philipo alianza con los Athenienses; pero mal seguros en su fé, y temiendo, que á precio del menor interés que se le ofreciese, rompería facilmente ésta, y su palabra, le despacharon Embaxadores, pidiendole por medio de ellos, que les conservase el Tratado, ó que á lo menos suspendiese el hacerles actos de hostilidad, antes de haber pasado la Primavera, en cuyo tiempo procuraría el pueblo de Athenas discurrir en algun medio, que ajustase sus diferencias. Enviaron tambien á persuadir á los Thebanos se uniesen con ellos, pa-

Demosth. *de Corona.* Diodor. 16. 78.

Curc. 8. 1. 25.

Eschin. *contra Ctesiph.*

para la defensa de la Grecia, contra el comun enemigo; pero mantúvolos Philipo en su devocion, por medio de los que seguian alli su partido, y estaban declaradamente finos por él; entre quienes se señalaban Tiniolao, Theogiton y Anetas, cuya autoridad era grande con los ciudadanos. Finalmente, persuadiéndose á que vencidos los Locrenses, y sus Aliados, y no quedándole sino solos los Athenienses, con facilidad los sujetaria: encaminó con la mayor presteza su Exército á Phocida: apoderóse de Elatea, que mandaba igualmente en las fronteras de los Thebanos, que en las de los Athenienses, y puso en ella guarnicion, fortificándola con intento de hacerla Sitio de la guerra; cuya noticia, habiendo llegado de noche á Athenas, causó en la ciudad tan universal asombro, que juntándose el pueblo, luego que amaneció, ninguno tuvo aliento de responder al Pregon público, el qual contenia: *Que si habia quien discurriese algun consejo saludable á la Patria le propusiese alli.* Solo Demosthenes, habiendo representado lo que juzgó por mas conveniente al Estado presente, persuadió á la Junta, á que, sin mas dilacion, *saliese la Armada y el Exército: que se despachasen Embaxadores á todos los pueblos de la Grecia, y especialmente á los Thebanos.* Siguióse su parecer, y dióse el mando de las Tropas á Chares y á Lisicles; y enviósse al mismo Demosthenes con Embaxada á los Thebanos. Bien prevenido tenia esto Philipo, y que si se uniesen ambos pueblos, le sería peligrosa la guerra; porque la ciudad de Athenas florecia entonces tan igualmente en autoridad, como en riquezas; y el poder y credito de los Thebanos se hallaba en gran reputacion, conservándose reciente la memoria de la batalla de Leutrica; con cuya victoria se apoderaron del dominio de la Grecia, que mantenian los Lacedemonios; por lo qual despachó Philipo á asegurar de su afecto á sus Aliados, y á desvanecer las pretensiones de sus enemigos á Amynthas y Clearcho, Macedones ambos, y con ellos cierto Vizantino, llamado Pithon, de cuya eloqüencia hacia gran confianza. Este, pues, es fama, que en la Junta de los Boecianos habló en estos, ó semejantes términos.

Demosth. *de Coron.*

Plut. Demosth. *cap.* 24.

Diodor. 16. 86.

Probus Epaminond.

Plut. Demosth. *cap.* 24. Diodor. 16. 86.

CA-

CAPITULO VI.

ORACION DE PITHON, ENVIADO por Philipo á la Junta de los Boecianos.

„SI se mantuviese quieto Philipo en Macedonia, y ocu-
„páse el Exército de los Athenienses á Elathea, aunque
„no tuvieseis alianza con él, no dudo que entonces desea-
„riais con anhelo ésta, y su amistad; porque á la verdad,
„¿á quién no preferirá un Rey tan poderoso, y que por
„sus esclarecidas acciones se ha grangeado el considerable
„crédito y estimacion, que obtiene á una República orgu-
„llosa, y que el dia de hoy subsiste, mas en virtud de su
„reputacion, que de sus fuerzas? Pero como este Príncipe,
„que ocupa, por decirlo asi, el zaguan de vuestra casa con
„su Exército victorioso, es vuestro Amigo y vuestro Alia-
„do, y los Athenienses nunca han dexado de ocasionaros
„disgustos, sería haceros grande agravio persuadiros à su
„Alianza, en desprecio de tan esclarecido Príncipe. Aquel Just. *lib.* 5. 3. 5.
„pueblo el mas soberbio de todos los del Orbe, presume,
„que solo en él se hallan la sabiduría y la prudencia; cre-
„yendo, que todos los demás, y con especialidad los de Plut. Alc.
„Beocia, (contra quienes mas se enderezan sus insultos en- *cap.* 4.
„tre todos) son pueblos groseros, rudos é incapaces de di-
„ferenciar lo útil, de lo honesto: de que nace, que tenien-
„doos por sumamente ineptos, os persuadan á la eleccion de
„los Amigos y de los Enemigos; proporcionándola mas con
„su antojo, què con vuestros intereses, fiados en la osten-
„tosa pompa de sus palabras, en que consiste toda su fuer-
„za. ¿Pero quién habrá de mediana razon, que no prefie-
„ra las obras á las palabras, especialmente en la guerra, don-
„de es tan necesaria la execucion del brazo, como inútil la
„facilidad de la lengua? Pues aunque se juzguen tan po-
„derosos y fuertes por su eloqüencia, como se lisonjean,
„podrán siempre mas la fortuna y el valor de Philipo, ase-
„gurado en sus fuerzas y en las de sus Aliados. Siendo cierto,
„que no me resolveré á decir, si la solicitud de los Athenien-
„ses se funda mas en imprudencia, que en flaqueza; ¿por

„que

Liv. 21. 20. 1. „que, mirada ésta á verdadera luz, no se reduce á deciros: „Recibid, Thebanos, sobre vosotros el rayo que amenaza á „Africa, y haced la guerra, para que gocemos nosotros de „la Paz, contra un Príncipe formidable, vuestro Amigo y „vuestro Aliado? Exponed vuestras personas y vuestros bie„nes, para impedir tome Philipo satisfaccion de los agravios „que le hemos hecho. ¿Son, por ventura, pretensiones estas „de hombres, que conservan sano el juicio, ó de quien juz„ga, que los demás tienen algun uso de él? Los que no „perdieron la menor ocasion de oprimiros: los que en quan„to les fue posible, os persiguieron con injurias, con ultra„ges, con sus fuerzas y sus armas; y finalmente, los que „creyeron, que en vuestra ruina consistia su felicidad, se „atreven á pediros ahora, que elijais antes perecer con ellos, „que triunfar con Philipo. Pero este esclarecido Príncipe, que Just. 7. 5. 3. „fue vuestro huesped y vuestro alumno, criado con la doc„trina de Epaminondas, aquel Capitan ilustre, aquel Varon „venerable y santo: aprendió, á exemplo de sus costum„bres, el amor y afecto á vuestra ciudad; en cuyo crédi- Plut. Demosth. cap. 24. „to tomó, en la guerra de los Phocenses, satisfaccion de las „injurias, que os hicieron, y de los sacrílegos insultos, que Just. 8. 1. 11. „cometieron contra Apolo, quando en ódio vuestro envia„ron los Athenienses sus impios socorros, vengando despues „de los Locrenses, á instancia y solicitud de los Amphic- Demosth. de Coron. „tyones, las ofensas que hicieron al mismo Dios. Este, „pues, viene aquí el dia de hoy á mirar por vuestros inte„reses, y á no apartarse de este cuidado, mientras no que„deis asegurados de aquella orgullosa ciudad, zelosa siem„pre de vuestra gloria, y siempre enemiga vuestra. Si para „el lógro de este designio quereis contribuir con vuestro „consejo y fuerzas, su voluntad es, que tengais parte, an„tes en el seguro botin, que en una peligrosa guerra; ó que „quando la vuestra fuere de preferir el reposo, le concedais „solo el paso, pues él se basta á sí para vengar las comunes „injurias, sin que por esto dexeis de participar igualmente de „los frutos y bienes de la victoria, de quien la mayor par„te de los ganados, de las municiones y de los esclavos, será „vuestra; atendiendoos, como á mas vecinos, y á que con ella „podais reparar las pérdidas de las guerras de los Phocenses.

„En

„En fin, considerad si es mas de vuestro interés admitir tan „ventajoso partido, ó el vér abrasadas vuestras casas, ena- „genadas por fuerza vuestras ciudades, y perdidos, como „lo han deseado en Athenas, todos vuestros bienes, tenien- „do presente que el candor de vuestra sinceridad se con- „vierte en peligrosa ira, quando sin el menor motivo se „mira como sospechosa, y que quanto tuvo antes de gran- „de su benevolencia, es tanto mas violento el deseo de la „venganza, quando se vé despreciada. No juzgueis que pre- „tendo, por medio de estas razones, ofenderos con la ingra- „titud que no temo, ni tampoco que solicito infundiros el „temor, que tengo por escusado; pues solo se dirigen à „acordaros los beneficios á que os hallais obligados á Phili- „po, y á los que os es él deudor, para que unos y otros os „amonesten lo que debeis executar; y adviertan, que las alian- „zas en tanto son firmes y permanentes, en quanto es recí- „proco el interés de mantenerlas; y juntamente á persuadiros „que si reconoceis haber sido mayores los que él ha obra- „do à favor vuestro, que los que vosotros habeis executado „en obsequio suyo, procureis remunerar con igual afecto su „cariño. Tiene él por el mayor premio de sus fatigas haber „socorrido la Grecia, y haber hecho guerra á los Barbaros „en gloria y seguridad de ella; y ojalá hubiese permitido el „furor de los Athenienses, que continuáse contra ellos su „industria y valor, que á buen seguro, que las armas, „que precisamente se emplean hoy en reprimir facciones „sediciosas y malvadas, se hallarian triunfantes en el Asia. „Pudiera, sin la menor duda, haber conseguido la amistad „de los Athenienses, á no juzgarla por indigna de sí, y de „ignominioso y perjudicialísimo exemplo el hacerse tri- „butario, y como esclavo de un Demosthenes, y de otros „muchos, á cuyo arbitrio, no de otra suerte que el mar, al „impulso de los vientos, se mueven los espíritus de la mu- „chedumbre. Y á la verdad, si proporcionasen con el honor y „gloria la recompensa y el premio, no hay duda que se ha- „rian gratuitamente plausibles; pero los que están acostumbra- „dos á vender el honor, dificilmente se habitúan á hacer dis- „tincion entre lo útil y lo dañoso, entre la justicia y la injusti- „cia; pues se mueven por el interés, y no por el amor de la

Demosth. de Halonneso. Litera. Philip. ad Athe. apud Demosth.

„virtud y de la patria, ni por el respeto de los Dioses y „de los hombres, en cuya conseqüencia no debeis esperar de „ánimos tan viles nada honesto, útil, ni decoroso; pues mal „atenderán á vuestros intereses, debiéndoles tan poco repa„ro los de su patria. Desean precipitaros en iguales calamida„des à aquellas de quienes ha poco que os preservó el valor y „proteccion de los Macedones, ó sumergiros en otras tanto „mayores, quanto os será mas formidable enemigo Philipo, „que lo fueron Philomeles y Onormacho; porque en las „Repúblicas, donde el gobierno está prescripto á cierto tiem„po, y como de prestado, las empresas, por grande que „sea el Capitan, y el conato con que las intente, no pade„cen menores atrasos de la emulacion de los ciudadanos, que „del esfuerzo de los enemigos: donde por el contrario, nin„gunos las órdenes de los Reyes en las Monarquías, en quie„nes depende únicamente todo su gobierno de su voluntad y „providencia, y de quanta importancia sea esto en las dis„posiciones de la guerra, no lo ignorais vosotros. Tampo„co podeis dudar, que no se reduce solo á un Héroe el po„der y fuerzas de los Macedones; pues vemos que renace „Philipo en la persona de Alexandro, el qual ha dado tan „admirables muestras de su valor y talento, que segura„mente se puede esperar sea con el tiempo igual á los mas „ilustres Capitanes. No sucede asi á los Athenienses, entre „cuya crecida muchedumbre, hallándose dividido el arbi„trio de hacer la guerra ó la paz, qualquiera, segun es su „osadía, persuade lo que mejor le está, obrándose todo, „mas con una ciega pasion, que con el consejo y la pru„dencia. Persuaden allí los malos, ordenan los ignorantes: „hácese la guerra con menos ardor del con que se empren„de; y rómpense las alianzas con la misma facilidad que „se ajustan: tiénenla con Philipo, y sus acciones acredi„ditan la observancia con que la mantienen; pues no conten„tos con haber roto su fé, procuran que se dilate à otros este „pernicioso contagio. Pero por lo que mira á vosotros, (¡ò va„lerosos Thebanos!) vuestra generosa constancia, la qual os „ilustra, no menos que lo que con tan gran esfuerzo, como for„tuna, habeis obrado, me persuade facilmente à que preferireis „la amistad de un Rey, cuyos beneficios á favor vuestro os son

Demosth. de Cor.

„no-

„notorios á una ciudad enemiga y émula de vuestra gloria. „Finalmente, el Grande Hercules, exterminador de los malos „y de los delinqüentes, y á quien vosotros adorais con la „veneracion debida á un Dios, nacido en vuestra ciudad, „nunca podrá tener á bien derrameis su sangre en impía „é injusta guerra. Por lo que mira á las demás alianzas, „podreis informaros de los que la tienen con Philipo, si „se hallan con motivo alguno, para arrepentirse de ella.

CAPITULO VII.

ORACION DE DEMOSTHENES, ENVIADO por los Athenienses, recitada en la misma Junta.

„PEro Demosthenes, habiendo solicitado permiso pa- „ra hablar, no ignoraba (dixo) que estos mercena- „rios de Philipo nunca quedarian satisfechos de sus ala- „banzas, ni de nuestras injurias; porque los que se ha- „llan destituidos de todo género de honestidad, no acos- „tumbran atender á lo que dicen y hacen, sino á vér cum- „plido lo que con ansia desean. Pero asegurado yo (¡ò „generosos Thebanos!) en vuestra comprehension, me „prometo queden sus esperanzas burladas, y que lleven al „Rey Philipo una respuesta, digna de vuestra virtud, y „de la disciplina de los Griegos. Atended con madura con- „sideracion á lo que debeis executar en beneficio de los in- „tereses de vuestra patria; cuyo cuidado me ha traido à „esta Junta, en la qual espero mostraros con sólidas ra- „zones, y no con la alhagüeña persuasion de las palabras, „á quienes temen se rinda vuestra voluntad, se trata el „dia de hoy enteramente del estado de vuestra fortuna; à „cuyo fin en nada pondré mayor estudio, que en evitar „el parecer eloqüente, y de cuyo rezelo pueden asegurar- „se los Macedones. Porque quanto las causas á quienes fal- „ta la razon y la justicia, se hallan necesitadas de valerse „del socorro de la eloqüencia para que las supla; tanto age- „nas de usar de la hermosura de las palabras aquellas, cuyo „interés consiste en que descubra desnuda su verdad quien por

„ellas aboga. No me detendré á averiguar si las calidades „naturales de Philipo se conforman con el retrato que aqui „se acaba de hacer de ellas. Convengo con él, y con que „sea eloqüente y grato en sus festines: prendas, que quan„to algunos le ponderan, tanto confiesan la corta solidéz „de su gloria. Lo que sí me deberá siempre toda admira„cion, será el haberse atrevido sus Ministros á prorrum„pir ante vuestra presencia en los baldones, con que han „ofendido nuestra ciudad, quando de ellos toca tan igual „parte á los Thebanos, como á los Athenienses. Ponde„ran los desórdenes del Estado Popular; pero aunque los „conocemos, y nos lastimamos de ordinario de ellos, los „preferimos al dominio Real. Han discurrido, como si en „los círculos y en los festines solicitásen, por medio de la „adulacion, la gracia de los Macedones, y no pasasen ofi„cios de Embaxadores con un pueblo libre. Siempre han si„do notorios los pertinaces ódios, que asi los Reyes, co„mo todos sus esclavos, han tenido á las Naciones libres; „pero estos los han mostrado con mayor imprudencia, que „juicio. Por cuya causa nos hallamos (¡ò generosos The„banos!) obligados á aplicar los mayores esfuerzos para „mantener nuestras leyes y nuestros privilegios. Nadie duda, „quanto se debe desear, que los que se hallan constituidos „en la administracion del gobierno de la República, atiendan „con gloriosa emulacion á sus intereses y aumentos, á pre„meditar con cuidadosa vigilancia las mas convenientes reso„luciones, ó á lo menos á que ninguno prefiera á la utilidad „pública sus intereses particulares, dexándose sobornar de las „dádivas, y llevar del exemplo de estos Embaxadores, para „vender traydoramente, como ellos, su patria á Philipo. Pero „¿quál será en el Mundo el pueblo, ni quál la persona, que „haya gozado nunca en él de felicidad cumplida, quando el „que mas satisfecho vive de su fortuna, solo la reconoce el „bien de haberle sido menos adversa? No negamos que hay „entre nosotros infieles y traydores ciudadanos; ni tampoco „vosotros (¡ò Thebanos!) negareis, que los habeis tenido, y „teneis; porque á no ser esto asi, ¿cómo era posible, que Phi„lipo conspiráse en Elatea contra nuestra libertad y nuestro re„poso, y que no hiciese harto en asegurar de nosotros su Rey-

„no

„no de Macedonia? Mas sin embargo nos hallamos con mu-
„cho mas crecido número de fieles prudentes y zelosos ciu-
„dadanos, y de incomparable poder y autoridad á la de
„aquellas pestes de la República. ¿Quereis una prueba?
„¿Quereis un testimonio de esto? ¿Qué mejor, que el de
„conservar nuestra libertad, y no ser esclavos de Philipo,
„como tú de Pithon, quisiste que lo fuesen los Vizantinos;
„y como tú, Daocho, y tambien tú, Thrasidéo, has he-
„cho que los Thesalos lo sean, habiéndolos vendido al Rey?
„No ignorais vosotros, (¡ó Thebanos!) que Thesalia vive Plut. *cap.* 24.
„hoy oprimida de la servidumbre de Philipo; cuya miseria
„é infortunio tenemos por cierto, que nos la acompañais á
„sentir igualmente. Tambien Vizancio hubiera experimen-
„tado semejante infelicidad á la que padece Olyntho, si hu-
„biesen tenido lógro los designios de Pithon, y no la hubie-
„semos librado del golpe que la amenazaba; porque aquel
„Santo y venerable Protector de la Grecia tenia resuelto opri- Demosth. *de*
„mir esta ciudad, especial confederada nuestra; para cuya *Coron.*
„ruina son notorios los aprestos que se disponian. Veis aqui
„sobre lo que se funda la sabiduría de tan gran Príncipe, el
„qual cree es todo uno el talento, que la astucia y el artifi-
„cio, y que el perjuro es arte y ciencia; y asi usa de la per-
„fidia, como de una virtud heroyca: ó si no, díganos,
„¿por qué otros medios ha adquirido tan grande y tan for-
„midable poder? ¿Si por ventura no fueron los engaños,
„las asechanzas y las trayciones con los que tomó á los Grie-
„gos? ¿Si no venció á los Barbaros mas con el oro, que
„con el hierro? Y finalmente, ¿si con la misma facili-
„dad que concede á qualquiera su fé, no la rompe? Mas
„sin embargo le atribuyen estos Embaxadores el nombre
„glorioso de Protector de la Grecia, llamandonos pertur-
„badores de ella; ¡y que no se avergüencen estos Minis-
„tros de imputarnos antes tan falsamente las infames ac-
„ciones que han cometido, que mostraros los verdaderos
„delitos de que están visiblemente convencidos! Si alguno de
„vosotros (¡ó Partidarios de Philipo!) fuese acusado, ó de
„haberse sobornado, ó de haber cometido alguna tray-
„cion, interés vuestro fuera encubrirle, negarle y procurar li-
„braros de los castigos que por él mereciais; pero acusando

„vo-

„vosotros el dia de hoy á los demás, vosotros mismos os „condenais: cuya accion, si la habeis hecho sin prevenir „el fin, os desearia mas considerados y prudentes; si con „designio premeditado y sabiendo lo que haciais, que tuvie„seis á lo menos mas honra. En nada se acredita mas mi ino„cencia, y la de los que conmigo acusan, que en su mis„ma deposicion, por la qual confiesan, que no hemos ad„mitido dádiva alguna de Philipo; porque si nosotros se la „hubiesemos pedido, ¿es creible de un Rey tan liberal, que „nos enviáse con las manos vacías, como pretendeis persua„dir? ¿Y que habiendo juzgado por útil el ganaros y cor„romperos, que no tendria tambien por conveniente llevar„nos á sí; y que para conseguirlo no escusaria concedernos „quanto le hubiesemos pedido? Pero vosotros mismos ha„beis advertido á los Thebanos, que no sigan el consejo de „los que abandonan el bien de la patria. Verdaderamente, (¡ó „generosos Thebanos!) que desde luego depondria la aversion „con que los miro, si qual lo dicen lo sintiesen. Conformome „con su advertencia, y desde ohora os exhorto, amonesto y „os ruego, que abraceis inmediatamente en beneficio de vues„tra salud, y de la de toda la Grecia lo que os proponen. Si „asi lo hiciereis, no padecereis, que se os vendan vuestros „ganados, que vuestras heredades se conviertan en prisiones „vuestras, ni la ignominia de obedecer á los Peonienses y „á los Triballos entre los demás esclavos de Philipo. Pero lo „que ellos pretenden, es, que aprecieis los premios de la „servidumbre, y abandoneis vuestras mugeres, vuestros hi„jos y vuestros padres, la libertad, la reputacion, la fé; y „finalmente, quanto tienen los Griegos por santo y vene„rable. Todo lo qual es sin duda, Thebanos, que perdereis, „si no os unís con nosotros, para que juntos resistamos los „engaños y violencias de Philipo; porque si os persuadís á „que estais seguros al cuidado y trabajo de otros, temo que „os engañais. Y si no, decidme, ¿quien se persuadirá á „que si Philipo queda vencedor, ni los Thebanos, ni pue„blo alguno de la Grecia podrá conservar su libertad; no „habiendo quien se asegure en la fé y palabra de este Prín„cipe, sino los que de conocido gustan de perecer: don„de, por el contrario, si nos es favorable la fortuna, y ob„te-

„tenêmos la victoria, considerad, os ruego, lo que podreis „esperar de un pueblo, à quien abandonasteis, viéndole en „el peligro de perder, no menos que su salud y su decoro? „Sea qual fuere el partido que vosotros elijais, los Athenien„ses estamos resueltos á exponernos á todo, y á no perder la „libertad antes que las vidas. Y aunque para conservarla juz„gamos por suficientes nuestras fuerzas, si gustáreis de unir „à ellas las vuestras, obtendremos ambos la gloria de triun„far de un enemigo, á quien qualquiera de los dos pudiera „vencêr separadamente. No ignoramos nuestras fuerzas y po„der los Athenienses, cuyos progresos empezamos á expe„rimentar muy en los principios de nuestro nacimiento; y si „entonces hubiese animado una misma causa y un impulso à „los Griegos, á buen seguro, que dariamos hoy la ley, y „que hubieramos evitado que se hubiese estendido daño tan „pernicioso. Con este conocimiento, pues, hemos hecho „por largo tiempo la guerra contra él, no por Amphipolis, „ó por Haloneso, como han juzgado algunos, sino por la „salud y libertad de la Grecia, hasta que abandonados de to„dos, y acometidos de algunos nos vimos obligados á hacer „una Paz mas necesaria, que gloriosa. Pero ya ahora, (co„mo lo creo) asi Minerva, Protectora de nuestra ciudad, co„mo Apolo, Pithio, Dios de nuestra patria, y todos los „demás Dioses de la Grecia, han abierto los ojos à favor „nuestro, y excitan el valor de todos los que les tributan „sus adoraciones á la venganza de la libertad, que nuestros „padres nos dexaron. A lo menos tengo por cierto que Her„cules no puede haber oído sin indignacion los discursos de „estos Embaxadores, y el que le hagan Progenitor suyo, „Porque ¿como ha de ser posible, que este Dios quiera de„clarar por uno de sus descendientes á un Príncipe impío y „sacrílego? que siendo Griego reconoza á un Macedon? y „que habiendo sido enemigo y exterminador de la tiranía, „pase, porque se haga creible, que un tyrano deduzca de „él su origen, quando las acciones mas ilustres de Her„cules, y que le inmortalizaron, son totalmente opuestas „á las que ha obrado Philipo? El qual tiene á la Grecia „sujeta á un dominio injusto, habiendo establecido gene„ralmente en todas las ciudades tyranos particulares, á

Demosth. *de Corona Plut. Alcib. cap. 4.*

Curc. 5. 5. 8.

Demost. Philip. 4. Dinarc. *contr. Demosth.*

„Phi-

„Philistides en Oreo, á Hipparco en Heretria y á Thauros-
„thenes en Chalcide. Finalmente, los Eubenses, los Acheos,
„los Corinthios, los Megarenses, los Leucadios y los Corci-
„rios, se han declarado por nosotros, favoreciendo nuestros
Demosth. de Coron. Plut. Demost. cap. 24. Demosth. en la Carta de Philip. „designios. Los demás solo esperan el suceso, que hasta aqui
„ha sido el único, y mas poderoso apoyo del poder de Ma-
„cedonia. Pero luego que empiece á deshacerse, por sí mis-
„mo caerá; porque los Thesalos, de quienes se compone hoy
„la mayor y mejor parte de la caballería de Philipo, no acos-
„tumbran subsistir por largo tiempo en un partido; y los Il-
„lirios y todos los demás Barbaros, vecinos de la Macedonia,
„pueblos naturalmente soberbios é irritados el dia de hoy con
Just. 1. 6. 8. Demost. contra Arist. „la nueva servidumbre á que están reducidos, acabarán la
„guerra por nosotros, si los principios de ella son poco
„favorables á Philipo. Trabajemos, pues, igualmente con la
„industria y con el valor en una empresa tan gloriosa; y de-
„poned, mientras dure, todas las enemistades, que nacen or-
„dinariamente de ligeras causas entre Estados vecinos; las
„quales convertirá en benevolencia y amistad el gusto públi-
„co, que producen los buenos sucesos: ó reservad, á lo me-
„nos, quizá en daño y deslustre de unos y otros, vuestras
„pasiones para quando sin otro recelo y perjuicio de los inte-
„reses públicos podais libremente satisfacerlas. Si quereis ase-
„guraros de los artificiosos engaños de Philipo, cerrad vues-
„tros oidos á sus promesas, y vuestras manos á sus dádivas:
„preferid á los mayores bienes el de vuestra libertad, hacien-
„do mayor precio de ella, como el mas estimable, y queda-
„rán vanas é inútiles sus fraudes, sus dobleces y sus largue-
„zas; y quanto hasta aqui engrandecido su poder por las dis-
„cordias de Griegos, tanto mas abatido en lo venidero por su
„union. En cuyo caso podrá ser que su osadía y temeridad os
„facilite su prision, con la qual no hay que recelar de los de-
„más; porque si aquel ambicioso espíritu aspira á la gloria y
Demosthen. Olynth. 2. Plut. cap. 19. „al Imperio, los que hoy se hallan debaxo de su dominio, so-
„lo desean el reposo: si no es ya que temais á Alexandro,
„cuyos Partidarios os tienen en tan baxo concepto, que os
„juzgan capaces de que os amedrente aun el nombre solo de
„un niño.

CA-

CAPITULO VIII.

LOS THEBANOS SE DECLARAN CONTRA Philipo, y se unen con los Athenienses: sujeta Philipo toda la Grecia, y muestrase benigno con los Athenienses: toma la ciudad de Thebas, y tratala rigurosamente: su designio de llevar la guerra á Persia.

QUien creyera que los Thebanos, que acaban de oir con tan grande atencion y afecto á los Embaxadores de Philipo, mudasen de dictamen con tal brevedad? Tan grande fue su transformacion, que declararon á Philipo por enemigo, si no salia de sus Fronteras y de las de sus Aliados, que echaron de su ciudad á todos los que favorecian su Partido, y recibieron al mismo tiempo Tropas de los Athenienses. Pero Philipo, mas irritado que medroso, de verse abandonado, contra lo que esperaba de ellos, ni desistió de su empresa. En fin, despues de dos combates de pequeña consideracion, y cuyo suceso no ocasionó á los Athenienses arrepentimiento en la resolucion que habian tomado, camparon unos y otros con todas sus fuerzas cerca de Cheronea, en la Boecia. Animaba á los Griegos la gloria de sus antepasados, y el amor de la libertad. Fiabase Philipo en sus Tropas, á cuyo esfuerzo habia debido tantas victorias, y en su persona, en quien reconocia no menor socorro, por las grandes ventajas que hacia á los demas Capitanes en el Arte y disciplina Militar, habiendo faltado entonces los mas ilustres de la Grecia. Mandaba en Thebas Theagenes, en quien ni concurria la experiencia, que convenia á aquella constitucion, ni el desinterés, que era necesario para resistir los sobornos é inteligencias de Philipo; con cuyas experiencias, y valor no eran comparables las de todos los Capitanes Athenienses. Sin embargo, las fuerzas que veia convertidas contra sí este Príncipe de dos pueblos tan poderosos, y cuyo designio y autoridad seguian los Corinthios, y otros muchos, le obligaban á temer el lance de una batalla, á cuyo riesgo exponia toda la gloria y fortuna,

Plut. *Demosth. cap.* 25.

Just. 9. 4. 8. Dem. *de Cor.*

Diod. 16. 86.

Dinarch. *contr. Demosth.*

Strab. *l.* 9.

que en tantas habia adquirido. Ni los Thebanos se hallaban muy lexos de oir con agrado proposiciones de paz. Pero el ardor de los Athenienses los apartó de esta disposicion, reduciendolos á que librasen al lance de una batalla sola la libertad de toda la Grecia. Por otra parte Alexandro, no pudiendo moderar el ardor de su espíritu, estimulaba á su padre á que no perdiese tan prodigiosa ocasion, como la que se le ofrecia, para el mayor acrecentamiento de su gloria. Con que habiendo, por ultimo, conseguido que se pelease, fue él quien primero cargó en los enemigos. Combatióse por largo tiempo con grande ardor, en cuyo espacio permaneció dudosa la victoria, hasta que este Joven, á quien su padre habia dado el mando de una de las alas del Exército, compuesta de Tropas escogidas, habiendo acometido vivamente la Corte sagrada de los Thebanos, en quien estaban los soldados mas ventajosos de sus Milicias, la obligó á desamparar su puesto, y abrió el camino á la victoria. De otra parte los Athenienses, debilitados de fuerzas con el calor y las heridas, y perdidos de ánimo con la rota de sus Aliados, no pudieron resistir largo tiempo el esfuerzo de los Macedones. Con que de esta suerte decidió sola una batalla la libertad de toda la Grecia. Quedaron sobre el campo de los Athenienses mas de mil hombres muertos, y prisioneros dos mil: Y de el de los Aliados muertos y prisioneros muchos. Despues de cuyo suceso envió Philipo á decir á los Athenienses con su hijo Alexandro: *Que los admitia á su gracia, y se la hacia de la paz: Que daba graciosamente libertad á los prisioneros, y permitia que enterrasen sus difuntos.* Porque deseando pasar á la expedicion de la Persia, procuraba ganar el afecto y fidelidad de los Griegos, por medio de la blandura y clemencia; sí bien les quitó el dominio de las Islas y en el Mar. Mostróse mas severo y riguroso con los Thebanos, no pudiendo olvidar el riesgo á que habia expuesto sus intereses su repentina mudanza, ni la ingratitud con que habian correspondido á sus considerables beneficios, abandonandole por seguir el partido de los Athenienses. Y asi, luego que tomó su ciudad y puso guarnicion de Macedones, hizo cortar la cabeza á los que le fueron contrarios; y que saliesen de ella todos los demás: y restituyó á los que por haber se-

Æsch. *contra Orestoph.* Plut. *en Demosth. c.* 25. Dio. *pr. orat.* 2.

Plut. *c.* 14.

Curt. 8. 1. 23. Arrian. 7. 2. 13.

Diod. 16 87. Paus. *lib.* 7.

Just. 9. 4. 5. Plut. *Apoph. c.* 30.

Paus. *lib.* 1.

Paus. *lib.* 8. Diod. 16. 88.

seguido su partido se hallaban desterrados, haciendoles merced de los Cargos y Magistrados. Con la fama y grandeza de esta victoria rindió todos los demas pueblos, que habian tomado las armas contra él, á unos por medio de ellas, y á otros por el de muy ventajosas alianzas á favor suyo; sin que entre todos los Griegos quedasen exêntos de su dominio, mas que los Lacedemonios y los Arcades. Habiendo, pues, congregado una Junta en Corintho de toda la Grecia, manifestó en ella: *Quán preciso era pasar la guerra á Persia, y reprimir el insoportable orgullo con que los Bárbaros se suponian ya Señores de todo el mundo; porque de no hacerlo, y no resistirle prontamente, quedarian para siempre esclavos suyos: Que ya no se trataba de que los Griegos hiciesen la paz ó la guerra, sino de saber si querian mas pasarla á los dominios del enemigo, que esperarla en los suyos: Que no solo convenia vengar las antiguas ofensas, sino librar las ciudades de la Grecia, situadas en el Asia, de la servidumbre de los Bárbaros, y borrar la ignominia, que resultaba á los Griegos de ella: Que esta empresa se haria con tanta mayor facilidad, quanto hallandose en paz toda la Grecia, se podian emplear todas sus fuerzas en una guerra de la otra parte del Mar; con quien se lograria tambien el beneficio de asegurar su tranquilidad domestica, empleandose en ella los que la alteraban, por la ociosidad y el reposo á que se entregaban. Y últimamente, que nombrasen el Capitan de quien habian de fiar el cuidado de ella, y dispusiesen los medios con que se habia de hacer.* Nadie ignoraba que debia pedirse esto á favor de la República; pero reconociendo todos no era ocasion oportuna de solicitar con palabras la libertad que habian perdido con las armas, fue nombrado Philipo con aclamaciones de regocijo de comun consentimiento por General de toda la Grecia, para que pasase al Asia á librar el Mundo de la servidumbre de los Persas. Confirieronse los medios con que cada pueblo podria contribuir, y se pusieron por escrito los soldados, el dinero y el trigo, que habian de dar. Hecho el cómputo, halló que se le ofrecieron á Philipo para esta expedicion ducientos mil infantes, y quince mil caballos, sin que se comprehendiesen en este número los Macedones y los Bárbaros que estaban sujetos á ellos.

Just. 9. 4. 6.

Elian. 6. 11 8.

Just. 9. 5. 3. Arrian. 1. 1.

3 Diodor. 17. 3. 16. 90. Just. 9. 5.

Curt. 3. 10 5.

Just. 9. 5. 6

CAPITULO IX.

DISCORDIAS EN LA CASA DE PHILIPO: resuelve éste dar muerte á Alexandro, el qual se halla necesitado á retirarse con su madre Olimpias: muerte de Philipo, en que son sospechosos Olimpias y Alexandro: crueldades de Olimpias.

SIendo general propension de las felicidades humanas, que ninguna dexe de padecer el contratiempo de algun infortunio, mal pudieron librarse de él las prosperidades de Philipo; cuyas exteriores dichas turbaron los disgustos domésticos que le sobrevinieron. Concitaba (como dexamos dicho) cada dia mas contra sí la altivez y soberbia de Olimpias el desagrado de su esposo: á cuya causa atribuyen algunos su repudio. Pero por lo que reconozco en los Historiadores, hallo, que permaneciendo su matrimonio, y sin que precediese novedad alguna, se casó Philipo con Cleopatra. Lo cierto es, que no parece creible que Alexandro quisiese asistir á las bodas de la madrastra (á haber precedido) en desdoro y desprecio de su propria madre, á quien amaba ternísimamente, y de cuya ignominia le tocaba tanta parte; y mucho menos quando añaden, que Philipo la repudió, por sospechas de algun desliz poco decente á su honestidad y decoro. Lo cierto es, que Alexandro asistió á sus bodas, y que por cierto disgusto, que sobrevino en uno de los festejos, ausentó de la Corte á su madre. Attalo, tio de Cleopatra, no pudiendo disimular sus esperanzas, se dexó decir entre los desmanes de un banquete: *Que debian pedir los Macedones á los Dioses concediese muy en breve á Philipo sucesor legitimo del nuevo matrimonio.* Irritado Alexandro, naturalmente colérico, de este agravio, prorrumpió asi: *Mal hombre, ¿por ventura me imaginas bastardo?* Y acompañando á estas palabras la demostracion de darle en la cabeza con la copa que tenia en la mano, correspondió tambien Attalo con otra igual, de que se originaron aun mayores disgustos; porque irritado Philipo, que estaba en otra mesa, de que se turbase la celebridad y regocijo de

Iust. l. 16. Plut. cap. 14. Iust. 9. 5. 9. Versio Arriani. 3. 1. 14. Curt. 5. 1. 22.

Plut. cap. 15. Iust. 9. 7. 3.

Ath. pr. l. 13.

de aquel dia, corrió con la espada desnuda contra Alexandro, á quien sin duda hubiera muerto, si el impedimento que le causaba la herida, que hemos referido recibió, la cólera y el vino, no le hubiesen estorbado llegar á él con mas presteza. Cayó al tiempo de seguirle, con que dió lugar á sus amigos, absortos de caso tan inopinado, para que se pusiesen por medio y aplacasen la colerica indignacion del padre: sí bien no fue menos dificil templar á Alexandro, el qual se tenia por muy ofendido; y aunque se le representó el respeto, que como á Rey y padre le debia, no pudo abstenerse de decir á los Macedones, burlandose de Philipo: *Que llevaban muy buena guia, que los conduxese al Asia, no habiendo aun podido pasar de una mesa á otra sin caer.* Pero no teniendose por seguro él, ni su madre, se acogieron al Rey de Illiria, y en Epiro, donde reynaba el hermano de Olimpias, la dexó. Habiendo vuelto despues ambos á Macedonia por interposicion de Demaratho, Corinthio, Olimpias, muger de genio caprichoso y dificil de reducir á lo razonable, no cesaba de persuadir á Alexandro, bastantemente ambicioso por sí, *á que ganáse quantos amigos pudiese, por medio de los beneficios, por el de la blandura y agrado, y á que se aseguráse del odio de su padre con la alianza de los mas poderosos.* El mismo Philipo le habia aconsejado en otras ocasiones, que grangeáse el afecto del pueblo con la afabilidad, prohibiendole lo hiciese con las dádivas. Y en una de sus cartas afeandole éstas, le advierte: *No se fie del que adquiriese por ellas, pues se hallaria engañado, si pensaba, que semejantes medios, los quales eran proprios de sus Ministros y criados, podian ser decentes á la grandeza y soberania de un Rey.* Pero como por otra parte solia decir muchas veces, que no habia nada inaccesible al dinero, y para confirmarlo, se valia de él igualmente, que de las armas, es de creer, que el fin del consejo no miraba tanto á la enseñanza de Alexandro, en lo mas conveniente, quanto á abstraerle de que se valiese contra él de sus propios artificios, como lo temia. Reprehendióle tambien por haber solicitado la hija de Pexodoro, destinada para Arideo, diciendole: *Que era degenerar de su sangre, y manifestarse indigno de su fortuna, desear por suegro á un Carió Barbaro, y vasallo de otro Bar-*

Plut. *c.* 15. y *en las Apoph. c.* 33.

Plut. *Apoph. cap.* 31. Cicer. *en los Ofic.* 2. 15.

Val. Max. 7. 2. 8.

Diod. 16. 55. Plut. *Apoph. cap.* 31. Demost. *de Cor.* Plut. *c.* 16. Athen. *pr. l.* 13. Steph. 5.

Barbaro. Pero sin embargo, nunca Philipo observó lo que persuadia; pues á precio de asegurar sus intereses, ni reparó en la baxeza de los nacimientos, ni dificultó casarse con mugeres de lo mas interior de la Barbaridad en el País de los Illirios y de los Getas; aunque es verdad, que tenia ya hijos de muchas de sus mugeres y concubinas quando lo hizo. Y porque Alexandro llevaba con sumo disgusto el tener tantos hermanos, su padre le solia decir con agrado y blandura: *Que pues tenia tantos competidores al Imperio, obráse de suerte que los excediese en valor y la virtud, para que creyese el Mundo debia la Corona mas á sus meritos, que á su padre y á su nacimiento.* Pero como la misma materia ocasionaba de ordinario nuevos disgustos, y la quiebra pasada no quedó bien soldada, llegaron estos al ultimo rompimiento, y con especialidad por parte de Olimpias, cuyo violento espíritu estimulaba á la venganza el sobervio y temeroso capricho de su sexô. Habia solicitado con Alexandro, su hermano, hiciese guerra á Philipo; pero este astuto Príncipe, temiendo verse precisado á tomar las armas en tiempo tan poco oportuno, aunque se hallaba mas poderoso, se previno de este riesgo, asegurandose del Rey de Epiro, por medio del casamiento que ajustó entre él y Cleopatra, hermana de Alexandro. Juntaronse todos los Príncipes de los pueblos vecinos y los Embaxadores de las ciudades Griegas, á la celebridad de estas bodas en Egas, cuya ciudad eligió Philipo para los regocijos, como en presagio de lo que despues habia de suceder, siendo este lugar en donde se acostumbraban enterrar los Reyes de Macedonia. Refierese tambien, que quando consultó al Oráculo de Apolo sobre la guerra de Persia, le fue respondido: *Estaba proximo su fin*; pero que interpretando la inteligencia de tan dudosa respuesta (como lo son todas las de los Oráculos) á favor suyo, y en ruina de los Barbaros, se lisonjeaba con ella. Precedieron á la muerte de este Príncipe otros muchos prodigios, cuya declaracion fue impenetrable á todos, hasta que la hizo notoria el suceso. Habia entre los soldados de su guarda uno, llamado Pausanias, á cuya graduacion le habia ascendido Philipo por desagraviarle de las injurias que recibió de Attalo; el qual, viendole embriagado en un festin, le expuso al nefando antojo de los convida-

Elian. *Hist. divers.* 13. 36. Jornand. *de rebus Gestis, cap.* 10. Johan. Magnus. 3. 11. Plut. *Apoph. cap.* 34.

Just. 9. 7. 7.

Diod. 16. 93.

Plin. 4. 10. 3. Athen. 4. 14. Tacit. 54. 5. Pausan. 7. 8. Arrian. 1. 3. 25.

dados. Solicitando, pues, Pausanias, con el castigo de Attalo, la satisfaccion de esta ignominia, y no atreviendose Philipo á darsele á un Capitan, cuyo valor y experiencia en la guerra habia acreditado tan en beneficio suyo, y á quien, habiendole hecho su Valido, habia enviado delante al Asia con Parmenion y Amintas, para valerse de él en la Expedicion de la Persia, le pareció darle este empleo, creyendo que con él quedaria gustoso; á cuyo fin le aumentó el sueldo, procuró suavizar con honrosas caricias, pidiendole cediese en beneficio de los intereses y necesidades del Estado sus particulares agravios. Pero haciendo mayor impresion en este Joven la injuria pasada, que los favores presentes, convirtió todo el rencor, que conservaba al autor del ultrage, contra Rey tan remiso en el castigo de él. Creyóse, no sin alguna verisimilitud, que comunicó su designio con los enemigos de Attalo, y con los malcontentos de Philipo; pero lo cierto es, que fue notorio el que Olimpias coronó al parricida con una corona de oro, que halló pendiente de una horca, á cuya demostracion se añadieron otras, que confirmaron las causas de este atentado, y del orden que se guardó en su execucion. No bien habia desplegado su luz el dia, destinado para los ultimos Juegos, cuya magnificencia se esperaba fuese, segun se habia prometido, superior á los expectáculos de los dias precedentes, quando concurrió gran muchedumbre de pueblo al teatro para verlos. Entre las preciosas alhajas, que servian á su adorno, y por cuyo medio suelen los Príncipes de crecida opulencia y poder, mal satisfechos de la grandeza de su fortuna, (por decirlo asi) burlarse de sus riquezas, se ofrecian doce Estatuas de los Dioses, en quienes la excelencia del arte competia con lo precioso de la materia, y despues de ellas otra en nada inferior, que representaba á Philipo; pero bien apriesa pagó con su merecido castigo el desprecio que hacia de su condicion mortal; pues quando ensobervecido con la prosperidad de tan favorables sucesos, pretendia igualarse con los Dioses, le cortó la muerte el hilo de la vida, antes que pudiese gozar del honor que pretendia usurparles. Advirtiendo cuidadoso Pausanias el modo de su entrada en el teatro, y reconociendo iba solo, por haber hecho pasar delante á todos los que le acompañaban, y mandado á

Diod. 16. 92. Just. 9. 5. 8.

Plut. 17.

Just. 9. 7. 10.

Diod. 16. 93.

sus

sus Guardas se quedasen detras de él, por acreditar la seguridad con que le tenia la amistad en que se hallaba con todos, le atravesó por el corazon un puñal, á cuyo violento golpe cayó en tierra muerto. Tal fue el fin del mayor Rey de los de aquel tiempo; á cuyo gran talento y valor debió el Reyno de Macedonia le elevase desde el mas abatido y despreciable estado al mas poderoso y formidable: sujetó todos los Barbaros, que circundaban sus Fronteras: reduxo la Grecia debaxo de su obediencia, y puso en terror su nombre al Imperio de los Persas. Para cuya conquista se juntaban ya debaxo de sus Vanderas los Griegos Auxiliares, habiendo pasado al Asia sus Capitanes; pero faltó muy á los principios de sus generosos intentos, y quando su valor se prometia considerables frutos de sus victorias. Tan expuestas estan siempre las mayores empresas á un momentaneo fatal accidente, y á que se burle de esta suerte la fortuna (como suele de ordinario) de las esperanzas de los mayores Heroes. Luego que Olimpias supo la muerte del Rey, obligó á Cleopatra, sobrina de Attalo, á que se ahogase ella misma, habiendo hecho pocos dias antes de la muerte de Philipo quemar al hijo que tubo de él. Exercitó tambien sus iras en los afectos y parientes de esta Princesa, y estendió su venganza á quanto le puede dilatar el impetuoso furor una muger zelosa.

Just. 9. 7. 12. Diod. 17. 2. Paus. *lib.* 8.

CAPITULO X.

ALTERACIONES Y DISCORDIAS en el ingreso de Alexandro á la Corona: su valor y resolucion: habla al pueblo, y manda castigar á los cómplices en la muerte de su padre.

PEro Alexandro, en cuya ausencia habia cometido su madre crueldades tan indignas, se mostró entre las tempestuosas borrascas, que se le ofrecian á los principios del gobierno, como Iris que las serenó; porque los Griegos, á quienes habia sujetado Philipo, concebian ya esperanzas de su libertad; los Barbaros tumultuaban; las vecindades de Macedonia, y la misma Macedonia empezaba á turbarse: Attalo, que mandaba un Exér-

Plut. c. 17.

Exército considerable, tenia ganado el afecto de los Soldados, y la Alianza de los primeros Señores de Macedonia; los quales le habian prometido la hermana de Philotas, siendo natural viviese ofendido de los considerables agravios que habia experimentado de Alexandro y de Olimpias, los quales le constituian enemigo de ambos. Por otra parte Aminthas, hijo de Perdicas, hermano de Philipo, y á quien Philipo habia casado con Cina, aspiraba á la succesion de su padre, por muerte de Alexandro. La mayor parte del pueblo aborrecia la tiranía de Olimpias, y los que solo pretendian mudanzas y novedades, se inclinaban á una ú otra parte, segun los empeñaba su afecto ó interés. Ni faltaban algunos que dixesen: *Era preciso dar á Alexandro, hijo de Europa, la Corona: que primero Aminthas, y despues Philipo habian usurpado tiranicamente al legítimo successor del Reyno.* Pero el Exército compopiendose de varias Naciones, tambien de diversas inclinaciones, segun era el valor y la esperanza de los Capitanes. Por el contrario, la muerte inopinada de Philipo, no habia dado tiempo á Alexandro para que se previniese contra tantos movimientos, como se suscitaban por todas partes. Y si bien se atendia á su generosidad natural, no dexaba de perjudicarle su corta edad, por no persuadirse á que un Príncipe de veinte y cinco años se atreviese á echar sobre sí el peso de tan grande Imperio, ni á que en caso de hacerlo tuviese fuerzas bastantes para mantenerle. A que se añadia la falta con que se hallaba de dinero: eficacísimo medio para allanar las mayores dificultades, y mas poderoso y fuerte que las mismas armas: y que como tal se habian valido de él y de sus crecidas riquezas los Persas para grangear á favor suyo los pueblos de la Grecia. Hasta los Piratas Toscanos se ocupaban en robar los lugares marítimos de Macedonia, para que no faltase circunstancia alguna al colmo de tan considerables contratiempos. Finalmente, Alexandro habiendo juntado á sus mas confidentes para conferir el pronto remedio que pedian, fueron algunos de dictámen de que se abandonase por entonces la Grecia, y se procurase aquietar por medios suaves las Bárbaros que empezaban á alterarse; pues sosegadas las reboluciones de adentro, se lograria con mayor facilidad el que lo quedasen tambien todas las de afuera. Pe-

Diod. 17. 2. Curt. 6. 9. 17.

Plut. de la fortuna de Alexand. 1. 3.

Arrian. 1. 3. 6.

Just. 11. 1. 1. Just. 11. 4. 19.

Arrian. 1. 1. 7. 7. 5. 17. Soidas v. Alex. Plaut. de la fortuna de Alexandro. 1. 3.

Just. 11. 2. 7. Arrian. 2. 3. 18. Diod. 17.

Strab. l. 5. ro no admitiendo su gran valor remedios tan tibios, los quales juzgaba que argüian flaqueza de ánimo, declaró su dictámen, diciendo: *Que si al principio de su gobierno le empezaban á despreciar, lo harian siempre, porque el credito que*
Plut. c. 18.
Just. 11. 1. 5. *se grangea un Principe con las primeras acciones de su Reynado, le conserva en todo el progreso de su vida: Que la repentina muerte de su padre habia sido tan inesperada de él, como de los rebeldes, con quienes se conseguiria facilmente quanto se pretendiese, hallandose aun temerosos, y sin saber á qué resolverse: Que la lentitud y retardacion de los Macedones podria dar ocasion á que se declarasen por Autores y cabezas de varias rebeliones muchos, á quienes sin duda se juntarian los que se mantenian dudosos sobre el partido que habian de elegir. Y que asi tenia por mas seguro ponerse en manos de la fortuna, en ocasion donde era mas necesaria la diligencia que la fuerza. Porque si no mostramos* (decia) *contra algunos firmeza y valor, ¿qué suceso podremos esperar, quando habiendo reconocido nuestra flaqueza, unidos todos, de comun consentimiento nos acometen?* Oró despues al pueblo, á quien habiendo ponderado con iguales razones la importancia de su resolucion, y proporcionadolas al es-
Diod. 17. 2. Just. 11. 1. 10. tado presente, le ofreció: *Obrar de suerte, que esperaba confesasen bien aprisa, asi los ciudadanos, como los enemigos que con la muerte de su padre solo habia mudado el Reyno la persona y el nombre del Rey que perdió, y no la acertada administracion de su gobierno, ni la gloria con que florecia, por la prudencia y valor con que la habia adquirido y conservado. Que aunque algunos habian tomado con la mudanza presente ocasion para turbar la seguridad y el sosiego público, esperaba recuperar bien aprisa uno y otro con su castigo. Para cuyo fin solicitaba de los Macedones, que le concediesen solo los mesmos corazones y brazos que habian empezado en servicio de su padre por tan dilatado espacio de años,*
Just. 11. 1. 8. *con tan gran gloria suya, como fruto de sus victorias. Y que tenia por segura, de la prontitud con que mostraban á la execucion de sus ordenes, que podrian remunerarla, aliviandolos de todas las cargas que padecian, dexandoles sola la de servir en la guerra.* Favoreció la fortuna la resolucion del nuevo Rey, disponiendo correspondiese el suceso á la feli-

ci-

cidad con que le habia esperado, y al esfuerzo que habia prometido, y aplicado para conseguirle; porque prevenido contra las astucias que Aminthas intentaba perderle, las descubrió, se desembarazó de las de Attalo y de su persona por medio de Acateo y Parmenion; y finalmente, de todos aquellos á quienes acusaba la voz comun de haber contribuido á la muerte de Philipo, sin que entre todos exceptuase de ella á otro, que á Alexandro Lincestes, por haberle asistido en su asumpcion á la Corona, y haber sido el que primero le saludó Rey, persuadido á que por medio de la severidad con que procedia en venganza de la muerte de Philipo, aseguraba el Trono y la vida, y conseguia el desvanecer la voz que corria de haber sido cómplice en la muerte de su padre. A cuya sospecha dieron ocasion los continuos disgustos y quexas que tuvieron Philipo y Alexandro, y tambien á que se dixese habia acriminado los agravios de Pausanias para obligarle á cometer aquella maldad, animandole á su execucion con un verso de cierta tragedia: *En donde Medea amenaza á sus competidoras, á que Jason, y á los que la habian casado con él, de comprehenderlos en una misma ruina.* Por lo qual hizo quanto pudo por eximirse de la nota de este delito, atribuyendosele á los Persas en una respuesta que dió á cierta carta de Dario, donde le acusa *de haber comprado á precio de oro Asesinos que executasen la muerte de su padre.* Finalmente, para librarse mejor de ella, resolvió poco ántes de su muerte fabricar un magnífico Templo en honor de Philipo; á cuya execucion atendieron poco sus succesores, por mas que lo dexó encargado en su testamento, y prevenida entre otras muchas cosas la disposicion y el orden que se habia de guardar en ella.

Diod. 17. 2. Curt. 7. 1. 3.

Arrian. 1. 8. 2. Curt. 7. 16.

Just. 11. 2. 2.

Plut. 6. 17.

Arrian. 2. 3. 18. Curt. 4. 1. 12. Diod. 1. 4.

CAPITULO XI.

ENTRA EN THESALIA, Y REDUCELA A SU obediencia: nombranle los Griegos por su General, cuya Junta hace se tenga en Corintho: visita al Philósopho Diógenes: su expedicion en la Thesalia; y anuncios de su grandeza.

COnociendo Alexandro quanto le importaba para pasar á execucion los designios á que le estimulaba su espíritu conservar el dominio de la Grecia, que su padre habia adquirido, movió, con la mayor presteza que pudo, su Exército ácia Thesalia, por donde rompió improvisamente. Algunos Thesalos, habiendo levantado el ánimo y las esperanzas á novedades, se habian apoderado de los pasos del Tempe, y cerrado el camino por donde se viene de Macedonia; cuyas dos Regiones dividen la una de la otra los dos famosos montes Olympo, y Osa. Pasa el rio Peneo por sus vegas; cuya prodigiosa amenidad hace tan hermosa y grata esta Region, que ha merecido solemnes sacrifi-
Maxim. Tyr. *orat.* 38. cios. Corre á la sombra de las deliciosas florestas, que guarnecen de una y otra parte sus riberas; y aunque bastante-
Plin. 4. 8. mente ruidosa su corriente, el harmonioso canto de los pa-
Liv. 44. 6. 5. xaros, que en crecido número pueblan continuamente aquellos arboles, impide que se perciba. Ofrecese una senda estrecha, cuya latitud es de cinco mil pasos, por la qual apenas puede pasar un caballo cargado, y cuya entrada son bastantes á resistir á qualquiera que la intente diez hombres armados. Pero Alexandro, habiendo tomado el camino por donde se creía que eran las rocas mas inaccesibles, y hecholas cortar por el lado del monte Osa en forma de escalones, entró por él. Quedaron tan amedrantados todos los habitadores de su presteza y diligencia, que sin haber persona alguna que se le opusiese, le entregaron á un tiempo los Dominios de to-
Polyæn. 4. 3. 23. da aquella Region, los Lugares y rentas, segun las condicio-
Just. 11. 3 2. nes con que los gozaba Philipo; si bien concedió á la ciudad de Phithia quedáse libre de todas cargas, por ser patria de
Philost. *in Heroicis.* Achiles, de quien se creía descendiente, y á cuyo Héroe de-
cia

cia habia elegido por camarada y guia para la expedicion de la Persia. De Thesalia pasó á los Thermopilas, á la Junta que entonces se tenia en ellas de toda la Grecia, á quien llamaban Pylaica; y despues de haberle declarado por Decreto de los Amphyctiones por General de los Griegos, en lugar de su padre, confirmó á los de Ambracia la libertad que habian recuperado poco antes, echando de su ciudad una Guarnicion de Macedones, y les aseguró se la hubiera concedido voluntariamente, aunque no la hubiesen adquirido. Habiendo despues dado orden para que se acercáse su Exército á Thebas, y vencido el orgullo y pertinacia de los Beocianos y Athenienses, los quales se oponian con mas especialidad á sus empresas, dió orden á los Diputados de los Griegos, para que pasasen á verle á Corintho, donde, habiendose confirmade de comun consentimiento el Decreto de los Amphyctiones, quedó reconocido por General de todos los Griegos, en lugar de Philipo, y resueltas las Tropas, que habian de pasar á hacer la guerra á Persia. Hallabase en Craneo, arrabal de Corintho, donde habia un bosque de cipreses, Diogenes, Philosopho Cynico; el qual prefiriendo á las riquezas el reposo y la libertad del ánimo, habia elegido una pobreza voluntaria. Deseando Alexandro tratarle, salió á pasearse cierto dia al bosque, donde habiendo visto á este Philósopho, y permitidole pidiese quanto gustáse, con la seguridad de que se lo concederia, *le suplicó solo se apartáse un poco, y no le quitáse el Sol.* Cuya inesperada respuesta, asi como le fue de gusto, tambien de admiracion, al experimentar en el desengaño de aquel Philósopho el desprecio que hacía de su elevada fortuna, en la qual no tubo que apetecer. Y asi, es fama, que dixo á los que se hallaban con él: *Que á no ser Alexandro, quisiera ser Diogenes.* La grandeza de ánimo de este Príncipe, y su superior talento no dexaban de manifestarle los peligros á que por sus desordenadas pasiones se precipitan y pierden los hombres; pero teniale tan preocupado la ambicion y el deseo de reynar, que no le daba lugar á que reconociese con utilidad propria quanto mas cómodo es carecer de lo superfluo, que gozar de lo necesario. Pasó del Peloponeso á Delphos, á consultar á Apolo sobre el suceso de la guerra que emprendia; pero habien-

Plin. 35. 9. 3.

Liv. 31. 32. 3. 33. 21. 4.

Diod. 17. 4. Diod. 17. 3. Diod. 17. 4.

Just. 11. 2. 4. Arrian. 1. 1. 2.

Paus. *l.* 2.

Plut. *cap.* 22. *& ad pr. in doc. cap.* 7. Diod. *or.* 4. Senec. *de Benef.* 5. 4. 6. Laert. *in Diog.* Juven. 14. 309. Arrian. 7. 1. 6. Val. Max. 4. 3. f.

Plut. *c.* 22.

biendole enviado á decir la Sacerdotisa, que no era permitido hacerlo hasta que pasasen algunos dias, se fue á ella, y la sacó por fuerza para el Templo, en cuyo camino, viendo que la obstinacion del Rey habia derogado la costumbre, exclamó con estas voces: *Invencible eres, hijo mio.* Alexandro la detubo, diciendola: *Que él admitia por anuncio sus palabras, y que no pretendia inquirir mas del Oráculo.* Reducidas con esta felicidad á sosiego aquellas inquietudes, volvió á su Reyno, donde se aplicó con suma actividad á vengar el desprecio que se hacia de Macedonia. Finalmente, teniendo prontos todos sus aprestos, partió de Amphipolis al principio de la Primavera, para hacer la guerra á los pueblos libres de la Tracia; y llegó en diez dias cerca del monte Emo. Habiase apoderado crecido número de Traces de la cumbre de la montaña para impedir el paso, y cerrado su campo con carros, en forma de trincheras y terraplenes, para resistir á los enemigos, si llegasen á acometerles. Alexandro, reconociendo el designio y destreza del enemigo, ordenó á su gente se abriese para hacer paso á los carros, luego que intentasen abanzarlos, y que se postrasen en tierra y se cubriesen con sus escudos, uniendose los unos con los otros, á manera de galapagos, en caso de que los disparasen repentinamente. Con cuya diligencia quedó frustrada la astucia de los enemigos; porque la mayor parte de aquellos carros pasó por el lugar que les hicieron, abriendose, sin ocasionar tampoco daño alguno el peso de los que pasaban por encima de los soldados que estaban en tierra, respecto de evitarle sus escudos, ayudados de la velocidad con que corrian. A cuyo próvido reparo se debió quedáse solo en amago el aparato de tan peligrosa tempestad. Entonces los Macedones, libres del temor en que se habian visto, testificando á gritos su regocijo, marcharon contra los Barbaros; y los flecheros, partiendo del ala derecha, cargaron con las saetas sobre los que estaban mas abanzados. No se puso en duda la victoria luego que la gente de Alexandro pudo combatir á pie firme: rechazaron facilmente un enemigo, que á modo de decir, se hallaba desnudo ó ligeramente armado. Pero lo mismo que ocasionó la pérdida de los Barbaros, les facilitó mucho su fuga; porque libres del peso de las armas, pudieron sal-

Diod. 17. 93.

Arrian. 1. 1. 5.

Polyæn. 4. 3. 11.

Arrian. 1. 1. 13.

salvarse mas comodamente por ciertos lugares desconocidos á los enemigos. Murieron mil y quinientos, librando á los demás la fuga. Tomóse infinito número de niños y mugeres; y la presa, respecto de la calidad de los lugares, fue de bastante consideracion. Abierto de esta suerte el paso del monte Emo, penetró el exército por lo mas interior de la Thracia. Ofrecióse en aquel territorio un bosque consagrado á Bacbo, de gran veneracion en todos tiempos. Sacrificando en él Alexandro, segun el estilo de los Bárbaros, y habiendo derramado alguna porcion de vino sobre el Altar, salió una gran llama de él, que discurriendo por la altura del Templo, se levantó desde ella hasta el cielo; prodigio que se tuvo por anuncio de que la gloria de este Príncipe no tendria otros límites que la extension del universo, y en cuya confirmacion se refirió otro. Tiene la Thracia, llamada Odrysa, un monte con el nombre de Libethre, y una ciudad del mismo, á quien hizo famosa el nacimiento de Orpheo. Vino, pues, á ella el Rey á asegurarse de lo que le decian los que le afirmaban haber visto sudar la Estatua de este Héroe, sumamente venerada alli. Este prodigio puso á todos en alguna inquietud; pero Aristandro les aseguró del recelo, declarando, que miraba al Rey, y que era testimonio de que costaria algun dia á los Poetas, hijos de las Musas, sudor y desvelo, representar sus gloriosas acciones. Quando Alexandro baxó á las tierras de los Triballos, pueblos fuertes y valerosos, que habitan de la otra parte del monte Emo; Syrmo su Rey se habia retirado á Pauce, Isla de la Istria, noticioso mucho tiempo antes de la expedicion de Alexandro. Defendióse alli por medio de aquel rio quanto no le permitieron lo hiciese por el de las armas, la edad y el sexo. Hallabase Alexandro con muy pocos baxeles, demas de que le era muy dificil llegarse á esta Isla, por estar impenetrable la orilla, y fortificada de las rocas. El enemigo, que estaba fuerte, resistia con pequeño trabajo la entrada: Por tanto se retiraron los Macedones, sin haber hecho fruto alguno, contentos con la victoria que habian obtenido algunos dias antes de los Triballos, en cuya batalla dexaron muertos mas de tres mil de su Exército, sin otra pérdida que la de cinqüenta hombres de sus tropas.

Suet. Aug. 49. 7.

Tzetzes Chil. 7. 91.

Plut. 6. 22.

Arrian. 1. 1. 17.

Strab. *lib.* 7.

Arrian. 1. 1. 28.

Plut. c. 19.

Arrian. 1. 1. 25.

CA-

CAPITULO XII.

SU VIAGE A LAS TIERRAS DE LOS GETAS: recibe Embaxadores de Alemania: escusa hacerles guerra; los Príncipes de Illiria se sublevan contra él: veese en peligro, del qual se libra por medio de una estratagema.

Joan. Mag. *Hist. Gott.* 3. 12. DEspues de haber acometido vanamente Alexandro al Rey Syrmo, volvió sus armas contra los Getas, que habian puesto en batalla de la otra parte del rio quatro mil caballos y diez mil infantes. A cuya empresa le movió, no tanto el interés de la guerra, quanto el deseo de la gloria, Arrian. l. 1. 29. y el de poder blasonar de haber pasado el mas caudaloso rio de la Europa, á pesar de las Naciones de mayor valor, que embarazaban su tránsito. Hizo, pues, poner en los baxeles que tenia quanta caballeria pudo caber en ellos: en barcas su infanteria, de que tenia gran número; y que el resto pasase en odres. Habiendolo hecho los Macedones de noche, y embarazando los crecidos trigos que habia en la ribera, adonde llegaron, el que pudiesen descubrirlos, absortos los Getas de su inopinado acometimiento, apenas pudieron reparar la primera carga de la caballeria; y asi luego que llegó Nicanor con el Batallon de los Macedones, á quien llamaban Phalange, compuesto de ocho mil infantes, se pusieron en fuga, tomando el camino de la ciudad, distante del rio quatro millas. Poco despues de haber llegado Alexandro, conduxeron precipitadamente sus mugeres y sus hijos; y habiendo cargado sus caballos de lo que pudieron llevar, dexaron todo lo demas para el vencedor. El Rey mandó que los comboyasen Meleagro y Philipo, y despues Strb. *lib.* 7. de haber hecho arrasar la ciudad, y consagrar Altares sobre la ribera á Júpiter, á Hércules, y al mismo Istro, por haArrian. l. 1. 35. berle sido propicio en el tránsito, hizo el mismo dia volver á pasar su Exército de la otra parte, habiendo obtenido esta victoria sin la costa de alguna sangre. Llegaronle despues los Embaxadores de los pueblos vecinos, y del Rey Syrmo con grandes presentes, compuestos de lo mas estimable que go-

gozaban; asi como tambien los de los Alemanes, que habitan desde las fuentes del Istro, hasta las tierras que miran al golfo Adriático, porque Istro tiene su nacimiento en Alemania, cuyos moradores le llaman Danubio. Alexandro, habiendo admirado el extraordinario vigor de sus cuerpos, les preguntó: ¿*Qual era lo que mas temian del Mundo?* creyendo que ponderasen su formidable poder, y confesasen su temor; pero ellos, bien lexos de hacerlo, le respondieron: *Que no solo temian cayese el Cielo sobre ellos; aunque no por esto dexaban de hacer considerable estimacion de los grandes Héroes.* Admirado el Rey de su respuesta, que no esperaba, quedó algun tanto enmudecido; y habiendo dicho que los Alemanes eran pueblos soberbios, hizo á ruego suyo, alianza con ellos: concedió la paz al Rey Syrmo, y á los demás pueblos; y contento con la gloria que habia adquirido en esta expedicion, volvió todos sus pensamientos á la guerra de Persia, donde esperaba con menor trabajo y riesgo conseguir mayor fruto de sus fatigas. Para cuya empresa le avivaron mas los zelos de Alexandro, su tio; el qual, habiendose retirado de la guerra de Italia, *quexándose de la desigualdad que habia entre su fortuna, y la de su sobrino, se dexó decir, que él habia combatido en Italia con hombres; pero el Rey de Macedonia solo habia peleado con mugeres.* Para asegurar Alexandro mas la Thracia, sacó de ella á todos los Príncipes y Señores que le parecieron capaces de alterarla por su crédito y valor, y los llevó consigo, debaxo del pretexto de honrarlos y de tenerlos por sus camaradas en la expedicion de la Persia, quitando por este medio todas las cabezas á los sediciosos, é imposibilitándoles sin ellos de que intentasen novedades. Volviéndose á Macedonia por las tierras de los Agrianos y de los Peonienses, le llegó noticia de los movimientos de Iliria. Habiéndose usurpado cierto carbonero, llamado Bardilis, desde las humildades de esta baxeza, el título de Rey, y constituidose dueño de muchas Naciones en esta comarca, causó grandes hostilidades á los Macedones, hasta que vencido en una batalla por Philipo, y derrotado enteramente en otra, que repitió con mayores esfuerzos, quedó reducido por último debaxo de la obediencia del vencedor. Muerto algunos años despues este Príncipe en edad

Tacit. Germ. 1. 4.

Arrian. 1. 1. 37.

Liv. 9. 19. 11.
Agel. 17. 21.
Front. strat. 2. 11. 3.
Just. 11. 5. 3.

Arrian. 1. 2. 1.
Hellad. *apud Photium.*
Diod. 16. 4. 22.

Just. 7. 6. 7.
Lucian. *in Macrob.*

Arrian. 1. 2. de noventa, su hijo llamado Cliro, juzgando haber llegado el tiempo de recuperar su libertad, mientras Alexandro se ocupaba en una guerra de la otra parte de Istria contra Naciones tan poderosas, obligó á sus pueblos á que tomasen las armas, é hizo alianza con Glacias, Rey de los Ilirios, llamados Saulancios. Los Autariates, que es otra Nacion, habian resuelto acometer en el camino á los Macedones, pero Langaro, Rey de los Agrianos, el qual era amigo de Alexandro, le pidió permiso para reprimir aquellos pueblos, ofreciendo suscitarles en sus mismas tierras tan peligrosas inquietudes, que esperaba obligarles á que dexasen bien apriesa las que causaban á los Macedones. Estimó el Rey el afecto de este juvenil Principe, y se le remuneró con muchas mercedes, ofreciendo casarle con Cyna, su hermana, á quien habia tenido su padre en una muger de Iliria, y dado en matrimonio á Amithas. Cumplió Agriano su palabra á Alexandro, executando lo que le habia prometido; pero sobreviniéndole al mismo tiempo una enfermedad, de que murió poco despues, le privó del premio ofrecido. Reducidos de esta suerte los Autarianos al cumplimiento de su obligacion, sin la costa del combate, que no fue necesario, se pasó á Pelion, ciudad de Desarecia, sobre el rio Eordaico. Mostraron los enemigos alguna apariencia de querer combatir, porque salieron de sus guarniciones con ímpetu capaz de llegar prontamente á las manos; pero ántes que lo pudiesen hacer, se retiraron, apoderándose de los bosques, de los caminos y de los lugares que tubieron por mas seguros. Ofrecióseles á los Macedones en esto el horroroso espectáculo de tres jóvenes y tres doncellas postradas en tierra, y muertas con tres carneros negros, cuya sangre y cuerpos estaban mezclados confusamente. Habianlos sacrificado los Bárbaros á los Dioses con sacrílega devocion, para que inspirasen valor en su gente quando combatiese; pero el Dios, vengador de esta maldad, les infundió cobardia, en vez del esfuerzo que solicitaban. El Rey, habiéndolos retirado hasta su ciudad, resolvió embarazarles la salida, para cuyo fin dispuso se hiciese un muro por de fuera; mas habiendo sobrevenido la mañana siguiente Glaucias con grandes Tropas de Taulancios, le quitó la esperanza de tomar esta ciudad, obligándole á procurar

Arrian. 1. 2. 3. Liv. 31. 40. Arrian. 1. 2. 6.

rar los medios de retirarse seguramente. En el ínterin, reconociendo Alexandro el peligro que corria Philotas, enviado al forrage con las bestias de el campo, y una escolta de caballeria, por haber sabido que Glaucias se habia apoderado de algunas colinas que circundaban la Campaña, y que atendia á no malograr ocasion alguna que se la ofreciese; habiendo dexado en el campo una parte del Exército contra las surtidas de los sitiados, partió prontamente con el resto de sus Tropas; y despues de haber amedrentado á los Ilirios, libró á los suyos del riesgo; pero no pudo evitar los grandes embarazos que en su marcha encontró; porque de una parte el rio, y de otra las rocas, estrechan el camino, de suerte que apenas podian marchar en muchos lugares de frente quatro hombres armados: á que se añadia el haber prevenido Clito y Glaucias en las montañas Compañias de Ballesteros y de Honderos, con un grueso de gente bien armada. Sin embargo el Rey, que habia puesto delante de las alas de su Phalange doscientos caballeros, les ordenó que levantasen su lanzas, que poco despues las baxasen ácia los enemigos, como si pretendiesen cargarlos, y que luego volviesen tan apriesa al uno como al otro lado. Mientras mantenia con esta estratagema suspensos los enemigos, atendia á su Phalange, á quien unas veces hacia abanzar aceleradamente, otras la volvia á juntar en un cuerpo; y ultimamente, habiéndola ordenado en forma triangular, hizo que acometiese contra los Ilirios, que estaban á mano siniestra. Quedaron tan absortos de la prontitud, y destreza de los Macedones, que abandonaron las montañas, de que estaban apoderados, y huyeron ácia la ciudad. Habian quedado pocos en la cumbre de la montaña, por donde el Exército de los Macedones subió; desalojólos de ella Alexandro, y tomó el lugar de los Agrianos y de los Ballesteros para dar desde él algun socorro á la Phalange, á quien habia mandado pasase al rio. Advertidos de esto los enemigos, tomaron luego el camino ácia las montañas, para acometer la retaguardia, con la qual habia de pasar Alexandro, quando lo hubiesen hecho de la otra parte del rio, los que estaban bien armados; pero el Rey, sin alterarse de verlos venir, sostuvo valerosamente sus acometimientos; y habiendo dado al mismo tiempo la Phalange un gran grito, co-

mo en señal de volver á pasar el rio para socorrer á su Príncipe, infundió miedo y pavor en el enemigo. Por otra parte el Rey, anteviendo lo que podia suceder, habia dado órden á los primeros que pasaron, para que se pusiesen en batalla luego que se viesen de la otra parte, y estendiesen quanto les fuese posible el ala izquierda, que estaba cerca del rio, y de los enemigos, á fin de que pareciese mas numerosa de lo que era. A cuya providencia debieron, que los Taulantos, creyendo que todo el Exército cargaba sobre ellos, se retirasen por algun espacio, y que aprovechándose de él Alexandro, encaminase prontamente los suyos ácia el rio, donde no hubo bien llegado, quando le pasó de los primeros; pero porque los enemigos, que volvieron á su puesto, oprimian á los últimos, que le pasaban, los espareció por medio de algunas máquinas, que hizo enderezar de la otra parte del rio, con las quales se podian arrojar piedras de lexos, disparándoles tambien los que habian entrado en el rio dardos, desde el medio de las aguas. Tres dias despues de haberse retirado Alexandro, le vinieron á dar noticia de que qual si se hubiese puesto en fuga, los enemigos, libres de la inquietud y del temor, discurrian por una y otra parte, sin órden y sin recelo alguno, que su Campo estaba sin Trincheras, sin Terraplenes, sin Cuerpo de Guardia, y sin Centinelas: con cuyo aviso, habiendo llevado consigo los Ballesteros, los Agrianos, y las tropas de Macedonia, mandadas por Perdicas y Ceno, pasó de noche el rio, y marchó con diligencia acia los enemigos, despues de haber dado órden á lo restante de su Exército para que le siguiese; pero sin esperar á tenerle junto, envió delante su gente armada á la ligera, y él mismo con los demás la siguió inmediatamente para acometer á los enemigos desarmados, y medio dormidos. Hizo grande estrago en ellos, tomó muchos prisioneros, y siguiólos hasta los montes Taulancios. Salvóse Clito de esta rota, y acogióse á la ciudad de Pelion, á quien poco despues, ó porque desconfiase de su fortaleza, ó de el valor de su gente, la hizo poner fuego, y se encaminó, como en destierro, á las tierras de los Taulancios.

CA-

CAPITULO XIII.

ALTERANSE LOS GRIEGOS CON LA FALSA noticia de su muerte: diligencias de Demosthenes contra Alexandro: toma y destruccion de la ciudad de Thebas.

EN tanto, la noticia que se esparció por toda la Grecia de la muerte de Alexandro y de su derrota, en las tierras de los Triballos, volvió á suscitar el ánimo y las esperanzas de los enemigos de Macedonia: siendo cierto que las mayores infelicidades que sobrevienen en los humanos sucesos, proceden de la firmeza con que nos persuadimos, en lo que deseamos, á la mas ligera noticia que se nos ofrece, como si la imprudente y pertinaz credulidad añadiese fuerza á la verdad, ó pudiese convertir en ella lo falso. Ni faltó quien asegurase se habia hallado á la muerte de el Rey, mostrando para grangear mas crédito á lo que decia, las heridas que habia sacado del combate. Esta voz recibida y divulgada en Thebas con gusto, dió principio á la fatalidad última de aquella ciudad; porque algunos de los que Philipo desterró, como hemos referido, alentados con ella, y siguiendo por cabezas á Phenix y á Prothites, dieron muerte á los Capitanes Macedones, que mandaban en Cadmea, ciudadela de esta ciudad, los quales salieron sin el menor recelo de lo que les esperaba; y concurriendo en impetuoso tumulto los ciudadanos, debaxo de el especioso pretexto de poner en libertad la pátria, sitiaron la guarnicion, y la cerraron con un doble terraplen y Foso, para que no les pudiesen entrar víveres, ni socorro. Despacharon despues Embaxadores á las ciudades Griegas, pidiéndoles: *No abandonasen á un pueblo, que se esforzaba á recobrar la libertad, que tan indignamente se le habia usurpado.* Y Demosthenes, movido de el antiguo ódio que tenia contra los Macedones, persuadió al pueblo de Athenas á que enviase socorro á los Thebanos; pero no lo consiguió, porque los Atenienses, amedrentados con la presurosa vuelta de Alexandro, tuvieron por mas conveniente reservar su resolucion hasta

Just. 11. 2. 8.

Arrian. 1. 3. 1.

Plut. c. 19.

Diod. 17. 8.

Arrian. 1. 3. 10.

Dinarch. *contra Demosth.*

Diod. 17. 8.

Plut. *Demosth.* c. 32. & *in X. orat.* 8.

9.

des-

despues del suceso y disposicion de la fortuna. Sin embargo, Demosthenes no dexó por su parte de socorrer á los Thebanos, á quienes envió cantidad de armas; las quales sirvieron á los que Philipo habia despojado de sus bienes contra la guarnicion de la ciudadela de Cadmea. Por otra parte los Peloponeses se habian juantado en crecido número en el Isthmo; y aunque Antipatro, á quien habia dexado Alexandro por Gobernador de Macedonia en su ausencia, les envió á pedir no contraviniesen á la comun resolucion de toda la Grecia, con los que eran declarados enemigos de Alexandro, no dexaron de tener algunas conferencias con los Embaxadores de los Thebanos; pero aunque los soldados estaban compadecidos de su calamidad, Astilo, su General, Arcade de nacion, interpuso dilaciones, no tanto por lo dificil de la empresa, quanto porque esperaba satisfacer su codicia, vendiendo sus socorros á precio proporcionado á la necesidad en que se hallaban de ellos los Thebanos. Pedíales diez talentos; y no pudiendo darselos, compraron por medio de ellos, los que seguian la faccion de los Macedones, el que no les asistiese en perjuicio suyo, dexando asi burladas las esperanzas que los Thebanos habian puesto en los Arcades. Sin embargo, la diligencia de Demosthenes, ayudada de el dinero, consiguió que las demás tropas del Peloponeso no pasasen á declararse contra ellos; para cuyo fin, y el de suscitar por todas partes nuevos estorvos á Alexandro, se decia le habian enviado los Persas trescientos talentos. Advertido de todo este Príncipe, hizo marchar su Exército con la mayor diligencia: le hizo pasar cerca de Eordea, de Elimiotis, y de las rocas Stympheas y Paryeas; y siete dias despues de haber partido de Pelion, llegó á Pellene, en la Thesalia, de donde en seis se puso en la Beocia, y luego en Onchesto, seis millas distante de Thebas. En tanto, los Thebanos, enteramente ignorantes de esto, hacian sus prevenciones con mas valor que prudencia, y tanto mas lexos de persuadirse á que viniese Alexandro, quanto á lo sumo le hacian entonces á él, y á sus tropas en Pyles, creyendo sería el otro Alexandro, hijo de Europa, que mandaba un Exército. Campó el Rey cerca de el Templo de Yolas, delante de la puerta Pretide, con resolucion de darles tiempo para su arrepentimiento; pero en vez de ma-

Dinarch. *contra Demosth.* Diod. 17. 8.

Plut. *in X. orat.* 11. 2. Dinarch. *contra Demosth.* Just. 11. 2. 7.

Arrian. 1. 3. 5. Pausan. *l.* 9. Arrian. 1. 3. 5.

Pausan. *l.* 9.

Arrian. 1. 3. &

manifestarle, y solicitar su clemencia, hicieron luego una salida contra los cuerpos de Guardia de los Macedones; dieron á algunos, echaron á otros de su puesto, y se alargaron hasta el campo; pero fueron rechazados por algunas tropas armadas á la ligera, que envió el Rey contra ellos. La mañana siguiente, queriendo Alexandro socorrer á los suyos, que estaban encerrados en la ciudadela, hizo acercar su Exército á las puertas por donde se vá á Attica, en cuyo parage esperó la reduccion de los Thebanos, á quienes ofreció el perdon, si arrepentidos le solicitaban; pero faltando la autoridad y poder en la ciudad á los que deseaban la paz, por habersela usurpado los que se restituyeron á ella de sus destierros, y fueron llamados, los quales desesperando de la clemencia de el Rey, si los Macedones se apoderaban de Thebas, quisieron quedar antes sepultados entre las ruinas de su patria, que comprar al precio de sus vidas su conservacion y permanencia: á cuya resolucion induxeron á algunos Grandes de Beocia, que llevaron á su partido. Pero en lo que mas acabaron de manifestar su ceguedad é imprudencia, fue en la respuesta que dieron á Alexandro, quando habiéndoles pedido *los autores de aquella revolucion, para que con el castigo de dos personas, quedase purgado el delito de la ciudad*, tuvieron atrevimiento de pedirle á Philotas y Antipatro, sus mayores favorecidos, y á publicar: *Que todos los que quisiesen defender la libertad de la Grecia con el gran Rey, y los Thebanos, contra el Tyrano de los Griegos, acudiesen á Thebas.* Sin embargo no fue acometida por órden de Alexandro, sino que (como dice Ptolomeo, porque algunos lo refieren de otra suerte) Perdicas, que defendia aquel lugar del campo, que miraba á la trinchera con que los enemigos habian cerrado la ciudadela, los atacó sin esperar la señal; de suerte, que habiendo forzado sus defensas, llegó á las manos con ellos, y su exemplo obligó á Amynthas, que no estaba lexos de él, á que hiciese lo mesmo con la gente que mandaba: y al mismo tiempo Alexandro, que temia á los suyos, hizo marchar todas sus tropas; *y habiendo ordenado á los soldados armados á la ligera, que diesen y acudiesen al socorro de sus compañeros*, quedó en lo largo de la Trinchera. El combate fue porfiado y sangriento. Perdicas, queriendo entrar

Plut. c. 19.

Diod. 17. 9.

Arrian. 1. 3. 12. Polyæno 4. 3. 12. Sabell. ex Plut. c. 19. Diod. 17. 11.

Arrian. 1. 3. 13.

trar dentro de la trinchera, fue herido, y se hallaron precisados á sacarle de la refriega, donde murió gran número de Ballesteros Cretenses, con Eurybotas su Capitan; lo qual fue causa de que los Thebanos apretasen de mas cerca á los Macedones, que amedrentados huian ácia Alexandro. Pero al punto que este Príncipe vió venir en desórden, y desvandados á los enemigos, empezó á acometerlos en batalla con su Phalange; y mudandose la fortuna del combate, los obligó inmediatamente á huir con tan gran precipitacion, que aun no se acordaron de cerrar las puertas por donde habian entrado en la ciudad; con que dieron lugar para que en el interin hiciesen una salida á los barrios, que estaban sujetos á ella, los que se hallaban en la cuidadela. De esta suerte fue tomada la mas noble de las ciudades de la Grecia en el mismo dia que se puso el sitio. Executó en ella el furor de los vencedores todo género de crueldades, dando indiferentemente muerte, asi á hombres, como á mugeres, sin perdonar aun á los niños; pero esta inhumanidad procedió mas del ódio que habia concitado en los Phocenses, en los Platenses, Orchomenios y Thespienses, la vecindad y el poder de los Thebanos, que la indignacion de los Macedones; pues no pasaron estos de los límites que prescribe el derecho de la guerra. Finalmente, habiendo cesado la mortandad, despues de haberla padecido mas de seis mil, se tomaron los prisioneros, y se vendieron hasta el número de treinta y seis mil personas libres. Clitarcho refiere, que importó quatrocientos y quarenta talentos todo el botin; aunque otros afirman, que esta cantidad se sacó solo de la venta de los prisioneros. Alexandro dió por recibidos los cien talentos, que los Thesalos debian á los Thebanos. Fueron pocos los que dexaron de cooperar á esta guerra, y solo ellos, los Sacerdotes y los que habian manifestado su afecto al Rey y á Philipo, los que se libraron de la servidumbre, entre cuyo número se hizo lugar Timoclea, por medio de la varonil accion que obró en honor de su crédito, y con que vinculó á la posteridad plausible y gloriosa su memoria. Cierto Capitan de caballos de las tropas de Thracia, que militaban en el Exército de Alexandro, despues de haber violado la honestidad de esta muger, la procuró obligar con amenazas á que le declarase dón-

Diod. 17. 13. Arrian. 1. 3. 17. Plut. *de la virtud de las mugeres.* 48. Diod. 17. 14. Athen. *lib.* 4. Diod. 17. 14. Grecolus *de Jure bel.* 31. 8. 5. *ex Quintil.*

Plut. c. 20.

Elian. *Hist. divers.* 13. 7.

Arrian. 3. 1. 26. Polyæn. *Strat.* 8. 39.

de habia ocultado sus riquezas. Ella, mas afligida por la pérdida de su honor, que por la de éstas, tomando ocasion de la codicia del Bárbaro para la satisfaccion de su agravio, le mostró un pozo, é hizo creer, que dentro de él tenia todas sus joyas y alhajas. Acercándose el Bárbaro á él, y mirando su profundidad con la aplicacion á que le estimulaba su codicia, quando mas descuidado le reconoció, le arrojó dentro de un empellon, donde viendo que hacía esfuerzos para volver á salir, le cargó de tan gran número de piedras que le dexó muerto. Los soldados de la Compañia del Capitan difunto prendieron á Timoclea, y la llevaron ante la presencia del Rey, para que la mandase dar el castigo que juzgaban merecia. Habiendola preguntado el Rey, ¿quién era, y la culpa que habia cometido? *Soy hermana*, respondió ella con voz entera, y semblante resuelto y seguro: *Soy hermana de aquel General de los Thebanos, llamado Theagenes, que murió defendiendo la libertad de la Grecia. He muerto á un ladron por vengar la injuria que hizo á mi honestidad. Si gustas de que satisfaga con mi castigo esta accion, advierte, que á quien hace aprecio del pundonor, estima en muy poco la vida, habiéndole perdido; y que por mas que se me acelere la muerte, me parecerá que llega tarde, si logro la fortuna de padecerla en obsequio de mi honor y de mi pátria.* Habiendo oido Alexandro á Timoclea, la concedió la razon que habia tenido para executar la muerte, declarando, que no permitia se violáse la pureza de las mugeres libres; y despues de haber alabado su accion, la dió libertad, concediéndola tambien, en atencion suya, á todos sus parientes, y permiso para que se retirasen donde quisiesen. Perdonó tambien á todos los descendientes de Pindaro, en memoria de aquella Poëta, que alabó en sus versos á Alexandro su abuelo, prohibiendo que se quemase su casa; porque no solo apreció la virtud presente, sino respetó tambien la memoria de los grandes Varones, honrando con beneficio de su descendencia, en cuya prueba, despues de haber vencido á Darío, hizo merced de una parte de su botin á los Crotoniates, en gratificacion del socorro que dieron á Salamyna, enviando una Galera, debaxo del mando de Phayllo, quando la guerra de Xerxes; en cuya ocasion tuvieron por inevitable

Plut. cap. co. y de la virtud de las mugeres, c. 46.

Arrian. l. 3 6. Ælian. Hist. var. l. 12. 7. Dion. Chrys. or. 4.

Tzetzes Chil. 7. 139 Plut. cap. 63.

Herodot. 8. 47.

Plut. in Aristid. c. 25

su ruina todas las demás colonias de la Grecia, honrando tambien con grandes dádivas á los Platenses, por haber dado sus antepasados sus tierras á los Griegos que se hallaron en la batalla contra Mardonio.

CAPITULO XIV.

PRESAGIOS DE LA RUINA DE ESTA CIUDAD: Alexandro concede la paz á los Athenienses por pasar la guerra á los Persas.

FUeron muchos los presagios que declararon la desolacion y ruina de los Thebanos; porque tres meses antes que Alexandro llegase á ella, se vió en el Templo de Ceres, llamado Thesmophoros, una tela de araña negra, la qual se habia manifestado blanca, en ocasion de la batalla de Llevetres, á cuya victoria debió la ciudad de Thebas la grandeza y felicidad á que se elevó. Pocos dias antes de la llegada de los Macedones cayeron las Estatuas que estaban en la gran plaza de esta ciudad, oyendose un horrible bramido, que arrojó de sí el lago que está cercano á Oncheste; y la fuente de Dirce manó sangre, en vez de agua: prodigios todos sin duda bastantes á amedrentar aquellos obstinados ánimos, si su presuncion y soberbia no los empeñáse nuevamente á ser instrumentos de la entera destruccion de un pueblo destinado á este sangriento infortunio; porque confiados los Thebanos en la gloria y reputacion de sus predecesores, cuyas costumbres y disciplina habian perdido ellos, y prometiendose la misma fortuna, aunque sin iguales virtudes, la apresuraron, exponiéndose sin ningun recelo con poco mas de diez mil hombres contra un Exército compuesto de treinta mil infantes, y tres mil caballos, toda gente veterana, y que habia obtenido tan grandes victorias. Luego que Alexandro se apoderó de Thebas, confirió en la Junta de los Aliados el castigo que se debia dar aquella ciudad. Componiase ésta de gran número de Phocenses y Beocianos, á quienes las antiguas discordias, que habian tenido con Thebas, no podian dexar de persuadir á su entera ruina, sin la qual no les parecia que-

Diod. 17. 10. Paus. lib. 9.

Diod. 17. Jul. in Cæs.

Arrian. 1. 3. 26. 1. 13. 24. Just. 11. 3. 8.

da-

daba satisfecho su ódio, ni seguros ellos, si Thebas subsistia. Determinóse, pues, que se demoliesen los muros y los edificios, y que se repartiesen sus tierras entre los vencedores, á voluntad del Rey. De esta suerte, aquella ilustre ciudad, que en un solo dia (por decirlo asi) llegó, en medio de la Grecia, al último cólmo de felicidad y grandeza, y que podia vanagloriarse de haber producido, no solamente esclarecidos Varones, sino tambien Dioses, pereció en otro, despues de haber florecido por espacio de casi ochocientos años, habiendo corrido tantos desde el Oráculo de los cuervos; porque expelidos antiguamente los de Beocia por los Thraces y por los Pelagianos, tuvieron por respuesta del Oráculo: *Que pasados quatro siglos volverian á su pátria, y que durante éstos, permaneciesen en el lugar donde viesen unos cuervos blancos.* Habiendo arribado á Thesalia, cerca de la ciudad de Arne, tomaron asiento donde vieron unos cuervos blancos que los muchachos habian hecho con hieso. Fue, pues, arruinada la ciudad de Thebas á son de flauta, como lo habia sido Athenas por Lisandro, sesenta años antes. Sin embargo, mandó Alexandro que se preservasen los Templos y los demás lugares sagrados, poniendo gran cuidado, en que ni de el descuido, ni de la codicia les resultáse daño alguno. Acuya reverencia le obligaba, de mas de el gran respeto que tenia á los Dioses, el haber participado poco antes de la tempestad que sobrevino á algunos soldados, intentando robar el Templo de los Fabirores, á la entrada de la ciudad; los quales quedaron consumidos por los rayos que arrojó sobre ellos. Tompoco permitió se llegasen á las Estatuas erigidas á los Dioses y á los hombres ilustres en los lugares públicos, debaxo de cuyas vestiduras se refiere que muchos habitadores ocultaron, mientras duró el despojo, sus riquezas, y que éstas se hallaron veinte años despues quando Casandro, hijo de Antipatro, reedificó á Thebas, mas que por la compasion á que movian los fugitivos de esta ciudad (como creen algunos) por obscurecer en alguna manera con esta accion la gloria de Alexandro, á quien aborreció siempre; pero aunque reparó las murallas de esta ciudad, no restableció, ni las costumbres, ni la antigua fortuna. Con que no solo no quedó en estado de florecer, como antes; pero ni aun asegurada

Diod. 17. 14. Plut. cap. 20.

Just. 11. 4. Æschin. contra Ctesip. Dinar. h. contra Demosth. Agatarch. apud Photium. Diod. 19. 51. Strab. lib. 9. Cœlius lect. ant. 17. 11. Tzetzes Chil. 7. 139.

Plut. Lys. c. 28. Suid. ex Polyb. 5. 10. 10. Paus. lib. 9.

Plin. 34. 8. 15. Athen. 1. 15. Eumil. Græc. Diod. 9. 53. Paus. lib. 9.

Plut. en la vida de Demetrio, c. 53.

de la variedad de infortunios que padeció, y sin que pudiese nunca hasta nuestros tiempos pasar, ni en la forma, ni en la apariencia, de una mediana ciudad. Tambien se refiere que Alexandro se arrepintió despues de haberla arruinado; porque reconoció, que con su desolacion habia arrancado un ojo á la Grecia. A lo menos es, sin duda, que atribuyó la muerte de Clito, y la pertinacia, y desaliento con que reusaron los Macedones continuar la conquista de la India, á castigo de Bacho, por haberle destruido su pátria; asi como tambien á él otros la muerte de este Príncipe, procedida de un exceso en el vino. Executado esto, envió á decir á los Athenienses: *Que le entregasen los Oradores que continuamente los persuadian y alentaban á conspirar contra los Macedones; porque de no hacerlo, experimentaria su atrevimiento igual castigo al que se habia executado en los Thebanos.* Habiendo Phocion, de quien hacia gran veneracion el pueblo por la integridad de su vida, manifestado: *Que no era justo irritar á un Príncipe mozo y vencedor, y exhortado á los que reparaban en el peligro, á que en generosa imitacion de las hijas de Lee, y de Hyacintha, debian sacrificar sus vidas por la conservacion de su pátria*: Demosthenes, á quien con especialidad pedia Alexandro, se levantó, y dixo: *Que se engañaban si creian preservarse del peligro que amenazaba á todos, con la rendicion de algunos: y que tuviesen por cierto, que los Macedones pedian astutos, con especialidad aquellos, cuyo valor y virtud les eran contrarios y odiosos, para poder, ausentes los protectores de la libertad pública, entrar en la ciudad desamparada de todo socorro, no de otra suerte que los lobos en un rebaño de ganado, quando está sin perros que le guarden.* Mal podia esperar Demosthenes de su proceder con los Macedones gracia alguna de ellos. Persuadió despues de la muerte de Philipo, que se edificase una Capilla en honor de Pausanias, que se diesen gracias á los Dioses, y que se executase todo quanto se acostumbra en un regocijo público. Llamó á Alexandro unas veces niño, y otras Margites, para denotar que era un Príncipe sin juicio, ni gobierno, y ganado por el oro de los Persas fue acha encendida, ó trompeta de todas las guerras, que los Griegos emprendieron contra Alexandro y contra Philipo, solicitando descubiertamente

Strab. *lib.* 9. Emmil. Græc. Agathar. *ap.* Phot.

Plut. *cap.* 21 Arrian. 4. 2. 13. Athen. 10. 9. Diod. 17. 15. Arrian. 1. 4. 29.

Plut. *en la vida de Phocion*, c. 21.

Plut. *en la vida de Demosth.* c. 33.

Æschin. *cont. Ctesiph.*

Just. 11. 3. 4. Suidas. Plut. *en la vida de Demosth.* c. 32. Erasm. *adag. in Margites.* Curt. 6. 9. 17. Diod. *orat.* 38.

te á Attalo, el mayor enemigo de Alexandro, para que le declaráse la guerra, á cuyo fin le prometió la alianza y el socorro de los Athenienses. Por otra parte no le habia ofendido con menores deservicios y ultrages la ciudad de Athenas; pues hizo derribar todas las estatuas de Philipo, y que la materia de ellas sirviese á empleos villes y bajos; asi como el pueblo, el qual mudable, y poco atento á lo venidero, cometió con el desafuero que suele, á persuasion de algunos sediciosos, todas las indignidades de que es capáz. Pero entre quanto obraron los Athenienses con desprecio y soberbia, nada llegó á sentir tanto Alexandro, como el afecto que mostraron á los Thebanos, habiendo admitido en su ciudad á todos los que pudieron salvarse de las ruinas de su pátria, contra órden expresa suya, y testificado con gran dolor de su pérdida, que en mayor crédito de la tristeza pública transfirieron la solemnidad de las fiestas, que todos los años celebran con particular devocion en honor de Bacho. Sin embargo, ocupando todo su ánimo el deseo de la guerra de Persia, tuvo por mejor perdonar á los Griegos los agravios que le habian hecho, que continuar en la venganza; por lo qual, habiéndole pedido Demades, de quien hizo gran estimacion Philipo, en nombre de la ciudad perdon, se le concedió, con calidad, que Demosthenes, Licurgo, y todos los demás que habia pedido, fuesen retenidos, y solo saliese desterrado Caridemo; el qual, habiendose pasado á los Persas, les fue por algunos años de considerable provecho, hasta que por último dió ocasion su demasiada libertad á Darío, para que le mandase quitar la vida. Abandonaron tambien otros Athenienses de consideracion la ciudad, por el ódio que tenian al Rey, y se retiraron á los Estados enemigos, donde no dieron poco que hacer á los Macedones. Concluidas estas cosas, no quedó en la Grecia quien se atreviese á fiar en sus fuerzas, viendo la ruina de los Thebanos, cuyos soldados, armados de pesadas armas, estaban en tan gran reputacion hasta entonces, ni quien asegurase las fortificaciones de ciudad alguna, habiendo experimentado la pérdida de Leucadia, cuyos habitadores soberbios por la situacion de su ciudad, y por la cantidad de víveres, de que habian hecho provision para tolerar un largo sitio, rindió el Rey por hambre; porque despues de haberse apo-

Æschin. *contr. Ctesiph.* Paus. *lib.* 9. Plut. *cap.* 19. *y en la vida de Camilo*, c. 31. Diod. 17. 35. Plut. *Demosth.* c. 37. Plut. *in X. orat.* 7. 28. 8. Demosthen. *epist.* 3. Arrian. 1. 13. 31. Just. 11. 4. 2. Dinarch. *contra Domosth.* Curt. 3 2 10. Diod. 17. 25. Curt. 3. 13. 15.

Diod. *ut.* 64. Frontin. 3. 4. 5.

de-

derado de todas las plazas cercanas, dexó que se retirasen los habitantes á Leucadia, cuya multitud aumentándose mas cada dia, consumió tan grandes provisiones. En esta sazon le llegaron Embaxadores del Peloponeso á dar la enhorabuena de las victorias que habia obtenido de los Bárbaros, y de haber castigado la insolencia y temeridad de algunos Griegos. Los Arcades, que habian empezado á hacer algunos movimientos por dar socorro á los Thebanos, le aseguraron *haber condenado á muerte á los que habian sido autores de aquel desvario.* Los Eleos le representaron, *que habiendo entendido eran gratos á Alexandro los que estaban desterrados, los habian restituido en obsequio suyo.* Y los Etolos se disculparon con que no era mucho, que entre tan grandes alteraciones como habia padecido la Grecia, hubiesen incurrido ellos en alguna. Pero los Megarenses provocaron á risa al Rey, y á los que le asistian con tan nuevo género de honor, como el que manifestaron, diciéndole: *Que en crédito y remuneracion del afecto que tenia á los Griegos, y de los crecidos beneficios que reconocian á su grandeza, le habian concedido por órden del pueblo el derecho de ciudadano en Megara*; demostracion, que admitió gustoso Alexandro quando supo *que solo se habia hecho con Hércules.* Manifestó á todos los demás el anhelo con que deseaba el reposo y conservacion de la Grecia, y que esperando que en adelante se abstendria de fomentar novedades y perturbaciones, les perdonaba los delitos pasados; pero hallándose poco seguro de los Spartanos, restituyó á Messana los hijos de Philias, que estaban desterrados. Dió á Cheron, á Pellene, ciudad de los Acheos, y puso personas de su confianza en Sicyone y en las demás ciudades del Peloponeso, que observasen mas inmediatamente el proceder y los intentos de los Lacedemonios. Empleó en la perfeccion de tan considerables disposiciones pocos meses, en los quales puso fin á una guerra tan formidable, con menos trabajo, que el que pudiera haber costado otra de muy inferior conseqüencia, confesando haber debido esta victoria á su diligencia; pues preguntándole, cómo pudo sujetar la Grecia? Respondió: *Que no dexando nada para el dia siguiente.*

Arrian. l. 3. 27.

Plut. *de Monarch.* c. 2. Senec. *de Benef.* l. 13.

Demosth. Alexander. fœdere. Paus. *lib.* 7. Capell. *in Histor. Sacra, & exotica.* Homeri *Scholia.*

LI-

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO PRIMERO.

NOTICIA DEL DOMINIO DE LOS PERSAS hasta el tiempo de Alexandro: Desprecianle los Persas, y poco despues le temen: Disponense á la guera: Singularidades del monte Ida: Diversas hazañas de Alexandro.

HALLABASE por este tiempo Rey de los Persas Darío, elevado al Trono poco antes de la muerte de Philipo, por la destreza y disposicion de cierto Eunucho, llamado Bagoas; el qual, muerto Ocho y Arses su hijo, y extinguida toda la estirpe Real, no pudiendo asegurar en sí la Corona, procuró ponerla en quien obligado de tan considerable beneficio, se le remunerase, dándole estimacion y manejo en el gobierno. Ni el concepto que tenian de Darío los pueblos repugnaba la colacion de esta fortuna, ni su parentesco en la Casa Real atrasaba el lógro de ella; porque Ostanes, tio de Ocho, era padre de Arsanes, y Arsanes de Codmano, cuyo nombre tuvo Darío, mientras fue persona privada, hasta que colocado en el Trono de Cyro, le mudó en el de Darío, siguiendo el estilo de los Persas. Su presteza militar, su valor y virtud habian dado largas experiencias para que se tuviese de él el apreciable concepto en que estaba, habiendo vencido en un desafio al mas esforzado de los enemigos, que retó al que lo fuese de el partido contrario, mientras Ocho hacia la guerra á los Caducios. Fue, segun el órden de los Reyes desde Cyro, Fundador de este Imperio el decimo; porque Ocho succedió á Artaxerxes su padre; Artaxerxes á Darío, á quien Artaxerxes, hijo de Xerxes, dexó el Reyno, y Xerxes le recibió de Darío su padre. Darío fue hijo de Hystaspes, el qual extinguida en Cambises la Casa de Cyro, empuñó el Cetro, quitándosele á los Magos, por medio de una conspiracion de siete Grandes Señores de la Per-

Diod. 17. 17. Diod. 17. 5. Arrian. 2. 3. 18. Curt. 6. 3. 12. Strab. *fin lib.*

Scalig. *de Emmendat. tempor.* l. 6. Curt. 4. 1. 10. Just. 10. 3. 3. Diod 17. 6. Sleidan. *lib.* 1. *de* 4. *Monarch.* Schaliger. *l.* 6. *de Emmendat. tempor.* Schubert *lib.* 2. *de Scrupulis Chronol.* Herod. 3. 70. Just. 1. 9. 19.

Persia. Permaneció glorioso el Imperio de los Persas en el reynado de estos Príncipes casi por el espacio de doscientos y treinta años, en quanto aquella Nacion, que en sus valerosos principios ignoraba las delicias, combatia por la libertad, por la gloria y por el poder. Pero despues que empezó á despreciarla, y creyendo haber alcanzado la recompensa de su virtud, tambien á perder el vigor y las fuerzas, conservándose mas que por ellas, por el crédito de su poder, que le habian adquirido sus antecesores, y poniendo toda su esperanza en la grandeza de sus riquezas con quienes no experimentó mas felices sucesos contra los Griegos, que con sus armas. Por último, viendo quan inutiles eran los medios de el oro, solos contra la fuerza de Alexandro, y que hallándose destituidos de todos los socorros extraños, debia oponerse por sí á poder tan formidable, les precisó la necesidad á hacer algunos esfuerzos; los quales fueron tambien inutiles, pues teniéndolos tan abatidos sus delicias y flaquezas, no pudieron oponerse al ímpetu de su decadente fortuna; pero como de la manera que es poderosa la necesidad á despertar el espíritu y valor, lo es tambien la abundancia y riquezas á originar la viciosa superfluidad y la afeminada flaqueza, luego que supieron la muerte de Philipo, cuya felicidad y disposiciones los habia tenido amedrantados, empezaron á perder el temor, y á despreciar el nombre y la juventud de Alexandro, juzgando se tendria por feliz, si le dexaban pasar libremente por las murallas de Pelle. Mas quando se dilató á ellos la fama de su valor y de sus victorias, no dexó de causarles cuidado este juvenil Príncipe, á quien habian despreciado antes; pues pasaron á hacer con la mayor aplicacion todas las prevenciones que pedia tan dilatada y cruel guerra. Habian reconocido en las batallas antecedentes, quán inutiles eran para resistir á los Europeos los soldados Asiáticos; y asi despacharon á la Grecia personas que alistasen cinqüenta mil hombres, de la mas vigorosa juventud, con órden de que los mandase Memnon Rhodio, cuya fidelidad y valor habian experimentado en muchas ocasiones, dándosela tambien para que se apoderase de Cyrico, y que desde alli pasase á largas jornadas por la parte de Phrigia, que confina con Troas, y lle-

Xenoph. l. 1.
Arrian. 5. 1. 19.
Plut. en la vida de Agesil. cap. 24. y en la vida de Artaxerxes, cap. 30.
Diod. 17. 7.
Æschin. contra Ctesiph.
Curt. 5. 11. 5.
Curt. 3. 2. 9.
Diod. 17. 7.

llegáse al monte Ida; el qual acredita bien en lo natural de su sitio el nombre que tiene, que es el que imponian los Antiguos á todos los lugares á quienes hace umbrosos la espesura de los árboles. Descuellase este monte con elevacion mayor que todos los demás que miran ácia el Helesponto, en el qual se ofrece una caberna, á quien han grangeado gran veneracion y crédito las fábulas; las quales refieren fue en ella donde Páris reconició la hermosura de las tres Diosas, y pronunció el juicio que hizo de ella, quando expuesto por órden de su padre subió al monte Ida. A que añaden, que este monte fue pátria de los Ideos Dactilos, los quales debieron á la instruccion de Cibelle ser los primeros que descubrieron el uso de el hierro, y manifestaron al mundo este metal, por quien no sin razon se puede dudar, si fue mayor el beneficio, que para alivio de su preciso trabajo hallaron en él los hombres, que el perjuicio que padecen sus vidas de los vehementes instrumentos que de él forma su mismo furor. Refiere tambien otra maravilla de este monte, qual es: *Que los vientos que corren en la parte inferior de él, quando se acerca la canícula, son tan impetuosos, como tranquilo el ayre en su cumbre, que aun siendo muy de noche se vé alli el Sol, no en forma de globo, sino esparcido en amplisima latitud, que despues de haber abrasado una y otra parte del monte, como dividido en muchas porciones de fuego, se vá uniendo poco á poco, que quando el dia se acerca no queda de mas tamaño, que el que pueden contener dos yugadas de tierra; y que poco despues vuelve á tomar su forma ordinaria, y á seguir su regular curso.* Tengo por cierto, que se manifiesta este falso milagro quando la imagen, aunque imperfecta, del Sol, levantándose se estiende por el ayre, que está estrechado con el hielo de la noche, y no agitado de los vientos, hasta que disipandose por la fuerza del calor, dexa ver libremente aquel Astro en su estado ordinario; porque luego que se serena el ayre, penetran facilmente los rayos, embarazando el hacerlo con tanta actividad mientras está constreñido, y que como recibidos en un espejo los estiende y dilata con aumento de la luz. Corre el territorio de Cysico sobre las faldas del monte Ida ácia la Propontide; cuya ciudad está fundada en medio de una mediana Isla, que confina con la

Pausan. *l.* 10.

Diod. 17. 7.

Apollod. *l.* 2.

Diod. 17. 7.
Plin. 34. 14.
Diod. 17. 7.

Lucret. 5. 662.
Mela 1. 18.

Plin. 2. 11. 3.

Tierra-firme por medio de dos puentes. No pasó á esta empresa Alexandro hasta algo despues, hallándose en la Mar mientras esta jornada de Memnon; el qual, aunque acometió inopinadamente á Cysico, se defendieron, y le rechazaron con tan gran valor los habitadores, que habiendo podido tomar la ciudad, se contentó con robar solo el territorio, en
Strab. *lib.* 13. que hizo considerable presa. No se descuidaban tampoco por su parte los Capitanes Macedones; porque Parmenion tomó la ciudad de Grynio en la Eolia, y reduxo á servidumbre á todos los habitadores; y habiendo pasado el Gayco, puso Sitio á Pinate, ciudad rica é importante por los dos Puertos que tiene para recibir Tropas de la Europa; pero la llegada
Diod. 17. 16. de Memnon le obligó á que le levantáse. Calas, que hacia la guerra en Troas con corto número de Macedones y Tropas mercenarias, presentó la batalla á los Persas, sí bien, reconociendo la inferioridad de éstas al crecido número de los enemigos, retiró á Rheteo.

CAPITULO II.

MANIFIESTA ALEXANDRO, QUE ES PRECISO hacer guerra á los Persas.

EN tanto, Alexandro, habiendo vuelto á Macedonia, despues de haber proveído lo que convenia en las cosas de la Grecia, tuvo consejo con sus mas familiares, para conferir lo que se debia executar, y huir antes de dar prin-
Diod. 17. 16. cipio á una guerra de esta conseqüencia. Antipatro y Parmenion, que por sus años y autoridad eran mas atendidos, le representaron: *Que no debia exponer con su persona el bien universal de todos á la incertidumbre de la fortuna, sino esperar á que tuviese succesion; con la qual, asegurada la paz y la esperanza del Estado, podria loablemente solicitar su acrecentamiento.* Y á la verdad, no habia que-
1. 9. 29. *Comment. in Curt.* 10. 7. 2. dado persona alguna de la sangre de Philipo, que fuese digna de la Corona; porque los hijos de Cleopatra eran muertos por órden de Olympias, y Arideo desautorizaria el Trono por su poco talento y juicio, y por el mal crédito de su madre. Pero el Rey, que llevaba con impaciencia el reposo, y solo ape-

apetecia la guerra, y el honor que esperaba adquirir de la victoria. „Verdaderamente, (les dice) que vosotros, como „Varones buenos y amantes de la pátria, os desvelais justa- „mente por el bien de ella. Que la empresa sea árdua, ¿quién „podrá negarlo? Ni tampoco, que si despues de haber dado „principio á ella la condena el suceso, no habrá arrepenti- „miento que sea suficiente á reparar su yerro. Por tanto, an- „tes de desplegar las velas, debemos premeditar si nos estará „mejor empeñarnos en esta jornada, ó quedarnos en el Puer- „to; porque entregados una vez á los vientos y á las hondas, „ya nuestro curso depende de su arbitrio é inconstancia; por „lo qual no llevo mal que vuestro dictamen se oponga al mio; „antes, por el contrario, estimo vuestra libertad, y os ruego „la conserveis, y voteis con ella en quanto os propusiere; „siendo cierto, que ningunos Ministros son mas merecedo- „res del título de amigos de su Rey, como los que antepo- „nen en lo que le representan á su benevolencia y gracia su „interés y gloria; y que no aconsejan, sino engañan, los „que persuaden lo que por sí no obrarian. Por lo que mira „á mis intereses, haciendoos partícipes de mis designios, de- „bo aseguraros, que nada me parece puede ser de mayor per- „juicio á su prosperidad, como la lentitud y retardacion. ¿Se- „rá justo, que despues de haber reprimido los Bárbaros, ve- „cinos de Macedonia, y sosegado todas las inquietudes de „los Griegos, dexemos perder en la ociosidad y el reposo „un Exército tan formidable; ó será mas razon, que pase „á las opulentas tierras del Asia, poseídas en otro tiempo „de su esperanza, y esperadas el dia de hoy de su anhelo „á gozar en el despojo de los Persas el premio de los tra- „bajos, que por tan dilatado tiempo ha tolerado en el rey- „nado de mi padre, y tres años despues en el mio? El do- „minio de Dario está aun en sus principios, y la muerte de „Bagoas, á quien debe la Corona, dá bastante ocasion á los „suyos para que le tengan por ingrato y cruél; vicios am- „suficientes á entibiar el amor y la obediencia de los ... „mas leales á sus Príncipes, y á concitar contra el... „¿Mantendrémonos por ventura en sosiego ... vasallos „á que Dario establezca enteramente sus f... ...os su ódio. „y á que despues de haber compuesto l... , dando tiempo ...uerzas y su poder, ...as cosas internas de su „Rey-

Zosimus, l. 1.

Curc. 6. 10 Diod. 4. ... 17. 5.

„Reyno, dirija sus armas contra Macedonia? Son grandes „las recompensas que logra la diligencia y la prontitud, de „quienes gozarán nuestros enemigos si permanecemos quie„tos; y no menores las conseqüencias, que resultan de las „primeras impresiones, que en semejantes ocasiones se ha„cen en los ánimos, y éstas las logra á favor suyo quien se „anticipa. Porque á la verdad, no se adquiere en la quietud „la honra, ni el crédito de esforzados y valerosos; antes, por „el contrario, se tiene por mas fuerte el que hace la guerra, „que el que se halla obligado á sufrirla. Pero ¿con quánto „riesgo de mi reputacion y de mi gloria burlaré yo la espe„ranza de los que en la juventud que me hallo, me han juz„gado por digno del honor, que no alcanzó mi padre, en „medio de sus grandes virtudes, y del merecido crédito, que „logró por ellas, sino poco tiempo antes de su muerte? Sien„do cierto, que la Junta de los Griegos no nos ha concedido „el mando, para que entregados en Macedonia al reposo y „á los deleytes, nos olvidemos de las antiguas y nuevas in„jurias, que ha padecido la Grecia, sino para que castigan„do el atrevimiento y desprecio de haberlas causado, que„de con la mas cumplida satisfaccion. ¿Qué diré de las Na„ciones Griegas, que derramadas por el Asia, padecen la „servidumbre insoportable de los Bárbaros, que los oprimen? No os repetiré la ternura de los ruegos, ni la efi„cacia de las razones con que Delio Ephesio ha abogado „en su causa, pues no podeis dexar de tenerlos presentes. „Luego que vieron nuestras banderas, atropellando valero„samente por todos los peligros, las siguieron y se expusie„ron á ellos á favor de sus protectores contra sus iniquos é „inhumanos Señores; pero ¿cómo olvidando nuestro valor y „la flaqueza de nuestros enemigos, detenemos la considera„cion á estos socorros contra pueblos tan afeminados, que de „vencerlos será mayor la afrenta, que la gloria que nos re„sulte, si con lentitud lo hacemos? Habiendo pasado al Asia „en tiempo de nuestros padres corto número de Lacede„monios, fue vana la resistencia que le hizo considerable „número de enemigos. No pudieron evitar estos, que en„trase á sangre y fuego por Phrisia, por Libia y por Paphla„gonia; pues siempre que intentaron oponerse á su esfuerzo, „que-

Diod. 17. 16.

Plut. *contra Coloten.* cap. 50.

Plut. *en la vida de Agesilao*, cap. 8. *y en las siguientes.*

„quedaron deshechos, y tomando aquellos á su salvo en su „sangre y en sus vidas la satisfaccion que deseaban, hasta que „por último, llamado Agesilao, por los tumultos que se le„vantaron en la Grecia, les dió tiempo para que se recobra„sen de el terror en que habian quedado. Algunos años an„tes, retirandose de lo mas interior de la Persia cerca de diez „mil Griegos, sin provisiones y sin Capitanes, abrieron por „medio de los filos de su acero camino para volverse á su pá„tria entre naciones tan enemigas; y aunque en diferentes „reencuentros procuró estorvarselo aquel numeroso Exérci„to, con que el Rey de Persia acababa de disputar el Reyno „contra Cyro su hermano, y de quedar vencedor, en to„dos le desordenaron y pusieron en fuga. Pues ¿cómo no„sotros, á quienes obedece toda la Grecia, sujeta por tantas „victorias, como las que habemos obtenido, habiendo triun„fado en varias batallas de sus mas célebres pueblos, de quien „se compone gran parte de nuestras Tropas, tememos al „Asia, quando no ha podido evitar las considerables pérdi„das que la ha ocasionado la menor parte de los que hemos „vencido?“ Hicieron tan grandes impresiones estas razones, y otras, que añadió á los de su Consejo, que se conformaron todos con su dictamen, y con especialidad Parmenion; el qual, en medio de haber insistido mas en que se difiriese la guerra, fue quien con mayor eficacia persuadió á Alexandro á que diese brevemente principio á ella. Con que atendiéndose solo á esta expedicion, hizo un sacrificio á Jupiter Olympo, cerca de la ciudad de Dio en Macedonia, dispuesto por Archelao, que reynó despues de Pérdicas, hijo de Alexandro: mandó, que se hiciesen por nueve dias los Juegos Scenicos en honor de las nueve Musas; y celebrados estos, tuvo un expléndido banquete en tienda dispuesta magnificamente para este fin, con mesa de cien cubiertos, en que comió con sus camaradas, con sus Capitanes y con los Embaxadores de las ciudades. Ordenó tambien, que se distribuyesen por todo el Exército víctimas, y que se hiciesen quantos regocijos pudiesen contener á la celebridad de aquel dia, destinado al regocijo público, y fuesen felices auspicios de la guerra que se emprehendia.

Xenohp. *en la Retirada de los diez mil Griegos*, lib. 2. y *en los siguientes.*

Plut. *en la vida de Alexandro*, cap. 88.

Diod. 7. 16. Arrian. 1. 4. 1. Just. 11. 5. 6. Diod. 17. 16.

CA-

CAPITULO III.

PASA A PERSIA CON SU EXERCITO: DEXA á Antipatro por Gobernador en Macedonia: Dá todo su patrimonio, sin reservar para sí mas que la esperanza: Llega en veinte dias á las riberas de el Helesponto: Descripcion de las tierras cercanas á él.

Arrian. 1. 4. 3. Plut. *cap.* 23. *y de la fortuna de Alexand.* 1. 3. Just. 11. 6. 2. Polib. 12. 10. Liv. 9. 19. 4. *y* 42. 51. 11.

DIspuestas enteramente sus Tropas, pasó Alexandro al Asia al principio de la Primavera con un Exército, mas considerable por el valor que por el número. Conducia Parmenion treinta mil Infantes, entre quienes habia trece mil Macedones, cinco mil soldados mercenarios componiendose el resto de los que habian enviado los Aliados para esta guerra. Los Ilirios, los Thraces y los Triballos seguian estas Tropas hasta en número de cinco mil hombres, y sin ellos mil Flecheros Agrianos. Philotas gobernaba la Caballeria, compuesta de mil y ochocientos Caballos, y Calas la de Thesalia; de la Grecia solo habian venido seiscientos Caballos, cuyo mando dió Alexandro á Erigio, á cuya frente estaba Casandro con novecientos Corredores Thraces y Peonienses. No dificultó Alexandro acometer con este Exército, sin mas víveres que los precisos para veinte dias, contra multitud infinita de Bárbaros, fiandose en el valor de su gente, acostumbrada á obtener victorias, con quienes se mostraban por su esfuerzo y experiencias invencibles á todo género de enemigos, por grandes y numerosos que fuesen; pero ordenó antes á Antipatro, á quien dexó gobernando á Macedonia con doce mil Infantes, y mil y quinientos Caballos, que hiciese levas en la Europa para renovar sus Tropas, y tener siempre gente pronta, que reparase las pérdidas que podian causar en su Exército los combates ó las enfermedades. Antes de desembarcarse distribuyó entre sus camaradas quanto podia darles, sin perjuicio de su gloria, y de la Magestad del Imperio, y solo reservó para sí la esperanza, como lo dió á entender, escusandose Pérdicas de admitir las mercedes que le hizo; pues preguntándole éste ¿Qué

Frontin. 4. 2. 4. Paneg. *de Constant.* Diod. 17. 17. Curt. 6. 9. 21. Plut. *cap.* 23. *y de la fortuna de Alexandro* 1. 3. 2. 24. Curt. 3. 2. 13. 3. 3. 27. Arrian. 1. 4. 3. Diod. 17. 17. Curt. *l.* 5. 1. 39.

¿*Qué dexaba para si, si lo daba todo*? Le respondió: Que la *esperanza*; á que Pérdicas le replicó inmediatamente: *Que tambien tendrian parte en ella, pues peleaban debaxo de sus banderas*; pero fueron pocos los que le imitaron, y de ellos ninguno. Preguntándole, ¿*dónde tenia sus tesoros*? Respondió con razon: *Que en sus amigos*. Y á la verdad no era desacordada la distribucion que hacia de sus riquezas, pues librando al riesgo sus mas considerables intereses, las adquiria con ventajosas creces, si quedaba vencedor, y si vencido, enagenado tambien de aquellas. Con estas magnanimas liberalidades aumentó el valor de los suyos, tuvo mas pronta y dispuesta su obediencia, y se concilió su amor, á cuyo impulso solicitaban con el mayor anhelo la grandeza de su fortuna; pero desapropiado de las tierras, de las heredades y de las rentas, cuyos productos no eran cobrables en algun tiempo, se halló muy cercano á quedar reducido á la última necesidad, no habiendo separado mas que alguna porcion de dinero para los gastos de la guerra, la qual por corta se administró mejor. Porque muerto Philipo, solo se hallaron en su erario quinientos talentos de plata en moneda, que era el valor de sus deudas, y alguna corta porcion de vasos de oro y de plata; pues aunque es cierto, que debió el Reyno de Macedonia á este Príncipe la grandeza y el poder en que estaba, y que se descubrieron en su tiempo ciertas minas de oro cerca de la ciudad de Crenides, á quienes hizo llamar de su nombre Philippicas, las quales le valian todos los años mil talentos, tambien lo es, que consumió su erario, asi por su liberalidad, como por las contínuas guerras que mantuvo, y por los considerables gastos que hizo para restablecer y reparar la Macedonia, la qual se hallaba en suma pobreza al principio de su Reynado, y él nada rico por sí; pues se refiere, que aun ocupando el Trono, siempre que iba á acostarse hacia poner debaxo de la almohada una copa de oro, que tenia de el peso de casi cinqüenta dragmas. Su hijo, pues, en medio de haber aumentado los empeños de su padre, con el que nuevamente hizo de ochocientos talentos, de quienes apenas le habia quedado la decima parte, mantuvo la guerra contra el Rey de Persia, debaxo de cuya cabecera le ponian mientras

Just. 11. 5.

Plut. *cap* 23. *y de la fortuna de Alexand.* 2. 24.

Marc. 25. 14.

Arrian. 7. 2. 15.

Curt. 10. 2. 24.

Plut. *c.* 2. 3. *y de la fortuna de Alexand.* 1. 3. *y* 2. 24.

Diod. 16. 8.

Athen. 4. 14. y 6. 4.

Athen. 12. 2.

tras dormia cinco mil talentos de oro, y debaxo de cuyos
Arrian. 7. 2. pies tres mil de plata. Refierese, que Alexandro partió á son
Plut. cap. 23. de la flauta de Timotheo, con sumo gusto de todos sus sol-
y de la fortuna de Alexandro 1. 3. dados, los quales se prometian, como en seguro botin, las
y 2. 24. riquezas de los Bárbaros, contra quienes marchaban; y asi,
habiendo entrado en Strymon por un lago donde estaban sus
Himer. ap. Phot. baxeles, á quienes los naturales llaman Cercinite, del nom-
bre de una montaña vecina, pasó primero á Amphipoli, y
de allí á la entrada de el Strymon, á quien habiendo atrave-
sado, tomó á vista del monte el camino que vá á Abdera y
Just. 11. 5. 8. á Maronea, con ánimo de seguir siempre la ribera para so-
Arrian. 1. 4. 3. correr sus baxeles, que se andaban tierra á tierra, por si los
Arrian. 2. 15. Just. 12. 6. 2. Persas, hallándose Señores de el Mar, intentasen acometerlos.
A la verdad, la Armada de Alexandro era inferior á la de los
enemigos, los quales la tenian muy numerosa de baxeles de
Chypre y de Phenicia, y con la ventaja, que les daba su
Oros. 3. 16. Orto. Frising. 2. 25. grande experiencia en las cosas marítimas; porque aunque
Macedonia habia poco antes procurado apoderarse de el do-
minio de el Mar, nunca pudo aumentar sus velas, respec-
to de la escaséz y reserva con que se las ministraban los Alia-
dos, no habiendola contribuido los Athenienses mas que con
veinte, á persuasion de sus Oradores; los quales les repre-
Diod 17. 23. Plut. In X. orat. 8. 9. y 9. 1. sentaron, *se aseguraban asi del riesgo de que se convir-
tiesen contra ellos mismos.* De estos lugares se encaminó al
rio Hebro, y habiendole pasado sin dificultad, entró en Pe-
tica, region de la Thracia, de donde despues de haber pa-
Arrian. 1. 4. 4. sado otro rio, á quien llaman Melane, llegó á los veinte
dias de haber partido de Macedonia á la ciudad de Seston, que
mira al Helesponto, y cuya fundacion es en los últimos tér-
minos de la Tierra-firme, donde separa un estrecho de Mar
á Asia de Europa; porque la Macedonia, unida á Thra-
cia, tocára con Asia por medio de dos puentes, que se es-
tienden ácia el Oriente, si el Mar no la dividiese. Está el
Helesponto al lado derecho, y mas adelante el Bósphoro
de Thracia, el qual separa á Bisancio de Chalcedonia la Pro-
pontide, comprehendida en estos estrechos; empieza á di-
latarse hasta Bitinia, y despues la Phrygia y la Lydia á ma-
yor distancia del Mar. Descubrense, corriendo mas adelante,
regiones de admirable fertilidad, á quienes habitan pue-
blos

blos ricos. Ocupan las que miran á la Thracia, y á la Grecia los Helespontos, y las mas distantes los Troyanos, bien conocidos por sus infortunios. Debaxo de ellos se estienden á lo largo de las fronteras de la Lidia, la Eolia, y la Jonia; luego la Caria, que unida á la Dorida, y cercada la mayor parte del Mar, tiene por de dentro no menor circuito. Ofrecense, no distantes de estas tierras, Islas famosas, Lesbos, Chio, Samos, Rhodas y otras muchas á quienes hicieron celebres los monumentos de los Griegos; cuyas Colonias, enviadas antiguamente de la Grecia, y de quienes se conservaban algunas aun entonces, se habian apoderado, y mantenido dueños de aquellas tierras, hasta que habiendolas sujetado los Reyes de Persia, y sus Satrapas, quedó convertida en servidumbre su antigua libertad. Luego que Alexandro llegó á Sesto, envió la mayor parte de sus Tropas á Abydo, de la otra parte de la ribera, debaxo del mando de Parmenion; y habiendolas reformado con sesenta baxeles de guerra, y otros muchos de carga, pasó con el resto á Eleunte, consagrado á Protesilao, cuyo sepulcro está debaxo de un pequeño collado de hermosos olmos, y de tan estrafia particularidad como la que se observa en las hojas que brotan sus ramos; pues conservando su verdor todas, solo le pierden, y caen marchitas luego que nacen las que miran á la parte de Troya, como en memoria de la funesta aventura de este Héroe, que pasó á el Asia con los Griegos en lo mas florido de su edad, y fue la primera víctima de los Troyanos. Hizole Alexandro sacrificios funerales, y pidióle: *Permitiese su entrada con mas felices auspicios, que los que él habia tenido en la suya.* Pasó de alli con cinqüenta naos largas á Sigeo, y vió aquel Puerto, á quien hizo célebre la flota, que arribó al de los Griegos, en ocasion de la guerra de Troya. Sulcando ya por medio de las hondas del Helesponto, siendo él mismo Piloto de la nao, que le conducia, sacrificó al Toro, á Neptuno, y á las Nereidas, y arrojó al Mar, como por ofrenda á los Dioses Marinos, el vaso de oro con que habia sacrificado. Luego que arribó al Puerto, disparó un dardo á la ribera, y saltó á tierra el primero, *poniendo á los Dioses por testigos de que no pretendia apoderarse del Asia, sino por medio de una justa guerra.* Erigió despues Altares en honor de

Arrian. l. 1. 4. Curt. 7. 2. 2. 4. 13. Arrian. l. 4. 6. Herodot. 9. 115. Paus. *Lib.* 1. y 3. *Philostrat. Heroica.*

Arrian. l. 1. 6.

Diodor. 17. 17. Arrian. l. 4. 7. Plin. 5. 30. Mela 1. 1. 7. Herod. 7. 54. Diodor. 17. 17. Arrian. l. 1. 8. Just. 11. 5. 10.

Jupiter defensor, de Minerva, y de Hercules; ordenando tambien que se levantasen en el lugar donde habia descendido á tierra, y en el estrecho de donde se habia apartado de la Europa.

CAPITULO IV.

HONRA EL SEPULCRO DE ACHILES: Su marcha al Asia: Toma gran número de ciudades: Consejo de los Satrapas; Orgullo de Dario.

Strab. lib. 13. Plut. c. 24. y de la Fort de Alexandro 1. 14. Ælian Hist. Varia 9. 38.

DE esta suerte tomó su marcha por los campos, donde aun se conservaban vestigios de la antigua ciudad de Troya. Observando atentamente en ellos las memorias de tan heroycas obras, le ofreció uno de sus habitadores la lyra de Páris; á cuya promesa respondió con desprecio, *manifestando el poco caso que hacia de un flaco, vil instrumento de delicias, y la estimacion con que admitia la lyra de Achiles, con cuya harmoniosa cadencia hacia resonar las alabanzas de los grandes Héroes con la misma mano que obraba las ilustres acciones con que los excedia.* Fue tan grande el aprecio que mostró de Achiles, de quien se gloriaba descender, que corrió desnudo con todos sus favorecidos al rededor de su sepulcro, le ungió, y puso una corona. A cuya imitacion coronó tambien Ephestion el sepulcro de Patroclo, por acreditar que lograba en la gracia de Alexandro el mismo lugar, que en el de Achiles, fue una, *la felicidad de haber logrado, mientras vivió, un fiel y verdadero amigo, y despues de su muerte tan excelente Poeta, que celebráse sus esclarecidas acciones.* Hizo tambien sacrificios á los demás Héroes, cuyos sepulcros vió en esta comarca. Sacrificó á Priamo en el Altar de Jupiter Hercio, ya fuese por aplacar sus Manes, habiendole muerto Pyrrho, hijo de Achiles, ó ya por el parentesco, que creia tener con los Troyanos, por el casamiento de Neoptolomeo con Andromache, viuda de Hector. Finalmente, hizo con particular devocion sacrificio á Minerva, en cuyo Templo colgó sus armas, y tomó otras; las quales fue fama, *que se conservaban desde el tiempo de la guerra de Troya. Hacialas llevar á sus Armeros delante de su persona, como dadiva divina, para sujetar*

Plut. c. 24. Arrian. l. 4. 10.

Cicer. por el Poeta Archias c. 12. y en la Epistol. lib. 5. 12 Vopiscus pro Probo. Ælian. Hist. Varia 12. 7. Just. 1. 5. 12 Arrian. 1. 4. 9. Just. 7. 3. 6. Strab. lib. 13. Curtius in Curt. 3. 7. 3. Plut. c. 25. Arrian. 1. 4. 6. 2. 8. y 11. Diod. 17. 18. y 21.

el

el Asia, y se refiere, *que se las puso quando combatió cerca del Granico contra los Satrapas.* Porque demás de preciarse de tener siempre las mejores, y de poner gran cuidado en su aseo, fue mayor el que le debió la conservacion de éstas. Usaba de un pequeño escudo resplandeciente: de un morrion executado por Teophilo, y aunque de hierro, de tan gran primor, que se equivocaba con la mas fina plata. Adornabanle crecidas plumas de hermosura blanca, dispuestas en forma de penacho: la cota era de una tela reducida á muchas dobleces: el collar de hierro, pero cubierto de riquisima variedad de piedras: y la espada de un temple sin igual, cuyo precio aumentaba su ligereza, y facilidad para el manejo; sobre cuyas armas solia ponerse cierto genero de hábito militar, á quien en aquel tiempo llamaban Sayo Siciliano. Pero de muchas de ellas no usó hasta algunos años despues; porque la cota de que se ha hecho memoria, se hallo entre los despojos de la batalla que presentó á Dario cerca de la ciudad de Isto, y la espada fue dadiva del Rey de los Citreos, asi como de los Rhodios la cota de armas, que Helicon famoso, y celebrado Artifice entre los Antiguos, hizo con incomparable artificio. Hame parecido referir aqui tales menudencias, en imitacion de los antiguos Historiadores, los quales no desdeñaron hacerlas lugar en sus historias, pareciendoles no dexan de producir algun fruto, ni de servir en cierta manera de satisfaccion, reducir á la memoria las palabras, y acciones de los Principes, las quales no deben omitirse, por ligeras que sean. Lo cierto es, que en los siguientes se conservaron por muchos años con gran veneracion las armas de Alexandro; y que las respetó de tal suerte el tiempo, que un General de los Romanos, despues de haber sujetado los Reynos, y las Regiones del Ponto, tuvo por el mayor ornamento de su triunfo la cota de armas de este Principe; y que otro, habiendo hecho fabricar una puente sobre el Mar, á imitacion de Dario, y de Xerxes, hizo gran vanidad de adornarse de la cota de Alexandro. Del Templo de Minerva tomó el camino á Arisbas, donde estaban acampados los Macedones, que habia enviado delante, debaxo del mando de Parmenion. El dia siguiente, habiendo pasado á vista de Percote, y de Lanpsico, siguió la ribera del

Plut. c. 25.

Plut. cap. 60.

Appian. de Bellis Mithridaticis.

Dold. lib 59. Zonaras tom. 2.

Arrian. l. 5. 16 2 3. 23.

Arrian. l. 5. 16.

Strab. lib. 13.

rio Praccio, cuyo nacimiento tiene en el monte Ida, desde donde corre entre las tierras de Lampsico, y de Abydo, y desde alli, torciendo algo ácia el Septentrion, desciende á la Propontide. De esta suerte, habiendo dexado atrás á Hermoto,
Arrian. 1. 5. 17. pasó á Colonas, ciudad de los Lampsacenos, situada á bastante distancia de la Mar; y despues de haber recibido todas estas ciudades debaxo de su obediencia, y perdonado á los Lampsacenos, despachó á Panegoro para que recibiese la ciudad de los Priapenos, cuyos habitadores estaban prontos á entregarla. En tanto, Amyntas, hijo de Arabeo, pasó á reconocer el campo con quatro Compañias de Caballos, entre las quales iba una de los Apolloniares, que mandaba Socrates, por haberse entendido, que los enemigos se hallaban cerca, y con in-
Curt. 3. 4. 5. tento de llegar á las manos. Persuadiales Memnon, Capitan entre ellos del primer credito en el arte militar, *á que se retirasen*
Diodor. 17. 18 Arrian. 1. 5. 19. 2. 3. 3. *despues de haber talado, y destruido los campos, y dexado-los en estado de que no pudiesen aprovecharse de sus frutos los enemigos; á que pusiesen fuego en las ciudades, y villas, á que por todas partes quedáse árida y desierta la tierra; con cuyo fin les representaba la falta de víveres con que se hallaba el Exército de Macedonia, su imposibilidad de mantenerse un mes sino de robos y pillages; y que si se les quitaban las ocasiones de hacerlos, se retirarian á muy breve tiempo, logrando ellos por medio de tan corta pérdida la libertad de toda el Asia. Que aunque no podia negar, que este remedio era riguroso, tan poco que siendo tan inminente, y considerable el peligro de que estaban amenazados, pedia la prudencia se tolerasen los menores daños á precio de evitar los mayores; no de otra suerte, que lo hace el diestro Medico, quando reconociendo en un cuerpo humano el riesgo de que se dilate á todo él, desde la parte infecta, el daño, le procura atajar por medio del hierro. Que esta resolu-*
Comm. in Curt. 5. 9. 3 Strab. l. 13. *cion no era nueva en los Persas, pues la habia practicado el Rey Dario en su tiempo, talando los mismos campos y ciudades con el fin de imposibilitar la retirada á los Scythas, intentando la misma empresa. Que considerasen el evidente peligro á que exponian el todo de sus cosas, presentando la batalla; porque arrojados los Persas de aquella Region, quedaria inmediatamente Alexandro dueño de todo,*

y

y si vencedores ellos sin aumento, ni ganancia alguna. Que temiesen la Phalange Macedonica, contra cuyo formidable esfuerzo seria inutil la resistencia de su Infanteria, aun que tan superior á ella en el número. Que á esto se les llegaban crecidas ventajas, que para la victoria les daba la presencia de su Rey, á cuya vista son doblados los alientos con que animados de la esperanza, é inflamados del honor y de la gloria combaten los soldados, de cuyos poderosos impulsos se hallaban destituidos los Persas, sin la asistencia de Dario; y finalmente que no pudiendo ponerse en duda ser mas conveniente hacer la guerra en dominios estraños, que en los proprios, lograrian esta ventaja, si admitiendo su consejo la pasaban á Macedonia. No fue grato este dictamen á los demás Capitanes, los quales decian: *Que quanto era conveniente á los intereses de Memnon Rhodio, el qual aseguraba con la duracion de la guerra los grandes cargos, honores, y rentas de que le habia colmado el Rey, de tanta mas ignominia y riesgo á los Persas, abandonar los pueblos que se habian fiado de ellos, y contravenir á las ordenes que tenian del Rey.* El qual, sabida la partida de Alexandro de Macedonia, escribió á todos sus Gobernadores, y Capitanes, ordenandoles, que á azotes acordasen á aquel hijo de Philipo su edad y estado: le pusiesen en mayor desprecio de su temeridad una vestidura de color de púrpura, y en castigo de ella en prisiones con una cadena al cuello: que echasen á pique todos sus baxeles y marineros; y que retirasen á los mas interiores lugares del Mar Rojo sus soldados. Tan ciego y seguro del futuro suceso le tenia su sobervia, y tan olvidado de su naturaleza, y de la instabilidad de las cosas humanas, blasonando arrogante descender de Jupiter mas que por el origen, y nombre de los Persas, que deduce de la antigua fabula de Perseo hijo suyo, por la grandeza y poder en que se hallaba, con el qual presumia igualarse. Habia escrito poco antes á los Athenienses con no menor orgullo y jactancia, manifestandoles el disgusto con que estaba de que hubiesen preferido la amistad de los Macedones á la suya, y destituyendolos de la esperanza de sus socorros, y asistencias, por mas que las solicitasen.*

Arrian. 1. 5. 19. Comm. in Curt. 3. 6. 3. 19. 2. 3. 10.

2. 5. 10.

Arrian. 1. 5. 20. Diodor. 17. 18.

Comm. in Curc. 3. 5. 12.

Herod. 7. 150. Plut. in Alcibiade.

Æsthines contr. Ctesiph.

CA-

CAPITULO V.

ARDID DE ALEXANDRO PARA GANAR A Memnon, Capitan de los Persas: Falso prodigio con que anima á sus soldados: Pasa el Granico: Rompe á los Persas; y premia á los suyos, asi muertos, como vivos.

CONtinuando en el interin Alexandro su marcha, llegó á unas tierras, de que el Rey de Persia habia hecho merced á Memnon. Luego que lo supo dió orden para que no se hiciese daño alguno en las casas, en los habitadores, ni en los frutos, que aun se conservaban en los campos; procurando por medio de esta artificiosa blandura poner en sospecha á
Polyæn. 4. 3. 15. Curt. 3. 1. 12. aquel Capitan con los enemigos, entre quienes era el unico que merecia este nombre, y á quien como tal deseaba llevarle á sí. Admirados algunos de los suyos de que usáse de esta be-
Themisth. orat. 9. nignidad con el mayor enemigo de los Macedones, le dixeron: *Que ofrecian no causarle hostilidad alguna de las que lleva consigo la guerra, mientras no le tuviesen en su poder; pero que haciendole prisionero, le habian de dar muer-*
Strab. l. 13. *te.* Bien lexos de conformarse Alexandro con ellos, les respondió: *Que mas conveniente seria obligarle con beneficios; y hacer de un enemigo un amigo, que sabria serlo con la misma virtud, y valor que mostraba entonces á favor de los*
Plut. c. 25. Arrian. l. 1. 2. *Persas.* Llegando á los campos de Adrastea, por quienes pasa con suma rapidéz el Granico, le trageron algunos soldados, de los que habia enviado con Hegeloco á reconecer el campo,
Plut. c. 24. noticia de que estaban los Persas en forma de batalla de la otra parte del rio. Detuvose algun tiempo para conferir con sus Capitanes el modo de pasarle; y habiendolos juntado, fue
Curt. 4. 9. 22. Plut. c. 24. la mayor parte de sentir: *Que era muy temeraria empresa la de intentar pasar un rio tan rápido, y profundo, cuya ribera hacian igualmente impenetrable sus caudalosas hondas, que el formidable Exército que se ofrecia á su opósito, compuesto de numerosa Caballeria, é Infanteria.* Ni faltaron algunos que advirtieron: *Estaban en el mes Deoio, que corresponde al de Junio; el qual entre los Athenienses habia sido siempre infeliz á quantos emprehendieron en*

él

él algun designio. Aunque despreciaba Alexandro el peligro, no le dexó de dar algun cuidado esta supersticion, sabiendo la poderosa impresion, que hace un vano escrupulo de religion en genios rudos é ignorantes; y asi, deseoso de asegurar aquellos amedrentados ánimos, dió orden para que de alli adelante se llamáse este infausto mes como el precedente Artemisio, y á Aristandro, el qual sacrificaba entonces para que *formase con cierto licor, en la mano con que habia de tomar las entrañas de la victima, letras al rebés, que declarasen concedian los Dioses à Alexandro la victoria, para que impresas estas en el higado caliente de la victima, se pudiesen leer al derecho.* Executado asi, y divulgado por el Exército este prodigio, fueron tan grandes los alientos, y esperanzas que cobraron todos, que decian á gritos, no tenian que temer, habiendo reconocido tan visibles testimonios de la proteccion de los Dioses. Persuadida asi la gente de Alexandro con este ardid á la felicidad del futuro suceso, se apresuraban á obtener la victoria, que creian ya suya. Y si bien procuró Parmenion, que difiriese el Rey el tránsito al dia siguiente, por haberse pasado la mayor parte de aquel, tuvo por mejor no malograr el ardor que reconocia en sus Tropas, á quienes hizo pasar inmediatamente, *respondiendo à Parmenion, que se sonrojarian las hondas del Hélesponto, si despues de haberlas sulcado, los detenian las aguas de tan corto arroyo.* Pasaron, pues, con el Rey, á pesar de su rapidéz, trece Compañias de Caballeria; si bien antes de tomar tierra firme, y de poner en ordenanza la gente, que mientras el tránsito la habia perdido, y apretó vivamente por todas partes la Caballeria de los Persas. Los quales, despreciado el consejo de Memnon por haber declarado Arsitas, Satrapa de la Phrigia, no se consentiria se quemáse la menor cabaña de la jurisdiccion de su gobierno; y seguido este de todos, resolvieron pelear, con cuyo fin se habian acampado en la ribera del Granico con cien mil Infantes, y veinte mil Caballos, teniendo por cierto les serviria de trinchera este rio, y que por su medio cerrarian con su facilidad el paso á Alexandro, dexando burlados los intentos de su entrada en el Asia; y asi luego que tuvieron noticia de su venida, dispusieron su Ca-

Scaliger. *de Emendat. tempor. l. 1.*

Front. *Strateg. 1. 11. 14.*

Plut. *c. 25.* Arrian. *1. 3.* Diod. *17. 19.*

2. 4. 24. Arrian. *1. 4. 20.*

Diod. *17. 19.* Just. *11 6.*

Plut. *c. 24.* Diod. *17 19.* Arrian. *1. 5. 15.*

ba-

balleria, en que consistian sus mayores fuerzas en esta orden. Memnon con sus hijos, y Arsanes Persa, se oponian al ala derecha de los Macedones, en la qual estaba el Rey, porque la siniestra la habia encomendado á Parmenion. Arsites se hallaba por la misma parte que Memnon con la Caballeria auxiliar de los Paphlagones, Spitridates, hierno de el Rey, en la retaguardia; el Satrapa de la Phrigia y Jonia, acompañado de Rhesaces su hermano, mandaba la Caballeria de los Hircanos. Dos mil Medicos y Bactrianos seguian á Rheomithres en el Batallon de la parte diestra. Phatnaces, hermano de la Reyna, Arbupales, Artaxerxes nieto de Darío, y Bythrobarzanes, Gobernador de Capadocia, tenian el mando de la batalla; asi como Niphates, Pennates, con Arsaces y Athycias el de la Caballeria de várias Naciones. Estas Tropas, pues, que por el número, y por la calidad del lugar eran las mas fuertes, apretaban reciamente al enemigo; el combate y el peligro eran grandes, y especialmente por la parte en que estaba el Rey, contra quien cargaban todos, respecto de señalarse mas en las armas, en las acciones, y en las ordenes que daba. Tocóle por la falta de el arnés un dardo en el mayor ardor del combate, aunque no le penetró; pero acometido al mismo tiempo por Rhesaces y por Spithridates, ambos de los mas valerosos Capitanes enemigos, se halló en peligro de perder la vida. Porque despues de haber roto la lanza en las Coracas de Spithridates, metiendo mano á la espada, un hermano de este Capitan descargó tan gran golpe de cimitarra, que le derribó la cimera del morrion, y una parte de el penacho, penetrando el corte hasta los cabellos; y sin duda hubiera asegundado otro, á que se disponia por la rotura de el morrion, que descubria parte de la cabeza de Alexandro, á no haberlo embarazado Clito; el qual, viendo el peligro en que se hallaba el Rey, partió colérico, y de un golpe de hacha derribó el brazo, y la cimitarra de aquel barbaro, á cuyo tiempo cayó muerto á manos de Alexandro Spithridates. Sin embargo no descaecieron en el esfuerzo los Persas, hasta que huyó la Caballeria, atemorizada con la pérdida de sus Capitanes, y con la cercania de la Phalange de los Macedones, la qual habia pasado ya el rio.

Diod. 17. 20. y 21. Arrian. 1. 4 18. Diod. 17. 19. Arrian. 1. 4 18. 1. 5. 15. 2. 2. 3. 37. Diodor. 17. 21.

Arrian. 1. 5. 10. Plut. c. 25.

Diod. 17. 20. Arrian. 1. 5. 20. Plut. c. 25.

Curt. 8. 1. 41. Arrian. 4. 2. 8. Diod. 17. 21. Plut. c. 20.

No

No fue mas feliz la resistencia que hizo su Infanteria, porque asegurada en la Caballeria, á quien juzgaba por suficiente para que triunfase de los enemigos, atendia, mas que al peligro, al robo y á la presa; con que embargados de la turbacion y del susto á que los reduxo tan inesperado suceso, sirvieron al Exército de Alexandro mas que de oposito, de mortandad y extrago. Con todo las Tropas extrangeras, que mandaba Omares, paradas de una eminencia, se defendieron esforzadamente, no habiendo podido rendirlas, ni reducirlas á admitir condiciones algunas. Por lo qual costó mas sangre, y pérdida á los Macedones este combate, que el de la Caballeria. En el qual el mismo Rey, que estaba á la frente de los suyos, se vió en tan gran peligro, como el de caer muerto debaxo de él su caballo de una estocada, que le atravesó de parte á parte. Finalmente irritado Alexandro de que se le disputase por tan dilatado espacio la victoria, los cercó con la Caballeria, y con la Phalange, é hizo en ellos tan gran destrozo, que solo se libraron de él dos mil, que se rindieron. Murieron de los enemigos entre todos veintê mil Infantes, y dos mil Caballos, reduciéndose al mismo número el de los prisioneros, de quienes se salvaron pocos; y de los Capitanes, por medio de la fuga solo Memnon, Arsaces, Rheomithres, y Atizias; todos los demás rindieron gloriosamente la vida al rigor de las heridas; y Arsitas, luego que llegó á Phrigia, avergonzado, y arrepentido de haber sido causa de este extrago, se dió con sus proprias manos muerte. De la parte de Alexandro fueron pocos los que quedaron en este combate, porque de la Infanteria no pasaron de treinta, y de Caballeria de setenta y cinco; aunque los mas esforzados de sus Tropas. Para que conociese, pues, el Mundo, que en una y otra fortuna premiaba la virtud y el valor con los honores y mercedes que le son debidos, enriqueció á los suyos con el despojo de los Persas: ordenó se hiciesen magníficos funerales á los muertos: que se enterrasen con sus armas, y con los demás ornamentos militares; y dió por libres á sus padres, y á sus hijos todo género de tributos. Hizo curar los heridos con particular cuidado: visitábalos de tienda en tienda,

Arrian. 1. 5. 25. Plut. c. 26.

Arrian. 1. 5. 24. Diod. 16. 21. Plut. cap. 26. Arrian. 2. 2. 37.

Arrian. 1. 5. 25.

Just. 11. 6. 13. Diod. 17. 21. Arrian. 1. 5. 27.

sin defraudar de esta honra aun al mas desvalido: consolaba á unos con mercedes, y honraba á otros con alabanzas y ofertas; cuya humanidad, y clemencia le grangeó la obediencia y el amor de todos, y que con generoso reconocimiento expusiesen en lo venidero, á porfia, sus vidas en obsequio y servicio de un Rey, cuya atencion, y desvelo no permitia, que viviesen los suyos necesitados, ni que muertos quedasen sin honra. Hizola muy particular á la memoria de veinte y cinco soldados de á caballo, los quales combatiendo valerosamente en un puesto desigual, fueron oprimidos de la muchedumbre de los Persas, mandando se perpetúase en estatuas de bronce, sin permitir fuesen de otra mano, que de la de Lysipo, el mas primoroso artífice que entonces se conocia, las quales se fixaron en Dio ciudad de Macedonia, de donde muchos años despues las trasladó á Roma Quinto Metello, habiendo arruinado aquel Reyno. Debióse la mayor gloria de esta victoria al Rey, el qual ordenó con gran destreza sus Tropas, á quienes, observado el terreno, las conduxo torcidas por el rio, para que no pudiesen cargar en ellas los Persas luego que tomasen tierra; y reconociéndolas turbadas y perdidas de ánimo, las infundió nuevos espíritus al aliento de las persuasiones con que les exhortó *á que acometiesen á los enemigos con el mismo valor de que habian dado tantas experiencias hasta entonces.* Ni obró menos que en los suyos el eficáz esfuerzo de su espíritu y de su voz, en los enemigos la diestra valentia de su brazo, á cuya vibrada lanza rindieron muchos la vida, y muchos á los acerados cortes de su espada; siendo los primeros que abrieron el camino á la fuga, los que lo fueron á acometerle. Su resolucion, quanto antes pareció arrojada y temeraria, tanto la acreditó despues el suceso de advertida y conveniente; porque habiendo de combatir los suyos contra un enemigo nuevo, y tan ventajoso en el número, quiso contrapesar esta desigualdad, fortaleciéndolos con la poderosa arma de la desesperacion, para que cerrándoles el rio el camino de la fuga, fuese la victoria el único recurso á la esperanza de su remedio. Señalaronse tambien este dia, con gran gloria suya, los Thesalos, en quienes consistia toda la fuerza de la Caballeria,

Val. Max. 8. 1. 1. 2. 13. Plut. *cap.* 26. Arrian. 1. 5. 26.

Liv. 44. 7. 2. Vell. 1. 11. 4. Plin. 34. 8. 20. Arrian. 1. 5. 13.

Polyæn. 4. 3. 16. 4. 3. 8. Diod. 17. 21.

Diod. 17. 21.

Liv. 9. 19. 4. Diod. 16. 4. 17. 21.

ria, sin que de los demas faltase alguno al cumplimiento de su obligacion; si bien con grandes ventajas la Caballeria, á quien se debió enteramente la victoria, habiendo retrocedido la Infanteria. Por lo que miraba á los enemigos, mandó tambien Alexandro dar sepultura á los Señores mas principales entre los Persas, y á todos los Griegos que servian á sueldo suyo; pero que los prisioneros pasasen á Macedonia, por haber contravenido á la comun resolucion de los Griegos, empleando sus armas en servicio de los Bárbaros contra su pátria, cuyo órden exceptuó á los Thebanos, á quienes llevó, mas que el proprio gusto la necesidad de verse sin tierras en que hacer asiento y retirada, por la pérdida y destruccion de su ciudad. Executado esto, envió al Templo de Minerva, en Athenas, trescientos escudos que hizo escoger de los despojos de la batalla, con esta inscripcion: *Alexandro, hijo de Philipo, y todos los Griegos, excepto los Lacedemonios, han obtenido este triunfo de los Bárbaros del Asia.* En cuya accion miró á asegurar para otras ocasiones el afecto de los Griegos, haciéndoles partícipes de esta gloria, y á castigar á los Lacedemonios, excluyéndolos de el honor de ella, por el atrevimiento y desacato de separarse de el campo de la Grecia. Ni le permitió el amor y atencion que tuvo á su madre siempre, dexáse de darla parte de la presa, de quien la envió casi todos los vasos de oro y plata, todos los paños de púrpura, y quanto le pareció digno de su persona.

Arrian. l. 5. 29.

Plut. *en las Apopth.* cap. 40.

Arrian. l. 5. 30. Plut. *cap.* 26.

Curt. 10. 5. Plut. *cap.* 26.

CAPITULO VI.

SU ACCION DE GRACIAS A LA DIOSA Minerva: Recibe muchos pueblos debaxo de su obediencia, sin imponerles nuevos tributos: Entregasele la ciudad de Sardis: Descubre las solicitudes de Demosthenes contra su persona: Procura ganar á Phocion: Toma á Epheso, donde forma República, y hace lo mismo en las demás ciudades: Su grande estimacion á Apeles.

HAbiendo vuelto Alexandro despues de esta batalla á Troya, dió gracias á la Diosa de haberle favorecido en guerra tan peligrosa con la felicidad de sus presagios, y forta-

Strab. *lib.* 13. 2. 4. 5.

Diod. 17. 17. lecido con el resguardo y defensa de sus armas. Lo cierto es, que quando pasó el Helesponto, y llegó á Troya, como hemos referido, halló una estatua á caballo de Ariobarzanes, Satrapa antiguo de Persia, derribada, y que atribuyendo Aristrando á misterioso prodigio lo que pudo ser casual accidente, predixo de él á Alexandro muy ilustre victoria de un combate de Caballeria; *mayormente si peleaba no lexos de la Phrygia, y que moriria á sus manos un gran Cabo de los enemigos.* Y que no fue contrario al anuncio del Adivino el suceso; antes bien confirmacion de él la muerte de Spithridates. En cuyo reconocimiento dispuso con gran cuidado las ofrendas y presentes para aquel Templo, é hizo á Troya ciudad, aunque entonces solo conservaba la apariencia de una corta villa; pero para que correspondiese á este autorizado título la sumptuosidad y magnificencia de sus edificios, fió este cuidado de personas de su confianza, á cuyo fin la dió por libre de todo género de tributos. Y advirtiendo la cortedad de el Templo de la Diosa y de su culto, resolvió, en reverencia de la santidad del lugar, que se labráse uno de la magnitud y ostentacion que pedia. Cuyos intentos atrasaron por entonces los de sus grandes empresas, é imposibilitó despues su muerte, y el descuido de sus succesores. Abrió, pues, esta victoria tan enteramente el paso á Alexandro para el mayor progreso de sus conquistas en toda el Asia, por la parte de el Euphrates, y del monte Tauro, que absortos los pueblos de tan inopinado suceso, habiendo perdido todas sus Tropas, y enteramente sus Capitanes, no discurrian ya otro recurso, para la esperanza de su remedio, que la benignidad del vencedor, procurando merecersela con la prontitud de su rendimiento y obediencia. Hizo merced á Calas, que conducia á los Thesalos, del gobierno de la Phrygia, á quien dexó Arsites sin defensa con su voluntaria muerte. Descendió la mayor parte de los que habitaban las montañas, y se entregó con quanto posesía al Rey; el qual los admitió á su proteccion, y volvió á enviar á sus casas: perdonó á los Zelitas, por estar asegurado, de que á pesar suyo, les obligaron los Persas á tomar las armas contra él, sin pretender de todos estos pueblos mas tributo, que el que solian pagar á Darío, cuyo estilo observó tan inviolablemente con las de-

2. 5. 16. Strab. lib. 13.

Diod. 18. 4.

1. 10. 22. Strab. lib. 13.

Arrian. 1. 6.

1. 1. 5. 8.

demás Naciones del Asia, á quienes reduxo, como quien sabía quanto mas expuesto está siempre al ódio el dominio extraño, por suave que sea, que el natural, y que es intolerable quando se aumentan con nuevas imposiciones las antiguas cargas. Cuyo conocimiento le obligó á responder á los que le persuadian podia imponer mayores tributos en tan vasto Imperio: *Que no tenia por buen jardinero al que arrancaba de raiz las plantas, cuyas hojas solo se debian cortar.* Luego que supo que los Persas tenian Guarnicion en Dascyleo, envió á Parmenion; al qual, retirada ésta con la noticia de la llegada de los Macedones, le recibieron en ella sin la menor dificultad sus habitadores. Tomó Alexandro la vuelta de Sardis, capital de todas las demás ciudades, á quienes los Reyes de Persia habian puesto debaxo de la jurisdiccion de los Gobernadores de las provincias vecinas al Mar. Hallándose distante de ella setenta estadios Mithrenes, de quien Darío habia fiado la ciudadela, le salió á recibir con los principales de la ciudad, y compró á precio de el dinero, que en aquella se guardaba, y entregó la libertad de una y otra. Habiéndolos admitido benignamente, pasó ácia el rio Hermo, que dista de Sardis casi veinte estados, donde acampado envió luego á Amyntas, hijo de Andromene, á que se apoderase de una fortaleza, situada sobre una montaña, cuya entrada era por todas partes dificil, y capáz de que resistiesen facilmente los que la ocupaban las mayores fuerzas, aun quando no se hallase tan bien asegurada, como lo estaba, de una prodigiosa muralla, y de tres fortificaciones. Regocijándose, pues, el Rey de la felicidad de su fortuna, y de habersele reducido sin la costa del dilatado Sitio, que temia, resolvió, entre las grandezas que ideaba su magnanimidad, hacer labrar en este lugar un Templo á Jupiter Olimpo; y discurriendo en su mas conveniente situacion, sobrevino tan recia tempestad, que llenado de agua gran parte de la fortaleza en que tuvieron antiguamente su palacio los Reyes de Lidia, quedó persuadido á que habian manifestado con lo misterioso de este suceso los Dioses, era voluntad suya que la situacion del Templo fuese en aquel lugar. Hizo despues merced del gobierno de la fortaleza, con algunas Tropas de Argivos, á Pausanias, uno de sus mas favorecidos; y en-

Curt. 6. 3. 10.

Hyppol. à Collibus Princeps. c. 33. ex Maxim. Tyrio. Arrian. 1. 6. 2.

Plut. cap. 27. Paus. l. 3. Arrian. 1. 6. 3.

Diod. 17. 21. Arrian. 1. 6. 4.

envió el resto de las de los Aliados con Calas y Alexandro, hijo de Europa, al gobierno de Memnon. Puso á Asandro, hijo de Philotas, en la Lidia, con Jurisdicion que se estendia hasta las fronteras de el gobierno de Spithridates; y dió toda la Caballeria, que creyó necesaria, con algunas Compañías armadas ligeramente. Conservó á los Lidios sus leyes y privilegios; y reconociendo la veneracion de los de Sardis á Diana, á quien llamaban *Coloenes*, concedió al Templo el derecho de el Asylo. Hizo considerables honras á Mithrenes, á quien por entonces dexó cerca de su persona con grande estimacion y esperanza de que le lleváse á los demás su exemplo, á cuyo fin le dió despues el gobierno de Armenia. Habiendo hallado en la fortaleza de Sardis ciertos papeles, de quienes constaban las excesivas sumas que habian empleado los Satrapas para obligar á los Griegos á que tomasen las armas contra los Macedones, vió tambien en ellos las porciones de plata y oro que habian enviado á Demosthenes, cuyas cartas estaban entre ellos. Pero tuvo por mas conveniente disimular esta quexa, que pudiera hacer contra los Athenienses hallándose en paz con ellos, y procurar con la mayor presteza y diligencia asegurar á Athenas su obediencia, contra la eloqüencia de Demosthenes, por recelar turbarse con sus alteraciones la quietud de toda la Grecia. Ninguno le pareció mas proporcionado al logro de este intento, que Phocion, cuya inculpable vida era sin igual, y cuya virtud hacía honrosa su pobreza. Estimabale de suerte, no solo por lo necesario que le juzgaba en su servicio, sino por lo que se grangeaba la integridad y rectitud de sus costumbres, que en medio de haber quedado tan soberbio, despues de la rota de Darío, que no se dignaba de poner en las cartas que escribia la palabra *Salud*, concedió algunas veces esta honra á Antipatro y á Phocion. Hizole Alexandro merced de cien talentos, y la de que eligiese una de estas quatro ciudades de el Asia, Chio, Elea, Alilasa y Gergetho, entre quienes ponen algunos á Patara, en lugar de la última. Pero no admitió alguna de estas honras su moderacion, contentándose solo, porque no pareciese que soberbio hacia menos aprecio del que debia á la generosidad de tan gran Principe: *Con pedirle la libertad de Echecratides Sophista, de Anthenedoro*

Strab. *l.* 13. Tacit. 3. 63. 4. Curt. 5. 8. 9. Curt. *lib.* 5. 1. 44. Arrian. 3. 3. 17. Diod. 17. 64.

Plut. *en la vida de Demoith.* c. 28.

Plut. *en la vida de Phocion*, c. 22.

Ælian. *Hist. var.* 1. 25.

Plut. *en la vida de Phocion*, c. 24. Ællan. 1. 25.

ro Imbrio, de Demarato y Sparton Rhodios; los quales quedaron prisioneros en la ciudadela de Sardis. Pero esto no acaeció sino despues. Tomó entonces la vuelta de Epheso, á quien habia desamparado la Guarnicion á la fama de la rota de los Persas, retirándose á dos galeras de Ephesios, y con ellos Aminthas, hijo de Antiocho; el qual se ausentó de Macedonia sin mas causa que la de temer al Rey, y creer le tuviese igual aborrecimiento al que profesaba él, midiendo por su genio el de el Príncipe. Al quarto dia de haber partido Alexandro de Sardis hizo su entrada en Epheso: restituyó á ella á los que se hallaban desterrados por la autoridad de pocos: hizo donacion de la ciudad al pueblo, y reduxo su gobierno al de República. Gozoso el pueblo de la libertad, que por tan dilatado tiempo habia deseado, pidió se castigasen á los que llevaron allí á Memnon; á los que robaron el Templo de Diana; á los que quitaron la estatua de Philipo; y que se derribase el monumento que se erigió en la plaza á Heropitho, como á libertador de la ciudad. En cuya execucion sacaron violentamente del Templo, donde se habian acogido, á Pelagon, á Sirphax su hermano y á sus primos; los quales murieron apedreados, y sin duda se hubiera estendido á mas el furor de la multitud, á no haberlo prohibido Alexandro, y mandadoles remitiesen al olvido sus quexas y venganzas; escusando por este medio á los mas poderosos y ricos de la ciudad los desacatos y peligros, que hubieran padecido su autoridad y bienes, estando expuestos, con el pretexto de un delito cierto ó supuesto, al desenfrenado ódio y avaricia del pueblo. Habiendo despachado en tanto los Magnetes y Trallianos, Embaxadores al Rey, ofreciéndole su obediencia, dió órden á Parmenion para que pasase con cinco mil Infantes y doscientos Caballos á admitirlos, y á Alcimale para que partiese con iguales Tropas á los contornos de las ciudades de Eolia y Ionia, que estaban en la obediencia de los Persas: mandó á uno y á otro, que despues de aquellos gobiernos, los pocos que le tenian, estableciese el estado popular en todas; por haber reconocido, que sin mas causa, que la de asegurarse del recelo en que los puso la inclinacion que le mostraban aquellos, habian puesto en ellos tiranos, que los mantuviesen en opresion y servidumbre.

Arrian. 1. 6. 6.

Curt. 3. 11. 18.

Arrian. 1. 6. 7.

2. 7. 9.

Plin. 35. 10. 25. 1. 2. 13.

De-

Detuvose algunos dias Alexandro en Epheso para desahogar el ánimo de las contínuas fatigas á que lo aplicaba: era en él su mayor divertimiento asistir de ordinario al obrador de Apeles, á quien solo permitió le retratáse, por el gran primor con que lo hacía. Llegó á merecerle tan singular afecto este insigne Pintor, que viéndole el Rey rendido á la hermosura de Pancasta, natural de Larisa (ciudad de las mejores de Thesalia) una de sus primeras Concubinas, y entre todas, á quien con mayor fineza amaba Alexandro, no menos que por su estremada belleza, por haber sido el primer empleo de su cariño, desistió de su amor, entregándosela. Aunque es fama, que habiendo tratado Alexandro, mientras estuvo en la oficina de Apeles, de aquel Arte, con tan corto conocimiento, que se vió precisado éste á interrumpirle con cierto donayre picante, no me he de persuadir á que faltase al decoro y veneracion que debia á la grandeza de tal Rey, un Pintor tan poco inadvertido como Apeles; fuera de que habiendo aprendido Alexandro en su juventud las Artes Liberales, y no pudiendo dexar de tener bastante noticia de aquella, no es creible que lo que dixese acerca de el, fuese tan desacertado, que obligase á Apeles á aquel desacato. Siendo, sin duda, mas verisimil lo que refieren otros; y es, haberle sucedido esto con cierto Sacerdote de los que asistian al Templo consagrado á Diana en aquella ciudad, y llamaban Megabizos, á quien afirman, dixo: *Que asi como hasta entonces su silencio, y el oro y la púrpura, que le habian grangeado crédito con los ignorantes, luego que le oyeron sus desaciertos el desprecio que por ellos merecia, aun de los mismos aprendices.* Reedificaban entonces los Ephesios con grande aplicacion y dispendio el famoso Templo de Diana, en quien hizo considerable estrago la boracidad del fuego, que (como dexamos dicho) introduxo en él el frenético furor de Herostrato. Favoreció Alexando su zelo, contribuyendo con quanto pudo á su prosecucion y brevedad; para la qual le aplicó los tributos que antes pagaban á los Persas, y confirmó el derecho del Asylo; el qual supo habian conservado antiguamente Bacho y Hércules: y concedió á este lugar un estadio mas de circuito para su extension. Habiendo algunos años despues reducido enteramente á su obediencia el Asia, soli-

Ælian. *Hist. var.* 12. 34.

Plin. 35. 10. 25.

Ælian. *Hist. var.* 2. 3.

Plut. *de Anim. trang.* c. 21.

Ælian. *Hist. var.* 2. 2. Strab. *lib.* 14. Quintil. 5. 12. Plin. 35. 10. 34. y 35. 11. 14.

Laërt. *in Xenoph.* 1. 1. 24. Arrian. 1. 6. 7.

licitó de los Ephesios pusiesen, acabado el Templo, en la inscripcion de él su nombre, ofreciendo pagaria en remuneracion de este honor todos los gastos que habian hecho en su reedificacion, y que se obligaria á contribuir al Artífice con quanto fuese necesario para este efecto. Hallabanse bien lexos los Ephesios de complacerle en tal intento; sí bien, considerando el peligro á que se exponian de negarselo sin alguna escusa decente, recurrió la destreza del Embaxador que eligieron para responderle, de el medio de la lisonja, sabiendo quan poderosa era en este Príncipe, y la facilidad con que se dexaba llevar de ella. Y asi le representó: *Quan improprio seria de la soberania y divinidad en que se hallaba, que ofreciese á los Dioses, con quienes se igualaba, lo que reverentes les consagraban solos los hombres, por la suma distancia que reconocian de su naturaleza mortal á la divina de aquellos.* Tal fue la contienda que excitó entre tan gran Rey, y esta ciudad el deseo de gloria; sí bien la obtuvieron los Ephesios, desestimando la reintegracion de tan considerables sumas, á precio de lograrla, y de no enagenar la inscripcion de este Templo; cuyos crecidos gastos en su reedificacion, se pueden colegir de la suma á que les llegó solo una pintura que le dedicaron, pues pagaron por ella veinte talentos de oro. Representaba á Alexandro con un rayo en la mano, en cuya execucion usó Apeles de tan inimitable artificio, que solo empleó en ella quatro colores, para que con esta singularidad saliese mas digna de la admiracion de los primeros Artífices en aquella profesion.

Tacit. 3. 6. 1. Paus. lib. 7. Strab. lib. 14.

Plin. 35. 10. 33.

CAPITULO VII.

ORDENASELE EN SUEÑOS, QUE EDIFIQUE una ciudad á los Smyrnos: Intenta cortar el Isthmo, que está entre Clasomene y Theos: Junta á Clasomene con la Tierra-firme: Sitia y toma á Mileto, y concede libertad á los habitadores: Prodigio acaecido en el Templo, intentando robarle unos soldados: Inclinacion de un Delphin á un niño.

Strab. *lib.* 14. Plut. *c.* 39. ADvirtiendo Alexandro en un sueño restituyese á los Smyrnos á su antiguo explendor, lo hizo por este mismo tiempo, despues de haber habitado estos de villa en villa por espacio de quatrocientos años, desde la destrucion de la antigua Smyrna por las armas de los Lydios, hasta entonces, que dispuso su nueva fundacion, casi á veinte estadios de el lugar donde estaba situada la antigua ciu- Pausan. *l.* 7. dad. Solia divertirse con el exercicio de la caza, quando la gravedad de los negocios le permitia algunas treguas. Rendido, pues, cierto dia de la fatiga de ella, y embargado de el sueño á las faldas de el monte Pago, le pareció que la Diosa Nemesis, cuyo Templo estaba á corta distancia de allí, *le ordenaba edificase una ciudad en el mismo lugar, y la diese por habitadores á los Smyrnos.* Confirmó esta declaracion la respuesta, que consultándole, dió el Oráculo de Apolo Clario á los Smyrnos, á quienes ofreció: *Tendria feliz suceso la mudanza de su habitacion.* Strab *lib.* 14. Cuit. 4. 4. 35. Con que se levantaron por órden del Rey los cimientos para la nueva ciudad, de cuya última perfeccion se llevó Antígono la gloria, habiendo pasado, por merced de Alexandro, algunos años despues al gobierno de Lydia, Phrygia y de otras Regiones vecinas. Habitan los Claromenios el Arrian. 1. 8. 27. Plin. 5. 29. golfo de Smyrna, ácia la parte en que estrechándose mas la 21. tierra, queda á manera de Peninsula, uniendo al continente Strab. *lib.* 14. Paus. *lib.* 7. las tierras que corren casi sesenta estadios al Mar. Ofrecese en la opuesta ribera del Isthmo Theos, que mira de frente á los Clasimenios, y á lo último de la Peninsula la ciudad de Erythra, bien célebre aun en este tiempo, por la singular virtud

tud de aquellas ilustres mugeres, que predixeron los futuros sucesos. Descubre por todas partes el Mar la elevada eminencia de el monte de Minas, cercano á esta ciudad; el qual, mirando á la Isla de Chio, y declinando poco á poco, termina en un llano á corta distancia de la situacion de los Claromenios. Habiendo observado Alexandro la naturaleza y disposicion de este parage, resolvió cortarle, y separarle de la Tierra-firme, para cerrar á Erythra y Minas con el Mar, y unir uno y otro golfo. Refierese fue esta la única ocasion en que no correspondió el suceso á los intentos de este Príncipe, y que quiso manifestar en ella la fortuna, que habiéndole favorecido en todos los demás designios, no era gloria suya que Alexandro emprehendiese lo que por inutil é infructuoso no se la pudiese dar dignamente: fuera de que estaba recibido, como punto de Religion, no ser concedido á algun mortal mudar la fortuna y disposicion que dió la naturaleza á la tierra, confirmándolos en este concepto el continuado malogro con que quedaron siempre burlados semejantes intentos. Sin embargo, juntó á Claremonia con la Tierra-firme, por medio de un dique de dos estadios, que antiguamente habian pasado á una Isla, temerosos de los Persas; pero llevándole la atencion mayores empresas, dexó al cuidado de los Gobernadores que puso en aquellos lugares, la perfeccion de este trabajo; y despues de haber hecho grandes y sumptuosos sacrificios en honor de la Diosa, y exercitado sus Tropas, tomó al dia siguiente la vuelta de Mileto, llevando consigo la Caballeria de los Traces, y quatro Compañias de Caballos de sus mas favorecidos, entre quienes iba la Real con su Infanteria, movido de la esperanza que Hegesistrato, Capitan de la guarnicion, le habia dado de que se le entregaria la ciudad, aunque por entonces le salió vana, respecto de que habiendo entendido no estaba lexos la Armada de los Persas, mudaron de resolucion sus habitadores, animándose á conservarla en la devocion de Darío. Hallabase bien abastecida de víveres, y de todo lo necesario para resistir un Sitio, por medio del considerable número de gente de guerra que tenia, por haber dexado Memnon, quando se retiró á ella, despues de la batalla, muchos de los suyos, y fortificado la guarnicion. Habiendo llegado allí Alexandro con su

Ælian. *Hist. var.* 5. 27. Plin. 5. 29. 21.

Paus. *l.* 1.

Herod. 1. 174.

Plin. 4. 4. 4.

Plin. 5. 29. 22.

Arrian. 1. 6. 11. 2. 6. 25.

Arrian. 1. 6. 2.

Diod. 17. 22.

Arrian. 1. 6. 12.

Exército en ordenanza, y sin algun estruendo, tomó la ciudad que ellos llamaban de fuera, y habian desamparado los habitadores y los soldados, retirándose á la de dentro, por no dividir sus fuerzas, esperanzados en la brevedad de el socorro; pero habiendo arribado la Armada de los Lacedemonios, mandada por Nicanor, el qual se apoderó inmediatamente de la Isla de Lades, que está sobre Mileto, quedó burlada su esperanza mayormente quando pasando debaxo del Promontorio de Micale entró en el mismo puerto de los Milesios. No la hizo resistencia alguna la de los Bárbaros, en medio de hallarse superior á la de Nicanor en el número de la gente y de los baxeles, pues se componia de quatrocientos, y aquella solo de ciento y sesenta. Destituidos, pues, los Milesios de la esperanza del socorro á vista de aquel desengaño, despacharon á Glaucippo, persona de la primera suposicion en la ciudad, para que en nombre suyo pidiese á Alexandro permitiese que la ciudad y puerto de Mileto fuesen comunes á Macedones y Persas; pero solo pudo conseguir de el Rey la áspera respuesta, *de que no habia pasado al Asia para esperar los Dominios que le quisiesen dár, sino para hacer distribucion de ellos á su arbitrio; y que asi se resolviesen, ó á fiar de él el mejor logro de su fortuna, ó á disponerse á disputarle con las armas el dia siguiente.* Habiendo elegido lo último, resistieron valerosamente los primeros asaltos de los Macedones, de quienes quedaron muertos algunos, y entre ellos dos hijos de Helanica, Ama que habia sido de Alexandro, y hermana de Clito; el qual libró (como dexamos decho) al Rey, con gran gloria suya, del peligro que corria su vida; pero encendidos estos de la cólera y del despique, habiendo apretado con sus máquinas, y derribado gran parte de las murallas de la ciudad, se disponian á entrarla, á tiempo que reconociendo los enemigos en el puerto los baxeles de los Macedones, y teniéndose por perdidos, se arrojó al Mar una parte de ellos sobre sus escudos, para pasar á nado á una pequeña Isla cercana á la ciudad; cuyo intento les salió vano, asi á ellos, como á los demás, que apoderados de las barcas, procuraban librarse en ellas, por haberlos cogido los enemigos á la entrada del puerto. Tomada asi esta ciudad, envió Alexandro contra los

Herod. 6. 7. Strab. *lib.* 14.

Arrian. 1. 6. 22.

Senec. *epist.* 53. 10.

Arrian. 1. 6. 10.

Curt. 8. 2. 8. Arrian. 4. 2. 12.

2. 8. 4.

Arrian. 1. 6. 23.

los que se habian amparado de la Isla, para que no gozasen largo tiempo de la seguridad que en ella habian buscado ciertos baxeles, en quienes hizo llevar escalas con que pudiesen subir los soldados por entre las rotas orillas de aquella Isla, como por las murallas de qualquiera ciudad enemiga; si bien, habiendo reconocido la resolucion en que estaban los mercenarios Griegos, que se habian retirado á ella, de defenderse hasta el último trance, enmedio de no pasar de trescientos, compadecido y obligado del generoso valor con que se exponian á perder sus vidas en defensa de los que se habian valido de ellos, los perdonó, y mandó sirviesen debaxo de sus banderas. Reduxo á estado de servidumbre á todos los Bárbaros que se hallaron en Mileto, en cuyo honor concedio libertad á los Milesios que habian quedado en la ciudad, atento á la gloria que mereció en lo antiguo, no menos que por la opulencia y grandeza con que floreció, por haber enviado á los Mares vecinos mas de setenta Colonias, y haberla ilustrado sus ciudadanos con los crecidos premios que obtuvieron en los combates sagrados que estilaban los Griegos, reputando este género de victorias por las mas honrosas que podia alcanzar la virtud. Pero burlándose Alexandro al vér tantas Estatuas, preguntó: ¿*Que adonde tuvieron las manos y los brazos aquellos grandes Varones, que representaban, quando toleraron impusiesen los Persas sobre sus cervices el yugo de la servidumbre*? Porque como este esclarecido Principe, llevado de su natural inclinacion al manejo de las armas, aplicaba todo su esfuerzo á el uso de la guerra, le parecia cosa indigna, que debiendo emplearse el valor, la agilidad y fuerzas en ella, le malograsen exercitándole en la diversion y regocijo de el ocioso vulgo. Entrando en el interin á saco la ciudad la gente de guerra, respecto de haberla tomado por interpresa, llegaron al Templo de Ceres ciertos soldados, á quienes, intentando robarle, dexó repentinamente ciegos el activo resplandor de una llama que salió de lo mas interior de el Templo. Halló tambien Alexandro en esta ciudad algunos monumentos de sus predecesores, y entre ellos una fuente, á quien llaman los Milesios de Achiles, cuyas aguas se mantienen saladas en su nacimiento, y dilatadas en arroyos, se vuelven dulces. Refierese, que Achiles se lavó en ella

Diod. 17. 22.

Strab *lib.* 14. Plin. 5. 29. 15. Senec. *consol. ad Helviam.* 6. 18. Lucian. *de gymnasiis.*

Plut. *Apoph.* c. 37.

l. 3. 29. Strab *lib.* 14. Val. Max. 1. 1 5. *ext.* Lactantius 2. 8.

Athen. 2. 6.

ella despues de haber roto á Strambelo, hijo de Telamon, que pasaba en socorro de los Lesbios. Tenian los Milesios un Oráculo de Apolo Didymeo, no menos célebre que por la opulencia de sus riquezas, por el crédito que le habian grangeado sus respuestas. En el, pues, es fama, que consultando Seleuco, cuyo poder y riquezas fueron grandes despues de Alexandro, sobre su vuelta á Macedonia, le fue respondido: *Que habiendo pedido licencia á Europa, abrazase á Asia.* Coronó todos estos prodigios la singularidad de uno, que justamente llevó la admiracion de el Rey, á cuyo curioso ingenio era grato el hallazgo, y conocimiento de qualquier maravilla. Este fue, haber descubierto en la ciudad de Yuso, situada en una Isla cerca de Mileto, cierto Niño, á cuya inclinacion estaba tan sujeto un Delphin, que distinguiendo con particular instinto su voz, iba á él siempre que le llamaba, y recibiéndole en sus espaldas le llevaba á donde le ordenaba; de que infiriendo Alexandro era grato este Niño al Dios Neptuno, le hizo gran Sacerdote suyo.

Parth. *In Erot. Commentar. in Curt.* 5. 7. 28.

Appian. *Syriac. sub fin.*

Strab. *lib.* 14.

Plin. 9. 8. 10.

CAPITULO VIII.

OBLIGA ALEXANDRO A LOS BAXELES enemigos á que se retiren: Licencia su Armada, y las razones que tiene para ello: Entra en Caria, donde toma muchas ciudades: Restablece á la Princesa Ada con su Reyno, con cuya accion adquiere el afecto de los pueblos.

DE esta suerte se hizo Señor de Mileto, en medio de ocupar todavia el Mar la considerable Armada de los Persas; los quales confiados en la multitud de sus baxeles, y en su marítima experiencia, en que hacia grandes ventajas á los enemigos, procuraban al combate á los Lacedemonios, presentándose con gran arrogancia delante de el puerto de la ciudad, donde hizo entrar á aquellos baxeles el Rey; el qual envió á Philotas con la Caballeria, y tres Cohortes de Infanteria al Promontorio de Micale, para que se opusiese á los de los enemigos, que estaban ancorados allí, estorvase el desembarco, y el que se pro-

Arrian. 1. 6. 25.

ve-

veyesen de agua, leña y lo demás, de que necesitasen; cuya providencia puso en tan gran conflicto á los Bárbaros, dexandolos en el mismo lugar, como sitiados é imposibilitados de saltar en tierra, y de hacer las provisiones necesarias, que se hallaron precisados, habiendo tenido consejo sobre ello, á tomar la vuelta de Samos, de donde bien abastecidos de víveres, volvieron á presentarse en batalla delante del puerto de Mileto. En tanto, habiendo reconocido cinco baxeles de Persas en un puerto, situado entre aquella corta Isla, (de quien hicimos poco ha memoria) y el lugar donde la Armada de los Macedones se hallaba ancorada, muchos baxeles enemigos, y discurriendo estaria ausente, y divertida en otro empleo la mayor parte de la gente de Mar, por cuyo descuido les sería fácil apoderarse de ellos, hallándolos vacíos, partieron á velas llenas á ellos, como si tuviesen segura la presa. Pero habiendo el Rey introducido con la mayor presteza en diez galeras toda la gente que se halló mas pronta, la mandó que se presentase con ellas delante de los enemigos; y si bien los Persas atemorizados del número de estos vasos, y de cosa tan inesperada, como la de verse acometidos de los mismos, á quienes creyeron descuidados, y como á tales rendidos, se pusieron en fuga, no dexaron de apresarles los Macedones uno de los baxeles en que iban los Jacios, librándose por mas veleros, entre el resto de la Armada, los demás; los quales se retiraron á Mileto, sin haber executado nada de quanto habian intentado. Advertido, pues, Alexandro de el peligro en que vió su Armada, y de el poco fruto que podia sacar de ella, siendo tan inferior á la de los enemigos, y los considerables gastos, que era preciso hiciese para mantenerla, resolvió volverla á enviar, y quedarse solo con algunos baxeles para conducir las máquinas de que usaba en los Sitios de las ciudades. No fue de este dictamen Parmenion, el qual teniendo por mas conveniente llegar á medir las fuerzas con el enemigo en un combate naval, representó al Rey: *Serian considerables las conseqüencias que se seguirian á sus armas, si quedaban vencedores en él los Macedones; y por el contrario, de cortísima importancia las que lograrian los Persas, si los vencian; pues se quedaban tan Señores de el Mar, como antes lo estaban, y sin poder adelantar por esto nada en tier-*

2. 7. 17.

Diod. 17. 23. Arrian. 1. 6. 31. 2. 9. 1.

Arrian. 1. 9. 16.

tierra, respecto de la resistencia que hallarian en las Tropas Macedonas, que defendian las riberas, mucho mas esforzadas que las suyas. A cuyo fin, y el de inclinar al Rey á aquella resolucion, le ofreció ser el primero que, exponiendo al peligro su persona, lo executase con los baxeles que le diese. Ni la autoridad de Parmenion, ni las razones en que se fundaba su parecer, confirmado por el feliz presagio, que pocos dias antes se habia advertido en la detencion de una Aguila á espaldas de el Exército sobre la orilla de el Mar, fueron bastantes para que se reduxese á él Alexandro; el qual, bien lexos de hacerlo, manifestó: *Quanto se engañaba Parmenion en persuadirse, pudiese nunca ser conveniente oponerse con tan corto número de baxeles, compuesto de gente inexperta, á la considerable Armada de los enemigos, asistida de prácticos soldados: Que aunque se hallaba bien asegurado del valor de los suyos, no era bastante por sí solo este á dar la victoria en las batallas marítimas, en quienes tenia mas parte para evitar los riesgos, ó convertirlos en beneficio propio la variedad de los vientos y de las ondas, que la destreza de los Pilotos, y la diligencia de los Marineros: Que la fama y disposicion de los enemigos ofrecia considerables ventajas á los Persas, contra quienes quedarian vanos é inutiles los esfuerzos de los Macedones, respecto de ser tan fácil á los Bárbaros librarse de ellos sin riesgo, como alcanzar sin gran fatiga la victoria. En cuyo caso se les seguirian muy infelices consequencias, porque siendo natural á los hombres, prometerse en todas las cosas igual suceso á la esperanza, ó el temor que concibieron al intentarlas, lo eran tambien, que toda el Asia, viendo en los principios de la guerra perdidos á sus enemigos, recuperáse sus desmayados alientos. Y para que no se dude, que este es comun sentir de toda el Asia, ¿quién me podrá asegurar* (decia) *que los Griegos me guardarán su fé, si llegan á persuadirse á que hemos perdido aquella felicidad, que si confesamos verdad, solo respetan en nosotros? No dudo de quan favorable consideracion sea á mi fortuna el haberse manifestado detras de mi Armada esa Aguila, que admito por presagio de*

C. II. 1. *feliz suceso; pero este mismo dichoso anuncio nos manifiesta, que la victoria que obtuvieremos de la Armada enemiga, será desde tier-*

tierra; porque ese pajaro que nos predixo la victoria, no se detuvo sobre los baxeles, si sobre la ribera, mostrandonos tan igualmente el suceso de la batalla, como el lugar en que habiamos de darla: fuera de que si reducimos á nuestra obediencia, como hemos empezado, las ciudades marítimas, se disminuirá por si misma bien apriesa la Armada de los Persas; no teniendo nuevos socorros, víveres, ni puertos á donde surgir; cuyas conveniencias, si faltan á los enemigos por de vuestra disposicion y valor, quedarán, aunque hoy se hallen mas poderosos en el Mar, deshechos, y proxima á cumplirse la prediccion de aquella lámina de bronce, que poco ha arrojó de si, inundandose una fuente de Lydia, y en quien hallamos grabados ciertos caracteres, que declaran quan cercano está el fin del Imperio de los Persas. Licenció, pues, su Armada, y dexó á sus Capitanes el cargo de sujetar el Ponto, y sus comarcas; y siguiendo su intento, pasó en persona á Caria, donde supo se habia retirado considerable número de enemigos. Esperanzólos la ciudad de Halicarnaso por la fortaleza de su situacion, y de dos buenas ciudades, en que podrian sus murallas detener, qual poderosa trinchera, el impetuoso torrente con que venia Alexandro. Pero aun mas se fundaba su confianza en el credito de Memnon, cuya vigilancia y cuidado disponia con próvido acuerdo quanto juzgó necesario para la vigorosa resistencia de un largo Sitio, por haberle dado Dario algunos dias el gobierno de toda la Costa del Mar, y de la Armada. Fue causa de esto, el que habiendo reconocido Memnon no bastaban, ni las considerables ventajas que hacía en la disciplina militar á todos los Capitanes de la Persia, ni las experiencias que habia dado de su felicidad, para que purgadas las sospechas en que ponia á los Persas, mirarle como á Griego, y como á quien se hizo un tiempo tan gran lugar en la Corte de Macedonia, perdiendo el recelo con que vivian, de que pudiese algun dia tener inteligencia en ella, correspondiesen á sus grandes merecimientos las mercedes del Rey, le envió á sus hijos y muger, mas que por solicitarlos á su abrigo el resguardo con que pretextó esta accion, por asegurar su confianza por medio de estas prendas. Habiendo, pues, entrado Alexandro en Caria, reduxo en breve espacio todas las ciudades que es-

Arrian. l. 6. 31.

Plut. *cap.* 27.

Appian. de *Bell. Mithri.* Just. 38. 7. 2.

Curt. 6. 3. 3. y 10. 10. 3.

Vitruv. 2. 8. Strab. *lib.* 14.

Diod. 17. 23. Arrian. 1. 7. 2.

1. 2. 22.

Comment. in Curt 3. 13 4.

Arrian. 1. 7. 1. Diod. 17. 23.

estaban entre Mileto y Halicarnaso, por habitar la mayor parte de ellas los Griegos, á quienes acostumbraba conceder sus leyes y privilegios, protestandoles habia pasado al Asia, solo por ponarla en libertad, pero bien aprisa grangeó en los Barbaros no menor afecto la urbanidad con que trató á Ada, Princesa de la Real sangre; la qual, pasando por aquella comarca el Rey, le visitó, y pidió la admitiese debaxo de su proteccion, y la restableciese en su Reyno. Tuvo Hecatomno, Rey de Caria, tres hijos, y dos hijas: el mayor llamado Mausoleo, casó con Artemisa; y la menor, con su hermano Hidrieo. Artemisa, pues, hermana, y muger de Mausoleo, le habia succedido en el Reyno, siguiendo la costumbre de él donde es permitido á los hermanos casarse con las hermanas, para que igualmente gocen del dominio. Pero muerta ésta del excesivo dolor de haber perdido á su marido Hidrieo, que la succedió, y murió sin hijos, dexó el Imperio á Ada, á quien se le usurpó Pexodoro, que era el unico que habia quedado de los hijos de Hecatomno; y aunque con la muerte de éste debiera haber recuperado la Corona, no se lo permitió Orontabates, Gran Señor de la Persia, á quien habia elegido por yerno suyo Pexodoro, con el fin de asegurarse mejor por medio de sus fuerzas en la posesion de un Reyno, que violentamente habia usurpado, por haberse apoderado de él luego que murió el suegro, presuponiendo, que le pertenecia como dote de su muger. Habiendo, pues, quexadose Ada á Alexandro de aquel agravio, y dadole la fortaleza de Alindes, consiguió de él permiso para que le llamase hijo suyo, y que la ofreciese concurrir á su restablecimiento al Trono, como se lo cumplió despues de haber tomado á Halicarnaso, haciendo que la obedeciese y reconociese la Caria por su Reyna. Con cuya generosa accion, la qual divulgó la fama por toda aquella comarca, grangeó la inclinacion y obediencia de muchas ciudades, facilitando ésta el poseer la mayor parte de ellas parientes ó confederados de Ada; los quales enviaron luego al punto al Rey, por medio de sus Embaxadores, Coronas de oro, protestandole: *Quedarian gustosos debaxo de su proteccion y poder, para executar con la mayor fidelidad sus ordenes.* Mientras pasaba esto, disponia cuidadosamente Ada deliciosas viandas, primo-

Strab. *l.* 14.
Tacit. 2. 3. 5.
Strab. *l.* 14.
Arrian. 1. 7. 26.
Plut. *cap.* 38.
Arrian. 1. 7. 26.
Strab. *l.* 14. Diod. 17. 24. Plut. *cap.* 38. *en las Apoph.* cap. 37.

morosos dulces, y quantos generos de regalos comestibles pudo discurrir; los quales envió á Alexandro con los Cocineros y Reposteros mas excelentes que allí se conocian, creyendo le sería grato obsequio divertirle á su vuelta de las fatigas de la guerra, con las delicias de el Asia; pero aquel prudente Principe, no ignorando quan poco oportunos son, á quien se ocupa en tan generosos empleos, el desordenado apetito á los manjares, y el vicioso trato de las mugeres, agradeciendo su afecto, la mandó decir: *Que Leonidas, su Ayo, le dió en uno de sus documentos, que le debió en su juventud, mejores Cocineros, que los que ella le enviaba; advirtiendole, que el mejor medio para comer con gusto, era madrugar y andar; y el de cenar con apetito, hacer una moderada comida.*

y en el tratado: Que no se puede vivir dulcemente, siguiendo á Epicuro, cap. 49.

CAPITULO IX.

PONE SITIO A ALICARNASO: INTENTA en vano apoderarse de la Ciudad de Minda: Salida de los de Halicarnaso, para estorvar sus trabajos: Temeridad de los soldados, de que se origina un gran combate: Talento y moderacion de Memnon, Capitan de los Persas.

REducida de esta suerte casi toda la Caria á la obediencia de Alexandro, la resistía Halicarnaso, capital del Reyno, confiado en la fuerte guarnicion con que se hallaba: por lo qual, persuadido el Rey á que aquel Sitio duraria algun tiempo, hizo traher sus baxeles, vituallas, y las máquinas que eran necesarias para atacarla: con cuyo fin dispuso su Infanteria á cinco estadios de la ciudad. Batiendo poco despues las murallas, cerca de la puerta que vá á Mylasa, hicieron los sitiados una repentina salida, que resistieron vigorosamente los Macedones; los quales, habiendo muerto á algunos, hicieron volver sin gran dificultad á los demás. Pocos dias despues, esperando Alexandro tomar por inteligencia á Minda, pasó á ella de noche con una parte de sus Tropas: mas viendo que ninguno de la ciudad se declaraba á favorecer su intento, y que no cor-

Diod. 17. 24. 2. 8. 6. Arrian. 1. 7. 1.

respondia el suceso á lo que le habia ofrecido, hizo acercar sus soldados de pesadas armas, á quienes dió orden para que minasen el muro, por no haber trahido escalas, ni máquinas, respecto de no llevar intento de ponerla sitio; pero aunque derribaron una torre, no abrieron brecha para poder entrar en la ciudad, respecto de haber caido de tal suerte, que sus ruinas resguardaban aquella parte de la muralla, que cubria estando en pie: A que se llegaba la valerosa resistencia con que se defendian los sitiados; mayormente habiendoles llegado al mismo tiempo el socorro, que de Halicarnaso les envió Memnon, noticioso del peligro en que se hallaba aquella ciudad, que acabó de imposibilitar los intentos de los Macedones. Vuelto Alexandro al campo, delante de Halicarnaso, determinó inmediatamente hacer llenar un foso de treinta codos de largo, y de quince de profundidad; el qual habian ahondado los enemigos delante de la ciudad: para cuyo fin, y el de que pudiesen conducir los soldados sin ningun peligro la tierra, y lo que era necesario á llenarle, mandó disponer tres Tortugas. Finalmente, estandolo, hizo el Rey acercar las torres y máquinas para batir las murallas; y habiendo abierto con ellas una brecha razonable, hicieron los Macedones grandes esfuerzos por entrar en la ciudad, aunque con poco fruto, respecto de la valerosa oposicion con que animados de la presencia de sus Cabos, y del crecido número de gente con que se hallaban los sitiados, á quienes era facil el remudarse, á proporcion de ellos, los resistieron. Por lo qual se empleó todo aquel dia en diversos combates; á cuya fatiga, juzgando Memnon rendidos á los enemigos, por haber advertido en sus guardas mas negligencia de la que acostumbraban, salió de la ciudad de noche con buen número de sus Tropas, y puso fuego en los trabajos y en las máquinas. Acudiendo prestamente los Macedones á apagarle, y procurando impedirselo animosamente los enemigos, se trabó un combate bastantemente sangriento; porque aunque los Macedones eran superiores á los enemigos, en el valor y en la tolerancia de los peligros, inferiorisimos en el número y en el aparato de los Persas, á cuyas flechas, y todo genero de tiros, arrojados desde las murallas por las máquinas, estaban expuestos, sin poder vengarse de

Diod. 17. 24. Vitruv. 10. 20. y 21.

Arrian. 1. 7. 8.

de las heridas que recibian, en quanto no les era permitido pelear á distancia de la ciudad. Era en tanto horrible el clamor de una y otra parte: animaban unos á su gente, é injuriaban otros á sus enemigos; llegandose á esto los gemidos de los heridos y de los que morian: los quales, entre las tinieblas de la noche, lo llenaban todo de espanto y horror, que aumentaba la voceria, confusa de la muchedumbre, la qual, mientras los demás combatian, se ocupaba en reparar los muros que habian roto las máquinas. Finalmente, prevaleciendo el valor de los Macedones, obligó á los enemigos á que se retirasen dentro de sus murallas, despues de haber muerto cerca de setenta, entre quienes fue uno Neoptolomeo (el qual se habia amparado de Dario con Aminthas su hermano) sin mas pérdida que la de seis hombres, aunque los heridos fueron cerca de trescientos, respecto de que habiendo sido el combate de noche, no podian preservase de los tiros, que no veian, y que recibian acaso. Algunos dias despues dió bien ligero accidente ocasion para un reencuentro considerable; el qual empezó por dos soldados de las Tropas que Perdicas tenia á su cargo. Alojaban ambos juntos; y cierto dia, despues de haber bebido, introducida conversacion, para quien tomaron sus valerosas acciones por asunto, como de ordinario sucede entre soldados de espiritu, pasaron á disputar qual de ellos excedia al otro en fuerzas y valor, y á concluirla, diciendo uno á su compañero: ¿*Para qué reducimos á palabras tan gloriosa disputa? Hoy no se trata aqui de averiguar qual es la mejor lengua, sino qual es el mejor brazo. La ocasion no puede ser mas oportuna: ella decidirá mejor nuestra diferencia, y si es mayor tu valor, que el mio.* Encendidos, no menos que de la emulacion de el vino, tomaron sus armas, y partieron juntos á las murallas de la parte de la ciudadela de Milasa. Commovidos de su temeridad salieron de la ciudad algunos, á quienes, bien lexos de huir aquellos arrojados mozos, esperaron con espada en mano, disparando dardos contra los que se retiraban. Mal pudiera su osadia mantenerse por sí sola, sin el castigo á que se habia expuesto, ni resistir largo espacio combate, en quien era tan ventajoso el número de los enemigos, como el lugar desde donde peleaban, si reconociendo primero algunos de sus

Diod. 17. 25. Arrian. 1. 7. 9.

Arrian. 1. 7. 13. Diod. 17. 25.

Cesar, *de Bell. Gall.* 5. 44. Arrian. 1. 7. 10.

sus compañeros el peligro, y despues otros, no los hubiesen socorrido; á cuyo exemplo hacian lo mismo los de la ciudad, saliendo de ella á proporcion de los que veian acudir de parte de los Macedones. Eran tan varios los sucesos, como las fuerzas; las quales, superiores unas veces, é inferiores otras, dexaban ya vencedores á los Macedones, y ya á los enemigos, hasta que acercandose Alexandro con los que le asistian, atemorizados los enemigos de su presencia, se retiraron luego al punto á la ciudad, adonde estuvieron muy proximos á entrar los Macedones, siguiendolos respecto del descuido y corta defensa que habian dexado por aquella parte, habiendo llevado á todos á las murallas la curiosidad de aquel suceso. Habian derribado dos torres con sus muros las violentas baterias de los Arietes Macedones; y la tercera, movida ya y abierta, quedaba incapáz de resistir á los Minadores; pero no pudieron aprovecharse de la oportunidad, que por este medio se les ofrecia para entrar en la ciudad, por pelearse tumultuariamente, y no estar junto, ni en orden de batalla el Exército. Y sí bien los Griegos los daban por rotos, y afirmaban, que como tales les habian cedido la victoria, sin querer enviar por los muertos, para enterrarlos; tuvo Alexandro por mejor pedir los suyos, y hacer treguas con el enemigo, que dexarlos abandonados, y sin sepultura; pero hallandose allí Ephialtes y Trasibulo, Athenienses, en servicio de los Persas, con mas odio á los Macedones, que atencion á la piedad comun, lo contradixeron, alegando, que por ser los mayores enemigos que tenia la Persia, no se los debian conceder; si bien fue de contrario sentir Memnon, el qual les representó: *Quan indigno era de su estilo, y de las costumbres de los Griegos negar la sepultura á los enemigos, que habian vencido; pues las fuerzas y las armas solo se debian esgrimir contra los que tenian á la vista vivos, y se les resistian, sin que se estendiesen sus iras á exercitar su rigor con baldones y ultrages en los que por muertos se hallaban tan incapaces de ofenderlos, como de merecerselas.* Tal fue el sentir de Memnon, cuya moderacion resplandeció entre las demás virtudes que ilustraban su persona, acreditada en todas las acciones de su vida, en cuyo curso nunca tuvo por licito á ningun hombre de obligaciones vencer

Diod. 17. 25.

Arrian. 1. 7. 25.

Just. 6. 6. 9.

Diod. 17. 25.

cer á su enemigo con las injustas armas del agravio y la injuria, que ofrece la ceguedad de la pasion, sino con las generosas, que ministra la razon, en el valor, la fuerza y la prudencia. *Y asi se refiere, que advirtiendo hablaba con desprecio de Alexandro uno de sus soldados, le dió con la lanza, diciendole, que no le pagaba su sueldo para que dixese mal de Alexandro, sino para que peleáse bien contra él.* Plut. *en la las Apophet.* c. 12.

CAPITULO X.

OTRA SALIDA DE LOS DE HALICARNASO: Son rechazados: Ponen fuego á su ciudad: Abandonanla, y retiranse á dos ciudadelas, á quienes toma, poco despues Alexandro.

ATentos, quanto les era posible, los sitiados á su seguridad, trabajaban en el interin en levantar por dentro otra muralla de ladrillo, que pudiese suplir la falta de la que les habian derribado; si bien no era en linea recta, como aquella, sino en la misma forma que tiene la Luna quando está en creciente, la qual concluida en breve, respecto del crecido número de gente, que trabajaba en ella, empezó al dia siguiente á padecer las baterias enemigas, por haberle parecido á Alexandro, tendria, quanto mas reciente, tanto mayor facilidad de arruinarla. Mientras se ocupaban en esto los Macedones, hicieron los sitiados otra salida de la ciudad, sin lograr con ella mas fruto, que el de quemarles algunos reparos, que los cubrian, y parte de una torre de madera, por haber estorbado Philotas, y Halanico, á cuyo cuidado estaba el de las máquinas, pasáse adelante la llama: y mucho mas Alexandro, que habiendo acudido al peligro, atemorizó de suerte á los enemigos su presencia, que dexando el fuego, y aun algunos sus mismas armas, volvieron con precipitada fuga á la ciudad; desde donde, mejorados de lugar, y favorecidos de él, se defendieron mas facilmente; fuera de que estando el muro hecho en la forma y disposicion que dexamos dicho, podian desde él cargar de flechas á los enemigos, no solo de frente, sino tam- Arrian. 1. 7. 14. 2. 10. 4. Arrian. 1. 7. 14. 2. 10. 1.

tambien de flanco, y por qualquier parte donde acometiesen. Sin embargo, viendose cada dia mas apretados, y discurriendo que Alexandro no se retiraria, sin haberse apoderado de la ciudad, tuvieron consejo los Capitanes Per-
Diod. 17. 26. sas sobre lo que debian resolver. Hallabase alli Ephialtes, á quien se le igualaban pocos en lo vigoroso de el cuerpo, y en lo esforzado de el ánimo. Este, pues, habiendo ponderado las penalidades y trabajos de un dilatado sitio, les manifestó: *No debian esperar á que consumidas lentamente sus fuerzas, les precisáse la necesidad á rendir la ciudad á discrecion del vencedor, sino hacer mientras las tenian una salida con los mas escogidos soldados, que estaban entonces á sueldo suyo, y llegar á las manos con el enemigo: Que esta resolucion, aunque á los primeros visos parecia temeraria, esperaba los desengañáse con su execucion el suceso; pues hallandose bien agenos de ella los enemigos, y conseqüentemente desprevenidos, podrian deshacerlos sin gran dificultad.* No se opuso Memnon al sentir de Ephialtes; porque sí bien, no acostumbraba preferir las resoluciones arriesgadas á los consejos prudentes y seguros, hallandose destituidos de socorro, y con el riesgo tan inevitable, como proximo, le pareció era aquel uno de los casos en quienes se debia librar al suceso el desengaño de lo que en tan gran peligro podia obrar un Capitan, á quien parece movia superior inspiracion á hacer experiencia de los ultimos recursos. Por tanto, habiendo escogido Ephialtes dos mil hombres de las Tropas mercenarias, hizo disponer mil achas encendidas, y les ordenó estubiesen prontos y armados desde el amanecer para tomar sus ordenes. Ocupabase en el interin Alexandro, desde que empezó
Arrian. 1. 7. 16. á rayar el dia, en hacer acercar sus máquinas al nuevo muro de ladrillo; á cuyo tiempo, abierta inopinadamente una puerta de la ciudad por orden de Ephialtes, y dividida en dos porciones su gente, mandó á una de ellas saliese con achas encendidas en la mano, á quien, habiendolo hecho, siguió inmediatamente con el resto, en forma de batalla, para em-
Diod. 17. 26. barazar á los enemigos apagasen el fuego de las máquinas. Entendido Alexandro de todo, ordenó prontamente á los suyos en batalla: dispuso el socorro que era necesario enviar á una

y

y otra parte, compuesto de soldados escogidos y algunas Tropas, que fuesen á extinguir el fuego; y partió él mismo contra Ephialtes, el qual, dexando por su fortaleza y valor muertos, á los acerados filos de su espada, quantos le hacian rostro, animaba á los suyos con la voz, con las acciones, y aun mas con su exemplo. No trabajaban poco en el interin á los enemigos los sitiados, desde una torre de cien codos de altura, que habian hecho sobre sus murallas, de donde los cargaban facilmente por medio de sus máquinas, de saëtas y piedras, á cuyo tiempo saliendo improvisamente por otra parte de la ciudad, llamada Triphylon, un trozo de gente, á órden de Memnon, ocasionó tan gran tumulto en el campo de los Macedones, que el mismo Rey se halló en duda de lo que debia hacer. Pero su grandeza de ánimo, la destreza con que proporcionaba á los peligros sus órdenes, y la prontitud con que la fortuna le favorecia con sus socorros, quando mas necesitado estaba de ellos, vencia los mayores riesgos. Por lo qual fueron rechazados, no sin gran mortandad, los que pusieron fuego á las máquinas de la gente que las guardaba, y de la que envió el Rey en su socorro; y reparados por la parte que habia cargado Memnon los esfuerzos con que los acometia por Ptolomeo, hijo de Philipo, Capitan de los Guardias de Corps, asistido de las Cohortes de Timandro, de Addeo, y de su propria Compañia, quedaron por último gloriosamente vencedores los Macedones, aunque con pérdida de Ptolomeo, Addeo y Clenarco, Capitanes de los Ballesteros, y de cerca de quarenta hombres de su gente; habiendo puesto en tan precipitada fuga á los enemigos, preocupados del miedo y de el pavor, que llegando en desordenado y confuso tropel á la puente, que habian hecho para pasar el foso, muchos, solicitando salvarse, rendida ésta al grave peso, se precipitaron con ella. A vista de cuyo suceso se arrojaron los demás, que habian quedado detrás, al foso, donde fueron ahogados, unos por su misma gente, y muertos otros á los tiros de los dardos, que disparaban sobre ellos los Macedones desde arriba, sin muchos, que habiendose librado de este tumulto, pasaron la muerte á las mismas puertas de su ciudad, respecto de que

Arrian. l. 7. 16.

Diod. 17. 26.

Arrian. l. 5. 12. l. 7. 18.

no menos atemorizados los de dentro, las cerraron aceleradamente, abandonando gran parte de los suyos, recelosos de que á vueltas de ellos entrasen confusamente dentro los enemigos. En tanto, Ephialtes, no menos formidable con la desesperacion, que con la esperanza, combatia tan valerosamente contra las Tropas de el Rey, que hubiera puesto en duda la victoria, si los soldados viejos de Macedonia, reconociendo el peligro de los suyos, no hubiesen
Diod. 17. 27. acudido á ellos. Mantenianse estos en el campo, exêntos de las cargas y exercicios de la guerra, y sin pelear, hasta que lo pedia la última necesidad, aunque no por esto dexaban de tirar sueldo como los demás, y de participar de los premios y provechos de la milicia, habiendo merecido esta honra por medio de las ilustres acciones que habian obrado en servicio de Alexandro y de los Reyes sus antecesores. Partieron, pues, estos con presteza, al
Curt. 5. 2. 8. 1. 36. mismo tiempo, ácia el primer Esquadron, á quien mandaba Atharias, luego que vieron, que atemorizada su gente de el peligro, retrocedia, y que procuraba algun lugar donde retirarse: restablecieron el combate, é hicieron que los demás recobrasen sus perdidos alientos; dandoles en rostro con la flaqueza y desmayo; cuya emulacion, entre unos y otros, esforzó á todos, mudandose bien apriesa el semblante y la fortuna del suceso. Quedaron muertos en esta refriega Ephialtes, y sus mas valerosos soldados, los demás volvieron rechazados á la ciudad, donde entra-
Diod. 17. 27. ron en su seguimiento muchos Macedones, en cuya ocasion la pudieran haber tomado por fuerza, si no hubiese mandado el Rey inmediatamente tocar á retirarse, ya fue-
Arrian. 1. 7. 20. se porque quiso conservarla, ó ya porque estando en su última declinacion el dia, temiese la noche, y las emboscadas, que, aprovechandose de su obscuridad, podian disponerle en los lugares ocultos y desconocidos. Consumidas en
2. 8. 21. este combate las mejores fuerzas de los sitiados, confirió Memnon, en consejo, que tuvo con Orontobates y los demás Capitanes, lo que debia executar. La resolucion de él fue quemar aquella noche la torre de madera, el arsenal en que
Arrian. 1. 7. 21. estaban las armas, é introducir fuego á las casas mas cercanas á la muralla. Executóse asi, y prendiendo luego las llamas

mas del arsenal y de la torre, impelidas del viento, se aumentó y dilató por todas partes el incendio: á cuyo tiempo hicieron pasar los Capitanes la mejor parte de los habitadores y de la gente de guerra á una fortaleza, situada en cierta Isla, y el resto á otra ciudadela, llamada Salmacide, cuyo nombre tomó de una célebre fuente cercana á ella; y la muchedumbre, con lo mas precioso de la ciudad, á la Isla de Cos. En tanto, Alexandro, habiendo, sabido por los transfugas, y reconocido por sí mismo lo que se habia executado en Halicarnaso, mandó á los suyos en medio de ser de noche, entrasen dentro, y pasasen á cuchillo á todos los que hallasen empleados en ponerla fuego, y perdonasen á los que se les rindiesen. Observando, el dia siguiente las dos fortalezas de quienes los Persas y los soldados mercenarios se habian amparado, y juzgando costaria algunos dias su rendicion, y que ni ésta, ni la capital de aquel pueblo merecian su detencion, y que consumiese el tiempo, que podia emplear con mayor fruto en otras empresas, hizo arrasar la ciudad, y dexó al cuidado de Ptolomeo la toma de aquellas fortalezas, cercadas todas de fosos, y de murallas, y el de la seguridad de la Caria, con tres mil hombres extrangeros, y doscientos caballos. Correspondió Ptolomeo á la confianza del Rey con felicidad; porque juntas despues sus Tropas con las de Asander, Gobernador de la Lydia, deshizo á Orontobates en batalla, y tomaron los Macedones las dos fortalezas, en cuyo sitio les obstinó la cólera, y el despique de la misma dilacion. En tanto, el Rey volviendo el ánimo á Phrigia y á las Provincias cercanas, envió á Parmenion á Sardis con las Compañias de Caballos de sus favorecidos, las Tropas de Caballeria auxiliares y los Thesalos, (cuyo mando tenia Alexandro Lincestes) con intento de entrar en Phrigia, y de tener prestos los víveres en el País enemigo, para el Exército que habia de seguirles; á cuyo fin hizo llevar consigo carretas, y todo lo necesario, para conducir las provisiones. Habiendo entendido poco despues, que muchos Macedones, los quales se habian casado poco antes de esta expedicion, llevaban con impaciencia el carecer de la vista y compañia de sus mugeres, dió órden para que los conduxesen Cenon y Meleagro, á quienes por la misma razon

Vitruv. 2. 8. Diod. 17. 27.

Arrian. 1. 7. 23.

Diod. 17. 27.

Arrian. 1. 7. 25. Arrian. 1. 6. & Curt. 3. 7. 4.

Arrian. 2. 1. 32.

Strab. lib. 14.

Arrian. 1. 7. 29. 2. 11. 10. 2. 31. 15.

Diod. 7. 27. Arrian. 1. 7. 29.

sería no menos apacible, que á los demás, la jornada; con cuya benigna accion aumentó el amor de la gente de guerra, obligandola á que experimentando, la atendia, (y no negaba el consuelo de que pudiese tal vez dar vuelta á su pátria) se expusiese con mayor prontitud á los peligros de mas distantes empresas. Mandó tambien á los Cabos, que en el ínterin que estaban en Macedonia, hiciesen las mas numerosas levas de Infantería y de Caballería, que les fuese posible, y que la traxesen al principio de la primavera con los que habian de volver. Y reconociendo, que su Exército se empezaba á corromper con las viciosas delicias de el Asia, cuyas torpezas tenian contaminados á muchos de su Campo, hizo que se descubriesen cuidadosamente todos los que se hallaban manchados de tan abominable vicio; y que separados de los demás estos impúdicos, fuesen llevados á una corta Isla de el Golfo de Ceramico; la qual participó tambien de su infamia, quedando, en memoria de su destierro, con el nombre de Cinedopolis.

Plin. 5. 31.

CAPITULO XI.

HONRA ALEXANDRO UNA ESTATUA de Theodecto: Manda castigar á Licentes, que conspira contra él: Presagio con que descubre esta traycion: Trata bien á los Judios: Adora el nombre de el verdadero Dios: Vé en Jerusalen los libros de los Profetas: Hace ofrendas en el Templo.

2. 8. 14. Arrian. 1. 7. 30.

EXecutado esto, y perseverando en el intento de reducir de baxo de su obediencia toda la parte de el Mar, para que la Armada de los enemigos quedase inutil, se apoderó de Hiparnes; la qual le entregaron los soldados mercenarios, que estaban en la ciudadela. Despues de lo qual se encaminó á Lycia, donde habiendo hecho alianza con los Thelmisenses, y pasado el Xanto, recibió en su proteccion la ciudad, que tiene el nombre de el rio Pinata y Patara, que son las mejores de esta comarca, sin otras muchas plazas de corta consideracion; y reconociendo que las cosas estaban con bastante tranquilidad, pasó á Mi-

Diodor. 17. 27. Arrian. 1. 7. 31.

Milias, porcion de la gran Phrigia, á quien los Reyes de Persia habian aplicado á Lycia. Mientras las recibió en su obediencia, vinieron á solicitar su amistad los Embaxadores de los Phaselitas, y le presentaron una corona de oro; á cuyo tiempo llegaron con el mismo intento otros de la baxa Lycia: por lo qual envió delante algunos de sus Capitanes, para que se entregasen de las plazas de los Phaselitas, y de los Lycios; y pocos dias despues pasó en persona á Phaselis. Tenian sitiada entonces una plaza fuerte en las tieras de su dominio, que habian fundado y fortificado los Pisidas; los quales incomodaban de la otra parte los pueblos vecinos. Tomóse facilmente con la llegada de Alexandro; el qual por no permitirle el rigor del invierno, y la impenetrable aspereza de los caminos que continuase su marcha, se detuvo algunos dias con los Phaselitas, dando en ellos á su espíritu y á su Exército parte del reposo que necesitaban sus continuadas fatigas. Habiendo tenido uno de ellos festin con sus favorecidos, salió despues de cenar á la plaza de aquella ciudad, en la qual habian erigido sus habitadores una estatua á Teodecto, danzó al rededor de ella, y la adornó de muchas coronas de flores, en memoria de la afectuosa amistad que contraxo con él quando oía la doctrina de Aristóteles; pero le interrumpió estos regocijos la noticia, que estando en ellos le llegó de Parmenion; el qual le participaba: *Que habiendo hecho prisionero á un Persa llamado Asisines, habia averiguado que pasaba, aunque con pretexto de buscar á Aticies, con órden secreta de Dario, para que solicitase verse con Alexandro Licestes, y le ofreciese, en nombre suyo, el Reyno de Macedonia y mil talentos, porque cumpliese lo que tenian tratado y resuelto.* Habíase conferido entre él y el transfuga Amintas, el cruel atentado de dar muerte al Rey, tomando á su cuidado la execucion de ella: Y sí bien se le perdonó este delito, procurando obligarle á la enmienda con crecidas honras, por las quales debiera hallarse con sumo reconocimiento al Rey, preocupado su ánimo del ardiente deseo de reynar, juzgaba le era todo permitido, á precio de abrir camino para el Trono. Habiendose, pues, propuesto esto en el Consejo, los mas zelosos criados del Rey *le culparon, no solo la facilidad de*

Plut. *cap.* 28. Arrian. l. 7. 31.

Plut. *cap.* 28.

Suidas.

Arrian. l. 8. 4.

Arrian. l. 8. 1.

l. 9. 18.

Arrian. l. 8. 4.

de haber perdonado tan grave delito, sino la de haberle col-
mado de honras y mercedes, y la de haberle dado el gobier-
2. 9. 25. *no de su mas escogida Caballeria. ¿Quál será* (decian) *en lo*
venidero leal, si demás del perdon se confieren: en vez del
severo castigo que merece el parricidio, como premios de él,
el favor, los mas autorizados cargos y mejores gobiernos?
Que era preciso enmendar con prontitud lo que con excesi-
va clemencia se habia errado; para que no pudiendo enten-
der el delinquente, que estaba descubierto su delito, se evi-
tase el riesgo de que introduxese novedades en los ligeros
1. 7. 31. *ánimos de Thesalia. Y que asi, no se debia despreciar aquel*
peligro, por ser el mas grave que podia ofrecerse, ni ma-
lograr los presagios de los Dioses, los quales advertian
visiblemente al Rey se guardase de trayciones. Aludiendo
al prodigio que le acaeció mientras se halló al sitio de Hali-
carnaso, de cuya dilatada y penosa fatiga, rendido cierto dia,
á la mitad de él, al sueño, sobrevino allí una Garza, (ave
bastantemente conocida en los presagios) la qual permaneció
por largo espacio, volando con gran estrépito al rededor de
su cabecera, inclinandose ya á una y ya á otra parte de su
lecho, y cantando con mas vigor, y confusion de la que
Ælian. *Hist. anim.* 10. 32. acostumbra. No despertó enteramente al ruido Alexandro; si
Arrian. 1. 8. 5. bien, insistiendo en él y en sus tornos la Garza, la apartó
con la mano; pero en vez de irritarse con aquella accion, to-
mó asiento en su misma cabeza, repitiendo aun con mayor
sonido, su canto, sin cesar en él, ni querer separarse de
ella, por mas que la despedia de sí el Rey, hasta que des-
pertó del todo; cuyo prodigio atribuyó Aristandro: *A que*
corria riesgo la vida del Rey, por traycion de alguno de sus
validos; pero que ésta se descubriria: manifestando lo
inferia asi de la propriedad de aquella ave, la qual es na-
turalmente inclinada á los hombres, y entre todas la mas
Diod. 17. 32. *parlera.* En esta consideracion, pues, y en la de confor-
mar con la declaracion del Adivino, lo que se le avisaba de
Asisines, á que coadjubaba tambien la prevencion, que en
sus cartas le hacia su madre, para que no se fiase de él, te-
niendo por cierto el delito, envió verbalmente, con perso-
2. 9. 25. na de toda fidelidad, á Parmenion órden de lo que habia
de executar, no habiendo querido fuese por escrito, respec-
to

to del riesgo que pudiera tener de ser descubierta, hallandose Lincestes en Phrigia con Parmenion. Fue Amphotero, hermano de Cratero, de quien se valió; el qual, vestido á la moda Phrigia, pasó secretamente á verse con Parmenion, llevando en su compañia por guia algunos Pergenses, practicos del camino. Puso luego en prision á Lincestes Parmenion, cuya muerte, si bien se difirió, atendiendo á la decencia y decoro de su casa, se le dió tres años despues, asi como á Philotas, y á los demás delinqüentes del proprio delito. No fue sola esta experiencia la que tuvo para poder conocer estaba al ciudado de los Dioses la seguridad de su vida, pues sin ella se le ofreció otra, habiendo partido de Phaselis, en crédito de su proteccion. Habia enviado por las montañas á la ciudad de los Pergesios una parte de su Exército, á quien siguió, conduciendo lo restante de él, por una estrecha senda entre el monte Climax, y el Mar de Pamphilia, quando está en tranquilidad, que es pocas veces en el Invierno. Temiendo, pues, mas que otro algun peligro, el de la tardanza, hacia pasar su Exército por aquel trabajoso parage con la misma prontitud y ardor, que por el camino mas cómodo y seguro; pero embravecido el Mar, el viento de Medio dia, que corria entonces, inundó con sus aguas la ribera y el camino, acumulandolas las crecidas lluvias, que, como suele quando corre, ocasionó. Con todo, habiendo llegado alli Alexandro, se levantó inmediatamente el de Septentrion; el qual, serenando el Cielo, facilitó que volviesen las aguas al Mar, y que quedase desembarazado de ellas el camino á los Macedones; si bien necesitaron de todo un dia para pasar por aquellos desconocidos pantanos, cuyas aguas llegaban á cubrir el medio cuerpo de los soldados. Tal era la confianza con que despreciando Alexandro los peligros, se arrojaba á ellos; la qual, aunque se debe atribuir á efecto de su generoso valor, no se puede dexar de confesar le fortalecian en ella los repetidos prodigios y presagios, de quienes pudo conocer le tenia destinado el Cielo para tan gran gloriosas y considerbles empresas; pues sin otras se refiere, que antes de salir de Macedonia se le ofreció en sueños un hombre, cuyo respetuoso

Comm. *in Curt. 7. 1. 8.* Arrian. 1. 8. 8.

Strab. *lib.* 14. Curt. 5. 3. 22. 6. 3. 16. Artem. *in Senec. Suas.* 1. Arrian. 1. 8. 8. Eust. in Dionys. *v.* 855. *&* 865. A pian *l.* 2. *de Bell. Civil.* Joseph *antiquit. l.* 2. *extremo* Plut. *cap.* 27. *&* 28. Strab. *lib.* 14.

Jos. 11. 8. Schkir. *in trem Tarich. Regum Persiæ.*

y

y venerable aspecto era superior al de los dèmás mortales, qual le intimó: *Le siguiese al Asia, à arruinar y destruir à los Persas*; y que esgrimiendo sus armas contra Phenicia cierto Sacerdote de los Judios, que llevaba delante de sí, á quien le fue revelada la vision, le hizo memoria de ella. Habia intimado, mientras tenia puesto sitio á Tyro, á los Reyes y pueblos vecinos, se le rindiesen, y mandando hiciesen levas; negaronse á esto, y á aceptar su amistad los Judios, que habitaban en Jerusalen, célebre y famosa ciudad, con pretexto de la alianza que tenian con Darío. Irritado el Rey de su orgulloso desprecio, hizo marchar sus Tropas á la Judea, á cuyo camino, temerosos de su indignacion, le salieron á encontrar los moradores de Jerusalen, para solicitar su clemencia, llevando consigo á sus mugeres y á sus hijos, por obligarle mas á que los perdonase. Iban primero los Sacerdotes revestidos de ropas de lino, á quienes seguia el pueblo, vestido de blanco, cuya confusa muchedumbre conducia Jadmo, Sumo Sacerdote, entonces, revestido de los ornamentos Pontificales. Admirado el Rey de tan magestuosa pompa, se arrojó del caballo al tiempo de acercarsele, adelantandose solo á recibirla; y despues de haber adorado con profunda reverencia el nombre de Dios, grabado en una lámina de oro de la mitra del Sumo Sacerdote, le saludó y trató respetuosamente. Dexó esta inesperada accion tan absortos á los que le acompañaban, como regocijados á los Judios; los quales, convertido en esperanza su temor, y prometiendose, no solo el perdon que solicitaban, sino hacerse tambien en breve dueños de su gracia, le rodearon, mezclando entre loores y regocijos sus votos. No sucedió asi á los Señores Syrios, que émulos y declarados enemigos suyos, los seguian, esperando satisfacer con su castigo sus antiguos ódios, pues quedaron igualmente admirados, que confusos, sin acertar á distinguir si era verdad, ilusion, ó sueño lo que veian. Aun á los mismos Macedones causó tan gran estrecheza esta novedad, que acercandose Parmenion á Alexandro, se tomó la licencia de preguntarle: *¿Por qué hacia aquella honra à Religion tan estraña, admitiendo à su gracia nacion tan vil, con agravio con-*

Zonaras *tom.* 1. Tacit. *H.* 5. 2. 1. Jos. 11. 8.

considerable de su grandeza? Pero dexandole satisfecho con la participacion del sueño que habia tenido, entró en la ciudad, y en el prodigioso Templo de Jerusalen, donde sacrificó á Dios, en la misma forma que lo hacian los Judios, y le consagró ofrendas. Vió los Libros Sagrados de aquel pueblo, entre cuyas profecias declaraba distintamente una; se rendiria á los Macedones la ciudad de Tyro, y que serían sojuzgados los Persas por un Griego. Y creyendo era él por quien se debia entender ésta, concedió á los Judios permiso para que pudiesen vivir en sus leyes, y costumbres, dentro y fuera de la ciudad; y para que, pues no labraban las tierras sino de siete en siete años, solo contribuyesen con los tributos quando las cultivasen. Admirado, con razon, de la natural fertilidad de aquellas tierras (las quales entre la grande abundancia de frutos con que exceden á las demás pingües, son las unicas que producen el aceyte de balsamo) dexó por Gobernador de aquellas regiones á Andromacho, á quien despues de haber rendido á Tyro y Gaza, dieron cruel muerte los Samaritanos perpetuos enemigos de los Judios; cuyo suceso, aunque sobrevino fuera del tiempo de que se trata, se toca por ofrecerle la ocasion.

Cædren. Glycas. Sulpic. Sev. lib. 2.

Jesaiæ 11. Daniel. 8. 11.

Cædrenus.

Plin. 12. 25.

Curt. 4. 8. 9. Jos. 11. 3.

CAPITULO XII.

ROMPE A LOS BARBAROS QUE PRETENDEN atajarle los pasos: Resuelve Memnon pasar la guerra à Macedonia, para cuyo intento halla favorable disposicion en los Aliados de los Macedones; pero en tan felices principios muere de peste.

HAbiendo pasado Alexandro el estrecho inmediato al Mar de Pamphilia, y partido de Perges, le salieron al camino con embaxada de los Aspendios, los primeros Señores de la ciudad, en cuyo nombre le ofrecieron cinqüenta talentos para la paga de los soldados y los caballos con que servian al Rey de los Persas, porque no les pusiese guarnicion. Tomó desde allí la marcha ácia los Sidetas, que habitan cerca de el rio Melas, y deducen su origen de los Cumeos de Eolia, sí bien, Barbaros

Arrian. 1. 2. 9.

Pausan. l. 8.

en el idioma, habiendo perdido el Griego, no ya por el transcurso del tiempo, como acontece, sí por haber olvidado sus
Arrian. 1. 8. 10. antecesores (como decian) inmediatamente á su llegada á aquellas tierras su lengua natural, y usado de otra tan estraña como inaudita. Luego que se apoderó de Side; capital de Pamphilia, tomó el camino de Hilio, cuya natural fortaleza, aumentada con la guarnicion de soldados, estrangeros, le obligó á que diese la vuelta á la ciudad de los Aspendios, commovido de la noticia que tuvo de haberse sublevádo; los quales, atemorizados del acelerado arribo de los Macedones, abandonadas sus casas, se retiraron á la ciudadela. Con lo qual, apoderado Alexandro de la ciudad, á quien halló desierta, alojó al pie de la ciudadela, desde donde obligó á los sitiados, por medio de las crueles baterias de sus diestros Ingenieros, á que se le rindiesen, con las mismas condiciones con que se le habian entregado antes. Nada podia ser de mayor perjuicio á la prosecucion dichosa de las empresas de este Principe, que el que se la interrupiese el dilatado Sitio de alguna plaza fuerte; sí bien, para asegurarse de su inquietud, hizo que se le entregasen los mas principales ciudadanos: que exhibiesen doblada porcion de dinero, que la que habian dado antes: que estuviesen á orden de el Gobernador que les nombró; que contribuyesen á los Macedones con el tributo annual; y que compareciesen en juicio á litigar el derecho que tenian á las tierras, de quienes habian despojado á los vecinos, y á satisfacer el cargo que se les hacia de esta usurpacion. Lo qual concluido, volvió á tomar su marcha ácia la ciudad de los Pergensios, de donde se encaminó á Phrigia. Hallabase necesitado á pasar, para llegar á ella, por ciertos estrechos que hay entre dos montes cerca de Thelmiso, ciudad de los Pisidas, tan inmediatos el uno al otro, que casi es indistinta la separacion que los forma, ofreciendo en disposicion de puertas sus extremidades; las quales, sobre su natural aspereza, les hacía mas impenetrables el haberse apoderado de ellas crecido número de Barbaros armados, para resistir su entrada. Reconociendolo asi el Rey, y previniendo lo que sucedió despues, dió orden de que alojasen sus Tropas inmediatamente á ella. A vista de cuya detencion, teniendose por seguros los Thelmisienses, por atribuirla

Suidas.

Arrian. 1. 8. 11.

Vitruv. 10. 19.

Arrian. 1. 8. 13.

Strab. *lib.* 14.

Arrian. 1. 8. 15.

á

á medroso efecto del peligro, y pareciendoles lo quedaban aquellos lugares con medianas fuerzas, se retiró la mayor parte de ellos á la ciudad: de cuya oportuna ocasion aprovechandose el Rey, hizo luego marchar sus Flecheros y Honderos, y los mas ligeros que se hallaron entre su gente de pesadas armas, contra los Barbaros, á quienes habiendo echado de allí, pasó á formar su Campo delante de la ciudad. Dió en él audiencia á los Embaxadores de los Selgencios; los quales le ofrecieron, en odio antiguo de los Thelmisienses, sus vecinos, aunque unos y otros deducen de un mismo pueblo su origen, su alianza y socorros. Admitiólos con benigna gratitud; y pareciendole no malograr el Sitio de una plaza, encaminó su Exército á la ciudad de Salago, fuerte por la naturaleza de su situacion, y no menos por el vigoroso presidio de jovenes que la defendía; pues aunque todos los Pisidas son belicosos y valientes, están tenidos en mayor credito de tales los Salgalasenses. Por lo qual, enmedio de haberles llegado Tropas de Telmiso, con quien tenian confederacion, haciendo mas confianza de su gente que de sus murallas, la pusieron en batalla sobre un monte cercano, desde donde favorecidos de la ventaja del sitio, se opusieron con felicidad á las Tropas ligeras que habia enviado delante Alexandro: sí bien, los Agrianos, animados de la asistencia de la Phalange de Macedonia, ya cercana, y de la presencia del Rey, á quien vieron delante de sus banderas, los apretaron vigorosamente. Trabajaron sin duda considerablemente en llegarle á penetrar, á pesar de la oposicion del monte; pero hallandose una vez en la cumbre de él, les fue facil, por la llanura é igualdad del terreno, desalojar la muchedumbre que la ocupaba. En cuya refriega quedaron de la parte de los Macedones muertos Cleandro, y mas de veinte soldados, y de la de los Barbaros pasaron de quinientos, habiendose salvado los demás por medio de la fuga; pero el Rey siguiendolos, asistido de las Tropas de pesadas armas, con la mayor presteza que le fue posible, se apoderó con igual esfuerzo de su ciudad, desde donde, despues de haber intimado la guerra á todas las plazas fuertes de Pisidia, rindió unas con la fuerza de sus armas, y otras con algunas condiciones que las concendió. Luego que ocupó á Thelmiso la hizo arra-

Strab. *lib.* 14. Arrian. 1. 8. 19.

Strab. *lib* 14.

Arrian. 1. 8. 24.

sir, en castigo de la tenacidad de sus moradores: quitó la libertad al pueblo; y algunos años despues la dió á Celene, con otras ciudades de Pisidia. Despues de lo qual, y de haber reducido y pacificado aquellas rudas y barbaras Naciones, tomó la vuelta de Phrigia por la parte donde se ofrece el lago Ascanio, cuyas aguas tienen la virtud de congelarse en sal por sí mismas, escusando á los naturales la diligencia de buscarla. Mientras pasaba esto, discurriendo Memnon en transferir la guerra á Macedonia y Grecia, para estorvar con alguna diversion el presuroso curso de las empresas de Alexandro; cuyas triunfantes armas se acercaban ya al Asia, habia juntado todas sus fuerzas; de quienes habiendo librado con él todas sus esperanzas, Dario, obligado de el valor y destreza con que mantuvo el prolixo Sitio de Halicarnaso, oponiendose á los vigorosos esfuerzos del vencedor, le habia dado el mando absoluto, con muy considerables sumas de oro para los gastos de la guerra. Teniendo, pues, dispuesta su gente en el mayor número que le fue posible, y embarcada en trescientos baxeles, se hizo al Mar con esta Armada, despues de haber premeditado y prevenido quanto pudiera ser favorable y contrario á tan considerable empresa. Apoderóse de todos los lugares que se hallaban con corta guarnicion, entre quienes era uno Lampsico, y cargó en las Islas, á quienes no podian socorrer los Mancedones, por estar, aunque de una y otra parte dueños de la Tierra firme, faltos de baxeles con que hacerlo. Favoreció mucho los intentos de este ilustre General la desunion que habia en todas; porque sí bien mantenia la mayor parte el partido de Alexandro, á quien reconocian su libertad, habia muchos, que habiendo debido su grandeza al dominio de los Persas, posponiendo á sus privados intereses la conservacion y libertad de la República, y el que fuesen comun el poder y mando, deseaban, á precio de recuperarle, vér restituidos al dominio á sus antiguos dueños. Con este fin admitieron Athenagoras y Apolonides en la Isla de Chio, donde tenian la primera suposicion, á Memnon, despues de haber hecho partícipes de su intento á Phisino y Megario que seguian su partido. Teniendola, pues, Memnon al de Dario, la puso guarnicion; y habiendo dexado el gobierno de la ciudad

Strab. *lib.* 14.
Plin. 5. 29. 6.
Arrian. 1. 8. 26.
Arrian. 2. 1. 1.
2. 9.
Diod. 17. 29.
Arist. *lib.* 2.
2. 6. 26.
Curt. 4. 5. 15.
Arrian. 3. 1. 7.
Arrian. 2. 1. 3.

á

á Polonides, y á los de su faccion, pasó á Lesbos, á Antisa, á Pyrrha y á Eresa, de quienes se apoderó facilmente. Restituyó al Tyrano Aristonico á Methymnea, y reduxo toda la Isla; excepto Mitylene, á quien por mas que la apretó con largo y vigoroso Sitio no pudo rendir; porque habiendo cercado la ciudad por todas partes, y el puerto con baxeles, por quantos lugares le parecieron oportunos á embarazarla el socorro, le sobrevino la muerte, ocasionada de la peste, con tan considerable daño de los Persas, como malógro de las grandes esperanzas que habia concebido Dario de su elevado talento, de su valerosa resolucion y de sus largas experiencias. Hallandose proximo á rendir su espiritu, nombró en su cargo é Pharnabaces, hijo de su hermana, y de Artabazo, para que le exerciese en el interin que le provia Dario, con noticia de su fallecimiento. Pharnabaces, habiendo dividido entre él y Antophrates, General de la Armada, los distintos cargos de aquel Sitio, reduxo á tan grande aprieto á los sitiados, que se hallaron obligados á rendirse, con las condiciones de que saliese libre la guarnicion: de que derribasen las columnas en que estaban grabados los artículos de la Alianza que habian ajustado con Alexandro; y de que hecho el juramento de fidelidad á Dario, restituirían á su ciudad la mitad de los desterrados. A cuyos tratados no correspondieron los Persas con la observancia que debian, por haber introducido guarnicion en la ciudad, (cuyo gobierno dieron á Licomenes Rhodio, asi como el dominio á Diogenes, uno de los desterrados, en premio de haber mantenido su partido) por haberse apoderado de toda la plata, oro y riquezas de los particulares, y por haber impuesto en la ciudad tributo general.

Diod. 17. 29. Curt. 4. 5. 19.

Arria. 2. 1. 3. cont. Diodor. 17. 29.

1. 2. 24. Arrian. 2. 4.

QUIN-

QUINTO CURCIO.

LIBRO TERCERO DE LA VIDA Y ACCIONES DE *ALEXANDRO* EL GRANDE.

CAPITULO PRIMERO.

APODERASE ALEXANDRO DE LA ciudad y ciudadela de Celene: Entra en la capital de Phrigia, donde habiendo cortado el nudo Gordio, resuelve pasar en busca de Dario.

Habiendo en tanto despachado Alexandro al Peloponeso á Cleandro con porcion de dinero, porque hiciese levas de gente; y dado las ordenes convenientes para las disposiciones de Lycia y de Pamphilia, partió á acampar delante de los muros de Celene; por medio de cuya ciudad pasaba en aquel tiempo el rio Marcyas; á quien hicieron célebre las fabulosas ficciones de los Griegos. Deduce su origen de la elevada cumbre de un monte, desde donde descendiendo con ruidoso ímpetu á una roca, dilata por lo llano sus purisimas aguas, regando con ellas los campos cercanos, y conservandolas siempre sin mezcla de otras. Su color, semejante al del Mar quando se ofrece en serenidad, dió ocasion á los Poëtas para fingir: *Que las Ninfas, enamoradas del rio, hacian su mo-*

morada en aquella roca. Conserva su nombre mientras corre dentro de los muros; pero luego que sale de las fortificaciones, aumentadas sus ondas y su impetuoso raudal, le muda en el de Lyco. Habiendo abandonado sus habitadores la ciudad, entró en ella el Rey, de donde pasó á acometer la fortaleza, á que se habian retirado, enviando delante un Haraldo para que les notificáse se rindiesen; y que de no hacerlo, no esperasen gracia alguna. Pusieron los sitiados á Haraldo sobre una torre de crecida magnitud; y habiendo hecho que reconociese su altura, le encargaron dixese á Alexandro: *No habia llegado á conocer lo que era aquella fortaleza como ellos, que sabiendo quan impenetrable era, estaban resueltos á exponerse á todo lance, y á perecer, antes que faltar á la constante fidelidad que debian á su dueño.* Pero viendose acometidos, y que la necesidad los estrechaba cada dia mas, pidieron tregua de sesenta dias, ofreciendo rendirse, si cumplidos estos no les habia llegado socorro, como lo executaron el dia señalado, por haberles faltado. Llegaron despues Embaxadores de Athenas, pidiendole les concediese los ciudadanos que les hicieron prisioneros en la jornada de Granico. A que respondió; *Que despacharia, no solo estos, sino tambien á sus ciudades á los demás Griegos, luego que pusiese fin á la guerra de Persia.* Deseaba con impaciencia acercarse á Dario; y teniendo noticia de que aun no habia pasado el Euphrates, juntas sus Tropas con resolucion de hacer la guerra, con todas sus fuerzas, sin exceptuar algunas de empresa tan peligrosa, dispuso su marcha por Phrygia, cuyas poblaciones se componen mas de villas, que de ciudades, y cuya capital es Gordio, antigua y famosa Corte del Rey Midas, situada sobre la ribera del rio Sangario, á igual distancia del Mar Pontico, que de el de Cilicia. Creese es este el mas angosto parage de toda el Asia, en el qual, estrechando ambos Mares, por una y otra parte la tierra, queda á manera de puente, uniendo con la Tierra-firme esta provincia; á quien circundandola casi enteramente las aguas, la dexan en forma de Isla, sin que se ofrezca entre los dos Mares mas que esta cor-

corta porcion de tierra que los divida. Habiedose apoderado el Rey de la ciudad, entró en el Templo de Jupiter, donvió el Carro de Gordio : padre de Mydas, el qual solo se diferenciaba de los demás en la singularidad del yugo, cuyas ligaduras se componian de repetidos nudos, tan mezcladados y unidos entre si los unos con los otros, que no se les podian descubrir los cabos. Supo de los habitadores: *Estaba prometido por anuncio del Oráculo el Imperio de el Asia á quien acertase á desatar aquella inexplicable union.* Con cuya noticia, inflamado Alexandro del deseo de que se cumpliese en él la prediccion, se aplicó á procurarlo. Hallabanse presentes muchos Phrygios y Macedones, tan temerosos los unos de que le desátase, como cuidadosos los otros del peligro á que se exponia si no lo consiguiese, cuyo recelo aumentaba en estos la impenetrable dificultad que ofrecia el industrioso artificio de los nudos, en quienes no se podia descubrir, ni el principio, ni el fin de ellos. Con todo, hallandose ya empeñado el Rey en aquel intento, y teniendo por infausto presagio no lograrle, habiendo hecho algunos esfuerzos inutiles : *Poco importa* (dixo) *el modo de desatarle.* Y cortando de una cuchillada todas las correas, ó burló la prediccion de el Oráculo, ó la cumplió. Resuelto, pues, á dar la batalla á Dario en qualquiera parte donde le hallàse, y deseando asegurar las plazas que dexaba atrás, dió á Amphotero el gobierno de la Armada que estaba á la parte del Helesponto, y á Hegeloco el mando de las demás Tropas, con orden de echar las guarniciones enemigas de Lesbos, de Chio y de Coo, para cuyos gastos les libró quinientos talentos, é igual cantidad á Antipatro, y á los que habia dexado en defensa de las ciudades de la Grecia, ordenando á los Aliados, que en cumplimiento de los Tratados contribuyesen con cierto número de baxeles para la seguridad del Helesponto. No tenia aun noticia de la muerte de Memnon, cuyo Capitan era entre todos los de Dario quien unicamente le daba cuidado, por conocer no podian hacerle oposicion los demás faltando él. Habia llegado ya hasta la ciudad de Ancyra, donde habiendo hecho la reseña de su Exército, entró en Paphlagonia, frontera de los Enetos, y de quienes, segun el sentir de algunos, traen los Venecianos su origen

origen, cuya region, habiendole dado la obediencia, y en seguridad de ella rehenes, logró quedar exenta de tributos, como lo estuvo en tiempo de los Persas. Puso en ella á Cales por Gobernador; y llevando consigo las reclutas que acababan de llegar de Macedonia, se encaminó á Capadocia.

CAPITULO II.

PASA MUESTRA EL EXERCITO DE LOS Persas, y Charidemo, Atheniense, es condenado á muerte, por haber dicho, aunque con orden de Dario, libremente su sentir.

EN el interin Dario, habiendo tenido noticia de la muerte de Memnon, y recibido con ella el sentimiento que merecia pérdida tan considerable, sin fiar de otro alguno sus esperanzas, resolvió mandar por sí su Exército, por hallarse poco satisfecho de sus Cabos, habiendo experimentado el descuido de muchos, y la infelicidad de todos. Formó su Campo en lo llano de Babylonia, y para animar mas á su gente, quiso ver juntas todas sus fuerzas, á cuyo fin, siguiendo el exemplo de Xerxes, dispuso una circunbalacion que pudiese contener diez mil hombres en batalla, donde pasaron muestra sus Tropas. Tardaron en entrar en este distrito, segun estaban alistadas, desde que salió el Sol, hasta que puesto le sucedió la noche; y de él se fueron dilatando por las campañas de Mesopotamia, donde se vió una inumerable multitud de Infanteria y de Caballeria; la qual parecia aun mayor de lo que era. Componiase la Infanteria de doscientos y cinqüenta mil hombres, entre quienes habia setenta mil Persas, ciquenta mil Medos, diez mil Barcanos, armados de hachas de dos cortes y de abreviados escudos, casi á manera de rodelas: quarenta mil Armenios, é igual número de Berbices, armados de picas ó palos, endurecidos al fuego: ocho mil hombres del Mar Caspio, y dos mil de las regiones menos belicosas del Asia, con treinta mil Griegos, jovenes valerosos todos, á quienes tenia á sueldo suyo Dario; no habiendo permitido el tiempo se juntasen los Bactrianos, los Sogdia-

dianos, y los Indios y los demás pueblos que habitan ácia el Mar Roxo, cuyos nombres aun le eran desconocidos. La Caballeria consistia en treinta mil Caballos Persas, diez mil Medos, y dos mil Barcanos, armados no de otra suerte, que la Infanteria: siete mil Armenios, casi el mismo número de los Hircanos, tan buenos soldados como los puede haber en aquellos pueblos: dos mil Berbices, doscientos del Mar Caspio, y quatro mil que se recogieron de diversas partes, con quien hacian en todos mas de sesenta mil Caballos: finalmente, de nada estaba menos falto que de muchedumbre de soldados; y sí bien, gozoso de verla le lisonjeaban con ella á porfia sus Satrapas la espernza, y conforme á su natural adulacion, volviendose ácia Charidemo, Atheniense, varon de gran práctica é inteligencia en la Milicia, y declarado enemigo de Alexandro, por haberle hecho desterrar de Athenas, le preguntó: *¿Si le parecian bastantes fuerzas aquellas para triunfar de su enemigo?* Charidemo, no midiendo su respuesta con el estado presente de su fortuna, ni con el peligro que corre quien aja en algo la vanidad y soberbia de los Poderosos, le dió esta: *Posible es, Señor, que te disguste mi verdad; pero si la omito ahora, de nada servirá decirtela despues. Ese soberbio aparato de guerra: ese portentoso número de hombres, con cuyas levas dexas agotado el Oriente, compuesto todo de pompa y magnificencia, tal, que aun la imaginacion no pudo prevenir lo que la vista admira, podrá ser formidable á tus vecinos; pues todo consiste en oro y púrpura. No empero al espantoso Exército de los Macedones; el qual, despreciando tan vana, como inutil ostentacion, solo aplica su cuidadosa vigilancia á formar con destreza sus Batallones, y á resguardarse lo mejor que les es posible, cubriendose con sus escudos y picas. Su Phalange es un Cuerpo de Infanteria, que combate á pie firme, y se mantiene tan cerrado en sus puestos, que los hombres, y las armas son como una impenetrable aya. Hallandose tan diestros y prontos á las ordenes de sus Cabos, que á la menor señal los verás seguir sus banderas, guardar sus puestos, y cumplir con todos los exercicios y empleos militares. Atienden cuidadosos á lo que se les ordena; y quando conviene volver á una y otra parte, doblar los puestos,* y

y hacer frente á todas, lo saben executar los soldados con no menor destreza que los mismos Capitanes: Y para que te desengañes del corto aprecio que les debe el oro y la plata, sabe, que esta disciplina no la han aprendido en otra escuela que la de la pobreza, y que se mantienen aun hoy en ella. Si les molesta la hambre, qualquier mantenimiento los satisface: si la fatiga del trabajo los rinde, en la tierra hallan su lecho, sin que jamás los coja el dia sino en pie, ¿Crees por ventura, tú, que la Caballeria de Thesalia, la de los Acarnanes, y la de los Etolos, pueblos invencibles y fortalecidos de todo genero de armas, pueden resistirse á tiros de honda, y á palos, endurecidos al fuego sus puntas? Son precisas para su oposito igules fuerzas á las suyas; las quales se han de solicitar en sus mismas tierras. Envia allá todo ese oro, y esa inutil plata, y las hallarás. Era Dario de natural blando y moderado; pero como de ordinario pervierte el mejor la prosperidad, disgustado de la verdad, mandó llevar al suplicio á Charidemo, sin atender al zelo con que aquel ingenuo varon le aconsejó lo mejor que supo y entendió, ni á la indemnidad que debia guardarle habiendole admitido á su proteccion. Pero Charidemo, no cediendo aun entonces de su natural libertad, con voz mas entera: *Espero* (le dice) *que muy en breve satisfaga mi muerte el mismo contra quien te he dado tan saludable consejo, disponiendote las penas que mereces por haberle despreciado; y que tú, en quien la soberanía y el poder ha ocasionado tan repentina mudanza, sirvas de exemplo, que acredite á la posteridad quan inutiles son en los hombres las mas excelentes prendas con que los adornó la naturaleza, quando ciegos á los resplandores de su fortuna, dexandose llevar de su prosperidad, se precipitan á los mayores riesgos.* Expresando esto en altas voces, le cortaron la cabeza los que tenian la orden. De lo qual, aunque tarde, se arrepintió el Rey; y reconociendo ser verdad lo que le habia dicho, le mandó dar sepultura.

CAPITULO III.

POMPA DE LOS REYES DE PERSIA, quando salen á campaña: descripcion de las Tropas de Alexandro.

ORdenó despues á Thimondas, hijo de Mentor, joven activo é intrépido, que se entregase de todos los soldados estrangeros que servian debaxo del mando de Pharnabazo, con intento de valerse de ellos en esta guerra, por ser en quienes mas esperaba; y proveyó en Pharnabazo el puesto que Memnon tenia. Pero demás de la fatiga en que le ponia el peligroso estado de su Imperio, le afligian no menos las imagenes, que se le ofrecian en sueños, de la infelicidad que le amenazaba; ó ya fuesen efecto de la misma congoja, ó ya infausto presagio del futuro suceso. Pareciale que veia los Reales de los Macedones llenos de grandes resplandores de fuego; que poco despues se le acercaba Alexandro, en el mismo trage en que le saludaron á él Rey los Persas, quando llegó al Trono; y que habiendose paseado á caballo por la ciudad de Babylonia, improvisamente desaparecieron á un tiempo él, y el caballo. Fueron varios los juicios de los Adivinos sobre su verdadera interpretacion. *Tenian unos por feliz agüero, que el Rey hubiese visto abrasarse el Real de los Macedones, y á Alexandro depuestas sus Reales vestiduras á la moda Persiana, y en trage de persona privada. Y otros, por infausto presagio aquella gran llama de el Campo de los Macedones; la qual atribuian á anuncio del explendor de la futura gloria de Alexandro: y su aparicion en el mismo trage con que se halló Dario quando le reconocieron por su Rey, á seguro testimonio de que poseeria el Imperio del Asia.* En cuya comprobacion hicieron (como de ordinario sucede á los que temen) memoria de todos los antiguos presagios que lo habian prevenido, y entre otros de el de los Chaldéos; los quales, *luego que mudó Dario en el principio de su Reynado la bayna de su cimitarra, y la puso al uso Griego, pronosticaron de aquella novedad en las armas, que el imperio de los Persas pasaria á aque-*

aquellos, cuyo estilo habia infelizmente imitado. Sin embargo, asegurado el Rey de su sueño, por dar mayor credito á la favorable interpretacion de los primeros, ordenó que se esparciese por el pueblo, y que se adelantasen sus Tropas ácia el Euphrates. Era costumbre antigua de los Persas no poner en marcha su Exército hasta haber descubierto sus rayos el Sol, con cuyas resplandecientes luces ilustrado el dia, se daba la señal por medio de una trompeta en la Tienda Real, donde expuesta sobre ella la imagen del Sol, colocada entre christales, marchaba en esta orden. Llevaban primero sobre unas andas de plata el fuego que llamaban Sagrado, á quien seguian los Magos, cantando hymnos al estilo de su patria, acompañados de trescientos y sesenta y cinco jovenes, en correspondiencia de los dias de el año, vestidos de ropas de púrpura. Despues un carro, consagrado á Jupiter, conducido de dos caballos blancos, y tras él uno de extraordinaria grandeza, á quien llamaban del Sol; y los que los seguian, con vestiduras blancas, y una baqueta de oro en la mano. No lexos diez carros, esculpidos de gran cantidad de figuras de oro y plata, seguidos de un cuerpo de Caballeria, compuesta de doce Naciones, diferentes en armas y en costumbres, y éste de diez mil, de los que llaman los Persas inmortales; los quales, adornados de collares de oro, ropas de tela de oro, y ciertos sayos de crecidas mangas, cubiertos de pedreria, excedian en sumptuosidad á todos los demás Barbaros. A treinta pasos de distancia iban quince mil primos de el Rey, cuya turba, compuesta de adornos poco menos que mugeriles, sobresalia mas en la profanidad de estos, que en la hermosura de sus armas. Llevaban poco despues de ellos, los que llamaban Doryphoros, la Real vestidura, delante del carro del Rey, en quien se ofrecia con la magestuosa pompa que pudiera en un trono. Hermoseaban y enriquecian este carro imagenes de Dioses de oro y plata, en medio de cuyo yugo, cubierto todo de pedreria, sobresalian dos Estatuas de un codo de altura, que representaban á Nino y á Belo, entre quienes se interponia una Aguila de oro en el ademán y accion de desplegar las alas para tomar su buelo. Nada empero igualaba á la magnificencia del Rey. Adornaba su persona un sayo de púrpura, quaxado de plata,

so-

sobre quien llebaba una dilatada ropa resplandeciente con el oro y la pedrería de que estaba quaxada, y sobrepuestos en ella dos Alcones de oro, reclinadose el uno sobre el otro, dandose entre sí con los picos. Ceñiala femenilmente una vanda, de quien pendia su cimitarra, cuya bayna cubria preciosa pedrería; y la Tiara azul, insignia Real, á quien llaman Cidaris los Persas, que llevaba en la cabeza, una faxa de púrpura, mezclada de blanco. Ocupaban sus lados doscientos parientes suyos, de los mas cercanos, seguidos de diez mil hombres, con picas guarnecidas de plata y de oro las puntas; y de retaguardia treinta mil Infantes. Despues de los quales llevaban á la mano quatrocientos caballos del Rey. A distancia de un estadío iba Sisigambis, madre de Dario, en un ostentoso carro, asi como en otro su muger, y detrás todas las Damas de ambas Reyenas á caballo. Seguianlas quince grandes carros, á quienes llamaban Armanakes, y en quienes iban los hijos del Rey, las personas á cuyo cuidado estaba su educacion, y gran cantidad de Eunuchos; los quales lograban estimacion entre aquellos pueblos. Procedian luego con Real aparato trescientas y sesenta Concubinas, seguidas de seiscientos machos, y trescientos camellos, que llevaban la plata del Rey, con escolta de Ballesteros. Despues las Princesas, y las mugeres de los que exercian los puestos de la Corona, y de los mayores Señores de la Corte: luego gran muchedumbre de aguadores, leñadores y mozos del Exército: y á lo ultimo algunas Compañias armadas ligeramente, con sus Capitanes; los quales cuidaban de reunir las Tropas, y de hacer que anduviesen. Tal era el Exército de Dario, bien diverso en todo de los Macedones, en el qual se veían hombres y caballos resplandecientes, no con el oro, ni con los sumptuosos adornos y variedad de colores, que aliñaban el trage, sino con el bruñido acero y pulido bronce: Tropas siempre prontas á marchar, á acampar y á combatir; ni cargadas del bagage, ni embarazadas de gente inutil: obedientes, no solo á la señal, sino al menor ademán de sus Cabos: abastecidas siempre de víveres, y siempre dispuestas á alojar en qualesquier parages: por lo qual no le faltaron el dia del combate soldados á Alexandro, sí á Dario; el qual, habiendose empeñado inconsiderablemente en ciertos lu-

ga-

gares estrechos, no pudo pelear enmedio de la inumerable muchedumbre con que dió principio á la batalla, sino con igual número al corto, que en su enemigo habia despreciado.

CAPITULO IV.

APODERASE ALEXAEDRO EN MUY BUENA coyuntura del paso de la Cilicia, que habia abandonado Arsanes, Capitan de Dario.

EN tanto, Alexandro, despues de haber dado el Gobierno de Capadocia á Abistamenes, se encaminó ácia Cilicia, á cuya region (llamada el Campo de Cyro, por haber acampado en él aquel Principe, quando marchó á Lydia contra Creso) llegó. Dista de allí solo cinqüenta estadios el paso de Cilicia; el qual es un estrecho, á quien sus habitadores llaman Pyles, y cuya natural situacion parece imita las fortificaciones que le labra el artificio de los hombres. Teniendo presente Arsanes, Gobernador de la Provincia, el consejo que dió Memnon al principio de la guerra, aunque sin proporcionarle con la constitucion presente, resolvió, como lo hizo, arruinar la Cilicia, abrasando y destruyendo quanto pudiera servir al uso de los hombres, para que no se aprovechasen los enemigos de aquellas tierras, cuya conservacion tenia por dificil; como si no le hubiera sido mas conveniente ocupar con poderosas Tropas el estrecho y la cumbre de la montaña, que predomina el camino por donde los Macedones entraron, desde la qual podia, sin la menor pérdida, embarazar el paso, ó deshacerlos, que retirarse, dexando tan corta porcion de gente á las entradas, despues de haber executado por sí la destruccion, que debiera haber impedido al enemigo, y dado con ella ocasion á las moderadas Tropas que quedaban, para que creyendose vencidas se retirasen tambien, (como lo hicieron) sin esperar al enemigo, de quien menores fuerzas que las de Arsanes habrian bastado á defender aquel puesto, respecto de la constitucion de Cilicia; la qual, cerrada con una dilatada cadena de rudos é inaccesibles montes, que descollandose por aquella parte del Mar, á ma-

manera de arco, ó media Luna, se estienden en punta hasta la otra de la ribera, tiene detrás de ellos en los mas retirados lugares tres pasos sumamente estrechos, y cuya entrada es tan dificil, como imposible llegar á Cilicia, sino por alguno de ellos. Saliendo ácia el Mar se ofrecen á la falda de ellos prodigiosas vegas, á quienes riegan infinitos arroyos, y dos rios, Pyramo el uno, y Cydno el otro, célebres ambos; sí bien éste no tanto por lo caudaloso de sus aguas, quanto por la hermosura de ellas; las quales, descendiendo con suavidad apacible de su origen á llano y límpio suelo, se difunden por él sumamente frias, respecto de la frescura que las participa la sombra de sus riberas, sin que interrumpa, ni altere nunca el torrente de otro rio su tranquilo curso y pureza. Habia consumido el tiempo en aquella region muchos monumentos, que fueron célebre asunto de los Poëtas; sí bien no dexaban de ofrecer en ella los lugares, en que estuvieron situadas las ciudades de Lyrneso y Thebe, la caberna de Thyphon, el famoso bosque de Corycio, donde se coge el azafran, y otros, de quienes solo ha quedado la fama que tuvieron en lo antiguo. Entró, pues, Alexandro por este paso, que ellos llaman Pyle; y despues de haber reconocido la situacion de los lugares, dixo: *Que jamás habia admirado tanto como entonces su buena fortuna, confesando, pudieran haberle deshecho facilmente á tiros de piedras.* Porque de mas de ser este un desfiladero, por donde apenas podian marchar de frente quatro hombres armados, correspondia la eminencia de la montaña al camino; el qual, no solo era estrecho, sino tambien roto en muchos lugares, por los golpes del impetuoso torrente que se precipita de los montes. Sin embargo, hizo que se adelantáse la Caballeria ligera de los Thraces á reconocer aquellos estrechos, por si en ellos se ocultaba alguna emboscada, y envió una Tropa de Ballesteros, para que se apoderáse de la cumbre del monte, con orden de que llevasen la flecha sobre el arco, no ya en forma de marcha, sino de combate. Con esta orden hizo pasar todo su Exército hasta la ciudad de Tarso, donde llegó al mismo tiempo que los Persas empezaban á encender el fuego, para que no pudiese aprovecharse el enemigo de la presa de tan opulenta ciudad. Pero sobreviniendo Parmenion, á qui-

quien el Rey habia enviado á toda diligencia con algunas Tropas de Infanteria á embarazar el incendio, y viendo que los Barbaros se habian puesto en fuga á la fama de su venida, se entró en ella.

CAPITULO V.

SOBREVINO A ALEXANDRO UNA ENFERMEDAD de cuidado, por haberse bañado fuera de tiempo en el rio Cydno.

COrre por en medio de la ciudad de Tarso el rio Cydno, de quien acabamos de hacer memoria, cuyos calores se igualan á los crecidos que pueden padecerse en las mas ardientes regiones. Habiendo llegado Alexandro á ella en lo mas riguroso de el verano y del dia, cubierto de sudor y polvo, y deseando refrigerar en la hermosa claridad y frescura de aquellas aguas la ardiente fatiga del camino, resolvió bañarse en ellas, sin reparar en el peligro á que se exponia, hallandose en tan opuesta disposicion á semejante intento; con cuyo fin, y el de acreditar con los suyos, en la moderacion de sus adornos, su modestia; no reusó desnudarse á vista de todo su Exército; pero no bien hubo entrado en el rio, quando embargandole recio frio, le arrebató casi todo el natural calor, dexandole tan privado de sentidos, que retirandole á su tienda, tuvieron por cercano el fin de su vida los suyos. La confusion y el clamor que ocasionó este accidente en todo el Campo, fue qual pudiera si hubiese muerto: desechos en lágrimas, se lamentaban *de que se les malograse en lo mejor de sus prosperidades y de sus conquistas, el mayor Rey que vió el Mundo, no en el riguroso furor de una batalla, ú de un asalto, sino en la apacible serenidad de un rio. Ponderaban que Dario se hallaba cerca, y victorioso, aun antes de ver al enemigo, y precisados ellos á volver fugitivos, por donde habian ido triunfantes. Que estando tan igualmente destruido todo el pais, asi para ellos, como para los enemigos; y habiendo de penetrar tantos y tan dilatados desier-*

tos, bastaba la hambre por sí sola á deshacerlos, aun quando faltáse quien los oprimiese. ¿Quién será (decian) *el que nos conduzga en la fuga, en que pudiera librarse toda la esperanza de nuestro remedio? ¿Quien el que se atreva suceder á Alexandro? Y quando seamos tan felices, que lleguemos al Helesponto, ¿quién nos facilitará embarcaciones en que le pasemos? Y convertida su compasion, por lo que miraba á la persona del Rey, y olvidados ya de su infelicidad, prorrumpian en lamentables gemidos, quexandose de que se les quitáse y arrebatáse de entre las manos, en la flor de su juventud, y en el mayor vigor de espíritu, á su Rey y á su camarada.* Sin embargo, cobrando Alexandro espíritu, y volviendo poco á poco en si, conoció á los que le rodeaban, y dió muestras de que se habia disminuido la fuerza de la enfermedad, solo en que empezaba á sentirla. Era empero mayor la dolencia que le afligia el ánimo, que la que le oprimia el cuerpo; porque sabiendo llegaria Dario dentro de cinco dias, no cesaba de lamentarse de su destino, por haberle entregado atado de pies y manos á su enemigo, usurpandole tan ilustre victoria, y reduciendole á poner fin á su vida en una tienda, con muerte tan indigna de su persona, como agena de la gloria que se habia prometido. Sobre lo qual, habiendo hecho entrar allí á sus confidentes y á sus Medicos les dixo: *Bien reconoceis, ó amigos, el estado á que me veo reducido; en el qual parece que oygo el estruendo de las armas enemigas, y que me veo ya provocado de el mismo contra quien he traido la guerra. Sin duda alguna Dario se aconsejó con mi fortuna, quando me escribió cartas tan soberbias como las que recibí; pero en vano, si es permitido curarme por mi dictamen, segun el qual no pide el estado de mis intereses remedios lentos, ni Medicos tímidos y tardos, pues importandome mas una muerte pronta, que una larga convalecencia, no busco tanto remedio para vivir, quanta disposicion para poder pelear.* Esta impaciente temeridad del Rey puso en cuydado á todos, y obligó á algunos á suplicarle, que no aumentáse con la precipitacion el peligro: que se pusiese en manos de los Medicos; los quales, no sin razon, procedian remisos en la aplicacion de remedios extraordinarios, habiendo

do solicitado Dario corromper la fidelidad de sus domesticos, y publicado, que daria mil talentos á quien quitase la vida á Alexandro: á vista de lo qual, no se persuadian hubiese quien temerariamente se atreviese á intentar alguno que pudiese hacerle sospechoso.

CAPITULO VI.

RECUPERA SU SALUD POR MEDIO DE PHILIPO, docto y fiel Medico, á quien todo el Exército da grandes gracias.

HAllabase entre los grandes Medicos, que siguieron al Rey desde Macedonia, uno llamado Philipo, natural de Arcania, el qual le habia servido desde sus tiernos años, y le amaba como á su Rey y como á quien habia criado. Este, pues, emprendió curarle con remedio, que no siendo violento, esperaba de él pronto y favorable efecto. Y si bien, ninguno asistió á él, le abrazó quien mas debia temerle, que era el Rey; el qual, no teniendo otro anhelo, que el de hallarse al combate, cuya victoria le parecia aseguraba como pudiese asistir en él á la frente de los suyos, posponia los mayores riesgos á precio de lograrlo, llevando no sin grande impaciencia, la dilacion de tres dias, que eran necesarios para preparar el medicamento. Hallóle entre estos desabrimientos una carta de Parmenion (cuya fidelidad á su persona tenia bien acreditada) en la qual le pedia: *No fiáse su salud de Philipo, por haberle corrompido Dario, ofreciendole mil talentos, y á su hermana por muger suya.* Facilmente se dexa entender la conturbacion y perplexidad en que le dexaria su contenido: revolvia en su animo quanto le representaba el temor y la esperanza ¿*Tomaré yo* (decia entre sí) *medicina, cuyo veneno quitandome la vida, dé ocasion á que se atribuya á arrojo mio mi muerte? ¿Infamaré á mi Medico, ó me dexaré oprimir en una tienda? Pero no; quiero antes morir á manos de agena maldad, que á las de mi propria desconfianza.* Combatido de tan varios pensamientos, no quiso fiar de nadie el contenido de la carta,

que ocultó debaxo de la almohada; y subsistiendo dos dias en sus desabridas inquietudes, entrando al tercero en su cámara el Medico con la medicina, tomó el Rey con una mano la carta, y con otra la bebida; y habiendo pasado ésta, sin mostrar el menor recelo, dió aquella á Philipo para que la leyese, sin quitar mientras lo hacía los ojos de él, por si podía descubrir en su rostro algunas señas de lo que ocultaba el ánimo; pero habiendola leido Philipo, manifestó mas indignacion que miedo; y arrojandola dixo al Rey: *Aunque siempre, Señor, ha dependido mi vida de la tuya, nunca tanto como hoy, que en tu salud consiste la justificacion del parricidio, de que se me acusa, y en su averiguacion la seguridad de la mia. La unica merced que te pido, es, que deponiendo el cuidado que pueden haberte ocasionado los vanos avisos que te han dado tus criados, sin duda con mas zelo, que discrecion y oportunidad, des reposo al ánimo, y lugar á la medicina para que pueda obrar.* Asegurado, gustoso, y esperanzado el Rey con tan constante aseveracion: *Bien creo, ó Philipo*, (le dixo) *que aunque os fuese permitido hacer eleccion entre todas las pruebas de mi confianza, de la que con mayor testimonio os certificáse de ella, escusárais la presente: Ninguna empero podias hallar que mas os aseguráse de ella, pues habeis visto, que despreciando la noticia que tuve, en descredito de vuestra fidelidad, no he rehusado tomar la bebida que me habeys dado, de cuyo efecto me tiene tan igualmente cuidadoso lo que en él interesais, como lo que á mi me importa.* Y dicho esto, le dió, en testimonio de su confianza, su mano derecha. Sin embargo, empezando la fuerza del medicamento á obrar, causó en él tan rigurosos accidentes, que confirmaban de cierta la noticia de Parmenion; porque perdida la voz, le sobrevino tan terrible síncope, que casi le faltaron los pulsos, y á todos la esperanza de su vida; pero Philipo, sin omitir nada de quanto era conseqüente á su oficio, y podia contribuir á su alivio, reconociendo que volvia algo en sí, le procuró divertir con quanto pudiera serle grato, hablandole unas veces de su madre y hermanas, y otras de la gloriosa victoria; que para coronar sus triunfos se le ofrecia tan inmediata. Finalmente, habien-

biendose dilatado, y esparcido el medicamento por todas las venas y partes del cuerpo, empezó primero el espíritu y despues el cuerpo á recuperar su vigor, con tanta mayor presteza de la que se esperaba, quanto al tercer dia se dexo ver de su Exército; el qual no miraba con mas gusto al mismo Alexandro, que á Philipo, á quien todos llegaban, qual pudieran á algun Dios, á darle gracias por haberles asegurado la vida de su Principe: porque si bien era natural en aquellos pueblos el amoroso respeto con que atendian á sus Reyes, tanto mas excesivo el que se concilió Alexandro en ellos, quanto experimentando; que aun sus mas temerarias resoluciones las convertia en mayor felicidad y gloria suya la fortuna: no acababan de persuadirse á que dexáse de ser sin especial asistencia de los Dioses nada de quanto intentaba; pero lo que aumentaba mas glorioso explendor á sus acciones, y mayor admiracion con ellas, eran las considerables empresas que habia obtenido en tan tiernos años: su grande aplicacion á todos los exércicios que podian facilitarle la agilidad del cuerpo: su modestia en el vestirse, sin diferencia de los demás; y su pronta y proporcionada disposicion á todo genero de empleos militares; prendas que aunque parecen de cortisima consideracion en las cosas de la guerra, son de suma importancia entre los soldados, en quienes por ellas (ó ya las debiese á la naturaleza, ó ya al arte) se grangeó tan grande amor, como respeto.

CAPITULO VII.

VIENDOSE ALEXANDRO SANO, RESUELVE acometer á Dario: Manda dar muerte á Sisene por sospechar de él alguna conspiracion, á que dió motivo su negligencia.

HAbiendo tenido noticia Dario de la enfermedad de Alexandro, se adelantó con la mayor presteza que le fue posible, y permitia tan considerable Exército, como el suyo, ácia el Euphrates; si bien no le pudieron pasar sus tropas en medio de cinco dias, en medio de este fin, y de haber hecho

cho levantar puentes para la prisa que dava por ganar á Cicilia. En tanto, Alexandro, recuperadas sus fuerzas, se encaminó á la ciudad del Sol; y habiendola tomado, puso guarnicion en la fortaleza, y condenó la ciudad en doscientos talentos, por haber seguido la faccion de Dario. Y cumplidos los votos que habia hecho por su salud, permitió por algunos dias juegos en honor de Esculapio y de Minerva, queriendo mostrar con estos regocijos el desprecio que hacia de los Barbaros. Asistiendo á ellos, le llegaron noticias de Alicarnaso, de haber desecho los suyos á los Persas, y de quedar reducidos á su obediencia los Mindios y Caunios, con otros muchos pueblos de aquella parte. Concluidos los juegos, levantó su Campo; y habiendo pasado el rio Piramo, por una puente que mandó hacer, llegó á la ciudad de Malon, en quien se aloxó una parte del Exército, y lo restante en Castabalo, donde le salió al encuentro Parmenion, á quien habia enviado para que reconociese la tierra y el camino, que vá á Ison. Habialo executado asi Parmenion, apoderandose de algunos lugares estrechos, en quienes puestas algunas tropas para su defensa, tomó aquella ciudad, abandonada de sus abitadores; y penetrando por lo mas interior del pais, echó de las montañas á los que se habian fortificado en ellas: despues de lo qual, y de haber asegurado los pasos, volvia á participarselo; con que estandolo el Rey de que los tenia libres, se entró con su Exército en Ison, donde se confirió, sobre si se habian de esperar alli las reclutas, que venian á grandes jornadas de Macedonia, ó pasar adelante. Parmenion fue de dictamen *de que no podia haber elegido lugar mas cómodo para dár la batalla que aquel, respecto de que no permitiendo por su estrechéz gran número de gente, quedaban iguales las fuerzas de ambos Reyes; por cuya suma inferioridad en las suyas, debian evitar quanto les fuese posible las campañas y llanuras, en quienes se hallarian cercados por todas partes, y oprimidos de la crecida muchedumbre de los Barbaros, de quienes debian temer quedar vencidos, no ya por su valor, sino por el propio cansancio, no hallandose como ellos con sobrada gente para remudar la que estuviese fatigada.* Cuyas razones, persuadiendo fa-

facilmente á todos, quedó resuelto, se esperáse á Dario en aquellas montañas. Hallabase en el Exército de el Rey un Persa, llamado Sisene, el qual enviado en tiempo de Philipo por el Gobernador de Egypto á Macedonia, quedó tan obligado de las honras y beneficios que se le hicieron, que dexó su propia patria por quedar en aquel Reyno, desde donde siguió á Alexandro al Asia, logrando ser uno de los primeros en su confianza. Este, pues, habiendo recibido por medio de cierto soldado Cretense una carta cerrada, con sello que no conocia, la qual era de Nabarzanes, Satrapa de Dario, en que le persuadia: *Obrase alguna accion, digna de su ilustre nacimiento, y de la grandeza de su valor para hacerse por ella el lugar que merecia en la gracia del Rey*; Solicitó muchas veces en cumplimiento de su fidelidad é inocencia, ocasion de mostrársela á Alexandro; pero hallandose en todas ocupado en las disposiciones de la guerra, lo difirió, esperando alguna mas oportuna: cuya retardacion fue causa de que se le tuviese por complice en la pretendida traycion; porque habiendo dado con ella lugar á que llegáse la carta á manos de Alexandro, leida por él, y cerrada nuevamente con sello desconocido, ordenó, para examinar la fidelidad de Sisenes, que se le volviese cautelosamente; pero dexando éste pasar muchos dias, acabó con su descuido de confirmar la sospecha; por la qual fue muerto á manos de los soldados Cretenses en el mismo Exército, y sin duda con orden de Alexandro.

CAPITULO VIII.

CONSEJO Y RESOLUCION DE DARIO ANTES de la batalla: Consternacion del Exército de los Persas, y presagio de su rota.

HAbia llegado ya al Campo Thimondas con los soldados Griegos, que le entregó Pharnabaces, en quienes tenia puesto Dario toda su esperanza. Procura en quanto podia esta gente persuadirle á que retrocediese y volviese á tomar las espaciosas campañas de Mesopotamia, ó que á lo

lo menos, en caso de no abrazar tan importante consejo, dividiese aquellas inumerables Tropas, y no expusiese á un rebés de la fortuna todas sus fuerzas. No asentia tan mal Dario á este dictamen, como los principales de su Corte, los quales, suponiendo como decian; *Que aquella infiel y venal nacion le proponia dividiese sus Tropas, no con otro fin, que el de poder mas facilmente, hallandose éstas separadas, entregar al enemigo las que estaban á su cargo: le proponian, por mas seguro, que los embistiese con todo el Exército, y dexáse con su mortandad un exemplo memorable del castigo de su traycion.* Pero Dario, con cuyo blando natural y piadosa intencion no se conformaba esta violencia, bien lexos de convenir con su dictamen, les manifestó *No incurria nunca en accion tan indigna de sí, como la de tratar de aquella suerte á los que estaban á sueldo suyo, y le habian seguido debaxo de su fe; porque haciendolo, ¿quiénes serán* (decia) *los estrangeros, que quieran fiarse de ella, acordandose de que hemos teñido nuestras manos en la sangre de tantos y tan valerosos soldados? Que jamás habia visto fuese la vida precio de un consejo poco conveniente; pues si el darle traxese semejante peligro, nadie se atreveria à expresar su dictamen: y ultimamente, que aun ellos mismos, estando en consejo, se hallaban entre sí discordes en los votos, no teniendose siempre por mas zelosos los que eran del mejor.* En cuya confirmacion envió á decir á los Griegos: *Quedaba agradecido á su afectuosa demostracion; pero que no se conformaba con retroceder, así porque era entregar de conocido su Reyno al enemigo, como porque consistiendo en la reputacion el todo de la guerra, no era facil persuadir al Mundo dexaba de ser fuga el hacerlo: Que aun menos razon habia para pensar en dilatar la guerra, hallandose con el invierno tan proximo, y sin los viveres, que necesitaba tan numeroso Exército en un pais, á quien tenian igualmente asolado los suyos, que los enemigos; ni en dividir sus Tropas, violando la costumbre de sus predecesores; los quales expusieron siempre á una batalla sola todas sus fuerzas: Que aquel Rey, terror poco antes de el Mundo, cuya orgullosa sobervia, fue insufrible, apenas*

nas tuvo aviso de su venida, quando convirtiendo en cordura su temeridad, se abrigó en las concabidades de las montañas, no de otra suerte que de las breñas los animales medrosos, al menor ruido de los pasageros; entreteniendo y engañando la esperanza de sus soldados con su fingida dolencia; pero que no por esto dilataria el combate, pues le acometeria en las mismas grutas donde vilmente se habia refugiado. Palabras á la verdad magníficas, si hubiesen correspondido á verificarlas los efectos. Habiendo, pues, enviado á Damasco su plata y sus mas preciosas alhajas, debaxo de una ligera escolta, marchó ácia la Cilicia con el grueso de su Exército, en cuyo seguimiento, segun el estilo de aquella nacion, iban su madre y su muger con las Princesas, y su tierno hijo. Refierese, que en una misma noche llegaron, Alexandro á aquel estrecho paso de Siria, y Dario al otro, á quien llaman Pilas Amanicas. No pusieron duda los Persas en la fuga de los Macedones, hallando abandonada la ciudad de Iso, en cuya creencia los confirmó el haber encontrado algunos soldados, á quienes no permitieron segir el Exército sus heridas y emfermedades. Mandó Dario á persuasion de los Grandes de su Corte, naturalmente crueles é inhumanos, que los cortasen las orejas y las manos, y que los pasasen por todo su Campo, para que reconociendo bien sus fuerzas, pudiesen dar entera noticia de ellas á Alexandro. Levantados, pues, sus reales, pasó el rio Pinaro para cargar por las espaldas en los que él creia fugitivos; pero habiendo llegado al Campo de los Macedones aquellos míseros soldados, y dadole noticia de que se encaminaba Dario á toda diligencia ácia ellos no acababan de darles credito: por lo qual, envió el Rey espias para que desde las regiones marítimas reconociesen si venia él en persona, ó solo alguno de sus Generales con alguna parte de sus Tropas, con quienes era posible que se hubiesen equivocado aquellos soldados, teniendolas por todo el Exército; pero volviendo éstas, se empezó á descubrir una multitud espantosa de hombres y tan crecidos fuegos por la campaña, que no parecia sino un incendio toda ella, respecto de la dilatadisima extension que ocupaba, asi el Exército, por su copiosi-

sima numerosidad y mala ordenanza, como el bagage, quando acampaba. Habiendo ordenado Alexandro su Campo en el mismo lugar donde se hallaba, y prohibido que saliese alguno fuera de él, le fortificó de fosos y palizadas con increible gusto, al ver se le cumplia el deseo que habia tenido de combatir en aquellos lugares estrechos, si bien, como de ordinario sucede en todas las cosas donde es tanto lo que se aventura, no dexó de convertirse en cuidado su seguridad. Temia por una parte, no sin razon, á la misma fortuna, á quien siempre habia reconocido favorable, y de cuya inconstancia tenia tantas experiencias, quantos eran los mismo beneficios que de ella habia recibido; considerandose en vispera de quedar ó el mas triunfante, ó el mas infeliz Príncipe de el Mundo. Alentabale empero por otra parte el creer mayores los premios, que los peligros, y que si la victoria era incierta, segura una honrada y gloriosa muerte. Y asi, despues de haber dado orden á sus soldados para que se previniesen, y estubiesen prontos á la tercera vigilia de la noche, subió á la cumbre de un monte donde haciendo encender grandes fuegos, sacrificó segun el estilo de su patria á los Dioses defensores de aquellos lugares. Habia dado por tres veces la señal la trompeta, y sus Tropas dispuestas ya á marchar, teniendo orden de apresurar el paso, llegaron al romper del dia á los puestos que habian de ocupar. En tanto, sabiendo por los corredores, que Dario no estaba mas distante de alli, que lo de treinta estadios, hizo el Rey alto: y habiendose armado, puso sus tropas en orden de batalla. Casi al mismo tiempo tuvo Dario por los amedrantados paisanos noticia de la marcha de Alexandro; la qual, quanto le fue á él increible, por no esperar tuviesen atrevimiento de buscarle, quando los seguia como á fugitivos, tanto de considerable terror á su Exército, cuya disposicion era mas de marcha, que de combate. Toman, pues, arrebatada y desordenadamente las armas, aumentando el pavor la misma precipitacion de los que se aceleraban á ellas. Suben unos á la eminencia del monte para reconocer las Tropas del enemigo, y enfrenan otros sus caballos, siendo tal el desorden en que habia puesto la confusion, que apenas se hallaba quien man-

mandáse. Habia resuelto Dario desde el principio ocupar la cumbre de un monte con alguna porcion de su Exército, y poner ácia aquella parte del Mar, que cubria el ala derecha de su Exército, algunas Tropas para coger en medio al enemigo, y que de todas partes fuese oprimido; y enviado veinte mil hombres, y algunas Compañias de Flecheros, con orden de que pasásen el rio Pindaro, que estaba en medio de ambos Exércitos, y se opusiesen á los Macedones, ó quando no pudiesen conseguirlo, se retirasen á los montes, y disponiendo alguna emboscada, cargasen al enemigo por las espaldas; pero mas poderosa la fortuna que toda la providencia de este Principe, se burló de sus órdenes, imposibilitando en unos con el miedo su execucion, y haciendola inutil en otros; porque en llegando á debilitarse los miembros que sustentan el cuerpo, es preciso que éste se rinda, y caiga oprimido de su mismo peso.

CAPITULO IX.

FUERZAS Y COMPARACION DE UNO Y OTRO Exército.

EL orden y disposicion de el Exército de Dario era en esta forma. Tenia el ala derecha Nabarzanes con la Caballeria y veinte mil hombres, entre Flecheros y Honderos, en la qual estaba Thimondas con treinta mil Infantes mercenarios de Grecia, la flor sin duda de el Exército, y en nada inferiores á la Phalange Macedonica. Gobernaba la siniestra Aristomenes, natural de Thesalia, con veinte mil Barbaros, en cuyo socorro los seguian las naciones mas belicosas. Iba el Rey en la misma ala, en la qual habia de pelear, rodeado de su guárdia ordinaria, compuesta de tres mil hombres escogidos, y de un cuerpo de quarenta mil Infantes, á quien seguia la Caballeria de los Hircanos y de los Medos, y á esta la de los demas pueblos, mezclados indiferentemente en el ala derecha y siniestra de el Exército, cuya abanguardia ocupaban seis mil hombres, entre Honderos y Flecheros.

ros. Finalmente, no habia espacio en la estrechez de aquellos lugares donde se pudiese alojar, que no le ocupasen las Tropas de su Exército, cuyas dos alas se estendian, una hasta la montaña y otra hasta el mar, en medio de quienes estaban la madre y muger de Dario, con crecido número de mugeres. Tal era la disposicion de el Exército de los Persas, á cuyo apósito plantó Alexandro á la frente de el suyo, la Phalange, en que consistia la mayor fuerza de los Macedones: al ala derecha á Nicanor, hijo de Parmenion, reforzado de Cenon, de Perdicas y de Meleagro, con Ptolomeo y Amintas, todos á la frente de las Tropas que mandaban: y á la siniestra, que miraba ácia el Mar, á Parmenion y á Cratero, con órden que obedeciese á aquel. Distribuyó en las dos alas la Caballeria: puso en la derecha la de los Macedones y Thesalos; y en la siniestra la de el Peloponeso, y delante algunas Compañias de Honderos y Flecheros fortificados de la Caballeria ligera de los Thraces y Cretenses. Opuso á las tropas, que Dario habia enviado sobre el monte, á los Agrianos, recien llegados de la Grecia, encargando á Parmenion se extendiese ácia el Mar lo mas que pudiese para que quedasen apartados de las rocas, de que se habian apoderado los Barbaros; si bien estos, no teniendo ánimo para acometer á los que iban á ellos, ni para cargar por las espaldas á los que pasaban delante, amedrentados solo de ver á los Honderos, se pusieron en fuga lo qual aseguró á Alexandro el flanco de su exército por donde temió siempre recibir algun daño de lo alto. Marchaban solo treinta y dos soldados por fila, respecto de no permitir la estrechez de el lugar el que se dilatasen mas; aunque poco despues se fueron estendiendo sus Batallones, y tuvieron espacio bastante para aumentar las filas de la Infanteria, y para que la Caballeria ocupáse las alas de el Exército.

CAPITULO X.

ORACION DE ALEXANDRO A SUS SOLDADOS.

HAllabanse ya los dos Exércitos á vista el uno de el otro, aunque á mayor distancia que de un tiro de saeta, quando empezaron primero á sentirse por su desordenada marcha y descompasados gritos, los Persas, á quienes correspondieron inmediatamente los Macedones con los suyos, excesivos, en el estruendo, aunque ellos inferiores en el número respecto de que rebatiendo en aquellos montes, y resonando en aquellas espaciosas selvas, multiplicaban éstas, como de ordinario las sucede con todas las que reciben su sonido: volviendolas con mayor ruido y estruendo. Marchaba Alexandro á la frente de su Exército, á cuyos soldados hacía señas con la mano, para que caminasen á moderado paso, y no se fatigasen de suerte que les faltáse el aliento en la primera fuga; y puesto á caballo, y recoriendo sus Esquadrones, esforzaba con diverso estilo á todos, proporcionando al genio y espíritu de cada nacion las palabras que mas pudieran persuadirlos. „Acordaba á los Macedones las innu„merables batallas que habian obtenido en tantas Guer„ras de la Europa, para sojuzgar el Asia y las ultimas „partes del Oriente, á quienes los habian llevado mas „que su persuasion, su proprio gusto y antiguo valor: Que „siendo los libertadores de el Mundo, y habiendo dilatado „sus victorias mas allá de los límites, que prescribieron Her„cules y Bacho, no solo debian imponer el yugo á los Persas, „sino á todos los demás pueblos del Mundo. Que los Bac„trianos y los Indos obedecerian á los Macedones; y que „lo que entonces veian era de cortisima consideracion, res„pecto de el todo de que los haria señores sola una victoria: „Que no siempre habian de permanecer entre las rocas de „Illiria y de Thracia, haciendo una guerra esteril é in„grata; pues esperaba fuesen los despojos de todo el Oriente „premio de su valor y de sus fatigas: y que apenas ne„cesitarian de sacar la espada contra aquella muchedum„bre fluctuante ya en su miedo, á quien podrian derribar solo

„á

„á los golpes de sus escudo.“ Sobre cuyas persuasiones invocaba á su padre Philipo vencedor de los Athenienses, representando á los suyos: „La Beocia poca antes sujeta, y la „mas célebre de sus ciudades destruida y arruynada por los „fundamentos: mostrandoles unas veces la jornada del Gra„nico, y otras el considerable número de ciudades que habia „ganado, ó por fuerza, ó por convenio; y finalmente, la „gran cantidad de provincias que dexaban sujetas á su obe„diencia.“ Pasando despues ácia los Griegos, les hacía memoria: „De como aquellos pueblos eran sus antiguos enemigos, „y de quienes habia recibido la Grecia tan considerables da„ños, como primero Dario, y despues Xerxes, con insopor„table orgullo, les habian impuesto, en mayor prueba de „una infame servidumbre, tributos hasta en la tierra y en „el agua: Que este ultimo inundó su patria, tanto de hom„bres, como de animales, agotando los rios, y consumiendo „quanto la naturaleza produce para el alimento de los hom„bres; y ultimamente, que habian saqueado sus ciudades, que„mando los Templos de los Dioses, y violado todo género „de lugares, asi divinos como humanos.“ Enderezandose despues ácia los Illirios y Thraces, gente acostumbrada á vivir de la rapiña, los hacia: „Que contemplasen el Exército de „los enemigos resplandeciente todo con el oro y la púrpu„ra, y menos cargado de armas para el combate, que de „materia para la presa y el despojo; persuadiendoles á que, „pues eran hombres, fuesen á ellos, y arrebatasen de aque„llas mugeres quantos adornos se ofrecian en ellas, y per„mutasen sus montañas, cubiertas siempre de nieves, y ye„los por aquellas hermosas llanuras, y ricas campañas de la „Persia.

CAPITULO XI.

BATALLA SANGRIENTA, EN QUE MUEREN de parte de los Persas cien mil Infantes, y diez mil Caballos, entregandose á la fuga el resto del Exército: Queda Alexandro Señor del Campo; en que hace una considerable presa.

HAbiendo llegado á tiro de saeta, cargó furiosamente la Caballeria de los Persas en el ala izquierda del enemigo, con la qual deseaba Dario combatir, por saber que la mayor fuerza de el Exército de los Macedones consistia en su Phalange. Empezabase tambien á embestir el ala derecha de Alexandro; el qual al punto que lo reconoció, dexados sobre la montaña solo dos Esquadrones, pasó los demás con la mayor diligencia á lo mas peligroso del combate; y destacando de sus Esquadras la Caballeria de los Thesalos, dió orden á quien los mandaba, que conduciendolos secretamente por detras de sus Batallones, se juntáse con Parmenion, y executáse sus ordenes. Aunque se hallaban por todas partes rodeados de los Persas, se defendian valerosamente: pero estando tan juntos los unos con los otros, ó no podian expedir sus armas, ó si arrojaban algunas, al punto se encontraban en el ayre unas con otras, é impidiendo su violencia, caian en tierra sin hacer efecto alguno, ó era tan debil el golpe, como corto, ó ninguno el daño que causaban. Con que hallandose precisados á combatir tan de cerca, echaron todos mano á las espadas, con quienes fue grande el estrago; porque estaban tan inmediatos ambos Exércitos, que se tiraban cuerpo á cuerpo hiriendose unos á otros en los rostros. No era permitido entonces, ni al cobarde, ni al perezoso, que dexáse de obrar, pues peleando á pie firme, y cuerpo, á cuerpo, como en un combate singular, no podian dexar su puesto si no hacian otro con la muerte de su enemigo; y entonces adelantando solo un paso, fatigados y cansados, encontraban otro contrario de refresco, sin ser concedido á los heridos, como de ordinario sucede, que se les pudie-

diese retirar de la batalla, respeto de tener por la frente el enemigo, y á los suyos por las espaldas; que ambos solo impedian igualmente. Cumplió por su parte Alexandro á un tiempo con las obligaciones de soldado y de Capitan, procurando con ardiente anhelo lograr la gloria de dar por su mano muerte á Dario; el qual, descubriendose de todas partes sobre un carro era objeto de tan poderoso incentivo en los suyos para su defensa, como en los enemigos para su muerte. Entonces Oxatres, su hermano, viendo quan vivamente le apretaba Alexandro, se puso delante de su carro con la Caballeria que mandaba, señalandose entre todos tan igualmente su valor, como su gallarda disposicion y resplandecientes armas, y no menos su ferocidad contra todos, y su piedad con poquisimos, pues combatiendo contra los que obstinadamente le resistian, dió muerte á muchos, y obligó á otros á que se pusiesen en fuga. Animados empero los Macedones con la presencia de su Rey, y encorajados unos y otros rompieron aquel Esquadron, haciendo en él tan cruel estrago, que en brevisimo espacio se llenó todo de horror y de sangre. Veianse al rededor del carro de Dario muchos grandes Señores y Capitanes, postrados en aquel suelo sobre sus proprios rostros, en la misma postura que combatiendo á vista de su Rey habian caido, traspasados todos sus cuerpos de las heridas; entre quienes se reconocian Atizyes, Rheomithres y Sabaces, Gobernador de Egypto, los quales habian mandado en otras ocasiones grandes Exércitos, rodeados de innumerable Infanteria y Caballeria de menor grado, amontonados los unos sobre los otros. De la parte de los Macedones fueron pocos los muertos, y estos de los que cargaron con mayor furia en el primer combate, entre quienes salió herido ligeramente Menandro de una cuchillada en el muslo derecho. En tanto, los caballos que conducian el carro de Dario, oprimidos de los crecidos golpes que recibian, y enfurecidos del dolor de sus heridas, empezaron á enarbolarse, y á sacudir el yugo con tal violencia, que corrió gran riesgo de ser bolcado el Principe; el qual temiendo caer en manos del enemigo, se arrojó á tierra, y puso en uno de los caballos que le seguian, des-

despojandose ignominiosamente de todas las insignias Reales, para evitar pudiesen descubrirle por ellas en la fuga. Encomendaronse á ella inmediatamente todos, y arrojando las armas, que habian tomado antes para su defensa, se salvaron como pudieron. Tan amedrentados los tenia el miedo, que desconfiaban hasta de sus mismos reparos y socorros. La Caballeria, que Parmenion habia destacado, seguia á toda diligencia á los fugitivos, que desde la frente habian ido á dar á aquel lugar. Y sí bien apretaban vigorosamente los Barbaros en el ala derecha á la Caballeria de los Tesalos, habiendo desvaratado uno de sus Esquadrones, haciendo estos un caracol, volvieron valerosamente á la carga, y hallando á los Persas en el desorden que los tenia la confianza de la victoria, los rompieron, é hicieron en ellos considerable mortandad, respecto de que siendo tan dificil á los caballos, como á los ginetes Persas, revolver á una y otra parte, por la gran pesadéz con que iban armados, y facil á los Tesalos el manejar por su destreza y ligereza los suyos á todas manos, les ganaban la gurupa, los daban muerte, ó los hacian prisioneros. Alexandro, noticioso de tan felíz suceso, no habiendose atrevido antes á seguir á los Barbaros, viendose por todas partes victorioso, fue inmediatamente con la mayor presteza en su seguimiento. No llevaba consigo mas de mil caballos, y sin embargo era grande el estrago que hacía en los enemigos. ¿Pero quién en el calor de una victoria, ni en el desmayo de una derrota puede numerar los hombres? Auyentaba de sí, qual pudiera á un rebaño de ganado, á aquella desordenada turba, á quien el mismo pavor que la precipitaba á la fuga, le era de estorvo á la misma fuga. Sin embargo, los Griegos, que iban á sueldo de Dario debaxo del mando de Amintas, uno de los Capitanes de Alexandro antes, y entonces del partido contrario, separados de los demás, se habian retirado, no como fugitivos, sino haciendo honrosa resistencia. No asi los Barbaros, los quales, tomando bien diversas derrotas, siguieron unos el camino derecho de Persia, y ganaron otros los bosques, las montañas y las grutas, habiendo sido pocos los que volvieron al Campo. De esta suerte quedó dueño de él el vencedor; y habiendole saqueado los soldados, le hallaron lleno de riquezas, de cantidad de oro y de

plata, mas para la ostentacion de una vana magnificencia, que para los gastos de una guerra ; y cargando mayor porcion de la que podian llevar, dexaban cubiertos los caminos de lo menos estimable, que su abaricia habia despreciado. Llegaban ya ácia donde se hallaban las mugeres, aquienes arrebataban con tanta mayor violencia sus joyas y sus adornos, quanto es esto lo que ellas mas apetecen, sin que perdonasen á su honestidad y decoro, violado por su desenfrenada libiandad y apetito. No se oían en todo el Campo sino clamores, llantos y gemidos, segun era la infelicidad á que cada uno se hallaba reducido, no habiendo quedado ningun genero de daño, ni de vituperio, que no practicáse indistintamente en todo sexô y edad la desenfrenada crueldad y violencia. Nada empero acreditó tanto el vano y debil poder de la fortuna, como ver, que los mismos que habian dispuesto la Tienda de Dario con el mayor aparato y superfluidad que pudo prevenirse, guardasen pocas horas despues todas aquellas riquezas, como para su antiguo dueño, para Alexandro ; siendo lo que unicamente perdonaron los soldados, por ser costumbre recibir al vencedor en la Tienda del vencido. En el interin la madre, y la muger de Dario, hechas prisioneras, se llevaban los ojos y los corazones de todos, venerable aquella por su edad, y por la magestad de su persona, y ésta por su hermosura ; la qual, enmedio de todas sus aflicciones, no habia padecido mudanza, ni perdido nada de su belleza. Traía en los brazos á su hijo, cuya tierna edad no pasaba de seis años, nacido en la esperanza de aquella gran fortuna que su padre acababa de perder. Veíanse tambien dos adultas princesas, recostadas sobre el regazo de su anciana abuela, deshechas en lagrimas, y consumidas de la congoja, lamentando, no tanto su proprio infortunio y miseria, quanto el de aquella. Rodeabalas crecido número de Señoras, las quales, olvidadas de su antiguo decoro, de su compostura y belleza, rasgadas sus vestiduras, y mesandose los cabellos, llamaban á aquellas Princesas, quanto antes con proprio titulo entonces con impropio nombre, *sus Reynas, y sus Señoras*, Olvidando, en fin, su propia miseria, solo procuraban saber de Dario, ácia qué parte habia combatido ; y quál habia sido en tan gran peligro el suceso de su fortuna, sin tenerse por pri-

prisioneras, como él viviese; pero aquel infelíz Principe, mudando de rato en rato de caballos, le habia alhojado á crecida distancia la fuga. Murieron en esta batalla de parte de los Persas cien mil Infantes, y diez mil Caballos; de la de Alexandro solo quedaron quinientos y quatro heridos, y muertos treinta y dos Infantes, y ciento y cinqüenta Caballos. Con tan corta pérdida adquirió tan gran victoria.

CAPITULO XII.

CONSUELA CON REAL GENEROSIDAD á la madre, y muger de Dario, y á las demás Princesas en la pérdida del Rey, á quien creian muerto.

CAnsado el Rey de seguir á Dario, viendo que la noche se acercaba, y que no le podia hallar, se volvió al Campo de los enemigos, á quien su gente acababa de robar, y mandó disponer un convite á los Grandes de su Corte, no embarazandole asistiese á él su herida, respecto de ser muy superficial; pero no bien se hubieron sentado á la mesa, quando oyeron en la Tienda inmediata tan espantoso ruido, mezclados de tales gemidos, que llenando de pavor toda la Campaña, obligaron á los que hacian guarda delante del alhojamiento del Rey á que corriesen á las armas, temiendo aquel rumor principio de mayor tumulto. Causaban este estruendoso alboroto la madre, y muger de Dario, y las demás Señoras prisioneras; las quales teniendo á su principe por muerto, le lloraban á su barbara usanza con crecidos sollozos y lamentables suspiros. Hallandose cierto Eunucho delante de la Tienda de Dario vió su manto en manos de un soldado, que acaso se encontró poco despues de habersele quitado el Rey por no ser conocido, como dexamos dicho; y creyendo le habia recogido por muerte suya, las aseguró por noticia cierta lo que fue errado juicio suyo. Refierese; que noticioso Alexandro de la ocasion de su ternura, compadecido igualmente de ella, que de la desgracia de Dario, prorrumpió en lagrimas, y que mandó á Mithrenes, el qual entre-

gó la ciudad de Sardeo, y sabía la lengua Persica, que pasáse á consolarlas; pero que considerando podria renovar su indignacion, y dolor la vista de aquel traydor, envió á Leonato, uno de los primeros Señores de su Corte, con orden de que las aseguráse vivia el Príncipe, á quien lloraban por muerto. Leonato, habiendo llevado consigo algunos soldados, se encaminó á la Tienda de aquellas Princesas, á cuyos criados mandó las avisasen estaba allí de parte de su Rey; pero estos, discurriendo al vér hombres armados, que era llegado el fin de sus Reynas, corren dentro, diciendo en altas y tristes voces: *Que aquella gente venía á darlas muerte.* En cuyo funesto trance, no sabiendo aquellas infelices Princesas á qué resolverse, ni atreviéndose á responderle, dexaban á la discrecion del vencedor lo que quisiese obrar. Finalmente, Leonato, despues de haber esperado largo tiempo, viendo que nadie parecia, dexó sus soldados á la puerta, y entró en la tienda atemorizando mas el verle entrar sin que alguno le conduxese. Postradas, pues, á sus pies, le piden: *Que antes que las quite la vida, las permita sepultar el cuerpo de Dario á usanza de su patria, ofreciendose á morir gustosas, habiendo cumplido con aquella ultima obligacion, que debian á su Rey* Asegurólas Leonato de su recelo, haciendolas saber: *Era vivo Dario, y que su Rey estaba tan lexos de ocasionarlas el menor disgusto, como pronto á atenderlas, y tratarlas con la decencia y decoro, que correspondia á su grandeza y soberania.* Con lo qual Sisigambis, volviendo á recobrar el perdido aliento, permitió que Leonato la ayudáse á levantar. El dia siguiente, haciendo Alexandro enterrar á sus difuntos soldados, concedió el mismo honor á los cadáveres de los mas ilustres Persas, y á la madre de Dario permiso para que pudiese mandarlo hacer conforme á su estilo con todos los que gustáse; pero aquella prudente Princesa, admitiendo el favor del Rey, solo se valió de él para dar sepultura á algunos de sus mas inmediatos parientes, con la moderacion que pedia el estado presente de su fortuna, y sin el ostentoso aparato que estilan los Persas en semejantes casos, por prevenir no seria bien visto de los enemigos, que excediese de la templanza con que ellos habian hecho aquella funcion. Habiendo, pues, cumplido

do Alexandro con todas aquellas obligaciones de piedad, envió á avisar á las Reynas, que pasaba á visitarlas; y haciendo retirar á todos los que le acompañaban, entró en la Tienda con solo Ephestion. Era valido suyo, y habiendose criado juntos, tan dueño de su confianza y de su afecto, que no habia persona que se atreviese á hablarle con la libertad que él; si bien lo hacía con tal cordura, que mas parecia permision del Rey, que licencia suya. Eran de una misma edad; pero de tanto mejor disposicion y gentileza Ephestion, que teniendole por el Rey aquellas Princesas, le saludaron y reverenciaron como á tal. Advertidas empero de su equivocacion por algunos Eunuchos cautivos se arrojó Sisigambis á los pies de Alexandro, dando por disculpa de su yerro, *el ser la vez primera que le veia.* A cuyo tiempo levantandola el Rey; y tratandola con el titulo de madre suya, la dixo: *Que no le habia padecido, por ser Ephestion otro Alexandro.* Verdaderamente, que si hubiese conservado este Principe, hasta el fin de su vida, igual moderacion de ánimo á la que usó entonces, avasallando el orgullo y la cólera, de cuyos vicios predominado, tiñó indignamente enmedio, de los festines sus manos en la sangre de sus mas fieles amigos, y dió precipitada muerte á aquellos grandes varones, á quienes debia parte de sus victorias, que le reputaría aun por mas feliz y glorioso de lo que se mostró quando despues de haber sojuzgado con tan esclarecidas victorias todas las naciones, que se dilatan desde el Helesponto hasta el Occeano, imitó el triunfo de Bacho. No habiendo empero preocupado aun entonces su espiritu la fortuna, respecto de estar en sus principios, usó de ella con moderacion y prudencia, hasta que creciendo despues, y faltandole fuerzas para soportar su grandeza, quedó oprimido de ella. Lo cierto es, que en aquellos primeros años excedió en benignidad y continencia á todos sus predecesores. Vivió con las hijas de Dario, Princesas de admirable hermosura, como si hubiesen sido sus hermanas, estando tan lexos de hacer experiencia de la honestidad de la Reyna, cuya belleza era la mayor que entonces se conocia, que puso sumo cuidado en evitar quanto fuese de su desagrado. Finalmente la atencion, benignidad y decoro con que las trató fue tal, que de quantas conveniencias

te-

tenian antes, ninguna pudieron echar menos entonces, sino la confianza; la qual nunca se tiene del enemigo, por humano y cortés que sea su tratamiento. Hizo tambien que se entregasen á las Señoras todas sus joyas, su recamara y bagaje; á cuyas urbanas demostraciones reconocida Sisigambis: *Mereces, Señor*, (le dixo) *que nosotras hagamos por ti los mismos votos qne haciamos por nuestro Dario, pues experimento, que no solo le excedes en la felicidad, sino tambien en la justicia, y en las demás virtudes. Tú me llamas madre, y me honras con el titulo de Reyna, quando me confieso sierva tuya, reconociendo tan dulce el yugo de tu Imperio, que aun la memoria de mi pasada felicidad no basta á hacerme desabrido el estado de mi presente fortuna; porque es tan gloriosa tu generosidad, que estando á tu arbitrio el disponer de nosotras, has querido antes darnos repetidos testimonios de tu clemencia, que del rigor, que fuera tan indigno de tí.* Animólas el Rey en su afliccion, y tomando en brazos al hijo de Dario, sin estrañarle aquel tierno Infante, le echó los suyos, dexando al Rey tan suspenso de su constancia, que vuelto despues á Ephestion: *Quanto me holgára* (le dixo) *de que Dario tuviese alguna parte de esta docilidad.* Despues de lo qual, y de haber salido de la Tienda, y consagrado tres Altares en la ribera del rio Pinaro, uno á Jupiter, otro á Hercules, y otro á Minerva, pasó á Siria, enviando delante á Parmenion á Damasco, donde estaba el tesoro de Dario.

CAPITULO XIII.

ENTREGA EL GOBERNADOR DE DAMASCO á Parmenion los tesoros de Dario, é infinita Nobleza.

CONtinuando Parmenion su marcha á Damasco, supo en el camino que iba delante de él uno de los Satrapas del Rey, y temiendo, respecto de la poca gente que llevaba, que le acometiese, resolvió esperar mayor refuerzo. En cuyo interin le llevaron los Corredores cierto hombre llamado Mardo, quien encontraron, el qual dió á Parmenion unas cartas, que el Gober-

bernador de Damasco escribia á Alexandro, añadiendo de palabra: *Que su Señor pondria en manos del Rey toda la plata, y los muebles de Dario.* Abriólas Parmenion para asegurarse mas de él, y viendo pedia en ellas á Alexandro, *le enviase prontamente uno de sus Capitanes con alguna gente*, volvió á despachar á Mardo, el qual escapandose de las guardas que llevaba, llegó á Damasco antes del dia. Puso este accidente en cuidado á Parmenion, el qual, temiendo alguna emboscada no se atrevia á aventurarse sin guia por aquel desconocido país. Con todo, fiandose en la buena fortuna de su dueño, hizo buscar algunos paysanos, que mostraron el camino, y pusieron al quarto dia en la ciudad: cuyo Gobernador, recelando no se hubiese dado credito á sus cartas, habiendo mostrado á los suyos no se tenia por seguro en aquella plaza; hizo al romper del dia poner en la puerta falsa todo el dinero del Rey, á quien los Persas llaman Gaza, y lo mas precioso que tenia á su cuidado; y afectando en lo exterior, que huía para poner en salvo aquel tesoro, se disponia á entregarle al enemigo. Saliendo, pues, de la ciudad, le seguian millares de hombres y de mugeres, las quales movian á compasion á todos, sino á aquel, en quien se habian fiado: pues por lograr mayor recompensa llevaba á los enemigos una presa, que no ignoraba era mas preciosa que todo el oro del Mundo, pues se componia de las mugeres, y los hijos de los Satrapas de Dario, y de los mayores Señores de la Persia, entre quienes se hallaban los Embaxadores de las ciudades Griegas, cuya guarda habia dexado Dario, como en fortaleza segura, al cuidado de este traydor. Llaman los Persas Gambas á los Ganapanes, que llevan á cuestas todo genero de carga; estos, pues, no pudiendo tolerar el frio que ocasionaban las grandes nieves, que repentinamente sobrevinieron, echándo mano de aquellas preciosas ropas de oro y púrpura, que llevaban con la plata del Rey, se las pusieron, sin que se atreviese alguno á embarazarselo, para que no faltáse en el lamentable estado de la fortuna de Dario la ignominiosa circunstancia, de que tuviese osadia la parte mas vil del vulgo á profanar los adornos de su Real Persona. Pareció aquella turba á Parmenion grueso capáz de no despreciarlo; y así, habiendo puesto en orden de batalla

á

á su gente, y animandola con breves palabras, como pudiera, si hubiese de combatir, la mandó que se abanzáse á galope, y que con acelerado ímpetu cargáse en ella; pero no les dieron lugar á que lo hiciesen los que conducian aquellas cargas; pues atemorizados á vista suya, las arrojaron, y se entregaron á la fuga, haciendo lo mismo los soldados que iban de escolta, á quienes afectó imitar el mismo Gobernador, mostrandose igualmente atemorizado para encubrir mejor su traycion. Veíanse riquezas inmensas en aquel campo esparcidas por una y otra parte: todo el oro y plata destinado para la paga de tan numeroso Exército: las sobervias recamaras de aquellos grandes Señores y Señoras: vasos de oro: frenos de lo mismo: Tiendas magníficas y carros, abandonados por quienes los conducian; espectáculo á la verdad lastimoso y suficiente á compadecer á los mismos que se cebaban en la presa, si bastáse el mas lastimoso á detener el ímpetu de una desenfrenada avaricia; porque quanto por espacio da muchos siglos habian atesorado en continuada prosperidad tantos Reyes, cuyo precio era inestimable, tanto se veía expuesto allí al peligro, cuyos ricos despojos arrebataban unos de entre las breñas, y otros de en medio del lodo y de los cenagales, no habiendo manos para robar tan copioso botin. Habian ya dado alcance los que partieron en seguimiento de los que se anticiparon á la fuga, entre quienes hicieron prisioneras infinitas mugeres, las quales traían en brazos á sus tiernos hijos, y con ellas tres adultas Princesas, hijas del Rey Ocho, antecesor de Dario, reducidas por la instabilidad de la fortuna desde la elevada grandeza del padre, al abatido estado de una gran pobreza, que acabó de hacer mas infeliz este ultimo rebes de la fortuna. Hallabanse en aquella Tropa la misma viuda de Ocho: la hija de Oxathres, hermano de Dario: la muger de Artabazo, una de las mayores Señoras del Reyno: y su hijo Ilioneo: la muger é hijas de Pharnabazo, General de todas las demás Costas: tres hijas de Mentor: la muger y el hijo del esclarecido Capitan Memnon, sin que apenas hubiese casa ilustre en toda la Persia, que no tuviese parte en esta calamidad, de quien no se libraron algunos de los mas ilustres Lacedemonios y Athenienses, pues fueron tambien prisioneros de estos Aristogiton, Dropides é

é Iphicrates; y de los Locedemonios Pausippo, Onomastotides, Monimo y Calicratides. La plata que se halló en moneda importó dos mil y sesenta talentos, y la labrada quinientos: sin la qual, y los prisioneros, que dexamos referidos, lo quedaron tambien treinta mil personas, habiendose tomado siete mil bestias cargadas de bagaje. No permitiendo empero los Dioses quedáse sin castigo el autor de tan considerable desolacion, dispusieron fuese el precio de ella su vida, la qual rindió sus ultimos alientos á los acerados filos de la espada de uno de los cómplices, que conservando aun (á lo que juzgo) algun respeto á la Magestad del Príncipe, aunque reducido á tan lastimoso estado, habiendo cortado la cabeza á aquel traydor, la llevó á Dario, á quien enmedio de su infortunio no dexó de serle de algun consuelo, ver castigada aquella maldad, y experimentar, que no todos sus vasallos habian olvidado la fidelidad y veneracion que le debian.

LIBRO QUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

RESPONDE ALEXANDRO CON REAL magnanimidad á las orgullosas cartas de Dario: Dá el Reyno de los Sidonios á Abdolomino, descendiente de Reyes, y aunque sumamente pobre, de magnánimo corazon: Muerte de Amintas, que habia dexado el partido de Alexandro, á mano de los Persas: y muchos Capitanes de Dario, en muchos lugares, á las de los Macedones.

DArio, que poco antes se habia visto con un Exército tan numeroso y florido, habiendo salido á la batalla elevado en un carro, mas en apariencia de triunfo, que en disposicion de combate, huía por aquellas campañas, quando antes cubiertas de infinito número de sus Tropas,

tanto entonces desiertas y solas. Caminó á bien acelerado paso aquel infelíz Príncipe toda la noche con cortísimo acompañamiento, respecto de no haber tomado todos la misma derrota, y de no poderlo hacer los que le seguian, por la freqüencia con que remudaba caballos. Llegó, en fin, á Unca, donde fue recibido de quatro mil Griegos, con quienes se encaminó ácia el Euphrates, creyendo que solo tendria por suyo lo que con la presteza ocupáse primero. En el interin, habiendo hecho Parmenion entrar todo el botin en Damasco, tubo orden del Rey para que se entregáse de él, y pusiese en custodia á los prisioneros, y noticia de haberle hecho merced del gobierno de Siria, á quien llaman Cele. No bien reducidos los Sirios, enmedio de tantas rotas, llevaban con sumo desabrimiento el yugo de aquella nueva servidumbre; pero escarmentados del castigo que se hizo en ellos, se contubieron en su deber. Rindióse tambien la Isla de Arado; y si bien Straton, Rey entonces, conservaba aun las ciudades marítimas, y otros muchos lugares distantes del Mar, los entregó despues á Alexandro; el qual habiendole admitido debaxo de su fé, marchó ácia la ciudad de Maratho. Recibió en ella una carta de Dario, escrita con tan sobervios terminos, que quedó bien ofendido de ellos; pero aun mas, de que usando en ella del título de Rey, no se le pusiese. Deciale, mas con imperios de quien manda, que con sumisiones de quien pide: *Que le restituyése á su madre á su muger y á sus hijos, por cuyo rescate le entragaria quanto dinero bastáse á satisfacer á toda Macedonia; y que por lo que miraba al Reyno le disputarian, si gustáse, cuerpo á cuerpo, en igual combate. Pero que si se hallaba aun capáz de admitir consejo, le persuadia se contentáse con el de sus antecesores, sin insultar agenos dominios, en cuyo caso admitiria por lo venidero su amistad y alianza, la qual conservaria con inviolable fé.* Respondióle Alexandro en estos terminos. El Rey Alexandro á Dario. *Dario Rey antiguo de Persia, y cuyo nombre tomasteis, derrotó en su tiempo á los Griegos que habitaban las riberas del Helesponto, y arruinó con todo genero de hostilidades á los Jonios, antiguas Colonias nuestras, y habiendo pasado el Mar con un poderoso Exército, introduxo la guerra en lo mas interior de Macedonia y de la Gre-*

cia.

cia. A cuyo exemplo pasó despues de él Xerxes con espantosa multitud de Barbaros á presentarnos la guerra; y habiendo quedado vencido en una batalla naval, y precisado á retirarse, como lo hizo, dexó á Mardonio en la Grecia, para que saqueáse nuestras ciudades, y desoláse nuestras campañas, ¿Y quién ignora, que Philipo, mi padre; fue asesinado por los que sobornaron con largas promesas los vuestros? Porque los Persas emprenden guerras impías, y hallandose con las armas en la mano, en vez de esgrimirlas con generoso espiritu contra los enemigos, venciendolos con ellas, procuran comprar sus vidas al precio, que por ellas imponen, como se ha visto en vos mismo, que sin embargo de hallaros con tan poderoso Exército habeis ofrecido á un asesino mil talentos por mi muerte. Con que no siendo yo quien hace la guerra, sino quien solo se defiende, y la justificacion de los Dioses quien mira por la causa á quien asiste ésta, han favorecido mis armas, concediendome el que haya reducido gran parte del Asia á mi obediencia, y que os haya roto y vencido enteramente en tan cumplida batalla. Y sí bien no debia concederos nada de quanto me pedis, por haber faltado á todas las razones de una buena guerra, os doy palabra de que si venis de la manera á que está obligado quien pide, os entregaré sin rescate alguno á vuestra madre, á vuestra muger, y á vuestros hijos, para que conozcais, que asi como sé vencer tambien obligar á los vencidos. Y si acaso recelais poneros en mis manos, os concederé salvo conducto, para que lo podais hacer seguramente. Pero no puedo dexar de advertiros, que quando me escribais otra vez, os acordeis de que escribis á un Rey, y Rey vuestro. Despachó con esta carta á Tersippo, y tomó él la vuelta de Phenicia, donde habiendo admitido á su obediencia la ciudad de Byblos, pasó despues á la de Sydon, celebre por su antigüedad, y por la fama de sus fundadores. Habiendose rendido al Rey Straton, mas que de voluntad suya, precisado de las amenazas de sus habitadores, respecto de seguir el partido de Dario, quedó privado del Reyno, el qual, confiriendole Ephestion, por el permiso que tenia del Rey, para hacerle el mas digno de los Sidonios, á dos esclarecidos jovenes hermanos, en cuya casa posaba, se escusaron de admitirle,

dando por razon, no podian condescender á ello, sin contravenir á las leyes de aquel Reyno, las quales ordenaban, que ninguno pudiese ocupar el Trono que no fuese de la Real sangre. Admirado Ephestion de aquella heroyca moderacion con que despreciaban lo que con tan crecido anhelo procuran los demás hombres por medio del hierro, y del fuego, exclamó en altas voces: *¡O generosas almas! ¡O magnanimos corazones! Vosotros sois los primeros que con loable desengaño habeis conocido quanto mas glorioso es reusar un Reyno, que poseerle. Dadme empero alguno de la Estirpe Real, en quien viva siempre presente, quando se halle colocado en el Trono, la memoria de que os deba la Corona que le ciñereis.* Reconociendo entonces ellos la desmesurada ambicion con que muchos grandes Señores de aquel Reyno aspiraban al Trono, y las serviles indignidades, con que á precio de conseguirlo obsequiaban á los favorecidos de Alexandro, le declararon: *Era, entre quantos conocian, el mas merecedor de la Corona Abdolomino, descendiente, aunque remoto, de la Real Estirpe, y á quien la suma pobreza le precisaba á mantener la vida de el jornal que adquiria con su trabajo en un jardin fuera de la ciudad.* Habiale reducido, como á otros muchos, su gran bondad, á aquella miseria, en la qual; atento á su trabajo, no habia oido el estruendo de las armas, que tenian alterada toda el Asia. Y asi, tomando aquellos dos jovenes hermanos las insignias y ornamentos Reales, partieron en busca de Abdolomino, á quien hallaron arrancando las viciosas yervas de su jardin. Habiendole saludado ambos le dixo uno de ellos: *Depon esos inmundos andrajos para adornarte de estas Reales vestiduras, y la trabajosa asquerosidad en que has envejecido: ten Real ánimo, y acredita tu constancia y virtud en igual grado á la elevada fortuna de que te ha hecho merecedor. No empero olvides, quando ocupando el Real Trono te veas árbitro Soberano de la vida y muerte de todos tus ciudadanos, el estado en que te hemos hallado; ni que tu honrada y virtuosa pobreza es la que hoy se corona.* Pareció á Abdolomino sueño lo que le pasaba; y asi les preguntó: *¿Si no se avergonzaban de burlarse de él?* Cuya incredulidad y tardanza en executar lo que le ordenaban les obligó, bien á pesar suyo, á labarle, asearle, y ponerle una vestidura de púrpura, recama-

da

da de oro. Despues de lo qual, y de haberle asegurado, debaxo de grandes juramentos, no se burlaban de él, le conduxeron á palacio. Dilatóse al punto por toda la ciudad, como de ordinario sucede, la noticia de esta novedad: la qual, quanto á unos fue grata, tanto á otros de considerable disgusto, y con especialidad á los Grandes y poderosos, cuya indignacion prorrumpió ante los Validos de Alexandro en grandes baldones y ultrages de su baxeza y miseria. Ordenó el Rey le llevasen á su presencia; y habiendole advertido por algun rato con bastante cuidado, le dixo: *Aunque el aspecto de tu persona no desmiente tu noble é ilustre origen, deseo saber ¿quál ha sido la paciencia con que has tolerado tu calamidad y miseria? Permitan los Dioses, Señor* (le respondió) *que pueda llevar con tan grande animo y constancia la fortuna presente. Estas manos han satisfecho mis deseos, no deseando nada de quanto me ha faltado.* Habiendo hecho el Rey por esta respuesta el alto concepto que merecia la virtud de aquel varon, no solo le concedió los bienes muebles de Straton, sino gran parte de la presa de los Persas, acrecentando su Estado con una de las Regiones vecinas. Mientras pasaba esto, llegó á Tripol Amintas (que, como hemos referido, habia dexado el partido de Alexandro) con quatro mil Griegos, que le sirvieron despues de la derrota. Habiendose embarcado en aquel puerto pasó á Chipre, donde juzgando, por el estado presente de las cosas, seria tan dueño de quanto se apoderáse, como pudiera si con justo título lo poseyese, determinó asaltar á Egypto, y declarado enemigo de ambos Reyes, estar pronto á executar lo que con la mudanza y variedad de los accidentes reconociese ser mas conforme á sus intereses. Con cuyo fin, y el de animar á los soldados esperanzandolos en el interés de tan rica conquista, les hizo saber: *Habia muerto Sabaces, Gobernador de Egypto, en la batalla: lo atenuadas que se hallaban las guarniciones de los Persas; los quales estaban sin Cabo: y que habiendo aborrecido siempre los Egypcios á los Gobernadores, los recibirian á ellos antes como autores de su libertad, que como á enemigos: Que la necesidad les precisaba á intentarlo todo; y que habiendo malogrado la fortuna sus primeras esperanzas, debian fiar mas de las futuras, que de las presentes.* A cuyas persua-

suasiones movidos, declararon á una voz: *Todos estaban prontos á executar lo que dispusiese.* Y asi, teniendo Amintas por mas conveniente valerse de aquel ardor, que dar tiempo á que se resfriáse, entró en el puerto de Pelusa, como si le hubiese enviado delante Dario; y habiendo tomado la ciudad, hizo pasar sus Tropas hasta Memphis. Los Egypcios, pueblo ligero, y mas facil á alterarse, que á obrar accion alguna de consideracion, movidos á la fama de su venida, saliendo de sus ciudades y villas, conspiraron generalmente todos, para echar de los Presidios las guarniciones de los Persas; los quales, aunque en alguna manera quedaron amedrentados de aquella novedad, no perdida del todo la esperanza de poder defender á Egypto. Pero habiendolos roto Amintas en batalla, y obligadoles á que se retirasen dentro de la misma ciudad de Memphis, puso sitio á esta, y envió sus Tropas á forragear por aquellas campañas, como si se hallasen abandonadas, y no tuviesen enemigo de quien temer. Mazares, aunque reconoció á su gente perdida de animo despues de aquella infelíz rota, manifestandoles que los enemigos, ciegos con el felíz suceso de la victoria, se habian entregado enteramente al descuydo, y esparcido por todas partes, los esforzó quanto le fue posible á que hiciesen una salida, y á que en ella procurasen resarcir la reciente pérdida. Correspondió á la prudencia del consejo la felicidad del suceso, pues sin excepcion de alguno fueron muertos todos con su Capitan; quedando por este medio vengados ambos Reyes, de quien habia sido tan infiel al que le habia amparado, como traydor al que como á su dueño debia guardar lealtad; y él con el castigo que merecia de uno, y otro. Los Satrapas de Dario, que quedaron de la jornada de Iso, habiendo juntado toda la gente que se libró con ellos, y alistado alguna juventud en la Paphlagonia y en la Capadocia, intentaban recuperar la Lydia, de quien era Gobernador Antigono, Capitan de Alexandro; á quien, en medio de haber enviado al Rey algunas Tropas de sus mismas guarniciones, le dieron tan poco cuidado los Barbaros, que no escusó presentarles la batalla; en la qual no se mostró menos favorable, que en las demás, la fortuna, pues en tres combates que tuvieron en diversos lugares, quedaron rotos enteramente los Persas; á cuyo tiempo derrotó

la

la Armada de los Macedones, que venia de Grecia, á Aristodemo, enviado de Ario, para que recuperáse la costa del Helesponto, y hechó á pique sus baxeles. Con todo, por otra parte Pharnabazo, General de los Persas, habiendo recogido el dinero que puedo de los Mylesios, y puesto guarnicion en la ciudad de Chio, pasó con cien Naves ácia la Isla de Andro, y de allí á Syphno; y habiendolas asegurado, las condenó á una cantidad de dinero. Esta cruel guerra, encendida por dos Reyes, los mayores de la Europa, y del Asia, para apurar qual de ellos quedaria Señor del Universo, dilató sus llamas hasta Grecia y Creta; porque Agis, Rey de los Lacedemonios, habiendo vuelto á juntar ocho mil Griegos, que fugitivos de la Cilicia se habian retirado á su patria, hacía guerra á Antipatro, Gobernador de Macedonia; y los Cretenses, siguiendo indiferentemente unos un partido, y otros otro, se hallaban cargados de guarniciones, ò Macedonas ó Spartanas: sí bien, habiendo inclinado los ojos la fortuna á una sola querella, de cuyo suceso pendia la decision de todas las diferencias del resto del Mundo, los demás movimientos fueron de cortisima consideracion.

CAPITULO II.

PONE ALEXANDRO SITIO A LOS TYRIOS por no haberle querido admitir.

SUjeta enteramente Syria y Phenicia al poder de los Macedones, sin que de toda ésta les quedáse otra ciudad, que no lo estuviese, que Tyro, plantó el Rey su Campo en cierto lugar, á quien separa de aquella solo un corto brazo de Mar. Parecióles á sus habitadores, que hallandose aquella ciudad tan poderosa, y celebrada por la primera de ambas Provincias, sería mas conforme á su reputacion solicitar la alianza de Alexandro, que sujetarse á su Imperio. Con cuyo fin despacharon Embaxadores que le presentasen una Corona de oro, y llevasen en gran abundancia víveres, y todo genero de refresco. Admitió con gratitud el Rey aquella demonstracion; y habiendo tratado con gran benignidad á los Embaxadores, les dió á entender: *Deseaba,*

ha, encumplimiento del precepto del Oráculo, hacer sacrificio á Hercules, á quien con mas especialidad que á los demás Dioses veneraban los Tyrios, y de quien los Reyes de Macedonia creian descender. Respondieronle: *Que en cierto lugar, llamado la Antigua Tyro, fuera de la ciudad, habia otro Templo consagrado á Hercules, donde le podria hacer.* No pudiendo Alexandro reprimir su indignacion, enmedio de su natural blandura, les dixo colérico: *Que si por hallarse en una Isla despreciaban su Exército, esperaba mostrarles bien á prisa, que estaban en Tierra-firme, y entrar á pesar suyo á fuego y sangre en su ciudad.* Despachados con esta respuesta los Embaxadores, no bastó, ni ella, ni las persuasiones con que procuraron sus Aliados reducirlos á que abriesen las puertas á aquel Conquistador, á quien se le habian sujetado Siria y Phenicia, para que dexasen sus ciudadanos resolverse á tolerar el Sitio, fiados en la fortaleza de su situacion entre cuya ciudad, y la Tierra-firme, se interpone un estrecho de Mar de quatro estadios de latitud; el qual, expuesto al viento africano, que de ordinario levanta allí terribles tormentas, era el mayor obstáculo al intento que los Macedones tenian de juntar la Isla á la Tierra-firme, respecto de que no pudiendo llevar á ella sin gran dificultad, aun estando el Mar en tranquilidad y bonanza, material alguno, parecia tanto mas imposible estando en borrasca, quanto entonces aun los reunidos quedan reducidos á estrago por los repetidos ambates del refluxo, sin que pueda haber máquina, por firme que sea, á quien no destruyan las aguas que se introducen por las junturas de lo labrado, é inunden y abran las crecidisimas olas que levanta la impetuosa violencia del viento. A cuya gran dificultad se añadia la de estar rodeados los muros y las torres por todas partes del Mar, sumamente profundo allí por cuya causa le sería imposible arrimar las escalas, ni batirlas, si estas y los instrumentos para hacerlo no se asestaban á alguna distancia sobre las mismas naos; impidiendo tambien el muro que salia de ácia el Mar, que á pie firme se pudiese atacar de cerca; no sirviendo de menor atraso la falta de baxeles con que estaba el Rey, y la facilidad con que podrian desde la ciudad rechazarlos, (aun quando los tuviese) si se llegasen á ella á tiros de flechas, no pudiendo ha-

hacer efecto alguno de las máquinas que se armasen sobre ellas, respecto de la agitacion de las ondas. A cuyas impenetrables dificultades se llegó cierto accidente, que aumentó la confianza de los Tyrios, é inflamó mas sus animos á la defensa. Este fue, haber enviado los Chartaginenses Embaxadores á Tyro para hacer, á la manera de su patria, el sacrificio, que repetian todos los años, en reconocimiento de haber fundado á Carthago los Tyrios, á quienes honraban como á Padres suyos. Estos, pues, esforzandolos á la vigorosa resistencia de aquel Sitio, les ofrecieron pronto socorro, siendoles facil darsele, hallandose entonces Carthago Señora del Mar. Con que resueltos á defenderse hasta el ultimo trance, se distribuyeron por las torres y los muros las máquinas é instrumentos de guerra, se armó la juventud, y se les señalaron sus Tiendas á los Ingenieros, de que habia grande abundancia en la ciudad, donde no se oía sino el estruendo y las disposiciones para la guerra. Hallabanse algunos garfios de hierro, á quienes llamaban Arpagones, asi como Cuervos á ciertos instrumentos, hechos para asir las máquinas de los enemigos; sin infinita diversidad de armas defensivas y ofensivas. Introducido empero el hierro en muchas fraguas para forjar las armas, se refiere, que al encenderlas el fuego, se veía correr por debaxo de las llamas arroyos de sangre, cuyo prodigio interpretaron los Tyrios á favor suyo; asi como Aristandro, el mas docto de los Adivinos, que entonces se hallaban, á presagio de la ruina de la ciudad, quando absorto y suspenso el Rey del que habia acaecido en su Exército, partiendo un pan, de quien brotaron algunas gotas de sangre, le aseguró del cuidado, declarando: *Que si la sangre corriese por defuera, sería infausto agüero para los Macedones; pero que saliendo de él, lo era para la ciudad, contra quien intentaban poner Sitio.* Sin embargo, considerando Alexandro, que su Armada se hallaba distante de allí, y lo que podria atrasar las demás empresas la dilacion de aquel Sitio, les ofreció la paz, por medio de Enviados, á quienes contra el derecho de las gentes, dieron muerte, y arrojaron desde los muros al Mar. A vista de cuya sangrienta ignominia, no teniendo lugar la duda en la determinacion del Sitio, se dedicó Alexandro con el mayor ardor á él. Siendo empero preciso hacer antes el muelle que

habia de unir la ciudad á la Tierra-firme, desalentaba tanto á los soldados, el ver la profundidad del agua, que pareciendoles imposible llenarle, sino milagrosamente: ¿*Qué desmesuradas piedras*, (decian) *ni qué crecidos arboles bastarán á conseguir lo que apenas podrán acabar infinitas legiones de gentes? Y que estando alli el Mar en continua alteracion, quanto mas se estrecháse el paso entre la Tierra-firme, y la Isla, tanto mas furiosas serian las borrascas.* Con todo, Alexandro, conociendo el genio de sus soldados, y no ignorando los medios de inclinar sus animos á aquella empresa, les hizo creer: *Se le habia aparecido en sueños Hercules, y que estendiendole la mano, y abriendole las puertas, le introducia en la ciudad. Despues de lo qual, y de haber ponderado la cruel atrocidad que habian cometido en sus Enviados los enemigos, el desacato con que habian violado el derecho de las gentes, y como era aquella ciudad, la que unicamente se habia atrevido á interrumpir el curso de sus victorias, ordenó á los Capitanes, esforzasen á sus soldados, y evitasen los corrillos y murmullos.* Con cuya providencia, reconociendo en favorable disposicion las cosas, dió principio á la obra, para quien se aprovecharon de las piedras, que aun se conservan entre las ruinas de la antigua ciudad de Tyro, y de las maderas que ministró el monte Lybano, de quien cortaron quantas fueron necesarias para la fábricas de navios y torres. Llegaba ya la obra á una considerable altura, sí bien no igualaba con el agua, y quanto mas iba desviandose el muelle de la ribera ácia el Mar, tanto mas se hundia por la inmensa profundidad; de cuya oportunidad se aprovechaban los Tyrios para arrimarse en sus chalupas, y escarnecer y burlar á los Macedones, á quienes decian: *Veian, no sin gran gusto, á aquellos Conquistadores, tan celebrados en el Mundo, llevar á sus hombros, no de otra suerte que las bestias, los materiales para la fábrica, preguntandoles en mayor ignominia suya, ¿si por ventura era Alexandro mas poderoso que Neptuno?* Sí bien, estos ultrages solo servian de mas estímulo para la presteza de los soldados, los quales consiguieron por ultimo, á fuerza de su continuada fatiga, que el muelle saliese ya fuera del agua, y que poco á poco se fuese estendiendo y aumentando por todas partes hasta tocar con la cir-

ciudad. Descubriendo los sitiados la magnitud de la obra, que hasta entonces se la habia ocultado el Mar, iban con esquifes á reconocer el muelle, no enteramente perficionado, y cercandole molestaban á los que se ocupaban en hacerle. Herian, sin daño suyo, á muchos de los Macedones, los quales no pudiendo estorvar que se acercasen y retirasen á sus esquifes libremente, se hallaron precisados á suspender la obra por acudir á su defensa. Reconociendo esto Alexandro, dió orden para que con diversos reparos se evitáse el daño de los obreros, y se levantasen dos torres de madera sobre el muelle, con el fin de que se pudiese desde ellas embarazar á los enemigos el que se acercasen. Los quales, armando por otra parte sus esquifes, y arrimandolos á la ribera, en parte donde no podian ser vistos de los enemigos, desembarcaron su gente, y dieron muerte á algunos soldados que conducian la piedra; asi como tambien en el monte Lybano los villanos Arabes, á cerca de treinta de los Macedones, que hallaron por alli desordenados, sin otros á quienes hicieron prisioneros.

CAPITULO III.

HACEN CELEBRE Y FAMOSO EL SITIO de Tyro, los dudosos acontecimientos de la guerra.

ESTas pérdidas, sí bien ligeras, y el deseo de que no se juzgáse podia ser solo el Sitio de una ciudad, asunto capáz á ocupar todo su cuidado, sin darle lugar á otras empresas, obligaron á Alexandro á que dexandole al de Cratero, y de Perdicas, se encaminàse con un Exército volante á Arabia. Habiendo elegido los Tyrios, mientras estaba ausente, la mayor nao que tenian, y llenado su popa de arena y piedras, para que levantáse la proa; bien carenada de betun y azufre, la echaron al Mar, desde donde, surcando á velas llenas, llegó con acelerado curso cerca del muelle, á cuyo tiempo pegaron fuego á la proa, y se pasaron á las chalupas que habian llevado para este efecto. Encendióse inmediatamente el baxel, cuyas llamas, antes que pudiesen acudir á evitar el estrago los Macedones, prendieron en las torres, y en las demás obras que estaban sobre

el muelle. En cuyo interin, para aumentar aquel incendio, arrojaban desde las chalupas, los que habian pasado á ellas, dardos encendidos, trapos ardiendo, y quanto les pareció capáz de alimentar el fuego, el qual corriendo hasta lo alto de las torres con suma boracidad, hizo considerable estrago en los que halló en ellas, de los quales perecieron unos miserablemente á su rigor, y se precipitaron, depuestas y abandonadas sus armas, otros al Mar, donde viendolos nadar los Tyrios, y queriendolos antes cautivos, que muertos, los herian y maltrataban con saëtas y palos, hasta que imposibilitados de defenderse los metian en sus esquifes. No fue solo el fuego causa de tan considerable estrago, tambien tuvo gran parte en él la deshecha borrasca que sobrevino, á cuya recia impetuosidad, impelidas las ondas, azotaban en aquella reciente fábrica, con tan cruel violencia, que desunidas las junturas, y entrando por ellas las olas, empezaron á caer las piedras, y la mitad de la obra. Con que roto aquel cúmulo de ellas, sobre quien se reunia la tierra, se precipitó á lo profundo del Mar todo el reciente edificio, sin que halláse Alexandro, quando volvió de Arabia, algun vestigio de él, á cuyo tiempo se atribuia (como de ordinario sucede en semejantes contratiempos) unos á otros la culpa de aquel infortunio, pudiendo con mas razon quexarse todos de la furiosa crueldad del Mar. Habiendo dado principio el Rey á otro nuevo muelle, quiso, que asi como el antecedente estaba de lado contra el viento, le miráse de frente éste, á quien defendian las demás obras, las quales quedaban como ocultas debaxo de él, y que tuviese mayor extension, que preserváse las torres (frabricadas en medio) de los tiros de las flechas. Arrojaban, pues, con este fin á el Mar arboles enteros, cargados de sus ramas, á quienes cubrian de piedras, sobre las quales plantaban otros, y sobre éstos un suelo de tierra y piedras que los cubria, y á él nuevos arboles, continuando de esta suerte aquella extraña fábrica, hasta que aumentada quedó trabada, y tan firmemente unida, como pudiera si se hubiese fundado sobre sólidos cimientos. No se descuidaban por su parte los sitiados, los quales hacian quanto les era posible por embarazar la prosecucion de el trabajo; á que les ayudaban no poco algunos, que nadando entre dos aguas,

aguas, llegaban al muelle, sin ser sentidos de los enemigos; y tirando ácia sí á gran fuerza con garfios de las ramas, que salian por fuera de la obra, llevaban éstas tras sí quanto tenian encima, y dexaban arruinada gran parte de ella. Con que no siendo difícil desviar los troncos sobre quienes cargaba el peso, aligerados ya, llegando á faltar aquel fundamento, y sucediendo lo mismo á lo demás, quedaba enteramente arruinado todo. Por lo qual, hallandose Alexandro disgustado, y dudoso en la resolucion de continuar, ó levantar el Sitio, le llegó de Chipre una Armada, y Cleandro con las Tropas Griegas, que habia poco antes pasado por el Mar al Asia, que unos y otros baxeles componian una de ciento y ochenta velas. Dividióla en dos alas, y embarcandose en la galera Real tomó la derecha, y dió la siniestra á Pnytagoras, Rey de Chipre, y á Cratero. No se atrevieron los Tyrios, aunque tan poderosos en el Mar, á presentar la batalla: opusieronse sí solo al enemigo, con sus galeras abrigadas de su muros. Pero no por esto dexó el Rey de acometerlas, y echarlas á pique todas, y de arrimarse el dia siguiente con su Armada á los muros, á quienes batió por todas partes con las máquinas, y con los Arietes. Repararon inmediatamente los sitiados sus brechas, y empezaron al mismo tiempo otro muro detrás del primero, para poderse defender desde él, si se arruinàse aquel. Sin embargo, cercados por todas partes, respecto de llegar ya, enmedio de los embarazos que pusieron, el muelle á tiro de saëta, y de rodearle los muros la Armada enemiga, eran á un mismo tiempo trabajados, asi por Mar, como por tierra. A que se llegaba la disposicion en que habian ordenado sus galeras de quatro ordenes de Macedones, los quales, uniendo unas con otras sus proas, habian cubierto todo el espacio que se interponian entre las popas de maderos trabados y unidos con tal firmeza, que servian de puentes, sobre quienes se plantaban los soldados. Dispuestas en esta forma las galeras, bogaron á fuerza de remos ácia la ciudad, cargando desde cubierto á los que defendian la muralla, respecto de servir las proas de parapeto. Mediada la noche ordenó se estendiesen en esta forma al rededor de las murallas, con ánimo de dar un asalto general; á vista de lo qual, desesperados ya los Tyrios, y sin saber que hacerse, se em-

empezó á cubrir repentinamente el Cielo de nubes, que usurpaban aun aquella corta luz, que suelen permitir, enmedio de su obscuridad, las tinieblas. Alterado el Mar se empezó poco á poco á embravecer, formando al fin las ondas, impelidas de la impetuosa violencia del viento, horrible tormenta. Chocaban tan furiosamente las galeras unas con otras, que rotos los cables y maderos, que los unian, y precipitados al fondo, arrastraban tras sí con espantoso fracaso los hombres; no siendo posible gobernar las galeras, unidas unas con otras, en tan furiosa tormenta; en la qual, el soldado embarazaba al marinero, el marinero al soldado: y como de ordinario sucede en semejantes accidentes, el mas experimentado y diestro obedecia al menos experto, porque los Patronos, acostumbrados á mandar siempre, despavoridos entonces con el miedo de la muerte, solo atendian á obedecer. Sin embargo, cedió por último el Mar á los constantes esfuerzos de los remeros, los quales parecia le arrebataban á viva fuerza las galeras, que por ultimo, aunque muy maltratadas, tomaron la ribera. Arribaron en el mismo dia á Tyro treinta Embaxadores de Carthago, mas para dar esfuerzo, que socorro á los Tyrios, con quienes se escusaron de no traherle, respecto de estar los Carthaginenses en guerras dentro de su misma patria, en quien se hallaban precisados á pelear, no menos que por la conservacion de su Reyno, por la defensa de sus vidas. Siendo cierto que los Siracusanos, los quales saqueaban y robaban entonces con poderoso Exército toda el Africa, se habian acampado muy cerca de los muros de Carthago: no perdiendo empero los Tyrios el ánimo, enmedio de ver frustradas sus mayores esperanzas, enviaron sus mugeres, y sus tiernos hijos á Carthago, esperando aseguradas sus mas queridas prendas, poder con mayor firmeza y constancia resistir los infortunios que les sobreviniesen. Con todo, refiriendo en Junta General cierto ciudadano: *Como se le habia aparecido en sueños Apolo, á quien adoraban con especial culto, y mostrado, que abandonaba la ciudad, y que el muelle de los Macedones, quedando en seco, se habia convertido en bosque*; preocupados del miedo (enmedio de no ser el autor de gran fé) inclinados á creer lo peor, aprisionaron la estatua de Apolo con una cadena de oro, la qual clavaron en el Al-

Altar de Hercules, á quien estaba dedicada la ciudad, juzgando detenerle por medio suyo. Habian llevado allí desde Siracusa los Carthaginenses (tan cuidadosos siempre de exornar é ilustrar á Tyro con las presas y despojos de las ciudades, que habian adquirido, como á la misma ciudad de Carthago) aquel simulacro, á quien colocaron en el mismo lugar donde reconocian su origen. Proponian algunos, que se restableciese un sacrificio, desusado ya, despues de muchos siglos, y que no sé que pudiese ser acepto á los Dioses. Reduciase este á consagrar á Saturno un niño de la primera nobleza, cuya sacrilega costumbre recibida de sus Fundadores, y observada en Carthago hasta su destruccion, es sin duda que se habria renovado entonces allí, y cometido supersticion tan bestial, como opuesta á la naturaleza, á no haberlo embarazado la maduréz y prudencia de los que por mas ancianos conservaban en Tyro la primera autoridad. Hallandose, pues, los Tyrios en aquel conflicto, en el qual suele mostrarse la necesidad mas industriosa que el arte, dispusieron, demás de los instrumentos ordinarios, cierto genero de invenciones, con que poder defenderse, y ofender á los enemigos. Contra quienes para incomodar las galeras que se acercaban á los muros, unian ancoradas de quatro brazos, ozes, y manos de hierro á grandes vigas, las quales (dispuestas sus máquinas en forma de arcos) ponian en lugar de flechas, y las disparaban á los enemigos, cuyos maderos quebrantaban á unos, y cuyas ancoras y ozes, las quales, clavadas en ellos, quedaban pendientes, despedazaban á otros, causando considerable daño en las galeras. No contenta con esto su industria, pasó á hacer ciertos escudos de alhambre, los quales introducidos en la fragua, los sacaban de ella hechos asqua; y llenandolos de arena, ó de lodo hirviendo, los arrojaban prontamente desde la muralla á los enemigos, á quienes era tanto mas sensible este genero de tormento, quando pasandoles la arena ardiendo la cota, y penetrandoles hasta la carne los abrasaba, sin que pudiesen echarla de sí; hallandose precisados, para conseguirlo, á arrojar las armas, y á rasgar sus vestidos: en cuyo caso quedaban mas expuestos á los golpes de los enemigos, los quales con las ancoras, con las ozes, y con las manos de hierro, clavadas á las vigas, arrebataban á sí á muchos de ellos.

CA-

CAPITULO IV.

APODERASE POR ULTIMO ALEXANDRO de Tyro, en quien hace considerable estrago su Exército.

DIsgustado Alexandro de que la vigorosa resistencia de un Sitio le dilatáse su transito á Egypto, interrumpiendole infelizmente el acelerado curso con que habia corrido toda el Asia, y malograndole la prosecucion dichosa de mayores empresas, resolvió abandonar el Sitio. Contrapesando empero con el descredito de partirse, sin haber conseguido designio en que se habia empeñado, la corta probabilidad, que veía de adelantarle, y haciendo mayor impresion que otras consideraciones en su ánimo el reparo de su reputacion, la qual habia contribuido aun mas que sus armas al acrecentamiento de su gloria, y de no dexar en Tyro un testimonio de su mengua, y de que podia ser vencido, resolvió hacer el ultimo esfuerzo con mayor número de navios, en quienes puso lo mas escogido de sus Tropas. Mientras se disponia á su execucion, se dexó ver acaso sobre las aguas una Ballena de extraordinaria magnitud, la qual, acercandose al muelle de los Macedones, y batiendo en él las alas, y levantando aquella formidable corpulencia, se dexó ver mejor de ambos Exércitos. Despues de lo qual, sumergiendose desde lo alto del muelle al Mar, y ocultandose unas veces en él, y saliendo otras casi todo fuera del agua, se volvió á dexar ver por ultimo no lexos de las murallas de la ciudad, cuyo expectáculo fue de tan igual regocijo á los Tyrios, como á los Macedones. Decian estos: *Les habia descubierto la Ballena el camino por donde habian de dirigir su obra; y aquellos, que indignado Neptuno de la temeridad de Alexandro, habia enviado à aquel monstruo por mensagero de su venganza, la qual esperaban lograr bien aprisa, con la ruina de todo aquel trabajo.* Lo cierto es, que los dexó tan gustosos aquel presagio, que le celebraron toda la noche con festines y banquetes, de quienes salieron tan embriagados, que al descubrirse el Sol, embarcandose en

en sus baxeles, á quienes habian coronado de guirnaldas de flores, anticipaban los regocijos de esta victoria; en tan gran confianza los dexó aquel agüero. En el interin el Rey habia ordenado su Armada delante de la obra que miraba á Egypto, y dexado solo treinta baxeles al opósito de el puerto de Sidon, de los quales tomaron dos los Tyrios, cuya presa ocasinó gran terror en los demás, hasta que oyendo Alexandro los gritos de los suyos, hizo volver su Armada ácia la parte del ruido, donde, como la mas ligera, llegó primero que las otras la Real, compuesta de cinco ordenes de remos. Luego que la vieron los Tyrios en viaron dos galeras suyas á que la embistisen: bogaba la Real contra una de ellas, á quien tomó, sin embargo de haber recibido un gran golpe del choque de su espolón; y sí bien la que habia quedado libre se apresuraba furiosa para acometerla por el otro costado, abordando una de las galeras del Rey de tres ordenes de remos, fue tan terrible el choque que descargó en ella, que arrojó al patron de lo alto de la popa al Mar: á cuyo tiempo, sobreviniendo muchas galeras Macedonas, y el mismo Rey, recuperada, no sin gran trabajo, la galera que se les habia tomado, se retiraron los Tyrios ácia la ciudad con toda su Armada; Siguiólos el Rey, y aunque no pudo entrar en el puerto, respecto de impedirselo las inumerables flechas que le arrojaban desde los muros, apresó, ó echó á pique casi todos los baxeles. Pasado esto, concedió Alexandro á sus tropas dos dias de descanso: despues de los quales, y de haber hecho que su Armada, y las máquinas se acercasen al muro, subió á una torre de suma altura, con tan grande y generoso ánimo como peligro de su persona, respecto de que reconociendole inmediatamente por sus Reales Insignias, y por la riqueza de sus armas, fue el blanco de todas las flechas de los enemigos. Desde ella obró acciones dignas de sí, y de que las advirtiesen todos, dió muerte á lanzadas á muchos que defendian la muralla; y acercandose mas á ésta, derribó dentro de la ciudad á cuchilladas á unos, y precipitado al Mar á golpes de su escudo á otros, respecto de llegar casi al mismo muro la torre desde donde combatia. Ya sus principales defensas, desmoronadas á los repetidos é impetuosos golpes de los Arietes, caian en tierra: ya la Arma-

da habia ganado el puerto; y ya los Macedones estaban apoderados de las torres que desampararon los enemigos; los quales, acometidos por todas partes de tantos peligros, huian unos á los Templos, implorando el socorro de los Dioses, y se encerraban otros en sus casas, donde (por no esperarla de los vencedores) se daban ellos mismos la muerte; arrojandose otros sobre los mismos enemigos, resueltos á vender á buen precio sus vidas: la mayor parte empero, subiendose á los techos, arrojaba en los enemigos piedras, y quanto hallaban para ofenderlos. Mandó el Rey: *Que preservados los que se habian refugiado á los Templos, fuesen todos los demás muertos, y sus casas abrasadas.* Cuya orden, enmedio de haberse publicado, no bastó á obligar á ninguno de quantos trahian armas á que se rindiese á recurrir á los Templos; los quales llenaba crecido número de mugeres y de niños unicamente, asi como ocupaban los umbrales de sus casas los mas ancianos, esperando la hora de sacrificar sus vidas al furor de los soldados. Si bien los Sidonios que se hallaban en el Exercito de Alexandro, y habian entrado en la ciudad casi al mismo tiempo que los vencedores, en reconocimiento de la afinidad que suponian tener con los Tyrios, por creer igualmente que su ciudad de Sidón, la de Tyro, fundacion de Agenor, libraron á muchos, á quienes embarcaron ocultamente en sus baxeles, y los pasaron á Sidón, por cuyo oficioso engaño se preservaron de la saña de el vencedor hasta quince mil; pudiendose inferir quál seria la mortandad y el estrago de haberse hallado dentro de las murallas de la ciudad seis mil despedazados. Enmedio de el qual, no habiendose templado aun la indignacion de el Rey, ofreció á los vencedores un expectáculo horrible y cruél, aun á sus mismos ojos. Componiase éste de dos mil hombres, á quienes, habiendo satisfecho, y apuradoseles la rabia con la mortandad hecha en los enemigos, hizo ahorcar, y fixar, á orillas de el Mar. Perdonó empero á los Embaxadores de los Carthaginenses, aunque declarandoles la guerra, que por entonces difería, respecto de la ocurrencia presente de las cosas. De esta suerte se hizo Alexandro dueño de la ciudad de Tyro, despues de siete meses de Sitio. Su antiguo origen, y las freqüentes variedades de su fortuna, la han hecho célebre á la posteridad.

Fun-

Fundóla Agenor, y fue por largo tiempo, no solo Señora del Mar vecino, sino de todos los demás que penetraron sus proas. Y si hemos de dar credito á la fama, los Tyrios fueron los primeros que inventaron las letras, ó que enseñaron el uso de ellas. Lo que no tiene duda es, que sus colonias se dilataron casi por todo el universo, á Carthago en Africa, á Thebas en la Beocia, y á Cadiz en las riberas de el Occeano; y que, ó por haber tenido, como creo, tan grande jurisdiccion en el Mar, y navegado con tanta freqüencia por tan desconocidas tierras á las demás naciones, eligieron lugares cómodos para que pudiese poblar una parte de su lozana juventud, muy aumentada entonces; ó como algunos quieren porque trabajados los habitadores de los recios temblores de tierra, á que esta isla se halla sujeta, se vieron precisados á buscar por medio de las armas nuevas tierras y diversas costumbres. Consumida, pues, con varios infortunios, y renaciendo siempre de sus mismas ruinas, goza el dia de hoy de la felicidad de una dilatada paz, con cuyo beneficio vuelven á florecer los estados, y de el mas seguro reposo, debaxo de la proteccion dichosa del Imperio Romano.

CAPITULO V.

ESCRIBE DARIO A ALEXANDRO CON MAS urbanos terminos sobre la paz, cuyas condiciones desprecia: Presentan los Griegos à Alexandro una corona de oro: Reduce debaxo de su obediencia muchas Provincias por medio de sus Capitanes.

CAsi al mismo tiempo recibió Alexandro otra carta de Dario, en que ya le trataba como á Rey: *Ofreciale en casamiento á su hija Statira, y en dote quanto se contiene entre el Helesponto y el rio Halis, sin reservar mas, que las tierras que miran al Oriente. Pediale, que en caso de no querer admitir estos ofrecimientos, se acordáse de la instabilidad de la fortuna, y de que quanto mas colmados se hallan de felicidad los hombres, tanto mas expuestos están á la envi-*

dia, que concita ésta contra ellos. Representábale quanto temia, que no de otra suerte que los pajaros, á quienes los elevaba su natural ligereza á las nubes, se dexáse llevar del viento de una desmesurada y loca ambicion, á que de ordinario se hallan sujetos los ardores juveniles, no habiendo accion mas dificil que la de saberse gobernar en la edad que tenia, con la gran fortuna que gozaba. Que advirtiese, que enmedio de las pérdidas recibidas, le quedaban aun fragmentos de su naufragio; que no siempre habia de hallarse encerrado y oprimido entre las rocas; pues era preciso que alguna vez saliese á espacioso campo, donde no podia dexar de avergonzar á Alexandro el corto número de sus soldados. Que aun tenia que pasar el Euphrates, el Tigris, el Arages y el Hidaspes, cuyos rios eran como antemurales de su Imperio. Y que aun quando los pasáse felizmente, debia considerar el tiempo que consumiria en penetrar la Media, la Hircania, la Bactria y los Indos del Occeano: el que le costaria sujetar á los Sogdianos y á los Arachosios, pueblos, cuyos nombres apenas eran conocidos, y á tantas naciones, confinantes con el Caucaso y con el Tanais. En cuyas vastas provincias (necesitando aun para pasar seguramente por ellas de largos años) se envejeceria en solo hacerlo. Y ultimamente, que dexáse de llamarle, porque si iba á él, seria para ruina suya. Respondiole Alexandro: Que no podia dexar de estrañar ofreciese lo que no tenia, y que dividiese (como pudiera si lo poseyese) lo que enteramente habia perdido; pues le prometia la Lydia, la Jonia, la Eolia y toda la costa de el Helesponto, habiendo sido premios de sus victorias; quando por vencedor debia él darle la ley, y recibirla Dario como vencido. Que si solo él ignoraba qual de los dos era el dueño, se lo enseñaria en una batalla: Que quando pasó el Mar no limitó sus empresas á la Licia ó á la Lydia, cuyas conquistas serian á la verdad muy corta recompensa de tan gran aparato; pues se dilataban á Persepolis, y á reducir debaxo de su obediencia la Bactria, la Ecbatana, y los ultimos terminos del Oriente: Que tuviese por cierto, que á qualquiera parte donde huyése, le habia de seguir; y que asi no pensáse acobardar con sus rios á quien habia sulcado tan dilatados Mares. Esta fue la sustancia

cia de lo que ambos Reyes se escribieron. En tanto los Rhodios, franqueando las puertas de su ciudad á los vencedores, se la entregaron á Alexandro: el qual habia dado antes el gobieron de la Silicia á Socrates, y á Philotas el de todas aquellas tierras, que se ofrecen en los contornos de Tyro. Dexó Parmenion á Andromaco el de Siria, llamada Cele, por seguir al Rey; el qual, habiendo ordenado á Ephestion, General de la Armada, costeáse por la Phenicia, tomó con todas sus Tropas la vuelta de la ciudad de Gaza. Hallandose proximo el dia que los Griegos tienen destinado para la solemnidad de los juegos Isthmios, á quienes concurre indecible muchedumbre del pueblo, determinaron en él los Griegos, naturalmente lisonjeros é inclinados á acomodarse al tiempo: *Enviar doce Embaxadores al Rey, con una corona de oro, en testimonio y reconocimiento de las gloriosas victorias que habia obtenido en beneficio de la salud y libertad de la Grecia*: siendo asi, que habiendo dado poco antes oidos á cierto vago rumor, estuvieron pendientes del suceso de la guerra, para no separarse de la parte, á que viesen se inclinaba la fortuna. No solo rendia el Rey á su obediencia las ciudades que la rehusaban, sino tambien sus Gobernadores, esclarecidos Capitanes, hacian por su parte admirables progresos. Apoderase Calas de Paphlagonia; y Balacro, despues de haber roto á Idarmo, Satrapa de Dario, de la ciudad de Mileto: reduxeron Amphotero y Hegeloco con una Armada de ciento y sesenta velas á la obediencia de Alexandro todas las Islas que están entre Achaya y el Asia; y se apoderaron de Tenedos, donde fueron llamados de sus habitadores. Resolvieron hacer lo mismo de Chio; pero habiendo preso Pharnabazo, Pretor de Dario, á los principales de la faccion de los Macedones, dexó la ciudad, aunque sin la guarnicion que necesitaba, al cuidado de Apolonides y de Athanagoras que seguian su partido. No por esto desistieron del Sitio los Capitanes de Alexandro, fiados mas en el afecto de los habitadores, que en sus proprias fuerzas cuya confianza no les salió vana, pues habiendose movido cierto disgusto entre Apolonides y los Capitanes de la guarnicion les facilitó el desorden que causó, el que se apoderasen de la

ciu-

ciudad. En la qual habiendo derribado las puertas los que tenian inteligencia con los Macedones, hicieron entrar á Amphotero y á Hegelo con sus Tropas; y juntandose á ellos, despues de haber muerto la guarnicion, se apoderaron de Pharnabazo, de Apolonides y de Athanagoras, y los entregaron á los vencedores: asi como tambien doce galeras de tres ordenes, con sus remos y soldados: treinta navios, con algunos vasos de corsarios, y tres mil Griegos, que estaban á sueldo de los Persas. Reclutaronse con los soldados las Compañias; y habiendo castigado los pyratas, pusieron en las galeras del Rey á todos los forzados. Sobreviniendo acaso alli, á la primer vigilia de la noche, Aristonico, tyrano de Methímeneos, se presentó ignorante de lo que pasaba en Chio, con algunas fragatas, á la boca del puerto, é hizo saber á las guardas: *Iba á ver á Pharnabazo.* Respondieronle éstas: *Estaba recogido, y que por entonces no lo podia hacer; pero que pues era amigo suyo entrase en el puerto, y que el dia siguiente le veria.* Executólo asi Aristonico, á quien siguieron diez vergantines de pyratas; pero apenas lo hubieron hecho, quando cerraron las guardas el puerto, y los hicieron á todos prisioneros, sin que pudiese alguno ponerse en defensa. Pasaron desdealli los Macedones á Mitilene, á quien Carés Atheniense habia tomado poco antes, hallandose en ella con dos mil Persas; pero no siendo bastantes fuerzas estas para mantener un Sitio, rindió la ciudad, capitulando habian de salir libres, y se retiró á Imbros; los vencedores perdonaron á los ciudadanos.

CAPITULO VI.

MIENTRAS DARIO SE DISPONE PARA la guerra, toma Alexandro la ciudad de Gaza, y castiga gravemente á Batis su Gobernador.

HAbiendo perdido Dario las esperanzas de la paz, que habia creido alcanzar por medio de sus cartas, y de sus Embaxadores, volvió á juntar todas sus fuerzas, y se dispuso para la guerra; con cuyo fin ordenó á sus Capitanes hicie-

ciesen la masa del Exército en Babylonia; y á Beso, Satrapa de la Bactra, que alistando el mayor número de gente que le fuese posible, la conduxese alli. Tienen los Bactrianos entre todas aquellas naciones el primer credito de soldados, y demás Barbaros; asi por no haber participado de la delicadez de los Persas, como porque en imitacion de los Scythas vecinos suyos, pueblos sumamente belicosos, y que solo viven de las rapiñas, se hallaban siempre en armas. Llevando empero mal Beso la superioridad de otro, dió sobrada ocasion para que el Rey quedáse poco seguro de su fidelidad, levantando el ánimo á las esperanzas del Reyno, á que no podia dexar de aspirar, sino por medio de alguna traycion. En tanto, Alexandro hacía todas las diligencias posibles por saber el parage á que se habia encaminado Dario, aunque sin ningun fruto respeto de la inviolable observancia con que los Persas conservan ocultas las resoluciones de sus Principes, cuyo secreto no son poderosas á romperle, ni las mayores promesas, ni las mas rigurosas amenazas, y cuya infraccion se castiga por antigua ley del Reyno con graves penas. Por lo qual, entre ellos se tiene por incapaz de que se le fie cosa de importancia al que no sabe callar; por contravenir á lo que parece quiso la naturaleza fuese lo mas facil de observar en el hombre. Alexandro, pues, no pudiendo penetrar alguna de las operaciones del enemigo, puso Sitio á Gaza, en quien se hallaba por Gobernador Batis, Cabo de tan gran valor, como fidelidad á su Rey; el qual con cortisimas fuerzas defendia una plaza, que necesitaba de considerable presidio. El Rey, despues de haber reconocido su situacion, ordenó que se hiciesen secretamente unos conductos debaxo de tierra, á que ayudaba el territorio, respecto de arrojar por alli el Mar vecino gran cantidad de arena; mezclada con tierra, sin piedras ni peñascos, que, dificultasen el ahondar, y que estos fuesen por parte que no pudiesen ser advertidos del enemigo; con cuyo fin hizo acercar las máquinas ácia la ciudad, como para asaltarla. Dificultando empero mucho lo penoso del camino, el transporte de las torres, cuyas ruedas encallandose en aquellos crecidos arenales, donde ni podian dar vuelta, ni caminar

sin

sin grandes baybenes, ocasionaban que se rompiesen los entablados, y que quedasen heridos en este ataque muchos soldados, sin poderse defender; no costandoles menos trabajo el retirar sus máquinas, que el que les tuvo el conducirlas. Por lo qual, habiendo mandado el Rey tocar á retirar, ordenó el dia siguiente á sus soldados, que cercasen la ciudad; antes de lo qual, sacrificando al amanecer á los Dioses, segun el estilo de su patria, é implorando su socorro, un cuervo, que acaso volaba sobre el altar, dexó caer en la cabeza de Alexandro un terron, que inmediatamente se deshizo todo, y pasandose luego á la torre mas proxima, en la qual dada toda de betun y de azufre, se embadurnó de suerte las alas de uno y otro, que fue facil el cogerle. Pareció el caso á todos digno de consultarle con los Adivinos, y no menos á Alexandro, cuyo genio no repugnaba semejantes supersticiones. Aristandro, pues, que era quien tenia el primer credito entre los Adivinos, respondió: *Que tomaria Alexandro la plaza, pero que corria riesgo de ser herido; y que asi, le aconsejaba dexáse pasar aquel dia, sin intentar nada.* Por lo qual el Rey, aunque llevaba con gran impaciencia atrasáse una ciudad sola su transito á Egypto, tuvo por bien conformarse con el Adivino, y ordenar, que se retirasen sus Tropas: á vista de lo qual, cobrando mayor ánimo los sitiados, hicieron una salida para cargar al enemigo por las espaldas, juzgando aprovecharse de la ocasion, si bien no mantuvieron la escaramuza tan vigorosamente como la habian empezado, porque al punto que vieron les hacian rostro los Macedones, empezaron á afloxar. Habian llegado ya los gritos de los combatientes á oidos de Alexandro, el qual, despreciando el peligro de que estaba amenazado, habiendose armado de su coraza, á instancia de sus validos contra lo que acostumbraba, partió aceleradamente á ponerse á la frente de sus banderas. Apenas fue descubierto, quando cierto Arabe soldado de Dario, emprendió una accion de mayor osadia, que la que corespondia á su nacimiento, éste, habiendo ocultado un puñal debaxo de su escudo; y arrojandose á los pies del Rey, como si se le rindiese, despues de haberle hecho levantar, y dado orden para

que

que fuese recibido en sus Tropas, pasando el barbaro diestramente el puñal á la mano derecha, le tiró á la cabeza del Rey, de cuyo golpe pudo librarse torciendola algo; pero no el barbaro de la prontitud con que castigó su desacato, cortandole de una cuchillada la mano, que le habia errado; creyendo haberse preservado por este medio del peligro de que estaba amenazado. Siendo empero, á lo que juzgo, inevitable nuestro destino, se verificó poco despues la prediccion de el sueño; pues combatiendo entre los primeros, fue herido de una flecha, que pasandole el arnés, le penetró la espalda, de donde sacandosela Philipo su Medico, arrojó gran cantidad de sangre, no sin admiracion de todos, respecto de no poder reconocer, por impedirlo las corazas, la parte por donde habia entrado la saëta. El Rey sin alterarse, ni mudar de semblante, mandó que se restañase la sangre, y que se le bendase la llaga: y de esta suerte, ó disimulando el dolor, ó venciendole, se mantubo por largo espacio delante de sus Esquadrones; pero volviendo á correr, con mayor abundancia la sangre, que en virtud de la curacion se le habia detenido, y empezandosele á inflamar la llaga, que hasta entonces no le habia ocasionado grandes dolores, por no haber llegado á enfriarse la sangre, no pudiendo ya mantenerse en pie, le retiraron los suyos á su Real. Con cuya accion, teniendole Batis por muerto, se retiró como victorioso y triunfante á la ciudad. Mas el Rey, sin esperar á asegurarse enteramente de la herida, hizo levantar una plataforma, que igualáse con las murallas, y que con repetidas minas procurasen arruinarlas. Aumentaron tambien los sitiados por su parte nuevas fortificaciones en el muro antiguo, si bien no llegando á igualar con las torres, que se levantaron sobre la plataforma, cuya altura predominaba la ciudad, eran desde ella bastantemente molestados de las saëtas y flechas enemigas. Con todo, nada igualaba al que recibian con las minas, las quales derribando el muro, facilitaron con sus ruinas la entrada á los soldados. Hallóse de los primeros en el asalto el Rey, á quien adelantandose inadvertidamente, le alcanzó una pedrada en la pierna, que se la dexó bastantemente lastimada; si bien afirmandose en su dardo, en medio de no

tener aun cerrada la otra herida, no dexó de combatir de los primeros, colerico de haber recibido en este Sitio dos. Cargado Batis de heridas, despues de haber hecho una gloriosa resistencia, quedó abandonado de los suyos; mas no por esto dexó de mantenerse con el mismo valor, que mostró desde el principio, y de conservar sus armas, teñidas todas en su sangre y en la de sus enemigos, hasta que oprimido de todas partes, y sin querer rendirse, le tomaron en brazos, y se lo llevaron al Rey. El qual, olvidado de la generosa magnanimidad, con que habia aplaudido hasta alli, aun en sus enemigos, su valor é ilustres acciones, y preocupado de la ira y del deseo de la venganza, con semblante de alegria indigno de sí: *Morirás, ó Batis* (le dice) *no como lo has deseado, porque antes has de padecer quantos tormentos puede inventar contra un prisionero la mas cruel venganza.* Pero él, mirando al Rey con tan constante, como ayrado semblante, no dió respuesta alguna á sus amenazas, de que mas indignado el Rey, á grandes voces: *Mirad* (les dice á los suyos) *la arrogancia y obstinacion con que calla. ¿Habeis por ventura visto, que haya inclinado la rodilla, ni hecho alguna demostracion de rendido? Pero yo venceré tan tenaz silencio, ó quando no pueda, le interrumpiré con su llanto y con sus gemidos.* Finalmente, pasando á rabia la ira, y empezando á convertir con la nueva fortuna en barbaras y estrañas sus loables y antiguas costumbres, le mandó (conservando aun algunos vitales alientos) ahugerear los talones, por donde introducidas unas correas, fue amarrado á un carro, y arrastrado por unos caballos al rededor de la ciudad, con tan gran gusto, como vanagloria del Rey, por imitar en aquel cruel castigo á Achiles, de quien se suponia descendiente. Quedaron en aquel combate, entre Arabes y Persas, cerca de diez mil, cuya victoria compraron á precio de no poca sangre los Macedones; y cuyo Sitio fue célebre, no tanto por la defensa de la plaza, quanto por las heridas del Rey, el qual deseando sumamente pasar á Egypto, despacho á Amintas á Macedonia con diez galeras, para que hiciesen levas de soldados; porque si bien habia obtenido tan considerables victorias, y logrado felizmen-

mente quanto habia intentado, no dexandosele de consumir sus fuerzas, fiaba mas de los soldados de su nacion, que de los que levantaba en los dominios que acababa de conquistar.

CAPITULO VII.

PASA ALEXANDRO A VISITAR EL TEMPLO de Jupiter Hamnon, á cuyo Oráculo hace várias preguntas.

LOS Egypcios, á quienes habia muchos años que les era molesta la grandeza de los Persas, por su avaricia y orgullo, á la fama de la venida de Alexandro, empezaron a sacudir el yugo, que les tenian impuesto, no siendo estraño, que entonces lo hiciesen, quando habian recibido poco antes á brazos abiertos los transfugas y al traydor Aminthas. Y creyendo pasaria el Rey por Pelusio, concurrió en él gran muchedumbre de pueblo; pero tomando otro camino, llegó á los siete dias de haber partido de Gaza, á aquella comarca de Egypto, llamada el dia de hoy el Campo de Alexandro, de donde habiendo enviado casi toda la Infanteria ácia Pelusio, se embarcó en el Nilo con lo mejor de sus Tropas. Quedaron los Persas tan atemorizados con el levantamiento de los de Egypto, que no le esperaron. Aun no habia llegado á Memphis, quando Mazaces, Gobernador de aquella ciudad, habiendo pasado el rio Orio, le entregó ochocientos talentos y todos los muebles de Dario. Paso de Memphis por el mismo rio á las ultimas partes de Egypto, y despues de haber dispuesto todas las cosas, sin ignorar en nada las antiguas costumbres de aquellos pueblos, resolvió visitar el Oráculo de Hamnon. Era esta una jornada sumamente trabajosa, aun á quien la hiciese con menos Tropas, y sin el mucho aparato que llevaba Alexandro, por la gran sequedad, que padece aquella region, tan poco favorecida del Cielo, como de la tierra. Componese toda de esterilisimos arenales, los quales, heridos de los rayos del Sol, de suma actividad y eficacia alli, que-

dan tan abrasados, que queman las plantas de los que los huellan. No son solos la sequedad y el ardor con quienes se lucha en este camino, tambien causa considerable fatiga la misma arena, cuya crecida profundidad es tan grande, que hundiendose á cada paso en ella los pies, no se sacan sin gran trabajo. Representaban los Egypcios todas estas dificultades á Alexandro, aumentandoselas aun mas de lo que eran; pero él inflamado del ardiente deseo de visitar el Templo de Jupiter, á quien creia, ó queria que se creyese por padre suyo, no satisfecho de la colmada grandeza á que en lo humano se habia elevado, atropellando por ellas, se embarcó con los que gustó que le acompañasen, y descendió por el rio á la laguna Mareotis, donde le llevaron los Embaxadores de los Cyrenenses algunos presentes, pidiendole la paz, y que se sirviese de entrar en sus ciudades: admitiólos, y habiendo hecho alianza con ellos, prosigió su camino. Pareciendoles tolerables la primera y segunda jornada, por no haber entrado aun en medio de aquellos dilatados y espantosos desiertos, aunque caminaban por una tierra esteril y seca; pero quando se hallaron en sus vastas campañas, cubiertas de montes excesivos de arena, dilataban por ellas (como pudieran por un inmenso pielago) la vista ácia todas partes por si divisaban alguna tierra. Ninguna empero se le ofrecia, en quien se descubriese arbol, ni señal alguna de menor cultivo; hasta la misma agua, que llevaban los camellos en odres, se habia consumido, sin haber una gota en aquel arenoso territorio. Llegabase á esto el intensisimo ardor del Sol, que lo abrasaba todo, y de quien partícipe el ayre, no permitia aun la respiracion, sin la fatiga de alguna congoja. Enmedio, pues, de este conflicto, ó acaso por especial favor de los Dioses, improvisamente se cubrió el Cielo de nubes, que dilatandose por todo él, ocultaron el Sol, con gran beneficio y alivio del Exército, aunque falto de agua: si bien, habiendo descargado crecida llubia, hicieron todos provision, hallandose algunos tan sedientos, que sin esperar otras vasijas en que recoger las aguas, abiertas las bocas, las recibian como caian en ellas. Quatro dias gastaron en pasar aquellos desiertos, y llegar al sitio del Orá-

O ráculo, en cuyas cercanias vieron gran cantidad de cuerbos, que volaban delante de las primeras banderas del Exército, abatiendose unas veces, quando éste caminaba á paso lento, y adelantandose otras, como para servirle de guia, hasta que llegó al Templo del Dios. Donde es digno de admiracion, que constituido en medio de una vasta soledad, le cerquen tan umbrosos bosques, que apenas puedan penetrar por su espesura los rayos del Sol: rieganlos y fecundanlos muchas fuentes de agua dulce, haciendo tan apacible aquel sitio la benigna templanza del ayre, que en él es todo el año continuada primavera. Los que le habitan, por la parte que mira al Oriente, confinan con la Ethiopia; y los que le pueblan por la que está al Mediodia, con los Arabes, llamados *Trogloditas*, cuyas tierras se estienden al Mar Roxo. A la parte del Occidente moran otros Ethiopes, llamados *Scenitos*, y á la del Septentrion de los *Nasamones*, gente acostumbrada á insultar con correrias las costas de la gran Syria, y enriquecerse con las presas que en ellas hacen, respecto de que teniendolas sitiadas, y gran conocimiento de todas las plazas, se apoderan facilmente, quando el Mar se retira, de las embarcaciones que quedan en seco. Los moradores de este impenetrable territorio, llamados Hammonios, habitan en cabañas, separadas unas de otras, y tienen en la mitad del bosque la fortaleza cercada de tres ordenes de murallas. Dentro de la primera está el palacio, que fue de los antiguos Reyes: en la segunda, los quartos de sus mugeres, de sus hijos y de sus concubinas: y tambien el Oráculo del Dios: y en la ultima, los Archeros, y las demás guardas del Rey. Ofrecese otra floresta de Hamnon, en medio de la qual corre una fuente, *á cuya agua llaman del Sol.* Está al amanecer tibia, y fria á medio dia, desde cuyo extremo, pasa á calentarse á proporcion del curso de la tarde, hasta que llega á media noche á hervir, y desde ésta empieza á disminuir su calor, conforme se vá acercando el dia, en cuya alternacion continúa siempre. No observa el simulacro del Dios, que adoran en este Templo la misma forma con que suelen los pintores y escultores representar á los demás Dioses; componen-

nen-

nense de esmeraldas y de otras piedras preciosas, y desde la cabeza hasta el ombligo guarda la de un carnero. Llevan á él los Sacerdotes quando le consultan un navichuelo dorado, guarnecido de muchos vasos de plata, pendientes de ambos lados. Siguelos grande acompañamiento de mugeres y de doncellas, cantando ciertas canciones groseras á su usanza, por medio de quienes creen merecer propicio á Jupiter, y obtener de él con claridad y certeza las respuestas que solicitan. Habiendose adelantado el Rey al Templo, *le llamó su hijo el mas antiguo de los Sacerdotes, asegurandole, le concedia este honor Jupiter su padre.* Respondiole Alexandro, olvidado de su naturaleza: *Que le admitia y reconocia por tal; y pasando á preguntarle si le tenia destinado para dueño del Universo.* Tan preocupado el Sacerdote de la lisonja, como el Rey de la vanidad, le aseguró, *que sí.* Solicitando despues saber de él: *Si habian quedado castigados todos los que fueron cómplices de la muerte de su padre?* Mostrando escandalizarse el Sacerdote, le dixo: *Que su padre era inmortal, y que todos los asesinos de Philipo habian satisfecho las penas de su delito; añadiendo, que permaneceria invencible hasta que se pasáse á ocupar el lugar que tenia destinado entre los Dioses.* Habiendo concluido con su sacrificio, hecho magnificas ofrendas al Dios, y considerables mercedes á los Sacerdotes, permitió que consultasen tambien al Oráculo los primeros Señores de su Corte, los quales solo se contentaron con preguntarle: *¿Si les aconsejaba hiciesen honores divinos á su Rey?* A que respondió el Sacerdote: *Sería muy acepto á Jupiter venerasen como á Dios á Príncipe tan invencible.* Verdaramente, que aun á quien hubiere juzgado mas favorable del Oráculo, no puede dexar por falsas imposturas todas estas respuestas, ni de reconocer, quanto mas indignos quedan los hombres de la gloria á que aspiran, quando enagenados de sí con la prosperidad que gozan, la procuran con semejante anhelo y locura, como le sucedió á Alexandro: el qual, pensando hacer mas glorioso su nombre, con la divinidad del titulo de hijo de Jupiter, no solo permitió se lo llamasen, sino lo mandó con orden expresa, obscureciendo la fama que le habian grangeado sus esclarecidas em-

pre-

presas, por los mismos medios con quienes creyó acrecentarla. Los Macedones, que aunque sujetos por largo curso de años á Monarchico Imperio, mantenian alguna aparencia mas de libertad, que los otros pueblos, en vez de oponerse á aquel delirio, asintieron á él con mayor indiscrecion de la que convenia á la reputacion de su Príncipe y suya. De esto empero tratarémos en su lugar, por concluir aqui lo que nos resta.

CAPITULO VIII.

FUNDACION DE ALEXANDRIA EN Egypto, y diversas expediciones de Alexandro.

HAbiendo llegado Alexandro, de vuelta del Templo de Jupiter Hamnon, á las lagunas *Mareotides*, cercanas á la Isla de Pharo, y observado la situacion del lugar, resolvió dar principio en aquella Isla á la fábrica de una ciudad; pero pareciendole muy corta para la grandeza, que deseaba tuviese, eligió el sitio donde yace hoy Alexandria, la qual tomó el nombre de su fundador. Abrazó todo el espacio, que hay entre las lagunas y el Mar; y dexando delineada una muralla de ochenta stadios, y al cuidado de los suyos su fábrica, partió para Memphis. El deseo con que se hallaba (aunque loable, poco oportuno y menos razonable) de ver á Egypto y á Ethiopia, y de reconocer las maravillas de la antigüedad, el famoso palacio de Memnon y de Tython, le llevaron casi de la otra parte de los terminos de el Sol; pero no permitiendole tan inutiles jornadas las disposiciones de la proxima guerra, la qual era preciso fuese mas cruel y sangrienta, que lo habia sido hasta alli, dió el gobierno de Egypto á Eschilo Rhodio y á Pseucetes Macedon, con quatro mil hombres de guerra para que los pusiesen de guarnicion en las plazas, y dexó treinta galeras en Polemon para defender las entradas de el Nilo. Nombró poco despues á Apolonio por Gobernador de la parte de Africa, que es-

está contigua á Egypto, y á Clemones para que cobrá-se los tributos de aquellas dos provincias: y habiendo ordenado á las ciudades cercanas, que pasasen á habitar á Alexandria, la llenó en breve tiempo de infinita muchedumbre de pueblo. Refierese: *Que al tiempo que se disponia el diseño de las murallas que se habian de hacer, sobrevino gran cantidad de pajaros, los quales se comieron todo el engrudo que se habia prevenido para él*, cuyo accidente, aunque atribuyeron muchos á infeliz presagio para la ciudad, le declararon por muy favorable los Adivinos, asegurando: *Denotaba, que vendrian á socorrerse á ella de todas partes, y que alimentaria muchas provincias y naciones.* Mientras el Rey hacía su jornada por el rio, deseoso de seguirle Hector, hijo de Parmenion, el qual se hallaba en lo mejor de su juventud, y muy en la gracia de Alexandro, se entró en un baxel, que llevando mas carga de la que debiera, se fue á pique con todos los que iban en él. Disputó aquel joven por largo espacio su vida con las ondas, por el gran estorvo que le eran los vestidos, habiendosele enredado, para que pudiese nadar; con todo ganó á esfuerzos de su industria y pujanza la ribera; pero llegando á ella muy desfallecido, y queriendo recuperar el aliento, que el temor y el peligro le habian, no sin gran violencia, embargado, no habiendo alli persona alguna que pudiese socorrerle, por haberse librado los demás en la ribera contraria, rindió por último el espíritu. Sintió el Rey su pérdida con el extremo que acreditaron sus demostraciones, y las magníficas exequias que mandó hacerle, luego que fue descubierto su cuerpo: cuyo disgusto aumentó la noticia de la muerte de Andromacho, Gobernador de Siria, á quien los Samaritanos quemaron vivo; de cuya maldad, irritado Alexandro, partió contra ellos á toda diligencia; pero habiendole entregado los cómplices luego que llegó, y hecho que se executáse en ellos el castigo que merecian, proveyó en Memnon aquel gobierno. Expuso tambien los Tyranos, y entre otros los de Methynes, Aristhonico y Chrissolao, al furor de los pueblos, á quienes habian oprimido y muerto, despues de haber executado en ellos todo género de tor-

men-

mentos, en venganza de los ultrajes, que les hicieron. Dió despues audiencia á los Embaxadores de Athenas, de Rhodas y de Chio. Manifestaronle los Athenienses su regocijo por la victoria que habia obtenido, pidiendole diese permiso para que los prisioneros Griegos volviesen á sus ciudades, y quexaronse los Rhodios de sus guarniciones. Condescendió á los ruegos de todos, y atendiendo á la fidelidad con que se habian señalado en servicio suyo los de Mitilene, les volvió los rehenes, aumentó sus límites, y les hizo merced de grandes tierras. Aseguró con las mayores demostraciones de honra y gratitud á los Reyes de Chipre, la que le mereció la fineza de haber preferido su amistad á la de Dario, y la de haberle socorrido con su Armada en el Sitio de Tyro. Despues de lo qual, envió á Amphotero con una Esquadra, en socorro de la Isla de Creta y de las muchas plazas que tenian sitiadas los Persas y algunos piratas, ordenandole, se aplicáse primero á limpiar el Mar de los corsarios, que aprovechandose de la oportunidad, que les ofrecia el empeño y guerra de ambos Reyes, infestaban aquellas costas. Executado esto, ofreció un vaso de treinta piezas de oro á Hercules Tyrio, y partiendo en seguimiento de Dario, tomó su marcha ácia el Euphrates.

CAPITULO IX.

LLEGA DARIO A ARBELA, Y BIEN á pesar suyo pasa Alexandro el Euphrates y el Tygris.

NOticioso Dario de la partida de su enemigo de Egypto á Africa, se hallaba dudoso en la resolucion de mantenerse en la comarca de Mesopotamia, ó de pasar en persona á las provincias mas retiradas de su Reyno, para animar á la guerra á aquellos distantes pueblos, á quienes con corto fruto solicitaban sus Capitanes. Asegurado empero por personas dignas de credito, de que la determinacion de Alexandro era de seguirle con todas sus fuerzas á qualquier lugar donde se encaminàse; y conociendo lo importante de la empresa, y el valor de su

enemigo, dió para que se juntasen en Babilonia todas las Tropas que esperaba. Estabanlo ya los Bactrianos, los Escythas y los Judios, con otras naciones que no se habian hallado en la ultima batalla; si bien componiendose su Exercito de tanto mayor número, que el que tubo en Cilicia, faltaban á muchos armas, por quienes se hacian las mas vivas diligencias. La gente de á caballo iba toda cubierta de planchas de hierro unas sobre otras, y enjaezados de lo mismo sus caballos, asi como prevenidos de espada y rodela los que hasta entonces no habian llevado mas armas que los dardos. Distribuyeronse muchas cuerdas de caballos entre la Infanteria, para que los domasen, y se aumentáse con ellas la Caballeria, mucho mas crecida que antes. Llevaba doscientos carros armados de hoces, en quienes tenian puesta toda su confianza aquellas naciones, y asegurado el mayor terror del enemigo. Salian de lo alto del timon cierto género de lanzas de hierro en punta, y por ambas partes de él tres cortantes espadas, fixadas en el yugo; asi como entre los rayos de las ruedas muchos dardos, cuyas puntas salian fuera, y en el cerco muchas hoces, ácia arriba unas y ácia abaxo otras, para que quando oprimidos partiesen los caballos, ocasionasen considerable estrago en quanto encontrasen. Con tal Exército, ordenado en esta forma partió de Babilonia. Tenia el Tygris á la mano derecha, á la siniestra el Euphrates, y todas las campañas de Mesopotamia, cubiertas de sus Tropas. Habiendo, pues, pasado el Tygris, noticioso de que el enemigo se hallaba cercano, hizo adelantar á Satropates, Coronel de la Caballeria, con mil caballos escogidos, y dió seis mil á Maceo Gobernador de la provincia, para que embarazáse el paso del rio, y asoláse y quemáse todo el territorio por donde habia de pasar Alexandro, á quien creyendo sin mas prevenciones para la subsistencia de su Exército que las que robaba, esperaba vencerle por medio de la hambre, en que se engañaba, por lo bien abastecido que se hallaba de todo género de víveres, que asi por tierra, como por el Tygris le llevaban. Llegó pues, á la villa de Arbela, á quien hizo célebre despues su ruina, y habiendo dexado en ella la mayor parte de las municiones y del bagaje,

je, mandó hacer un puente sobre el rio Lyco, por quien pasó su Exército en cinco dias, como lo habia hecho antes por el Euphrates. Despues de lo qual, y de haberse alexado casi ochenta estadios, acampó á la orilla del rio Bumado, cuyo terreno no podia ser mas cómodo, asi para ordenar en batalla su Exército, como para las escaramuzas de la Caballeria, y para poder descubrir por todas partes los movimientos del enemigo, por no ofrecerse en todo él breña, ni matorral alguno que lo embarazáse; habiendo hecho allanar é igualar lo que no lo estaba. No acavaba Alexandro de dar crédito á los que le aseguraban lo numeroso de aquellas Tropas, hasta que empezó de lexos á divisarlas, por parecerle imposible que le hubiesen quedado tantas, quantas bastasen á formar aquel numerosisimo Exército, despues de una rota tan considerable como la que habia tenido, pero despreciando con su invencible valor á quien cedian los mayores peligros aquella chusma, mal convalecida de su miedo, llegó en once dias de marcha á alhojar sobre el Euphrates, donde habiendo mandado levantar puentes, hizo que pasáse primero su Caballeria, á quien siguió su Phalange, sin que se atreviese á estorbarselo Maceo, en medio de haberle enviado Dario antes con seis mil Caballos para que lo hiciese. Habiendo, pues, permitido algunos dias á sus soldados, no tanto para que en ellos se entregasen al reposo, quanto para que recuperasen sus alientos, partió en seguimiento de Dario, recelando no se retiráse á lo mas remoto de su Reyno, y le obligáse á seguirle por la esterilidad de aquellos desiertos, en quienes era preciso le faltáse quanto necesitaba para mantener su Exército. Llegó, pues, en quatro dias al Tygris, á quien pasó junto á Arbela, en cuyo territorio permanecia aun por la otra parte del rio el humo del incendio que habia introducido Maceo, con tan universal ruina, como la pudiera causar el mismo enemigo. Era tan sumamente espeso, que impidiendo el que se viese el camino, puso á Alexandro en recelo de que fuese prevencion para alguna emboscada, cuya sospecha le obligó á hacer alto; pero habiendole asegurado sus Corredores, no tenia que temer: envió á reconocer el vado del rio, cuyas aguas llegaban á la entrada á los hijares de los caballos, y hasta los cuellos, enmedio de él. Es el mas rápido

é impetuoso de todos los rios del Oriente, así por hacer mas caudalosa y violenta su corriente los raudales de otros, como por las muchas piedras que tiene; causa por la qual le pusieron los Persas el nombre de Tygris, en cuya lengua significa la flecha. Habiendo, pues, dispuesto la Infanteria en medio de dos alas de Caballeria, llegaron hasta la orilla del agua, sin gran dificultad, llevando las armas en las cabezas. Pasó Alexandro á pie entre la Infanteria, y fue el que primero ganó la orilla contraria, desde donde no pudiendo valerse de la voz, por el riesgo de no ser entendido, les mostraba con la mano el vado á los soldados; los quales, asi por las piedras en que resbalaban, como por la impetuosidad de la corriente, que los arrevataba, apenas podian sostenerse sin gran trabajo. Mayor empero era el de los que conducian sus bagajes, pues no bastando á valerse á sí, libres de todo embarazo, y pudiendo hacerlo menos con aquel estorvo, los impelía lo rápido de la corriente, cuyo riesgo procuraban evitar arrojando las cargas; las quales fluctuando por una y otra parte del rio, eran causa de que muchos cayesen, y de que solicitando cada uno recobrar lo que reconocia suyo, fuese aun mayor la fatiga, y el peligro que entre sí se ocasionaban unos y otros, que el que les causaba el rio. Mandabales el Rey en altas voces, que salvasen solo las armas, y abandonasen lo demás; pero ni su consejo, ni sus ordenes podian percibir: tan grande era el ruido, tanto el alboroto. Pasaron, finalmente, por donde el rio con menos rápido curso descubre el vado, sin otra pérdida, que la de un poco de vagaje, siendo cierto, que si entonces hubiesen cargado en aquel Exército los enemigos, le habrian derrotado enteramente; pero la continuada felicidad del Rey, separó de alli á los enemigos, defraudandoles los triunfos de tan considerable victoria, para que pudiese pasar aquel rio con la misma dicha que habia pasado el Granico, á vista de innumerable muchedumbre de Infanteria y de Caballeria que le esperaba en la ribera; y vencido crecido número de enemigos en las rocas de Cilicia, la qual pudo disculpar la osadía con que se arrojaban á los peligros, y hacer, que asegurados de la continuada prosperidad que experimentaban, se atribuyese mas que á temeridad, á confianza su excesivo ardor. Maceo empero, que, co-

como queda dicho, pudiera haberlos roto con facilidad, si al tiempo que pasaban desordenadamente el rio, hubiese cargado en ellos; contento con enviar delante mil Caballos, contra cuyo corto número, reconocido y despreciado por el Rey, despachó á toda diligencia á Ariston, Coronel de la Caballeria Peoniana, para que los acometiese; no llegó hasta que se habian puesto en marcha. Fue sin duda famoso aquel combate, en que se señaló con ilustres acciones el valor de Ariston, el qual enderezandose al Satrapa que mandaba la Caballeria de los Persas, le pasó la lanza por el gaznate, siguiendole como á fugitivo por en medio de los enemigos, le derribó del caballo; y habiendole cortado, á pesar de su resistencia, la cabeza, y vuelto á unirse con las demás Tropas, la ofreció con gran gloria suya á los pies del Rey.

CAPITULO X.

AMEDRANTA Y TURBA A LOS SOLDADOS de Alexandro un eclypse de Luna; pero él los asegura y esfuerza por medio de los Adivinos de Egypto: Pone en fuga á los Persas que asolaban y destruian por todas partes: Muere la muger de Dario, prisionera, de la tristeza; y llora Alexandro su desgracia: Sospechas, sentimiento y votos de Dario.

HAbiendo acampado el Rey allí dos dias, ordenó al siguiente estubiesen prontos todos á la marcha; pero empezando la Luna, á la primer vigilia de la noche, hallandose el Cielo claro y sereno, á perder el explendor de su natural belleza, y á manifestarse poco despues manchada, y como teñida en sangre, quedando por ultimo cubierta, y obscurecida del todo su luz, causó en el Exército tan religiosa conmocion aquel improviso accidente, (sobreviniendo en ocasion de estar para darse tan sangrienta batalla, y cuyo suceso tenia á todos en bastante cuidado) que pasando á desmesurado pavor, prorrumpian los soldados, preocupados de él, en altas y desconsoladas voces, diciendo: "Que „el Cielo les manifestaba con señales visibles su ira, y que „contra la voluntad de los Dioses, y á pesar de la suya, „los

„los llevaban á los ultimos terminos de la tierra: Que los „rios se oponian á su tránsito: Que los Astros les negaban „su acostumbrada luz, y que no veian sino desiertos y sole„dades; y ultimamente, que por complacer la ambicion de „un hombre solo, derramaban tantos su sangre; y hombre „tal, que dedignando su patria, negaba á su padre, y pre„tendia se le veneráse como á Dios.„ Pasaron estas murmuraciones á una declarada sedicion; de la qual noticioso Alexandro, cuya grandeza de ánimo no era capáz de alterarla ningun accidente, hizo llamar á su presencia á los Cabos de su Exército, y á los Adivinos Egypcios; los quales tenian el primer credito en la facultad Astrologica: y habiendo ido á ella, los mandó que declarasen el juicio que hacian de aquel eclypse. No ignorando estos, que los cuerpos celestes tienen sus reboluciones y sus periodos, y que el eclypse de la Luna le ocasiona la sombra de la tierra, que interpuesta entre ella, y el Sol, la obscurece, reservando en sí este conocimiento, se contentaron con declarar al vulgo: *Que el Sol denotaba á los Griegos, y la Luna á los Persas; y que ningun eclypse de ésta dexó nunca de serles infausto presagio de alguna calamidad.* En cuya confirmacion alegaron los muchos exemplos antiguos de los Reyes de Persia, á quienes con semejantes señales anunciaron los Dioses el infeliz suceso de sus combates. Con lo qual, no habiendo medio mas eficáz para refrenar la barbaridad popular, la qual por desenfrenada é inconstante que se halle, si llega á estar tocada de alguna vana sombra de religion, obedece mejor á los Adivinos, que á sus Generales. Luego que se divulgó la respuesta de los Egypcios entre las Tropas, recuperaron su esperanza y su valor. De cuya favorable disposicion, valiendose el Rey, movió á la segunda vigilia los Reales. Tenía á mano derecha el Tygris, y á la izquierda las montañas, á quienes llaman Gordiannas; y habiendole llevado sus Corredores al romper del dia noticia, de que se acercaba el Exército de Dario, ordenado el suyo, se puso á la frente de él. Sí bien se averiguó despues, eran solo mil Caballos que iban al descubierto, á quienes tubieron por cuerpo de Exército, como de ordinario sucede á los que van á reconocer el Campo; los quales, no pudiendo descubrir nada cierto, aseguran como tal lo

que

que lés representa su miedo. Asegurado empero el Rey del número de aquella Caballeria, cargó en ella, y la obligó á retirar: dió muerte á algunos que iban mal montados: hizo prisioneros á otros; y poco despues, que se adelantasen algunos Caballos, asi para que adquiriesen noticias del enemigo, como para que estinguiesen el fuego que habian introducido en las villas los Barbaros; los quales huyendo, le dexaron puesto en los techos de las casas, y en el trigo que tenian recogido en las campañas: si bien, no habiendole dado tiempo para que prendiese, y causado solo el daño en la parte á que le aplicaron, pudieron aprovecharse luego que le extinguieron del trigo, y de casi todo lo demás que hallaron, en gran abundancia. Esta desolacion del enemigo sirvió á los soldados de mayor incentivo, para que le siguiesen, y se apresurasen á evitar la destruccion y estrago, que á vista suya hacia el fuego, que introducia en quanto se le ofrecia. Si bien en aquella ocasion hizo la necesidad quanto podia haber obrado la razon porque Maceo, que antes de verse seguido de los enemigos, quemaba y destruía á su beneplacito las villas, contento entonces con asegurar su vida, dexó enteras muchas á los vencedores. En tanto, el Rey, noticioso de que Dario estaba de la otra parte, á tan corta distancia como la de cinqüenta estadios, y cogiendole este aviso en parage bien abastecido, se detubo allí quatro dias. Despues de los quales, llegando á sus manos ciertas cartas de Dario, por medio de quienes solicitaba de los soldados Griegos le diesen muerte: y estando tan asegurado de la fidelidad de estos, como de la lealtad de los Macedones, se halló dudoso en si resolveria leerlas en Junta plena, ó no. Consultandolo empero con Parmenion, le disuadió de ello, representandole: *Quan peligroso era hacer partícipes á los soldados de semejantes intentos, pues para cometer una maldad, bastaba qualquiera, no habiendo alguna de quien no fuese capáz la avaricia.* Conforme con tan prudente dictamen, hizo marchar su Exército en cuyo camino se le ofreció uno de los Eunuchos que se hallaban en servicio de la muger de Dario; el qual le llevaba la noticia de dexarla tan en el ultimo peligro de su vida, que aseguraba seria muy posible la hubiese ya perdido. Habian postrado á aquella infelíz Princesa la fatiga de

pro

prolixo y penoso camino, y los continuos y considerables disgustos del ánimo, de suerte, que desfallecida á su rigor, cayó en los brazos de su suegra, y de sus hijas, rindiendo poco despues el espiritu; de que casi al mismo tiempo tuvo aviso Alexandro. El qual, no menos sentido que si se le hubiese muerto su madre, deshecho en lagrimas, como pudiera hacerlo Dario, pasó á la Tienda de Sisigambis, á quien halló junto al cuerpo de la nuera difunta. Allí fue donde se renovó su dolor, al ver aquella venerable Princesa postrada por tierra, lamentando en aquella ultima infelicidad todas las demás que le renovaba; y á las hijas de Dario, en la flor de su juvenil edad, recostadas sobre su regazo, acompañandola á sentir con igual ternura tan sensible pérdida; en la qual le eran de considerable alivio, aunque no esperasen de ella en su dolor todo el que necesitaban. Tenia delante de sus ojos á su nieto, cuya tierna edad movia á tanta mayor compasion, quanto siendo el mas lastimado en el considerable golpe de aquella calamidad, era quien menos la sentía. Derramaba Alexandro en medio de los suyos copiosisimas lagrimas, y se hallaba mas necesitado de recibirle, que de ministrar algun consuelo. Pasó todo el dia sin probar alimento alguno, y dispuso que se le hiciesen á aquella Princesa las Reales y sumptuosas Exequias que acostumbran las Persas en semejantes casos. Por cuya heroyca accion merece, aun hoy, los loores que son debidos á su gloriosa memoria, y que vinculada á los venideros siglos la de benignidad y moderacion tan generosa, se celebre en ellos con repetidas aclamaciones. Vióla solo en ocasion de visitar á su suegra, quando quedaron ambas prisioneras; y entonces su peregrina hermosura, mas que de incentivo á sus menos decorosos deseos, sirvió de credito á su loable continencia, y de explendor á su gloria. Aprovechandose uno de los Eunuchos de la Reyna, llamado Tyriotes, de la ocasion que le facilitó el desorden y confusion en que habia puesto á todos aquella lastima, tuvo forma de salir por cierta salida, con quien no se guardaba el cuidado que con las demás, respecto de no estar de la parte que miraba al enemigo, y de llegar al Campo de Dario. Fue allí recibido de las Guardas, desde donde, rasgadas sus vestiduras, y anegado en su llanto, pasó á la Tienda del Rey; el qual no bien le hubo visto, quando com-

combatido de tan crecidos, como varios temores, aun no acabando de resolverse á lo que mas debia recelar, le dixo: „Bien „infiero, amigo, de la tristeza de tu semblante, y de lo desmedido de tus acciones, que vienes á darme noticia de algun considerable infortunio. Ruegote empero, que sin que „te detenga la afliccion en que me vés, me le refieras sin „disfráz, ni embarazo; porque habiendo aprendido ya en la „escuela de mis desdichas á ser infeliz, podrá ser que (como „suele á los que lo son) me sirva de algun consuelo saber „hasta donde llega la adversidad de mi suerte. ¿Vienes acaso á darme (como sospecho, y no acabo de acertar á „pronunciar temeroso) algun desacato, cometido en las „prendas que mas adoro, el qual habrá sido para ellas, y „será para mí mas sensible, que los mayores tormentos del „Mundo? Tan contrario á eso es, Señor, (le respondió Tyriotes) que entre todos los obsequios, que tributan á sus „Soberanos los vasallos, no ha habido alguno de que no haya „usado con ellas el Vencedor; pero la Reyna, tu esposa, acaba de rendir á la Parca los ultimos alientos de su vida.“ No bien lo hubo articulado, quando no se oían por todo el Campo sino lastimosos gemidos, y espantosos y estraños gritos; y quando persuadido Dario á que sin duda habria muerto resistiendo alguna violencia contra su honestidad y decoro, traspasado del dolor, y fuera de sí, prorrumpió con desmedidos gritos en estas voces: „¿En qué te he ofendido Alexandro, ó qué agravio he ocasionado á los tuyos, para que „tomes de mí tan cruel venganza? Tú me aborreces: tú me „persigues, sin haberte dado la menor causa para ello. Pero aun quando te la hubiese ofrecido, ¿es bastante alguna, „para que, profanando el sagrado de las mugeres, hayas „faltado al respeto que se les debe?“ Aseguróle Tyriotes con repetidos juramentos, poniendo á los Dioses de su patria por testigos, *de que ha habia atendido Alexandro con la veneracion que debia á su decoro y su soberania, y llorado su muerte con gran ternura, y con tan vivas demostraciones de dolor, como pudiera él, siendo su esposo.* Pero aumentando aquel enamorado infeliz Principe con esta noticia á las sospechas de la ofensa de Alexandro los zelos del agravio de su esposa, no pudiendo persuadirse á que tan tiernos y

excesivos sentimientos por una cautiva, dexasen de proceder de recíprocos cariños, habiendo despedido á todos los que se hallaban con él, y quedado solo con el Eunucho, le dixo, no vertiendo ya lagrimas; exhalando sí suspiros: *Advierte, ó Tyriotes, que ya no es tiempo de mentirme, y que si no me confiesas la verdad, te la haran declarar los tormentos; pero sin que quieras exponerte á tanto rigor, te ruego, que si acaso te ha quedado algun amor algun respeto á tu Reyna, me digas si Alexandro, como mozo, y como vencedor, ha intentado lo que deseo saber, y mi honra, y mi vergüenza no me permiten decir.* Ofreciendose Tyriotes voluntariamente á los tormentos, en credito de su verdad, le volvió á asegurar con mayores juramentos, invocando nuevamente á los Dioses por testigos, *de que no habia procedido accion menos loable y decorosa.* Con lo qual, dando por ultimo credito á las aseveraciones del Eunucho, se cubrió el rostro, y restituido al llanto permaneció en él por largo espacio; despues del qual, existiendo las lagrimas, y levantando la ropa sobre la cabeza, y al Cielo las manos, hizo esta deprecacion: *Dioses protectores de la Corona de los Persas, ruegoos, que os digneis de restablecerme en mi Trono: Y que en caso de que por vuestros altos juicios no lo permitan vuestros soberanos decretos, ni mi infeliz destino, os sirvais de que el Imperio del Asia no recaiga en otro dueño, que en el que sabe ser tan justo enemigo, como benigno y moderado vencedor.*

CAPITULO XI.

PIDE DARIO TERCERA VEZ LA PAZ SIN fruto, y niegasela tambien Alexandro, persuadiendole á que se rinda, ó haga la guerra.

AUnque Dario habia procurado, sin ningun fruto, por dos ocasiones la paz, y desengañado de ella, vuelto sus pensamientos á la guerra, vencido y obligado de la benignidad del enemigo, le envió diez de sus mas inmediatos y autorizados parientes para que tercera vez la solicitasen y le propusiesen nuevas condiciones que la facilitasen. Convocó Alexandro su Con-

se-

sejo, y habiendo hecho entrar en él al mas anciano de los Embaxadores, dixo éste asi: „No le precisan á Dario, Señor, „ni la fuerza, ni la necesidad á que solicite la paz, y sin „embargo te la pide hoy tercera vez, obligado de tu jus„tificacion y clemencia. Has tratado hasta aqui á su madre, „á su muger, y á sus hijos con tan grande urbanidad, que no „ha sentido su cautiverio, solo sí su ausencia. Has mirado por „el honor de sus hijas con no menor atencion y decoro, que „si fueses su padre, y has honrado á su madre con el título „de Reyna, conservandola en la misma ostentacion y gran„deza que mantenia antes de su desgracia: Reconozco en „tu rostro igual tristeza, á la que dexamos en el de Dario, „quando nos partimos de su presencia; sí bien con la di„ferencia de que aquel llora á su esposa muerta, y tú á „tu enemiga difunta, cuyas exequias han interrumpido el „curso de tus progresos. ¿Que hay, pues, que admirar, „que quien se halla obligado de generosidad tanta, solicite „la paz de un Principe, á quien se le reconoce con tan „colmados beneficios? ¿Y sobre qué es la guerra, quan„do faltando los odios y la enemistad, cesa el motivo para „ella? Dexabate antes todas las Provincias que se dilatan „hasta el rio Halis, y terminan en la Lydia; hoy empero „te ofrecce en matrimonio á su hija con quantos Dominios „contienen el Helesponto y el Euphrates, hallandose pronto „á entregarte en mayor testimonio y seguridad de su fé y „amistad la amada prenda de su hijo Ocho, como le vuelvas á „su madre; y á sus dos hijas, por cuyo rescate te pide admi„tas treinta mil talentos de oro. Si no tubiese tan acreditada „tu prudencia y moderacion, no me atreviera á decirte, de„bes en la coyuntura presente, no solo conceder la paz, sino „desearla. Advierte lo que dexas atrás, lo que falta por con„quistar; y que es tan grave, como peligroso peso, el de „un gran Imperio, é inconsiderado arrojo emprehender mas „de lo que se puede conservar. Reconocelo en la crecida gran„deza de esos navios, cuya desproporcion impide el que se „rijan y gobiernen. Y qué sé yo, si la misma excesiva gran„deza de Dario ha sido principal causa de sus considerables „pérdidas, por lo dificil que es el acertar á mantenerla; pues „hay cosas tanto mas faciles de adquirir, que de conservar,

„quanto tienen mayor prontitud nuestras manos á robar, que „disposicion nuestra cordura á retener. Aun la misma muer- „te de la muger de Dario puede servir de advertencia y per- „suasion á tu templanza, pues te ha defraudado su pérdida „las ocasiones de que se exercite la generosa virtud de tu cle- „mencia.“ Oido el Embaxador lo hizo Alexandro salir de su Tienda, y deseando saber el dictamen de los de su consejo, les ordenó se le propusiesen. Permaneciendo empero todos por largo espacio sin atreverse á manifestarle, por no haber podido descubrir la voluntad del Rey, interrumpiendo Par- menion aquel silencio, representó: „Que desde Damasco ha- „bia votado se admitiese el rescate de aquellos prisioneros, „asi porque sería considerable la porcion pue se sacaria de „ellos, como porque faltando la ocasion para el cuidado „de su guarda, se ocuparian en mas digno empleo de su „valor los soldados que se malograban en aquel. Y que en- „tonces se volvia á confirmar en el mismo sentir, con tan- „ta mayor firmeza, quanto reconocia no debia ponerse el „Rey en marcha, sin haberse desembarazado primero del pe- „noso estorvo que causaban al Exército una anciana Rey- „na, y dos juveniles Princesas, y admitido los treinta mil ta- „lentos de oro, que se le ofrecian. Que consideráse, que sin „sacar la espada quedaba por medio de un tratado dueño de „los mas prodigiosos Reynos de el mundo, y tanto mas glo- „rioso, quanto ningun Principe antes de él llegó á poseer „toda aquella basta extension, que contienen el Istro, y el „Euphrates; despues de cuya posesion juzgaba le sería mas „conveniente restituirse á Macedonia, que alargarse á la „Bactria y la India.“ Quedó tan disgustado Alexandro del voto de Parmenion, que no bien le hubo acabado, quando prorrumpió diciendo: „Tambien yo preferiria el oro á la „gloria, si fuese Parmenion; pero hallandome Alexandro, „no puede tener lugar el recelo de que llegue á estado de „pobre; pues si no me engaño soy Rey, y no mercader, ni „tengo nada que vender, y mucho menos mi fortuna. Si se „juzga por conveniente que los prisioneros se restituyan, „mucho mas loable y honroso será hacerlo sin rescate al- „guno, que entregarlos por el vil precio del dinero.“ Y vol- viendo inmediatamente á hacer entrar al Embaxador, le dió es-

ta

ta respuesta: „Direis á vuestro Dueño, que los agradeci-
„mientos son superfluos entre los que se hacen guerra, y que
„si yo he usado de alguna clemencia y urbanidad con los suyos,
„lo he hecho por lo que me debo á mí, y no por afecto al-
„guno que le tenga á él. Mi genio no es de oprimir á los
„afligidos, ni pueden ser empleo de mi valor prisioneros, y
„mugeres; peleo solo con los que se hallan con las armas en
„las manos, y están en estado de defenderse. Si Dario hubiese
„solicitado de mí la paz por los medios que corresponden á
„una sincera intencion y segura fé, podria ser que me detu-
„biese á pensar lo que en tal caso debia obrar; pero no ha-
„biendo cesado de solicitar por medio de sus cartas, y de sus
„ofertas y dádivas con mis soldados, que me fuesen traydores,
„y con mis validos que me diesen muerte, estoy resuelto á
„buscarle á todo trance, no ya como á enemigo, sino como
„á atosigador y asesino. Por lo que mira á las condiciones,
„que me proponeis, son tales, que si las admitiese, que-
„daria él mas vencedor que yo. Decis, que me ofrece quan-
„to está de la otra parte del Euphrates; pero deseo me di-
„gais, ¿quién es hoy dueño de esto? Parece que aun me
„juzgais de esta otra, y respecto de este error, que no
„he pasado los límites del gran dote que me ofrece, y que
„tanto ponderais: quando con sus armas me desapropie de
„la posesion de estos dominios, entonces confesaré dádiva
„suya, lo que hoy reconozco trofeo de mi valor. Con la
„misma liberalidad me promete una de sus hijas en dote,
„como si ignoráse yo, la tenia destinada para empleo de
„alguno de sus vasallos, á cuya excesiva honra, y á la
„que me hace en preferirme para hierno suyo, parangonan-
„dome con Maceo, no puedo dexar de vivir reconocido.
„Volved, y decid á Dario, que quanto ha perdido, y con-
„serva ha de ser el premio de una batalla, con cuyo suceso
„decidirá la fortuna nuestras contiendas, declarandole á él,
„ó á mí por dueño de ambos Reynos. Que no me ha traido
„al Asia la codicia de los presentes, sino la magnánima ge-
„nerosidad con que acostumbro hacerlos; y que si depuesta
„la vana soberbia con que pretende igualarseme, se contiene
„en los límites de la inferioridad, podrá ser que le permita-
„lo que me pide; pero que advierta, en caso de repugnarla

„ufa-

„ufano y altivo, que asi como no pueden ilustrar el Mun-
„do sin considerable ruina suya dos Soles, tampoco regir sin
„igual riesgo dos dueños tan bastos Reynos, como son
„los de ambos. Y que en esta atencion elija, ó ren-
„dirse hoy, ó combatir mañana, sin prometerse mejor
„suceso, que los que ha experimentado hasta aqui.“ Oida por el Embajador su resolucion, le dió las gracias, porque hallandose en ánimo de continuar la guerra, no le entretubiese con la esperanza de la paz, y le pidió por favor, le permitiese volver quanto antes á participar á su Rey su determinacion, para que se dispusiese al combate. Habiendoselo concedido, y llegado á la presencia de Dario, le hizo sabidor de la prontitud con que le presentaria la batalla Alexandro.

CAPITULO XII.

ATEMORIZANSE LOS MACEDONES VIENDO en batalla el Exército de los Persas; pero por ultimo, llegando á ellos, toman alegres las armas.

INformado Dario por sus Embaxadores de la resolucion de su enemigo, envió á Maceo con tres mil Caballos para que se apoderáse de los pasos, donde habian de llegar los enemigos. Alexandro, habiendo hecho las ultimas honras á la muger de Dario, y dexado en su Campo aquel gravoso acompañamiento con algunas cortas Tropas, partió en busca del enemigo, llevando dispuesta su Infanteria en dos cuerpos, y cubierta por ambas partes de la Caballeria, á quien seguia el bagaje. Deseoso de saber de Dario, hizo adelantar á Menidas con la Caballeria de los Scitas, para que solicitáse inquirir noticias del paraje en que se hallaba; pero habiendo sabido en el camino, que Maceo estaba á corta distancia, y no atreviendose á pasar mas adelante, se volvió sin mas aviso, que el de que habia oido crecido estruendo de hombres, y ruydoso relincho de caballos; habiendole sucedido lo mismo á Maceo, pues luego que descubrió de lexos á los Corredores de Menidas, retrocedió, para hacer partícipe de la marcha del enemigo á Dario, el qual, deseando dar la bata-
lla

lla en campo raso, mandó á su gente tomase las armas, y la ordenó en forma de batalla. Ocupaba la punta del ala izquierda la Caballeria de Susa, con los Dahos, los Arachosios, y algunos Bactrianos, que hacian en todos casi seis mil Caballos. Marchaban despues cien carros armados de hoces, y tras ellos Bezo á la frente de tres mil Caballos Bactrianos, y de dos mil Masagetas, que cerraban estas Tropas: seguialas la Infanteria, compuesta de muchas naciones, alistada cada una debaxo de sus banderas. Conducian Ariobarzanes y Orobates á los Persas con los Mardos y Sogdianos en dos cuerpos separados, que mandaba el Principe Orsines, descendiente de los siete Persas, y de Ciro, el mas esclarecido de sus Reyes. Seguianlos muchos pueblos, apenas conocidos de lo restante del Exército, y Phradates despues con las Bandas Caspianas y cinqüenta carros de guerra; despues los Indos y todas las demás naciones vecinas del Mar Roxo, que servian mas para aparente terror, que para seguro socorro. Iban despues otros cinqüenta carros armados de hoces con las Tropas estrangeras, y los Armenios de la Baxa Armenia, seguidos de los Babylonios, de los Belites, de los habitadores de los montes Coseores, y de los Gortuas, pueblos de la Eubea, los quales aunque militaron antiguamente debaxo de las banderas de los Medos, habian degenerado ya enteramente de la virtud de sus antecesores. Juntaronseles losPhrigios, los Cataones; y finalmente, cerraban todas aquella Tropas los que habitaban las tierras que posehen el dia de hoy los Parthos que pasaron de la Scythia. Esta era la ordenanza del ala izquierda. En la derecha estaban por una parte los Armenios de la Mayor Armenia con los Caducios, luego los Capadoces, los Syrios y los Medos, que llevaban tambien cinqüenta carros armados de hoces, llegando á componerse todo el Exército de quarenta y cinco mil Caballos, y doscientos mil Infantes, los quales, dispuestos en esta orden, se adelantaron diez estadios, y habiendoles mandado hacer alto, pasaron toda la noche con las armas en la mano: en cuyo interin, fue tan estraño el pavor que improvisamente se difundió por todo el Campo de Alexandro, sin haberse podido saber la ocasion, que preocupados todos de un oculto horror, empezaron á temblar. Veianse en el ayreresplandores, semejantes á las exalaciones ardien-

dientes, que en las noches del estio levanta el calor, las quales, dilatandose á bastante distancia del Exército de Dario, los tubieron por fuegos de su Campo; creyendo, que por negligencia habian caido en sus cuerpos de guarda. Siendo cierto, que si Maceo, que guardaba el paso, los hubiese cargado á este tiempo, los habria derrotado; pero manteniendose sin hacer el menor movimiento sobre una eminencia que habia ocupado, se contentó con que no le acometiesen. Reconociendo Alexandro el desmayo de sus Tropas, mandó hacer alto, que dexasen las armas; y habiendolas asegurado de que hallandose el enemigo á bastante distancia, faltaba el motivo para su desasosiego, que se entregasen al reposo; con lo qual, restituidos por ultimo á sus primeros alientos, volvieron á tomar animosos las armas; si bien Alexandro tubo por mas conveniente, que llegar á esgrimirlas con el enemigo, acampar por entonces en aquel lugar, y atrincherarse bien en él. El dia siguiente, Maceo, que estaba alhojado con alguna Caballeria escogida sobre una altura, desde donde se veía el campo de los Macedones, ó ya fuese miedo, ó ya haber ido solo á descubrirle, se volvió ácia Dario. Ocuparon inmediatamente los Macedones aquel puesto, que les era de gran comodidad, por descubrir desde él, muy á gusto suyo, el campo de batalla, y observar la ordenanza del enemigo; pero la niebla que levantaba por todas partes la humedad de los montes, aunque no impedia la vista del Exercito, sí el que se pudiesen reconocer distintamente los Esquadrones, los Batallones, y su ordenanza. Habia inundado toda la llanura aquella espantosa y considerable muchedumbre, cuyo estruendoso rumor aturdia aun á los que cogia mas distantes. Entonces el Rey, empezando á perder algo de su acostumbrada seguridad, tan natural á su gran corazon, pesaba con el de Parmenion su dictamen, si bien tarde; porque hallandose tan adelantadas las cosas, no era ya tiempo de premeditar, sino de vencer, ó de morir; conturbabale el crecido número de enemigos tan excesivamente superior al de sus Tropas; si bien, haciendo mayor impresion que el en su ánimo la experiencia de las continuadas y prodigiosas acciones que habia obrado, y de las inumerables naciones que habia vencido con aquel corto Exército, prevalecia en él al desaliento la

la esperanza. Y asi, receloso de que no se aumentáse con la tardanza la desesperacion de los suyos, resolvió presentar luego la batalla. Con cuyo fin, encubriendo su desasosiego, hizo que se pusiese la Caballeria mercenaria de los Peonienses delante de su Phalange, ordenada (como he dicho) en dos cuerpos cubiertos de la Caballeria. Ya habia disipado la hermosa luz del Sol aquella niebla, y descubierto distantemente toda la ordenanza del Campo enemigo, quando los Macedones, ó impelidos de su animosidad, ó disgustados de la dilacion, á guisa de combatientes, levantaron el grito, á que correspondieron los Persas con tan espantosos alaridos, que llenaron de ellos las selvas y los valles circunvecinos. No era posible contener á los Macedones, los quales impacientes de llegar á las manos con los enemigos, se arrojaban al combate; pero teniendo el Rey por mas conveniente fortificarse aun en aquella eminencia, mandó hacer en ella algunas trincheras, las quales acabadas se retiró á su Tienda, desde donde descubria sin ningun estorvo todo el Exército del enemigo.

CAPITULO XIII.

OPONESE ALEXANDRO AL VOTO de Parmenion y de Pelipercon, que era de que se combatiese de noche; y despues de haberse entregado por algun rato al reposo, anima á los suyos al combate.

REpresentabanle entonces á Alexandro sus mismos ojos con bien distintas señas la gravedad del peligro en que se habia empeñado: los Cabos, que por una y otra parte rodeaban los Esquadrones, animando las Tropas, y dando orden á todo: el ruido de los soldados y de los Capitanes: el sonido de las trompetas; y el resplandor, que qual naturales y activas luces despedian las armas; eran cosas, que aunque de ninguna importancia en sí todas, le tenian en continuo desasosiego el espiritu, ya conturbado, vacilante y cuidadoso del suceso de tan importante jornada. Por lo qual, ó no sabiendo á que resolverse, ó deseando

do saber el ánimo y dictamen de los suyos, juntó su consejo, para que en él se confiriese lo que mas convenia determinar. El voto de Parmenion, cuyas largas experiencias y consumado talento le habian grangeado el primer credito entre todos los demás Generales, fue de que aquella empresa se llevàse mas por los terminos de un oportuno improviso acometimiento, que por los regulares de un combate descubierto. "Representaba, que quanto sería facil romper á aquella „numerosisima muchedumbre, compuesta de tantas naciones, „cuyas costumbres, genios y lenguages eran sumamente dis„tintos, acometiendola desprevenida entre la obscuridad de la „noche y la quietud del profundo sueño; en quien les impe„diria el mismo pavor, aumentado en sus tinieblas, la reu„nion y ordenanza; tanto mas aventurado y peligroso el su„ceso, si el combate fuese de dia, á cuya claridad podrian „atemorizar á los Macedones los feroces aspectos de los Sci„thas y Bactrianos, sus erizadas barbas y dilatados cabellos, „y la grosera y disforme estatura de sus cuerpos: accidentes „todos, que si bien no aumentan las fuerzas, ni menos la „ocasion para el temor, suelen hacer aun mayor impresion „en los animos de los soldados, que las que con mas razon „pueden causarle. Que debia considerarse el conocido riesgo „á que se exponia su corto Exército por la facilidad con que „le oprimiria por todas partes tan inmensa muchedumbre; y „que no era lo mismo haber peleado entre las inaccesibles ro„cas é impenetrables lugares de Cilicia, que haber de hacerlo „en campaña rasa y descubierta.„ Conformes los votos de los mas Generales con este, fue tanto lo que se inclinó á él Pelipercon, que protestó en el suyo *pendia de su execucion la victoria.* Pero el Rey, vuelto á él, y mirandole con sañudo semblante, porque pudiendo haber escarmentado de la aspereza con que habia tratado á Parmenion le repetia nuevo motivo para su desagrado: *Vosotros me persuadis* (les dice) *á que use de las mismas cautelas y ardides de que se valen los ladroncillos rateros, cuya destreza consiste en la supercheria y el engaño. Hallome empero tanto mas lexos de permitir, que la ausencia de Dario, la ventaja del sitio, ni el lógro de una victoria debida al favor de la noche, desdoren y desminuyan mi gloria, quanto mi voluntad; y ultima re-*

resolucion es, de combatir en medio del dia, para poder en el menos dichoso suceso quexarme antes de mi desgracia, que avergonzarme en el mas feliz con la misma victoria. Fuera de que estoy cierto, de que los Barbaros se mantienen á todas horas con las armas en la mano, y con tan gran vigilancia, que no es facil acomterlos desprevenidos; por lo qual os mando, que os dispongais para la batalla. Despues de cuyos generosos estímulos, les permitió algun tiempo para el reposo. Dario empero juzgando que el enemigo executaría lo que Parmenion habia persuadido, ordenó estubiesen prontos los Cabos, que gran parte del Exército se mantubiese con las armas, y que se doblasen las guardas. Y recorriendo en persona, asistido de los principales Cabos, su Campo, (de quien despedian los crecidos fuegos, que en él habia grandes resplandores) visitaba sus Tropas, puestas ya en arma, invocando al Sol, á quien llaman Mithres, y al fuego eterno y sagrado, para que inspirasen en sus soldados los valerosos alientos que correspondian á su antigua gloria, y á la generosa virtud de sus predecesores. Decia: *Que (en quanto era permitido á la cortedad humana, penetrar los presagios del Cielo, las reservadas y selectas disposiciones de los Dioses) se dexaba conocer los tenian propicios, habiendo experimentado poco antes el repentino pavor de los Macedones, los quales vagando por diversas partes de su Campo, habian arrojado las armas. Que esperaba tomasen los Dioses tutelares del Imperio de los Persas, venganza de aquellos desatinados, cuyo Cabo lo era aun mas que ellos: pues no de otra suerte, que las fieras, dexandose llevar de la codicia de la presa, se arrojaba incauto al peligro que le tenian dispuesto.* No era menor la vigilancia y desvelo con que se hallaban los Macedones, los quales permanecieron tambien en arma toda la noche; el mismo Alexandro, no habiendo llegado nunca á verse tan sobrasaltado, hizo llamar á Aristandro; por cuyo medio recurrió á los Dioses con votos y ruegos. Revestido, pues, aquel Sacerdote de una ropa blanca, con la verbena en la mano, y cubierta la cabeza, procedia delante del Rey, pidiendo con él socorro á Jupiter, á Minerva, y á la Victoria. Cuyo sacrificio concluido con las precisas ceremonias, se retiró el Rey á su Tienda á procurar algun reposo en lo que le quedaba

de la noche; pero asaltandole unas veces el cuidado de si cargaria con todas sus fuerzas desde lo alto de la colina en el ala derecha del enemigo, ó si le acometeria por la frente; y otras, el de si lo haria por el ala izquierda, no pudo conseguirlo hasta que quedó por ultimo rendido de las fatigas del ánimo á un profundo sueño. Habia ya desplegado el dia enteramente su luz, y con ella aumentadose el desasosiego de los Cabos, que se hallaban á la entrada de la Tienda de Alexandro, los quales, no acabando de ponderar el gran silencio en que estaba, aumentaban la estrañeza con la memoria de lo que habian experimentado en otras ocasiones de igual peligro, en quienes el mismo Rey era el primero que los llamaba, y que reprehendia á los negligentes y perezosos; no pudiendo en aquella hacer juicio seguro para la causa de él, y de entregarse con tal sosiego al sueño, al tiempo que estaba para darse batalla, de cuyo suceso pendia el todo de sus intereses. Sin embargo, no atreviendose ninguna de sus guardas á entrar dentro, y acercandose la hora del combate, para el qual, ni los soldados se podian armar, ni poner en ordenanza, sin que se lo mandáse, habiendo esperado Parmenion largo espacio, dió orden á los soldados para que comiesen; y reconociendo no admitia mayor dilacion la urgencia, entró en su camara, donde le llamó muchas veces; pero no bastando todas para que despertase, se vió precisado á mecerle, y á decirle á grandes voces: *Advierte, Señor, que ya está muy adelantado el dia: el enemigo en batalla: que marcha ácia nosotros; y que tu gente espera aun tus órdenes. ¿Dónde está tu invencible valor? ¿Y dónde aquella cuidadosa vigilancia, con que solias despertar á tus guardas?* A cuyos desmedidos gritos, habiendo vuelto Alexandro con sereno semblante, y asegurado á Parmenion, *no se habia entregado con tanta quietud al reposo, á no haberse asegurado de la inquietud que le alteraba*, mandó tocar al arma. No cesando empero Parmenion de admirar la tranquila serenidad del Rey, y su descuido: *No le estrañes*, (le dixo) *pues quanto te confieso me tenia cuidadoso la desolacion que antes hacia Dario en todo, tanto mas sosegado hoy, habiendo resuelto presentarme la batalla: á vista de lo qual, ¿qué puedo temer, logrando cumplidos mis deseos? Y::: pero yo me declararé mas á su tiempo*

po. Ponganse en tanto todos debaxo de sus banderas, que yo os seguiré, y pasaré á daros mis ordenes. No acostumbraba armarse, sino raras veces, y estas mas á ruego de los suyos, que á persuasiones del temor, y á intimaciones del peligro. Hizolo empero entonces; y habiendo salido fuera de la Tienda, y causado tan gran regocijo en los soldados su presencia, y el gusto y resolucion que mostró, que teniendolo por felíz agüero de la victoria, la suponian como segura. Hizo derribar las trincheras: sacó fuera sus Tropas, y las puso en batalla. Tomó la gente de á caballo de la Compañia del Rey, cuyo Capitan era Clito, la punta del ala derecha, con los Esquadrones de Philotas, á cuya parte estaban todos los cuerpos de Caballeria, cerrando con el último Meleagro. Iba despues la Phalange, y tras ella Argiraspiles, debaxo del mando de Nicanor, hijo de Parmenion, seguido de las Tropas de Ceno: despues los Orestes y los Lincestes, pueblos belicosos; y á lo ultimo Pelipercon, que conducia en ausencia de Amintas, su Coronel, las banderas estrangeras. Entre cuyas Tropas estaban los Balacros, nuevos Aliados, á quienes mandaba Philago. Este era el orden que guardaba el ala derecha de Alexandro. A la izquierda estaba la Caballeria del Peloponeso, conducida por Cratero con la de los Archeos, Locrenses y Maleonenses; y por ultima banda la gente de armas de Thesalia, mandada por Philipo. La Infanteria iba cubierta de la Caballeria; pero para impedir que fuese oprimida de la muchedumbre tenia otra segunda linea, donde estaba un poderoso cuerpo de reserva, y en las alas Caballeria, no de frente, sino de flanco, para hacer rostro de aquella parte, si los acometiesen por detrás. En esta segunda linea estaban los Agrianos, que mandaba Attalo, con los Archeros de Creta. Y para que de todas partes quedáse bien resguardada la ordenanza, hizo que los ultimos Esquadrones volviesen las espaldas á los primeros. Allí estaban los Illirios, los estrangeros mercenarios y los Traces, armados á la ligera; y por ultimo, en tal orden aquel Exército, que los ultimos podian, para evitar la carga torcer los rostros, y hacer frente ácia todos lados, no estando la banguardia mas fortificada, que los flancos, ni los flancos, que la retaguardia. Dispuestas asi las cosas, ordenó: *Que si los Barbaros disparasen*

sen estrepitosamente sus carros armados de hoces, manteniendose en ordenanza, se abriesen para dexarlos pasar, con cuya prevencion no podrian, dandoles lugar para que lo hiciesen, causar daño alguno; pero que si por el contrario fuesen á ellos sin ruido, que entonces diesen grandes gritos para espantar los caballos, y los hiriesen por una y otra parte. Mandó tambien á los que tenian las alas; que las estendiesen quanto les fuese posible, aunque sin enflaquecer mucho el cuerpo de batalla, para evitar que los cogiese en medio la muchedumbre. Dexó el bagaje y los prisioneros, entre quienes estaban la madre y las hijas de Dario, en una eminencia no distante del Campo de batalla, con cortas guardas. Mandaba el ala izquierda, segun lo hacia siempre Parmenion, y el Rey la derecha. Aun no estaban á tiro de saëta, quando cierto fugitivo del Campo de Dario, llamado Bion, llegó á toda diligencia á participar á Alexandro: *Como Dario habia hecho ocultar en el territorio por donde esperaba pasáse su Caballeria gran cantidad de abrojos de hierro, y poner al mismo tiempo ciertas señales para que evitáse llegar á él la suya.* Asegurado el Rey de la noticia, hizo partícipes de ella á sus Capitanes, á quienes mandó, que pasando de uno en uno á sus soldados, respecto de no permitir entonces hacerlo de otra suerte, asi el crecido número de gente, como el gran ruido que causaban ambos Exércitos, los advirtiesen se apartasen del lugar donde reconociesen aquellas señales.

CAPITULO XIV.

ORACION DE ALEXANDRO A LOS GRIEGOS, y de Dario á los Persas.

EN tanto Alexandro, puesto á caballo, y recorriendo por una y otra parte de su Exército sus Esquadrones, animaba con su esforzada presencia, y con la eficacia de sus razones á sus Capitanes y á los que tenia mas inmediatos á su persona, representandoles: *Que despues de haber corrido tantas y tan dilatadas regiones, y vencido tan considerables peligros con la esperanza de la victoria, la qual les obligaba nuevamente á esgrimir sus aceros en aquella*

lla batalla, no les quedaba otro que vencer, logrados con ella sus triunfos. Que el Granico y los montes de Cilicia, por quienes su invencible valor les habia abierto el paso de Syria y Egypto, de quienes se habian apoderado con inesperada presteza, eran eficaces estímulos para el acrecentamiento de su gloria, como seguras prendas para el lógro de la victoria. Que no pensasen que habian de pelear con enemigos nuevos, sino con los que habiendo librado en la ultima rota por medio de ignominiosa fuga sus vidas, volvian forzados á exponerlas al mismo peligro. Que habia tres dias que rendidos, no menos que al peso de sus armas, á la opresion del miedo, permanecian en aquel puesto, sin que en ellos los hubiesen remudado. Que no era necesaria mayor prueba de la desesperacion en que se hallaban, que el ver abrasaban ellos mismos sus ciudades y asolaban sus campos, confesando que quanto dexaban atrás era de sus enemigos. Que los vanos y rumbosos nombres de aquellas desconocidas naciones, de quienes se componia gran parte de su Exército, pudieran causar terror á otros, que ignorasen de quan corta importancia es para los que pelean, saber quienes eran los que llamaban Scytas, y quienes Caducios. No empero para los Macedones, los quales se hallaban con tanto mayor motivo para despreciarlas, siendo tan desconocidas, quanto sabian que la fama de las naciones belicosas se estendia á las demás siempre, y que aquellas miserables, arrebatadas á violento impulso de sus cabernas, no llevaban al combate nada formidable, sino lo espantoso de los nombres. Que la reputacion y credito de los Macedones, la qual les habia grangeado su generoso valor y gloriosas Conquistas, era tan notoria al Mundo, que apenas habria en él lugar, por retirado que fuese, á quien no hubiese llegado su noticia. Que considerasen las desornadas Esquadras de aquella confusa turba, entre quienes se hallaban unos sin mas armas, que la de algun dardo, y que la de alguna honda otros, siendo pocos los que las tenian justas y cumplidas, por lo qual, aunque era mas numeroso en hombres el Exército enemigo, muy superior en soldados el suyo. Que no les pedia peleasen valerosamente, si no los estimulaba primero á hacerlo su exemplo. Que les ofrecia combatir á la frente de sus banderas,

es

esperando ilustrar su persona de tantos ornamentos, quantas fuesen las heridas que recibiese. Que no ignoraban era el único que dexaba de participar del comun botin del Exército, y que todos los frutos de la victoria los empleaba en beneficio suyo, y conservacion de su amor. Y ultimamente, que á no estar asegurado de que hallaba con tan valerosos soldados, les habria representado, quan imposibilitados se hallaban de recurrir á la fuga; porque despues de haber penetrado tan dilatadas provincias, y dexado atrás tantos y tan caudalosos rios, y tan innaccesibles montes, estaban incapaces de retroceder, y de volver á su patria, si no abrian el camino para ella con las puntas de sus espadas. De esta suerte animó á los Cabos y soldados que tenia cerca de sí. En tanto Dario llevaba el ala izquierda de su Exército, rodeado de su Nobleza y de la flor de su Caballeria é Infanteria, burlandose del corto número de enemigos, y creyendo, que estando estendidas las alas de su Exército, se hallaria desguarnecido el cuerpo de batalla; si bien desde el carro en que estaba, volviendo los ojos y las manos ácia todos los que le rodeaban, los habló en esta substancia: "Nosotros, que poco ha eramos Señores de todas aque-
„llas tierras que baña el Helesponto de una parte, y que con-
„tiene el Occeano de otra, nos hallamos reducidos y necesita-
„dos á pelear hoy, no ya por la gloria, sino por la vida, y lo
„que mas es que la vida, por la libertad. Este es el dia fatal
„que ha de establecer ó arruinar el mayor Imperio que vió ja-
„más el Mundo. En el Granico solo combatimos con la menor
„parte de nuestras fuerzas: despues de la pérdida que tubimos
„en la Cilicia, nos podia servir la Siria de retirada: teniamos
„aun el Tygris y el Euphrates, poderosos baluartes ambos de
„este Reyno; pero ya hemos llegado á estado tal, que si per-
„demos el terreno que pisamos, no nos queda donde huir. La
„dilacion de la guerra ha consumido quanto dexamos atrás.
„No tienen ya las ciudades habitadores, ni labradores los
„campos: hasta vuestras mugeres y vuestros hijos nos vienen
„siguiendo, que será otra santa presa para el enemigo, si
„no libramos prendas tan amadas por medio de una honrosa
„victoria. Por lo que á mí toca, he procurado cumplir con
„quanto he juzgado de mi obligacion: he juntado tan nume-
„roso Exército, que apenas estas vastas y dilatadas campa-
„ñas

„fias son capaces á contenerle en sí : hele proveido de armas „y de caballos: he dispuesto que no falten municiones y bas- „timento á tan considerable muchedumbre ; y he elegido final- „mente lugar capáz de ponerla en orden de batalla. Lo demás „pende de vosotros : tened ánimo : hacedle de quedar vence- „dores, burlandoos del credito y reputacion de los enemigos: „arma bien débil para soldados de generosos espiritus ; y es- „tad ciertos, que lo que habeis tenido por virtud y valentía „en ellos, solo es una precipitada temeridad , que no bien ha „exhalado el ardor de su bizarria, quando se apaga y consu- „me , no de otra suerte que se debilitan y descaecen los ani- „males luego que han vertido su veneno. Estas llanuras nos „muestran el corto número que nos ocultaron los montes de „Cilicia. Mirad quan distantemente se reconocen sus ordenan- „zas : reparad en la extension de sus alas, y advertid en lo des- „amparado de su cuerpo de batalla: partid, pues, contra aque- „llos á quienes han puesto en retaguardia de espaldas á noso- „tros , como en anuncio de que nos las vuelven disponien- „dose á la fuga. Por los Dioses , que aun sin que usemos de „los carros armados de hoces, bastan solo las uñas de los ca- „ballos , para desbaratarlos y romperlos. Con cuya victoria, „si la obtenemos , quedará todo por nosotros , y concluida „la batalla, sin recurso alguno los enemigos á la fuga , por „hallarse encerrados entre el Tygris y el Euphrates. A que „se añade, que aun lo que antes contribuyó á hacerlos ven- „cedores , convertido en mayor gravamen y perjuicio suyo, „será medio de que hoy queden vencidos ; porque hallan- „donos con un Exército ligero y facil de mover , y tenien- „do ellos el suyo tan cargado de la presa, embarazado de „nuestros despojos , le podremos deshacer facilmente , lo- „grando á un tiempo la causa y el fruto de la victoria ; pe- „ro si acaso pudiere en alguno de vosotros hacer mayor „impresion , que la eficacia de estas razones , el credito de „aquella gente, advierta , que hoy existen las armas de los „Macedones , no sus personas ; porque habiendose derrama- „do tanta sangre de ambas partes, por corta que haya sido la „que se ha vertido de la suya , es mas considerable siempre „la menor pérdida en un corto Exército , que la mas cre- „cida en uno poderoso. Y Alexandro , por invencible

„que parezca á los cobardes, no es mas que un hombre solo;
„y si quereis creerme, un desatinado, y á quien hasta aquí
„ha hecho mas dichoso nuestro pavor, que su virtud; pero
„no pudiendo tener larga subsistencia la próspera fortuna,
„donde no interviene á conservarla la razon y la prudencia,
„por mas que se haya declarado ésta á favor suyo, no dudeis,
„que desabrida y cansada de su continuada temeridad, le des-
„ampare y abandone. Fuera de que sus favores son tan poco
„seguros, y tan instables, y expuestas á repetidas varieda-
„des y mudanzas las felicidades humanas, que podemos es-
„perar las padezcan las suyas. ¿Y qué sabemos si los Dioses
„han permitido que el Imperio de los Persas, á quien han ele-
„vado al mayor cúmulo de gloria por espacio de doscientos y
„treinta años, padezca ahora este golpe, no para destruirle,
„sino para comoverle, y acordarnos por este medio la insta-
„bilidad de las cosas humanas, de que tan olvidados vivimos
„en las grandes prosperidades? No ha muchos años, que por
„nuestro gusto, hicimos guerra á los Griegos en sus dominios;
„hoy, que nos la han traido á los nuestros, es preciso que los
„arrojemos de ellos. De lo qual podeis reconocer quan reci-
„procamente estamos expuestos todos á las mudanzas y rebe-
„ses de la fortuna; y que es imposible, que ni los Persas, ni
„los Griegos lleguen á conseguir la Monarquia, á que aspiran
„dos tan poderosos concurrentes; pero aun quando no nos
„alentase la esperanza, nos debe obligar la necesidad, á que
„no pudiendo estar peores de lo que nos hallamos, haga-
„mos el ultimo esfuerzo para nuestra defensa. Mi madre, mis
„dos hijas, y mi hijo Ocho, esperanza de este Imperio, llo-
„ran su infeliz cautiverio; aquellos renuevos de mi casa: aque-
„llos Grandes Señores, en cuyas venas purpuréa Real sangre,
„que los ilustra: aquellos esclarecidos Capitanes, algo menos
„que Reyes, unos y otros se ven esclavos, y la mayor parte
„de mí mismo no está en mí, y si la que me ha queda-
„do no se aseguráse en vosotros, quedaria enteramente cau-
„tivo. Ea, pues, valerosos soldados, librad á mi madre, y
„á mis hijos de las prisiones, ya que mi esposa, (¡ay de
„mí!) la he perdido en ellas. Recobradme aquellas caras
„prendas, por quienes no rehuso perder la vida. Su-
„poned que juntas todas, despues de haber implorado

el

„el socorro de los Dioses patrios, recurren á vuestra fideli-
„dad pidiendoos vuestra compasion y socorro, y que os inti-
„man las libreis de tan infeliz miseria. ¿Creeis por ventura,
„que su dolor le ocasiona la sujecion con que viven al arbi-
„trio y gracia del enemigo, y el verse esclavas de quienes no
„se dignarian ser Reynas? Pero ya veo á los enemigos que se
„adelantan, y quanto mas se acercan, tanto mayor es lo que
„se me ofrece que deciros, para infundir mas corage en vues-
„tros animos. Ruegoos, pues, por nuestros Dioses tutelares,
„por el fuego eterno, que vá delante de nosotros en esos Al-
„tares; por el explendor del Sol que nace en los confines de
„mi Reyno; y por la inmortal memoria de Cyro, el qual ha-
„biendo conquistado este Imperio de los Medos, y de los Ly-
„dios, fue el primero que le transfirió á los Persas, libreis del
„ultimo, y eterno ultrage, el nombre, y la nacion de los Per-
„sas. Marchad, pues, alegres, y confiados en la victoria, pa-
„ra que aumentada con los triunfos de ella la gloria que os de-
„xaron vuestros predecesores, pase á vuestros descendientes.
„De vuestro valor pende el dia de hoy vuestra libertad, vues-
„tra salud y toda la esperanza, y el remedio de la patria. El
„medio de evitar la muerte, es despreciarla; el que la teme,
„la encuentra. Por lo que mira á mi persona, aunque me
„veis en este carro, no estoy en él tanto por observar la
„costumbre de este Reyno, quanto por dexarme ver mejor
„de todos; haced lo que en mí viereis, y seguid el exem-
„plo que os diere, que es quanto os pido.

CAPITULO XV.

DESCRIPCION DE LA SANGRIENTA BATALLA que se dieron los dos Exércitos cerca de Arbela. Vencedor Alexandro sigue á Dario vencido y roto.

DEseoso Alexandro de evitar los lugares de las emboscadas, que Bion le habia mostrado, y de encontrar á Dario, que llevaba el ala izquierda de su batalla, salia siempre ácia la mano derecha, cuya diligencia hacia tambien Dario por llegar á él, habiendo

ordenado á Beso, que cargáse en el ala derecha de Alexandro con la Caballeria de los Masagetas. Tenia delante de sí sus carros armados de hoces, á quienes hizo partir contra los enemigos, luego que se les dió la señal: soltaronlos á toda rienda los que los gobernaban, para que con la celeridad fuese mayor el daño que hiciesen en ellos, no dandoles lugar á que pudiesen evitarle. Quedaban muertos unos al violento impulso de las lanzas que salian del timon, y despedazados otros al de las hoces, que pendian de una y otra parte de los carros, cuyo estrago obligó á los Macedones á que cediendo á él se retirasen, no ya con ordenanza, sino qual pudieran en declarada rota, con precipitosa fuga. Advirtiendola Maceo, aumentó su terror, cargando tambien en ellos, y enviando mil Caballos á saquear los alhojamientos de los enemigos; á cuya diligencia esperaba que reconociendo sus prisioneros, á quienes tenian en el mismo quartel, cercana su gente, rotas las prisiones se librasen. Si bien previniendo el fin Parmenion, que mandaba el ala izquierda, participó con la mayor presteza que pudo al Rey por medio de Polydamas el peligro en que estaba, y lo que gustaba hiciese. Pero habiendole oido Alexandro: *Id* (le respondió) *y decid á Parmenion, que si ganamos la victoria, no solo recuperarémos lo que es nuestro, sino quedarémos tambien dueños de quanto posee el enemigo, que no enflaquezca el cuerpo de la batalla, ni cuide del bagaje, sino de pelear con el ardor que debe hacerlo por la gloria de Alexandro y de Philipo.* En el interin los Barbaros saquearon el Campo, dieron muerte á muchos de las guardas; y los prisioneros, rotas sus prisiones, y armados de quanto encontraban, cogiendo á los Macedones enmedio, cargaban en ellos, y persuadidos á que habria sido igualmente feliz el suceso en lo demás del Campo, y que victoriosos los Persas se entregaban ya á la presa, participaron á Sisigambis, habia obtenido Dario la batalla, hecho considerable mortandad en los enemigos, y apoderadose del bagaje; pero conservandose aquella prudente Princesa, por mas que procuraron alegrarla los prisioneros con tan favorables noticias, en el mismo estado en que la hallaron, y no pudiendo sacarla alguna palabra, ni hacerla mudar de semblante, recelosa quizá de disgustar á la fortuna con su anticipado

do regocijo, apenas acertaban á distinguir qual era lo que mas deseaba. En tanto Amintas, General de la Caballeria de los Macedones, habiendo procurado con algunas Tropas, aunque cortas, recuperar el bagaje, ó ya fuese por arbitrio proprio, ó ya por orden de Alexandro, no pudiendo tolerar el furor de los Caducios, y de los Scythas, apenas intentó el combate, quando se vió precisado á retirarse ácia el Rey, sin otro fruto, que el de haber sido antes testigo de la pérdida del bagaje, que recuperador de él. Con cuyo suceso, disgustado Alexandro, ya se arrepentia de su primera orden, aunque temiendo justamente no divirtiese á los soldados del combate, el deseo de cobrar su bagaje, envió á toda diligencia á Arietes, Capitan de los Piqueros, á quienes llamaban *Sarisophores*, contra los Scythas. En cuyo interin los carros, que habian roto las primeras filas, llegaron hasta la Phalange; pero los Macedones abriendo con grande animosidad su batallon, y dividiendole en dos, como se les habia ordenado, los cogieron enmedio, donde, cruzadas las picas, herian por una y otra parte los caballos; y cercando despues los carros, derrivaban á los que iban en ellos. Fue tan grande el estrago, que no se veían sino cuerpos muertos; los caballos amedrentados, y doloridos de las heridas, no se dexaban regir, y precipitados de la violencia del castigo con que se les procuraba obligar á ello, volcaban carreteros y carros, y los heridos, sin poderse detener por su pabor, ni adelantarse por su debilidad, arrastraban tras sí á los muertos. Con todo, algunos carros que pudieron llegar hasta la retaguardia, hicieron gran destrozo en los miserables que encontraron, cuyos despedazados miembros, esparcidos por una y otra parte, no bastaron á bligarlos á que depusiesen las armas mientras permaneciendo calientes las heridas no llegaban á sentir la actividad de los dolores, hasta que desangrados del todo, espiraban en sus mismos puestos. A cuyo tiempo, habiendo muerto Aretes al Capitan de los Scythas, que robaban el bagaje, fue grande el terror que infundió en ellos esta perdida. Si bien el esfuerzo de los Bactrianos, á quienes Dario envió para abrigarlos, mejoró bien aprisa el combate, porque derribando del primer choque á algunos Macedones, y haciendo huir á otros, que se retiraron ácia donde estaba

el

el Rey, fue tan grande el regocijo con que celebraron los Persas este suceso, que levantando el grito, no de otra suerte que si se hallasen vencedores, cargaron á gran furia en el enemigo, á quien creian enteramente deshecho. Pero advirtiendo Alexandro aquel desorden, habiendo reprehendido y confortado á los medrosos, rehizo por sí solo el combate, y obligó á los suyos á que recuperados sus alientos á los esfuerzos de su persuasion, volviesen á la carga. Y reconociendo disminuida el ala izquierda de los Persas, por faltar de ella los Bactrianos, á quienes habia llevado á los aloxamientos la codicia de la presa, asaltó aquellas filas, las rompió é hizo en ellas considerable estrago. A cuyo tiempo, creyendo cogerle enmedio, mientras combatia, le acometieron por las espaldas; y es sin duda, que le hubieran puesto en gran peligro, si la Caballeria de los Agrianos, sobreviniendo allí á toda diligencia, no hubiese cargado en los Barbaros que le habian embestido, y los hubiesen obligado á volver contra ellos: en cuya ocasion fue mucho mayor el número de los muertos de la parte de los Persas; aunque de una y otra igual el de los heridos. Tenia Alexandro al enemigo por la frente, y por las espaldas; si bien á los que le acometian por estas daban bien que hacer los Agrianos y los Bactrianos, aunque vueltos ya del robo no podian recobrar sus filas. Habia muchas Tropas que separadas de su grueso, peleaban donde se les ofrecia hacerlo. Ambos Reyes, á cortisima distancia ya el uno del otro, inflamaban á los suyos al combate: Dario en un carro, y á caballo Alexandro, rodeados ambos de sus mas escogidas Tropas, las quales atentas solo á librar á sus Reyes, despreciaban generosamente sus vidas, no pudiendo lograrlas sin las suyas, á cuyo precio, y el de morir á su vista, se tenian por felices. Si bien era mayor el riesgo en los que estaban mas inmediatos á sus personas, por ser allí donde de una y otra parte anhelaban todos á obtener la gloria de dar por su mano muerte al Rey enemigo. Pero fuese ilusion, ó hecho cierto, es sin duda, que los que se hallaban al lado de Alexandro aseguraron haber visto volar apacible á un Aguila sobre su cabeza, sin que la alteráse ni espantáse el ruido de las armas, ni los gemidos de los que morian, que permaneció por largo espacio al rededor de su caballo, como suspendida en el

el ayre; y que mostrando Aristandro revestido de una ropa blanca, con un ramo de laurel que tenia en la mano, como seguro anuncio de la victoria, á los soldados que combatian, aquel pajaro los infundió tan grande ánimo y confianza, que los que se hallaban poco antes amedrentados, volvieron entonces á la carga con increible ardor y gusto. Fue empero mayor, quando traspasado de una lanzada el que conducia el carro de Dario, é iba sentado delante de su persona, le tubieron, así ellos, como los Persas, por el Rey. Con cuya persuasion fueron tan espantosos sus gritos y lamentos, que pusieron desorden todo el Exército, aunque hasta entonces combatia con igual esfuerzo que el de el enemigo. Los parientes de Dario, que estaban á mano izquierda, abandonando el carro, se pusieron en fuga, si bien los que se hallaban á la derecha le recibieron enmedio. Refierese, que habiendo sacado aquel Principe su cimatarra, estubo en duda si evitaria la ignominia de la fuga con una honrosa muerte; y que reconociendo desde su carro que aun mantenian los suyos el combate, tubo por indigna accion la de abandonarlos; aunque mientras fluctuaba entre la esperanza y la desesperacion, empezaron los Persas á retroceder poco á poco, y á desamparar sus filas. Alexandro, habiendo mudado caballo, despues de haber fatigado muchos, no cesaba de dar muerte á los que le resistian, y á los que huian. Finalmente no siendo ya combate aquel, sino destrozo y mortandad, se vió necesitado Dario á volver su carro, y á entregarse como los demás á la fuga. Cargaban los vencedores por las espaldas á los fugitivos, pero impidiendoles la vista una espesisima nube de polvo que levantaba el crecido tropel de los caballos, procedian con errantes pasos, como pudieran en la mas obscura noche, sin poder unirse por otro medio, que por el del sonido de alguna voz conocida, que se oia; asi como de rato en rato el estallido de los azotes, con que castigaban los caballos que conducian los carros, seña única que habia quedado á los fugitivos.

CA-

CAPITULO XVI.

VEESE ALEXANDRO EN PELIGRO, y librale de él su gran valor. Obtienen finalmente los Macedones una cumplida victoria, y obligan al resto de los Persas á que se libre por medio de la fuga con muy considerable pérdida de gente.

MAnteniase empero con variedad de sucesos, asi de una, como de otra parte, el ala izquierda que mandaba Parmenion; porque habiendo cargado ácia alli Maceo con toda su Caballeria, y cogido á los Macedones por el flanco, los empezó á estrechar tan reciamente por todas partes con la multitud de sus Tropas, que se vió necesitado Parmenion á enviar á decir á Alexandro á toda diligencia *el estado en que se hallaba, y que si prontamente no le socorria, le seria imposible evitar la fuga de su gente.* Aunque se habia alexado á alguna considerable distancia el Rey, en seguimiento de los fugitivos, le obligó aquella desabrida noticia, á que atendiendo antes al peligro de los suyos, que á la prosecucion de sus triunfos, volviese en su socorro, no sin gran irritacion de que le malográse aquel accidente la victoria, y de que hubiese tenido mas fortuna Dario en huir, que él en seguirle. Si bien habiendo sabido en el interin, Maceo, el rompimiento de Dario, quedó tan aturdido de su infelicidad, que en medio de la ventaja, con que combatia, empezó á descaecer del ardor con que apretaba al enemigo, ya desordenado. No podia Parmenion penetrar la ocasion de aquel repentino desaliento, aunque aprovechandose, como diestro Capitan de él hizo cargar alli la Caballeria de los Thesalos, á quienes les dixo: *¿No veis como aquellos, que poco ha nos resistian con tan grande ferocidad, se retiran preocupados de un repentino pavor? No es otra la ocasion, que haber ganado nuestro Rey la victoria para sí, y para nosotros. Los Persas se hallan rotos, y toda la campaña cubierta de sus cadáveres, ¿qué esperais despues? ¿Detieneos acaso el no juzgaros con bastante espiritu para cargar en los que huyen?* Con cuya exhortacion, persuadidos á lo que

que les decia, y convirtiendo en esperanzas y ardimiento su desmayo, dieron de espuelas á los caballos, y acometieron con increible furia al enemigo, que si hasta entonces se habia retirado con moderado paso, ya lo hacia con bien acelerado movimiento, y sin que faltáse á confirmar su fuga, sino el volver las espaldas. Sin embargo Parmenion, ignorando el suceso que habia tenido el Rey en el ala derecha, y no resolviendose á seguirlos, dió tiempo á que se pudiese librar Maceo: el qual habiendo pasado el Tygris por destraviado y seguro camino, entró en Babilonia con las tristes reliquias de aquel infeliz Exército. Dario, acompañado de pocos, llegó al rio Lico, y habiendole pasado, se halló dudoso en si romperia el puente, respecto de seguirle el enemigo; pero considerando, que haciendolo dexaba expuestos á merced suya infinitos millares de los suyos, que aun no habian llegado, lo escusó, protestando al partirse: *Queria antes dar paso á los que iban en su alcance, que negarsele á los que se salvaban*; y despues de haber corrido dilatadisima porcion de tierra, llegó á Arbela. ¿Qué entendimiento empero, ni qué palabras serán suficientes á comprehender y expresar la inmensa variedad de accidentes, con que se burlaba de unos y otros la fortuna? Tan diversos generos de muertes, la rota y fuga de los vencidos, el estrago y horror de tan sangrienta batalla, en la qual, ó ya se mire á lo general, ó ya á lo particular de ella, no parece sino que quiso reducir al suceso de un dia quantos accidentes puede producir un siglo. Huian unos por los caminos mas cortos y mas faciles que hallaban, y ganaban otros los bosques y los senderos mas desconocidos á los vencedores. Qué era ver la Caballeria é Infanteria, armados unos, desarmados otros, sanos, enfermos y heridos, mezclados confusamente todos, sin cabeza, sin gobierno, en desorden y confusion espantosa. Los que no podian seguir, por el impedimento de sus heridas á los demás, quedaban abandonados de sus compañeros con lagrimas y lamentos recíprocos; pero cediendo en estos la piedad al miedo, convertian en seguridad propria el cuidado ageno. Con todo, nada los atormentaba mas que la sed, que les ocasionaban las heridas, y la fatiga. Veíase infinidad de gente abalanzada á aquellos arroyos beber con ansia sin igual de sus turbias aguas, las

quales mezcladas en muchos de gran porcion de tierra, que pasaba entre ellas, los dexaban tan hinchados, impedidos, y embargados sus miembros, que sobreviniendo el enemigo, no podia moverlos sin nuevas heridas. Algunos, á quienes no permitia el aprieto y multitud, que cargaba en ellos, llegar á los arroyos mas inmediatos, pasaban á buscar los mas distantes, donde cogian el agua que descubrian, por corta que fuese, sin perdonar los mas retirados, ni charco, por seco, enjuto ó turbio, á quien su sed no le acometiese. No era menos digno de compasion el oir por los caminos cercanos á los lugares los clamores de las mugeres y de los viejos, los quáles con acentos lúgubres llamaban aun á Dario su Señor y su Rey. Habia llegado ya Alexandro, despues de haber detenido el precipitado curso con que corrian los suyos en seguimiento de los fugitivos (como hemos referido) al rio Lico, cuyo puente se llenó de tan gran multitud, que acometidos unos del enemigo, se precipitaban al agua, y cargados otros de sus armas, y fatigados del combate, y de la fuga, perecieron miserablemente. No solo el puente rebosaba Tropas, sino tambien el rio, sobre cuyas ondas corrian impetuosamente amontonadas unas en otras; porque apoderado una vez el pavor de los animos, no rehusan, por evitar la causa de su primer horror, arrojarse á los mayores peligros, teniendolos todos por menores. Instado Alexandro de los suyos: *Que no dexáse ir al enemigo tan libremente, y sin castigo, se escusó de complacerlos, manifestandoles, que sus armas habian ya perdido el corte; que sus brazos se hallaban cansados, debilitados sus cuerpos, y cercana la noche.* Pero no era esta la causa, sino el cuidado en que le tenia el ala izquierda de su batalla, á quien juzgaban aun combatiendo, y la resolucion en que estaba de volver á socorrerla: si bien le sacaron de él las noticias, que antes de partir de alli le traxeron de la victoria, obtenida por Parmenion, ciertos caballeros, á quienes despachó con ellas; pero no acabando de tener fin los peligros de la batalla, le sobrevino al tiempo de recojer sus Tropas uno, aun de mayor consideracion que quantos se le ofrecieron en aquel dia; porque seguido de pocos, que regocijandose de la victoria, se retiraban en desorden, creyendo quedaban los enemigos rotos ó muertos, dió sin pen-

pensar en un grueso de Caballeria, el qual, aunque suspendió al principio su curso, reconociendo el corto número de los Macedones, cargó en ellos. Pusose el Rey á la frente de subandera, disimulando mas, que despreciando el peligro; pero la fortuna, que nunca le faltó necesitado, tampoco entonces, porque acometido del Campo enemigo, con mas deseo de gloria, que consideracion, castigó su atrevido denuedo, derribandole de un bote de lanza, con la qual dexó muerto al que combatia mas inmediato á él, y á otros muchos que le seguian, á cuyo tiempo cargaron los suyos en los Persas, que aunque amedrentados de tan infeliz principio, no dexaron de defenderse con igual resolucion, y valor al que mostraron ambos Exércitos en lo mas recio de la batalla. Finalmente reconociendo los Barbaros, que la noche les era mas oportuna á la fuga, que al combate, se entregaron desbandados por diversas partes á ella. Con que libre el Rey de tan inesperado peligro, recogió sus Tropas sin pérdida alguna. Murieron en esta batalla, segun el cómputo, que pudo hacer el vencedor, quarenta mil Persas, y trescientos Macedones; cuya victoria es sin duda que la debió Alexandro, antes que á su fortuna, á su valor y destreza, porque demás de que no se pudo atribuir á la ventaja del lugar, como la antecedente, dispuso su Exército con admirable ordenanza, peleó con suma prontitud, y despreció con gran acuerdo y maduréz la pérdida de los alhojamientos y del bagaje, reconociendo, que toda la importancia y el peligro pendia del suceso de la batalla, en la qual, aunque dudoso de él, obstentandose vencedor, puso en desorden al enemigo, le derrotó, y lo que parece increible en un espiritu tan vehemente, siguió á los fugitivos con mas cordura, que ardor. Siendo cierto, que si dexandose llevar de él, no se hubiese abstenido con aquella maduréz, ó habria quedado por culpa suya vencido del resto del Exército enemigo; que hacia aun rostro, ó no habria debido á su proprio valor la victoria. Y ultimamente, que si le hubiese atemorizado aquel grueso de Caballeria, que inesperadamente encontró, y cargó en él, se hallaria necesitado, ó entregarse vengonzosamente á la fuga, ó perder infelizmente la vida; pero no por esto se deben defraudar á los Cabos los merecidos loores que les grangeó su generoso valor,

y las gloriosas heridas, que como seguro testimonio de él recibieron en el combate, de quien salió herido Ephestion en un brazo de un bote de lanza, asi como casi muertos Perdicas, Ceno y Menidas de los tiros de las saëtas: y á la verdad, si se ha de hacer el juicio que se debe de aquel Rey, y de aquellos Capitanes, es preciso confesar, que tan gran Rey fue digno de tan ilustres Capitanes, y tan ilustres Capitanes merecedores de Rey tan esclarecido.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO PRIMERO.

HABIENDO ENTRADO DARIO EN LA Media, se apodera Alexandro de Arbela y de Babilonia, cuya grandeza, situacion, y viciosas costumbres de sus habitadores se describen.

SI hubiese de referir, segun el orden del tiempo, todos los sucesos que acaecieron en este intermedio, asi en Grecia, como en Illiria y en Thracia, debaxo de los auspicios, y por las ordenes de Alexandro, sería preciso interrumpir el hilo de los del Asia; y asi para evitarlo, he tenido por mejor continuarlos hasta el fin y muerte de Dario, sin omitir alguno, para que se reconozcan en la historia con la misma série que se executaron; á cuyo fin empezaré por las conseqüencias, y resultas de la batalla. Llegó Dario mediada la noche á Arbela, donde la fortuna habia llevado gran parte de sus Tropas, y de sus Capitanes; y habiendolos juntado, les dixo: *Que no dudaba pasaria Alexandro á apoderarse de las mejores ciudades, y de aquellas hermosas y fertiles campañas; ni tampoco, que él, y sus soldados, mas atentos al robo y á la presa, que se les ofrecia por todas partes (único recurso en que libraban ellos en su infelicidad su remedio) que á otro designio, les darian tiempo de asegurar su*

su retirada, y de ocupar los desiertos con un Campo volante: Que las ultimas provincias de su Reyno se hallaban enteras, y podria facilmente volver á alistar en ellas un nuevo Exército: Que aquella codiciosisima nacion iba á apoderarse de sus tesoros, y á saciar su continuada sed en el oro, que esperaba recuperar despues: Que la experiencia le habia enseñado, de quan molesto gravamen, y carga era aquel obstentoso aparato, y copioso número de Eunuchos, y concubinas; y que hallandose precisado Alexandro á llevarle, no podia dexar de pelear con inferiores ventajas á las que hasta entonces habia tenido para quedar vencedor. Pareció á todos este razonamiento de gran desesperacion, y que dexando expuesta al poder del enemigo la riquisima ciudad de Babilonia, apoderado de ella, le sería facil hacerse dueño de la de Susa, y de las mas principales del Imperio, como premio de sus fatigas, y principal asunto de sus empresas; pero continuando en él, les manifestó: *Que en las grandes calamidades no debia detenerse la consideracion á la aparente obstentacion de las cosas, sino á la solidéz y urgencia de ellas: Que las batallas se adquirian por medio del hierro, y no por el del oro, á fuerza de hombres, y no de edificios: Que todo se rendia á los que se hallaban con las armas en la mano; y que con ellas recuperaron sus predecesores, despues de bien infelices principios, sus pérdidas, restableciendose á su antigua grandeza.* Con cuyas razones, ó fortalecidos sus animos, ó precisados de su obediencia antes que de ellas, entraron en su compañia por los confines de la Media. Rindió pocos dias despues Alexandro á Arbela, en cuya ciudad halló gran cantidad de muebles de la Corona, ricas y preciosas alhajas, con quatro mil talentos, y todas las riquezas del Exército, que (como queda dicho) se habian juntado alli: si bien, precisandole á desalojar á toda diligencia de ella el suyo la peste, que empezaba á picar, ocasionada de la infeccion de los cuerpos muertos, de que estaba cubierto todo el campo, tomó su marcha por aquellas llanuras, dexando á mano derecha la Arabia, region feliz por los perfumes y gomas odoríferas que produce. Refierese, que es tan grande la fertilidad de aquellas tierras, que se contienen entre el Tygris y el Ephrates, que no permite apacienten en ella los ganados, sin riesgo de que los ahogue la demasiada gordura que les cau-

causa su abundancia; la qual procede de la humedad que participan á aquel territorio las avenidas de ambos rios. Tiene su nacimiento en los montes de Armenia, desde donde tomando su curso dividen sus aguas el uno del otro, aumentando á proporcion de él su separacion; la qual, en donde mas, es de dos mil y quinientos estadios, segun aseguran los que la han medido: si bien, entrando en las tierras de los Medos y Gordianos, se vuelven poco á poco á unir mas en proporcion siempre de lo que se alejan. Donde mas llegan á estrecharse es en Mesopotamia, llamada asi, porque la cierran de ambas partes; desde la qual corriendo por las tierras de Babilonia, se dilatan hasta descargar en el Mar Roxo. Llegó el Rey en quatro dias á la ciudad de Memphis, donde se ofrece en una caberna aquella fuente, á quien ha hecho tan célebre el betun que de ella mana, en tan gran abundancia, que se tiene por cierto se labraron con él los muros de Babilonia, una de las maravillas del Mundo. Luego que el Rey tomó el camino de aquella ciudad, salió con sus hijos á entregarsele y ofrecersela Maceo; el qual se habia retirado á ella despues de la batalla de Arbela. Cuya rendicion celebró Alexandro con gran gusto, asi por el gravoso y dilatado Sitio, de que se escusaba, y era preciso para apoderarse de plaza de tan gran conseqüencia, y tan abastecida de todo lo necesario á una larga resistencia, como porque se la entregáse persona de su gran suposicion y valor, bien acreditado en las ilustres acciones que obró en aquella ultima batalla, y cuyo exemplo esperaba siguiesen otros muchos. Admitiólos con singulares demostraciones de gratitud; si bien no quiso dexar de entrar en la ciudad, como pudiera á declarado combate, en forma de batalla, y marchando á la frente de su Exército. Coronaba infinita multitud de gente los muros de aquella ciudad, en medio de haber salido la mayor parte de sus habitadores á recibirle, impacientes ya de que se les dilatáse el ver á su nuevo Principe, entre cuya muchedumbre, Bagophanes, Gobernador de la fortaleza, y guarda del tesoro, deseoso de mostrarse no menos afecto que Maceo, hizo sembrar los caminos de flores, y levantar por ambas partes altares de plata, que respiraban, demás del incienso, todo genero de olores. Llevaba los presentes que habia de dar al Rey, que

que se componian de pieles de animales, de gran cantidad de caballos, de leones y pardos, en sus jaulas. Seguianle despues los Magos, entonando hymnos á su usanza; y á estos los Caldéos, y con ellos los Adivinos y los Músicos de Babilonia, tocando todos diversos instrumentos. Acostumbran estos cantar las alabanzas del Rey, asi como los Caldéos observar el movimiento de los Astros; y las regulares mudanzas del tiempo. Iba á lo ultimo la Caballeria Babilónica, con tan ostentoso aparato, que excedia á la mayor magnificencia. Hizo el Rey que siguiese el pueblo á su Infanteria, y rodeado de sus guardas entró sobre un carro en la ciudad, y despues en palacio, en forma de triunfo, donde al dia siguiente mandó manifestar los muebles y la plata de Dario. Pero la hermosura y ornamento de aquella ciudad se llevaba justamente, no solo los ojos del Rey, sino los de todos, á repararla y advertirla. Fundóla Semiramis, ó como creen muchos, Belo, cuyo palacio existe aun: contienen sus muros de ladrillo, unido con betun, treinta y dos pies de largo, sobre quienes pueden pasar dos carros á quatro caballos, sin embarazarse el uno al otro. Su altura es de cinqüenta codos, la de sus torres de diez pies mas, y toda su circumbalacion de trescientos y sesenta y ocho estadios, de quienes se refiere salia á uno por dia á los obreros. Distan de los muros las casas (en bastante separacion unas de otras, por el riesgo del fuego, á lo que discurro) dos yugadas de tierra, y no ocupan en la ciudad mas espacio y extension, que el de ochenta estadios. Todo lo restante de ella lo labran y siembran para aprovecharse de los frutos, que recogen en ocasion de algun Sitio. Pasa por medio el Euphrates, cuyas riberas son de desmesurada magnitud, rodeadas de profundas cabernas, labradas de ladrillo, y en lugar de mezcla de aquel betun; las quales sirven de receptáculo al rio, que saliendo de sus margenes con rápida violencia, es sin duda que llevaria tras sí los edificios á no hallar en aquellos lugares subterráneos donde descargar parte de su gran avenida. Une las dos partes de la ciudad un puente de piedra que dilatandose de una á otra ribera, ha merecido tambien, por la sumptuosidad de su fábrica, que se le coloque en el número de las maravillas del Oriente, respecto de que llevando tras sí el Euphrates tan gran cantidad de cieno,

no

no se puede, sin gran dificultad y trabajo, esguazar, y descubrir tierra firme y sólida, sobre que echar los cimientos; á que se añade, que los bancos de arena, que con el curso del tiempo se forman junto á los arcos de él, embarazando la corriente, la hacen tanto mas rápida y caudalosa, quanto ha estado detenida y opresa. Circundan tambien sus aguas el castillo, cuyo circuito es de veinte estadios, asi como de treinta pies los cimientos de sus torres, y de ochenta su altura. Ocupan su eminencia vistosos y floridos jardines, cuya hermosura y singularidad dió ocasion á que los supusiesen por milagrosos en sus fabulas los Griegos. Igualanse en la altura con los muros, y hacelos sumamente apacibles y deliciosos la gran sombra y frescura que los ocasiona la crecida corpulencia y rectitud de sus arboles. Las columnas, que sustentan aquella garvosa máquina, son de piedra, sobre quienes cargan grandes azoteas, labradas de piedra en quadro, las quales reciben en sí la tierra, á quien riegan bombas y aqueductos secretos fertilizandola de suerte, que produce arboles de tan desmesurada grandeza, que llegan á comprehender sus raices ocho codos en ancho, y á dilatarse hasta cinqüenta su altura; hallandose tan cargados de frutos, como pudieran estarlo en el mas natural y abundante territorio. Y si bien no se preservan del estrago del tiempo, ni las fábricas en que interviene la industria de los hombres, ni las obras que produce la naturaleza, se ha conservado ésta sin detrimento alguno, enmedio de hallarse oprimida de las dilatadas raices de tantos arboles, y del grave peso de tan inmensa máquina. Fundase sobre veinte dilatadas y fuertes murallas, á distancia de once pies la una de la otra, cuya fábrica advertida de lexos, ofrece la representacion de dilatados y montuosos bosques. Es fama, que reynando antiguamente en Babilonia cierto Rey de Siria, hizo labrar aquellos jardines, movido de las instancias con que le persuadió su esposa (á cuyos cariciosos alhagos vivia rendido) imitáse en ellos por medio de tan raro artificio los primores de la naturaleza, para que asi pudiese gozar, sin salir de la ciudad, de los recreos y diversiones del campo, á que tenia singular inclinacion. Detubose el Rey en aquella ciudad mas tiempo del que solia en otras, donde padeció mayor perjuicio que en alguna la disciplina militar, por lo

lo que excede á todas en la suma corrupcion de las costumbres, y en los grandes incentivos y disposiciones, que tiene para desordenados y torpes deleytes. Toleran en ella los padres, que sus hijas hagan con los huespedes mercancia de su honestidad, no siendo menos liberales de la de sus mugeres los maridos. El mayor divertimiento de los Reyes, y Satrapas de Persia, es el de los festines, en quienes introducen licenciosos y deshonestos juegos, no teniendo otros los Babilonios, que el de la embriaguéz, á que son muy dados, y á los demás desordenes conseqüentes á ella. Muestranse en sus banquetes las mugeres al principio con modestia; pero luego que empiezan á deponer, primero sus exteriores vestiduras, y despues las mas internas, deponiendo tambien con ellas su honestidad (sea dicho sin ofensa de castas orejas) quedan en carnes. En cuyo torpe y deshonesto expectáculo no se ofrecen solo las mugeres públicas, sino tambien las que están reputadas por de mayor recato y honestidad, con sus hijas, que unas y otras, asi como sus padres, tienen tan horrible prostitucion por una de las acciones mas urbanas. Entre estos vituperables y licenciosos recreos se ocupó por espacio de treinta y quatro dias aquel victorioso Exército del Asia; el qual es sin duda que se hubiera hallado bien debilitado al fin de ellos para la continuacion de sus conquistas, á haber tenido enemigo en su oposito. Si bien las reclutas, que de tiempo en tiempo le llegaban, hacia menos sensible aquellos desordenes: porque Amintas, hijo de Andromene, habia llevado seis mil Infantes, y quinientos Caballos Macedones, enviados por Antipatro, con seiscientos Caballos Thraces, y tres mil y quinientos Infantes de su misma nacion, sin que entrasen en este número quatro mil hombres pagados, que iban del Peloponeso, con trescientos y sesenta Caballos. Enviaba tambien el mismo Amintas para la Guarda de Corps del Rey cinqüenta jovenes, hijos de los primeros Señores de Macedonia; los quales sirven á la mesa de los Reyes, les llevan los caballos quando salen en alguna faccion, los acompañan quando van á caza, y hacen todos los dias guarda á la puerta de su camara, por cuyos primeros grados llegan á los mayores empleos del Reyno, quales son los Generalatos de los Exércitos, y los Gobiernos de las Provincias. El Rey, habiendo dexado á

Agathon en el castillo de Babilonia con setecientos Macedones, y trescientos soldados estrangeros, dió el gobierno de la ciudad, y de toda la region á Menete y á Apolodoro, á quienes dexó dos mil Infantes, y mil talentos, con orden de que hiciesen reclutas. Hizo á Maceo Satrapa de Babilonia, y mandó á Bagophanes, el qual le entregó la fortaleza, que le siguiese. Dió la Armenia al traydor Mithrene, que le hizo dueño de la ciudad de Sardis, y de la plata de Babilonia: á cada Caballero Macedon á seiscientos dineros, quinientos á los estrangeros, y doscientos á cada Infante, demás de la paga ordinaria.

CAPITULO II.

PROPONE PREMIOS A LOS SOLDADOS, para obligarlos á huir la ociosidad: Recibe la ciudad de Susa, con los tesoros del Rey de Persia; y consuela á Sisigambis.

DIspuestas asi aquellas cosas entró en la provincia de Satrapene, cuya fertilidad y abundancia en todo genero de frutos fue causa de que se detubiese en ella algo mas; si bien, receloso de que no enflaqueciesen la ociosidad y los deleytes los generosos alientos de sus Tropas, propuso premios para los que mas se señalasen en los exercicios de valor y agilidad, y nombró personas, que con desinterés y justificacion declarasen los que los mereciesen. Fueron estos ocho, á quienes hizo merced de otros tantos Regimientos, que formó compuesto cada uno de ellos de mil hombres, á los quales llamaron *Chiliarchos*, no habiendo pasado hasta entonces ninguno de quinientos, ni llegado tampoco á ser premio del valor. Fue grande el concurso de soldados que llevó á sí aquel ilustre espectáculo, al qual no solo iban á ser testigos de lo que obrasen unos y otros, sino tambien Jueces de los mismos Jueces, y á reconocer si se distribuian los premios en atencion al merito, ó al favor. Dióse el primero al anciano Adarchias, á cuyo esfuerzo y diligencia se debió en el Sitio de Halicarnaso volviese á él la juventud, que le habia abandonado, y que repitiese con mayor esfuerzo, que hasta entonces los

los ataques. Tubo Antigenes el seguundo, Philotas Angeo el tercero, Amintas el quarto, el quinto Antigono, Lincestes Amintas el sexto, Theodoro el septimo, y el ultimo Hellanico. Mejoró la Milicia, quitando, no sin grande utilidad de ella, muchas cosas introducidas por sus predecesores, en quienes habia reconocido inconvenientes. Ordenó que la Caballeria, separada hasta entonces por naciones, y debaxo de la trompeta, y de las ordenes del Cabo de la suya cada una, quedáse reducida toda á un cuerpo, y á la obediencia de los Oficiales que puso en ella: Que asi como hasta entonces se daba la señal de la marcha por medio de la trompeta (cuyo sonido impedia muchas veces el ruidoso estruendo del Exército al de campar) se diese alli con un estandarte, levantado en su Tienda, de suerte que pudiese ser visto de todo el Exército. Y finalmente, que se tubiese de noche por señal el fuego, y de dia el humo. Hallandose cerca de Susa Abulites Gobernador de la provincia, ó ya fuese por dictamen proprio, ó ya por orden de Dario, y con el fin de entretener á Alexandro por medio de la presa, envió á su hijo á recibirle, y á ofrecerle la ciudad. Halló en el Rey grata acogida aquel mancebo; el qual le conduxo hasta el rio Choaspes, cuyas aguas son muy celebradas por su delgadeza. Salió á encontrarle alli Abulites con presentes dignos de tan gran Rey, entre quienes llevaba Dromedarios de suma velocidad, y doce Elefantes; que habiendolos hecho traer Dario de la India, para amedrentar con ellos á los Macedones, solo sirvieron de hacer mas celebrados sus triunfos y trofeos. Asi se burla la fortuna de los intentos y disposiciones de los hombres. Habiendo entrado en la ciudad, halló en el erario inmensas sumas en moneda, y cinqüenta mil talentos de plata en barras. Estaban recogidas en él quantas riquezas habian adquirido por espacio de muchos siglos tantos Reyes para sus descendientes (juzgando se dilatáse á largas duraciones su posteridad:) todas las quales pasaron en la brevedad de una hora á estraño dueño. Ocupó despues el Trono de los Reyes de Persia, cuya silla, siendo mas alta de lo que requeria su estatura, y no llegando con los pies á la tarima, fue preciso que un page suyo le pusiese una mesa, que acaso se le ofreció alli, en que estrivasen. A cuyo tiempo advirtiendo Alexan-

xandro en las lagrimas de cierto Eunucho, que habia sido de Dario, y preguntandole la causa de ellas, le respondió: *Que habiendo comido en aquella mesa, sobre quien tenia los pies, su Rey, no podia sin gran ternura verla profanada.* Con cuya noticia, corrido Alexandro de haber violado los Dioses del hospedage, iba á mandarla quitar, como lo hubiera hecho, á no haberselo estorvado Philotas: *Representandole debia tener por feliz agüero hollar mesa, en que su enemigo habia comido.* Deseando pasar de alli á Persia, dexó á Archelao por Gobernador de la ciudad de Susa con guarnicion de tres mil hombres, y á Xenophilo por Capitan de la fortaleza, en cuyo presidio mandó quedasen los soldados mas viejos, que hubiese entre los Macedones. Puso al cuidado de Calicatres la guarda de los tesoros, y en el Gobierno de Susa á Abutiles, en cuya ciudad dexó á la madre, y á las hijas de Dario; y habiendole llegado de Macedonia gran cantidad de ropas de púrpura, y riquisimos vestidos, á la usanza de su patria, no le permitió el cariño con que estimaba, qual pudiera á su madre, á Sisigambis, dexáse de enviarselos con los que los habian hecho, para que si gustaba (como mandó se lo dixesen) de que sus nietas aprendiesen á hacerlos tubiesen quien las enseñáse. Cuya demostracion, y recado la fue de tan gran disgusto, como lo mostraron las copiosas lagrimas, que derramó al oirle, por no haber entre las Señoras de Persia exercicio mas sensible, ni mas ignominioso, que el de trabajar en lana. Si bien advertido Alexandro del yerro en que habia incurrido, tubo por preciso pasar á su Tienda á disculparse de él, y á consolarla, como lo hizo diciendola: *Esta ropa que traigo puesta (madre mia) no solo es dádiva de mis hermanas, sino obra de sus manos, porque en mi patria, aun las Princesas no desdeñan divertirse en estos exercicios. Si el estilo de ella pudo hacer incurriese, poco noticioso del de la tuya, en demostracion alguna de tu desagrado, no debes atribuir á ofensa tuya, lo que solo ha sido ignorancia mia. Mi respeto á tu Real persona no ha escusado ninguna que haya entendido puede, sin oponerse al estilo de tu Reyno, contribuir á tu obsequio. Advertido de que en ella se tiene por especie de desacato se siente delante de su madre el hijo, sin permision suya, he procurado cuidadoso no contravenir á aten-*

atencion tan debida, escusando el hacerlo mientras tus preceptos no me han obligado obediente á ello. No ignoras la reverente repugnancia con que me he opuesto á tus corteses excesos, y á que hayan tenido lugar las instancias de postrarte á mis pies; ni tampoco que por ultima, y mayor prueba de mi amor y veneracion te he dado el dulce nombre de madre, que solo le es debido á Olimpias, á quien reconozco el sér.

CAPITULO III.

DESPUES DE HABER VENCIDO ALEXANDRO la region de los Uxiores, concede libertad á Madates, su Gobernador, y á todos los rendidos y prisioneros, eximiendolos de todo genero de tributos. Intenta entrar en la Persia, pero obligale Ariobarzanes á que se retire.

HAbiendo dexado el Rey con tan urbanos y corteses terminos satisfecha á Sisigambis, pasó á la ribera del Tygris, á quien los naturales llaman Pasitygris. Tiene su origen en los montes Uxiores, desde donde descendiendo con impetuoso curso por espacio de mil estadios entre rocas y precipicios á la campaña, se dilata con mas apacible curso por ella, hasta que aumentado queda capáz de que por él se navegue; y despues de haber corrido seiscientos estadios de un territorio fertil, entra suavemente en el Golfo Persico. Pasó, pues, Alexandro el rio con nueve mil Infantes, y tres mil Caballos, asi de Agrianos, como de Griegos mercenarios, y llegó á la region de los Uxiores. Está cercana á los Susos, y se dilata hasta la frontera de la Persia, sin que entre ésta, y aquellos haya mas que un corto estrecho de por medio. Era Gobernador de aquella provincia Madates, el qual bien lexos de acomodarse al tiempo, y fortuna del vencedor, estaba resuelto á conservar la fidelidad que debia á su Rey, y á resistir á los enemigos hasta el ultimo peligro. Ofreciendo al Rey algunas personas prácticas de la tierra conducir por cierta vereda breve, y secreta hasta la misma frente de los enemigos alguna porcion de gente, que les diese armada á la ligera: tuvo por bien hacerlo,

lo, y ordenarlos siguiesen, luego que se pusiese el Sol, mil y quinientos soldados pagados, y casi mil Agrianos mandados por Tauron. Y habiendo levantado él su Exército á la tercera vigilia, con el menor ruido que pudo, ocupó al amanecer los pasos de las montañas, y dispuestas mantas de guerra y terraplenes, con que se cubriesen los que conducian las máquinas y las torres, puso Sitio á la ciudad. No ofreciendose empero en todos aquellos parages, sino peñascos y precipicios, en quienes se herian y maltrataban los soldados, mas tenian que vencer en la situacion del lugar, que en los enemigos; pero sin embargo no cedieron á la dificultad hallandose alli el Rey, el qual les preguntaba: ?*Si no se corrian de detenerse delante de una mala bicoca, despues de haber rendido tan ilustres ciudades*? Mientras les decia esto cargaban en él tantos tiros, disparados de lexos, que les fue preciso á los suyos, no pudiendo vencerle sus ruegos, á que se retiráse, juntar sus escudos, y cubrirle con ellos. Finalmente, descubriendose Tauron con su gente sobre la fortaleza, empezaron los Barbaros á perder el ánimo, y los Macedones á reiterar sus esfuerzos, hasta que cogiendo al enemigo por ambas partes, se hicieron señores de la plaza. Quedaron pocos que fuesen testigos de la resolucion, porque muchos se encomendaron á la fuga; y los que no lo hicieron, se retiraron á la fortaleza, de donde habiendo enviado treinta Diputados al Rey, pidiendole perdon, tuvieron la desabrida respuesta: *De que no le esperasen.* Con cuya amenaza atemorizados, libraron su remedio en la intercesion de Sisigambis, á quien (asegurados de lo que podian con el Rey sus ruegos, por lo que la amaba, y de que ésta no se negaria tampoco á los suyos, por el cercano parentesco de Madates y Dario, con cuya sobrina estaba casado) despacharon un expreso por vereda desconocida del enemigo, suplicandola se sirviese templar con su autoridad la indignacion del Rey. No atreviendose empero por entonces Sisigambis á hacerlo, les respondió: *Que considerasen quan ageno era de su fortuna pedir por otros, y quan propio de su atencion no abusar de la clemencia del vencedor, y acordarse antes, que de que habia sido Reyna, de que era cautiva.* Si bien dexandose por ultimo vencer de sus instancias, escribió á Alexandro, suplicandole: *Se sirviese dispensarla, le pidiese usá-*

se de su acostumbrada clemencia con aquellos infelices, ó á lo menos con un pariente suyo, no ya su enemigo, sino quien postrado á sus pies la solicitaba rendido. Bien acreditó entonces el Rey su moderacion y benignidad: pues no solo perdonó á Madates, y á todos los prisioneros y rendidos, sino hizo tambien que se les guardasen sus privilegios, que no se entrase á saco la ciudad, y que se les permitiese labrar sus campos, sin el gravámen de alguna imposicion, ni tributos. ¿Qué mas pudiera haber conseguido de su hijo, si fuese el vencedor? Sujetos, pues, los Uxiores, los reduxo debaxo del gobierno de Susa, y habiendo dado una parte de su Exército á Parmenion, con orden de que le llevàse por las llanuras, pasó con las Tropas restantes, armadas á la ligera, los montes que se estienden hasta la Persia; de donde despues de haber asolado toda aquella region, llegó al quinto dia al paso de Susa, á quien los naturales llaman *Pilas Susidas.* Habia ocupado Ariobarzanes con veinte y cinco mil Infantes aquellos peñascos, desgajados y rotos por todas partes, y alhojado á los Barbaros en sus eminencias, á poca mas distancia que la de un tiro de dardo, desde la qual fingiendose medrosos, esperaban empeñar á Alexandro en aquellos estrechos; pero viendo que se adelantaba despreciandolos, ampezaron á desgajar desde la cumbre del monte piedras de desmesurado tamaño, las quales, aumentada la violencia del primer impulso, al de los repetidos golpes que daban en aquellos peñascos, que precipitandose encontraban, hacian considerable estrago, no ya en uno ú otro soldado, sino en Compañias enteras, acrecentandole los tiros de las hondas y las flechas, que de todas partes los cargaban. En cuyo inminente riesgo no desesperaba tanto á aquellos valientes soldados el perder la vida, quanto el que oprimidos, y cercados á manera de bestias, en aquella hoyada, se hallasen tan imposibilitados de vengar su muerte. Por lo qual, pasando á rabia la ira, cogian los peñascos que les arrojaban, y levantandolos unos sobre otros, no habia esfuerzo que no hiciesen por trepar, y llegar á los enemigos. Pero hallandose sin alguna firmeza, con el mismo movimiento y diligencia que ponian para subir por ellos, los derrivaban sobre sí. Con que no sabian ya qué hacerse, ni qué recurso buscar, no siendolo el cubrirse con sus escudos, respecto de las grandes pe-

peñas que desgajaban sobre ellos los Barbaros. Era en el Rey aun mayor el dolor y la ignominia, por haber expuesto tan inconsideradamente su Exército á aquel peligro, llavandole entre aquellas rocas. Habia hasta entonces quedado siempre invencible, no habia experimentado empresa alguna, que hubiese dexado de corresponder menos feliz á ella el suceso. Habia entrado por los estrechisimos pasos de la Cilicia, sin el menor contratiempo, y descubierto en el Mar nuevo rumbo para pasar á Pamphilia; pero otra ya alli su fortuna no le permitia mas recurso que el de volverse por donde habia ido. Por lo qual habiendo dado orden para tocar á retirar, y á su gente para marchar, cerrada y cubierta con los escudos, salieron de aquellos peligrosisimos lugares, retrocediendo treinta estadios.

CAPITULO IV.

MUESTRALE CIERTO PRISIONERO UN CAMINO desconocido, por medio del qual llegó á combate con los Persas, en él dexa roto su Exército, y muerto á Ariobarzanes.

HAbiendo plantado en lugar abierto por todas partes los alhojamientos, no solo quiso saber el dictamen de los suyos, sobre lo que debia deliberar, sino tambien lo que segun sus pronosticos le advertian los Adivinos; tan dado era á la supersticion: ¿Qué podria empero predecirle entonces Aristando, aunque estubiese reputado por oráculo entre los demás profesores de aquella facultad? Considerandolo asi, y que no era tiempo de recurrir á los sacrificios, hizo llamar algunos naturales del país, los quales ofrecieron conducirle á la Media por camino facil y seguro, aunque de gran rodeo. Pero llevando mal el dexar sin sepultura á sus soldados, por ser entre los Macedones una de las primeras obligaciones militares la de enterrar los difuntos, hizo llevar á su presencia á todos los prisioneros que habia hecho poco antes. Hallabase entre ellos uno bien experto en la lengua Griega y Persica, el qual le representó el yerro que cometia en querer introducir en la Persia su Exército por los montes; que solo se ofrecia un camino por los bosques para llegar á ella; pero tan es-

estrecho, que apenas permitia lugar, para que pudiese pasar por él una persona respecto de la demasiada espesura de los arboles, y de la frondosidad de sus ramas, las quales enlazadas y entretegidas unas en otras, negaban mas extension. Que la Persia quedaba de la otra parte cerrada y ceñida de montes, cuya longitud era de seiscientos estadios, y cuya latitud de ciento y setenta; que estos se estendian despues del Caucaso haste el Mar Roxo; el qual hacía alli donde terminaban á manera de fortaleza, que tambien lo cerraba. Que á la falda de aquellos montes se descubria una dilatada y espaciosa campaña sumamente fertil, y poblada de ciudades y villas, por quienes corria el rio Araxes, á quienes hacian caudalosisimo los raudales de otro, hasta que se juntaba con el Medo, el qual aunque inferior á él, volviendo á la parte del Medio-dia entraba en el Mar. Que no habia alguno que fertilizáse tanto como éste las tierras por donde corria, las quales vestía de flores y yervas sumamente crecidas y espesas. Que sus riberas se hallaban tan pobladas por ambas partes de platanos y de alamos, que al que las miraba de lexos, no parecian sino que ellas y los montes vecinos hacian un continuado bosque, por correr por alli aquel rio, cubierto de los arboles, estrechisimo y profundo, y por conservar siempre las margenes, que le guarnecen, adornadas de verdes y frondosas hojas, la humedad de que participan. Que aquel era el lugar mas saludable de toda el Asia, y donde con mayor benignidad, y templanza corria el ayre, respecto de la larga extension con que se dilataban los montes, por una parte cubiertos todos de arboles, cuya umbrosa frescura templaba los ardores del Sol, y de los templados vapores de que hacia partícipe á la tierra el Mar por otra. Habiendo referido el prisionero todas estas particularidades al Rey, le preguntó: ¿*Si las sabia por haberlas observado, ó por haberselas referido otro*? Respondiole: *Que habiendo sido pastor de aquellos montes, no habia senda ni vereda, que se ocultáse á su noticia; y que por dos veces le habian hecho prisionero, aun en Lycia los Persas, y otra los suyos.* Cuyas palabras acordandole las de la prediccion, que tubo del Oráculo, quando consultandole sobre su jornada, le respondió, *que un Lycio le conduciria á la Persia*, le hizo mayores promesas, que las que permitia su hu-

humilde nacimiento, le mandó armar á la usanza Macedonica, y le dixo despues, *que le mostráse en buena hora el camino, con el seguro de que se esforzaria á pasarle con algunas ligeras Tropas, por aspero é impenetrable que fuese, si ya no era, que presumiese no podia Alexandro, por aumentar su gloria, y perpetuar su fama, ir por donde habia apacentado un pastor.* Insistiendo empero este en ponderar la dificultad del camino, mayormente para gente armada: *Yo respondo por todos los que me siguen,* (le dixo el Rey) *que ninguno rehusará ir por donde tú nos llevares.* Y encomendando á Cratero la guardia del Campo con la Infanteria, que mandaba las Tropas de Meleagro, y mil Archeros á caballo, *le ordenó dexáse el Campo en la misma forma que estaba, y hiciese grandes fuegos en él, para que á vista de ellos se asegurasen los Barbaros de que subsistia alli su persona; y que en caso de que Ariobarzanes, noticioso de su marcha, pasáse con alguna parte de sus Tropas á impedirle el paso, que cargáse entonces en él para divertirle y obligarle á que se retiráse por la parte mas peligrosa. Pero que si por el contrario superaba á los Barbaros, y se apoderaba de los estrechos, que no receláse entrar á la primera arma en el camino donde habian sido rechazados el dia antes, pues atrayendo él á sí todas las fuerzas del enemigo, quedaria desamparado y seguro.* Mandó despues á los soldados, que le habian de seguir, y estaban armados á la ligera, que llevasen viveres para tres dias, y á la tercera vigilia partió con el mayor silencio que pudo, tomando los rodeos por donde le llevaba la guia. Pero demás de estar estos impenetrables, y tan resbaladizas las rocas, que apenas se podia poner con alguna firmeza la planta en ellas, eran tan crecidas las nieves, que el viento habia acumulado alli, que cayendo, y hundiendose los soldados como en profundos fosos, llevaban tras sí á los compañeros que procuraban sacarlos. Llegábase á esto el horror de la noche, lo desconocido del pais, y la incierta fidelidad de la guia, cuyas cosas todas aumentaban el pavor, y no menos la consideracion, de que si se engañáse á sus guardas, perecian qual brutos todos en aquel estrecho, y la de que la vida del Rey, y las suyas pendian de la fé de un cautivo.

Sin

Sin embargo fueron tantos los esfuerzos que hicieron, que ganaron la cumbre del monte, á cuya mano derecha se ofrecia un camino, que iba ácia donde se hallaba Ariobarzanes. Viendose alli el Rey, envió delante á Philotas, á Ceno, á Amintas, y á Polipercon, que mandaba las Tropas, armados ligeramente con orden, respecto de ir mezclada la Infanteria con la Caballeria, de que marchasen por lugares abundantes de pastos, y á paso lento. Dieronseles por guias algunos prisioneros; y él con su compañia y sus guardas, subió, no sin increible trabajo, por una bien aspera senda, aunque muy distante del cuerpo de los enemigos. Hallábase ya el dia á la mitad de su curso, y la gente tan fatigada del cansancio, y tan necesitada de algun reposo, que faltandole igual porcion de camino á la que habia pasado, aunque de menor molestia y aspereza, se le concedió el Rey hasta la segunda vigilia de la noche; á cuya hora, volviendo á tomar su marcha, pasó lo restante de él sin alguna dificultad. Si bien habia profundado de suerte el curso de las aguas por aquella parte, donde dilatandose las faldas del monte, descienden á las llanuras, que dexó hechos crecidos fosos, á quiénes unidas las ramas de los arboles, enlazadas unas en otras, formaban como una impenetrable y dilatada haya, la qual cerraba tan enteramente el paso, que á vista de su imposibilidad, no pudieron reprimir los soldados las lagrimas; siendoles aun mas sensible y horroroso que todo, la obscuridad de la noche, en la qual, si acaso brillaba á hurto dé sus tinieblas alguna estrella, les usurpaba su luz la interposicion de la espesura de los arboles, haciendola mas pavorosa la impetuosa violencia del viento que corria, cuyo estruendo, aumentado por la agitacion de las ramas, que incesante y reciamente daban unas con otras, apenas permitia á los soldados, que uno á otro se pudiesen entender. Finalmente amaneciendo el dia deseado, al declarar su luz, empezó á disipar el horror, en que lo habia envuelto todo la medrosa confusion de la noche, y á mostrar que sin gran rodeo se podian evitar aquellos fosos, y caminar ya qualquiera sin necesitar de guia. Subie-

bieron, pues, á la cumbre, de donde habiendo descubierto el cuerpo de guardia de los enemigos, cargaron armados improvisamente en ellos por las espaldas, haciendo tal mortandad en los pocos que intentaron resistirlos, que obligaron aun á los que no se habian ofrecido al peligro, embargados del gran pavor en que los ponian los gritos, que por una parte oian de los que morian, y los medrosos semblantes, que por otra veian de los que se retiraban fugitivos al grueso de su Exército, á que tambien lo hiciesen ellos antes de intentar el combate. Acudió Cratero á aquel ruido, y se apoderó del estrecho, que no pudieron ganar el dia antes; y cargando por otro Philotas, con Amintas, Ceno y Polipercon, acabó de romper á los Barbaros, que por todas partes veian resplandecer las armas de los Macedones. Si bien, aunque oprimidos por tantas, acreditaron en su valerosa defensa, quan poderosa suele ser aun en los cobardes la necesidad, y que muchas veces abre la misma desesperacion, con los alientos que infunde, camino á la esperanza; porque desarmados hicieron rostro á los que no lo estaban, y aprovechandose de su fortaleza y pujanza, dieron con ellos en tierra, y á muchos muerte con sus proprias armas. En tanto Ariobarzanes, acompañado de cerca de quarenta Caballos, y de cinco mil Infantes, atravesó por en medio de los Batallones enemigos, no sin gran estrago de estos, y de los suyos. Iba con intento de entrar en Persepolis, cabeza de la provincia; pero cerrandole las puertas la guarnicion, y siguiendole vivamente el enemigo, se halló precisado á volver al combate, donde él y toda su gente rindieron valerosamente sus vidas. Cratero, dando priesa á sus Tropas, pasó á juntarse con el Rey.

CA-

CAPITULO V.

PASANDO ALEXANDRO A PERSEPOLIS, pone en libertad quatro mil Prisioneros Griegos.

ACampaba aun Alexandro en el mismo lugar donde habia deshecho á los Barbaros, porque aunque su entera derrota le aseguraba de la victoria; lo quebrado del territorio, y el peligro de los continuados y profundos fosos, le obligaban á marchar cautelosamente, y á desconfiar aun mas de los caminos, que de los enemigos. Recibió antes de su partida carta de Tiridiates, en que le avisaba, *como intentaban los de Persepolis, á la fama de su venida, robar los tesoros de Dario, cuya guarda estaba á su cuidado; y que pues pasado el rio Araxes, era todo lo demás del camino llano y facil, aceleráse su llegada, para que le hiciese dueño de ellos.* Entre las grandes virtudes de aquel Principe, tengo por la mas loable la de su diligencia y prontitud; la qual mostró bien en aquella ocasion, en la qual, habiendo dexado su Infanteria, caminó toda la noche con su Caballeria, fatigada de tan dilatado viage, y llegó al rayar del alva á la orilla del rio, donde mandó demoler ciertas villas cercanas á él, y levantar con sus materiales un puente de madera, sobre pilares de piedra, el qual se acabó en brevisimo tiempo. Llegaban ya á no larga distancia de la ciudad, quando salió al encuentro al Rey una bien lastimosa Tropa: memorable exemplo de la humana miseria, y de los ultrages de la fortuna. Componiase ésta de cerca de quatro mil Griegos prisioneros de guerra, á quienes habian afligido los Persas con diversos generos de tormentos, cortando á unos las manos, los pies á otros, y á otros las narices, y las orejas, é impresos en los rostros de todos á fuego ciertos caractéres barbaros: los guardaban como objeto de risa, para que sirviesen á la solemnidad de sus juegos, y aumentasen el credito de su crueldad. Estos infelices, habien-

biendo resuelto ponerse á vista del Rey, pudieron hacerlo, sin que se atreviesen á estorbarselo los Persas, respecto de no darles alientos para ello el decadente estado de su fortuna. Parecian mas fantasmas, que hombres, por no haberles quedado otra seña, que denotáse lo eran, sino la voz. Fueron mas copiosas las lágrimas, que atraian á los ojos de los que los miraban, que las que ellos mismos vertian. Porque á la verdad, ¿qué mas lastimoso, ni mas estraño espectáculo, que el de ver tanta gente atormentada de aquella suerte, aunque por diversos medios, en un mismo infortunio, sin que apenas se pudiese diferenciar entre ellos el mas miserable? Habiendo prorrumpido y expresado á grandes voces todos; *Que en fin ya Jupiter, vengador de la Grecia, habia abierto los ojos*, no hubo quien no se interesáse en su infelicidad, mirando como suya la injuria; y Alexandro, despues de enjugadas las lagrimas, que no pudo reprimir al verlos, los exhortó á que se animasen; y asegurandoles, que volverian á ver su patria y á sus mugeres, pasó desde alli á campar á dos estadios de la ciudad. En tanto aquellos miserables se retiraron á conferir lo que pedirian al Rey, hallandose empero divididos los dictámenes, porque unos querian la retirada al Asia, y otros la restitucion á sus casas. Es fama, que uno de ellos, llamado Euthimon Cymeo, les habló en esta substancia: *Nosotros, que poco ha, avergonzandonos de salir de las tinieblas y prisiones, que nos sepultaban, no nos atreviamos á pedir socorro, que nos libráse de las calamidades que padeciamos, ahora que le tenemos seguro, deseamos pasar á manifestar á la Grecia, como hermoso espectáculo, el horrible estado en que nos hallamos, de quien no sé si será mayor el disgusto, que la afrenta que recibamos. El medio mejor de tolerar la miseria, es ocultarla, por no haber patria tan dulce para las adversidades, como la soledad y el olvido de la felicidad pasada. ¡O qué mal conoce el corazon humano quien fia de su compasion el alivio de su miseria, ignorando la facilidad con que enjugan los hombres las lagrimas, que su ternura les ocasiona! Dificilmente se ama lo que es de gravamen, por lo mal que se aviene siempre el continuo clamor del infeliz, con la ordinaria insolencia y or-*

orgullo del dichoso; por lo qual, atentos los que lo son á su fortuna, olvidan la agena miseria. ¿Qué mayor prueba de esta verdad, que la que experimentamos en nosotros mismos; pues habiendo sido hasta aqui conformes compañeros todos de una miseria, ya empezamos á desunirnos y á disgustarnos unos de otros; ¿pero qué hay que admirar de que los dichosos busquen siempre á los que lo son? Ruegoos, pues, que como muertos ya por el Mundo, busquemos solo algun rincon donde ocultar estas feas y disformes cicatrices, que nos han quedado. Considerar con el gusto que nos recibirán nuestras mugeres, quando habiendonos desposado con ellas en nuestros juveniles años, nos vuelvan á ver de esta suerte, y con el que nos reconocerán por padres suyos nuestros hijos, y por hermanos, nuestros hermanos, habiendo perdido lo mejor de nosotros en las prisiones, y en las calamidades de la servidumbre? ¿Quál de nosotros empero podrá hacer tan dilatado viage? Lexos de la Europa, cerca de los ultimos terminos del Oriente, viejos, débiles, quebrantados y estropeada la mayor parte de nuestros miembros. ¿Podremos por ventura sufrir los trabajos, que no sin gran dificultad toleró un Exército triunfante? Finalmente, ó hemos de dexar, ó hemos de llevar con nosotros á nuestros tiernos hijos y á nuestras amadas mugeres, á quienes buscó nuestra necesidad, y nos ofreció la fortuna, para alivio de nuestra miseria. Si las llevamos, tened por cierto, que no habrá quien, al vernos llegar con ellas, no nos desconozca y desampare. Dexar, pues, prendas tan seguras, por ir á buscar otras, que quizá no hallarémos, ni es justo, ni puede ser nunca conveniente. Por lo qual no hallo otro recurso en nuestras miserias é infelicidades, que el de que nos ocultemos, y acabemos nuestra vida entre los que están acostumbrados á verlas. Tal fue el sentir de Euthymon, al qual se opuso Ttheeteto Atheniense, diciendo: Que ninguna persona, en quien tubiese algun lugar la piedad, desestimaria á los suyos por aquellos lastimosos defectos, con que se hallaban, y mas quando no eran naturales, sino procedidos de la crueldad de los enemigos: Que bien los merecia todos, quien no los miraba como inevitables accidentes de la fortuna, sino como precisos motivos pa-

para la ignominia: Que el juzgar tan mal del natural y propriedades de los hombres, y desconfiar de su compasion, era indicio de ánimo poco seguro, y menos dispuesto á practicarla: Que los Dioses les ofrecian mas de lo que pudieran desear, sus mugeres, sus hijos, y quanto hace en los hombres despreciable la muerte, y estimable la vida: Que bastante tiempo la habian tenido oprimida en infeliz miseria, para no procurar salir de aquel infame cautiverio á respirar en su patria otro ayre, á ver con otro resplandor el Sol, y con diferente serenidad, que en aquellas funestas regiones, la claridad y luz de los dias: Que considerasen quan dulce y gustoso les seria volver á usar de sus antiguos trages, de sus leyes, de sus sacrificios y de su lengua; cuyas cosas todas eran apetecidas aun de los mismos Barbaros: Que mucho mas infelices quedarian, si habiendolos privado de ellas por tan largo tiempo la tyrana opresion en que habian estado, las malograban voluntariamente, quando se les ofrecian: Que por lo que miraba á él su resolucion era, no perder la ocasion, que le facilitaba la clemencia del Principe: Que si entre ellos habia algunos, á quienes detenia el amor de sus mugeres y de sus hijos, tristes frutos de su servidumbre, que se quedasen en buen hora, pero que no impidiesen su jornada á los que libres de aquellas ligaduras solo apetecian y anhelaban la restitucion á su patria. Hubo pocos á quienes fuese grato este dictamen; porque dexandose llevar la mayor parte de la costumbre, mas poderosa que la misma naturaleza, determinaron pedir al Rey, les señaláse una region en que habitar, y que pasasen á suplicarselo en nombre de todos cien personas, que eligieron entre ellos. El Rey, juzgando solicitaban les cumpliese lo que les habia ofrecido, les dixo: *Ya he mandado que se os dé el carruage que necesitareis para vuestro viage, y mil dineros á cada uno; y estad ciertos de que atenderé á que habiendo llegado á Grecia, os recupereis de vuestro infortunio, y no tengais que embidiar agenas dichas.* Apenas hubo acabado las ultimas palabras, quando bien lexos de acreditar en lo festivo de sus semblantes el regocijo con que esperaba el Rey admitiesen aquellas honras, vertiendo copiosas lagrimas, y man-

manteniendose con los ojos clavados en tierra, y sin atreverse á articular palabra alguna, no dexaron dudar su disgusto. No pudiendo empero alcanzar Alexandro la causa para él, se la representó Euthimon, repitiendole la substancia de las razones con que los habia disuadido de la jornada; y habiendo quedado no menos compadecido de ellas el Rey, que de su miseria, mandó dar á cada uno mil dineros, y diez vestidos, y gran cantidad de ganado mayor y menor, y de trigo, para que sembrasen y labrasen las tierras, de que les habia hecho merced.

CAPITULO VI.

DESPUES DE HABER ROBADO A PERSEPOLIS, ciudad rica, llega á la Persia, y sugeta los Mardos.

HAbiendo juntado al dia siguiente el Rey sus cabos, les manifestó: *Quanto mas infausta que otra alguna ciudad habia sido para los Griegos la de Persepolis, antigua silla de los Reyes de Persia, y cabeza del Imperio: Que de ella salió el espantoso diluvio de Exércitos, con que inundaron la Grecia los Persas; y que de ella llevaron primero Dario, y despues Xerxes la acha de la mas detestable guerra que asoló la Europa: por lo qual se hallaban obligados á tomar con su destruccion venganza de tantas ofensas, consagrando su ruina á los Manes de sus antecesores.* Pero habiendola dexado abandonada sus habitadores, los quales se retiraron por diversas partes, á donde conduxo á cada uno su miedo, pudo el Rey sin embarazo, ni dilacion alguna entrar en ella con su Phalange. Aunque habia tomado por fuerza, ó por convenio muchas ciudades de increible opulencia, ninguna empero, que pudiese compararse en tesoros á ésta; en la qual habian recogido los Barbaros las mayores riquezas de Persia. Ofreciase el oro y la plata á rimeros, y en abundancia imponderable los preciosos muebles, las inestimables presas y los ricos vestidos; los quales, mas que al uso, servian á obstentosa y sobervia profanidad: y entonces á

ocasionar disgustos en los mismos vencedores; los quales, no entregando distintamente como antes su codicia al robo, respecto de la abundancia, solo se cevaba ésta en lo mas precioso y exquisito, mirando, no ya como á compañero, sino como á enemigo, al que quedaba dueño de la mejor presa, con la qual solian llegar á las manos; rasgaban las vestiduras de púrpura, y los ornamentos Reales, tirando unos y otros de ellas por llevarselas, y hacian pedazos á golpes de acha vasos de inestimable precio, sin reservar de tan universal destrozo aun las estatuas de los Dioses de oro y plata; las quales quedaban, como quanto se les ofrecia, reducidas á menudos pedazos. Y no satisfecha su avaricia en el saco de tan miserable ciudad, se estendia tambien su crueldad á ofrecer horribles expectáculos; porque el soldado, hallandose tan cargado de bienes, y no sabiendo que hacerse, quitaba la vida á sus mas humildes prisioneros, sin perdonar aun á los que con su anticipado rescate eran dignos de mayor compasion. Cuya inhumanidad obligaba á muchos á que se anticipasen ellos mismos á darsela por sí, precipitandose unos, adornados de sus mas ricas vestiduras, con sus mugeres y sus hijos, desde las murallas; y abrasandose otros con todas sus familias en el fuego, que á gran prisa habian introducido en sus casas, para no dexar que hacer á los enemigos. Cansado el Rey de tan horrible mortandad, mandó que cesasen en ella, prohibiendoles profanasen el decoro y honestidad de las mugeres, y que tocasen á los adornos que llevaban consigo. Hacese increible la suma, que se refiere importó la presa; pero, ó hemos de dudar de todo lo demás, ó persuadirnos á que llegó el tesoro de aquella ciudad á ciento y veinte mil talentos; los quales mandó reservar el Rey para los gastos de la guerra, y que se traxesen alli de Susa y Babilonia camellos, y otros animales de acarreo, para que los conduxesen, aumentandolos despues con seis mil talentos, que importó la presa de Persagede, cuya ciudad fundó Cyro, y rindió Gobares, su Gobernador, á Alexandro; el qual dió á Nicarthides el mando de la fortaleza de Persepolis, y de la guarnicion de tres mil Macedones que dexó en ella: conservó á Tyridates, atento á haberle entregado los tesoros, en el mismo empleo que tenia; y habiendo dexado

alli

alli gran parte de su Exército con el bagaje, debaxo del mando de Parmenion y de Cratero, y tomando mil Caballos y algunas Compañias de Infanteria, entró en lo interior de la Persia al principio del invierno, sin que hubiesen bastado sus continuas lluvias, y rigurosa destemplanza á interrumpir la continuacion de su marcha. Llegó mediante ella á cierta region, donde son tan inmensas, como perpetuas las nieves y yelos, de que se halla cubierta, cuyo orror amedrentaba tanto á los soldados, rendidos á la opresion de tan repetidas fatigas, al ver aquellas espantosas soledades, en quienes no se descubria rastro alguno del menor cultivo, que temerosos de que les faltáse aun la luz del Cielo, deseaban con indecible ansia volverse. Advirtiendo el Rey su desmayo, y teniendo por mejor animarlos con su exemplo, que darse por entendido de su desaliento, se arrojó del caballo en que iba á tierra, y marchó por enmedio de las nieves; á vista de cuya demostracion hicieron lo mismo, primero los mayores Señores de su Corte, despues los Capitanes, y ultimamente los soldados; y habiendo vencido la impenetrable aspereza de unos bosques, de quienes no pensaron salir, llegaron á descubrir algunas cortas señas de trabajo humano, y tal, ó qual errante rebaño que pacia por alli. Cuyos pastores teniendose por seguros en aquellas esparcidas cabañas, en que habitaban al resguardo de tan inacesible territorio, no bien hubieron descubierto al enemigo, quando dando muerte á los que no podian seguirlos, se acogieron á los montes mas retirados, y de mayores nieves. Si bien domesticada despues poco á poco su fiereza con la comunicacion y trato de los prisioneros, que llevaban consigo los Macedones, se rindieron al Rey, el qual los trató con benignidad y blandura; y habiendo asolado la campaña de la Persia, y reducido á su dominio muchos villages, pasó ácia los Mardos, nacion belicosisima, y bien diversa en el modo de vida y de costumbres de los demás Persas. Recogense en compañia de sus mugeres y de sus hijos en las cabernas que labran en las mismas montañas, y alimentanse solo de sus ganados, ó de animales silvestres. Veense en las mugeres contra la natural debilidad de su sexo, no menos feroces aspectos que en los hombres, erizados sus cabellos, y sin que se dilaten á mas que la

rodilla sus bestiduras : ciñe sus frentes una honda, que sirviendo de desaliñado adorno á sus cabezas, sirve tambien de arma á su brazo. Habiendo empleado el Rey treinta dias en rendir á su obediencia á aquellos pueblos con la misma fortuna que á los demás, se volvió á Persepolis, donde repartió considerables preseas entre los Grandes de su Corte, y los demás Oficiales y soldados de su Exército con proporcional merecimiento de cada uno, sin que hubiese reservado casi nada de la presea que se hizo en aquella ciudad, que sin duda fue la mas rica que se vió jamás.

CAPITULO VII.

HACE ALEXANDRO QUEMAR EL PALACIO de los Reyes de Persia á persuasion de Thais, y de los Cortesanos que seguian el Exército, y resuelve seguir á Dario.

PEro todas las grandes prendas de aquel Principe: su excelente natural en que absolutamente excedió á los demás Reyes del Mundo : su invencible valor, acreditado en tantos y tan varios peligros: su destreza en la disposicion de las empresas: y su prontitud en la execucion de ellas: su fé con los rendidos : su clemencia con los prisioneros; y finalmente su gran moderacion en los permitidos divertimientos, las obscureció con el torpe vicio del vino en el mayor ardor de sus conquistas, quando su enemigo, y concurrente al Imperio armaba con la mayor aplicacion poderosisimo Exército, y quando los pueblos nuevamente conquistados solo atendian á sacudir de sus cervices el yugo, que en ellas habia impuesto, pasaba él los dias en desordenados banquetes y licenciosos festines, á quienes hacia concurrir algunas mugeres, no ya las que por su modestia y honestidad se conciliaban atencion y respeto, si no las que por su disolucion se habian tomado en el Exército mas licencia de la que convenia. Era entre todas la que mas sobresalia una llamada Thais, ésta con el auxilio de su buena cara no reusó decir al Rey en ocasion, que le pareció mas eficáz á la consecucion de su in-

intento: *Que no se le podia ofrecer ninguna mejor de obligar á los Griegos, y grangear su amor, que la presente, si mandaba quemar el palacio de los Reyes de Persia: satisfaccion, que esperaban de su rectitud todos los que tenian reciente la memoria de las ofensas que habian recibido sus ciudades de los Barbaros, cuya crueldad habia pasado hasta abrasarlas.* Tal era el consejo de una embriagada ramera, el qual no bien le hubo pronunciado, quando sin advertir en la importancia del caso, le aplaudieron los convidados, y el Rey, á quien fue tanto mas grato, quanto con precipitado ardor, dixo: ¿*Y por qué no quemarémos tambien la ciudad para vengar la Grecia*? Embargados todos del vino, se levantaron de la mesa, y con desatinado furor pusieron fuego en aquella ciudad, por cuya conservacion habian mirado, aun hallandose con las armas en la mano. Fue el Rey quien primero le introduxo en el palacio, siguieronle luego los convidados, despues los Oficiales, y ultimamente las concubinas. Eran casi todas las maderas de su fábrica de cedro, y habiendo prendido en ellas, á brevisimo espacio se dilataron tanto por todo él sus llamas, que advirtiendolas el Exército que estaba acampado á bastante distancia de alli, y juzgando las hubiese causado algun descuido, partieron aceleradamente los soldados á extinguirlas; pero habiendo llegado á la entrada del palacio, y reconocido era el mismo Rey quien encendia el fuego, arrojaron el agua que llevaban, y ayudaron á introducir la leña, y los demás materiales, que juzgaron proporcionados á alimentarle. Tal fue el destino de aquella ciudad, ojo del Oriente, silla de su Imperio, y á donde antiguamente acudieron infinitas naciones á proveerse de leyes para regirse y gobernarse, patria de tantos Reyes, unico terror de la Grecia, y quien habiendo dispuesto una armada de mil velas, y juntado á ella los formidables Exércitos, de que fue inundada el Asia, cubrió el Mar de baxeles, allanó los montes, y los hizo navegables, sin que en tantos siglos como los que corrieron despues de su ruina pudiese nunca repararse de ella; porque aunque conservan hoy los Parthos algunas ciudades que poseyeron los Reyes de Macedonia, no hubieran quedado vestigios algunos de ésta, si el rio Araxe, que dista veinte estadios de los muros, segun creen los natu-

ra-

rales, mas por congeturas, que con fundamento seguro, no los ofreciese. Corridos los Macedones, de que hubiese destruido tan esclarecida ciudad su Rey, teniendole fuera de sí la violencia del vino, divulgaron, para honestar tan ignominiosa accion, lo habia executado con premeditada deliberacion, por haber tenido por conveniente arruinarla de aquella suerte. Lo que no tiene duda es, que el Rey, libre de la embriaguéz, se arrepintió, y que dixo en altas voces: *Que habian logrado mejor satisfaccion los Griegos, si le hubiesen visto los Persas sobre el trono de Xerxes.* Hizo al siguiente dar á Licio treinta talentos por haberle conducido á Persia, de donde pasó á la region de Media, y habiendo encontrado en ella las reclutas que le enviaban de Cilicia, compuestas de cinco mil Infantes, y mil Caballos, y mandadas por Platon, Atheniense, resolvió con aquel esfuerzo seguir á Dario.

CAPITULO VIII.

ORACION DE DARIO A LOS SUYOS, exhortandolos á la batalla.

HAbia llegado ya Dario á Ecbatana, Corte de la Media, que posehen hoy los Parthos, y donde tenian sus Reyes el verano, y determinado pasar desde ella á Bactria; pero recelando le alcanzáse su enemigo, mudó de dictamen, y de derrota, porque si bien se hallaba de él á distancia de mil y quinientos estadios, no asegurandole la mayor de la celeridad de aquel Principe, tubo por mejor disponerse para la batalla, que para la fuga. Habiale quedado treinta mil Infantes, y entre estos quatro mil Griegos, cuya fidelidad tenia bien experimentada, demás de ellos quatro mil Honderos, ó gente de arco, y tres mil y trescientos Caballos, casi todos Bactrianos, á quienes mandaba Beso, Satrapa de Bactria. Apartado, pues, á corta distancia del camino real, mandó pasar delante el bagaje; y habiendo juntado sus Cabos, y los primeros Oficiales, les hizo este razonamiento: "Si me hubiese empeñado la fortuna con gen-
„te sin espiritu, y que atenta á la conservacion de su vida,
„por

„por ignominiosa que fuese, la preferia á una gloriosa muer-
„te, tendria por mejor callar, que malograr el tiempo en
„palabras inutiles. Hallandome empero con mas pruebas de
„vuestro valor, y de vuestra fidelidad de las que quisiera,
„debo antes procurar ser merecedor de tan estimables amigos,
„que dudar si sois los mismos, que hasta aqui habeis sido.
„Desamparado de tantos millares de hombres como compo-
„nian mi Exército, solo vosotros me habeis acompañado en
„mi infortunio, cuya fidelidad y constancia me persuade uni-
„camente á que aun soy Rey. Señorean ahora mis ciudades
„los traydores transfugas, no porque el enemigo los juzgue
„dignos de este honor, sino por grangear con semejantes
„premios vuestra obediencia; pero vosotros mas atentos á
„vuestro pundonor y lealtad, que á vuestras conveniencias,
„habeis preferido á la prospera fortuna del vencedor mi in-
„feliz suerte, haciendoos con tan loable accion dignos de que
„os la premien los Dioses, y no dudeis, que os la remune-
„ren quando yo no pueda, ni que dexe de dilatarse á la mas
„remota posteridad la fama de vuestras alabanzas, no pu-
„diendo haber ninguna, por ingrata que sea, que no las en-
„salce y sublime, hasta donde pide vuestro merecimiento.
„Cuya confianza me esforzará, aun quando se libráse todo
„mi remedio en la fuga, de quien aun el nombre me es hor-
„roroso á hacer rostro al enemigo, teniendoos á mi lado. Por-
„que ¿hasta quándo he de vivir desterrado en medio de mis
„estados? ¿Hasta quándo fugitivo por los rincones de mi Im-
„perio, de un Rey estraño, y advenedizo, quando aun me
„hallo en estado de hacer una nueva experiencia de mi fortuna,
„y de recobrar lo perdido, ó de acabar de perder gloriosa-
„mente con la vida quanto me ha quedado? Si no es ya,
„que me sea mas honroso ofrecerme al arbitrio y discrecion
„del vencedor, y quedar, á exemplo de Maceo y de Mi-
„threnes, satisfecho con obtener de él alguna Provincia,
„condescendiendo con el deseo que ha tenido de hacerme
„antes objeto de su vanidad, que de sus iras. Pero no per-
„mitan los Dioses, que ninguno pueda llegar á desposeer-
„me ó á darme la Diadema que ciño, ni que conservando
„algun aliento pierda este Imperio, sino que sea uno
„mismo su fin, y el de mi vida. Si vosotros os hallais

„con

„con el mismo ánimo y en la misma resolucion, me prome-
„to vuestra libertad, y que no os veais precisados á sufrir
„el fastidioso gesto de los Macedones, ni su sobervio aspec-
„to. De vuestros brios depende la gloriosa venganza de vues-
„tros ultrages, y el fin dichoso de todos vuestros infortu-
„nios. En mí teneis un vivo exemplo de la instabilidad de la
„fortuna, para poder esperar de ella mudanza en la que nos
„aflige. Pero aun quando se halle desamparada la justificacion
„de nuestras armas del socorro de los Dioses, no podrá fal-
„tar nunca á tan generosos corazones como los vuestros el re-
„curso de una honrosa muerte. Ruegoos, pues, amados ami-
„gos mios, y exhortoos por la gloria de vuestros anteceso-
„res, y por el credito con que poseyeron el Imperio de to-
„do el Oriente: por las cenizas de tantos esclarecidos Varo-
„nes, de quienes fue tributaria Macedonia: por tantas Ar-
„madas como surcaron á la Grecia: por tantos erigidos tro-
„feos: por tantos obtenidos despojos, que con ánimo digno
„de vosotros, y de la gloria de nuestra nacion, os dispon-
„gais al combate, y á sufrir con igual constancia, que las ad-
„versidades pasadas, quantas os ofreciere nuevamente la
„fortuna: que por lo que á mí toca, estoy resuelto á per-
„petuar mi fama, ó con una esclarecida victoria, ó con una
„gloriosa batalla.„

CAPITULO IX.

VARIOS PARECERES DE LOS GRANDES.
Alteracion y tumulto ocasionado de la traycion que Nabarzanes y Beso habian tramado.

HAbia llenado, mientras Dario hacia este razonamiento, de tan grande horror los corazones y animos de todos, la imagen del proxîmo peligro, que apenas dexó á alguno arbitrio para discurrir, ni aliento para articular. Si bien Artabazo, antiguo confidente suyo, y que como dexamos dicho, estubo en la Corte de Philipo, interrumpió aquella suspension diciendo: *Aquí nos hallamos adornados de nuestras mas ricas vestiduras, y de nuestras mejores armas para asistir al Rey en el combate,* re-

resueltos á vencer, como lo esperamos, ó á morir, como no escusarémos. Repitieron casi lo mismo todos los demás. Pero Nabarzanes, que asistia á aquel consejo, tenia tramada entre él y Beso una de las mayores maldades que pueden executarse, y de quien hasta entonces no habia entre los Persas exemplar de haberse cometido; era ésta aprisionar al Rey (lo qual podrian conseguir facilmente por medio de las Tropas que mandaba uno y otro) con intento, ó de entregarsele vivo á Alexandro si los siguiese, y grangear su benevolencia por medio tan grato, ó de apoderarse del Reyno, si pudiesen escaparsele, y renovar la guerra despues de haber muerto á Dario. Con el fin, pues, de tan horrible maldad, la qual habia algun tiempo que maquinaban, y el de abrir camino á su execucion, y lógro, dixo Nabarzanes asi al Rey: "No „dudo, Señor, que mi dictamen, á los primeros visos, sea „poco grato á tus oidos; pero en las enfermedades destitui„das de remedio, es donde el Medico aplica los mas extraor„dinario y violentos: y en la deshecha tormenta, quando „el diestro Piloto por librar lo que mas importa, arroja al „Mar alguna parte de lo que conduce. No se dirige mi con„sejo á persuadirte aventures nada de quanto hoy posees, si„no que asegures la conservacion de tu persona, y de tu „Imperio. Habiendote mostrado la experiencia con tan con„tinuadas infelicidades quan á favor de nuestros enemigos „se han declarado los Dioses, y con quanta pertinacia per„sigue á los Persas la fortuna, no hallo otro recurso á nues„tras desdichas, que el de renovar la guerra debaxo de nue„vos, y mas felices auspicios. Pon las riendas del gobierno „en manos de otro, que solo en la apariencia conserve el tí„tulo de Rey lo que tardáre en dexar al Asia libre de los ene„migos que la afligen, para que quedandolo, y volvien„dote vencedor este sagrado depósito, puedas seguro resti„tuirte al Trono no con la brevedad que debemos esperar de „las presentes disposiciones. Porque aun la Bactra se halla en„tera, y los Indos y los Sagues solo esperan tus ordenes, sin „tantos pueblos y tantos millares de hombres aptos, asi para „la Caballeria, como para la Infanteria, que podemos decir „seguramente son aun mayores las fuerzas con que te hallas, „que las que has perdido. ¿Pues qué es lo que nos obliga á que

„tan sin necesidad aceleremos nuestra ruina? De grandes co-
„razones es sin duda despreciar la muerte, no empero abor-
„recer la vida: antes si suele ser de espiritus cobardes, y á
„quienes es fastidioso el trabajo, abandonarla por huirle, ma-
„logrando quantos medios procura solícito y diligente el va-
„lor para su conservacion y seguridad. Porque siendo la
„muerte el fin de todas las cosas, basta exponerse con gene-
„rosa resolucion á ella, sin anticiparse presurosamente á bus-
„carla. En cuya consideracion si nos retiramos á Bactra, que
„es hoy el mas seguro refugio que se nos ofrece, debemos
„ceder al tiempo, y declarar por Rey á Beso, Gobernador
„de aquella Provincia, el qual reducido todo á estado tran-
„quílo y pacífico, te restituirá como á legitimo Principe
„el Imperio que depositares en él.„ No debe admirar, que irritado Dario de tan atrevido razonamiento, prorrumpiese aun sin penetrar toda la maldad que disfrazaba en algunas demostraciones de su justa indignacion, de quien dejandose llevar., *¿parece* (le dixo) *ó desleal vasallo, y malvado hombre, que es ya tiempo de que declares tu traycion, sin el recelo de algun riesgo*? Y echando mano á su cimatarra iba á darle muerte, como lo hubiera hecho á no haberse puesto de por medio Beso y los Bactrianos con semblantes doloridos en lo aparente, aunque con ánimo de aprisionarle, si intentáse pasar á mas, y suplicadole se templáse. Con lo qual pudo escaparse Nabarzanes, á quien siguió inmediatamente Beso, y habiendo separado del grueso las Tropas que mandaban, tubieron entre sí consejo secreto. En cuyo interin discurriendo Artabazo con Dario de el estado de sus cosas, procuró templarle, y despues de haberle persuadido repetidas veces á que se acomodáse al tiempo, le suplicó: *Se sirviese de perdonar, ó la ignorancia, ó la locura de los que por ultimo debia mirar como á suyos: Que consideráse tenia á la vista á Alexandro, que aun quando se halláse con sus fuerzas enteras, era un poderoso enemigo; y lo que sería de su persona, si llegaban á desampararle los pocos que le seguian.* Persuadido, no sin alguna dificultad Dario, á tan util consejo, desistió de la resolucion en que estaba de campar, por lo alterados que reconoció los animos de todos, y se retiró á su Tienda con igual tristeza, que desesperacion. Era imponderable

el

el desorden y desunion de aquel Exército, en todo el qual no habia alguno que mandáse, ni atendiese al bien comun, como hasta entonces. Patron, Coronel de los Griegos, les mandó: *Que tomasen las armas, y estubiesen prontos para executar lo que se les ordenáse.* Los Persas se hallaban retirados á una parte, y Beso á otra con sus Bactrianos, procurando ganar á aquellos, y llevarlos á Bactra, *cuya opulenta provincia les exageraba, representandoles estaba entera, y los peligros á que quedaban expuestos si permanecian alli.* Pero atentos los Persas á la fidelidad que debian á su Principe, le respondieron uniformes, *que seria gran maldad desampar al Rey.* En tanto Artabazo hacia el oficio de General, visitaba las tiendas de los Persas, y los exhortaba unas veces como General, y otras como soldado particular, manifestandoles la seguridad con que estaba de su obediencia; despues de lo qual, pasó á la Tienda de Dario, á quien, no sin grandes instancias, hizo comer, y persuadió á que mostrase igual valor al que correspondia á su grandeza.

CAPITULO X.

CRUEL DETERMINACION DE BESO, Y DE Nabarzanes, sobre entregar á Dario, ó darle muerte. Tienenla oculta por estraños medios.

PEro Beso y Nabarzanes, en cuyos perfidos pechos ardia la ambicion de dominar, resolvieron poner en execucion su intento. Y si bien no dexaban de prevenir quan dificil le sería llegar al Trono, mientras viviese Dario, por la grande veneracion con que atendian aquellos pueblos á sus Principes, respetando aun en su mas decadente fortuna el nombre y la sombra de la Magestad, y los vestigios de su antigua gloria; la oportunidad y opulencia de la provincia que mandaban, poderosa en hombres y armas, no inferior en su extension á las mayores del Oriente, respecto de contener la tercera parte del Asia, y tan abundante entonces de juventud, que solo de ella podian sacar igual Exército al que habian perdido, los tenia tan confiados, que no solo despreciaban á su Principe, sino tambien á

Alexandro, esperando, que si llegaban á hacerse Señores de ella, hallarian medios para restablecer el Imperio y poder de los Persas. Finalmente, despues de haber conferido largo tiempo sobre lo que debian executar, resolvieron *apoderarse del Rey por medio de los Bactrianos, que tenian entonces á su devocion, y habiendolo conseguido, participar á Alexandro, se le conservaban vivo. Que en caso de que le disgustáse su traycion, que era lo que mas temian, darle muerte, y retirarse con sus Tropas á Bactra.* No podian empero apoderarse facilmente de la persona del Rey por medio de alguna violencia, respecto del crecido número de Persas, entre quienes se hallaba, los quales no era creible le abandonasen, ni tampoco los Griegos, cuya fidelidad temian aun mas. Con que les fue preciso fiar del artificio lo que no podian esperar de la fuerza. Mostraronse arrepentidos de su retirada, dando por disculpa de ella al Rey el haber temido su indignacion, y solicitaron al mismo tiempo secretamente llevar á su devocion á los Persas, y ganar la voluntad de los soldados, unas veces con la esperanza, y otras con el temor, representandoles *el riesgo á que los exponian, y quan en breve perecerian debaxo de las ruinas de un Imperio decadente, y proximo á su ruina; quando teniendo abierta la Bactra podian asegurarse en ella, y satisfacerse á manos llenas de sus riquezas, mucho mas excesivas de lo que imaginaban.* Mientras pasaba esto, buscó Artabazo, ó por orden del Rey, ó de motivo proprio, á Beso y á Nabarzanes, á quienes aseguró habia depuesto Dario su enojo, y restituidolos á su gracia. Ellos, afectando entre fingidas lagrimas, algunas disculpas que sirviesen de credito á la inocencia que procuraban persuadir, pidieron á Artabazo, que patrocinase su causa, é intercediese por ellos. Habiendose pasado en esto la noche, se ofreció Nabarzanes, al romper del dia, inmediato en la Tienda del Rey con los Bactrianos, ocultando la maldad, que le llevaba con el aparente pretexto de asistir al cumplimiento de su empleo; y Dario, dada la señal para la marcha, tomó como acostumbraba su carro. Entonces Nabarzanes, y los demás cómplices, postrados en tierra, tubieron corazon para venerar obsequiosos al que en breves horas habian de reducir á prisiones, y derramar, en testimonio de su arre-

arrepentimiento, algunas lagrimas: Tan facil y dispuesto está el corazon humano á la doblez y disimulacion. Añadieron á ellas tan humildes é incesantes ruegos, que no solo persuadieron á aquel Príncipe, por su natural blandura, facil á ser engañado, á que diese entero credito á sus fingimientos, sino le obligaron tambien á que enternecido vertiese algunas lagrimas; pero ni éstas, ni la consideracion del hombre, y Rey, contra quien conspiraban traydores, fueron bastantes á templar su inhumana crueldad. Darío, pues, juzgandose fuera del peligro, que le esperaba, solo atendia á librarse de Alexandro como del único enemigo á quien temia.

CAPITULO XI.

DESCUBRE DARIO LOS INTENTOS DE LOS traydores: Rehusa el socorro de los Griegos, que tenia presente, y seguro; y declara, quiere morir antes, si gustan de ello los suyos, que desacreditarlos.

MEjor informado Patron, mandó á su gente, que de ordinario iba con el bagaje, que tomáse sus armas, y estubiese pronta á executar sus ordenes. Seguia el carro del Rey, esperando ocasion de hablarle, por hallarse noticioso de la conjuracion de Beso, el qual sospechandolo, no se apartaba de él, mas que por acompañarle, por asegurar su persona; pero no pudiendo por algun tiempo conseguirla Patron, y habiendole interrumpido en las que intentó declararse, vacilante entre la fidelidad y el temor, fió de sus ojos lo que no se atrevia á articular su voz, hasta que advirtiendo el Rey en el cuidado, con que le solicitaba atento, le preguntó por medio de uno de sus Eunuchos, llamado Bubace, *¿si tenia algo que decirle?* Respondióle: *Que sí; pero que deseaba fuese á solas.* Con lo qual, habiendole llamado el Rey, sin interprete, respecto de entender la lengua Griga, le dixo Patron asi: *De cinqüenta mil Griegos que eramos, Señor, hemos quedado en el corto numero que vés; pero dispuestos todos á seguir la fortuna que corrieres con la misma fidelidad que te hemos servido en tu mayor prospe-*

peridad y gloria. Qualquiera retirada que elijas será nuestra patria, sin que pueda separarnos de tu servicio accidente alguno. En esta suposicion, Señor, me veo precisado á suplicarte por la misma lealtad que has experimentado tantas veces en nosotros, pases á nuestra Tienda tu Quartel, y fies la seguridad de tu Real Persona de nuestro cuidado. Advierte, que ya para nosotros se acabó la Grecia: que la Bactra no nos es recurso; y que toda nuestra esperanza se libra en tí, y ojalá permitiesen los Dioses consistiese tambien la de todos los tuyos, para que te atendiesen con mayor amor. Baste empero, Señor, sin que me explique mas, decirte, que siendo estrangero, y de donde soy, no me atreviera á pedirte la guarda de tu Real Persona, á no verla tan arriesgada en otra que la nuestra. Aunque ignoraba Beso la lengua Griega, el remordimiento de su conciencia no dexaba de ponerle en algun recelo de que le hubiese descubierto Patron, cuya sospecha confirmó con la evidencia cierto intérprete, que habiendose hallado no lexos, pudo escuchar quanto dixo al Rey, y participarselo; pero Dario, habiendole oido con sereno semblante, le preguntó *¿lo que le obligaba á aquel recelo?* Patron, reconociendo que ya no era tiempo de malograrle, le dixo: *Beso y Nabarzanes, Señor, conspiran á tu ruina; tu Imperio, y tu vida se hallan tan próximos al último peligro, que hoy verá el Mundo, ó el fin de ella, ó el de los parricidas.* Verdaderamente, que Patron quedó merecedor de inmortal gloria, por haber atendido con tan loable vigilancia á preservar al Rey de aquel riesgo, y que á vista de este suceso son dignos de risa los que se persuaden á que las cosas humanas, se obran acaso, y solo por arbitrio de la fortuna, quando es cierto, que á lo que juzgo, que gobierna soberana y altisima providencia el Universo, y que por oculta union, y trabazon de causas secretas y determinadas mucho tiempo, antes se rigen todas las cosas con su regular orden, hasta que se cumple el fin y destino de cada una. Respondióle Dario: *Que aunque se hallaba con bastante satisfaccion de la fidelidad de los Griegos, no se resolveria nunca á desacreditar la de los suyos, separandose de ellos, porque le seria mucho mas sensible que su desacato, el darles ocasion para él. Y que asi tenia por mejor, quedar expuesto entre los su-*

suyos á los ultrages que quisiese hacer en él la fortuna, que librar en los estraños su seguridad, pues llegando á juzgarles suyos por indigno de que viviese, moriria siempre tarde por presto que lo hiciese. Patron, desesperando de la vida del Rey, se volvió para sus Tropas, resuelto antes á morir, que á desampararle.

CAPITULO XII.

APODERASE BESO DE DARIO, DESPUES de haberle engañado con fingidas lagrimas y cautelosas palabras; y habiendole aprisionado con cadenas de oro, le hace poner en un carro tan indigno de la magestad de su persona, como si hubiese olvidado, iba en él tan gran Principe.

AUnque habia resuelto Beso con impetuoso ardor dar luego muerte á Dario, difirió hasta le noche siguiente la execucion de sus alevosos intentos, temeroso de no hallar en Alexandro perdon á su delito, si no se le entregaba vivo. Pasó en el interin á dar las gracias á Dario, *de que se hubiese desembarazado con tan gran destreza de los artificiosos engaños de aquel traydor, á quien eran de tan poderoso incentivo las riquezas de Alexandro, para que pretendiese hacerle presente de la cabeza de su Rey: Que no se admiraba de que un mercenario, que exponia su vida al vil precio del dinero, hiciese mercancía de la agena, ni de que hallandose sin prenda alguna de hijos, ni de hacienda, desterrado del mundo, y por ultimo enemigo de ambos partidos, se vendiese á quien mas caro le compráse.* A cuyas expresiones añadió otras en prueba de su justificacion, poniendo por testigos á los Dioses de su inocencia. Admitióselas Dario con demostraciones de que se las creia; porque aunque no dudaba de la noticia de los Griegos el estado de las cosas, en el qual le era no menos peligrosa la traycion, que la desconfianza de los suyos, le precisaba á conformarse con él. Componianse de trinta mil los que por la ligereza de sus animos se hallaban dispuestos á qualquiera maldad: y Patron de solo quatro mil, á quienes si cometia la guarda de su persona, agravian-

viando la fidelidad de los Persas, daba en alguna manera ocasion para que pareciese menos culpable el parricidio; por lo qual quiso antes exponerse á él, habiendo de morir, que dexar el menor motivo para que pretextasen tan enorme maldad. Sin embargo, respondió á Beso *Que la justificacion de Alexandro no era menos notoria que su valor, y que se hallarian engañados los que esperaban de él premiáse su infidelidad, pues ninguno tomaria mas severa satisfaccion de ella, que él.* Acercabase ya la noche, y si bien los Persas desarmados, segun su costumbre, iban á forragear á las aldeas vecinas; los Bactrianos se mantuvieron por orden de Beso con las armas en la mano. En tanto Dario hizo llamar á Artabazo; y habiendole referido lo que le habia participado Patron, fue del mismo sentir en quanto á que libráse su seguridad del cuidado de los Griegos, asegurandole, que los Persas le seguirian luego que entendiesen su peligro; pero no pudiendo huir su destino, incapáz ya de admitir consejo, ni de tener mas arbitrio, que el que necesitaba para poder dar el último vale á Artabazo, único consuelo suyo en aquel infortunio, le abrazó, y bañado en sus lagrimas, y en las de aquel fino amigo, se asió tan estrechamente de él, que necesitó hacer éste algun esfuerzo para separarse; á cuyo tiempo, cubriendose Dario el rostro, por no aumentar su dolor, viendole partir anegado en su llanto, se arrojó en tierra, impelido de su desesperacion. A vista de lo qual las guardas de su persona, mas atentas á evitar su propio peligro, que á exponerse como debieran á los mayores, en obsequio y seguridad de su Rey, y juzgandose incapaces de resistir á los conjurados, como si ya los acometiesen, le desampararon, sin que quedasen en su Tienda mas que algunos Eunuchos, á quienes detubo el no saber donde huir. Hizolos tambien salir de ella; y habiendo quedado solo, se mantubo por algun tiempo combatido de varias imaginaciones, hasta que por último, disgustado tambien de la misma soledad, que habia solicitado como alivio, mandó llamar á Bubace, á quien dixo: *Bastantemente has acreditado hasta este lance tú, y tus compañeros la fidelidad que me debeis; id, y libraos, que yo esperaré aqui el fin de mi vida.* Y volviendose á él, le añadió: *Y no estrañes no me la quite yo mismo, pues solo dexo de hacer-*

serlo porque quede otro, y no yo reo de esta maldad. A cuyas lastimosas expresiones prorrumpió el Eunucho en tiernos y crecidos gemidos, primero en la Tienda, y despues en el Campo, donde rasgadas sus vestiduras, y deshechos en funestas lágrimas, concurrieron todos á lamentar la miseria de su dueño: cuyos tristes y ruidosos clamores llegando al quartel de los Persas, los pusieron en gran confusion, no atreviendose á tomar las armas, temerosos de que los cargasen los Bactrianos, ni á subsistir alli sin hacer algo en obsequio de su Rey, para evitar la ignominia de haberle desamparado tan vergonzosamente. Todo era en aquel Exército, ya sin cabeza y sin dueño, desorden y confusion. La gente de Beso y Nabarzanes, persuadida á que no podia ser otra la causa de tan universal llanto, que la muerte de Dario, pasó á decirles: *Se la habia dado él á sí mismo.* Con cuya noticia partieron aceleradamente, asistidos de los demás cómplices, y llegaron á su Tienda, donde habiendose asegurado de que era vivo, dieron órden para que le prendiesen, y le asegurasen con cadenas. Tal fue el fatal destino de aquel gran Rey, de aquel poderoso Monarca, que habiendose visto poco antes en un ostentoso y sobervio carro árbitro soberano de tantos pueblos, como los que reverentes tributaban á la magestad de su persona, no inferiores adoraciones que las que ofrecian á Dios, se halló repentinamente oprimido, no ya por estraño poder enemigo, sino por la cruel alevosia de sus propios vasallos, esclavo de sus esclavos, y arrojado en un vil carro, cubierto de groseras pieles. Su plata y sus muebles quedaron como por derecho de guerra expuestos al pillage, en cuyo execrable botin, habiendose satisfecho la codicia de los traydores, empezaron á retirarse. Artabazo tomó la marcha con los que habian quedado en la obediencia, y las Tropas de los Griegos, ácia las tierras de los Parthos, creyendose alli mas seguros, que en compañia de los parricidas; pero los Persas, movidos de las promesas de Beso, y no sabiendo á que resolverse, se juntaron á los Bactrianos, con quienes los reunieron tres dias despues. Sin embargo los traydores, porque no se dixese dexaban de hacer á su Rey los honores que debian, ó lo mas cierto, porque no quedáse escarnio de que no se valiese la

fortuna en desprecio y ultrage de aquel Príncipe, le aprisionaron con cadena de oro; y temiendo fuese conocido por sus reales insignias, hicieron cubrir todo el carro en que iba de groseras pieles, y que le llevasen personas, á quienes fuese desconocido, para evitar le mostrasen á los que preguntasen por él, y que á lo largo le siguiesen algunas guardas.

CAPITULO XIII.

SABIENDO ALEXANDRO LA INFELICIDAD A que se hallaba reducido Dario, marcha contra el Exército de los Persas; pero Beso y los demás parricidas, temiendo sus armas y la presencia del vencedor, dexan á Dario cargado de muchas heridas, y se entregan á la fuga.

HAbiendo sabido Alexandro que Dario se hallaba entre Ecbatana, dexó el camino de la Media, que habia llevado hasta entonces, y le siguió á acelerado paso. Luego que llegó á la ciudad de Tabás, que está en los ultimos términos de Paxetacene, le participaron algunos transfugas, que huia aceleradamente á la Bactria; pero mejor informado despues Bagystenes Babylonio, supo no se hallaba preso, aunque muy próximo á estarlo, ó á perder la vida. Con cuya noticia llamó á toda prisa á sus Cabos, á quienes dixo: *La última y mayor empresa que nos falta por executar, si bien la mas facil de quantas hemos obtenido, se nos ofrece. Dario se halla á corta distancia de aqui abandonado ó muerto por los suyos. No ignorais, que en su persona consiste el complemento de nuestras victorias. Por lo qual es preciso, que procuremos no se nos escape; partamos, pues, con prontitud, para que tan estimable presa sea premio de nuestra diligencia.* Conformes todos en poner en execucion su gusto, respondieron á una voz: *Que estaban prontos á seguirle, sin que los detubiese ni el trabajo, ni el peligro.* Llevólos, pues, no á paso de marcha de guerra, sino á carrera abierta, sin permitirles por la noche el descanso, que pedia la fatiga del dia, hasta que despues de haber ca-

caminado quinientos estadios, llegaron por último al Village donde Beso hizo prisionero á Dario. Habiase quedado alli Melon. Intérprete de aquel infeliz Príncipe, por haber caido malo; el qual embargado de la presteza de Alexandro, y fingiendo se habia detenido alli para rendirle su obediencia, le participó de todo lo sucedido. Siendo empero preciso permitir algun rato de descanso á aquellas Tropas, despues de tan largas jornadas, se ocupó el Rey mientras le lograban en reformar los seis mil Caballos escogidos, que tenia de trescientos hombres, á quienes llamaban *Dimarchas*; los quales armados pesadamente, aunque marchaban á caballo, combatian á pie, quando el lugar y la ocasion lo requeria. En esta disposicion le hallaron Orsillo y Mithracenes; los quales habiendo abandonado el partido de Beso, y detestado su traycion, iban á ofrecersele. *Refirieronle, que los Persas se hallaban á cinqüenta estadios de alli por el camino ordinario, pero que ellos le conducirian por otro mas corto.* Recibiólos el Rey con gran gusto, y admitiéndolos por guias, partió al anochecer con una parte de la Caballeria ligera, ordenando á su Phalange, que le siguiese con la mayor presteza que le fuese posible. Marchaba en forma de batalla, y con tal ordenanza, que aunque llevaba á galope su gente, podian juntarse siempre que la ocasion lo pidiese los primeros á los últimos. Habiendo caminado, pues, en esta disposicion trescientos estadios, encontró á Brocubelo, hijo de Mazeo, Gobernador que habia sido de Siria; el qual yendo tambien á rendirsele, le aseguró: *Que Beso solo estaba á doscientos estadios de él, y que desordenado su Exército marchaba sin el menor recelo: que le parecia era su intento tomar la derrota de Hircania; pero que si se apresuraba le cogeria sin duda desprevenido; y que Dario aun vivia.* Fue esta noticia de tanto mayor estímulo para la continuacion de su marcha, quanto dando de espuelas á los caballos partieron á toda rienda. Percebian ya el ruido de la de los Enemigos, pero no podian verse respecto de impedirselo la demasiada polvoreda que levantaban: por lo qual fue preciso hacer alto mientras se apagaba. Llegaron á verse los dos Campos, á cuyo punto se retiraron los Barbaros, aunque con tan

grandes ventajas, que pudieran haber esperado muy á favor suyo el suceso, si como tubo Beso atrevimiento para cometer el parricidio, hubiese tenido valor para dar la batalla; porque demas de la superiodad de sus fuerzas á las del enemigo, no podia dexar de serles de considerable ventaja el pelear frescos y descansados, con los que llegaban rendidos y fatigados del camino. Pero el nombre y la reputacion de Alexandro, que en la guerra es de suma importancia, los atemorizó de suerte que se entregaron á la fuga. Beso y los demás cómplices, habiendo esperado á Dario, le persuadieron *á que se pusiese á caballo, para librarse de caer en manos de su enemigo*; pero él, bien lexos de hacerlo, les respondió, *que los Dioses estaban prontos á vengarle*, y implorando la fé de Alexandro, se opuso á seguir á los parricidas, los quales irritados de su repugnancia enderezaron contra él sus dardos, y habiéndole cargado de heridas, hecho lo mismo en los caballos que le conducian, para impedir que pasáse mas adelante, y dado muerte á dos esclavos, que acompañaban al Rey, se separaron despues de tan detestable maldad para dexar en diversas partes vestigios de su fuga, y engañar por este medio al enemigo, si quisiese seguirlos, ú obligarle á dividir por muchas partes sus fuerzas. Nabarzanes la encaminó ácia Hircania, y Beso ácia Bactra, seguido de poca gente de á caballo. Los Barbaros, abandonados de sus Cabos, se dividieron por una y otra parte, segun los guiaba su miedo ó su esperanza, sin que hubiese mas que quinientos caballos, que se uniesen, aunque dudosos en si les estaria mejor hacer resistencia, ó ponerse en fuga. El Rey habiendo advertido el pavor de los enemigos, hizo adelantar á Nicanor con una parte de la Caballeria para cortarlos, y él con el resto los cargó. Quedaron sobre el Campo mas de tres mil, que se pusieron en defensa, y los demás sin llegar á ellos, por haber mandado el Rey que cesáse la mortandad, fueron ahuyentados á manera de bestias. No hubo entre todos los prisioneros alguno, que diese noticia del carro de Dario, de cuya fuga no se pudo descubrir el menor rástro por mas diligencias que se hicieron. Apresurabase Alexandro de suerte, que apenas pudieron seguirle tres mil Caballos; las Tropas enteras de los

los fugitivos caian en manos de los que le seguian á paso mas lento. Siendo á la verdad cosa bien extraña, que hubiese mas prisioneros, que gente para hacerlos, y que los tuviese tan enagenados de sí su pavor é infelicidad, que no conociesen la muchedumbre de los suyos, y el corto número de los enemigos para oponerse á ellos. En tanto los caballos que conducian el carro de Darío, no habiendo quien los conduxese, dexaron el camino real, y despues de haber andado quatro estadios á la contingencia, rendidos del calor y de sus heridas, hicieron alto. Estaba cerca de alli una fuente, donde llevado Polistrato Macedon por los del pais á templar en ella su sed, advirtió estando bebiendo del agua que habia recogido en su celada, en los caballos que morian de las heridas, de que estaban traspasados, y admirandose de que fuesen antes heridos que robados, acercandose mas reconoció en un grosero carro, cubierto de pieles, á Dario, cargado de muchas heridas, y ya en los últimos trances de la vida; si bien conservando aun algun corto aliento. Llegóse á él con uno de sus prisioneros, para que le sirviese de intérprete, á quien habiendo conocido Dario por el lenguage que era Persa, le dixo: *Que en aquel deplorable estado, á que le habia reducido su fortuna, le quedaba á lo menos el consuelo de hablar con quien le entendiese, y de no malograr sus últimas expresiones. Pidióle, dixese á Alexandro, que moria deudor de sus beneficios, y tanto mas reconocido á ellos, quanto no se los habia merecido con servicio alguno. Que le daba infinitas gracias por la suma benignidad con que bien lexos de parecer enemigo, habia tratado á su madre, á su muger y á sus hijos, habiendolos conservado no solo la vida, sino tambien el mismo decoro y grandeza que mantubieron en su primera fortuna; quando sus mas cercanos parientes y amigos siendole deudores de la vida y de los muchos Reynos de que les hizo merced, desconocidos á tan crecidas honras, le habian privado con torpe ingratitud de uno y otro. Que pedia á los Dioses prosperasen sus armas, haciendole Monarca del Universo. Y por lo que miraba al execrable parricidio de Beso, cometido en su Real Persona, esperaba de su justificacion, que no interesandose menos que su gloria, su propria seguridad en el exemplar castigo de ella,*

ella, á que se hallaba tanto mas obligado quanto era causa comun de todos los Reyes, dexase en la severidad y rigor de él bastante motivo al mundo para el escarmiento. Finalmente, faltandole ya el aliento para proseguir, pidió de beber, y habiendo tomado un poco de agua fresca, que le llevó Polistrato: O tú, qualquiera que seas bienhechor mio (le dice) *la última de mis desdichas es hallarme imposibilitado de gratificarte este beneficio que de tí he recibido; pero espero que te lo remunere Alexandro, y á Alexandro los Dioses, la benignidad y clemencia que ha usado con los mios. La única prenda que me ha quedado de mi real fe y afecto, es esta mano derecha, ruegote que se la des por mí:* Y diciendo esto tomó la de Polistrato, y rindió el espíritu. Cuyas cosas referidas á Alexandro, le obligaron á que pasase inmediatamente allá, donde al ver el cuerpo de Dario, prorumpió en tiernas y copiosas lágrimas, lamentandose del infortunio de aquel Príncipe, y del infeliz é indigno fin de su gloria. Desdobló su manto, pusole sobre el cuerpo, y habiendole hecho embalsamar y adornar con regia pompa, se lo envió á Sysigambis para que le hiciese enterrar á usanza de los Persas, y poner en el real sepulcro de sus antecesores.

LIBRO SEXTO.

CAPITULO PRIMERO.

DESCRIPCION DE LA BATALLA entre Lacedemonios y Macedones. Vencedor Alexandro concede la paz á los Griegos, que se habian sublevado en su ausencia.

NO gozaban de mayor tranquilidad Grecia y Macedonia, mientras pasaba esto en Asia. Reynaba en Lacedemonia Agis, hijo de Archidamo, que dando socorro á los Tarentinos, fue muerto el mismo dia que Philipo venció á los Athenienses cerca de Cheronea este Príncipe, pues, movido de la emulacion en que le ponian la virtud y gloria de Alexandro, exhortaba á sus pueblos, *á que no tolerasen que la Grecia padeciese mas tiempo en ignominiosa servidumbre la tirana opresion de los Macedones, porque si no se prevenian con tiempo, caeria sobre sus cervices el mismo yugo. Y que asi debian, pues se hallaban con fuerzas suficientes para resistirlos, hacer los mayores esfuerzos por preservarse de igual peligro, sin esperar á que enteramente deshechos, se hallasen imposibilitados á conservar la libertad contra Potencia tan formidable.* Inducidos por este medio los ánimos, solo esperaban ocasion oportuna de tomar las armas, y habiendosela ofrecido la felicidad de las de Memnon, se juntaron con él. Y si bien sobrevino la muerte de este Capitan, muy en los principios de sus empresas, no por ella descaecieron del valor con que se habian declarado: antes bien, Agis pasó á verse con Pharnabazo y Autophrate, de quienes obtuvo treinta talentos de plata, y diez baxeles, que envió á Agesilao su hermano para que pasáse á Creta, cuyos habitadores se hallaban divididos por seguir unos el partido de los Lacedemonios, y otros el de los Macedones, y despachó Embaxadores á Dario, pi-

Suplemento de Freinshemio.

Diod. 16. 89.

Just. 12. 1. 5.

Diod. 17. 62.

Diod. 17. 19.

Arrian. 2. 3. 10. &c.

Curt. 4. 1. 39. pidiendole mayor porcion de dinero, y mas baxeles para la guerra, cuyo socorro, en vez de atrasarle la derrota, que Arrian. 2. 3. 21. 3. 5. 10. padecieron los Persas cerca de la ciudad de Iso, se le facilitó; porque siguiendo Alexandro á Dario, y obligandole á retirar á sus mas remotas y distantes regiones, pasó á la Grecia todo el crecido número de soldados, que se habia salvado de aquella batalla, de cuya gente tomó Agis ocho mil, que pagó del dinero de los Persas, con los quales unidos á sus Tropas, pudo volver á recuperar, como lo hizo, la mayor parte de las ciudades de Creta. Y habiendo Memnon, á Curt. 4. 1. 19. quien envió Alexandro á Thracia, obligado á que se sublevasen Diod. 17. 48. Diod. 17. 62. aquellos Bárbaros, para cuyo reparo llegó alli Antipa- Just. 22. 1. 8. tro, con Exército que llevó de Macedonia, aprovechandose Diod. 17. 63. los Lacedemonios de aquella ocasion, ganaron á su partido todo el Peloponeso, menos algunas ciudades de corta importancia: juntaron un Exército de veinte mil Infantes, y de dos mil caballos, y hicieron General de él á Agis. De lo qual, noticioso Antipatro, volvió con gran presteza á la Grecia, despues de haber acomodado lo mejor que pudo las cosas Frontin 2. 11. 4 de Thracia. Asistieronle con su socorro los amigos y aliados de Alexandro, con el qual, y las tropas auxiliares que habia juntado, llegaba su Exército, hecha la reseña, á quarenta mil combatientes. Porque aunque del Peloponeso le habian ido muchas, no le pareció seguro fiarse de ellas: *Si bien les estimó su afecto y la demostracion de haber pasado á ofrecerse contra los Lacedemonios en obsequio de Alexandro, á quien les ofreció representar su fineza, para que se la remunerase á su tiempo.* Pero respecto de no necesitar por entonces de mas Tropas que las que tenia, *les* Curt. 7. 4. 52. *pidió se volviesen á su patria, con el seguro de que habian cumplido con la obligacion de su alianza.* Despues de lo qual, despachó al Rey repetidos correos, avisandole de los movimientos de la Grecia, los quales le hallaron cerca de Bactra. Pero no por esto dexó Antipatro de dar la batalla, en la qual decidió la victoria la rota de Agis, que fue muerto en Arcadia. En cuyo interin, hallandose Alexandro antes que llegasen los avisos de Antipatro, con algunos recelos de las inquietudes de los Lacedemonios, habia dado desde alli, en medio de hallarse tan distante de Macedonia y de

de Grecia, quanta providencia le fue posible. Porque ordenó á Amphotero que pasáse al Peloponeso con baxeles de Chypre y de Phenicia; y á Menete, que hiciese llevar ácia el Mar tres mil talentos para poder proveer de mas cerca á Antipatro de quanto dinero necesitáse, por temer las perjudiciales conseqüencias que podian resultar de esta guerra. Si bien noticioso despues de la victoria, y comparando esta expedicion con las que habia obrado por sí, dixo: *Que aquella batalla habia sido solo de ratoncillos.* Fueron felices á los Lacedemonios los principios de esta guerra, en los quales obtuvieron victoria de los de Antipatro, cerca de Corrhago, cuya fama llevó á su alianza á quantos tenian pendientes del suceso su determinacion, sin que entre todas las ciudades de los Eleos y de los Acheos, hubiese otra que Pellene, que desdeñáse su alianza, y Megalopolis en la Arcadia, la qual se mantubo firme en el partido de Macedonia, por la memoria que conservaba de Philipo, de quien recibió considerables beneficios. Aunque habiendose hallado bien apretada de un vigoroso Sitio, es sin duda que se hubiera rendido á no haber acudido Antipatro á su socorro. Acampó á no larga distancia de los enemigos, y habiendo reconocido estaba mas fuerte que ellos, así en el número de las Tropas, como en lo demás, resolvió presentar luego la batalla. No la rehusaron los Lacedemonios, si bien trabado el combate, se les declaró muy contrario el suceso. Porque aunque confiados en la disposicion del lugar en que se habia de pelear, despreciaban la ventaja que les hacia el número de la gente el enemigo, esperando no la podria lograr allí con ningun fruto, respecto de su estrechez; habiendo llegado á las manos, hallaron en su resistencia á los Macedones, con no menor esfuerzo al con que los acometieron; lo qual fue causa de que se derramáse mucha sangre de ambas partes. Pero socorrióles Antipatro freqüentemente á los suyos con gente de refresco, que substituyese el lugar de los heridos; y no siendo facil á los Lacedemonios el hacerlo, se hallaron necesitados á retroceder. Agis viendo en derrota á su gente, se entró en medio de la refriega, y haciendo gran estrago en quantos se le oponian, obligó á retirar á muchos enemigos. * Pusieronse en fuga los Macedones, que poco antes se mostraron victo-

Arrian 5. 1. 12.
Arrian 35. 3. 20.
Plut. Agesilao, *cap.* 25.
Æschines *contra Ctesiphontem.*
Polibio. 1. 23.
Æsshines.
Pausan. *lib.* 1.
Cur. 6. 1. 10.
Desde aqui Quinto Curcio.

riosos, dexandose cargar sin resistencia, hasta que habiendo sacado á lo llano á los enemigos, que con ardor le seguian, y ganado un lugar donde pudieron hacerse firmes, restablecieron el combate. Señalabase entre todos los Lacedemonios el Rey, asi por sus armas, como por la gentil disposicion de su persona, y aun mas por la grandeza de su espíritu, en que es sin duda, que ninguno le excedió. Tirabanle de lexos, de cerca, y de todas partes recibia en su escudo muchas cuchilladas, y evitaba no pocas con su destreza, hasta que herido de un bote de lanza en un muslo, de que arrojó gran porcion de sangre, y faltandole las fuerzas para continuar el combate, en que aun insistia, le sacaron de él los suyos sobre los escudos, no sin los crecidisimos dolores que le causaba en las heridas el movimiento. Mas los Lacedemonios bien lexos de desmayar á vista de aquel golpe, apoderados de un puesto ventajoso, y cerrados en sus esquadrones, resistieron la carga que dieron en ellos. No hay memoria de combate mas sangriento y cruel. Habian llegado á las manos dos de los mas belicosos pueblos del Mundo con iguales fuerzas, alentados unos de su antigua gloria, y esforzados otros de la grandeza que gozaban; peleaban aquellos por la libertad, y estos por el Imperio; faltaba á unos la cabeza, y á otros el terreno, y aumentaba en todos la esperanza, y el temor la diversidad de sucesos con que parece gustó la fortuna de ver disputar en solo un dia la victoria á tan valerosos hombres. El Campo de batalla era tan estrecho, que no pudiendo pelear sino una parte de sus Tropas, las demás solo servian de testigos, y de esforzar desde el parage donde se hallaba con las voces, y con las acciones á sus compañeros. Finalmente fatigados los Lacedemonios del gran calor, y pudiendo apenas sostener las armas, las quales se les deslizaban con el copioso sudor, empezaron á desmayar, y á retirarse por ultimo para tener campo mas abierto á la fuga, si el enemigo los oprimiese. Cargabalos furiosamente el Exército vencedor, y habiendo pasado todo el espacio que habian ocupado mientras duró el combate, seguia vivamente á Agis. El qual viendo su Exército deshecho, y sobre él á los enemigos, mandó á los suyos que le pusiesen en tierra; y habiendo hecho prueba consigo, de si sus miembros correspondian aun á la generosidad de su ánimo, sintien-

tiendose sumamente desfallecido, se puso por sí mismo de rodillas, y cubriendose prestamente con la celada y el escudo, manejando una pica, desafiaba en aquel estado á los mas valientes á que llegasen á despojarle de sus armas. Ninguno empero se atrevió á acercarsele, aunque desde lexos le disparaban gran cantidad de dardos, que rebatia contra el enemigo, hasta que por ultimo penetrado el desnudo pecho del bote de una lanza, que por sí mismo se la sacó de él, y no pudiendo subsistir ya mas tiempo, afirmado en su escudo, rindió sobre sus mismas armas el espíritu. Murieron en aquella batalla de la parte de los Lacedemonios cinco mil trescientos y sesenta, y de la de los Macedones no pasaron de trescientos; pero apenas hubo quien saliese de ella sin herida. Cuya victoria, no solo fue causa de la ruina del Poder de Sparta y de sus aliados, sino tambien de que quantos, librada su esperanza en el suceso de ella, solo aguardaban su fin para declararse la perdiesen. No lo ignoraba Antipatro, ni tampoco que muchos, que iban á él, procurando acreditar su regocijo, le fingian; pero deseando poner fin á la guerra, le pareció preciso dexarse engañar. Y si bien la felicidad de aquel gran suceso le tenia con el gusto, que era conseqüente á él, el suceso de la embidia que le ocasionaria, y los riesgos, de que serian causa las ilustres acciones, que para obtenerle habia obrado, las quales excedian de la esfera de General, no dexaban de tenerle en bastante inquietud, como quien tambien sabía, que aunque Alexandro gustaba de ver vencidos á sus enemigos, era tanto lo que sentia lo quedasen por medio de Antipatro, cuya gloria le parecia disminuia mucho la suya, que no podia disimularlo. Atento, pues, aquel diestro político á este riesgo, no se atrevió á disponer por sí de nada de la victoria: convocó á los Estados Generales de la Grecia para deliberar con su acuerdo lo que pareciese mas conveniente. No pidieron en aquella junta otra cosa los Lacedemonios, sino que se les permitiese enviar una Embaxada al Rey, el qual no puso dificultad en perdonarlos, con excepcion de los autores de la revuelta, á quienes hizo castigar. Determinóse tambien en ella, que los Megalopolitanos, cuya ciudad estubo sitiada, pagasen á los Acheos y á los Etolos ciento y veinte talentos. Este fin tubo aquella guerra, la qual se extinguió

con la misma presteza que se encendió, y antes que Dario quedáse deshecho en la batalla de Arbela.

CAPITULO II.

INVENCIBLE ALEXANDRO EN LA GUERRA, se dexa vencer en la ociosidad de las delicias: Corre voz en el Exército de que habia recordado de aquel adormecimiento.

PEro Alexandro, á quien hasta entonces habia sido mas molesto el descanso, que las mayores fatigas de la guerra, no hubo bien empezado á gustar de él, quando se entregó á los deleytes; de suerte, que no habiendo podido ser vencido de las armas de los Persas, lo quedó de sus vicios. No pasaba ya los dias y las noches, sino en desordenados banquetes, en licenciosos juegos, en mugeriles festines, y en torpes embriagueces. Con cuyos vituperables excesos, y el de haber imitado en todo los estilos y costumbres de los Persas, teniendolos por mejores que los de su patria, dexó tan disgustados á los suyos, que ya no le miraban como á dueño, sino como á enemigo, no pudiendo tolerar los que se hallaban acostumbrados á una rigurosa disciplina, á un moderado y vulgar alimento, que satisfaciese las necesidades de la vida, que los corrompiese con aquellas disoluciones, y los habituáse á las costumbres de los vencidos. De esto se originaron las freqüentes conspiraciones contra su persona, los peligrosos motines en sus Tropas, y la desenfrenada libertad con que hablaban de él, siguiendose tambien las precipitadas violencias, las mal fundadas sospechas, los temores, y lo demás que dirémos. Pasando, pues, los dias y las noches en los banquetes, y no pudiendo ser siempre los manjares su unico divertimiento, le alternaba con diversos generos de juegos y de pasatiempos; y no contento con los Farsantes y Músicos que habia hecho llevar de Grecia, hacia cantar á las mugeres cautivas canciones á su usanza, que eran tan extrañas, como desapacibles á los oidos de los que no estaban habituados á oirlos. Habia entre las demás una, cuya tristeza era mas excesiva que la de todas, é igual á la gran

gran repugnancia y vergüenza que mostraba de ser vista entre las otras, y cuya singular belleza hacian parecer mayor los efectos de su honestidad y recato; á cuya instancia, manteniendose con los ojos baxos, hacia quanto le era posible por ocultar su rostro. Parecióle al Rey, que no era aquella muger de esfera vulgar, ni capáz de hallarse en tan licenciosos festines; y habiendola preguntado *¿quién era?* Y respondidole ella: *Que nieta de Ocho, Rey de Persia, nacida de una hija suya, que casó con Histapes, pariente de Dario, y General de un poderoso Exército.* Conservando aun aquel Principe algunas reliquias de sus primeras virtudes, atendió compasivo á su desgracia, y á la Real estirpe de quien descendia, y la puso en libertad, la restituyó todos sus bienes, é hizo se buscáse á su marido para volversela. Cuyo suceso fue causa de que mandáse el dia siguiente á Ephestion pusiese á todos los prisioneros en palacio, donde habiendo reconocido la calidad de cada uno, se separaron de las comunes á las personas de la primera esfera, de la qual se hallaron diez, y entre ellos á Oxatres, hermano de Dario, no menos ilustre por sus merecimientos, que por la grandeza y representacion de su hermano; y á cierto gran Señor Persa, llamado Oridates, el qual estando condenado á muerte por Dario, permanecia aun en las prisiones: libróle de ellas el Rey, y dióle el gobierno de la Media, y admitió al hermano de Dario al número de sus confidentes, haciendole los honores de que era digno por su Real nacimiento. Importó la ultima presa veinte y seis mil talentos, de quienes se repartieron doce entre los soldados, habiendose descubierto igual porcion de los prisioneros, por los mismos que la guardaban. Pasó desde alli Alexandro á la region de los Parthos, pueblos desconocidos entonces, pero hoy cabeza de todas las naciones que estan de aquella parte del Tygris y del Euphrates, y se estienden hasta el Mar Roxo. Ocupan aquellas hermosas y fertiles llanuras los Scytas, formidables aun hoy á sus vecinos. Tienen tierras en Asia y en Europa. Los que habitan sobre el Bosphoro pertenecen al Asia; pero los demás, llamados Europeos, tocando á la parte izquierda de la Thracia, confinan con el Boristhenes, y corriendo en derechura, se dilatan hasta el Tanis. Pasa aquel rio entre Europa

y

y Asia, y es cierto que los Parthos, que reconocen por fundadores á los Scythas, no salieron del Bosphoro, sino de la Europa. Ofreciase en aquel tiempo alli una ciudad muy célebre, fundacion de los Griegos, y cuyo nombre era *Hecatompylos*: detubose en ella Alexandro algunos dias, y dió orden para que se recogiese en ella de todas partes la mas considerable porcion de víveres que se hallàse. Dando en ellos ocasion la ociosidad, como suele, á algun soldado deseoso de novedades, para que esparciese la falsa voz de que el Rey, contento con lo que habia obrado, tenia resuelto volverse á Macedonia; fue tan grande la commocion que causó en el Exército, divulgada por todo él, sin que se pudiese averiguar su autor, y tal la impresion que hizo en los soldados, los quales corrian como insensatos á sus Tiendas á recoger cada uno su vagaje, que no parecia sino que se habia dado la señal para desalojar. Buscaban unos aceleradamente á sus camaradas, y cargaban otros sus carros, cuyo tumulto, dilatandose por todo el Campo, llegó á oidos del Rey. Dió ocasion á aquella falsa voz el haber licenciado las Tropas Griegas, y concedido seis mil dineros á cada Caballero: con lo qual tubieron los Macedones por concluida enteramente la guerra. El Rey, cuyo designio era dilatar sus conquistas á la India, y á los ultimos terminos del Oriente, habiendo llamado á su Tienda á los principales Cabos de su Exército, se lastimó con ellos, no sin lagrimas, *de que le precisasen á interrumpir á la mitad de él el curso de sus gloriosas conquistas, y á volverse á su patria, vencido mas que victorioso. Decíales, que aquella ignominia no le procedia de la flaqueza de sus soldados, sino de la embidia de los Dioses, los quales se habian conspirado á infundir en sus valerosos corazones el deseo de la patria, para quitarle los medios de que volviese prestamente con mayor honra y reputacion á ella.* A cuyas expresiones, movidos todos, le ofrecieron su sangre y sus vidas, asegurandole de la prontitud con que los hallaria dispuestos á quanto les ordenáse, por dificil y arduo que fuese, é igualmente de la de los soldados á quienes le manifestaron, sería bien procuráse inducirlos á sus intentos con la blandura de sus palabras proporcionadas á su genio, pues tenia experiencia de quan poderosas y eficaces eran en sus animos

mos, los quales jamás se vieron tristes, ni caidos: alentandoles él, sino con la misma alegria y marcial ardor con que se presentaba él al combate. Prometióles que lo haria, si bien les pidió, que dispusiesen por su parte los animos; y despues de haber proveido en lo que juzgó por necesario para aquella accion, juntó su Exército, y le habló de esta manera.

CAPITULO III.

ORACION DE ALEXANDRO A SUS SOLDADOS, exhortandolos á concluir la guerra comenzada en Asia.

„NO me admiro, ó soldados, que si considerais las grandes empresas que hemos executado, os halleis satisfechos de gloria, y que no busqueis ya sino solo el descanso. No entrando en número los Ilirios, los Tribalos, la Beocia, la Thracia, los Spartanos, los Acheos, el Peloponeso; todos los quales he sujetado, á unos por mi persona, y á otros por medio de mis Generales, y debaxo de mis auspicios; ni tampoco el Helesponto, donde ha tenido principio la guerra, hemos preservado á los Jonios y Eolos de una cruel servidumbre. Hallamonos Señores de Catia, de Lidia, de Capadocia, de Phrigia, de Paphlagonia, de Pamphilia, de Pifida, de Cilicia, de Tiro, de Phenicia, de Armenia, de la Persia, de los Medos y de los Parthos, cuyo crecido número de provincias, entre quienes no sé si respecto de él he olvidado alguna, excediendo, á lo que juzgo, aun al de las ciudades que poseen otros, me obligaria á poner fin á mis conquistas, si me halláse asegurado de que lo quedaban, entre pueblos vencidos con tanta prontitud, y á restituir, ó soldados, aunque fuese á pesar vuestro, á la proteccion de mis domesticos Dioses, al amor de mi madre, y de mis hermanas, y á la compañía de mis ciudadanos, para gozar en el centro de mi patria de la gloria que con vosotros he adquirido; porque alli es donde nos esperan los mas dulces frutos de nuestras victorias, el gusto de vuestros hijos, de vuestras mugeres, y de las que os dieron al Mundo, la paz, el reposo, y la posesion segura de quanto

„he-

„hemos comprado al precio de nuestra sangre. Pero en un „Imperio totalmente nuevo, y en quien no podemos decir „con certeza, que estabamos seguramente establecidos, y an„tes tanto mas lexos de haberlo conseguido, quanto perma„necen aun muchas cabezas rebeldes, que repugnan el yugo, „es preciso, ó soldados, tiempo para reprimirlos, y una sua„ve y dulce comunicacion, que poco á poco temple y ablan„de la fiereza natural de sus animos. Aun las cosas insensi„bles necesitan de él, para que las suavice, y disponga á „que reciban la ley que la naturaleza les impuso, como or„dinariamente lo experimentais en los frutos de la tierra; „los quales no llegan á su perfecta sazon, sino por medio „suyo. ¿Juzgais por ventura, que tantos pueblos acostum„brados á otro dominio, y con quienes no tienen confor„midad alguna nuestra religion, nuestras costumbres, ni nues„tra lengua, han quedado sujetos al tiempo mismo que ven„cidos? Pues creeis mal, porque el contenerse en nuestra „obediencia, lo debemos á nuestras armas, no á su volun„tad. Mientras estais presentes os temen, pero ausentes se„rán vuestros enemigos. Siendo cierto, que nos es preciso „hacer con ellos lo que con las fieras, en quienes obrando el „tiempo lo que no se pudo esperar de su natural, las dexa „domésticas y mansas. Hasta aqui he discurrido, como si ya „fuesemos enteramente dueños de quanto poseía Dario. Pe„ro aun se halla Nabarzanes apoderado de la Hircania, y el „parricida Beso no contento con ocupar la Bactra, nos ame„naza. Los Sogdianos, los Dahos, los Masagetas, los Saces „y los Indos, no reconocen dominio. No bien habremos „vuelto las espaldas, quando estos pueblos se declararán „contra nosotros, siendo todos de una nacion, nosotros es„traños, y natural, que apetezcan mas el Señorio en los pro„prios, aunque sea menos suave, que en los agenos. Por lo „qual es preciso, que, ó perdamos lo adquirido, ó que ad„quiramos lo que nos falta que ganar; apartando, á imitacion „del Medico, que para conseguir la salud de un cuerpo hu„mano, procura evaquarle de todos los malos humores, quanto „puede ser nocivo á nuestro Imperio. Muchas veces una pe„queña centella no advertida, ha originado considerable incen„dio. Nunca es seguro despreciar lo mas leve en el enemigo,

„por-

„ porque del descuido nace la diminucion propria, con que
„ crece su diligencia, aumentando sus brios y poder. Aun el
„ mismo Dario no llegó por derecho succesivo al Real Tro-
„ no de Ciro, sino porque en él le colocó el crédito de Ba-
„ goas, de que podeis inferir el corto trabajo que habrá costa-
„ do á Beso apoderarse de un Reyno abandonado. Verdadera-
„ mente, ó soldados, que sería grande ignominia nuestra que
„ le hubiesemos vencido para dar sus Estados á uno de sus va-
„ sallos, el qual despues de haber cometido el mayor de los
„ delitos en la persona de su Rey al tiempo que le ofrecian
„ su socorro los estraños, y que nosotros, aunque le hacia-
„ mos guerra, le hubieramos perdonado sin duda vencedo-
„ res, le reduxo qual cautivo á prisiones, y por último le
„ dió muerte, para defraudarnos la gloria de haberle librado
„ de ella. ¿Y este monstruo quereis que reyne? ¿Y que esto
„ se sufra? Por lo que á mí toca, es cierto que no sosegaré,
„ hasta ver que pendiente de una horca, satisface á todos los
„ Reyes y pueblos del Mundo las penas de su perfidia. Si
„ inmediatamente á nuestra partida nos llegasen á decir, que
„ saqueaba las ciudades de la Grecia y del Helesponto, ¿con
„ qué gusto escucharíais, que aquel malvado se hiciese due-
„ ño de los premios de vuestras victorias y conquistas? En
„ cuyo caso, no dudo, que colericos tomariais las armas, y
„ que no las depondriais, hasta dexar castigada su orgullosa
„ osadia. ¿Pues quánto mejor es oprimirle ahora que se ha-
„ lla preocupado del honor de su delito, y fuera de sí? No
„ necesitamos de mas tiempo que el de quatro dias para el
„ camino. ¿Pues qué detendrá tan corto espacio en lo mejor
„ de sus conquistas á los que han pasado tantas y tan creci-
„ das nieves, á los que han badeado tan caudalosos rios, y
„ á los que han penetrado las elevadas cumbres de tan in-
„ mensos montes? Mayormente no teniendose ya Mares, cu-
„ yas crecidas olas nos impidan el paso, ni estrechos que nos
„ le cierren, pues se nos ofrece todo tan llano y facil para la
„ victoria, que parece podemos tenerla por segura. Solo cin-
„ co ó seis parricidas, y otros tantos bagabundos, son los
„ que nos han quedado por extinguir. ¿Con qué esclarecida
„ accion ilustraréis vuestra gloria, y coronaréis todas las de-
„ más, eternizandolas al Mundo, si vengais la muerte de vues-

„ tro enemigo, y manifestais, que extinguido con su vida vues-
„ tro odio, no permite semejantes maldades vuestra genero-
„ sidad? A cuyo intento no prevenis quan obedientes y obse-
„ quiosos experimentareis á los Persas, reconociendo estos la
„ justificacion con que emprehendeis las guerras, y que vues-
„ tras iras no miran á su nacion, sí solo á castigar el delito
„ de Beso. „

CAPITULO IV.

DESCRIPCION DE ZIOBERIS ADMIRABLE RIO. Ofrece Alexandro á Nabarzanes el perdon que solicita por medio de su carta de seguridad, y hallandose cercano al Mar Caspio, admite á su gracia á los Capitanes de Dario.

FUe oida esta oracion con tan grande aplauso de los soldados, que todos á porfia dixeron en altas voces, que los lleváse á donde fuese servido. Aprovechandose el Rey de aquel ardor, pasó á las tierras de los Parthos, y llegó en tres dias á la frontera de Hircania. Dexó á Cratero con las Tropas que mandaba, y con las de Amintas, reforzadas de seiscientos Caballos, é igual número de Archeros para asegurar á los Parthos de las correrias de los Barbaros. Dió órden á Erigio para que conduxese el vagaje por la llanura con corta escolta; y viendose adelantado él quinientos y cinqüenta estadios, acampó en un valle, que está á la entrada de Hircania. Ofrecese alli un bosque de crecidas y espesisimas arboledas, bañado de infinitos arroyos, que descendiendo de las rocas vecinas, fertilizan todo aquel valle. Nace de las faldas de aquellos montes el rio Zioberis, el qual corre por espacio de tres estadios, sin diminucion alguna, hasta que rompiendose su raudal en una roca, se divide en dos brazos iguales. Desde alli, haciendose mas rápido, y siempre mas impetuoso, por el encuentro de las peñas que halla en el camino, se precipita debaxo de tierra, donde corre manteniendose oculto toda la extension de trescientos estadios. Vuelve despues, como á renacer de otro origen, y á hacer nueva y mas espaciosa canal, que la primera, respecto de tener trece estadios de largo, hasta

ta que habiendose reducido á mas estrechas margenes, entra por ultimo en otro rio llamado Rhidage. Aseguran los naturales, que quanto se introduce en la caberna donde el Ziberis se oculta, que es la mas cercana á su origen, vuelve á salir por la que desemboca en el rio, como lo comprobaron algunas personas, á quienes habiendo hecho Alexandro entrar alli dos toros, que envió para la averiguacion, aseguraron haberlos visto salir por el desembocadero. Habiendose detenido alli quatro dias para que refrescáse su Exército, recibió una carta de Nabarzanes, cómplice en el delito de Beso, en que le decia: *Que nunca miró con odio á Dario, á quien siempre habia representado lo que juzgó de su servicio, exponiendo su vida al riesgo de perderla por haberlo hecho con zelo y claridad. Pero que habiendo resuelto aquel Principe, contra toda razon, fiar de estrañas Tropas la guarda de su persona, en desdoro y descredito de la fidelidad que los de su nacion habian conservado inviolablemente á sus Reyes por espacio de doscientos y treinta años, y reconociendo próxima su ruina, tomó el consejo que le ofreció la necesidad presente, siguiendo en esto al mismo Dario, el qual habiendo muerto á Bagoas se justificó con el pueblo, dando por disculpa la de haberlo executado porque conspiraba contra su vida. Que siendo ésta la cosa mas apreciada de los mortales, el deseo de conservarla, habia reducido á aquellos terminos. Porque protestaba haber executado en esto, no lo que quisiera sino lo que no pudo escusar necesitado. Que en las calamidades públicas á qualquiera le era permitido mirar por sí, y procurar asegurarse. Y que en esta atencion si le mandaba fuese á ponerse á sus pies, lo haria sin el menor recelo de que faltáse tan gran Rey á su palabra; y tanto mas asegurado, quanto sabia no era capáz de engañar á los Dioses quien lo era. Pero que si no le juzgaba digno de concederle esta honra, no le faltarian en su destierro lugares donde retirarse, pues para los hombres de valor, era patria suya qualquiera que eligiesen.* No hallando Alexandro dificultad para concederle su palabra, á usanza de los Persas, le envió á decir, *que podria ir seguramente.* Sin embargo hizo que marcháse su Exército en buen órden á quatro frentes, y de rato en rato se enviasen corredores á reconocer los pasos. La Caballe-

ria ligera iba en la banguardia, seguia la Phalange, luego el resto de la Infanteria, y detrás el vagaje. Conteniase el Rey entre sus guardas, por el recelo en que le ponia la condicion belicosa de aquellos pueblos, y la calidad de la tierra, cuyas entradas son sumamente asperas. Porque todo es un continuo valle abierto, y espacioso hasta el Mar Caspio, desde donde se dilatan por ambas partes montes en forma de dos grandes brazos, los quales cierran aquel espacio, y torciendose hacen un seno á manera de media luna. Los Cercetas, Mosinios y Chalybes quedan á la izquierda, y de la otra parte los Leucosirios, y los campos de las Amazonas, miran estos al Septentrion, y aquellos al Occidente. El Mar Caspio, cuyas aguas son mas dulces que las de los otros Mares, cria serpientes de prodigiosa magnitud, y pescados de bien diverso color que los ordinarios. Algunos le llaman Mar de Hircania, y otros Caspio; y no falta quien crea que las lagunas Meotides entran en él, á cuya mezcla de aguas atribuyen el que sean menos saladas aquellas que las de los demás Mares. El viento de Septentrion le embravece horriblemente, dilatando tantos sus hondas, que anegan una estendidísima porcion de tierra; pero luego que cesa éste, se retraen á sus límites con la misma impetuosidad que salieron, dexando la tierra en su primera faz. Otros han juzgado que no es el Mar Caspio, sino el de la India, que cae en la Hircania, desde cuya mas elevada parte va descendiendo poco á poco, y dilatandose, como hemos dicho, en un perpétuo valle. Adelantóse de alli el Rey veinte estadios por lugares casi innacesibles, sobre quienes habia una selva, cuyos caminos eran tan quebrados por los muchos arroyos y avenidas que los inundan, que fué preciso detenerse en algunas partes. Pero no ofreciendose enemigo alguno, pasó sin peligro; y por último llegó á mejor comarca, qual de mas de abundar en aquel tiempo de todo genero de granos, goza siempre de excelentes viñas, y manzañas. Pueblanla muy espesos árboles, entre quienes son los mas comunes á la manera de las encinas, cuyas hojas amanecen cargadas de miel, si bien es preciso recogerla antes que salga el Sol, porque si no se derrite inmediatamente aquel delicado rocío al menor calor que participa. Habiendo pasado el Rey treinta estadios mas adelante, le salió al camino Phrata-

pher-

phernes, y se le rindió, con los que le habian acompañado en la fuga despues de la muerte de Dario. Recibiólos á todos benignamente; y despues de haber llegado á la ciudad de Arnas, llegaron á ella tambien Cratero y Erigio, llevandole á Phradates, Gobernador de los Tapuroros; el qual experimentó en el Rey tan grandes honras, que su exemplo movió á muchos á procurar merecerselas iguales con la misma demostracion. Dió despues el gobierno de Hircania á Menapis, que desterrado en tiempo de Ocho, pasó á amparar-se de Philipo; y conservó en el de los Tapuroros á Phradates.

CAPITULO V.

HABIENDO RECIBIDO ALEXANDRO á Artabazo con grandes muestras de afecto, perdona á los Griegos que habian socorrido á Dario; y despues de haber vencido á los Mardos, condesciende con el ruego de la Reyna de las Amazonas.

DEspues de haber atravesado toda la Hircania, llegó á su presencia Artabazo (de cuya gran fidelidad á Dario hemos tratado) con algunos parientes de aquel infeliz Principe, con sus hijos, y buena Tropa de soldados Griegos. Al acercarse á él, le tomó el Rey la mano, y hizo muchas caricias, en memoria de la amistad que tuvo con el Rey Philipo, su padre, debaxo de cuya proteccion se mantuvo mientras duró la persecucion de Ocho; pero aun mas por la fidelidad que guardó á su Príncipe, en medio de los considerables favores que recibió de Philipo. Reconocido aquel venerable anciano á las honrosas demostraciones de Alexandro, le dixo: *Que rogaba al Cielo por la larga duracion y felicidad de su Imperio, y porque colmase las mayores dichas su persona, á quien no podia dexar de manifestar, que quanto era grande el gusto con que celebraba la dicha de ponerse á sus pies, tanto el sinsabor que recibia de hallarse por su crecida edad imposibilitado de gozar por mucho tiempo de su benignidad.* Era ésta de noventa y cinco años: llevaba consigo nueve jóvenes, hijos suyos, de gentil disposicion, y habidos todos en una misma madre:

dre : ofreciólos al Rey , pidiendo á los Dioses *les concediese vida en quanto fuesen de provecho á su servicio.* Aunque caminaba Alexandro de ordinario á pie por aquellos campos , atendiendo á que su exemplo no obligase á aquel anciano á hacerlo con tan grande incomodidad , mandó prevenir caballos para él y Artabazo. Y despues de haber acampado, hizo llamar á los Griegos que habia llevado éste consigo ; los quales respondieron : *Que sino se les concedia tambien salvo conducto á los Lacedemonios , pensarian en lo que habian de executar.* Eran estos los Embaxadores de Lacedemonia , enviados á Dario , que despues de su derrota se habian juntado con los Griegos que tenia á sueldo suyo. No quiso concedersele el Rey , ni darles prenda alguna: mandóles sí , *que compareciesen ante él , y que entonces resolveria lo que tuviese por bien.* Con cuya respuesta confusos , y inclinados unas veces á un dictamen , y otras á otro , determinaron por último obedecerle ; si bien Democrates, Atheniense, opuesto siempre á la grandeza de los Macedones, desesperando de su vida, se dió por sí mismo muerte. Los demás se rindieron á discrecion , como lo habian resuelto. Eran mil y quinientos soldados, y noventa Embaxadores. Reclutó con aquellos el Rey sus Compañias , y hizo volver á sus tierras á los demás , excepto los Lacedemonios, á quienes mandó poner debaxo de buenas guardas. Los Mardos , pueblo vecino á Hircania, gente brutal, y acostumbrada á la rapiña , fueron los únicos que mostrando disgusto de obedecerle, ni le enviaron Embaxadores , ni presentes. De cuyo desacato indignado el Rey , y no pudiendo tolerar que hubiese nacion que le pusiese en duda el renombre de invencible : dexó el vagaje con gente que le guardase , y volvió contra ellos , acompañado de sus mejores Tropas. Marchó toda la noche, y al romper del dia , se dexó ver de sus enemigos. Reduxose esta faccion mas á tumulto , que á combate; porque arrojados los Bárbaros de las colinas que habian ocupado; y puestos en fuga, se tomaron los villages vecinos, abandonados de sus habitadores. Con todo no pudo entrarse en lo interior del pais , sin gran fatiga del Exército , respecto de componerse todo de montañas y florestas inacesible , y de tener no menos impenetrables las llanuras el extraño modo con que

que las fortificaban; porque plantaban arboles muy cerca unos de otros, cuyas ramas doblandolas con la mano quando estaban tiernas, y torciendolas despues por la punta, las volvian á plantar y fixar en tierra, de donde brotando como de otra raiz nuevos, y mas vigororos troncos, no dexaban crecer á aquellos á quienes la naturaleza producia con mayor fertilidad, si no los entretegian unos en otros, de suerte, que quando se hallaban cargados de ramos y de hojas, cubrian toda la campaña, y quedaban en forma de redes ocultas, que embarazaban el paso. No habia otra forma de abrirle, que la de cortar los arboles; pero era obra de gran trabajo, porque sus troncos llenos de nudos, resistian al hierro, y sus ramos desnudos y encorbados, en forma de arco, odedeciendo al golpe, le dexaban inutil, fuera de que los naturales, acostumbrados á correr por entre aquellas breñas, no de otra suerte, que las mismas fieras, resguardados entre los mismos bosques, herian desde ellos á su salvo en los enemigos. El Rey, cercandolos á manera de cazador, los echó de sus fuertes, dando muerte á muchos, y envió despues soldados para que cercasen el bosque, con orden de que entrasen dentro á la menor abertura que se les ofreciese. Pero como inexpertos en la tierra, desmandada la mayor parte, fue prisionera, y con ellos el caballo Bucéphalo, á quien estimaba Alexandro en mas que todos los del Mundo. No consentia éste que le montase otro, que no fuese Alexandro, á quien se ponia de rodillas siempre que reconocia se llegaba á él, para que lo hiciese con tan grande instinto, que no parecia sino que sabia á quien llevaba sobre sí. El Rey, mas irritado de lo que era justo, hizo que con la mayor diligencia se buscase el caballo, y que se les notificase los pasaria á todos á cuchillo, sino se le volvian: con cuyas amenazas quedaron tan amedrantados los Bárbaros, que le enviaron el caballo, y algunos presentes á pesar suyo. Pero no habiendo bastado á templarle aquella demonstracion, hizo cortar el bosque, y conducir alli gran cantidad de tierra de los montes, para que cubiertas de ella las llanuras, impedidas de los ramos, y juntamente los ramos, quedáse unido, é igual todo el camino. Viendo, pues, los Bárbaros adelantada la obra, y desesperando de poder resistir mas largo tiempo, se rindieron con todo el pueblo, y dieron rehenes,

nes, los quales mandó el Rey se entregasen á Phradates, y habiendo gastado cinco dias en esta expedicion, se volvió á su Campo, desde donde despues de haber hecho mas excesivas mercedes á Artabazo de las que habia recibido de Dario, le envió á su casa. No bien habia llegado á la ciudad de Hircania, Corte en otro tiempo de Dario, quando pasó á ponerse á sus pies Nabarzanes con el seguro de su Real palabra: llevóle magníficos presentes, y entre otros rendidos al Eunucho Bagoas, cuya singular belleza le hizo tan querido de Dario, como lo fue poco despues de Alexandro, el qual mas por su intercesion, que por otro motivo, perdonó á Nabarzanes. Habitan, como queda dicho, ácia la frontera de Hircania, en las riberas del rio Themedoon, y en las campañas de Themicira las Amazonas, mandaba su Reyna Thalestres quanto se contiene entre el rio Phasis, y el monte Caucaso. Esta Princesa, pues, movida del ardiente deseo de ver á Alexandro, salió de sus Estados por conseguirlo; y habiendo llegado cerca de su Campo, le envió á decir: *Que una Reyna iba á visitarle, llevada del ansia de conocerle, y que se hallaba á corta distancia de alli.* Respondióla el Rey, que seria bien recibida: dexó el acompañamiento, y pasó á su presencia con solas trescientas mugeres; y luego que le vió, se arrojó del caballo, llevando dos lanzas en la mano derecha. No las cubren sus vestiduras todo el cuerpo, porque del lado siniestro traen dercubierto el seno, y oculto lo demás, si bien la falda de la ropa, recogida en un nudo, no pasa de la rodilla. Cauterizan el pecho del diestro lado, porque no las embarace á afirmar el arco, y á disparar las flechas, reservando en el otro el alimento de las hijas. Miraba Thalestres al Rey sin alguna estrañeza, y observandole cuidadosa, no hallaba que correspondiese su disposicion á la fama de sus hazañas, porque los Bárbaros solo confieren su veneracion á la magestuosa gentileza del cuerpo, juzgando que no puede ser capaz de grandes empresas, quien no se halla dotado de ésta, y de una singular belleza. Habiendola preguntado el Rey, *¿qué tenia que pedirle?* Confesó sin rodeos, *no habia sido otro el fin de su jornada, que el de lograr hijos suyos, no juzgandose indigna de dar herederos á su Imperio. Que si paria hija la llevaria consigo; y si Infan-*

te, se le dexaria. Preguntóla, si gustaria de ir á la guerra con él. Y ella, dando por disculpa para no seguirle, *la de no haber dexado persona para el gobierno de su Reyno*, se escusó de hacerlo, insistiendo con tan gran pertinacia y ardor en que la cumpliese su libiano antojo, mucho mas encendida en él, que el Rey, que le obligó á que se detuviese allí algunos dias, y que de ellos concediese trece á su ilicita comunicacion; cumplidos los quales, se volvió ella á su Reyno, y Alexandro á la provincia de los Parthos.

CAPITULO VI.

OFENDENSE LOS MACEDONES DEL MODO DE vivir de Alexandro, el qual por evitar algun motin, se dispone á hacer la guerra contra Beso: Empiezala por una estratagema, y sigue primero á Satibarzanes, por haber dexado su partido. Echa de las montañas á los Barbaros, y toma la Ciudad de Artacacna.

ALli fue donde el Rey, depuesto el embozo, dexó correr á riendas sueltas sus apetitos, convirtiendo en sobervia y lascivia la moderacion y continencia, que tan admirable habian hecho, hasta entonces su persona por la suma dificultad con que se ven unidas ambas virtudes en una gran fortuna. Empezó á despreciar las costumbres de su patria, deponiendo su loable disciplina, su moderacion en el vestir, y el regular orden de vida de los Reyes de Macedonia, cuya observancia juzgaba ya indigna de su grandeza, y siguió el fausto de los Reyes de Persia, cuya orgullosa pompa se atrevia á querer competir con la gloria de los mismos Dioses. Gustó de que los vencedores de tantas naciones se postrasen á sus pies, á quienes acostumbró á exercicios viles y baxos, tratandolos como á esclavos. Ciñó su frente de una diadema de púrpura, mezclada de blanco, como la habia traido Dario, y pusose la ropa persiana, sin advertir de quan infausto presagio suele ser para el vencedor tomar el trage del vencido. Y si bien para dar algun honesto color á sus perver-

tidas acciones, solia decir, que se adornaba con los despojos de sus enemigos, lo peor era que se habituaba tambien á sus costumbres, y que la sobervia del trage y la del ánimo corrian uniformes. Los despachos que hacia para la Europa, los signaba con su sello; pero con el de Dario, los que eran para el Asia: manifestando en esto quan dificil es, que una cabeza sola pueda mantener dos coronas. Obligó tambien á sus Capitanes, á sus favorecidos y á los Grandes de su Corte á que entrasen en la moda persiana, y aunque la miraban todos con grande aversion, ninguno se atrevió á oponerse á su gusto. Habia hecho un serrallo de su palacio, y llenadole de trescientas y sesenta concubinas, número igual al que tuvo Dario, con gran número de Eunuchos, prostituidos á todo género de deshonestidades y disoluciones. Los antiguos soldados de Philipo, nuevos en la práctica de tan torpes deleytes, detestando de ellos, se lamentaban de la corrupcion de que habia inficionado la costumbre de los suyos el contagio de los Barbaros, diciendo á una voz todo el Exército: *Que con la victoria habian perdido mas que ganado; que con mucha mayor razon se podian llamar vencidos, habiendo tomado de aquella suerte los usos y costumbres de sus esclavos; y finalmente, que todo el fruto de su dilatada ausencia se reduciria á volver á sus casas, en el trage de los Barbaros, con la ignominia de ver, que posponiendolos Alexandro, hacia mayor aprecio de la compañia de los vencidos, que de la de los vencedores, y mas vanidad, que de ser Rey de Macedonia, de ostentarse Satrapa de Dario.* No ignoraba aquel Principe el disgusto de los de su Corte, y de su Exército, á quienes procuró contentar á precio de mercedes y de dispendios. Pero como por excesivo que sea con el que se compre la servidumbre, nunca puede ser grato á los hombres de generosos espíritus, temeroso de que pasáse á mayores demostraciones le pareció conveniente evitarlo, empleandolos en alguna faccion. Para lo qual le ofreció oportuna ocasion el atrevimiento de Beso, el qual adornado de las reales insignias se habia hecho llamar Artaxerges, y juntar los Scythas, y los demás pueblos del Tanais. Truxo la noticia al Rey Satibarzanes, á quien recibido gratamen-

mente, confirmó en el gobierno de la provincia que tenia antes. Pero respecto de hallarse el Exército tan cargado de despojos, y de inutiles Tropas, que apenas se podia mover, hizo poner en medio de la plaza pública, primero su bagaje, y despues el de sus soldados; y habiendo mandado reservar lo mas necesario, dió orden para que llevasen uno y otro en carros á un gran campo. Hallandose pendientes todos de su determinacion, mandó por ultimo, que se retirasen de alli los caballos, y habiendo puesto fuego á su bagaje, dió orden para que se executáse lo mismo en todo lo demás. Veianse quemar aquellos ricos despojos en el fuego, que los mismos dueños encendian, los quales le habian apagado tantas veces por robarlos enteros á los enemigos sin que entre todos hubiese alguno, que se atreviese á mostrar el menor sentimiento, porque se malográse el precio de su sangre, viendo consumidos por las mismas llamas las riquezas del Rey. El qual habiendo templado su dolor con un breve razonamiento, y dexadolos mas desembarazados y prontos para todos sus exercicios, y mas gustosos de hallarse en estado de conservar su disciplina, que sentidos de haber perdido sus bienes, tomó su marcha ácia la Bactra; pero la inopinada muerte, que sobrevino de Nicanor, hijo de Parmenion, ocasionó tal tristeza en todo el Exército, y especialmente en el Rey, que sin duda se hubiera detenido á asistir á sus exequias, á no estorbarselo la falta de los víveres; si bien dexó á Philotas con dos mil y seiscientos hombres para que las hiciese á su hermano, y prosiguió su marcha contra Beso. Tuvo en el camino noticias de Bactra, de que iba para él con Exército, resuelto á presentarle la batalla, y de como Satibarzanes, á quien habia confirmado en el gobierno de los Arioros, se habia sublevado inmediatamente. Sobre lo qual, aunque quisiera llegar primero á las manos con aquel, pareciendole mas conveniente deshacer antes á éste, marchó á gran diligencia, y habiendo caminado toda aquella noche, llevando consigo Infantería ligera y Caballeria, le cogió desprevenido. Lo mas que pudo hacer Satibarzanes fue juntar dos mil Caballos, y huir ácia la Bactra, á vista de lo qual se re-

tiró el resto de sus Tropas á los montes vecinos. Habia alli una peña rota, y precipitosa por la parte del Occidente, aunque por la del Oriente era menos aspera y cubierta toda de arboledas y de fuentes, cuyas aguas corrian en gran abundancia. Contenia su circuito treinta y dos estadios, y su cumbre una llanura llena de praderias, en donde alojaron los Barbaros la gente inhabil para el combate, atrincherando la demás, que se componia de trece mil hombres, con los troncos de los arboles y los peñascos en los pasos mas impenetrables. Dexó el Rey á Cratero para que los bloqueáse, y partió en seguimiento de Satibarzanes, hasta que entendiendo que se hallaba bien distante, se volvio al Sitio de la montaña, donde mandó limpiar y derribar quanto le estorvaba la entrada. Pero no encontrando sino precipicios y rotos peñascos, parecia delirio querer oponerse á la naturaleza. Sin embargo el Rey, cuyo invencible ánimo se encendia mas en el deseo de allanar las mayores dificultades, reconociendo quan imposible era pasar adelante, y quan peligroso volver atras, revolvia su imaginacion todo genero de arbitrios, despreciando, como de ordinario sucede á quien se halla irresoluble, unas veces unos y otras otros, hasta que favoreciendole la fortuna en su mayor perplexidad, dispuso lo que no pudo prevenir el discurso. Levantóse por la parte de Occidente recio viento, á tiempo que los soldados con el fin de abrir algun camino por entre las rocas habian cortado gran cantidad de leña, la qual habia secado el sol. Aprovechandose el Rey de ella, mandó hacer grandes haces, y que puestos unos sobre otros, llegasen á igualar con la altura de la montaña. Executado asi, hizo introducir en ellos gran cantidad de fuego, el qual prendiendo al punto, y comunicandose á los bosques inmediatos, arrojaba sus llamas el viento hasta los mismos rostros de los Barbaros, con tan denso humo, que les quitaba á un tiempo la vista, y la respiracion: probaban estos á huir, para evitar el ultimo peligro por donde estuviese menos encendido el fuego; pero librandose de las llamas, daban en los enemigos, perecian todos con diferentes generos de tormentos. Precipitabanse unos por las rocas, caian otros en aquellos espantosos incendios, y fa-

fallecian otros de las armas enemigas, siendo pocos los que llegaban vivos á sus manos, y aun estos medio quemados. Volvió desde alli el Rey adonde habia dexado á Cratero, el qual tenia sitiada á Artacacna, y solo esperaba su venida para que tuviese, como era justo, la gloria de su rendicion. Hizo, pues, Alexandro adelantar sus baterias, de quienes atemorizados los Barbaros, puestas las manos sobre los muros, le pidieron, *que empleáse sus iras contra Satibarzanes, autor de aquella revuelta, y no en ellos, que imploraban su clemencia, y se rendian á su discrecion.* No solo los perdonó el Rey, sino los dexó tambien en posesion de sus bienes. Encontró, al salir de alli, sus reclutas. Llevabale Zoylo quinientos Caballos Griegos, y enviabale Antipatro tres mil de Iliria. Fueron con Philipo ciento y treinta hombres de armas de Thesalia, y de la Lidia dos mil y seiscientos soldados estrangeros, y trescientos Caballos de la misma nacion, que mandaba Andromacho. Con este refuerzo entró en las tierras de los Drangas, pueblo guerrero, y de quien era Satrapa Barzaentes, el qual temeroso del castigo que merecia por cómplice en la maldad de Beso, se habia pasado fugitivo á la India.

CAPITULO VII.

DYMNO DESCUBRE A NICOMACHO la conspiracion, que se disponia contra Alexandro, por medio de Cebalino su hermano, lo qual es causa de que Dymno se dé muerte por sus mismas manos.

HAbia nueve dias que el Exército acampaba, quando el Rey, aunque invencible siempre á todas las fuerzas estrañas, empezaba á ser asaltado de domesticas asechanzas. Dymno, mal satisfecho del gobierno, y enamorado de un mancebo, cuyo nombre era Nicomacho, se fue á él demudado, y le hizo saber, que tenia un negocio de la mayor gravedad y conseqüencia que comunicarle: y sacandole á un Templo, le pidió *por su recíproco amor, y por las prendas que habia*

en

en ambos corazones, que juráse de guardarle secreto en lo que le fiáse. Nicomacho, no previniendo que pudiese ser cosa que le precisáse á revelarla, contraviniendo al juramento, condescendió con su instancia, jurando por los Dioses que estaban presentes, de guardarsele. Entonces Dymno le declaró, *que estaba dispuesta una conspiracion contra la persona del Rey, en la qual entraba él con las personas de mayor valor y representacion del Exército, y que se pondria en execucion dentro de tres dias.* No bien le hubo escuchado Nicomacho, quando le protestó, *que no le habia prometido su fé para concurrir, á un parricidio, ni podia creer que hubiese juramento que le obligase á encubrir maldad tan detestable.* Sobre lo qual Dymno, perdido de miedo, le abrazó pidiendole con lagrimas, *que entráse en la conjuracion, ó que á lo menos quando lo rehusáse, no fuese traydor á un amigo, que no pudo haberle dado mayor testimonio de su afecto, que el de fiar de él su vida.* Pero insistiendo en detestar su designio, procuró atemorizarle, asegurandole, *sería él por quien empezarian los conjurados la execucion.* A cuyas amenazas, añadiendo injurias, le llamaba algunas veces cobarde y otras pérfido, desde quienes pasaba á hacerle excesivas promesas, sin reservar de ellas un Reyno: efectos todos del crecido horror, en que tenia su ánimo el de tan gran maldad. Finalmente sacando la espada y enderezandola á la garganta de aquel mancebo, y volviendola despues á la suya, rogandole y amenazandole á un tiempo, fue tanto lo que hizo, que le obligó á que le prometiese *que no solo le guardaria secreto, sino que entraria tambien en la conjuracion.* Pero manteniendo siempre Nicomacho su ánimo en el primer intento, despues de haberle ponderado, á fin de asegurarle mejor, lo que podia con él su amor, para quien no habia imposible, le preguntó: *Quienes eran los que entraban en empresa de tan gran conseqüencia, manifestandole importaba mucho quedar noticioso de ellos.* Dymno fuera de si del gusto, no sabia con que estimarle, ni como alabarle la generosa resolucion de unirse á las mas ilustres personas de la Corte, á un Demetrio Capitan de las guardas de la persona del Rey, á un Peucolao, á un Nicanor, á quienes añadió á

á Aphebeto, á Loceo, á Dioxeno, á Aschipolis y á Amintas. Con lo qual, habiendose separado Nicomacho, pasó inmediatamente á participar á su hermano, cuyo nombre era Cebalino, quanto habia entendido: Tuvieron por conveniente, que Nicomacho quedáse en la tienda, donde se hallaban, para evitar que viendole en palacio, donde no acostumbraba ir, entrasen los conjurados en alguna sospecha, y que Cebalino fuese como lo hizo. Pero no pudiendo pasar de cierta pieza, por no tener mas entrada, esperó á que saliese alguno, que le introduxese á la en que se hallaba el Rey. Habianse acaso ido todos, y quedado, no se supo por que causa, solo con él Philotas, hijo de Parmenion: llegandose á él Cebalino con demudado semblante, le refirió lo que habia sabido de su hermano, y pidió lo pusiese luego en noticia del Rey. Philotas, habiendo loado su fidelidad, volvió á ver á Alexandro, con quien, aunque estuvo dilatado espacio tratando de materias bien diversas, no le dixo nada de lo que Cebalino le habia revelado. Cogiendole por la noche Cebalino á la salida, y preguntandole: *si habia hecho lo que le pidió*; le respondió con aspereza: *que no, por no haber podido hablar al Rey*, y pasó de largo. Al dia siguiente él esperó al entrar en palacio, donde *le pidió con el mayor encarecimiento se acordáse de lo que le habia comunicado el dia antes*: aseguróle *lo tenia bien en cuidado*, y sin embargo no le habló tampoco entonces en ello al Rey. Con lo qual, entrando Cebalino en desconfianza, y reconociendo quan peligrosa era la detencion, partió en busca de cierto Caballero, llamado Metron, á cuyo cuidado estaba el de la provision de las armas del Exército, y le descubrió toda la maldad. Metron, habiendole hecho ocultar en la pieza de las armas, fue inmediatamente á dar cuenta al Rey, que estaba bañandose. El qual despues de haber enviado Archeros de su guarda, para que al punto prendiesen á Dymno, y se le llevasen alli, entró donde se habia ocultado Cebalino. No bien le hubo visto aquel mancebo, quando con demostraciones de gran regocijo: *Ahora sí, Señor*, (le dice) *que te veo fuera de peligro: reconociendo á los Dioses el beneficio de haberte librado de tus enemigos.* Habiendo-

dole informado muy por menor de lo que habia pasado, le preguntó Alexandro: *Quanto tiempo habia que sabia lo que le participaba*; y confesandole, *que tres dias*, persuadido el Rey á que no pudiera haberlo dilatado tanto, si no se hallàse cómplice en el delito, le mandó poner en prisiones. Pero descargandose Cebalino á gritos, diciendo: *que desde el mismo punto que tuvo la noticia se la participó á Philotas, para que le diese cuenta, como podria saberlo de él*; procurando asegurarse mas en lo que le referia, *volvió á hacerle ratificar en ello, á que protestando siempre Cebalino ser cierto lo que habia afirmado*, exclamó al Cielo, quexandose con lagrimas de la ingratitud de una persona á quien habia querido tanto. En el interin Dymno, previniendo lo que podia quererle el Rey, se atravesó la espada por el cuerpo, y embarazandole las guardas el que acabase de quitarse la vida, le llevaron á palacio. Preguntóle en él el Rey: *¿qué causa le habia dado, para que tuviese á Philotas por mas digno que á Alexandro del Reyno de Macedonia?* pero estaba ya tal, que habiendo perdido el habla, volviendo la cabeza á otra parte, despues de un profundo suspiro, rindió el espíritu. Hizo el Rey llamar á Philotas, á quien dixo: *Cebalino se halla merecedor de la muerte, si por espacio de dos dias ha tenido oculta una conspiracion hecha contra mi; pero él se descarga con vos de este delito, é insiste, en que no bien lo hubo sabido, quando os dió parte. Verdaderamente, que quanto mayor es el lugar que ocupais en mi gracia, tanto mas culpable y sospechoso os hace vuestros silencio; pero es mas justo que se crea éste antes de Cebalino, que de Philotas. El juicio está á vuestro favor, si á lo menos podeis negar lo que no debeis cometer.* Respondió Philotas con voz pronta y ánimo sosegado: si es que las interioridades de éste pueden colegirse seguramente por las exteriores demostraciones del semblante: *Que era cierto haberle referido Cebalino algunas palabras dichas á Nicomacho por un mozo distraido; pero que juzgandolas por su autor indignas del menor crédito, las habia despreciado, por no exponerse á la risa del Mundo: si como presumió llegáse á parar todo en haberlas originado alguna diferencia poco honesta entre dos sugetos tan viles. Pero que*

que sin embargo, habiendose muerto Dymno, no estaba la materia en estado de dexar de apurarla; sobre que echandose á los pies del Rey, le suplicó empleáse antes su benignidad en perdonarle los desaciertos de la vida pasada, que aquel yerro de que se le arguia, pues solo le habia cometido en callar, hallandose muy lexos de haber pensado en cosa que pudiese ser de su desacierto. No es facil afirmar si le dió credito el Rey, ó si disimuló su indignacion; lo cierto es, que en muestra de su desenojo le dió la mano, y que le dixo: *Le era mas creible que hubiese despreciado el aviso, que no que se le hubiese ocultado.*

CAPITULO VIII.

PHILOTAS, HIJO DE PARMENION, A QUIEN se tenia por autor de esta conspiracion, ó por gran parte de ella, es preso á instancia de los favorecidos de Alexandro, y llevado á palacio cubierta la cabeza.

SIn embargo, habiendo tenido Alexandro consejo con sus mas confidentes, entre quienes no fue llamado Philotas á él, mandó que le llevasen alli á Nicomacho; el qual repitió por su orden quanto habia referido á su hermano. Era Cratero uno de los favorecidos de Alexandro, y por esto mayor emulo de la grandeza de Philotas; y no ignorando, que por la repetida jactancia con que se vanagloriaba de sus empresas y servicios, habia desabrido algo al Rey; el qual, aunque no le tubiese entonces por culpado, le juzgó siempre por de genio peligroso; y que no podia ofrecersele ocasion mas oportuna para destruir á su enemigo, haciendo del zeloso, á fin de encubrir mejor su odio, habló al Rey en estos terminos: *Pluguiese á los Dioses, Señor, que desde el principio de este negocio le hubieras consultado con nosotros, para que quando quisieras perdonar á Philotas, te persuadiesemos á que tolerases antes que fuese desconocido é ingrato á las obligaciones, á que te es deudor, que el que amenazandole con el peligro de la vida, le hubieses dado ocasion para que pensase mas en el riesgo de que se habia librado, que en*

el beneficio que habia recibido de tí, concediendosela. De esta suerte quedará siempre con libertad para maquinar contra tí; y no sé si tú te hallarás siempre en estado de perdonarle: porque no es creible, que la benignidad mude un corazon en quien hubo capacidad para concebir parricidio tan execrable. No ignora, que los que para librarse de los rigores de la justicia han necesitado de toda tu clemencia, no tienen ya que esperar; pero doy, que movido de su arrepentimiento, ó vencido de tu piedad, quiera quietarse: ¿te persuades á que Parmenion, General de tan considerable Exército, como el que manda, de tan envejecida autoridad entre los soldados, y cuya grandeza no es inferior á la tuya, querrá reducirse á reconocerte la deuda de la vida de su hijo? Hay cierta especie de beneficios, que mas que gratos nos son odiosos, y uno de ellos es el que impone la costosa obligacion de confesar hemos sido merecedores de la muerte, de que siempre nos avergonzamos; á cuya causa procurará que se entienda antes le has hecho agravio, que gracia. Por tanto, Señor, no puedo dexar de decirte, que corre gran peligro tu vida, ni de pedirte que te dispongas á preservarla de él; pues aunque nos hallamos aun con muchos enemigos á quienes sojuzgar; como tú te asegures de los domesticos, no tienes que recelar de los estraños. Este fue el sentir de Cratero, con quien todos se conformaron, teniendo por sin duda, que si Philotas no fuese autor, ó á lo menos cómplice, no procederia con el silencio que usó: *Porque ¿qué hombre hubiera* (decian ellos) *de algun pundonor, aunque de cortisimo discurso, no ya de la esfera de Philotas, sino del estado popular, que habiendo recibido una noticia de tan gran importancia, no hubiese, á exemplo del mismo Cebalino, partido luego á hacer partícipe de ella al Rey? ¿Y el hijo de Parmenion, el General de la Caballeria, y de quien el Rey fiaba sus mayores secretos, se escusaba con que no habia dado el Rey oidos á su platica, para entretener á Cebalino, y embarazarle que se valiese de otro medio? Nicomacho, en medio de su juramento, no vió la hora de descargar su conciencia; y Philotas, habiendo estado todo un dia con el Rey, no se dignó en tan largo espacio, y entre tantas palabras quiza inutiles las mas, de expresar las pocas que pedia un negocio, en que no le iba menos que la vida?*

da? Pero si eran mozos poco dignos de credito los que le refirieron esto, ¿para qué fue entretenerlos los dos dias, como si los hubiera creido? ¿Por qué si no daba asenso á ello, no despedia á Cebalino? Que los particulares desprecien el peligro, que mira á ellos, mostrando corazon, y no dexandose llevar ligeramente del sobresalto, está bien; pero quando se interesa la vida del Principe, es preciso temerlo todo, y creerlo, sin desestimar aun lo mas inverisimil. Finalmente todos concluyeron: *Con que le pusieron á qüestion de tormento, para obligarle á confesar los cómplices.* El Rey, encomendandoles el secreto, los despidió; y porque no se pudiese sospechar aquella deliberacion, hizo publicar la marcha para el dia siguiente. Convidó tambien á Philotas á que comiese con él, siendo la ultima que lo hizo aquel infeliz favorecido; con el qual tubo el Rey valor para comer, y mantenerle familiar conversacion, acabandole de condenar. A la segunda vigilia, Ephestion, Cratero, Ceno y Erigio, habiendo hecho encender achas, entraron con poco acompañamiento secretamente en palacio, adonde iban tambien Perdicas y Leonato; los quales dieron orden á los que estaban de guarda delante del alojamiento del Rey, para que se mantuviesen toda la noche con las armas. Habiase distribuido tambien la Caballeria por todos los caminos, á fin de evitar el que ninguno llevàse la noticia á Parmenion, que mandaba en la Media con un poderoso Exército. Llevó en el interin Attarras á palacio trescientos hombres armados, y diez Alguaciles; á cada uno de los quales seguian diez Archeros, que fueron distribuidos en diversos quarteles, para prender á los demás conjurados. Attarras, enviado con los trescientos soldados contra Philotas, escogió de ellos cinqüenta de los mas briosos, para derribar la puerta, despues de haber mandado á los demás que cercasen la casa, porque no pudiesen escaparseles por parte alguna; pero ya fuese seguridad de conciencia, ó ya haberle rendido la fatiga, se hallaba entregado á un profundo sueño quando Attarras le aprisionó; y habiendo despertado de él, al ponerle las esposas en las manos, exclamó á gritos: *¡Há, Señor, el odio rabioso de mis enemigos ha prevalecido á tu benignidad!* Despues de lo qual le cubrieron el rostro, y le llevaron á palacio, sin que le oyesen otra palabra. El dia siguiente, habiendo te-

nido orden los Macedones de acudir armados al alojamiento del Rey, llegaron á hallarse seis mil, y entre ellos gran cantidad de mochilleros y vivanderos, de quienes se llenó al punto el palacio. Cubrian las guardas á Philotas, temiendo no fuese visto de los soldados antes que los habláse el Rey, por ser antigua costumbre de los Macedones, que en tiempo de guerra conozca el Exército de los delitos capitales, y en tiempo de paz el pueblo; en cuyos casos se hallaba sin arbitrio el Rey, si no tenia el consentimiento de uno, ú otro. Expusose, pues, primero el cadaver de Dymno, estando la mayor parte del pueblo ignorante de la causa de su muerte.

CAPITULO IX.

ORACION DE ALEXANDRO A SUS SOLDADOS, en que se quexa de la conspiracion de Philotas, á quien habiendole llevado delante de ellos, se dispone á su defensa.

DExóse despues el Rey ver de todos, acreditando bien en la tristeza del rostro el dolor del ánimo, acompañado de los de su Corte, no menos melancolicos. Esperando todos el fin de tan funesto aparato, se mantubo el Rey por algun rato con los ojos baxos, y como fuera de sí, hasta que recobrado por ultimo, empezó con estas palabras: *En bien poco ha consistido, ó soldados, el no hallarme arrebatado de vuestra vista, por la traicion de algunos malvados; pero la providencia y misericordia de los Dioses me tiene sano, con vida, y en vuestra honrada presencia; la qual, quanto no es mas amable, que la propria seguridad, tanto me incita con mayor ira al castigo de los parricidas; porque al fin no deseo vivir sino para vosotros, ni nada con mayor anhelo, que asegurar el mas dulce y unico fruto de mi vida, en el gusto que recibiré de poder recompensar los servicios de tan valerosos soldados, á quienes lo debo todo.* A cuyas palabras le interrumpieron la continuacion los gritos y gemidos de los soldados, que al oirlas se deshacian en lagrimas. ¡O, *y quanto mayor será* (prosiguió) *la commocion que haré en vuestros animos, quando di-*

ga

ga los autores de tan execrable atentado! No puedo articularlos sin estremecerme; y como si aun no se hallasen en estado de perdon, me embarazo de nombrarlos; pero bien lexos ya de toda cariñosa ternura, conozco que es preciso vencer el sentimiento, alexar la memoria, y hacer notorio á todos quienes son los monstruos que se conspiran contra su Principe, y el medio de encubrir tan horrible delito. Parmenion, en la edad que se halla, tan deudor de las honras que recibió de mi padre, como de las que le he colmado, y el mas antiguo de mis favorecidos, se ha hecho cabeza de tan detestable traicion; y por orden suya, Philotas su hijo, ha sobornado á Paucolao, á Demetrio, á ese miserable que habeis ahí arrojado, y á otros preocupados del mismo furor, para que me quiten la vida. Levantandose entonces gran murmurio por todas partes, mezclado de indignacion y quexas, como sucede de ordinario en la muchedumbre, mayor siempre entre gente de guerra, quando se dexa llevar del afecto ó de la cólera, hicieron llevar entonces á Nicomacho, á Cebalino y á Metron; los quales depusieron todo lo que habian referido; pero no descubriendose de su confesion indicio alguno de que tubiese parte Philotas en el delito, templando todos su furor, quedaron en fria suspension, considerando las palabras de los acusadores. Mas volviendo el Rey prestamente á enlazar el hilo de su razonamiento: ¿*De qué ánimo juzgais* (les dice) *á quien noticioso de materia tan importante la ha tenido oculta, no con otro fin, que con el que manifiestamente ha declarado el infeliz de Dymno? Cebalino, haciendo una relacion llena de incertidumbre, no temió los tormentos; y Macron, no atreviendose á dilatar un momento el dar cuenta, pasó á buscarme hasta el baño, y solo Philotas, ni temió, ni creyó. ¡O valeroso varon, en cuyo semblante inmutable no hizo impresion alguna la noticia del peligro en que se hallaba tu Rey, ni causó la menor alteracion novedad de tan grande importancia! ¡Há, soldados, silencio tan culpable, no era sin fin determinado! El deseo de reynar, precipitó aquel ánimo al mas feo de los delitos. El padre es Señor de la Media, y la autoridad que yo he dado al hijo en mis Exércitos, le ha adquirido la mayor parte de los Cabos; con que hallandose tan poderoso con mis fuerzas, se juzgaba ya ca-*

páz

páz de aspirar á todo. Puede ser tambien, que me despreciáse al verme sin sucesion; pero engañabase en esto, porque teniendoos yo á vosotros por hijos, por padres y por parientes mios, nunca podia estar sin sucesores, mientras vosotros vivieseis. Y dicho esto, hizo que se leyese una carta de Parmenion, escrita á sus hijos Nicanor y Philotas; el qual, á la verdad, no se ofrecia expresion, que pudiese convencerlos de algun mal intento; porque en substancia solo se reducia á decirles: *Que mirasen por sí, y por los suyos, porque de esta suerte conseguirian el fin propuesto.* A que añadió el Rey: „ Que estaba escrita en aquel tenor, para que llegando á ma„ nos de los hijos, pudiesen entenderla los cómplices; y ca„ yendo en otras, no tubiese el riesgo de que penetrasen algo „ de ella. Si; pero diráse (decia el mismo) que Dymno no „ nombró á Philotas entre los conjurados. No es eso prueba „ de su inociencia, credito sí de su autoridad, tan formidable „ aun á los que le pudieran destruir, que confesando el deli„ to proprio, no se atrevieron á declarar el suyo. Y por ul„ timo, nada muestra mejor lo que él es, que su misma vi„ da, y lo que conmigo ha obrado. Este fue cómplice con „ Amintas, quando, en medio de ser primo hermano mio, „ conspiró contra mi vida en Macedonia. Este fue quien casó „ á su hermana con Attalo, mi mortal enemigo. Este, quien „ participandole yo, por cumplir con el cariño que le tube, la „ favorable respuesta del Oráculo de Jupiter Hamnon, no „ pudo abstenerse del imprudente atrevimiento con que me „ respondió, que me acompañaba en el regocijo de hallarme „ colocado en el número de los Dioses; pero que se compa„ decia de los que habian de vivir debaxo de quien se creía „ mas que humano. ¿No son estos testimonios seguros de „ un corazon envegecido en venenoso encono, y envidia „ de mi gloria? Pero con todo, ó soldados, he reprimido „ quanto me ha sido posible mis justos sentimientos, parecien„ dome que rasgaba yo mismo parte de mis entrañas, si dis„ minuía alguna de la grandeza de aquellos á quienes habia „ elevado. Mas no trato ya de castigar las palabras que articula „ la facilidad de la lengua, sí las obras y disposiciones á que „ han pasado éstas. Las obras digo, pues si me teneis por per„ sona digna de credito, Philotas ha sido quien contra mí ha „ afi-

„ afilado las armas para penetrarme con ellas el pecho. Si á „ vista de esto le dexo libre, ¿en qué parte estaré seguro? ¿De „ quién fiaré mi vida? ¿Acogeréme por ventura á la Caba- „ lleria? Mas ay! ¿cómo, si por ser la parte mejor de mi Exér- „ cito, la he puesto debaxo de su gobierno? ¿No le he hecho „ General de ella, y de la juventud mas noble, fiando de él „ la vida, la esperanza y la victoria? ¿No he elevado á su pa- „ dre al mismo colmo de honor, de grandeza y de autoridad, „ en que me habeis puesto? Y finalmente, ¿no le he preferi- „ do á todos para el gobierno de la Media, provincia excesi- „ vamente superior á las demás en riquezas? ¿No he puesto „ debaxo de su obediencia nuestros mejores ciudadanos y com- „ pañeros, para que de donde mas esperaba mi seguridad, „ sea de donde mas tema mi peligro? ¿Quánto mayor hubie- „ ra sido mi felicidad, si hubiese muerto en alguna refriega, „ ó quedado en ella antes presa del enemigo, que victima „ aqui de un ciudadano? Libréme de los peligros que te- „ mia, y he caído en los que no debia recelar. Vosotros, „ ó soldados, acostumbrais encargarme muy de ordinario, „ que cuide de mi persona; pero ahora en vosotros está el „ concederme lo que hasta aqui me habeis persuadido que „ haga. A vosotros, pues, me acojo, asegurandome en „ vuestros brazos, y en vuestras armas: contra vuestro gus- „ to no quiero la vida; pero si este es de que la goce, no „ podré conseguirla mientras no quedáre vengado por voso- „ tros.“ Mandó despues que llevasen alli á Philotas, el qual iba con las manos ligadas sobre las espaldas, y cubierta la cabeza con un vil lienzo. Reconociase en los semblantes, que los que poco antes le habian mirado con irritacion, ya entonces viendole en aquel estado, se compadecian de su infortunio. Tubieronle el dia antes General de la Caballeria, no ignorando que se habia hallado al Real convite, y logrando los mas especiales favores de su gracia, y repentinamente le advertian delinqüente, condenado, y en manos del verdugo. Ofreciaseles tambien la deplorable fortuna de su padre, aquel gran Capitan, aquel personage ilustre, conciudadado suyo, que aun no habiendo enjugado las lagrimas por la pérdida reciente de dos hijos, Hector y Nicanor, se continuaba su infelicidad hasta hacersele en ausencia suya al unico

que

que le habia quedado el proceso, destinandole al último castigo. Paro Amintas, uno de los Generales del Rey, viendo que la Junta se inclinaba á piedad, procuró irritarla nuevamente contra Philotas, diciendo, *que habia querido entregarlos á los Barbaros, para que quedasen enteramente imposibilitados de volver á su patria, y á la vista de sus mugeres y de sus parientes, derramados, como cuerpos sin cabeza, y sin nombre, por aquellas estrañas tierras, al escarnio del enemigo.* No fueron estas palabras tan gratas á Alexandro, como juzgó Amintas, porque renovando á los soldados la memoria de su patria, y de sus mugeres, temia perdiesen el vigor y disposicion con que los deseaba para otras empresas. Tambien Ceno, en medio de hallarse casado con su hermana, prorrumpió, aun con mayor violencia que los demás contra él, llamandole á grandes voces *parricida del Rey, del Exército y de su patria*; y tomando una piedra que tenia á los pies para tirarle, deseoso, como algunos creen, de librarle por este medio del tormento, le detubo el Rey, manifestando, *no consentiria se pasáse á mas, hasta que hubiese dado sus descargos.* Teniendo, pues, Philotas permision para hacerlo, ó afligido del remordimiento de su conciencia, ó absorto de la grandeza del peligro, se manifestó tan conturbado, que no se atrevia á levantar los ojos, ni abrir los labios: derramó copiosas lagrimas; y faltandole las fuerzas, cayó en los brazos del que le tenia, el qual enjugandoselas, procuró esforzarle. Finalmente, recobrando poco á poco el espiritu y la voz, y dando muestras de querer hablar, se anticipó el Rey á decirle: *Que alli tenia á los Macedones que habian de ser sus Jueces; pero que deseaba saber antes ¿si habia de hablarles en su lengua nativa?* A que le respondió; *Que respecto de hallarse, demás de los Macedones, otros muchos que entendian mejor la lengua Griega, se valdria de ella, como lo habia hecho él al mismo fin.* Vuelto entonces el Rey á los suyos: *¿No advertis* (les dice) *como aborrece aun su lengua natural? dedignandose de hacer en ella su defensa; pero use de la que gustare, como tengais presente, que no le son menos odiosas nuestras costumbres, que nuestra lengua.* Y dicho esto se retiró, para que Philotas diese principio á sus descargos, como lo hizo de esta suerte.

CA-

CAPITULO X.

DEFENSA DE PHILOTAS, EN LA QUAL niega enteramente la acusacion contra él.

„ TAn facil es á un inocente hallar voces con que ha-
„ cer su defensa, como dificil á un infeliz contenerse
„ en los límites de la moderacion. Esta es la causa, de que
„ hallandome por una parte asistido de la seguridad de mi
„ buena conciencia, y combatido por otra de mi adver-
„ sa fortuna, no acierte á conformar la una con la otra,
„ ni acomodarme al tiempo, sin ofensa de mi reputacion.
„ Falta de aqui el mejor de mis Jueces, y no sé á qué
„ atribuir el no haber querido asistir á mi descargo, pues
„ tan igualmente podia absolverme oyendole, como conde-
„ narme, sin dexarme con su retiro destituido de la espe-
„ ranza de que revoque la sentencia que contra mí ha ful-
„ minado, no estando enteramente informado de mi causa.
„ Pero aunque conozco, que la defensa de quien se halla
„ en el estado á que me veo reducido, no solo será inu-
„ til, sino tambien odiosa, en quanto pareciere que ésta
„ se dirige, mas que al informe, al gravamen del Juez,
„ que me ha cargado de estas prisiones, no puedo, sea co-
„ mo fuere, faltarme á mí, ni dar ocasion al Mundo, para
„ que en él se diga, que Philotas contribuyó á su ruina. No
„ discurro en que se funde mi culpa, quando ninguno de
„ los acusadores me incluye entre los conjurados; porque
„ ni Nicomacho ha hecho mencion alguna de mí, ni Ce-
„ balino puede haber sabido mas de lo que le participó su
„ hermano, y sin embargo me juzga el Rey por cabeza de
„ la conjuracion. ¿Es creible, que si lo fuese, hubiera de-
„ xado de declararselo Dymno á Nicomacho, quando le
„ preguntó, quiénes eran los cómplices, no habiendo omi-
„ tido medio de que no se valiese para inclinarle á su inten-
„ to ¿Ni es prueba tampoco, de que quiso perdonarme el
„ haberme pasado en silencio; porque si la confianza de Ni-
„ comacho le facilitó, que no eximiendose aun á sí, se le con-

„ fesase culpado, y que declaráse á los demás que lo eran;
„ ¿por qué omitiria á Philotas si lo fuese? Pidoos por gra-
„ cia, ó compañeros mios, que me digais si Cebalino no
„ hubiese gustado de irse á mí, y de descubrirme los conju-
„ rados, me hallaria necesitado á comparecer aqui el dia de
„ hoy á dár mis descargos, sin ser acusado: pero demos ca-
„ so, que Dymno viviese, y que quisiese perdonarme
„ ¿pareceos, que todos los demás que confiesan lo que les
„ revelo, callarian, por favorecerme, lo que miraba á mí?
„ La desgracia trae en sí misma bastante malicia; y al de-
„ linqüente, en lo mas riguroso del tormento, le suele ser
„ de alivio ver, que otros le padezcan. ¿Es posible, que tan-
„ tos cómplices puestos en él, no han de haber dicho la ver-
„ dad? Ninguno perdona al que merece la muerte; ni á lo
„ que yo juzgo, el que ha de morir gusta de que quede
„ con vida, quien se halla igualmente culpado en el deli-
„ to, porque él la pierde. Mas volviendo al unico, que se
„ me imputa, diceseme, que ¿por qué tube oculta noti-
„ cia de semejante importancia? Que ¿por que la oí con
„ tan poca alteracion? Señor, en qualquier parte que estu-
„ bieres, si erré en esto, ya te confesé mi culpa, y tú me
„ la perdonaste, en cuyo testimonio me diste tu real ma-
„ no, concediendome la honra de sentarme á tu mesa. Pues
„ si me juzgaste inocente, y como tal me diste por absuel-
„ to, yo libre estoy. Mantén, Señor, tu primera senten-
„ cia, ó suspende á lo menos el nuevo juicio que has for-
„ mado, hasta que te halles bien informado de mi proceso.
„ ¿Qué culpa puedo yo haber cometido de tanta gravedad
„ desde á noche acá, que me aparté de tú lado, que haya
„ sido capaz de muerte de esta suerte? Hallabame entrega-
„ do á un profundo sueño, sin tener el menor recelo de
„ la desgracia, que amenazaba, quando me despertaron
„ de él mis enemigos, cargandome de cadenas. ¿Cómo es
„ creible, que un parricida, y descubierto, pueda dormir
„ con tan gran sosiego? Los delinqüentes hallandose oprimi-
„ dos del interior remordimiento de la conciencia, y comba-
„ tidos de crueles y furiosas imaginaciones, no solo viven
„ en un contínuo desasosiego, despues de haber executa-
„ do la traycion, sino desde que la empiezan á maquinar;
„ pe-

„ pero yo dormia tan asegurado de mi inocencia, como
„ de tu real palabra, sin prevenir nunca que fuesen mas
„ poderosas en tí las violentas influencias de agena cruel-
„ dad, que las naturales blanduras de tu clemencia. Mas pa-
„ ra que no te sirva de gusto el haberme creido, suplico-
„ te, Señor, que consideres, que quien me dió la noti-
„ cia fue un mozo, el qual, sin probar ni testificar lo que
„ decia, solo esperaba que yo diese asenso á ello, para lle-
„ nar todo el campo de pavor. Fuera de que no vinien-
„ do el mismo Nicomacho á darme el aviso, sino valien-
„ dose de su hermano, se me hacía mas inverisimil, per-
„ suadiendome siempre (¡ay infelice de mí!) á que es-
„ to procederia de algun disgusto entre aquellos dos vi-
„ les amantes, y que para despique de él, se habria vali-
„ do el uno de su hermano, no atreviendose él á decirme
„ lo que no era verdad. A que se añadió tambien el temer
„ no se desdixese Cebalino, despues de haber expuesto injus-
„ tamente á tan considerable peligro á muchos Grandes de
„ la Corte. Con que atendiendo á preservar de semejante daño
„ á otros, no acerté á evitarme á mí la ruina en que me
„ veo. Dexo, Señor, á tu consideracion, que prevenga el
„ odio, que concitaria contra mí en todos aquellos á quie-
„ nes imputáse la culpa que no tenian. Sí; pero dirasme, que
„ Dymno se dió muerte. ¿Pues pude yo prevenirla? No por
„ cierto, ni perjudicarme tan poco ella; porque siendo este el
„ unico testimonio, que aseguraba creible la deposicion de
„ Cebalino, no la puso aquel en execucion, hasta despues
„ de haberme informado éste. ¿Mas es posible, que si hu-
„ biese tenido parte con Dymno en tan gran traycion, que
„ viendonos descubiertos, permaneceria dos dias, sin tomar
„ alguna resolucion, no pudiendo haberme sido dificil qui-
„ tar la vida á Cebalino? Y últimamente, estando descu-
„ bierto el intento, ¿por qué diferia su execucion? ¿No
„ entré solo al quarto del Rey con la espada en la cin-
„ ta? ¿Qué esperé que no lo puse por obra? ¿Sería sin du-
„ da no atreverme sin Dymno, siendo él cabeza de la con-
„ juracion, y yo Philotas, quien la seguia debaxo de su
„ sombra? Yo que en algun tiempo pensé coronarme Rey
„ de Macedonia. Pero para tan grande empresa, ¿qual es

„ de vosotros á quien corrompí con dádivas? ¿Qué Ca-
„ bos, qué Oficiales son los que he grangeado con mis cui-
„ dadosos alhagos y con mis afectadas caricias? Hácesme
„ cargo de que me dedigno de hablar la lengua de la patria,
„ y de que tengo horror á las costumbres de los Macedones.
„ Siendo esto asi, ¿cómo se compadece aspirar al Reyno,
„ con menospreciar la lengua y costumbres suyas? No igno-
„ rais, que la freqüentemente y dilatada comunicacion que
„ hemos tenido con naciones tan extrañas, nos ha hecho
„ perder de mucho tiempo á esta parte el uso de nuestra
„ lengua natural, y que asi vencedores, como vencidos, nos
„ hemos visto precisados á aprehender una enteramente nue-
„ va. Con que en esto tengo la misma parte de la culpa, que
„ en la que se imputa de haber sido amigo de Amintas, hi-
„ jo de Perdicas, que conspiró contra Alexandro: porque á
„ la verdad, si lo fue amar al hermano de nuestro Rey, no
„ hay duda que me confieso delinqüente, y como tal digno
„ de castigo; pero obligandonos á todos su grandeza y re-
„ presentacion á venerarle y respetarle, ¿es culpa no ha-
„ ber sido adivino? ¿Eslo que mezclen á los inocentes
„ con los culpados por haber sido sus amigos? Si lo es ¿por
„ qué me han permitido tanto tiempo la vida? Y si no lo
„ es, ¿qué razon hay para darme hoy la muerte? Pero es-
„ cribí, que me compadecia de los que habian de vivir de-
„ baxo del mando de quien se creia hijo de Jupiter. ¡O
„ santo y sincéro afecto! ¡O peligrosa libertad! Tú me en-
„ gañaste, tú me impediste, que por una pusilánime, in-
„ digna contemplacion, disfrazáse la verdad. Si yo le es-
„ cribí, confiesolo, mas escribílo al Rey, no del Rey; por-
„ que mi intento no era suscitarle odio, sino preservarle
„ de él. Tube por mas digno de Alexandro el que se con-
„ tentáse con saber era hijo de Jupiter, que el que se va-
„ nagloriáse tanto de serlo; pero pues es tan infalible la res-
„ puesta del Oráculo, á Jupiter pongo por testigo de mi ino-
„ cencia. Mantenedme en las prisiones, hasta que se le ha-
„ ya consultado en causa tan dudosa, y para quien no se ha-
„ lla prueba alguna: porque es preciso que habiendo recono-
„ cido á nuestro Monarca por hijo suyo, no permita quede
„ sin el justo castigo que merece, quien conspiró contra
„ su

„ su vida ; ó si os pareciere mas seguro medio el del tormen-
„ to que el del Oráculo , tambien estoy pronto á padecerle
„ á precio de que se descubra la verdad. Está en costumbre
„ que los que se hallan convencidos de Magestad ofendida,
„ traygan á juicio á sus parientes ; pero mis desdichas (¡ay
„ de mí !) me escusan de su observancia ; porque dos her-
„ manos que tuve los perdí poco ha , y mi padre , estan-
„ do ausente, mal puedo hacer que comparezca , ni me atre-
„ veria á pedirselo , aun quando pudiese , juzgandole voso-
„ tros por tan delinqüente como á mí. Pues no basta, que
„ quien se vió poco ha con tan florida descendencia , habien-
„ do quedado solo con un hijo , unico apoyo de su vejez,
„ le pierda , sino que tambien padezca el mismo infeliz fin
„ que él. Es , pues , preciso, carísimo padre mio , que mue-
„ ras por mi amor , y conmigo : yo soy quien te quita la
„ vida , yo quien anticipa el fin de tus dias. ¿ Para qué
„ me engendraste en tan maligna constelacion ? ¿ Fué aca-
„ so para coger de mí estos amargos frutos que te esperan?
„ No sé quál es mas infeliz , mi juventud , ó tu vejez : yo
„ muero en el vigor de mi edad , y tú , padre mio , paga-
„ rás con tu vida á la naturaleza el debil fruto que te pe-
„ diria al fin de su regular curso , si aspirase la fortuna con
„ menos adversa influencia. Su memoria me acuerda el exem-
„ plo , que en él tuve para proceder tan remiso y teme-
„ roso en lo que me comunicó Cebalino. Sabia que en cier-
„ ta ocasion , hallandose noticioso Parmenion de que Phili-
„ po tenia intento de dar veneno al Rey , le advirtió se guar-
„ dase de él , porque le tenia ganado Dario para este fin.
„ ¿Mereció mi padre crédito alguno por este aviso ? ¿ Hi-
„ zose el menor aprecio de aquella carta ? Y á mí mismo
„ ¿quántas veces me ha sucedido haberse burlado de mí,
„ por haber participado lo que entendia , teniendome por de-
„ masiadamente crédulo ? Pues si quando dimos estos avi-
„ sos fuimos tenidos por ligeros y fáciles , y quando ca-
„ llamos otros nos juzgan por sospechosos , desearia á la
„ verdad que se nos advirtiese cómo habiamos de proce-
„ der. A cuyo tiempo dixo en alta voz uno de los con-
„ currentes : No conspirando contra sus bienhechores. Eso
„ mejor será que tú , seas quien fueres (replicó Philotas)

„ te

„ te lo adviertas á tí, que yo dispuesto estoy á padecer „ todo género de castigos, si se averiguare que he cons„ pirado; y pues reconozco con semejante desengaño quán „ infructuosas han sido mis razones, pongo fin á ellas.„ Con lo qual le volvieron á llevar las guardas á la prision.

CAPITULO XI.

LA JUNTA, ANIMADA POR CIERTO Beleno, se irrita contra Philotas: el qual poco despues por librarse de los tormentos, declara las circunstancias de una fingida conspiracion, y muere apedreado con todos los demás á quienes acusa.

HAllabase alli entre los Cabos uno llamado Belon, persona de gran valor, y que habiendo envejecido en las armas, y corrido de soldado raso todos los grados de la milicia, llegó al puesto que entonces exercia, capaz solo de la guerra, y negado por lo grosero y rústico de sus costumbres y trato, á todo género de urbanidad y cortesanía. Este, llevado de su furibundo natural, viendo que todos callaban con brutal intrepidez y osadia, les representó: *Las repetidas veces que Philotas los habia echado de su alojamiento, por introducir en él la canalla de esclavos que llevaba consigo: Que por los caminos solo se veian sus carros cargados de oro y plata: Que no consentia, que ninguno de sus compañeros alojase en su quartel, antes hacia poner guardas mientras dormia, para que no permitiesen acercarse á nadie á su Tienda, que con el ruido de las voces le quitase é interrumpiese el sueño: Que habian sido siempre objeto de sus desprecios y escarnios, llamandolos unas veces groseros y rústicos, y otras Phrigios, Paphlagones, y que habiendo nacido en Macedonia, no se corria de tratar á los de su patria por intérprete. ¿Y cómo pretende* (decia) *que se consulte á Hammon su causa, quien le trató de embustero quando declaró á Alexandro por su hijo? Porque á la verdad habia gran causa para temer, que el Rey como viese contra sí algun odio, admitiendo el honor que le concedian los Dio-*

ses.

ses: *Que quando conspiró contra la vida de su Rey y de su bienhechor, no se acordó de Jupiter, y que entonces queria tener recurso al Oráculo, no con otro fin que el de dar tiempo á que su padre, debaxo de cuyo mando estaba la Media, y sus grandes tesoros, pudiese disponer sus intereses, y ganar por medio de ellos otros malvados que cometiesen el mismo delito: Que ellos estaban prontos á enviar al Oráculo personas, no para que le consultasen lo que sabian del mismo Rey, sino para que le diesen las gracias, y cumpliesen los votos que le habian hecho por la salud del mejor Príncipe del mundo.* Inflamaron de suerte estas invectivas á todos los concurrentes, y con especialidad á las guardas de la persona del Rey, que empezaron á decir á gritos estos, *que se les dexase despedazar á aquel parricida*: Cuyas voces no eran para Philotas, que temia mayores tormentos, de gran disgusto. El Rey, habiendo vuelto á la junta, difirió el juicio al dia siguiente, ó porque se le diese en la prision el tormento, ó por quedar mas bien informado de todo; y en medio de ser bien tarde, hizo convocar á los Grandes de su Corte, para conferir con ellos la resolucion de aquella causa. El sentir de los mas fue, *de que se le diese muerte á pedradas, segun la costumbre de los Macedones.* Pero el de Ephestion, Cratero y Ceno fue, *de que le diesen tormento*; por cuyo dictamen se mandó, que llevasen alli á todos los demas. Con lo qual se puso fin á la junta, y estos tres pasaron á poner á qüestion á Philotas. Llamó el Rey inmediatamente á Cratero, y despues de haberle dicho en secreto lo que no se pudo saber, se retiró á su quarto donde se estuvo toda la noche solo, esperando noticia de lo que resultaba. Los que estaban señalados para el tormento, pusieron á vista de Philotas quantos instrumentos habia inventado hasta entonces la crueldad, para estremecer y atemorizar los hombres; á cuyo expectáculo, dixo Philotas voluntariamente: *¿Cómo no acabais de quitar la vida á quien confiesa ser enemigo del Rey, y haber intentado darle muerte? ¿Qué necesidad hay de tormento? Yo lo dispuse, yo lo quise.* Insistiendo Cratero en que ratificase en el tormento lo que sin él habia confesado,

do, le bendaron los ojos, y le desnudaron, á cuyo tiempo empezó á grandes voces á clamar *por el derecho de las gentes, y á atestiguar con los Dioses de la patria, y á implorar su socorro.* Por último, inexôrables sus enemigos, no hubo tormento que con pretexto de zelo y de piedad á su Principe, no le hiciesen padecer como á condenado, vengando en él sus odios particulares. Pero aunque por una parte le martirizaban con el fuego, y por otra con azotes, mas á manera de castigo, que de tormento, sufrió con gran constancia los dolores, que no se le oyó una voz, un grito, ni el menor gemido; pero habiendosele llegado á hinchar el cuerpo, por la inflamacion de las llagas, y no pudiendo ya tolerar el rigor de los golpes, que despedazadas las carnes, le habian dexado solo los huesos, prometió decirles lo que deseaban saber, como le permitiesen alguna respiracion y alivio, para cuyo logro les hizo jurasen antes por la vida de Alexandro, *que darian orden de que cesasen los tormentos y retirasen los verdugos.* Conseguido lo uno y lo otro, dixo á Cratero: *Insinuame lo que quisieres que diga.* Cratero, indignado de verse burlado, volvió á llamar los verdugos; pero Philotas pidió, *que se le dexase respirar, y que él declararia.* En el interin los primeros de la nobleza, los principales Oficiales de su Caballeria, y especialmente los mas cercanos parientes y allegados de Parmenion, noticiosos de que se le ponia á Philotas á qüestion de tormento, y temiendo no se cumpliese en ellos la ley de los Macedones, la qual ordenaba, *que en delitos de Magestad ofendida, muriesen con los condenados tambien sus parientes*, se quitaron unos por sus mismas manos la vida, y huyeron otros desvandados á los montes y á los desiertos, llenando todo el campo de pavor, hasta que Alexandro noticioso de aquel desorden, hizo publicar, *que perdonaba á los parientes de los culpados.* No es facil averiguar si Philotas confesó la verdad, ó si por librarse de los tormentos, la supuso en lo que dixo; porque al fin se experimenta, que en tales casos el mismo dolor padece el que confiesa lo cierto, que el que dice lo falso. Lo que él declaró fue asi: *No ignorais* (dixo) *la estrecha amistad que mi padre tuvo con Hegelocho* (*ha*

(*hablo del que murió en la última batalla.*) *Este, pues, fue causa de todas mis degracias; porque desde que el Rey mandó, que le llamasen hijo de Jupiter, no le fue posible tolerarlo. ¿Reconocerémos* (decia) *por nuestro Rey, á quien desestima á Philipo por padre suyo? La culpa será nuestra si lo sufrimos. No solo desprecia á los hombres, sino tambien á los Dioses, el que gusta que le tengamos por Dios. Hemos perdido á Alexandro, y juntamente al Rey, sujetandonos á los Dioses, con quienes se igualaba, como á los hombres, sobre quienes se eleva. ¿Hemos hecho por ventura, al precio de nuestra sangre, Rey que nos ultrage, y que se dedigne de comunicar con los mortales? Tambien nosotros podemos, si me creeis, y si tenemos espiritu, ser adoptados por los Dioses. ¿No fue éste quien habiendo vengado la muerte de Alexandro, su visabuelo, la de Archelao y Perdicas, perdonó á los homicidas de su padre? Esto nos decia Hegelocho cierta noche despues de cenar. Con lo qual, el dia siguiente muy de mañana me llamó mi padre. Reconocíle triste, y advirtióme no mas alegre, porque á la verdad lo que habiamos escuchado, no era materia para corto desasosiego. Deseando, pues, averiguar si fue el vino quien le obligó á prorrumpir en lo que dixo, ó efecto de premeditado acuerdo, resolvimos enviar á inquirirlo; y habiendonos repetido lo mismo, añadió, que si nos hallabamos con ánimo de hacernos cabezas de empresa tan prodigiosa, nos seguiria; pero que si no le teniamos, no hablaria mas en ella. Parecióle á Parmenion, que viviendo Dario, no era ocasion oportuna para dar muerte á Alexandro, respecto de que en esto mas hariamos el negocio del enemigo, que el nuestro, y que asi mejor era diferirla hasta despues de la de Dario, con cuya pérdida toda el Asia, y el Oriente seria premio de tal accion. Convencidos en esto, se dieron palabra reciproca de cumplirlo. Pero por lo que mira á Dymno, protesto que no sé nada, y que puede acreditarme de inocente en su atentado lo que acabo de confesar.* Habiendole vuelto á poner á qüestion, el mismo Cratero, y los demás le hirieron en el rostro, y en los ojos con los dardos, hasta que á pura fuerza le obligaron á confesar la culpa que le imputaban. Preguntandole despues la forma en que habian dispuesto practicar la conjuracion, respondió: *Que juz-*

gando no volveria el Rey tan en breve de Bactra, temeroso de que su padre, hallandose en tan crecidad edad, como la de setenta años, con tan florido Exército, y tan quantiosos millones, llegáse á faltar, sin cuyo gran poder le seria inutil la muerte del Rey, se aceleraba á su execucion, porque no se le malográse tan favorable oportunidad. Que en quanto á lo demás, todo lo habia declarado, sin reservar la menor circunstancia; y que si no obstante no se persuadian á que su padre estaba ageno de estas últimas disposiciones, se hallaba pronto á que le renovasen los tormentos, aunque ya le faltaban fuerzas para tolerarlos. Habiendo conferidolo, y conocido que habia declarado lo bastante, fueron á participarlo al Rey, el qual mandó, *que hiciesen leer la deposicion de Philotas en junta plena el dia siguiente, y llevarle á ella, respecto de no haber quedado capáz de morverse por sí.* Ratificandose aquel infeliz en todo lo que habia depuesto, se hizo llevar á Demetrio, acusado de haber sido cómplice en la conspiracion; pero negabalo con gran valor y firmeza, asegurando con horribles juramentos, no le habia pasado tal por el pensamiento, é insistiendo en que, para mayor prueba de su justificacion, se le pusiese á qüestion de tormento. Entonces Philotas, dilatando la vista por todas partes, y mirando cerca de sí á cierto Calis, le pidió, *que llegáse á él.* Este turbado todo, y rehusando hacerlo: *¿Pues qué toleras tú* (le dice Philotas) *que mienta Demetrio de esta suerte, y que yo vuelva nuevamente á padecer el tormento?* Quedando Calis mortal, desestimaron los Macedones su acusacion, creyendo que Philotas la hacia indiferentemente á inocentes, y á culpados, respecto de no haberse acordado de él en sus declaraciones, ni Nicomacho, ni el mismo Philotas; si bien quando llegó á verse rodeado de los Ministros de Justicia, volvió á afirmar, *que él, y Demetrio entraban en la conjuracion.* Por lo qual, dada la señal, Philotas, estos, y todos los demás que nombró Nicomacho, fueron muertos á pedradas, segun su costumbre. Verdaderamente que no puede negarse el gran peligro en que se vió, no solo Alexandro, sino todo su Exército; porque hallandose tan poderosos Parmenion, y su hijo, y en tan gran reputacion, es cierto que no se le hubiera podido condenar, sin que se suscitasen grandes rumores, á no haberlos convencido tan manifiestamente. Demás

más, de que la resolucion del tormento fue dudosa, y el suceso aventurado; pues en quanto Philotas negó el delito, pareció injusto y cruel; pero luego que le confesó, empezó á faltarle la compasion, aun en sus mismos amigos.

LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO PRIMERO.

MANDA ALEXANDRO DAR MUERTE á Lincestes, convencido del delito de Magestad ofendida; y poco despues, que se proceda contra Amintas y Simmias, amigos de Philotas. Defienden su inocencia con gran valor y constancia.

MIentras permanecieron vestigios recientes de el delito de Philotas, tuvieron por justificado su castigo; pero despues que con su muerte les faltó el objeto de su aborrecimiento, y de la envidia que les ocasionó su fortuna, se convirtió todo en conmiseracion. Causabasela ternisima el considerar los meritos y la calidad de la persona, á quien se habia quitado la vida en la flor de su edad, y la crecida de su padre, el qual veía extinguida con tan tragico fin su extirpe en servicio de su Príncipe. Lamentando la infelicidad de aquel prudente diestro Capitan, que fue el primero que abrió el paso del Asia, á quien cupo tan gran parte de todos sus peligros, y quien mandó siempre una de las alas de su Exército, favorecido de Philipo, y tan fiel á Alexandro, que no se valió de otro para verse libre de Attalo, cuyos largos y señalados servicios considerados, no dexaban de suscitar los animos á intentos sediciosos; pero noticioso el Rey de aquellos rumores, le alteraron poco, sabiendo que los vicios que produce la ociosidad, los purga facilmente la ocupacion y el trabajo: por lo qual dió órden, para que se juntasen en la plaza de palacio, donde luego que vió

que habia concurrido considerable número de soldados, salió á la Junta. Pidió en ella Apharias (no se duda que fuese á persuasion del Rey) que se llevàse alli á Lincestes Alexandro, á quien acusaban dos testigos de haber intentado, mucho tiempo antes que Philotas, dar muerte á Alexandro, por cuyo delito habia cerca de tres años que estaba preso: y si bien se hallaba tambien convencido de haber intervenido con Pausanias en la muerte de Philipo, habia quedado por entonces su castigo mas diferido, que perdonado, por haber sido el primero que dió la obediencia al Rey, y por la interposicion de Antipatro su suegro, poderosa en aquella ocasion para templar la indignacion del Príncipe, la qual, aunque adormecida hasta alli, despertó quando el riesgo presente acordaba el peligro pasado. Llevóse, pues, á Lincestes de la prision; y habiendole ordenado, que se defendiese, en medio de haber tenido el largo espacio de tres años para pensar en sus descargos, conturbado y temeroso, solo dixo algo de lo que habia premeditado antes, quedando á la último tan fuera de sí, que no solo perdió quanto tenia pensado alegar, sino tambien el juicio. Atribuyeron todos aquella alteracion mas á efecto de su mal segura conciencia, que á falta de memoria; y si bien se esforzaba por reducir á ella los miserables trozos de su oracion, faltando el sufrimiento en los que tenia cerca de sí, le dieron la muerte á lanzadas. Despues de lo qual mandó el Rey retirar el cuerpo, y que llevasen alli á Amintas y á Symmias, porque Polemon, su hermano menor, se habia puesto en fuga, luego que supo se daba tormento á Philotas. Fueron estos los mas estrechos amigos de aquel infeliz, y á quienes con mayor exceso favoreció, llenandolos de honores y dignidades, en virtud de la gracia que lograba de Alexandro; el qual acordandose del cuidado que tubo en conservarlos cerca de sí, no ponia en duda que fuesen partícipes de aquella ultima conjuracion, en cuyo crédito decia: „ Qué „ no solo entonces los juzgaba por sospechosos, pues mu„ cho antes le habia advertido repetidamente su madre, que „ se guardáse de ellos; pero que remiso en dar crédito á lo „ peor, habia rehusado mudarlos prender, hasta que le „ precisaron á hacerlo los evidentes indicios con que se halló. „ Que era notorio, como el dia antes que se descubriese „ la

„ la traycion de Philotas, tuvieron conferencia secreta con „ él; sin que dexase duda la fuga de su hermano, mientras „ se le daba el tormento á Philotas, de la ocasion para „ ella. Que ultimamente, habiendo apartado á sus compañe- „ ros, que se hallaban en el quartel, y ocupado sus luga- „ res, le rodearon por todas partes, debaxo del zelo y ob- „ sequio de asistirle y asegurarle, sin que hubiese precedi- „ do motivo alguno para el menor recelo. A vista de lo qual, „ extrañando el Rey, que faltando éste, se mostrasen tan ofi- „ ciosos, que tomasen á su cuidado el de los otros, advirtió „ en sus semblantes tan manifiestas señales de su mal seguro „ ánimo, que le obligaron temeroso á ponerse entre sus guar- „ das. Que demas de esto, el dia antes de la prision de Philo- „ tas, Antiphanes, á cuyo cuidado estaban las provisiones del „ Exército, habiendo persuadido á Amintas á que, segun el „ estilo, socorriese con caballos á los que habian perdido los „ suyos, le respondió sumamente colérico, que si no desistia „ de importunarle, se acordaria de él. Que las insolentes con- „ versaciones, que tenian contra él á todas horas, eran prue- „ ba manifiesta de sus dañados intentos. Que siendo cierto to- „ do esto, no merecian menor castigo que Philotas; y que si „ no lo era, que se justificasen." Despues de lo qual, compareciendo Antiphanes, y careandose con Amintas, confirmó haberle negado los caballos, y las terribles amenazas que le hizo. Entonces Amintas, habiendosele dado permiso para que se defendiese, dixo: *Que si no se oponia al gusto del Rey, le suplicaba mandase quitarle las cadenas, mientras hablaba en su defensa.* Concedióselo á él, y á su hermano, y habiendo pedido que se le volviesen sus armas, mandó el Rey que le diesen una lanza, la qual tomó con la mano izquierda; y despues de haberse apartado del lugar donde habia estado el cuerpo de Alexandro Lincestes, empezó á decir de esta suerte: „ Qualquiera que sea (Señor) el fin de este su- „ ceso, y el de nuestro destino, no podremos dexar de confe- „ sarnos deudores tuyos, si es feliz; ni tampoco de atribuir- „ le á desgracia nuestra si es adverso. Podemos, sin el menor „ perjuicio ni estorvo, hacer nuestra defensa, habiendonos „ concedido tu benignidad, no solo permiso para ella, sino „ tambien estas honrosas insignias, con quienes te acompa-

„ ña-

„ ñabamos. A vista de lo qual, debemos confiar igualmen-
„ te en el suceso que en la justificacion de nuestra causa; pe-
„ ro permiteme, Señor, que satisfaga primero al último
„ cargo que nos has hecho. No nos acordamos de haber te-
„ nido jámas conversacion alguna, opuesta al respeto que
„ te es debido; antes bien diria, que ha mucho que vives
„ superior á la envidia, sino temiese juzgases pretendia ocul-
„ tar entre afectadas lisonjas, los notorios delitos que se nos
„ imputan; porque si acaso se han dexado decir tus soldados
„ enfermos ó heridos, rendidos de las crecidas fatigas de la
„ guerra, ó expuestos á tan continuos peligros, una ú otra
„ palabra algo mas licenciosa, bien merecen sus servicios al-
„ gun perdon, ó que se atribuya antes al natural desabrimien-
„ to que traen consigo las calamidades del tiempo, que á
„ falta ó defecto de su voluntad. Quando padecemos, todos
„ somos reos, y qualquiera se adelanta á hablar, sin que to-
„ do nuestro amor proprio baste á preservarnos á nosotros de
„ nosotros mismos, pues crueles convertimos las manos con-
„ tra nuestros proprios cuerpos, sin que por esto se pueda
„ decir, que nos aborrecemos; en cuya irritacion, si los hi-
„ jos reconocen á los padres, apenas podrán estos atender-
„ los, ni tolerarlos. Donde por el contrario, quando nos ve-
„ mos honrados con beneficios, y volvemos favorecidos con
„ crecidos premios, y cargados de la presa, ¿quién puede
„ contenerse? ¿Quién disimular el interno regocijo de nues-
„ tros ánimos? No admiten jamas moderacion, ni la cólera,
„ ni el gusto de los soldados: todas nuestras pasiones nos ar-
„ rastran con suma violencia: vituperamos, loamos, move-
„ monos á compasion ó á ira, segun es la diversidad de ob-
„ jetos que nos arrebatan. Unas veces deseamos pasar á con-
„ quistar la India, y llegar al Occeano; y otra nos llama el
„ amor de la patria, de nuestras mugeres y de nuestros hijos.
„ Pero todos estos pensamientos, todos estos murmurios, que-
„ dan desvanecidos á la primera seña de la trompeta, á cuyo
„ sonido partimos todos acelerados á nuestros esquadrones,
„ vertiendo en los enemigos quanto concibió nuestra ira en
„ nuestras Tiendas, y discurrió nuestro despique. Ojalá hu-
„ bieran permitido los Dioses, que los delitos de Philotas se
„ hubiesen limitado solo á las palabras. Pero volvamos á los

„ p in-

„ principales cargos de la acusacion. Estoy tan lejos de negar
„ la amistad de Philotas, que confieso haberla buscado, y ha-
„ berme sido muy util. ¿Mas qué estrañeza te hace, que haya-
„ mos cortejado á quien poseia casi enteramente tu gracia, y
„ era hijo de Parmenion, tu brazo derecho, sino antes tu se-
„ gunda persona? Pues si he de decir libremente la verdad, tú,
„ Señor, tú has sido la causa de nuestro peligro; ¿porque
„ quién sino tú mismo la dió, para que todos los que solici-
„ taban darte gusto, acudiesen á él? Por medio suyo llegamos
„ á merecer tu benevolencia. Tú le elevaste á tan eminente
„ grado de poder, que teniamos muy justa causa para desear
„ su amistad, y temer su indignacion. ¿No hemos jurado to-
„ dos en tus manos en la forma que nos lo ordenaste, de que
„ seriamos amigos de tus amigos, y enemigos de tus enemi-
„ gos? Pues hallandonos precisados á la observancia de tan
„ solemne juramento, ¿cómo podiamos dexar de venerar á un
„ hombre, á quien habias hecho árbitro de nuestra fortuna?
„ Verdaderamente, que si este fuese delito, pocos se libra-
„ ron de él; ¿pero qué digo? ninguno se hallará inocente,
„ porque todos pretendieron ser amigos de Philotas; pero
„ no todos los que lo desearon lo pudieron conseguir: con que
„ si no distingues sus amigos de los culpados, tampoco po-
„ drás hacer diferencias entre sus amigos, y los que han de-
„ seado serlo. ¿Qué prueba, pues, ó qué indicio hay contra
„ nosotros? ¿Es acaso, que el dia antes habló familiarmente,
„ y en secreto con nosotros? Lo qual seria buena prueba, y
„ contra quien no tuvieramos con que descargarnos, si no
„ hubiesemos vivido siempre de esta suerte con él; ¿pero ha-
„ biendo executado aquel dia lo mismo que los demás, pare-
„ ce que nuestra misma costumbre es crédito de nuestra jus-
„ tificacion? Sí; mas la repugnancia en dar los caballos á An-
„ tiphanes, no se puede negar, que fue la vispera del dia
„ que se prendió á Philotas. Si piensa hacernos sospechosos,
„ por no haberle querido dar los caballos; ¿cómo podrá es-
„ cusarse él de haberlos pedido? Porque á la verdad, la sos-
„ pecha es tan igual contra quien los pidió, como contra
„ quien los reusó, si no tiene mejor causa el que niega lo que
„ justamente le toca, que el que pretende quitarle al otro lo
„ que no le pertenece. No me hallaba, Señor, mas que con

„ diez

„ diez caballos, de los quales habia distribuido ya Antiphanes
„ ocho entre los que habian perdido los suyos. Solo me ha-
„ bian quedado dos, que este soberbio, y verdaderamente in-
„ justo hombre queria quitarme por fuerza: ¿era justo, ni po-
„ sible, que yo conviniese en ello, sino reduciendome á pe-
„ lear á pie en la Caballeria? No niego, que como hombre
„ de espiritu resuelto, hablé con libertad al mas cobarde del
„ mundo, y cuyo mejor empleo en el Exército, no pasa de
„ proveer de agenos caballos á los que han de pelear. ¿Pero
„ no es gran infelicidad mia, hallarme obligado á dar mi des-
„ cargo á un tiempo á Alexandro, y Antiphanes? Por lo que
„ mira á haberte escrito la Reyna tu madre, que eramos tus
„ enemigos, pluguiese á los Dioses, que te atendiese con
„ mas cuidadosa circunspeccion y prudencia, y que no hu-
„ biese preocupado tu ánimo de imaginaciones vanas, y tan
„ sin ningun fundamento. ¿Cómo omitió expresarte la causa
„ de su recelo? ¿Cómo no te nombró el autor, ni especificó
„ lo que habiamos hecho, ó dicho, quando te escribió car-
„ tas llenas de tan grandes recelos? ¡O infeliz estado al en
„ que me veo reducido, en el qual es tan peligroso enmu-
„ decer, como hablar! Pero sea qual fuere el fin de mi suce-
„ so, si te he de disgustar, quiero antes hacerlo justificando
„ mi causa, que dexando ofendida mi inocencia. No igno-
„ ras, Señor, que lo que voy á decir es cierto, si gustas
„ de acordarte, que quando me enviaste á Macedonia á le-
„ vantar Tropas, me preveniste, que en ella habia prodi-
„ giosos mozos para el uso de las armas, los quales se ocul-
„ taban en el palacio de la Reyna, por librarse del riesgo de
„ la guerra; y que para que no lograsen su intento, me or-
„ denaste prefiriese á todo respeto tu Real servicio, trayen-
„ dote aquella perezosa juventud. Executélo con mayor puntua-
„ lidad, y zelo de lo que me convenia. Traxete á Gorgias, á
„ Hecateo y á Gorgota, que te han hecho señalados servicios.
„ ¿Puede haber mayor injusticia, que la de hacerme castigar
„ porque te obedecí, quando por el contrario mereciera digna-
„ mente la muerte? Porque es cierto que la Reyna tu madre
„ no tiene otra causa para haberse indignado contra noso-
„ tros, que la de haber preferido tu servicio á su gusto. Tra-
„ xete seis mil Infantes Macedones, y seiscientos caballos, de
„ quie-

„quienes no habiendo trozo alguno, que no procuráse exi-
„mirse de la guerra, es cierto que no me hubiera seguido al-
„guno, si me hubiese ablandado algo. No pudiendo, pues, ser
„otra la causa de su indignacion contra nosotros, te hallas,
„Señor, obligado á mitigarla, pues fuiste quien la dió para
„desabrirla.“

CAPITULO II.

VUELVEN A LA GRACIA DEL REY AMINTAS y sus hermanos. Envia Alexandro á la Media á Polidamas, para que dé muerte á Parmenion, de que se originó algun motin, que se sosegó por ultimo.

CONtinuando Amintas de esta suerte en su defensa, llegaron á la sazon las personas que se enviaron en seguimiento de su hermano Polemón, que iba fugitivo, y le traian aprisionado. No fue posible impedir que la muchedumbre descargáse inmediatamente sobre él, segun su costumbre, gran cantidad de piedras. Pero sin dar muestra de la menor alteracion, dixo: *Que no pedia para él gracia alguna, sino que no perjudicáse su fuga la inocencia de sus hermanos; y que si no podia justificarla, y en ella habia errado, que fue solo suya la culpa, y no de sus hermanos, pues se hallaban bien lexos de ella.* Fueronle tan favorables estas palabras, que no bien las hubo pronunciado, quando empezaron todos á llorar, y á mudarse de tal suerte, que lo que mas los habia irritado antes, fue entonces lo que mas les obligó á compadecerse. Era este un joven, que hallandose en la flor de sus años, y entre sus compañeros, amedrentados todos de ver á Philotas en el tormento, se dexó llevar del pavor de ellos, los quales esparcidos por varias partes, le dexaron solo; en cuyo desamparo, dudoso en si volvería, ó seguiría la fuga comenzada, le cogieron los que iban en su busca. Deshaciase en lagrimas, y maltratabase el rostro, acreditando bien en éstas y otras exteriores demostraciones el interno dolor á que le obligaba, no tanto el de su proprio infortunio, quanto el peligro en que habia puesto á sus hermanos, el qual movió á piedad á la Junta, y al mismo Rey. Solo uno de sus hermanos, cruel é inexorable con-

tra él, y mirandole con enfurecido y ayrado rostro: *¿Ahora lloras loco* (le dice) *quando antes te diste tanta prisa á la fuga, abandonando á tus hermanos, por seguir á los que abandonaban á tu Rey? ¿Pero á dónde, y por qué, ó infeliz, huías? Mira el estado á que me has reducido, en el qual condenado á muerte, me es preciso que use de palabras de acusador para justificarme.* Confesó entonces él *quan gran daño se habia hecho á sí; pero que era mayor el perjuicio que habia ocasionado á sus hermanos.* A vista de lo qual, no pudo la muchedumbre reprimirse, ni abstenerse de manifestar en lagrimas, y á gritos (ordinario estilo de que se vale quando favorece á alguno) su compasion. Y asi prorrumpieron todos á una voz, pidiendo, *que perdonáse á aquellos valerosos varones que se hallaban inocentes.* De cuya favorable ocasion, aprovechandose los principales de la Corte, se levantaron, é intercedieron con lagrimas por ellos. El Rey, habiendo mandado que callasen todos. *Yo tambien* (dixo) *los perdono á todos tres.* Y enderezandose despues á ellos, *solo deseo* (les dixo) *que os olvideis antes del beneficio, que de mí habeis recibido, que el que os acordeis del peligro en que os habeis visto. Volved á mi gracia con la misma confianza, que yo os restituyo á ella, asegurados de que si no quedáse desengañado de las sospechas en que me hallaba de vosotros, tendrais muy justa causa para desconfiar de mi disimulacion, y de que mejor quedais purgados, que sospechosos, no pudiendo ser ninguno absuelto en los delitos capitales, sin haber dado primero sus descargos. Y tú Amintas, perdona á tu hermano, para que yo quede con esta accion persuadido á la seguridad de tu ánimo, y á tu fidelidad en mi servicio.* Licenciada la Junta, hizo llamar el Rey á Polidamas. Era éste íntimo amigo de Parmenion, y el que se hallaba siempre á su lado en todas las batallas; y si bien la seguridad de su conciencia, le llevó á palacio libre de todo recelo: luego que vió que el Rey dió orden para que traxesen á su presencia á sus hermanos, á quienes por su corta edad no conocia, empezó desde entonces á temer, y á pensar mas en lo que se podia perjudicar, que en lo que podia justificarle. Habiendolos conducido los Archeros, conforme al orden que tenian, hizo el Rey acercar á Polidamas, cuyo ánimo tenia enteramente per-

perdido, y despues de haber hecho salir fuera á todos, le dixo: *La traycion de Parmenion nos ha comprehendido generalmente á todos; pero con especialidad á vos, y á mí, á quienes debaxo de la sombra de la amistad nos ha engañado. Hallome obligado á castigarle, para cuyo fin os he elegido; mirad quanto fio de vos. En mi poder quedarán vuestros hermanos por prendas, que me aseguren en vos el cumplimiento de mis ordenes. Habeis de partir para la Media, y dar á mis Gobernadores estas cartas escritas de mi propria mano; pero es menester que pongais tal diligencia en vuestra jornada, que llegueis allá antes que las voces de lo que ha pasado acá. Mi voluntad es que sea de noche, y que el dia siguiente executeis la que contienen vuestras instrucciones. Llevareis tambien cartas para Parmenion, una mia, y otra de Philotas, cuyo sello tengo, con las quales creyendo que su hijo le escribe, no le causará sospecha alguna el veros.* Libre Polidamas del considerable susto en que habia estado, prometió mas de lo que se le pedia, y cargado de dadivas y de honras, dexó su proprio trage, y tomó el de Arabia. Dióle el Rey dos Arabes que le acompañasen, cuyas mugeres y hijos retubo en rehenes. Sin embargo los desiertos por quienes le era preciso pasar, no le permitieron que tardáse en el camino menos de once dias, al fin de los quales llegó al lugar destinado; donde antes que se supiese de su arribo, tomó su trage Macedonico, y á la quarta vigilia de la noche pasó á la Tienda de Cleandro, Gobernador de aquella provincia, por merced del Rey. Habiendo repartido todas las cartas que llevaba, acordaron él y Cleandro de ir juntos al amanecer en casa de Parmenion, donde habian de concurrir los demás Cabos, á quienes tambien escribió el Rey. Habiasele ya hecho sabedor á Parmenion de la llegada de Polidamas, con la qual regocijado igualmente por su grande amistad, que impaciente de saber del Rey, respecto de faltarle mucho tiempo habia noticias suyas, le hacia buscar por todas partes. Las casas de placer de aquella provincia tienen grandes parques, poblados de crecidos y umbrosos arboles, á quienes riegan hermosas fuentes, que son la mayor recreacion de los Reyes, y de los Satrapas Barbaros. Paseabase Parmenion por uno, enmedio de los Capitanes que tenian orden de darle muerte, los quales habian dispuesto ponerlo por

execucion al tiempo que leyese las cartas. Luego que le divisó Polidamas, aunque á distancia, corrió á abrazarle con demostraciones de gran gusto, y habiendose hecho reciprocos y cariñosos cumplimientos, le dió la carta que Alexandro le escribia. Abriendola, le preguntó *¿lo que hacia el Rey?* Y él le respondió: *Que por la carta lo sabria*; despues de haberla leido Parmenion le dixo; *El Rey se dispone para marchar contra los Arachosios, excelente Principe por cierto, el qual jamás se entrega al descanso, pero debiera mirar por sí, y atender á su quietud, despues de haber adquirido tan gran gloria.* Tomó inmediatamente la carta supuesta de Philotas, leíala al parecer con gusto, quando Cleandro le metió la espada por un costado, y por la garganta, cargandole todos los demás de heridas, aun despues de muerto. Sus guardas, que se hallaban á la entrada del bosque, viendo el suceso, y ignorando la causa, parten aceleradamente al campo, y publicando tan inesperada, como sangrienta novedad, mueven las Tropas, las quales tomando al punto las armas, pasan al parque, donde amenazan *de arruinar los muros, y de sacrificar á los Manes de su General quanto encontrasen, si no se les entregaban á Polidamas, y á los demás cómplices.* Hizo Cleandro entrar dentro á los principales Oficiales, á quienes leyó las cartas que el Rey escribia á los soldados, en las quales les participaba de la conspiracion de Parmenion contra su persona, y pedia tomasen venganza de él. Luego que se publicó la voluntad del Rey, se sosegó aquel motin, si bien no se templó la indignacion de los soldados, cuya mayor parte, habiendose retirado, pidieron los que quedaron á Cleandro, que permitiese á lo menos se les concediese el cuerpo para darle sepultura; rehusólo por algun tiempo, temeroso de disgustar al Rey; pero insistiendo en su demanda, les concedió, por evitar todo genero de sedicion, que sepultasen el cuerpo, despues de haber hecho separar la cabeza, que envió á Alexandro. Tal fué el fin de aquel gran Capitan, tan ilustre en la guerra, como en la paz, y que sin la asistencia del Rey, executó por sí muchas gloriosas empresas, no habiendo adquirido Alexandro sin él alguna considerable. Supo dar gusto á un Principe, con quien era tanto mas dificil el lograrlo, quanto habiendo sido sumamente fe-

feliz, querria que todas las cosas correspondiesen á su buena fortuna. Hallabase en edad de setenta años, habiendose ocupado desde su juventud, no solo en los exercicios de Capitan, sino tambien en los de mero soldado. Fue prudente y advertido en sus consejos, y admirable en la execucion de ellos, querido de los Grandes, y amado aun mas de la gente de guerra. Si todas estas partes le empeñaron en que aspiráse á la Corona, ó solo le hicieron sospechoso, mal se podrá afirmar, quando aun estando reciente el suceso, y siendo mas facil su averiguacion, no se pudo saber con certidumbre si Philotas, rendido á la violencia de los tormentos, confesó la verdad, de que no hubo prueba: ó si supuso quanto dixo porque se lo suspendiesen. Alexandto, teniendo por conveniente separar del resto del Exército á los que habian sentido mal de esta muerte, formó de ellos un Cuerpo aparte, y les dió por Cabo á Leonitas, grande amigo en un tiempo de Parmenion. Miraba á todos estos con aversion, porque deseándo penetrar el ánimo de los soldados, y habiendo hecho publicar cierto dia, que despachaba correo á Macedonia, y que podrian escribir los que quisiesen, pues irian con seguridad sus cartas, y hecholo todos con libertad, y sin prevenir el riesgo á que iban expuestas sus expresiones, en las quales unos se quexaban con sus amigos de la permanencia de la guerra, y los mas asentian bien á ella, pudo ver todas las cartas, asi las de los que le alababan, como las de los que se quexaban de él, por cuya causa castigó á estos con la ignominia de separarlos de aquellos para poderse valer de ellos, como de gente de valor, sin el riesgo de que sus licenciosas platicas hiciesen impresion en los ánimos de los demás, reduciendolos á sus mismos dictamenes. Esta resolucion, por medio de la qual ponia en desesperacion á aquella valerosa juventud, le pudiera ocasionar muy perjudiciales consequencias, si convirtiendo siempre la fortuna en mayor beneficio suyo los accidentes mas expuestos á grandes peligros, no hubiese continuado en hacerlo tambien con éste. Porque ningunos le sirvieron mejor que ellos en las guerras siguientes, deseosos de reparar por medio de sus ilustres acciones la ignominia con que se hallaban, reconociendo que estas serían tanto mas señaladas, quanto era corto el número de que se componian.

CA-

CAPITULO III.

SUJETA ALEXANDRO MUCHOS PUEBLOS, y pasa en diez y seis dias el Caucaso con su Exército.

EXecutadas estas cosas, y habiendo dexado Alexandro un Satrapa á los Arianos, hizo publicar su marcha contra los Agriaspas, los quales ya entonces se llamaban *Evergetas*; esto es, *Bienhechores*, por haber alojado, y socorrido de viveres al Exército de Ciro, á quien las incomodidades de el frio y de la hambre habian casi deshecho. A los cinco dias de haber llegado á esta comarca, tubo aviso de que *Satibarzanes, que habia vuelto al partido de Beso, hacia nuevas correrias*, para cuyo remedio envió á Carano y á Erigio con Andronicho y Artabazo, seis mil Infantes Griegos, y seiscientos Caballos; y habiendo proveido en el mejor gobierno de el Estado de los Evergetas, en que gastó sesenta dias, y concedidoles una gruesa suma de plata en remuneracion del señalado servicio que hicieron á Ciro, dexandoles por Gobernador á Amenides, Secretario que fue de Dario, pasó despues á sojuzgar á los Arachosios, que confinan con el Mar Pontico. Recibió alli el Exército que mandaba Parmenion, compuesto de seis mil Macedones, doscientos Nobles, y seiscientos Caballos Griegos, que sin duda eran las mejores Tropas que tenia el Rey: el qual dexó á Memnon por Gobernador de los Arachosios con quatro mil Infantes, y seiscientos Caballos para las guarniciones. Entró despues en las tierras de cierto pueblo: apenas conocido de sus mismos vecinos, por no tener comercio alguno con los demás hombres. Llamanse sus habitadores *Parapamisades*, gente bruta, y tenida por barbara, aun entre los mismos Barbaros; á cuya ferocidad contribuye mucho la aspereza del clima de aquella region, la qual es muy Septentrional, y casi toda vuelta á la parte mas fria; toca ácia el Occidente con la Bactra, y mira al Mediodia al Occeano Indico. Habitan en cabañas hechas de ladrillo, del qual son tambien los techos, respecto de faltarles enteramente la madera. Su

Su estructura es bien ancha por abaxo, y á proporcion del tamaño de los edificios, en los quales se va estrechando á la con que se levantan, hasta que quedan en forma de navios, sin que tengan mas que una claraboya ó ventana en medio, por donde les entra la luz, y sale el humo. Si les quedan algunas cepas de viñas, ó algunos arboles, que hayan podido resistir á la inclemencia del ayre, los cubren de tierra todo lo que dura el mal temporal, hasta que en la primavera los vuelven á poner al Sol; pero en el invierno son alli tan crecidas las nieves, y tan rigurosos los hielos, que no consienten especie alguna de paxaros, ni de animales. Cubre una sombra obscura la faz de la tierra, sin que se diferencie lo que llaman dia de lo que es noche, mas que en una mal distinta luz, á quien apenas puede distinguirse lo que está mas inmediato. Toleró en esta horrible soledad el Exército, destituido de socorro, quantas calamidades pueden padecerle, el frio, la hambre, el cansancio y la desesperacion, porque el rigor de la nieve era tan excesivo, que morian en los caminos algunos, perdiendo otros los pies, y siendo á muchos de considerable perjuicio á la vista la suma blancura de la nieve. La mayor parte, no pudiendo ya mas, se echaban sobre el mismo hielo, donde faltandoles el movimiento, les comprimia y embargaba la fuerza del frio de tal suerte los miembros, que no podian volverse á levantar; pero sus compañeros no los dexaban en aquel entumecimiento, para el qual no habia otro remedio, que el de obligarlos á marchar, porque entonces el calor natural, excitado con el movimiento, los hacia volver algo en sí. Los que pudieron apoderarse de las cabañas de los Barbaros, se recobraron algo, pero la obscuridad era tan grande, que no se conocian las casas sino por el humo. Aquella barbara gente no acostumbrada á ver otra en sus tierras, hallandose repentinamente con hombres armados, quedaron tan atemorizados, que les llevaban quanto tenian en sus cabañas, porque les perdonasen las vidas. El Rey, que iba á pie, rodeado de sus Tropas, levantaba á los que veia caidos, mantenia á los demás que no podian marchar, acudiendo tan apriesa á la frente, como en medio, y á la retaguardia de su Exército, yendo y volviendo continuamente con increible desvelo y trabajo. Finalmente, llegando á tierras

ras mas fertiles y abundantes de todo genero de mantenimientos, repararon en ellas los trabajos que habian padecido, y esperaron á los que no habian podido seguirlos. Pasaron desde alli ácia el Monte Caucaso, que divide el Asia en dos partes, dexando el Mar de Cilicia á una, y á otra el Caspio, el rio Araxe, y los desiertos de la Scythia. El monte Tauro, que en altura tiene el segundo lugar, se junta al Caucaso, y empezando en Capadocia, atraviesa la Cilicia, y pasa hasta Armenia. Esta es como una continuada cadena de montes, de donde salen casi todos los rios del Asia, de los quales unos descargan en el Mar Roxo, otros en el Caspio, y otros en el de Hircania, ó en el del Ponto. Pasó el Exército el Caucaso en diez y siete dias, y vió la roca que tiene diez estadios de circuito, y mas de quatro de altura, donde fue aprisionado Prometheo, si damos credito á los Poëtas. Eligió el Rey una llanura al pie del monte, donde edificó una ciudad, y dexó para que la poblasen siete mil esclavos, y todos los soldados inutiles, los quales la dieron tambien el nombre de Alexandría.

CAPITULO IV.

PROCURA BESO DISPONER UN FESTIN, en el qual se resuelve la guerra contra Alexandro, y no puede ganar el prudente dictamen de Cobaris: Llega en el interin Alexandro á Bactra, donde tiene noticia de la rebolucion de los Griegos, y de haber muerto á Satibarzanes en un reencuentro.

PEro Beso, atemorizado de la presteza de Alexandro, despues de haber hecho un sacrificio solemne á los Dioses de la patria, juntó á sus amigos, y á sus Cabos, para deliberar sobre las disposiciones de la guerra en pleno convite, á la usanza de aquellos pueblos. Calientes con el vino, empezaron á ponderar sus fuerzas, y á despreciar el corto número, y la temeridad de los enemigos, especialmente Beso, el qual altivo, y arrogante en las palabras, y confiado en un Reyno adquirido por medio de la maldad y del parricidio, decia, no en sano acuer-

do

do: *Que lo que mas credito dió à Alexandro fue la negligencia é impericia de Dario, el qual le hizo rostro en los estrechos de Cilicia, en vez de retirarse à lo interior, para empeñarle insensiblemente en aquellos peligrosos pasos, entre innumerables rios y montañas, en donde se hubiera hallado tan imposibilitado para la fuga, como para el combate: Que él estaba resuelto á pasarse à los Sogdianos, y à oponer, como fuerte barrera al enemigo, el rio Oxo, en el interin que le llegaba poderoso socorro de las naciones vecinas: Que bien apriesa se verian en su Exército los Chorasmios, los Dahos, los Saces y los Indios con los Scythas, que habitan de la otra parte del rio Tanais de quienes el menor sobrepujaba en la estatura toda la cabeza al mas alto de los Macedones.* Aplaudieron todos embriagados la resolucion; y Beso mandó, que le pusiesen al rededor mas cantidad de vino, como si fuese su mesa campo de batalla, en donde hubiese de romper á Alexandro. Hallabase en este festin un Medo, cuyo nombre era Cobaris, famoso mas porque profesaba el arte magico, si puede llamarse arte, lo que es pura ilusion y engaño, para mover á los ignorantes y pusilánimes, que porque supiese algo de él; pero realmente hombre de capacidad y bondad. Este, habiendo hecho su exôrdio, manifestando, *que no ignoraba era mas seguro à un criado obedecer lo resuelto, que aconsejar por sí, pues en lo primero corria el mismo riesgo que los demás, y en lo segundo peligraba solo*, le dió Beso la copa, que tenia en la mano, como en demostracion de que le permitia dixese su sentir. Tomóla Cobaris, y continuó asi: *Por muchas causas se puede llamar la condicion de los mortales infeliz y contraria á su mismo bien; pero por ninguna tanto, como por el descuido con que tratamos lo que nos toca, y por el desvelo que nos cuesta lo que no nos pertenece. Son las mas veces poco seguros los juicios, que hacemos solo por nuestros proprios dictámenes, porque unas los tuerce el temor, otras los vicia el deseo, y las mas los forma totalmente contrarios la ceguedad de nuestro amor proprio, al qual llamaria presuncion en otro menos cuerdo que tú. La experiencia te habrá mostrado, que la mayor parte de los hombres solo tienen por bueno, quando no por lo mejor, lo que ellos*

cutan. Es grave y pesada carga la de una corona, y conveniente para que no dé contigo en tierra la que adorna tus sienes, llevarla con prudencia; cuya virtud la conserva, al paso que la destruye, la furiosa precipitacion. En cuya prueba añadió el vulgar proverbio de los Bactrianos, que el perro que ladra no muerde, y que los rios mas profundos son los que menos ruido hacen. Hame parecido no omitir de la historia este testimonio de la prudencia de los Barbaros, tal qual fuese, para que por él se venga en conocimiento de ella. Tenia suspenso á todo el concurso este discurso, esperando el fin de él, quando declarandose mas, dió á Beso un consejo de mayor utilidad que gusto suyo: *Debes suponer* (continuó) *cercano á la puerta de la Real Corte en que nos hallamos, á un enemigo tan poco descuidado, el qual tengo por cierto, que se dexará ver con su Exército, antes que tú hagas levantar esta mesa. Tratas de que vengan Tropas del Tanais, y de cubrirte con los rios, como sino le fuese dado, seguirte adonde quiera que huyas. Los caminos son comunes á ambos, pero mas seguros al vencedor. Si el miedo te diere alas para salvarte, la esperanza se las dará á él mas ligeras para alcanzarte. ¿Quánto mejor te estará anticiparte á grangear la gracia del mas poderoso, por medio de tu rendimiento? siendo cierto, que de qualquiera suerte que sea el suceso, te será mas conveniente ser su rendido, que su enemigo. Considera, que el Reyno que hoy tienes no es tuyo, y que te hallas mas expuesto á quedar despojado de él. Nunca serás tan verdadero y seguro Rey, como quando te pusiere en la mano el cetro, quien puede dartele y quitartele. Este consejo te será provechoso, si prontamente le observas; pero inutil, si dilatas su execucion. A un generoso caballo le basta solo la sombra de la vara, para hacerle partir; pero á uno pesado, apenas son suficientes los acicates.* Era Beso naturalmente colérico; y teniendole aun mas entonces el vino, se arrojó tan precipitadamente contra Cobaris, habiendo desembaynado su cimitarra, que no sin gran dificultad pudieron estorvarle sus amigos, que le diese muerte; pero escapandose entre el gran concurso, pasó á rendir la obediencia á Alexandro. Componiase el Exército de Beso de ocho mil Bactria-

trianos, los quales le obedecieron, mientras les duró la esperanza de que los Macedones, respecto del rigor de aquel clima, pasarian á la India; pero al punto que supieron iba Alexandro contra ellos, le abandonaron, retirandose todos á sus casas. A vista de lo qual, despues de haber pasado el rio Oxo con sus amigos, y quemado las barcas en que lo habia hecho, para evitar que el enemigo se aprovechàse de ellas, se encaminó á Sogdiana á hacer nuevas levas. No hubo bien pasado Alexandro el Caucaso, como hemos referido, quando su Exército se vió muy expuesto á perecer, por la falta de viveres. Exprimian el zumo de sesama, y se untaban con él, como con el azeyte, los miembros. Valia cada cantaro doscientos y quarenta dineros: el de miel trescientos y noventa: y el de vino trescientos. El trigo era poco ó ninguno, porque le guardan los Barbaros en profundos fosos, que tienen para este fin, á quienes llaman *Sirrhos*, hechos con tan grande artificio y cautela, que solo saben de ellos los que los labran, de suerte, que los soldados solo se alimentan de yervas y pescados. Pero llegando á faltarles aun estos, se vieron precisados á dar muerte á los caballos del bagaje, para mantenerse de ellos, hasta que llegasen á Bactra. Es bien diferente el territorio de aquella provincia. Hay unos parages poblados todos de arboles y viñas, que producen gran cantidad de frutas y de vinos muy regalados, y otros en quienes la tierra es mas fecunda, por la abundancia de fuentes de que goza, las quales contribuyen á aquellos hermosos y dilatados prados, que en ella se ofrecen. En las tierras menos pingues siembran el trigo y la cebada, y las demás sirven para pasto de ganado. Componese una gran porcion de la provincia de arenosas campañas, cuya sequedad las hace inhabitables é infructiferas. Quando los vientos del Mar Pontico corren alli, acumulan toda la arena, que estaba esparcida por el campo, en tan elevados montes, que á qualquiera que los mira de lexos, le parecen unas grandes colinas, sin que dexen rastro de algun camino; por cuya causa los que pasan por aquellos desiertos se gobiernan de noche, como los navegantes por los astros, para asegurar el acierto de su derrota. No caminan de

dia, asi porque no se les ofrece rastro ni huella alguna por quien se puedan dirigir, como porque siendo su unico norte la luz de las estrellas, apagada ésta con los resplandores del Sol, quedan tan incapaces de hacerlo, como expuestos los pasageros, si los coge alguna de estas tempestades; á que los sepulten las arenas. Los lugares fertiles abundan de hombres y caballos. Bactra, ciudad principal de la provincia, está situada á las faldas del monte Parapamiso por cuyos muros pasa el rio Bactro, de quien tomó el nombre la ciudad y provincia. Mientras se detuvo en ella el Rey, le llegó noticia de las rebeliones de los Peloponesos y Lacedemonios, sin la de haberse sosegado, quedando estos vencidos y deshechos, respecto de empezarse la guerra, quando partieron de la Grecia los que se la llevaron. Cuya desazon le aumentó otra tanto mas sensible, quanto le cogia de mas cerca. Esta fue avisarle iban los Scythas, que habitan de la otra parte del Tanais, á toda diligencia en socorro de Beso. A cuyo tiempo le avisaron tambien del suceso, que habian tenido Carano y Erigio, que madaban sus Tropas, en la provincia de los Arioros. El qual fue haberse dado una batalla entre los Macedones y los Arioros, cuyo General era Satibarzanes; el qual, reconociendo que el combate no se encendia como él quisiera, y que no se declaraba por alguna de las dos partes el suceso, se ofreció á caballo entre los primeros Esquadrones: y despues de haberse quitado la celada, y mandado cesar los tiros, desafió á todos los que quisiesen combatir cuerpo á cuerpo con él, añadiendo que lo haria con la cabeza descubierta. No pudo tolerar la arrogancia de aquel Barbaro Erigio, General de los Macedones; el qual, aunque cargado de años, no cedia á los mas esforzados jóvenes en el vigor del espíritu, ni en la robustez del cuerpo. Y asi, habiendose quitado la celada, y hecho alarde de sus canas: *Este es el dia* (le dice) *en que manifestaré, por medio de una victoria, ú de una gloriosa muerte, de quien fia sus armas Alexandro*; y sin decir mas, se enderezó para el Barbaro. No parecia sino que se habia hecho la señal, para que de uno y otro Exército cesasen en el combate, porque á un tiempo se retiraron

ron de ambas partes todos á sus quarteles, desde quienes, habiendo dexado libre el Campo, atendian al fin de aquel duelo, de quien no solo dependia la decision particular de aquellos dos Generales, sino tambien la fortuna de ambos Exércitos. Enristró primero el Barbaro su lanza, de cuyo golpe se preservó el Macedon, inclinando algo la cabeza. Pero dando éste de espuelas al caballo, le pasó la garganta con la suya tan violenta y diestramente, que se la sacó por la nuca, derribandole en tierra, donde aun defendiendose, le hirió segunda vez con ella en el rostro: á cuyo tiempo Satibarzanes, para anticipar su fin, la tomó y ayudó para el golpe á su enemigo. Sus Tropas, las quales le habian seguido mas forzadas, que voluntarias, viendole muerto, y acordandose de la clemencia de Alexandro, se rindieron á Erigio. El Rey, aunque regocijado con este suceso, no le tenia sin alguna inquietud el rebelion de los Lacedemonios, el qual le disimuló con gran constancia, diciendo: *Que buen cuidado habian puesto en no declararse hasta haberle juzgado en lo mas interior de la India.* Pasó de alli en seguimiento de Beso, en cuyo camino le encontró Erigio, llevando delante de sí los despojos del Barbaro, como hermoso y rico ornamento de su victoria.

CAPITULO V.

PASA EL EXERCITO DE ALEXANDRO CON estraña industria el rio Oxo: Cogido Beso por medio de cierto ardid, y llevado à la presencia del Rey, le manda entregar à Oxatres, hermano de Dario, para que la haga poner en cruz.

DEspues de haber proveido en Ariobarzanes el gobierno de la Bactra, y dexado el bagaje y todo el acompañamiento con buena guarda, entró con un campo volante en los desiertos de los Sogdianos, donde el Exército marchaba solo de noche. Era grande la falta que habia (como queda dicho) de agua en aquella region, y la imposibilidad de hallarla causaba la sed aun antes

que

que la necesidad. No se descubria una gota en quatrocientos estadios de territorio, porque es tan excesivo allí en el estio el ardor del Sol, que abrasa las arenas y quema los campos, como pudiera el fuego. Demás de que elevandose ciertos vapores, causados del gran incendio de la tierra, cubren de tal suerte toda su faz, que no parecen aquellas espaciosisimas campañas sino un dilatado Mar. Podiase sin embargo caminar de noche, respecto de refrigerar los cuerpos la humedad y frescura de la mañana; pero como volvia el calor con el Sol, consumia la poca humedad, quemando, no solo las esterioridades del cuerpo, sino lo mas interior de él. Llególes á faltar, en medio de su gran sufrimiento, primero el valor, y despues la tolerancia, no pudiendo ya ni marchar, ni detenerse. Habian hecho algunos, advertidos de los naturales, prevencion de agua, la qual templó por algun tiempo su sed. Pero aumentandose el calor, volvió á encendersela de suerte, que se hallaron necesitados á darles todo el vino y azeyte que habia. Bebieron con tan gran gusto, que no prevenian que podrian volver á tener sed, y con tan grande exceso, que quedaron privados é imposibilitados de mantener las armas y de tenerse en pie; con cuyo daño se consolaron los que no tuvieron que beber. Cercaban al Rey, combatido de tantos males, sus amigos, y rogabanle que se acordase de ellos, pues sola su grandeza de ánimo podia en aquellas calamidades ser unico remedio de todo el Exército. A cuyo tiempo volviendo dos hombres, que se habian adelantado á reconocer el campo con dos odres llenos de agua para sus hijos, que se hallaban en las Tropas, previniendo su gran sed, se encontraron con el Rey: abrió al punto uno de ellos un odre, y llenando un vaso del agua que iba en él, se la ofreció. Preguntóle el Rey. *Que para quien llevaba el agua.* Y habiendo sabido que para sus hijos, se la volvió, como se la habia dado, diciendole: *Que no podia beberla, no siendo bastante para que participasen de ella todos los soldados, que se la diesen à sus hijos, pues la habian llevado para ellos.* Finalmente llegó poco antes de ponerse el Sol al rio Oxo, y respecto de no haberle podido seguir la mayor par-

parte del Exército, mandó hacer grandes fuegos sobre la cumbre de un monte, para que los que caminaban con dificultad y trabajo, supiesen que no estaban lexos del Campo; y á los que habian llegado primero, que recogiesen y llenasen de agua quantos odres y vasijas se hallasen, y que las llevasen á sus compañeros. Perdió en este parage mucho mayor número de gente que en batalla alguna, por el exceso y desorden con que bebieron. Pero él manteniendose con su coraza puesta, permaneció sin comer ni beber en el camino por donde habia de venir el Exército, ni querer tomar refresco alguno hasta que llegaron todos los que habian quedado atras, pasando toda la noche bien desasosegado y con hartas inquietudes. No tuvo mejor dia en el siguiente, faltando barcas y todo genero de material de que poder formar un puente, respecto de estar desmantelado y desierto de arbol alguno todo aquel territorio cercano al rio. Por lo qual le fue preciso distribuir, como lo executó, en los soldados gran cantidad de pellejos llenos de paja y de otros generos secos y ligeros, sobre quienes pasaron el rio, poniendese en batalla los primeros que lo hicieron, mientras les seguian los demás. De esta suerte pasó todo el Exército en seis dias; y continuado su viage, recibió nuevas de Sogdiano, que se le interrumpieron. Hallabase Spitamenes, gran confidente de Beso, colmado de honores y beneficios suyos; pero como ningunos son bastantes á domesticar la perfidia, bien que fuese menos odiosa en aquella ocasion, donde parece que todo era permitido contra el homicida de su Rey, conspiraba contra él debaxo del especioso color de la venganza de Dario, aunque no fuese la maldad de Beso la que aborrecia, sino su fortuna. En cuya conseqüencia no hubo bien sabido que Alexandro habia pasado el rio Oxo, quando comunicó su intento con Dataphernes y Catenes, para quienes no fueron necesarios grandes ruegos; y llevando consigo ocho mozos de los mas robustos, dispusieron asi su traycion. Fuese Spitamenes á Beso, y llamandole á parte, le dixo: *Que habia descubierto, que Dataphernes y Catenes conspiraban contra él para entregarle vivo á Alexandro; pero que él los habia cogido, y los tenia presos.* Quedando Beso sumamente

mamente obligado á Spitamenes; y como creia lo debia estar, le dió muchas gracias, y colérico y deseoso de la venganza, mandó que los llevasen á su presencia. Ellos, fingiendo tener las manos ligadas, se dexaron llevar por sus cómplices á ella. Donde luego que llegaron, mirandolos Beso con enfurecido y ayrado semblante, se acercaba á ellos como para despedazarlos; pero deponiendose entonces el disimulo, le rodearon, y á pesar de su resistencia le aprisionaron, le arrebataron de la cabeza la thiara, y le hicieron pedazos la real ropa de Dario, que vestía. Viendose de esta suerte Beso, cosfesó, *era castigo del Cielo*, (añadiendo) *que se conocia no habian aborrecido los Dioses à Dario, quando le vengaban asi, y quanto amaban à Alexandro, pues disponian que sus mismos enemigos contribuyesen siempre à sus victorias.* No es facil prevenir lo que hubieran executado los Bactrianos, si no les hubiesen persuadido, los que le aprisionaron, que lo hacian por orden de Alexandro; con lo qual acabaron de amedrentarlos, dexandolos dudosos é inciertos en lo que habian de hacer. Pusieronle en un caballo, y llevaronsele al Rey, el qual, mientras pasaba esto, escogió cerca de novecientos soldados, que habiendo empleado lo mejor de su vida en la milicia, se hallaban por su crecida edad imposibilitados de continuarla; mandó dar á cada uno de la Caballeria dos talentos, y trece mil dineros á cada Infante, y despues de haberles pedido se casasen, para que pudiesen sus hijos suplir su falta, les concedió licencia de volverse á sus casas. A los demás, que le prometieron servir hasta el fin de la guerra, admitió sus ofrecimientos, y les dió las gracias por ellos. Antes que llegáse Beso á su presencia, pasó á una pequeña ciudad, donde habitaban los Branchides: Esta era una familia de Mileto, á quien Xerxes, volviendo de de la Grecia, hizo pasar á Asia, por haber robado el Templo de Dydimeo en lisonja suya, en donde permanecieron. Conservan aun muchas costumbres de su patria; pero degenerando poco á poco con el curso de los años, hablaban ya un lenguaje corrupto, y compuesto del Griego y del estraño. Recibieron con grandes demostraciones de gusto á Alexandro, rindiendosele ellos y su ciu-

ciudad. Hizo el Rey traer allí á los Milesios, que estaban en su Exército, los quales tenian odio hereditario á los Branchides por su perfidia, y dexó á su discrecion el vengar la injuria, que antiguamente habian recibido, ó el perdonarlos en consideracion de ser uno mismo su origen; pero estando discordes entre sí, y no pudiendo conformarse, les dixo, *que él resolveria por sí lo que tuviese por mejor.* El dia siguiente, volviendo á su presencia los Branchides á saber lo que les ordenaba, los mandó le siguiesen, y habiendo llegado á las puertas de la ciudad, entró dentro con la Phalange, y algunas Tropas de Caballeria, á quienes se les ordenó, que luego que fuese dada la señal, saqueasen aquel abrigo de traydores, y los pasasen á todos á cuchillo, sin excepcion de alguno. Con que aquellos infelices indefensos, fueron despedazados en las calles, y en sus casas, sin que bastáse la semejanza de la lengua, los gritos, ni los ruegos á embarazar tan sangrienta crueldad. Arrasaronse enteramente los muros, porque no se ofreciese vestigio alguno de ciudad, y no solo se arrancaron los bosques sagrados, sino tambien las raices, para que aquel territorio quedáse hecho una soledad esteril é infeliz: cuyas crecidas inhumanidades, si se hubiesen executado contra los autores de la traycion, pudieran haber pasado por justificada venganza, y no por barbaridad intempestiva; pero los descendientes padecieron el castigo, que merecieron sus antecesores, aunque nunca vieron á Mileto, ni pudieron haberle entregado á Xerxes. Pasó Alexandro de allí ácia el rio Tanais, donde le llevaron á Beso, no solo aprisionado, sino desnudo. Teníale Spitamenes asido de una cadena, que traía al cuello, cuyo objeto no pudo determinarse si fue mas grato á los Barbaros, que á los Macedones. Luego que le puso en la presencia del Rey, le dixo Spitamenes: *Para vengarte á tí, y Dario* (Reyes mios) *te traygo aqui á este malvado, que quitó la vida á su dueño, habiendole aprisionado de la misma suerte que lo hizo con él. Resucite Dario; y pues fue indigno de aquel castigo, y merecedor de este consuelo, salga del Infierno á tenerle con semejante espectáculo.* Habiendo aplaudido Alexandro la accion de Spitamenes se volvió á Beso, á quien dixo: *¿Que rabia tan de tigre se apoderó de tu corazon, perfido y cruel monstruo, para darte el atrevi-*

miento de aprisionar á tu Rey, y quitar inhumanamente la vida á tu bienhechor? Pero compraste al precio de un parricido cierto el falso título de Rey. Entonces Beso, no atreviendose á disculpar su delito, respondió: *Que solo le habia tomado para entregarle el Reyno, y que si no lo hubiera hecho él, se habria apoderado otro de la Corona.* Mandó el Rey llamar á Oxatres, hermano de Dario, y le entregó á Beso, para que despues de haberle cortado las narices y las orejas, y puesto en Cruz le diesen muerte los Barbaros á tiros de saëtas, reservando el cuerpo de los paxaros, para que aun ellos no puedisen aprovecharse de sus carnes. Encargóse gustoso Oxatres de lo demás, asegurando: *Que por lo que miraba á preservarle de los paxaros, ninguno lo podia hacer mejor que Catenes*; de cuya maravillosa destreza en el manejo del arco quiso hacerle sabidor por este medio, siendo tan grande, que no discrepando el tiro del blanco donde ponia la punteria, mataba los paxaros al buelo. Y si bien esta habilidad la pudo hacer menos estimable la freqüencia con que se exercitaba, en él se tubo por tan rara, que le grangeó grande aplauso. Premió el Rey á todos los que le habian llevado á Beso, y difirió el castigo de su delito, para que le satisfaciese con su vida en el mismo lugar donde se la quitó á Dario.

CAPITULO VI.

RECIBE ALEXANDRO DEBAXO DE SU OBEdiencia muchas ciudades por medio del afecto de los Barbaros y de los Macedones: Funda á Alexandria cerca del rio Tanais, cuya ciudad se perficiona en breve tiempo.

EN el interin, habiendose derramado en los forrages algunos Macedones, fueron cargados por los vandoleros que descendieron de los montes, y siendo mas los prisioneros, que los muertos, se los llevaron consigo, volviendose á sus retiradas, en quienes estaban mas de veinte mil hombres, los quales peleaban con arcos y hondas. Pasó el Rey á sitiarlos, y hallan-

llandose de los primeros al ataque, fue herido de una flecha en el hueso de una pierna, donde le quedó la punta del hierro. Afligidos del suceso, le sacaron los Macedones del combate, pero no pudieron hacerlo tan ocultamente, que dexasen de advertirlo los Barbaros, á quienes hallandose en la eminencia del monte, no se les encubria nada de quanto pasaba. Enviaron al dia siguiente Embaxadores al Rey, el qual los hizo entrar al Campo, y quitandose las bendas, y cura de su herida, los enseñó la pierna, sin manifestarles la gravedad del daño, y habiendoles permitido que se sentasen, le aseguraron: *Que no les habia sido menos sensible á ellos la noticia de su herida, que á los mismos Macedones, y que si hubiesen podido descubrir al que tubo atrevimiento de causarsela, le habrian enviado; pues era solo de impios hacer guerra á los Dioses: Que vencidos de su incomparable valor ellos, y todos los pueblos que le seguian, se le rendian.* Habiendolos asegurado el Rey debaxo de su palabra, y recobrado los prisioneros, los admitió á su obediencia. Levantado despues el Campo, se hizo llevar en andas: hubo gran competencia entre los de la Caballeria y los de la Infanteria sobre quales lo habian de hacer. Alegaban los primeros, que les tocaba, respecto de que de ordinario combatia con ellos; y los segundos, que no sino á ellos, por estar en posesion de retirar á sus compañeros quando se hallaban heridos, quexandose de que en ocasion, que se les ofrecia conducir al Rey, se le usurpáse aquella honra. Hallóse Alexandro embarazado en la resolucion de contienda tan reñida de ambas partes, y no pudiendo complacer á los unos, sin disgustar á los otros, tomó el medio de mandar, *que lo hiciesen alternativamente.* Pasó desde alli en quatro dias á la ciudad de Maracanda, la qual tiene setenta estadios de circunvalacion, aunque el castillo no se contiene dentro de murallas algunas, respecto de ser bastantemente fuerte por naturaleza. Dexó guarnicion en la ciudad, y hizo abrasar y arruinar todos los campos. Llególe alli un Embaxador de los Scythas Abios, los quales, enmedio de haber conservado siempre su libertad desde la muerte de Cyro, venian entonces á rendirse al Imperio de Alexandro. Estaban tenidos por los mas justos entre los Barbaros. Jamás hacian guerra si no los obligaba á ella su na-

tural defensa, y la libertad que usaban con moderacion, no admitia diferencia entre grandes é inferiores. Habiendolos recibido el Rey benignamente, envió á uno de los principales de su Corte, llamado Menidas, á los Scytas de Europa, para que les intimáse no pasasen el Tanais sin su permision, para que reconociese tambien sus tierras, y juntamente los demás Scythas que habitan sobre el Bosphoro. Tenia elegido un lugar muy á proposito para fabricar una ciudad sobre el Tanais, á fin de mantener sujetos, asi á los que habia reducido á su obediencia, como á los demás de quienes queria hacerse Señor; cuyo intento atrasó la revolucion de los Sogdianos, seguida de los Bactrianos. Componianse sus fuerzas de siete mil Caballos, á quienes se habian agregado los demás; y pareciendole á Alexandro, que Spitamenes y Catenes, que fueron los que le llevaron á Beso, serian suficientes á restituir á aquel pueblo á su obediencia, los despachó á este fin. Pero mal pudieran hacerlo, siendo los autores de aquella novedad, y quienes debaxo de la falsa voz, que habian divulgado, *de que el Rey llamaba la Caballeria Bactriana*, á quien habian gobernado, *para hacer en ella un grande estrago*; les suponian, que habiendoseles cometido la execucion, la habian procurado evitar, por no incurrir en tan execrable delito contra su nacion, y porque no les era menos horrorosa la crueldad de Alexandro, que el parricidio de Beso. Con cuya noticia, amedrentados aquellos animos, bastantemente conmovidos ya, se acabaron de resolver á la guerra. Luego que el Rey supo la infidelidad de aquellos dos traydores, dió órden á Cratero para que pusiese Sitio á Ciropolis, y pasó él en persona á tomar en la misma region otra ciudad, donde luego que se dió la señal, fueron pasados á cuchillo todos los que se hallaban en edad de poder tomar armas quedando quanto en ella habia por presa del vencedor, y arrasada la ciudad, para que contubiese el exemplo de aquel castigo á los demás en su obligacion. Sin embargo los Memacenos, pueblo poderoso, se resolvieron á sufrir el Sitio, teniendole, no solo por mas honroso, sino por mas seguro. Pero el Rey, que deseaba reducirlos por medios blandos, les envió cinqüenta Caballeros para que les manifestasen la clemencia que le merecian los rendidos, y el rigor con que procedia contra

tra los pertinaces. Respondieronles, *que no dudaban de la benignidad, ni del poder de Alexandro; pero que sin embargo tratasen de retirarse, y de levantar sus murallas.* Aunque pareciendoles mejor medio el de la cautela para su alevosía, los recibieron despues cortesmente, y habiendoles dado un banquete de grande abundancia de manjares, quedando oprimidos de ellos, y rendidos al sueño, los pasaron á media noche á cuchillo. Noticicioso el Rey de tan cruel desacato, puso irritado sitio á la ciudad; pero hallandose tan bien fortificada, que no era facil rendirla á los primeros asaltos, dexó á Meleagro y á Perdicas en él, y con las tropas restantes pasó á juntarse con Cratero, que como dexamos referido sitiaba á Ciropolis. Habia resuelto perdonar á aquella ciudad en memoria de Ciro su fundador, cuyas heroycas acciones, y las de Semiramis, solo ponderaba como excesivamente superiores á todos aquellos Reyes. Pero la obstinacion de sus habitadores le irritó de suerte, que habiendo tomado la ciudad, la permitió al pillage, haciendola arrasar por los fundamentos: despues de lo qual, renovandose su justa indignacion contra los Memacenos, volvió á juntarse con Meleagro y Perdicas. Jamás se defendió plaza alguna mejor, pues demás de haber perdido Alexandro en ella sus mejores soldados, se vió en gran peligro su persona; porque habiendole alcanzado á la cabeza una piedra, despedida con gran violencia, cayó tan privado de sentido, que todo el Exército le lloró por muerto; pero su corazon, que no se rendia con quanto es capaz de abatir á los mas esforzados espíritus, desestimando la herida, apretó con tanto mayor calor en el Sitio, quanto aumentaba su natural ardor la ira que le ocasionó aquel accidente. Habiendo, pues, hecho minar el muro, se abrió una gran brecha, por donde entró en la ciudad, la qual fue puesta á saco, y arruinada por los fundamentos. Envió despues á Menedemo con tres mil Infantes, y ochocientos Caballos á Maracanda, de donde Spitamenes habia echado la guarnicion Macedona, para quedar asegurado dentro, aunque contra el dictamen de los habitadores, los quales enmedio de no aprobar su revelion, se hallaron precisados en lo exterior á mostrar, que asentian á él por no poder estorvarle. En el interin el Rey volvió á acampar sobre el Tanais, donde

de cercó de muros todo el espacio que habia ocupado su Exército, fundando alli una ciudad de setenta estadios de circunvalacion, á quien tambien puso por nombre Alexandria. Fue tan grande la diligencia que se puso en su fábrica, que en diez y siete dias quedó acabada, conociendo en su brevedad el trabajo y cuidado con que se emplearon todos á porfia á lo que estaba á su cuidado, y para su poblacion rescató de sus dueños á todos los prisioneros que habia, cuya posteridad floreció despues entre aquellas naciones, por la memoria de Alexandro.

CAPITULO VII.

NO BIEN CONVALECIDO ALEXANDRO de la herida, tiene consejo con los suyos sobre pasar la guerá los Scythas: Declara Aristando conforme al gusto del Rey los presagios, que descubre en las entrañas de las victimas: Queda Menedemo deshecho y muerto con dos mil Infantes, y trescientos Caballos Macedones; cuya rota disimula Alexandro astutamente.

PEro el Rey de los Scythas, que reynaba de la otra parte del Tanais, reconociendo que aquella ciudad edificada en aquel rio era un yugo que se imponia sobre su cerviz, envió á su hermano Carthasis con gran número de Caballeria para demolerla, y echar de alli las Tropas Macedonas. Divide el Tanais á los Bactrianos de los Scythas de la Europa, asi como á ésta de Asia. Por lo que mira á los Scythas vecinos de la Tracia, corren del Oriente al Septentrion, y no confinan con los Sarmatas, como algunos han creido, son si partes de ellos. Dilatandose despues en derechura, se juntan con los que habitan de la otra parte del Istro, y ponen fin á los terminos del Asia de la parte de los Bactrianos, que de todos los Asiaticos son los mas Septentrionales. No se ofrecen empero en todos aquellos parages sino profundas selvas y desmesurados desiertos, si bien las tierras que miran á Tanais y á la Bactra están cultivadas como las mas pobladas. Aunque no se hallaba Alexandro con intento de acometer á los Scythas, experimentando el atrevimiento con que á vista suya hacian correrias, no le pudo tolerar, enmedio de

de tenerle bien fatigado su herida, y sumamente debilitado el corto alimento que tomaba, y los crecidos dolores que padecia en la cabeza. Dabanle aun mayor cuidado que el enemigo, la gran concurrencia de contratiempos que se le ofrecian. La revolucion de los Sagdianos y la de los Bactrianos, el desacato de los Scythas, y el estado en que se hallaba, el qual no le permitia mantenerse en pie, ni ponerse á caballo, hablar á sus Tropas, ni dar las ordenes necesarias. Por cuyo interno y externo impedimento, *se quexaba de los Dioses, lamentandose de verse en un lecho imposibilitado de poder obrar con el ardor y diligencia, que no se habia defendido otro alguno hasta entonces, y expuesto á peligrar en el concepto de sus mismos soldados, y á que atribuyesen estos á ficcion suya su dolencia.* Por lo qual, aunque habia dexado de consultar á los Adivinos despues de haber derrotado á Dario, volvió nuevamente á aquellas supersticiones llenas todas de imposturas. Ordenó, pues, á Aristrando, de cuya ciencia hacia grande aprecio, que inquiriese por medio de los sacrificios el suceso y fin de sus empresas. Era costumbre de los Adivinos exâminar las entrañas de los animales en parte donde no se hallase el Rey, á quien participaban despues, segun lo que habian observado, el presagio que denotaban. En cuyo interin llamó á su Tienda á Ephestion, á Cratero y á Erigio, con las guardas de su persona, y habiendoles hecho sentar muy cerca de sí, para no necesitar de levantar la voz, y exponerse con la fuerza á que se le volviese á abrir la llaga, les habló en estos términos: *La coyuntura presente no puede ser mas contraria á mis intereses, ni mas favorable á los de mis enemigos; pero todo cede á la necesidad, mayormente en la guerra, donde no siempre corresponden las ocasiones á la solicitud y deseo con que se apetecen. Los Bactrianos han sacudido el yugo, que volviamos á imponerles, pretendiendo á agenas expensas y peligro, y sin riesgo proprio, hacer prueba de nuestro valor. No es dudable, que si dexamos los Scythas, que voluntariamente nos acometen por volver contra los rebeldes, que nos despreciarán unos y otros. Pero tampoco lo es, que si pasamos el Tanais, y con la ruina de aquellos nos mostramos invencibles, que hallamos vencedores franco el paso á la Europa.*

Sien-

Siendo cierto, que qualquiera que mide los términos de nuestra gloria con el espacio que hemos de correr, se engaña, pues solo un rio se nos ofrece por impedimento, vencido el qual, se dilatarán nuestras armas por toda la Europa. ¿Tan corta gloria os parece que nos resultará de levantar nuestros trofeos, como en otro mundo, mientras sujetamos el Asia, y unir en brevísimo espacio por medio de una sola victoria lo que la naturaleza separó con tan dilatada distancia? Pero por corto que sea el tiempo que nos detuvieremos, nos hallaremos con los Scythas sobre nosotros. ¿Somos por ventura solos los que podemos pasar los rios. Nuestros mismos artificios, y las industriosas invenciones de que tan dichosamente nos hemos valido hasta aqui, se convertirán contra nosotros; porque la misma guerra enseña aun á los vencidos el arte de la guerra. No ha mucho que pudieron observar el medio de los odres de que nos valimos para pasar el rio; y quando los Scythas no acierten á usar de él, los Bactrianos se lo enseñarán: fuera de que si hasta aqui se hallan solo con un Exército, esperan en breve otros. Con que juzgando evitar la guerra, la atraeremos á nosotros, y en vez de hacerla ahora, como podemos á satisfaccion y gusto nuestro, nos la harán entonces á pesar, y no sin perjuicio nuestro. Esto es tan cierto, que no admite réplica. Lo que si solo dudo es, que los Macedones me permitan, que obre como acostumbro por mi, porque despues de mi herida no he podido caminar á pie, ni á caballo; pero si quereis seguirme, veisme aqui sano, y con el vigor que basta para tolerar las fatigas de esta empresa, en la qual, si muriere, ¿dónde, ni en qué ocasion lo podré hacer con mayor gloria? Habiendo expresado este razonamiento con voz tan débil y decadente, que aun los que se hallaron cerca, no sin dificultad pudieron entenderle, procuraron todos disuadirle de su intento, y con especialidad Erigio, el qual no pubiendo reducirle por medio de su autoridad, procuró hacerlo por el de la supersticion, que era la que unicamente le contenia en algun recelo, diciendole, *que aun á los mismos Dioses desagradaba su empresa, y que corria gran peligro si pasaba el rio; pues le habia asegurado Aristandro,* (á quien encontró en la Tienda del Rey) *que las señales de las victimas eran poco fa-*

favorables. Turbado, y colerico Alexandro al oirle, no menos que del mal anuncio, de que se hubiese descubierto la supersticion que habia tenido con tan gran secreto, le hizo callar al punto, y llamar á Aristandro, á quien dixo: *Suponed, que no soy vuestro Rey, sino solo una persona particular: ¿por qué habeis revelado á otro que á mi, lo que anunciaba el sacrificio, que os pedí hicieseis? Vos habeis participado á Erigio lo que con mayor secreto tenia. Si bien no me porsuado á que sea lo que él me ha dicho lo que vos le habeis revelado, sino lo que segun su miedo ha interpretado de las victimas. Por tanto os intimo con todo el poder y autoridad que tengo en vos, que me declareis quanto al presente habeis reconocido en las entrañas de los animales, para que no podais negar nada de lo que habeis dicho.* Quedó Aristandro tan confuso, y embargado del temor, que le faltó la voz, la qual se la recobró el que nuevamente le hizo concebir el riesgo, que le pudiera causar la dilacion de su respuesta. Y asi le dixo: *Es cierto, Señor, que declararé, segun mi juicio, que te empeñabas en una empresa peligrosa, pero no sin fruto. Asegurote, que no me dan tanto cuidado las señales que por mi ciencia he reconocido, como los temores en que mi amor me pone. Veo mal asegurada tu salud, y considero quantas vidas están pendientes de la tuya; y para decirlo de una vez recelo que es mas tu valor, que son tus fuerzas.* Entonces el Rey le mandó que volviese á sacrificar, diciendole: *Que confiáse en su buena fortuna, y se aseguráse de que los Dioses no habian limitado su gloria á la conquista del Asia.* Tratando poco despues del modo de pasar el Tanais, volvió Aristandro, y le aseguró: *Que nunca habia visto señales tan favorables: Que eran bien diversas de las antecedentes, las quales á la verdad le habian dado que temer, pero que en estas no tenia mas que desear.* Sin embargo las noticias que recibió poco despues, interrumpieron el curso de sus continuadas prosperidades. Dexamos referido, que habia enviado á Menedemo, para que sitiáse á Spitamenes, autor de la revolucion de los Bactrianos: este, pues, noticioso de su jornada, le pareció mas conveniente, que esperarle dentro de sus murallas, disponerle una emboscada en el mismo camino por donde habia de pasar; con cuyo fin eligió un territorio cubierto todo

de bosques, y como tal muy á proposito para el intento. Hizo ocultar en él á los Dahos, los quales acostumbran montar bien armados, dos en un caballo, y arrojarse á tierra enmedio de la refriega con tan admirable disposicion, unas veces unos, y otras otros, que rompen los mas vigorosos Esquadrones, respecto de ser su ligereza igual á la de los caballos. Habiendoles mandado Spitamenes que cercasen el bosque, se ofrecieron improvisamente al enemigo por los costados, por el flanco y por la espalda. Menedemo, aunque se vió rodeado por todas partes, y con inferior número de Tropas, resistió largo tiempo, diciendo á grandes voces: *Que pues se hallaban asaltados, y empeñados en aquellos lugares, no les quedaba otro recurso que el de morir como hombres de valor, y el de vender bien sus vidas.* Iba en un generoso caballo, en el qual entraba y salia muchas veces á toda rienda por enmedio de los enemigos, en quienes hizo considerable mortandad; pero cargando todos en él, y faltandole la sangre, por la mucha que habia derramado de las inumerables heridas que recibió, pidió á uno de sus amigos, cuyo nombre era Hipsides, que se pusiese en su caballo, y se salváse; diciendo esto cayó en tierra muerto. Pudo Hipsides retirarse facilmente; pero habiendo perdido á su amigo, quiso antes morir con él vengandole, que librarse con la nota de no haberlo hecho; y asi cayó oprimido de las continuadas heridas que recibio despues de pelear valerosamente. A vista de lo qual, ganaron los que habian quedado de la rota, una pequeña eminencia, donde fueron acometidos del enemigo, y oprimidos de hambre, la qual les obligó á que se rindiesen. Perdió Alexandro en este reencuentro dos mil Infantes, y trescientos Caballos, si bien dispuso con su prudencia que estubiese oculta la noticia de este contratiempo, á cuyo fin prohibió con pena de la vida á los que volvieron de padecerle, que le revelasen.

CA-

CAPITULO VIII.

MIENTRAS SE DISPONE EL EXERCITO para la guerra, llegan Embaxadores de los Scytas, los quales hacen una admirable oracion á Alexandro sobre la paz.

SIn embargo, no pudiendo Alexandro subsistir mas tiempo en la disimulacion de su cuidadoso sentimiento, se retiró á la Tienda, que habia mandado disponer á orilla del rio, donde se mantuvo solo, pensativo y desvelado en lo que debia resolver. Levantaba á todas horas las cubiertas de su pavellon para divisar los fuegos de los enemigos, por si podia reconocer por ellos el número de que se componia su Exército. Luego que rompió el dia echó mano de sus Corozas, y se permitió á la vista de sus soldados, que hasta entonces habian estado privados de ella desde su ultima herida. Era tan grande la veneracion que le tenian, y tal la confianza que hacian de su invencible valor, que con su presencia perdieron todos sus temores, acreditando su gozo en las lagrimas que arrojaba á sus ojos el mismo gusto. Llegaban todos á besarle la mano, y á mostrarle con animosidad y brio al enemigo, contra quien poco antes habian medrosamente rehusado ir. Dixoles Alexandro, *que haria pasar su Caballeria y Phalange en barcas, y en odres á los que iban armados á la ligera.* Ni el estado presente de las cosas, ni el de su indisposicion permitia mas dilatado razonamiento. Trabajaron los soldados con tan gran vigilancia y presteza en las barcas, que en tres dias tubieron hechas doce mil. Hallabase todo dispuesto para pasar el rio, quando llegaron al Campo á caballo veinte Embaxadores de los Scythas, segun su estilo, pidiendo se les permitiese hablar al Rey. Habiendolos hecho entrar Alexandro en su Tienda, los mandó sentar: hicieronlo asi, manteniendose algun tiempo sin quitarle los ojos, ni articular palabra; suspension que sin duda se la causaria, á lo que guzgo, el que regulando ellos, segun acostumbran, por la disposicion del rostro, y gentileza del cuerpo la grandeza del ánimo, hallarian, que no

correspondia la mediana estatura de Alexandro á lo que de su invencible valor publicaba la fama. Sin embargo, es preciso conceder, que los Scythas son menos rudos y groseros, que los demas Barbaros: pues se refiere, que entre ellos hubo algunos que profesaron las letras, en aquella manera, que es permitido á la capacidad de los que siguen siempre el manejo y uso de las armas. Conservannos hasta hoy las Historias la oracion que hicieron á Alexandro, la qual, aunque no dudo que parezca estraña, y poco conforme á la elegancia de la locucion, que se practica en siglo tan culto, donde está delicadisimo el gusto de los ingenios, y que como tal se desprecie, tan poco, que sea grata la puntualidad que observamos en la Historia, la qual nos obliga á referir los sucesos, sin alterar algunos, conforme los hallamos. Lo que sabemos, pues, es, que el mas anciano de ellos habló á Alexandro en esta substancia: „Si la voluntad de los Dioses te hubie„se concedido la estatura del cuerpo correspondiente á tu „desmesurada ambicion, toda la redondéz del Universo se„ria estrecho ambito para la magnanimidad de tu corazon; „tocarias con una mano el Oriente, dilatarias la otra al Oc„cidente, y pretenderias tambien seguir el curso del Sol „hasta averiguar adonde se oculta ó se apaga su hermoso es„plendor, sin que se saciáse nunca tu inmoderacion de as„pirar á quanto no te es posible conseguir. Pasaste de la Eu„ropa al Asia, y del Asia á la Europa, desde donde despues „de haber reducido á tu obediencia á todo el Mundo, harás „guerra á los rios, á los bosques, y las fieras; ¿pero qué, „ignoras que los mas corpulentos arboles, los quales han „necesitado de largo tiempo para su aumento, están expues„tos al riesgo de verse instantaneamente derribados, y ar„rancados de raíz? No es prudencia atender solo al fruto que „producen, sin considerar su elevacion, y el peligro de su „caida. Advierte, que si pretendes penetrar hasta lo mas en„cumbrado, será muy posible que te enredes entre las ul„timas ramas, y caygas en ellas. El Leon, aunque fuerte y „generoso, sirve tal vez de alimento á los menores paxaros; „y el hierro, en medio de su dureza, de ordinario se vé con„sumido por el orin: finalmente, nada hay en la naturaleza, „que no pueda menoscabarse por lo mas débil, y al pare„cer

„cer menos vigoroso. ¿Por ventura, nosotros, qué tenemos „contigo? Nunca hemos puesto los pies en tus Dominios. „¿Es acaso culpa de los que viven en los bosques, ignorar „quién seas, y de dónde vengas? Nosotros, ni pretendemos „obedecer, ni mandar á nadie: y para que entiendas quales „son los Scythas, sabe, que hemos recibido del Cielo, como „rio presente, una yunta de bueyes, una flecha, una lanza y „una taza; esto es de lo que usamos, con lo que servimos á „nuestros amigos, y de lo que nos valemos contra nuestros „enemigos. Del trigo, que adquirimos por medio de la fa„tiga de los bueyes, hacemos participes á nuestros amigos; „de la taza nos servimos para sacrificar en ella el vino á los „Dioses; de la flecha, para dispararla de lexos contra nues„tros enemigos; y de la lanza, para herirlos de cerca. Con „estos instrumentos vencimos primero al Rey de Syria, des„pues al de Persia y á los Medos, y nos abrimos el camino „para Egypto. ¿Mas tú, que blasonas de venir á extermi„nar los salteadores, no conoces que eres el mayor ladron „del Mundo? Robaste y saqueaste todas las naciones que „venciste: apoderastete de Lidia: invadiste á Syria, á Per„sia y á Bactra: penetraste hasta la India, y vienes ahora „aqui á hurtarnos nuestros ganados; porque no pareciendo„te hermosas tus manos, sino quando están llenas, buscas „siempre nuevas presas. ¿Qué has de hacer de tan inmensas „riquezas, las quales solo sirven de aumentar tu sed? Tú eres „el primero que ha hecho carestia de la abundancia; como „si quanto posees no fuese poderoso incentivo para obligar„te á desear con mayor vehemencia, lo que no tienes. ¿No „adviertes el tiempo que há que te detienen los Bactrianos? „Mientras tú los sujetas, se revelarán los Sogdianos, y no „sacarás otro fruto de la victoria, que el de una semilla pa„ra nueva guerra; porque supongo, que seas el mayor, „y mas poderoso Principe del Mundo; ¿tan facil te pare„ce que es el querer admitir por Señor á un extraño? Pa„sarás el Tanais, y reconocerás solamente toda la exten„sion de nuestras campañas, desearás entonces seguir á los „Scythas; pero desengañate desde ahora, de que lo consi„gas: porque nuestra pobreza será siempre mas agil que tu „Exército, cargado de los despojos de tantas naciones; y

„quan-

„ quando mas distantes nos juzgues, nos hallarás dentro de
„ tus mismos alojamientos, pues con la misma velocidad
„ que huimos de los enemigos, cargamos en ellos. Tengo
„ entendido, que entre los Griegos pasan por proverbio los
„ desiertos de los Scytas. Es cierto, que estimamos mas estos,
„ y nuestros incultos lugares, que vuestras grandes ciudades,
„ y fertiles campañas. ¿Quieres observar un saludable conse-
„ jo, que en la coyuntura presente es el mejor que puedo
„ darte? Pues advierte, que es la fortuna deleznable: tenla
„ bien asida, porque no te se huya; que aun asi no podrás
„ detenerla, si gusta de dexarte; ó á lo menos ponla freno
„ para que puedas regirla mejor. Es comun sentir de los
„ nuestros, que la fortuna no tiene pies, sino manos y alas,
„ y que quando franquea aquellas, no permite que se la lle-
„ gue á tocar en éstas. Finalmente, si eres Dios, debes con
„ generosa liberalidad dilatar en los mortales los beneficios,
„ y no usurparles los que gozan; y si eres hombre, tener
„ siempre presente tu humana naturaleza; porque es gran
„ delirio pensar solo en lo que nos abstrahe de la memoria
„ de nuestro sér. Los que dexáres en paz, te serán fieles ami-
„ gos; y porque las mas firmes amistades las concilia la igual-
„ dad de las personas; y esta juzgan la tienen entre sí los
„ que no han llegado á medir sus fuerzas; pero no te per-
„ suadas á que te sean afectos los que quedaren vencidos, pues
„ nunca hay amistad entre el Señor y el esclavo; el qual, en
„ el mayor sosiego de la paz, conserva siempre reciente la
„ memoria de la guerra, á quien mira como medio unico de
„ sacudir el aspero yugo de su servidumbre. En quanto á la
„ seguridad de nuestra alianza contigo, no es estilo, que
„ practicamos los Scytas, el ofrecerla por medio del jura-
„ mento, porque no conocemos otro, que el de guardarla con
„ firmeza, sin necesitar para ello de jurarla. Quedense para
„ los Griegos estos resguardos, las solemnidades de firmar
„ sus contratos, y de llamar á los Dioses por testigos de sus
„ promesas; que nosotros solo fundamos nuestra religion en
„ la observancia de nuestra buena fé, persuadidos á que no
„ hará escrupulo de burlar á los Dioses, quien no se aver-
„ gonzáre de faltar á su palabra á los hombres, y á que tú
„ no necesitas de amigos, cuya fidelidad te sea sospechosa.

„ Que-

„Quedarémos, pues, por guardas tuyas de la Europa y „del Asia; cuyo cuidado, ¿de quién mejor le puede fiar, „que de los que te somos vecinos, asi por lo que mira á „Macedonia, con quien se dice que confina la Tracia, has„ta donde nos dilatamos, como á Bactra, de quien solo nos „separa la extension del Tanais? Resuelve, pues, lo que „tubieres por mejor, ó elegirnos por amigos, ó declarar„nos por enemigos.“

CAPITULO IX.

HABIENDO DESPEDIDO EL REY A LOS Embaxadores, pasa el Tanais: Hace guerra á los Scythas, y trata benignamente á los vencidos.

TAl fue la oracion del Barbaro, á quien Alexandro respondió en breves palabras: *Que él se valdria de su fortuna, y de su consejo; de aquella, para continuar en la misma confianza, que lo habia hecho siempre; y de éste, para no emprender nunca temeridad alguna.* Y habiendolos despedido, hizo entrar á su Exército en las barcas dispuestas, y poner en las proas de rodillas á los soldados que iban armados con escudos, para que se preservasen mejor de los tiros de las flechas, y detras de ellos en pie á los que tenian el cuidado de las máquinas, cubiertos por delante y por los lados de soldados, prevenidos de todas armas. Los demás que seguian las máquinas llevaban escudos sobre las cabezas, unidos unos con otros, con quienes defendian á los remeros, armados de coseletes. Observaron el mismo orden las demás barcas que conducian la gente de á caballo, cuya mayor parte llevaban por la popa de las riendas los caballos, que pasaban nadando, y las barcas á su abrigo, á los que iban sobre los odres llenos de paja. Fue el Rey el primero que partió con el suyo, asistido de una Tropa escogida, á tomar la ribera contraria; la qual defendian los Scythas con su Caballería, dispuesta en tan buena forma, que no pudo tomarla. Causó á los Macedones mayor terror, que el formidable aspecto de tan poderoso Exército, como el que se les ofreció en orden de batalla sobre la ribera, el riesgo en que se hallaron enmedio del rio; porque car-

cargando los impetuosos embates de la corriente en los costados de las barcas, impedian á los que las gobernaban el que lo pudiesen hacer, y derrivaban á los soldados; los quales, asiendose de todo por no caer al agua, estorvaban el uso de los remos, en cuya desorden y confusion mal podian disparar los dardos los que atendian mas que á combatir á no zozobrar. Todo su remedio le debieron á las máquinas; las quales arrojaron de sí tan gran cantidad de piedras, que hicieron retroceder á buen paso á los que tanto se habian adelantado. Sin embargo fue tal la inundacion de flechas que dispararon los Barbaros en las barcas, que apenas hubo escudo, que no le dexasen reducido á menudos pedazos; pero luego que los Macedones empezaron á tomar tierra, puéstos á un tiempo en pie los que iban resguardados de los escudos, y disparando con mas firmeza y libertad sus dardos, ninguno dexó de hacer efecto en los enemigos, contra quienes luego que los vieron en desorden, y que retiraban sus caballos, saltando en tierra con imponderable gusto, cargaron con sumo ímpetu y ardor, unos y otros; en cuya retirada, hallandose pronta la Caballeria, los siguió hasta acabar de romperlos, mientras que los demás, cubiertos de los Esquadrones, y de los que combatian, se dispusieron á hacerlo de refresco. Suplía el Rey con su vigoroso espiritu la falta de sus fuerzas: no se le podian percibir las voces con que animaba á los soldados, por la debilidad á que le tenian reducido la molestia de la herida, que aun conservaba abierta; pero veían todos el valor con que combatia, cuyo exemplo estimulaba de suerte á los soldados, que haciendo ellos mismos el oficio de los Cabos, se animaban unos á otros, y se arrojaban enmedio de los enemigos. No pudiendo ya resistir mas tiempo los Barbaros los valerosos esfuerzos de los Macedones, su presencia, ni sus gritos, habiendo enfrenado sus caballos, (por ser toda su gente de Caballeria) se entregaron á rienda suelta á la fuga. Y si bien el Rey no se hallaba en estado de fatigarse mucho, no dexó de seguirlos por espacio de ochenta estadios, hasta que faltandole las fuerzas, ordenó á los suyos, que continuasen el alcance, en quanto duráse el dia, y se retiró á su alojamiento, para lograr algun descanso, y esperar á sus Tropas: las quales habian pasado mas allá de los límites de Bacho,

á quienes representan ciertas piedras crecidas, á distancia unas de otras, y algunos arboles de gran magnitud, cuyos troncos estaban cubiertos de yedra; habiendolos alexado tanto el ardor y ansia de alcanzarlos, que no volvieron hasta mediada la noche al Campo, despues de haber muerto infinitos enemigos, y hecho á muchos mas prisioneros, y una presa de mil y ochocientos Caballos, sin haber tenido mas pérdida en aquel combate, que la de sesenta Caballos, y cien Infantes, ni haber pasado de mil los heridos. La fama de esta expedicion y de victoria tan oportuna acabó de asegurar en la obediencia de Alexandro el Asia, y de sosegar las inquietudes y alteraciones, que en la mayor parte de ella se habian suscitado; porque si hasta antes de su rota estaban en concepto de invencibles los Scythas, ya confesaban despues de ella todos, que no habia nacion que no debiese ceder á los Macedones, como lo dieron á entender los Saces en la demostracion de despachar Embaxadores al Rey, ofreciendole su obediencia, movidos mas que de su valor, de la clemencia que usó con los Scythas, cuyos prisioneros restituyó sin rescate alguno: mostrando con esta accion, que solo habia combatido con nacion tan belicosa por emulacion de gloria, y no por odio, que la tubiese. Recibió, pues, con gran benignidad á los Embaxadores de los Saces, y nombró á Excipino para que los acompañáse; el qual por su florida edad y hermosura, habia grangeado la gracia del Rey, con no menor valimiento, que Ephestion, á quien aunque era igual en la disposicion y belleza del cuerpo, no en la gracia y viveza del espíritu. Y habiendo ordenado á Cratero, *que le siguiese á cortas jornadas con la mayor parte de sus Tropas*, llegó á la ciudad de Maracanda, de donde advertido de su venida Spitamenes, habia salido fugitivo para Bactra. Desde ella llegó en quatro dias de camino al parage en que Menedemo habia perdido los dos mil Infantes y tres mil Caballos, como dexamos referido, á quienes mandó dar sepultura, y que se les hiciesen sus exequias. Habiase juntado ya Cratero, en cumplimento del orden que tenia, con Alexandro; el qual, deseoso que tubiesen todos parte en el castigo, pues la habian tenido en el revelion, se-

paró sus Tropas, y mandó talar la provincia, y pasar á cuchillo á todos los que se hallasen en edad de poder tomar las armas.

CAPITULO X.

VALOR INVENCIBLE DE LOS NOBLES Sogdianos: Castigo de Beso: El Exército de Alexandro reforzado de nuevas Tropas.

HAllase la mayor parte de la Region Sogdiana desierta, cuya extension, compuesta toda de vastas soledades, es de ochocientos estadios: dilátase en derechura por un gran territorio, á quien baña un rio, llamado por los naturales *Polytimeto*. La estrechez de su canal es causa de la rapidez con que corre, hasta que á alguna distancia se oculta debaxo de tierra, sin que dé mas señas de su curso, que los que ofrece el ruido de sus aguas; porque en la tierra, debaxo de quien pasa, no se reconoce, enmedio de ser tan caudaloso, gota alguna de agua, ni de la menor humedad. Fueron llevados al Rey treinta mancebos, de los mayores Señores de aquella region, que se hallaron entre los prisioneros, de gentil estatura y admirable disposicion; los quales, sabiendo que los conducian al suplicio por orden de Alexandro; manifestaron en alegres canciones y en danzas y otras demostraciones festivas su gran rogocijo. Del qual admirado el Rey al ver que celebrasen con aquel valor y gusto su próximo fin, mandó que los volviesen á su presencia, donde les preguntó por la causa de él, quando tenian tan cercana su muerte. Respondieronle: *Que asi como les seria ésta muy sensible por orden de otro, que no fuese él, solemnizaban con gran gusto suyo volverse á sus antecesores, por la de un Rey vencedor de todas las naciones, con muerte tan gloriosa y digna de que la apeteciesen los hombres de mayor valor.* Admirado el Rey de aquella grandeza de ánimo, les preguntó: *¿Si querian la vida, con calidad, de que no habian de ser mas sus enemigos*: A que le respondieron: *Que nunca lo habian sido pues si le*

le habian acometido, solo fue por defenderse. Y que si como usó de la violencia para ganarlos, se hubiese valido de blandura, no habrian permitido que les fuese superior en la cortesanía. Preguntóle por último: ¿*Qué prenda le daban de su fidelidad?* Y ellos le dixeron: *Que ninguna mas, que la misma vida, que recibian de su benignidad, la qual tendria siempre pronta y dispuesta para quando se la volviese á pedir*; cuya palabra cumplieron tan exàctamente, que los que se volvieron á sus casas, mantuvieron en inmutable obediencia sus pueblos; y quatro que puso en la guarda de su persona, le conservaron tan gran fidelidad y amor como qualquiera de los Macedones. Habiendo, pues, dexado en aquella region á Peucolao con tres mil Infantes, por no ser necesarias alli mayores fuerzas, pasó á Bactra, de donde hizo llevar á Beso á Ecbatana, para que se le diese el último castigo, que merecia su delito. Casi por el ultimo tiempo le llevaron Ptolomeo y Menidas tres mil Infantes y mil Caballos, que habian levantado á sueldo suyo, á quienes se juntaron con tres mil Infantes, y quinientos Caballos, que tambien llevó de Licia cierto Alexandro, y igual número de Syria, debaxo del mando de Asclepiodoro, sin ocho mil Griegos, que habia enviado Antipatro, entre quienes iban quinientos Caballos. Con tan considerable refuerzo marchó á sosegar las inquietudes y desórdenes de las provincias sublevadas, en quienes habiendo hecho dar muerte á los autores de los rebeliones, llegó en quatro dias al rio Oxo; cuyas aguas corren siempre tan turbias y dañosas, que son incapaces de beberse, respecto de la gran porcion de cieno que llevan. Por lo qual se dedicaron los soldados á abrir pozos, aunque sin haber podido hallar, por mas que habian ahondado, agua alguna, quando se descubrió en la Tienda del Rey una fuente; la qual, por no haberse reconocido al principio, se divulgó se habia aparecido repentinamente; cuya voz le disgustó á Alexandro, ni tampoco que se creyese habia sido favor de los Dioses. Pasó despues los rios Ocho y Oxo, y llegó á la ciudad de Marginia, en cuyas cercanias eligió cómodo sitio para fundar seis ciudades, dos ácia el Medio-dia y quatro ácia el Oriente, á corta dis-

tancia unas de otras, para que pudiesen mas facilmente ser entre sí socorridas. Levantabanse sobre altas colinas, y servian entonces de freno á aquellos pueblos nuevamente conquistados, si bien el dia de hoy, olvidados de su origen, obedecen á los que mandaron.

CAPITULO XI.

OBLIGA ALEXANDRO A LA CIUDAD de Piedra á que se rinda, enmedio de ser por su situacion sumamente fuerte y casi inexpugnable.

HAbiendo pacificado Alexandro la mayor parte de aquella region, no le quedaba por reducir mas que una gran peña, que mantenia Arimaces Sogdiano con treinta mil hombres de guerra, y municiones para dos años. Contenia aquel lugar treinta estadios de altura, y ciento y cinqüenta de circuito. Ofreciase por todas partes desgajada y rota, sin que pudiese penetrarse su altura sino por una senda muy estrecha y quebrada. Enmedio de la qual habia una gruta, cuya entrada era muy estrecha y obscura, aunque quanto mas dentro se llegaba, tanto mas se iban ensanchando hasta lo ultimo de ella, donde se ofrecian muy grandes reductos, de quienes salian infinitas fuentes, cuyas aguas todas acumuladas formaban un rio, que corria por entre las rocas. El Rey habiendo conocido la dificultad del lugar, estubo en resolucion de dexarle; pero deseoso despues de superar aun las de la naturaleza, la qual parece le habia fortificado contra las fuerzas y poder de los hombres, mudó de dictamen: si bien antes de empeñarse en aquel sitio, envió á Cophas, hijo de Artabazo, á los Barbaros, para persuadirles á que se rindiesen; á cuya instancia respondió Arimaces, confiado en su fortaleza, con gran arrogancia, preguntando por último, *si Alexandro, que lo podia todo, podia tambien volarla.* Con lo qual quedó tan irritado el Rey, que sin dilacion alguna juntó sus Cabos, para ponderarles *la insolencia con que el Barbaro se burlaba de ellos, dandoles* á

á entender, que no tenian alas; pero que bien apriesa le haria conocer, que los Macedones quando querian se transformaban en páxaros: para cuyo fin, dió orden de que se escogiesen trescientos hombres de los mas robustos y ágiles de sus Tropas, y que fuesen, si pudiese ser, Montañeses, que en otras ocasiones las hubiesen conducido de ganado por lugares ásperos. Luego que los traxeron á su presencia con todas las calidades que los habia pedido, les dixo despues de haberlos reconocido uno á uno: *Con vosotros, ó valerosos jóvenes, compañeros mios, rendí las plazas, que hasta entonces habian tenido por impenetrables todos: penetré los montes, á quienes cubren continuamente las nieves, pasé los rios, corté los estrechos de Cilicia, resistí el insoportable frio de la India. Conoceisme, y conozcoos. Esa peña que veis no tiene mas que una entrada, la qual guardan los Bárbaros, descuidando en lo demás. No tienen centinela alguna, sino por la parte que mira á nuestro Campo. No dudo, que si os aplicais cuidadosamente á buscar alguna senda, por quien se pueda penetrar á la altura de la peña, que la halleis, pues no ha producido la naturaleza nada tan inaccesible, que no pueda vencerlo el valor y virtud de los hombres. Inventando una empresa, de quien los demas desesperaron, quedarémos señores del Asia. Penetrad animosamente á la cima, y hacedme desde ella, luego que la hubiereis ganado, señal con un lienzo blanco, que yo os prometo no dexar de atraer á mí al enemigo con mis Tropas, desembarazandoos de él. Al primero que llegare á la alto de la peña, ofrezco por premio de esta accion diez talentos, uno menos al segundo, y á esta proporcion á los demás, hasta el décimo. Espero, que mas que el interés, os animará la honra y el deseo de darme gusto.* Oyeron al Rey con tan grande animosidad, que ya se suponian sobre la peña, y despedidos de él, se previnieron de muchas cuñas de hierro para fixarlas en las piedras, de muchas evillas, y de muy gruesos cordeles. Y habiendo cercado el Rey el monte con ellos, les dió orden de entrar á la segunda vigilia de la noche, por la parte que parecia menos áspera, pidiendo á los Dioses los conduxesen felizmente. Proveyeronse de víveres para dos dias, y no llevando mas armas que su espa-

pada y lanza, empezaron á subir. Haciendo al principio por sus pies; pero quando era necesario trepar, se asian unos de las piedras, que alcanzaban, y subian por sí mismos, otros por las cuñas de hierro, que fixaban en forma de escalones, y otros sostenidos de las cuerdas, que les echaban los primeros, ó de las que arrojadas por ellos solian asirse en algun risco; en cuyo penoso trabajo gastaron el dia entre el susto y la fatiga. Quedabales empero que vencer lo mas áspero, y no parecia sino que quanto mas penetraban por llegar á su altura, tanto mas crecia; á cuyo desconsuelo se les llegaba el horrible expectáculo de los compañeros, que se precipitaban, y la consideracion de lo expuestos que estaban á padecer el mismo riesgo. Sin embargo, cediendo todas las dificultades á su animosidad, ganaron la cumbre de la peña; pero tan rendidos de la fatiga, que embargados del sueño á que ayudaba la noche, se echaron por aquel áspero suelo, depuesto el cuidado del peligro en que estaban, y sin que despertasen de aquel profundo sueño hasta el dia siguiente, que dilatando la vista por todas partes, sin poder descubrir el lugar adonde se ocultaba tan numerosa gente, vieron por último el humo que salia de la gruta donde estaban los enemigos: con lo qual, habiendo hecho la señal, conforme se lo habia ordenado el Rey, y reuniendose, hallaron treinta y dos menos, que habian muerto al subir. El Rey, en quien no era menor que el deseo de obtener aquella empresa, el cuidado en que estaba del suceso de aquellos mancebos, á quienes habia expuesto á tan conocido riesgo, se mantuvo todo el dia en pie, sin quitar la vista de la peña, y sin haber querido retirarse á descansar, hasta que fue muy de noche. Fue el primero, que á la mañana del dia siguiente alcanzó á ver la señal; y si bien no acababa de asegurarse de ella, receloso de que no se equivocasen sus ojos, y fuese aquella blancura que veia efecto de la claridad, que causaba el alva en el nacimiento del dia, y no la que deseaba, aumentada la luz de éste, acabó de confirmarse en ella: con lo qual, habiendo mandado llamar á Cophas, que era de quien se habia valido para averiguar la voluntad de los Barbaros, le envió nuevamente para que los exhortáse á que mirasen me-

mejor lo que resolvian ; y para que en caso de que los halláse obstinados , les mostrase á los que tenian á sus espaldas sobre la cumbre. Hizo Cophas lo que pudo por reducir á Arimaces á que se rindiese , representandole , *que obligaria al Rey si desistia de detenerle en la expugnacion de una peña , atrasando la prosecucion de las grandes empresas que le llamaban* , pero el Barbaro se hallaba tanto mas lexos de persuadirse á sus instancias , quanto le respondió con palabras de mayor aspereza y sobervia , intimandole , que se volviese. Entonces Cophas , tomandole de la mano , le pidió , que saliese con él fuera de la gruta , y habiendolo hecho el Barbaro , y mostrandole á los Macedones alojados en la cumbre , le dixo , burlandose con razon de su orgullo , *que los soldados de Alexandro tenian alas* ; á cuyo tiempo, resonando por todas partes las Tropas del Campo de los Macedones , y los gritos , que en testimonio de su alegria y de la seguridad de la victoria , esparcia por todo el Exército , accidentes , que aunque tan vanos por sí , todos como muchos que suceden en la guerra , amedrentaron de suerte á los Barbaros , que los enagenaron de la razon , para que sin considerar en el corto número de los que ocupaban la eminencia , llamasen inmediatamente á Cophas , que los habia puesto en aquel terror , y despachasen en su compañia treinta personas de las mas principales de entre ellos , para que ofreciesen la peña con calidad de que les asegurasen las vidas. Y si bien el Rey no dexaba de hallarse receloso de que los Barbaros , reconociendo el corto número de los suyos , les precipitasen de la cumbre , confiado por una parte en su fortuna y irritado por otra del atrevimiento de Arimaces , reusó concederles condicion alguna. A vista de cuya resolucion , desesperando Arimaces de sus cosas mas de lo que pedia el estado de ellas , descendió con sus parientes y la principal nobleza de su gente al Campo de Alexandro , el qual los hizo azotar con varas , y despues poner en cruz al pie de la peña. La muchedumbre de los rendidos se dió á los habitadores de las nuevas ciudades , con todo su dinero , y el gobierno de la peña y de toda la provincia confinante á Artabazo.

LI-

LIBRO OCTAVO.

CAPITULO PRIMERO.

HABIENDO SUJETADO ALEXANDRO á los Dahos y á los Sogdianos, le ofrecen los Scythas en matrimonio á la hija de su Rey: Mata por sí solo á un leon en cierta caza, y poco despues da muerte á Clito en un festin, por la gran libertad con que habló de él.

APoderado Alexandro de aquella peña con mayor crédito que gloria, y pareciendole conveniente aprovecharse de la ocasion de hallarse esparcidos los enemigos, dividió en tres partes su Exército, de las quales dió una á Ephestion, otra á Ceno, y reservó para sí la restante; pero no todos los Bárbaros siguieron un mismo partido, porque algunos fueron sojuzgados por medio de las armas, y la mayor parte se rindió voluntariamente, logrando que se distribuyesen en ellos las ciudades y tierras de los que se mostraron pertinaces. En tanto los Bactrianos, que se habian hecho al campo, forrageaban en los villages vecinos con ochocientos Caballos Masagetas; noticioso de ello Attinas, Gobernador de la provincia, quiso reprimir su atrevimiento, despreciando, mas de lo que debiera, el número de los que se habian levantado, marchó contra ellos con trescientos Caballos; pero los enemigos, ocultandose en un bosque, que estaba inmediato á una dilatada campaña, dexaron descubierto algun número de gente, que separaron de las Tropas, para que la codicia de la presa los llevase á la emboscada. Marchando, pues, aquel inconsiderado Capitan desordenadamente, y sin mas cuidado que el de cumplir su deseo, no hubo bien entrado en el bosque, quando improvisamente fue cargado y derrotado con toda la gente que llevaba. Pasó inmedia-

diatamente aquella noticia á la de Cratero, el qual acudió allí con toda su Caballeria; pero habiendose retirado ya los Masagetas, descargó su colera en los Dahos, con muerte de mil hombres, lo qual acabó de poner fin á todos los movimientos de la provincia. El Rey por su parte, habiendo sojuzgado nuevamente á los Sogdianos, volvió á Maracanda, donde Berdes, á quien habia despachado á los Scythas, que habitan sobre las riberas del Bosphoro, le vino á encontrar con sus Embaxadores, Phrataphernes, Satrapa de los Corasmios, viendo sojuzgados á los Masagetas, y despues á los Dahos sus vecinos, le envió tambien á dar la obediencia. Pedianle los Scythas, *que se casáse con la hija de su Rey, y que si no le juzgaba digno de aquel honor, permitiese á lo menos, que los principales de su Corte hiciesen alianza con los primeros Señores de su nacion, ofreciendole, que su mismo Rey vendria en persona á verle.* Recibió Alexandro una, y otra Embaxada con demostraciones de gran benignidad, y despues de haberse detenido alli algunos dias, para esperar á Ephestion y á Artabazo, pasó luego que llegaron á Bazaria. En cuya region, su mayor magnificencia consistia en bosques poblados de fieras, para cuyo efecto elegian grandes selvas, bañadas de gran cantidad de agua, las quales cerraban con murallas guarnecidas de torres, en quienes pudiesen retirarse los cazadores. Mostraron entre otros uno, donde habia mas de trescientos años que no se cazaba. Entró en él el Rey con todo su Exército, y habiendo hecho que conmoviesen las fieras por todas partes, separandose de las demás un leon de rara y desmesurada grandeza, se fue á él; á cuyo tiempo, anticipandose Lysimacho, que reynó despues, y entonces se hallaba al lado del Rey, á dispararle un dardo, le ordenó éste que se retirásé, diciendole, *que tambien podia él matar á un leon, como lo habia hecho Lysimacho*, porque cazando cierto dia este Principe en Syria, mató Lysimacho un leon de prodigiosa grandeza, aunque con la costa de haber sacado una herida en la espalda izquierda, que le penetraba hasta el hueso, la qual le reduxo al ultimo peligro: asi Alexandro zahiriendole con ella, lo executó aun mejor que lo dixo, pues no solo hizo rostro á la fiera, sino la dió muerte á la violencia de un golpe. Cuyo suceso, si no me engaño, tengo por cierto,

que dió ocasion para que se digese bien contra toda verdad, *que Alexandro expuso á Lysimacho al leon.* Aunque este suceso fue tan feliz al Rey, con todo, ordenaron los Macedones, segun su estilo, *que no fuese en adelante á caza á pie, y sin llevar consigo algunos de sus Grandes, y de sus Oficiales.* Concluida aquella, despues de haber muerto hasta quatro mil fieras, dió una comida á todo su Exército en el mismo bosque, desde donde se volvió á Maracanda. Alli, atendiendo á las instancias con que Artabazo solicitaba por su crecida edad, que proveyese su Gobierno en otro, nombró para él á Clito. Era este el que cubrió al Rey con su escudo, quando combatió en el Granico, sin ningun reparo en la cabeza: el que cortó la mano á Rhosazes, quando la habia levantado para matarle, uno de los soldados antiguos de Philipo, y de los que mas se habian señalado en muchas ocasiones; y ultimamente hermano de Helanica, que habia criado á Alexandro, á la qual amaba no menos este Principe, que á su propia madre. Por cuyas razones todas, fiaba de él una de las mas importantes provincias de su Imperio. Habiendole, pues, ordenado, que partiese al dia siguiente, le convidó aquella noche á un festin, en el qual despues de haber bebido muy bien el Rey, se introduxo á celebrar sus ilustres acciones, sin limitarse en sus propias alabanzas; las quales disgustaron, aun á los mismos que no ignoraban eran ciertas. Contubieronse sin embargo los mas ancianos, hasta que empezó á deslucir los hechos de Philipo, y á vanagloriarse, *de que aquella famosa victoria de Cleronea se le habia debido á él, y que le habian usurpado la gloria de tan esclarecida accion la malignidad, y zelos de su padre: Que en la sedicion que sobrevino entre Macedones y Griegos, levantados á sueldo suyo, debilitado Philipo de la herida, que recibió en aquel tumulto, se habia postrado por tierra, no habiendo discurrido otro recurso mas seguro para salvarse que el de fingirse moribundo, y que entonces le cubrió con su escudo dando muerte á los que intentaban cargarle; pero que su padre nunca quiso confesarle este beneficio, como disgustandose de deber la vida á su hijo: Que en la jornada que hizo contra los Ilirios obtubo solo la victoria, sin que Philipo se hallàse en ella, ni tubiese mas noticia de la rota de los enemigos, que la*

que

que le dió en sus cartas: Que aquellas acciones eran dignas de alabanza, y no las que habian tenido principio en los Samothraces, quando convenia entrar á fuego y sangre por el Asia; y finalmente, que la grandeza de las suyas excedia de la credulidad de los hombres. Oia gustosa la juventud estas y otras jactancias, pero no los ancianos, á los quales eran intolerables, especialmente las que miraban á deslucir las acciones de Philipo, debaxo de cuya mano habian servido tantos años. Por lo qual, entre otros, Clito, que tambien habia bebido bien, volviendose ácia los que estaban sentados debaxo de él, les repitió cierto verso de Euripides, de suerte, que aunque pudo oir el Rey los ecos, no percibir sus palabras, cuya substancia era: *Que fue gran desacuerdo de los Griegos haber ordenado, que en las inscripciones de los trofeos no se pusiesen mas que los nombres de los Reyes, porque se les defraudaba la gloria de lo que habian obtenido al precio de su sangre.* No dudando el Rey, que en lo que hubiese dicho, se mezcláse algun donayre picante, preguntó á los que tenia cerca, ¿qué habia sido? Y no respondiendo nadie, levantó Clito la voz, y pasó á referir las acciones y guerras que habia tenido Philipo en la Grecia, prefiriendolas á quanto se hacia entonces, que fue causa de que se formáse una disputa entre mozos y viejos. Y si bien el Rey afectó oir con tolerancia quanto habia dicho Clito en disminucion de su gloria, le hirió vivamente el corazon. Con todo hubiera continuado en reprimirse, si Clito hubiese puesto fin á sus desacordadas expresiones; pero continuando, mas encendido del vino, con mayor insolencia en ellas, le irritaba mas, teniendo osadia de defender á Parmenion, y de dexarse decir, que la ruina de Thebas habia sido empresa de cortisima consideracion, comparada con la victoria que Philipo habia obtenido de los Athenienses. Finalmente, preocupado no solo del vino, sino de una obstinada terquedad, dixo, haciendo rostro al Rey: *En caso de ser necesario exponer la vida por tu servicio, ninguno la sacrificará primero que Clito; pero sin embargo en el de tratarse de la distribucion de los premios, de quienes eres árbitro, á qualquiera que habláre con mayor ultraje de la memoria de tu padre, le juzgarás por mas digno de ellos para preferirle en los frutos de la victoria. Hasme dado el*

Gobierno de la region Sogdiana, que tantas veces se ha solevado, y que no solo es incapáz de contenerla en el sosiego, sino tambien de sojuzgarla, enviandome entre fieras negadas á domesticarse; pero omitiendo lo que á mí toca, paso á tratar de lo que mira á los demás. Has desatendido enteramente á los soldados de Philipo, poniendo en olvido el señalado servicio que te hizo Atharias, este ilustre varon que ves aqui, quando fue por sí solo poderoso para que volviese al combate la juventud, que amedrentada se habia entregado á la fuga, sin cuya diligencia hubieramos consumido el tiempo en Halicarnaso, subsistiendo aun hoy alli. ¿Cómo habrias podido solo sojuzgar el Asia? ¡Qué bien dixo tu tio, quando dixo, que él habia contendido con hombres, y tú con mugeres! Entre quantas grandes libertades oyó á Clito, ninguna le irritó tanto, como que hubiese alabado á Parmenion. Sin embargo, disimulando su indignacion, se contubo contento *con mandarle salir de donde estaba*, y con decir, *que si hubiese continuado en hablar le habria sin duda dado en rostro con que le era deudor de la vida, como de ordinario se vanagloriaba de ello.* Pero acabando Clito de levantarse, se lo pidieron los que estaban cerca de él, y no bastando, pasaron á usar de los medios de la fuerza para sacarle de alli. Por cuya demostracion colerico, sobre embriagado, prorrumpió, diciendo á grandes voces: *Que habia expuesto su vida al golpe que se descargaba sobre la de Alexandro para asegurarla, y que habiendose pasado la ocasion de tan señalado servicio, le era odiosa la memoria de él.* Y no contento con este atrevimiento, pasó á condenar la muerte de Attalo, y á burlarse del Oráculo de Jupiter, de quien decia Alexandro, que era hijo, vanagloriandose, *de haberle dicho mas verdad que su padre.* Con lo qual, el Rey, no pudiendo ya mas con la ira, á que le provocaban tan repetidos insolentes desacatos, y que aun sin los encendidos vapores del vino, no pudiera haber reprimido mas tiempo, partió colerico, y arrebatando de las manos del primer soldado una lanza, iba á descargar el golpe de ella en Clito, que aun se mantenia en la expresion de su atrevimiento, y lo hubiera executado á no haberse puesto de por medio Ptolomeo y Perdicas, deteniendole á pesar de sus esfuerzos, y á no haberle quitado la lanza Leonato y Li-

si-

simacho. Sobre que se quexó, diciendo á grandes voces: *Que asi como à Dario, le habian aprisionado á él las personas de quienes hacia mayor confianza, é implorando la fidelidad de sus soldados, hizo tocar la trompeta para que tomasen las armas, y fuesen en su socorro.* Entonces Ptolomeo y Perdicas, echandose á sus pies, le suplicaron: *Que no se dexáse llevar de los ímpetus de la ira, y que diese lugar al desahogo de ellos, difiriendo al dia siguiente su resolucion para que fuese mas justa y templada.* Pero preocupado de ella, y sordo á las persuasiones, partió desatinado á palacio, en cuya entrada, habiendo quitado á la centinela la lanza, se puso en el camino por donde era preciso que pasasen los que habian cenado con él. Habianse retirado todos, sino era Clito, que salia sin luz; preguntóle el Rey, quién era, con voz que anunciaba lo que iba á executar; y él, habiendosele pasado ya la colera, aunque no á su Señor, le respondió llanamente, *que era Clito que se retiraba.* Apenas lo hubo acabado de pronunciar, quando le atravesó la lanza, y bañado en su sangre, le dixo: *Vé ahora en busca de Philipo, de Parmenion y de Attalo.*

CAPITULO II.

ARREPIENTESE ALEXANDRO DE HABER muerto à Clito: Sus expediciones contra Sysimethres, y los transfugas Bactrianos: Muerte de Philipo, mancebo ilustre, y de credito.

ES preciso confesar, que quanto la naturaleza se esmeró liberal en colmar de beneficios al hombre, tanto se acreditó de cruel con él en haberle dexado tan expuesto por su flaqueza, á considerar menos sus acciones antes de obrarlas, que despues de executadas. Esto sucedió á Alexandro, el qual no bien se halló libre de los vehementes impulsos de la colera, y de los ardientes vapores del vino, quando conoció el desacierto que habia cometido en haber muerto á un hombre, que aunque habia abusado de su tolerancia, era digno por sus largos servicios, por su destreza en la disciplina militar, y por el señalado de haber-

berle dado la vida, á pesar de la afrenta que recibia en confesarlo, de que se lo hubiese disimulado: y la ignominia que le resultaba de haber sido él mismo ministro de su venganza, y de haber castigado con tan cruel muerte las licenciosas palabras, que debieran atribuirse, mas que á efectos de desacato, á la preocupacion del vino. Veia anegado en su sangre á las puertas de palacio, á quien no habia muchas horas que honró con su mesa, y á sus guardas separadas de su persona, y tan medrosas, que no se atrevian á acercarse: cuyas cosas todas le reduxeron á tan desesperados términos, que tubo impulsos de darse muerte, á que contribuia mucho la soledad. Dexandose, pues, llevar de ellos, sacó la lanza del cuerpo de Clito, que la tenia aun atravesada, y volviendo la punta contra el suyo, iba á metersela por el pecho, como lo hubiera executado, si advirtiendolo sus guardas, no se lo hubiesen estorvado, aunque con alguna dificultad, y le hubiesen llevado á su Tienda: en donde, arrojadose á tierra, prorrumpió en desmedidos gritos, de quienes llenó todo el palacio, hiriendose el rostro, y pidiendo á los que le rodeaban: *Que no le dexasen vivir, despues de haber executado accion tan ignominiosa*; en cuyo ruego insistió quanto duró la noche. Y el dia siguiente, discurriendo en si podria haber sido castigado de los Dioses el haberle dexado de su mano para que cometiese aquella culpa, se acordó que no habia sacrificado á Bacho, como lo tenia de costumbre; y que habiendo hecho aquella muerte entre el vino y los manjares, era señal evidente de la indignacion de aquel Dios. Pero lo que mas aumentaba su dolor, era ver á todos los suyos aturdidos, considerando, que ya ninguno se atreveria á tratar con él, y que todos le huirian, hallandose precisado á vivir solitario, qual fiera temida de todos, y de todos temerosa. No bien hubo declarado su luz el dia inmediato, quando ordenó, que se le llevàse á su Tienda el cuerpo de Clito, anegado como estaba en su sangre; á vista de cuyo espectáculo, deshecho en lágrimas, decia: *¿Es esta la recompensa que he dado á quien me alimentó con sus pechos, cuyos dos hijos murieron en el Sitio de Mileto, en mi servicio, y por mi gloria? ¿Es posible que en mi mesa diese muerte á un hermano suyo, que era el unico consuelo que le habia quedado despues de la pér-*

pérdida de sus hijos? ¿Qué será ahora de aquella pobre infeliz? No le ha quedado otro recurso, sino el mio; ¿pero cómo podra ya verme sin horror? ¿Cómo, pues, me atreveré á volver homicida de mis amigos, y de los que me dieron la vida; adonde no podré dar la mano, à quien me alimentó con sus pechos, sin renovar la memoria de su infortunio? En cuyas desconsoladas expresiones, viendo los suyos que no cesaban sus lágrimas, hicieron llevar de alli el cuerpo, faltando el qual se mantubo por tres dias solo, oculto, y sin permitirse á la comunicacion de nadie, hasta que viendole sus Oficiales y guardas tan obstinado en la desesperacion, entraron juntos en sus Tiendas, donde, á fuerza de sus persuasiones y ruegos, le vencieron á que comiese; y para que le fuese menos ignominioso su yerro, declararon por un Decreto solemne: *Que Clito habia muerto justamente*; y que no le hubieran dado sepultura á no haberlo mandado el Rey. El qual, despues de haberse detenido dos dias en Maracanda, para acabar de perder el empacho con que estaba, envió á Ephestion á la Bactra, con parte de sus Tropas, á que dispusiese las provisiones para el invierno: dió el Gobierno, para que estaba nombrado Clito, á Amintas, y él pasó á Xenippa, cuya region confina con Scythia, y estaba muy poblada de viñas, respecto de la crecida fertilidad de la tierra; la qual, no solo mantiene á los naturales, sino á muchos estrangeros. Era esta la retirada de los Bactrianos, vandidos, que se habian separado de la obediencia de Alexandro, los quales, arrojados de alli por los naturales, noticiosos de la ida de Alexandro, habian juntado dos mil y doscientos hombres, cuya gente era toda de á caballo, alimentada de solos los robos, y cuyos brutales espiritus se habian hecho mas furiosos con la guerra, y con la desesperacion del perdon. Descargaron tan repentina y furiosamente en Amintas, Gobernador de Alexandro, que estubo por largo tiempo dudosa la victoria, hasta que habiendo perdido setecientos de los suyos, de quienes se hicieron prisioneros trescientos, se encomendaron á la fuga, no sin haberse vengado, por haber muerto ochenta Macedones, y herido á trescientos y cinqüenta. Con todo, el Rey, no dexó de perdonarlos, enmedio de habersele rebelado dos veces; y habiendoles hecho prestar juramento, pasó con todo su

Exér-

Exército á una provincia llamada Naura, cuyo Satrapa era Sysimethres; el qual tenia dos hijos, habidos en su propia madre, conforme á la costumbre de aquella barbara tierra, en quien se permiten semejantes casamientos. Este, pues, habia levantado dos mil hombres de guerra, y fortificado el paso de las montañas, como la unica entrada que se ofrecia. Cerca de la qual corria un caudaloso rio, que servia de foso á una quebrada peña, que estaba detrás; la qual habian cortado por enmedio, para abrir camino: su entrada era bastantemente clara, respecto de participar de la luz del dia; pero lo demás tan obscuro, que no se podia dar paso por él sin alguna artificial: y cuya estrecha senda, la qual se dilataba á la campaña, solo era conocida á los naturales. Y si bien los Barbaros defendian valerosamente aquel estrecho, bastantemente fuerte por sí, habiendo mandado Alexandro acercar los Arietes, empezó á derribar todos los reparos que habian hecho, y á romperlos á tiros de hondas y de flechas; y pasando despues á ponerse sobre las ruinas, se adelantó ácia la peña. Pensaba alojarse al pie de ella; pero estando de por medio aquel caudaloso rio, en donde se juntaban todas las aguas, que descendian de lo alto, tubo por empresa muy dificil agotar abismo tan profundo. Con todo, hizo cortar arboles, y juntar gran cantidad de piedras; cuyo trabajo, viendole los Barbaros, para quienes eran nuevas aquellas obras, tan adelantado en tan corto tiempo, quedaron aturdidos, manifestando que capitularian. Envióles el Rey á Oxatres, que aunque era de su nacion, seguia el partido de Alexandro, para que los persuadiese á que se rindiesen; y en el interin, para aumentar su pavor, hizo adelantar las torres con las máquinas, que arrojaban gran cantidad de tiros: con cuya diligencia, abandonada la defensa enteramente, ganaron la cumbre de la peña. Oxatres, viendo al Satrapa amedrentado, y desesperado de sus cosas, le exhortó, *á que procuráse antes merecer la fé de los Macedones, que experimentar sus armas, y á que no dilatáse con su rendimiento la prosecucion de un victorioso Exército, que pasaba á la India, y á quien no podia oponerse, sin llevar á sí la tempestad que iba á descargar sobre otros.* Oíale Sysimethres sin repugnar por si rendirse; pero su muger y madre á un tiempo, protestando que

que-

queria antes morir, volvió el ánimo del Bárbaro, y le obligó á dexar el mas seguro partido, por seguir el mas honroso: si bien, midiendo despues sus fuerzas con las del enemigo, se arrepintió de haberse dexado llevar del temerario consejo de una muger; y habiendo hecho volver á llamar inmediatamente á Oxatres, le ofreció rendirse, pidiendole solo: *Que no dixese al Rey la resistencia de su madre, para que pudiese mas facilmente obtener tambien perdon.* No bien hubo partido Oxatres, quando le siguió él con su muger y sus hijos, y todos los suyos, sin esperar prenda alguna de lo que se le habia ofrecido. Mandóle el Rey, *que se volviese á su plaza, y que le espêráse en ella.* Y despues de haber sacrificado á Minerva, y á la Victoria, le conservó en el gobierno, prometiendo aumentar sus límites, si se lo merecia su fidelidad, para cuya mayor seguridad admitió dos hijos suyos, que le dió, y gustó de que le siguiesen á la guerra. Dexó alli su Phalange, por adelantarse con su Caballeria contra los rebeldes: resistieron al principio, quanto les fue posible la aspereza y dificultad del camino; pero gastandose las uñas de los caballos, los quales se hallaban tan rendidos, como las personas, respecto de las largas marchas, hubo muchos que no pudieron seguirle, de que resultó que se fuesen disminuyendo poco á poco las Tropas, y de que la excesiva fatiga no diese lugar á que le tuviese en su consideracion la ignominia de quedarse atrás. El Rey mudaba de ordinario de caballos, y seguia incesantemente á los fugitivos, sin que entre todos los mancebos nobles, que de ordinario le acompañaban, hubiese alguno que lo hiciese entonces, sino fue Philipo, hermano de Lysimacho, cuya edad no pasaba de veinte años, y cuyo espíritu se dió bien á conocer en aquella ocasion; porque hallandose á pie siguió el espacio de doscientos estadios (cosa increible) al Rey, que iba en tan buenos caballos, sin haber querido tomar el de su hermano, que se le ofreció muchas veces, ni haberse separado de Alexandro, aunque caminaba armado con la coraza, y las demas armas. Habiendo poco despues llegado á un bosque, donde se le tenia dispuesta cierta emboscada, executó prodigiosas acciones, y cubrió al Rey, que com-

combatia bien cerca con los enemigos; y despues de haberlos obligado á huir, faltandole enteramente aquel gran valor, que mantuvo en el calor del combate, y sobreviniendole un sudor frio, que le precisó á arrimarse á un arbol, espiró en los brazos del Rey, á quien no fue menos sensible, que aquella pérdida, la noticia que tuvo de la muerte de Erigio, uno de sus primeros Cabos, sucedida poco antes que él se volviese á su Campo, donde les mandó hacer soberbios funerales.

CAPITULO III.

MANDA ALEXANDRO A LA MUGER de Spitamenes, que le llevó la cabeza de su marido, á quien habia muerto, que salga fuera del Campo: Venga algunas Provincias de los ultrages y agravios de los Gobernadores.

AUnque tenia resuelto el Rey acometer á los Dahos, por hallarse noticioso de que Spitamenes se habia retirado alli, le escusó, como en otras muchas ocasiones, de este viage la fortuna, que nunca dexó de favorecerle, disponiendo lo que deseaba, sin que necesitase de concurrir á ello. Idolatra Spitamenes de su esposa, aunque errante y prófugo, la llevaba siempre consigo, exponiendola á todo género de peligros; de cuya infeliz vida disgustada ella, procuró reducirle por medio de sus alhagüeñas persuasiones á que pusiese fin á sus penosas peregrinaciones, restituyendose al servicio y obediencia de Alexandro, pues tenia experiencia de su clemencia, y ninguna esperanza de librarse de su celeridad y diligencia. Para cuyo logro induxo á dos hijos de ambos, ya crecidos, á que tiernos se lo pidiesen, por si el cariño de ellos era mas poderoso á ablandarle: Añadiendo ella, para dar mayor eficacia á sus ruegos, que Alexandro se hallaba muy proximo; pero el Barbaro, sospechando que su intento era de ofender su amor, esperanza en que podria con el hechizo de su hermosura inclinar la voluntad de aquel Príncipe á solicitar sus caricias, zeloso é irritado, echó mano á su cimi-

mitarra para herirla, como lo hubiera hecho á no haberselo estorvado sus hermanos; pero le amenazó de que la daria muerte, si se volvia á poner en su presencia. Y en tanto, para desahogar sus desordenados apetitos, se entregó algunas noches á la comunicacion de sus concubinas; si bien fastidiado de ellas, y mas encendido en el amor de su esposa, volvió arrepentido y tierno á suavizar con cariñosas satisfacciones el disgusto en que le habian puesto sus destempladas demostraciones, entregandose todo á ella, y pidiendola: *No le volviese á hablar en lo que habia dado ocasion á su desabrimiento, sino que se dispusiese á acompañarle en la fortuna que corriese, pues estaba resuelto á morir antes que rendirse.* Excusóse ella, diciendole: *Que solo le habia aconsejado lo que habia tenido por conveniente: Que habria sido muy posible que no hubiese tenido la prudencia de que no siempre son capaces las mugeres; pero que su intencion habia sido buena, y que nunca tendria mas voluntad, que la de su amado esposo.* Persuadido Spitamenes á la dulzura de aquellas expresiones, quiso celebrar el regocijo de su reconciliacion; para el qual mandó disponer un banquete, donde bebió con tan grande exceso, que fue necesario llevarle á su cámara medio dormido. La muger viendole sepultado en un profundo sueño, sacó un cuchillo debaxo de sus vestidos, y le cortó la cabeza, que dió para que la llevase á un esclavo, cómplice en su furor; y bañada como estaba en sangre pasó con ella á la Tienda de Alexandro, donde le envió á decir: *Estaba alli para hacerle saber lo que no podia fiar de otro, que de él.* Hizola luego entrar el Rey á su presencia; en la qual, viendola teñida en sangre, creyó que iba á quexarse de algun ultrage, que hubiese recibido; pidióla le dixese lo que queria; y ella á él, que diese antes orden para que entrase el esclavo, que habia dexado á la puerta. Las guardas, reconociendo que ocultaba algo debaxo de sus vestidos, entraron en alguna sospecha; y queriendo averiguar lo que era, les mostró aquella cabeza, cuyo rostro estaba tan desfigurado, que apenas se podia por él conocer de quien era. Noticioso el Rey de que llevaba la cabeza de un hombre, salió fuera de su

Tienda, y supo de él todo lo que habia pasado. Produxo instantaneamente en el ánimo de Alexandro diversos pensamientos este caso. Consideraba por una parte, *el gran servicio que le habia hecho en librarle de un traydor y desertor, que si viviese le daria bastante cuidado*; y miraba por otra con horror, *la crueldad de aquella muger, que habia degollado á su marido, padre de sus hijos, y á quien debia tan grandes obligaciones.* Finalmente, prevaleciendo al servicio la enormidad del delito, dió orden para que saliese del Exército, temeroso de que con su exemplo se introduxesen parricidios entre los Griegos, cuyos genios eran blandos y agenos de aquellas maldades. Habiendo sabido los Dahos la muerte de Spitamenes, aprisionaron á Dataphernes, compañero suyo en el rebelion; y llevandole atado á Alexandro, se le rindieron. Con que libre por aquel medio de los cuidados mas urgentes, se aplicó á castigar á los Gobernadores, que oprimian los pueblos con sus cohechos y violencias. Hizo, pues, á Phrataphernes Satrapa de la Hircania, de los Mardos, y de los Tapuros, con orden de que se apoderase de Phradates, á quien sucedia, y de que se le enviase con buena guarda. Puso á Stasanor en el gobierno de Caricia, que tenia Arsanes: dexó á Ataces la Media, de donde llamó á Oxidates, y dió á Deditamenes el gobierno de Babilonia, que vacó por muerte de Maceo.

CAPITULO IV.

VEESE EN RIESGO DE PERECER TODO EL Exército de Alexandro con el rigor del frio, caminando á Gabaza: Constancia del Rey y su gran humanidad con los Soldados sencillos: Su casamiento con Roxanes.

DEspues de haber puesto en orden todas las cosas, sacó su exército de las guarniciones, donde habian invernado tres meses, y tomó la derrota para una region llamada Gabaza. Fue sumamente benigno el primer dia de marcha: em-

empezó en el segundo á alterarse el tiempo, y á pasarse la noche no sin algunas amenazas de tempestad; pero al tercero, fueron tan espantosos los relampagos, que cegaban los ojos, y abatian el ánimo de los soldados; los quales, aturdidos de los incesantes truenos que oian, y de los continuos rayos que veian caer delante de sí, ni se atrevian á marchar, ni á detenerse, quando repentinamente sobrevino una crecida lluvia, mezclada de granizo, que corria á manera de un caudaloso rio. Pudieron al principio, cubiertos de las armas, resistirla algo; pero despues de haberse mojado éstas, y de hallarse con las manos entumecidas del yelo, quedaron incapaces de mantenerlas, y sin saber adonde acogerse, respecto de ir en mayor aumento siempre la tempestad. En cuya incertidumbre, todos los Esquadrones, se entraban errantes por enmedio de los bosques, en quienes rendidos, mas que de la fatiga, de la congoja, se arrojaban unos á tierra, sin reparar en los yelos, en que habia convertido el frio la lluvia, y se arrimaban otros á los arboles, como para morir con menor disgusto; y no se engañaban, porque á la falta del movimiento sucedia la del calor natural. Cuya pereza era á la verdad grata á aquellos de cuyos cuerpos se habia apoderado la floxedad; los quales no reparaban en morir, á precio de que fuese con algun reposo: porque no solo continuaba vehemente, sino tenáz la fuerza del mal, fuera de que la obscuridad de los bosques, aumentada con la tempestad, les usurpaba enteramente la luz: natural consuelo de los afligidos en semejantes calamidades. Solo el Rey, invencible á tantos contratiempos, recorria sin cesar su Exército de una á otra parte, para infundir espíritu á sus soldados; reunia á los que estaban desordenados, levantaba á los caidos, y mostrabales el humo, que salia de las cabañas, esforzandolos á que ganasen las mas cercanas: si bien nada era de tan poderoso incentivo para que mirasen por sí, como el considerar la ignominia, que les resultaba de abandonar á su Rey, á quien veian infatigable resistir á los trabajos, á quienes ellos se rendian; pero la necesidad, que en las adversidades suele ser mas poderosa que la razon, les ministró eficacisimo remedio para el frio; porque habiendo cor-

ta-

tado gran cantidad de arboles, y pegadoles fuego, se dilató éste por el bosque, de suerte, que no parecia sino que todo él se abrasaba, y que apenas dexaba lugar para las Tropas; con cuyo calor, desentorpecidos los miembros, se fueron poco á poco recobrando los espíritus, que habia comprimido el frio, por todo el cuerpo. Entraron unos á los aloxamientos de los Barbaros, sin que les reservàse la necesidad los mas ocultos, y levantaron otros sus Tiendas en aquel humedo suelo, viendo que la tempestad se sosegaba, á cuyo rigor perecieron mil hombres entre soldados y vivanderos. Refierese, que se hallaron algunos arrimados á los troncos de los arboles, que no solo parecia que estaban aun vivos, sino que hablaban en la misma postura que los cogió la muerte. Tambien se refiere de un soldado sencillo Macedon, que habiendo vuelto al Campo con sus armas, ttaspasado y casi para fallecer del frio, viendole Alexandro, dexó el lugar en que estaba sentado calentandose, aunque bien necesitado á no enagenarle, y que despues de haberle mandado quitar las armas le hizo poner en él: Que se mantuvo por algun tiempo aquel hombre embargado del frio y privado de sentido, sin poder reconocer donde estaba, ni de quien habia recibido aquel beneficio, hasta que recobrados sus espíritus, y viendose en la silla del Rey y junto á su persona, se levantó turbado y confuso; pero que sosegandole Alexandro, le dixo: *No temas, amigo, considera si solo quanto mas feliz es la condicion de los Macedones, siendo yo vuestro Rey, que la de los Persas; pues si entre aquellos es delito digno de muerte el ocupar el asiento de su Rey, entre nosotros está tan lexos de observarse este rigor, que antes el haberte sentado tú en él ha sido medio para asegurarte la vida.* El dia siguiente, habiendo hecho juntar sus Cabos, mandó publicar, que recompensaria á todos las pérdidas, que hubiesen tenido, como lo cumplió, porque Sysimethres le habia llevado gran cantidad de bestias de carga, con dos mil camellos y otras muchas requas de muchos que repartidos por el Exército, resarcieron sus pérdidas, y satisfacieron el hambre. El Rey, despues de haber agradecido la atencion del Satrapa, dió orden para que hiciesen los soldados provision de viveres cocidos pa-

ra seis dias, y pasó á las tierras de los Sacēs, en quienes habiendo corrido y forrageado, dió á Sysimethres treinta mil cabezas de ganado del botin. Encaminose desde alli á una provincia, en quien mandaba Cohortano, Satrapa ilustre, el qual dió la obediencia al Rey, y le ofreció sus estados; no los admitió Alexandro, pidióle si solo de tres hijos que tenia, los dos, para que le acompañasen en la guerra; pero él los puso á todos en su servicio. Habiendo poco despues recibido Oxiartes al Rey, le tubo un prodigioso festin donde hizo ostentacion de toda la magnificencia de los Barbaros; para cuya mayor solemnidad mandó llevar á él treinta doncellas de calidad, entre quienes iba su hija, cuyo nombre era Roxanes, y cuya singular belleza, compuesta de admirables adornos, poco estilados entre los Barbaros, se llevaba los ojos de todos, enmedio de ser las demás de bastante hermosura, y con especialidad los del Rey; el qual, perdido ya el dominio que tubo en sus pasiones con los continuos favores de la fortuna, en cuya posesion suele peligrar el mas cuerdo, si no vive atento á reprimirlas, quanto se mostró con loable continencia y plausible moderacion quando tubo en su poder á la muger y hijas de Dario, con cuyas hermosuras solo era comparable la de Roxanes, tratandolas con la mesura y circunspeccion de padre, tanto entonces se dexó rendir del alhagüeño hechizo de aquella barbara belleza, tan inferior á su grandeza y soberania, pues ciego en su pasion, decia: *Que para establecer su Imperio era necesario unir á los Persas y á los Macedones por medio de aquel casamiento, pues solo él pudiera quitar la afrenta á los vencidos, y el orgullo á los vencedores: Que Achiles, de quien procedia, se desposó con una de sus cautivas; y que á vista de aquel exemplar, no le parecia que deslustraba su nacimiento, ni violaba las leyes de su patria, imitando á aquel Semi Dios.* El padre fuera de si con tan inesperada honra, no sabia que obsequios hacer al Rey; el qual, perdido de enamorado, mandó llevar un pan, conforme á la costumbre de los Macedones, entre quienes es la mas sagrada prenda de los que se casan: y habiendole cortado en dos partes iguales, tomó cada uno de los con-

contrayentes la suya, y comieron de ella. Con cuya ceremonia tengo por sin duda, que siendo el pan el mas simple alimento del hombre, quisieron enseñar los Legisladores á los nuevos maridos, con quan poco debian contentarse. De esta suerte se casó el Rey de Asia y de Europa con una muger introducida á los regocijos de un festin, para tener de ella un hijo, que mandáse á los vencedores. Los Príncipes de su Corte, aunque corridos al ver, que entre los desórdenes del banquete, hubiese hecho suegro suyo á uno de sus prisioneros, destituidos ya de poder decir desnudamente lo que sentian con el escarmiento en que les tenia el suceso de Clito, no hacian mas que aplaudirle, templando los semblantes á aquellos regocijos, y acomodandose á una servil lisonja, y contemplacion.

CAPITULO V.

MIENTRAS OCUPA SUS PENSAMIENTOS SOLO en la expedicion de la India, se ensobervece por la malicia de los lisongeros, y quiere que se le reconozca por hijo de Jupiter; lo qual condena Calisthenes en un discurso grave, y juicioso.

RESuelto, pues, á pasar á la India, y desde ella al Occeano, para no dexar atrás nada que pudiese oponerse á sus empresas, mandó: *Que de todas las provincias se sacasen treinta mil hombres, que á un tiempo le sirviesen de rehenes, y de soldados.* Envió en el interin á Cratero en seguimiento de Haustanes y de Catenes, que se habian rebelado, y de quienes el primero fue hecho prisionero, y el segundo muerto en el combate. Reduxo tambien á su obediencia Polipercon una region llamada Bubacane; con que hallandose todo en sosiego, solo atendia á la guerra de la India. Cuya region se reputaba por la mas viva del Universo, no solo por la abundancia del oro, sino por la de las perlas y piedras preciosas, de que se adornaban las habitadores con mas profusion, que gentileza. Referiase, que los escudos de los soldados eran alli de oro y de marfil. Con cuya noticia Alexandro, deseoso de no parecer inferior á ninguno en nada, quan-

quando queria sèr en todo superior á todos, mandó guarnecer los suyos de laminas de plata, hacer los frenos de los caballos de oro, y enriquecer las corazas unas de un metal, y otras de otro; y de esta suerte marchó con ciento y veinte mil hombres á aquella guerra: para la qual, estando todo dispuesto, le pareció no diferir mas la execucion del intento, que hasta entonces habia tenido reservado, de usurpar los divinos honores, á cuyo lógro solo atendia; y no contento con que se le llamáse hijo de Jupiter, quiso tambien que se creyese lo era, como si tuviese el mismo poder, que para reprimir las expresiones de la voz, para hacer que concibiesen á su antojo los entendimientos de los hombres, y que postrados en tierra le adorasen los Macedones, á usanza de los Persas. No faltaron algunos lisonjeros (perniciosa, sí fatal peste de los Principes, y con quien haya peligrado mas estados, que con las armas de los enemigos) que aplaudiesen aquel desvario. Bien es verdad, que en esto estaban escusados los Macedones, entre quienes no hubo alguno, que hubiese querido relaxar en nada las costumbres de su patria; y que todo el daño procedia de los Griegos, cuyas pervertidas costumbres deslucian la profesion que hacian de las buenas letras y honestas Disciplinas. Habia entre otros un natural de Argos, cuyo nombre era Agis, Poêta de profesion, y uno de los peores que se conocian; otro llamado Cherilo, y otro Cleon, natural de Sicilia, insigne lisonjero, tanto por genio suyo, como por vicio natural de su nacion, sin gran cantidad de ellos, de quienes habian purgado sus ciudades los Griegos; los quales lograban mayor credito y estimacion en el aprecio del Rey, que los mismos Principes de sangre, y que los Generales de su Exército. Este genero de gente, pues, era la que le sublimaba hasta los mismos Cielos, y la que publicaba, que Hercules y Bacho, Castor y Polux, cederian sus lugares á aquel nuevo Dios. Ordenó una fiesta, y hizo disponer con increible pompa un festin, para el qual convidó á los primeros señores Macedones, Griegos y Persas; y despues de haber dado principio á la comida, se levantó de la mesa, y salió fuera de la pieza. Entonces Cleon se introduxo, conforme estaba dispuesto, á tratar de las alabanzas del Rey, ponderando primero sus divinas perfecciones, y pasando despues á hacer larga me-

moria de las obligaciones en que los habia puesto, decia: *Que para desempeño de ellas, no hallaba otro medio, que el de reconocerle por Dios, pues no pudiendose dudar que lo era, le pagaban con tan corto precio, como el de dos granos de incienso, todos los beneficios que habian recibido: Que en la accion de adorar los Persas á sus Reyes como á Dioses, no solo procedian piadosos, sino prudentes, porque de la Magestad del Principe dependia la seguridad de sus personas, y la del Imperio: Que ni Hercules, ni Bacho fueron reconocidos por Dioses, sino despues de haber vencido la embidia de los que vivieron en su tiempo; y que nunca la posteridad creia de los hombres mas, que lo que su siglo creyó de ellos viviendo: Que si ellos mostraban repugnancia, él estaba resuelto á postrarse delante del Rey, quando volviese á entrar; pero que era preciso que los demás hiciesen lo mismo, especialmente los Sabios, cuyo exemplo seria tanto mas imitado, quanto era mayor la veneracion con que se atendian sus acciones.* Bien se dexaba entender, que estas ultimas expresiones se enderezaban á Calisthenes, cuya mesura y aspera libertad en el hablar disgustaba al Rey, como si solo él hubiese embarazado á los Macedones que le hiciesen aquellos honores, y no tuviesen por sí mismos bastante repugnancia á concederselos. Aquel Philosopho, pues, viendo que todos callaban, y que todos le miraban, dixo asi: „ Si se hubiese hallado presente el Rey á tu discurso, ninguno de nosotros necesitaria de tomar el trabajo de responderte, porque él te mandaria, que escusases inducirle á que imitáse las costumbres de los Barbaros, y fundar su gloria en lisonjas, que concitan el odio de los hombres, y la indignacion de los Dioses; pero pues, está ausente, yo te responderé por él: Que los frutos muy tempranos no son durables, y que con lo mismo que juzgas grangearle divinos honores, es con lo que mas se los usurpas; porque para que le crean Dios, es necesario tiempo, no habiendo habido ninguno de tantos ilustres Héroes, que obtuviese sino de la posteridad este reconocimiento. Por lo que á mí toca, no le deseo colocado entre los Dioses, sino que goce de muy larga vida, y despues de eterna gloria. Alguna vez se vé la Divinidad en los muertos, jamás empero en los vivos; porque aunque nos alegas el exemplo de Hercules y de

de Bacho, consagrados á la inmortalidad, ¿debes sin duda creer, que para reconocerlos por Dioses, no es necesario que preceda mas ceremonia que la de un festin? Pues sabe, que la fama no les ha hecho lugar en el Cielo, sino despues de haber purgado lo que tenian de mortales. Verdaderamente (ó Cleon) que ni á tí, ni á mí nos es dado el hacer Dioses; pero convengo en que la Divinidad del Rey penda de nuestros sufragios: muestra tú tu poder, y pues es mas facil hacer un Rey, que un Dios, veamos como le haces. Lo que yo pido á los Dioses, Cleon, es que no se ofendan de tu impiedad, y que continúen con la prosperidad que hasta aqui nuestras empresas. Ellos tendrán por bien, que nos conservemos con nuestras costumbres; y por lo que á mí toca, jamás me correré de ser Macedon, ni de rehusar aprender de los Persas, el modo con que he de honrar á mi Rey: confesaré sí siempre, que ellos son los vencedores, si es preciso que nos sujetemos á sus leyes, y á la observancia de sus estilos. " Oían gustosos á á Calisthenes, mirandole como á Protector de la libertad pública, y no solo se confirmaron con su parecer, sino que declararon con firme resolucion, especialmente los mas ancianos, que no podian sufrir la mudanza de sus costumbres por las estrañas. No ignorando el Rey nada de quanto por una, y otra parte se habian dicho, por haberlo escuchado todo detrás de una cortina, que hizo poner delante de la mesa, envió á decir á Agis, y á Cleon: *Que no insistiesen mas, y que quando volviese á entrar se le postrasen los Persas á su usanza.* Hizolo inmediatamente, fingiendo haberle ocupado negocio de conseqüencia; y habiéndole visto los Persas, se pusieron de rodillas á adorarle. Iba á su lado Pelipercon, y sintiendo que uno de ellos le tiraba del manto, como para inclinarle á que hiciese lo mismo que ellos, le dixo burlandose: *Que tiráse con mas fuerza.* Oyólo Alexandro, y no pudiendo sufrirlo, le dixo: ¿*Qué no me adoras*? *Piensas ser solo tú quien me juzgue digno de risa*? A lo qual, habiendole respondido Pelipercon: *Que ni el Rey era digno de risa, ni él de desprecio*; le hechó Alexandro en tierra con tan gran violencia, que cayendo sobre su rostro, le dixo: *Mira como has hecho lo mismo, porque te burlabas de los demás*, y mandan-

dole prender despues, despidió la junta: Si bien, pasados algunos dias perdonó á Pelipercon, habiendole tenido en muy estrechas prisiones.

CAPITULO VI.

CONSPIRACION CONTRA ALEXANDRO, ocasionada de un agravio hecho á Hermolao: Descubrese, y aunque Calisthenes está inocente, le incluyen entre los autores de ella.

MAnteniendo el Rey tanto mas viva su indignacion contra Calisthenes, quanto era mayor la desconfianza con que siempre habia vivido de él, logró proxima y oportuna ocasion para desahogarla. Era costumbre, como dexamos dicho, entre los grandes Señores de Macedonia dar sus hijos á los Reyes, luego que entraban en edad de quince años, para que los empleasen en ocupaciones poco menos que serviles. Hacian guarda de noche por sus turnos á la puerta de su cámara: Introducian á ella por otra diferente las concubinas, y quando se ponian á caballo, tomaban las riendas de mano de los palafrenes, y se le llevaban, acompañandolos en la caza, y en la guerra. Hallabanse instruidos en las letras, y en todo genero de ciencias. El mayor honor que lograban, era el de sentarse á la mesa del Rey, y el de que ninguno sino él pudiese castigarlos. Era entre los Macedones éste como un Seminario de Capitanes y Generales, y de quien salieron tantos Reyes, á quienes los Romanos despojaron de sus Estados, despues de muchos siglos. Sucedió, pues, á uno de estos, llamado Hermolao, matar, estando en caza, á un javalí, á quien queria tirar el Rey, el qual quedó tan irritado de que le hubiese malogrado el intento, que le mandó azotar. Indignado Hermolao de aquella afrenta, pasó á quexarse de ella con Sostrates, uno de sus compañeros, y sumamente apasionado suyo. Este, viendole herido, y no hallandose muy satisfecho del Rey, le alentó con tal eficacia á la venganza, que habiendose dado recíproca fé, resolvieron matarle: para cuya execucion no se valieron de gente moza, sino de personas que pudie-

diesen con seguridad y satisfaccion acompañarlos á ella; fueron éstas Nicostrato, Antipatro, Asclepidoro y Philotas, los quales ganaron tambien á Anticles á Elaptonio y á Epimene; pero la empresa era bien dificil de executar, respecto de ser necesario que fuesen todos de guarda, la noche que se habia de poner por obra, por evitar el riesgo que pudiera seguirse de hallarse en ella otro que no fuese de los que entraban en la conjuracion, y de que sirviendo una noche uno, y otra otro, no era muy facil mudar el orden de las guardas. Por lo qual le fue preciso gastar en esto, y en las demás prevenciones necesarias para la execucion treinta dias; al fin de los quales, llegada la noche en que todos los de la empresa habian de ser de guarda, los quales se hallaban muy satisfechos de la mutua fidelidad que se habian guardado, y de que era infalible prueba el largo espacio que habia corrido, sin que en él, ni el temor, ni la esperanza hubiesen sido poderosos á mudar á alguno; tanta era su grande animosidad contra el Rey, ó la lealtad que se guardaban unos á otros, se pusieron en la puerta de la sala donde estaba Alexandro, para que luego que se levantáse de la mesa, le pudiesen conducir á su cámara; pero su buena fortuna, y la grata compañia fueron causa de que se mantuviese gran parte de la noche bebiendo, y tambien los juegos de que se gastáse en ellos otro espacio de ella. De lo qual, se hallaban por una parte gustosos los conjurados, considerando la facilidad que tendrian en dar muerte á un hombre embriagado del vino, y temerosos por otra, de que se mantuviese en la mesa hasta que fuese de dia, á cuya hora era preciso que los remudasen; sin que los volviese á tocar el turno, hasta pasados siete dias, espacio capáz de que peligráse entre tantos el secreto; pero acercandose el dia, se concluyó el festin con gran gusto de los conjurados al ver se les llegaba la execucion de su intento, quando cierta muger, á lo que se creía, fuera de juicio, que solia asistir á palacio, y predecir algunos futuros sucesos, se puso delante del Rey, ocupando la puerta para impedirle que saliese, y diciendole á grandes voces, y como fuera de sí, *que volviese á ponerse en la mesa.* El, burlandose, la respondió: *Que era justo seguir el precepto de los Dioses*; y habiendo vuelto á llamar á sus amigos, renovó el banquete, que duró hasta dos horas

ras de dia. Mantenianse aun alli los conjurados, sin embargo de haberse mudado ya la guarda, y de hallarse destituidos de lograr su intento: que tan expuestas están á desvanecerse las esperanzas de las cosas que conciben como seguras los hombres. Acariciólos el Rey mas de lo que acostumbraba, y mandóles, que se fuesen á recoger, pues habian velado toda la noche, y que se diese á cada uno cinqüenta sestercios, alabando el zelo que habian mostrado á su servicio en haberse mantenido alli, enmedio de haber salido de guarda. Con lo qual, malograda tan oportuna ocasion, se fueron todos á sus posadas, esperando la noche en que habia de volver á tomarla. Pero antes de ella, Epimene, ú obligado de las caricias del Rey, ó pareciendole que los Dioses se oponian á aquel intento, descubrió la conjuracion á su hermano Eurylocho, á quien antes no habia querido que se le comunicáse. Este, escarmentado en el reciente castigo de Philotas, se asió de su hermano, y le llevó inmediatamante á palacio, donde habiendo despertado á las guardas, las dixo: *Que tenia que hablar al Rey en cosa que le importaba no menos que la vida.* La deshora á que iban, las demostraciones de los semblantes, de mal seguro ánimo en uno, y de interno dolor en otro, pusieron en tan gran cuidado á Ptolomeo y á Leonato, que estaban de guarda á la puerta de la cámara, que entraron inmediatamente dentro, y despertaron al Rey, aun soñoliento de la embriaguéz; pero habiendo recobrado poco á poco sus espiritus, les preguntó lo que le querian. Con lo qual Eurylocho empezó á decir: *Que los Dioses no habian abandonado enteramente su familia, pues habiendo concurrido su hermano al mayor de los delitos, le habian concedido el beneficio de que se arrepintiese: Que él iba á descubrir al Rey la conspiracion hecha contra su persona, y que se habia dexado de executar la noche antes; y que tenia por cierto, que jamás discurriria en los autores de tan detestable designio.* Entonces Epimene fue refiriendola por su orden, y declarandole los cómplices, entre quienes es sin duda que no nombró á Calisthenes como partícipe en aquella deliberacion, sino solo como quien solia dar oidos á las platicas en que sus discipulos hablan licenciosamente del Rey, reprobando sus acciones. A que añadian otros, que quexandose con él Hermo-

molao de haberle hecho el Rey azotar, le dixo Calisthenes: *Que debian acordarse de que ya no eran niños, y que no sabian si en esto miraba á consolarlos en sus disgustos, ó á incitarlos á la venganza.* Habiendo, pues, considerado el Rey el gran peligro que habia corrido, dió inmediatamente á Eurylocho cinqüenta talentos, y los quantiosos bienes de cierto Tyridates, volviendole tambien á su hermano, movido de los ruegos con que habia solicitado su perdon. Mandó empero poner presos á los demás de la conspiracion, y con ellos á Calisthenes; y despues de haberlos hecho llevar á palacio, se dió todo el dia, y la noche siguiente al reposo, para reparar el desvelo de la antecedente. Tuvo el dia inmediato Junta general, en que se hallaron los padres y los parientes de los culpados, bien desconfiados de sus vidas, por comprehenderles el castigo, segun las leyes de los Macedones, que no perdonan á ninguno de la familia de los que lo están en semejantes delitos. Hizo entrar el Rey á los conjurados, excepto á Calisthenes, y confesaron estos quanto habian tratado; y maldiciendolos todos, les preguntó el Rey por la causa que los habia movido á intentar tan gran maldad? Pero no atreviendose ninguno á responderle, lo hizo Hermolao, diciendole: *Pues lo preguntas, como si no lo supieses, sabe que resolvimos darte muerte, porque nos tratabas como á esclavos.* A cuyas voces se levantó Sopolis, su padre, llamandole primero: *Parricida de su Rey, y de su padre*; y poniendole despues la mano en la boca, dixo: *Que no se debia permitir que prosiguiese aquel desatinado, á quien tenia fuera de sí el horror de su delito.* Con todo, el Rey, habiendole hecho retirar, ordenó á Hermolao, que dixese libremente lo que habia entendido de su maestro Calisthenes.

CA-

CAPITULO VII.

HERMOLAO HACE UNA INVECTIVA contra Alexandro, y prueba, que Calisthenes está inocente.

VAldréme, pues, (dixo Hermolao) *del permiso que me dás para decir quanto he sabido tan á costa nuestra, y por experiencia propia: Quantos Macedones han rendido la vida á manos de tu crueldad, ¿quál es el que ha dexado de sentir sus efectos, no ya de la héz del vulgo, sino de los mas principales entre nosotros? Attalo, Philotas, Parmenion, Lyncestes y Clito vivirian sin duda hoy, si solo hubiesen contendido con los enemigos; veriaslos, aun en la refriega, cubrirte con sus escudos, combatir por tu gloria, y dexarse cargar de heridas, por adquirirte victorias. ¿Con qué apreciables premios empero remuneraste estos grandes servicios? Haciendo que regáse el uno con su sangre tu mesa, y que perdiese el otro con muchas muertes una sola vida. Los Generales de tu Exército fueron puestos á qüestion de tormento, y sirvieron de espectáculo á los Persas, á quienes habian vencido, Parmenion, sin que se supiese la causa, y por él Attalo; porque tienes la loable costumbre de servirte mutuamente de las manos de los miserables para que executen los castigos, haciendo que estos, que poco antes fueron executores de la muerte de aquellos, sean despues los que la padezcan de otros.* Sobrevino entonces gran conmocion en la Junta contra Hermolao, cuyo padre iba á pasarle la espada por el cuerpo, que hubiera hecho á no estorvarselo el Rey; el qual pidió á todos tuviesen paciencia, y escuchasen á aquel infelíz, que aumentaba con nuevos delitos las penas, á que estaba destinado por los pasados; y habiendolo conseguido, no sin gran dificultad, continuó Hermolao, diciendo: *O quanto acreditas tu excesiva liberalidad, permitiendo que hablemos los tartamudos muchachos al tiempo mismo que encarcelas la fluente voz de Calisthenes, para que quien sabe decir no pueda hablar: ¿Por qué rehusas que se presente aquí, quando aun á los que han confesado su delito,* no

no niegas que digan lo que se les ofrece en su descargo? Pero ya se dexa conocer, que es porque temes oir el libre razonamiento de un varon de tan gran entereza, como bondad, y cuyo semblante apenas podrás ver sin gran empacho tuyo. Yo, yo soy quien defiendo que está inocente. Aquí se hallan los que conmigo intentaron tan gloriosa empresa; pero ninguno podrá decir, que Calisthenes interviniese á ella; y sin embargo ha mucho que está destinado á la muerte por el mas justo y moderado de todos los Reyes. Estos son los premios que consiguen los Macedones, cuya sangre derramas con larga prodigalidad, como superflua, y de ningun valor. Tú llevas tras tí treinta mil machos cargados de oro de la presa de tus enemigos; y tus soldados no vuelven á su patria con otra recompensa de sus fatigas, que la de sus heridas. Tolerabamos empero todas estas sinrazones mientras no nos pusiste en manos de los Barbaros, y por estraños medios no nos hiciste pasar á los vencedores debaxo del yugo de los vencidos. Nada te es tan grato como el trage y la disciplina de los Persas; y nada de mayor aversion, que las costumbres de tu patria: Y asi nosotros no hemos pretendido dar muerte al Rey de Persia, á quien por desertor y rebelde debemos perseguir por derecho de guerra: Tú has querido que los Macedones hayan inclinado la rodilla delante de tí, y que te hayan adorado como á Dios: Tú negaste que Philipo era padre tuyo, y sin duda hubieras hecho lo mismo de Jupiter, si hubiese otro Dios mayor que él, de quien suponerte hijo. ¿Y á vista de esto estrañas, que tanto varones libres y cuerdos, no puedan tolerar tu orgullo? ¿Qué podemos, pues, esperar de tí, habiendonos reducido á estado de morir inocentes, ó, lo que es peor que la misma muerte, de vivir en servidumbre? Si hay aun alguna esperanza de enmienda en tí, confiesa la obligacion en que me estás, pues soy el primero que te ha enseñado como debes tratar á la gente de bien: Por lo que mira á lo demás, perdona á los que nos tocan, y no aumentes con nuevos castigos los tormentos de su vejéz, bastantemente martirizada con la pérdida de sus hijos. Cebese en nosotros tu crueldad, y haz que nos despedacen, para que logrémos con nuestra muerte lo que esperamos conseguir con la tuya. Tal fue lo que Hermoleo dixo, á que respondió Alexandro.

CAPITULO VIII.

RESPUESTA DE ALEXANDRO A LA INVECtiva de Hermolao : Castigo de los conjurados, y del inocente Calisthenes.

„ NAda convence mas de falso que mi paciencia quanto este impostor ha dicho, instruído de su maestro : si bien pudiera haber escusado, habiendo confesado su delito, que lo repitiese, he querido que lo vuelva á hacer delante de vosotros, previniendo usaria de su deposicion del mismo furor, de que se halló preocupado para intentar darme muerte, quando debiera venerarme como á padre suyo. No ignorais, que hallandome ultimamente en caza, cometió el desacato que me obligó á mandarle castigar, conforme al estilo de nuestra patria, y á lo que en todos tiempos han practicado los Reyes de Macedonia, á quienes nos es concedido, que asi como son castigados los pupilos de sus tutores, y de sus maridos las mugeres, lo sean tambien estos muchachos de orden nuestra por nuestros siervos. Esta, pues, es la gran crueldad, que ha experimentado de mí, y la que le ha obligado á intentar vengarla con un parricidio. No necesito de decirlo yo para que sepais vosotros la benignidad, que uso con los demás, que me dexan obrar segun la blandura natural de mi genio ; ni tampoco de advertiros, quan poco se debe estrañar, que Hermolao sienta mal de los castigos de los parricidas, hallandose él merecedor de ellos, y que alabe á Philotas y á Parmenion, quando en la causa de estos defiende la suya. Por lo que mira á Lincestes, hallandose acusado por dos testigos de haber maquinado contra mi vida, le perdoné, y aun estando convencido tercera vez del mismo diferí por dos años su castigo, hasta que me ví precisado de vuestras instancias á no faltar á la justicia. Por lo que mira á Attalo, bien os acordais, que aun antes que me coronáse, maquinó mi muerte. Y en quanto á Clito, pluguiese á los Dioses, que no me hubiesen provocado tanto á ira sus atrevidas mordacidades, pero bien sabeis vosotros como me trató, y que le sufrí;

frí; lo que no fuera facil que toleráse de mí tan largo espacio, si lo hubiese yo dicho de él. No siempre pende la clemencia de los Reyes de su arbitrio: que muchas veces tiene parte en ella el genio é inclinacion de los pueblos, porque en fin, la obediencia de los vasallos, es la que hace felices á los Príncipes; pero si una vez se les pierde el respeto, queriendo mandar los que deben obedecer, ¿qué puede resultar de semejante desorden, sino que á una sucedan muchas violencias? ¿Mas qué me admira, que me trate de cruel, quien no se ha avergonzado de acusarme avaro? No quiero recurrir, para desvanecimiento de este cargo, á la autoridad de ninguno de vosotros, por no hacer odiosa mi libertad, y ofender vuestra modestia. Pidoos sí solo, que dilateis vuestra vista y vuestra consideracion por todo el Exército, en quien reconocereis como los que antes no tenian mas que sus armas, duermen ya sobre lechos de plata, se sirven en sus mesas de vasos de oro, llevan tras sí tropas de esclavos, y se hallan tan cargados de la presa, que no saben qué hacer de ella. Si, pero dice, que á los Persas, á quienes hemos vencido, los trato con grandes honras. Es asi, no lo niego; pues fuera defraudarme yo mismo la gloria, que me resulta de una accion, en la qual se acredita mas mi moderacion. Mi ánimo ha sido, y es, manifestar al mundo, que no he venido al Asia á exterminar las naciones, ni á dexar desierta la mitad de la tierra, sino á reynar, de suerte, que los vencidos no miren con disgusto mis victorias. Esto es lo que les obliga á que combatan gustosos con vosotros, y á que derramen su sangre por vuestra gloria; y lo contrario los precisaria á que impacientes procurasen sacudir el yugo de nuestro dominio, pues ninguno es durable habiendole de mantener á fuerza de armas. La memoria de los beneficios, es quien los conserva eternos; por lo qual es preciso hacerlos partícipes de nuestra clemencia, si queremos mantener el Asia, y no nos contentamos solo con haberla adquirido, pues con su afecto lograrémos el mas firme y seguro establecimiento de nuestro Imperio. Mas tenemos, á la verdad, que lo que pudimos haber deseado, y es insaciable avaricia querer tambien recoger lo que por todas partes se derra-

rama. Censuraseme de que introduzco en los Macedones las costumbres de los Bárbaros. Veo en otras naciones algunas cosas, que me parece podemos imitarlas sin avergonzarnos, y que no es posible regir tan gran Imperio, sin comunicarle algo nuestro, y tomar algo suyo; pero es bien digno de risa, que Hermolao quiera que yo me oponga á Jupiter, quando me llama hijo suyo, como si las respuestas de los Dioses pendiesen de mi arbitrio. Hame honrado con este titulo, y el haberle admitido no sé que haya perjudicado nada á mis intereses. Ojalá me creyesen tambien Dios los Indios, pues pendiendo en la guerra toda la importancia de ella de la reputacion, suele las mas veces tener la mentira autorizada la misma fuerza, que la verdad desnuda. ¿Pensaréis vosotros tambien, que el haber hecho enriquecer vuestras armas de plata y oro, fue orgullo y soberbia mia? Pues bien lexos de ella, no ha sido otra mi intencion, que la de envilecer esos preciosos metales, á fuerza de hacerlos comunes, para que los Macedones, los quales se han mostrando en todo invencibles, quedan vencidos de ellos. Quiero deslumbrar primero los ojos de aquellos pueblos, en cuyos groseros ánimos solo hacen impresion los accidentes mas viles y despreciables; y desengañarlos despues de que no es la plata, ni el oro lo que nos mueve, sino la conquista de todo el Mundo. Esta gloria nos la quisiste usurpar tú, (¡ó homicida traydor!) y reducir á los Macedones con la muerte de su Rey á la obediencia de los vencidos; y ahora me adviertes, que perdone á vuestros padres, quando fuera mas justo que ignoraseis lo que he de executar con ellos, para que murieseis con mayor disgusto, si cabe en tan desalmados hombres sentimiento alguno por los suyos; pero ha algunos años que yo he derogado la ley de que padezcan indiferentemente inocentes y culpados; y asi pueden quedar vuestros parientes asegurados de que los conservaré en los mismos honores que se tenian. Y por los que á tu Calisthenes, en cuyo concepto solo tienes alguna estimacion porque no eres peor que él, no ignoro que el desear le dé yo audiencia, es con el fin de que me diga en mi presencia, y en la de toda esta Junta las injurias que tú me has dicho: y es cierto, que como á maestro digno de

tal

tal discípulo, le hubiera hecho entrar contigo, si fuese Macedon; pero siendo natural de Olintho, no fuera justo que gozase del mismo privilegio." Concluido este razonamiento despidió la Junta, y hizo entregar á los culpados á las guardas, que eran de la misma Compañia, las quales procurando acreditar por aquel medio su fidelidad para con el Rey, los hicieron padecer crueles tormentos antes de darles muerte. Espiró Calisthenes en ellos, aunque sin mas culpa, que la de no haber querido acomodar su genio áspero y libre al estilo de la Corte, condescendiendo con las lisonjas de los aduladores: por lo qual ninguno de quantos fueron muertos por orden de Alexandro le suscitó tanto odio en los Griegos como éste, pues no contento con quitar la vida á un varon de tan gran bondad y sabiduría, y á quien habia estorvado la muerte, quando despechado se la quiso dar despues de la de Clito, le hizo despedazar en los tormentos, sin haberle permitido diese sus descargos. De cuya crueldad se arrepintió quando no tenia remedio.

CAPITULO IX.

HERMOSA DESCRIPCION DEL RIO INDO: Del Ganges: De Dyhardene: De la India: De sus habitadores: De sus Reyes, y de sus sabios.

MAs ilustre siempre Alexandro antes de la guerra, que despues de la victoria, tomó su derrota á la India, poco despues de estas muertes, para excusar los murmurios que de ordinario produce la accion. Mira la India por la mayor parte al Oriente, y es mas larga que ancha. Por la del Mediodia se descubren crecidos collados, y por las demás es todo el territorio llano, y bañado de famosos rios, que descendiendo del monte Caucaso, llegan á aumentar sus ondas, de suerte, que quedan navegables. Es el Indo mas frio que los demás, y el color de sus aguas con corta diferencia del de el mar. El Ganges caudaloso, aun desde su origen, corre ácia el Mediodia, y se dilata en derechura por la extension de los montes, hasta que impedido de las rocas vuelve ácia el Oriente, y descargando en el Mar Roxo, inun-

inunda parte del territorio, llevando trás sí cantidad de arboles si bien en donde halla unido é igual el terreno se estanca, formando muchas Islas. Hacele mas caudaloso el Acesines, cerca del Mar donde descarga, en cuyo encuentro chocan con gran furia las aguas de uno y otro, respecto de recibirle el Ganges quando va mas rápido, y de repelerle aquel con no menor violencia. No es tan célebre el Dyardene por correr solo por ultimas partes de la India, si bien cria no solo cocodrilos como el Nilo, sino tambien delphines, y otros animales desconocidos á las demás naciones. El Erymantho corre siempre con torcido curso, y queda al fin de él muy disminuido, respecto de dividirle los naturales del territorio, por donde pasa, en muchos arroyos para regarle. Sin estos hay otros muchos rios, á quienes hace desconocidos su corta extension. Las regiones maritimas son molestadas de los vientos de Septentrion, que las hacen esteriles; pero las que están cubiertas de los montes, producen hermosos trigos y deliciosos frutos. Por lo que mira á lo demás, la naturaleza ha dispuesto los tiempos del año, de suerte, que en el que ellos tiene el del invierno, tenemos nosotros el del verano; y por el contrario, quando ellos éste, nosotros aquel, sin que se haya podido hasta ahora averiguar la causa. El color del Mar que los circunda, es el mismo que los demás, porque el creer roxas sus aguas los ignorantes, no tubo otro principio, que el haber tomado el nombre del Rey Erythreo. Criase alli gran cantidad de lino, de que se visten sus naturales. Las cortezas de los arboles son tiernas, que como en cera se imprime en ellas lo que se escribe. Aprehenden alli los paxaros con facilidad á imitar el sonido de las voces humanas, y no se ofrecen animales semejantes á los nuestros sino se llevan. Crianse en aquella region los rhinocerontes, aunque no nacen en ella. Los elefantes son mas corpulentos y gallardos que los de Africa, y corresponde á su estatura su fortaleza. Los rios, que por el corto caudal de sus aguas corren con apacible curso, quizá para no malograr con la violencia de él lo precioso de sus gijas, resarcen aquel con el oro que llevan sus arenas. Arroja el Mar á sus orillas gran cantidad de perlas, y de piedras preciosas, en que se funda su mayor riqueza, especialmente despues que se transfirieron á las naciones estrañas sus vi-

vicios, porque es cierto, que en si no tienen mas estimacion los excrementos del Mar, que la que les ha dado la liviandad de los hombres: cuyos genios participan alli, como en las demás partes del Mundo, de la influencia del clima, y de la situacion de la tierra. Visten dilatadas ropas de lino, que les llegan á los pies, usan para estos de sandalias, y de cierta especie de turbantes para la cabeza. Aquellos, á quienes distinguen de la plebe, ó el nacimiento, ú los bienes de la fortuna, traen arillos de piedras preciosas en las orejas, y adornados de oro en las manos y en los brazos. Atienden al aliño de sus cabellos, y es mas comun entre ellos dexarselos crecer, que el cortarselos. La barba jamás se la quitan, pero no les pasa nunca de la extremidad del rostro, lo restante del qual procuran que esté desembarazado, y sin pelo alguno. La relaxacion y soberbia de sus Reyes, á quien dan el título de esplendidéz y magnificencia, comprehende la de todas las demás naciones del Mundo. Quando se dexan ver en público, llevan los criados de su casa delante de sus personas incensarios de plata, y perfuman todas las calles, por donde han de pasar. Van en una litera de oro, guarnecidas de perlas, cuya colgadura es de lino recamado de oro y de púrpura. Acompañanla sus guardas, muchas de las quales llevan ramos de arboles cargados de paxaros, á quienes han enseñado diversos generos de cantos para que les sirvan de diversion, y den algunas treguas en sus mas graves cuidados. Las columnas de su palacio son doradas, y enmarañadas de una parra de oro, que se dilata por lo largo de ellas, sobre quien se ofrecen á trechos diversas figuras de paxaros de plata, matizados de varios colores, que es lo que mas grata hacen la vista. Sus puertas están siempre abiertas para todos los que quieren entrar en él; dá el Rey audiencia á los Embaxadores, y administra justicia á sus vasallos mientras se peina. Quando le quitan las sandalias, le ungen los pies de preciosos olores. El mayor exercicio que hace, es el de salir á tirar con flechas á las fieras que le tienen prevenidas en un bosque, donde lo hace rodeado de sus concubinas, las quales mientras se emplea en este exercicio, se ocupan en cantar, y en hacer votos porque la caza sea feliz. Tienen dos codos de largo las flechas, y se despiden con mas violencia que efecto, respecto de que con-

consistiendo en su ligereza toda la fuerza, las dexa inútiles el peso que las echan. Sale á caballo quando no va lejos, pero si la jornada es dilatada, la hace en un carro, á quien conducen elefantes, cubiertos de caparrones de oro; y para que no falte á tanto desorden y relaxacion circunstancia alguna, lleva detrás de sí una gran tropa de concubinas en literas de oro. Este acompañamiento es distinto del de la Reyna, que ni en la pompa, ni en la magnificencia le cede. Disponenle estas mugeres la comida, y sirvenle el vino, que beben con gran exceso los Indios, y quando se halla cargado de él, y rendido al sueño, le conducen á su cámara, invocando con hymnos, á su usanza á los Dioses nocturnos, ¿pero quién creerá, que entre tantos vicios pueda tener algun lugar de estimacion la Philosophia? Hay cierto genero de hombres groseros y salvages, á quienes llaman Sabios, los quales fundando su mayor gloria en anticiparse la muerte, se hacen quemar vivos. Tienen por afrenta esperarla en edad caduca, ó entre las penosas fatigas de las enfermedades: por lo qual no hacen estimacion alguna de las personas que mueren de vejéz, y juzgan, que amancillan el fuego de su pira, si no se introducen á ella conservando sus vitales espíritus. Los que habitan en las ciudades, y gozan de la sociedad pública, observan los movimientos de los Astros, predicen lo futuro, y creen que ninguno que tiene valor para esperar la muerte se anticipa á darsela. Por lo que mira á lo demás, forman divinidades á su antojo, y adoran con especialidad á quienes se les prohibe violar con pena de la vida. Componen sus meses de quince dias; pero el año le tienen tan cumplido como el nuestro. Miden el tiempo por el curso de la Luna, aunque no como las demás naciones, sino por su entera rebolucion, respecto de que cuentan un mes despues de la Luna nueva hasta que está llena, y otro despues de está llena hasta su menguante: de manera, que asi como las demás naciones hacemos de la creciente y menguante de este planeta solo un mes, forman ellos dos. Refierense sin estas otras muchas particularidades de aquella region, con quienes no me ha parecido interrumpir el hilo de esta Historia.

Ca-

CAPITULO X.

SUJETA ALEXANDRO CON ADMIRABLE felicidad diversos pueblos de la India, aunque no sin efusion de sangre.

HAbiendo llegado Alexandro á los terminos de la India, se anticiparon á darle la obediencia muchos Señores de ella, diciendole: *que era el tercer hijo de Jupiter, que habia pasado á aquella region, que no habian conocido á Bacho, ni á Hercules, sino por la fama; pero que á él le veian, logrando la dicha de gozar de su presencia.* Recibiólos con gran benignidad, y mandóles, que le acompañasen y guiasen, y reconociendo, que no venian otros á hacer la misma demostracion, envió á Ephestion y á Perdicas con una parte de sus Tropas para reducir á los que resistiesen su obediencia, para que se alargasen al rio Indo, y para que mandáse pasar á el Exército; pero reconociendo, que era preciso hacer lo mismo por otros rios, ordenó que estos fuesen en tal disposicion, que pudiesen desarmarlos, y conducirlos en carros, para que sirviesen en todos. Despues de lo qual, y de haber mandado á Cratero, que le siguiese con la Phalange, se puso á la frente de la Caballería, y de los que estaban armados mas ligeramente, y escaramuzando con los que tubieron osadia de acometerle, los fue rechazando hasta meterlos en la Ciudad. Habiale alcanzado ya Cratero, y para causar en aquel pueblo, que aun no habia experimentado las armas de los Macedones, algun terror, mandó poner fuego á las fortificaciones y que los pasasen á todos á cuchillo; pero paseandose á caballo al rededor de los muros, fue herido de una flecha: si bien no le embarazó esto, que tomáse la ciudad, en cuyos moradores y edificios se hizo considerable estrago. Domada aquella gente de ningun credito, marchó ácia la ciudad de Nisa, y acampó á corta distancia de sus muros en un bosque que impedia la vista á sus Tropas. Sobrevino en él, llegada la noche, tan gran frio, qual no le habian padecido

hasta entonces; pero teniendo la felicidad de hallarse con el remedio tan proximo, cortaron gran cantidad de leña, y hicieron con ella muchas hogueras, cuyas centellas se dilataron hasta los sepulcros de los habitadores, á los quales compuestos de envejecidos cedros dexó consumido enteramente el fuego á breve rato de haber prendido, y estendiendose por ellos sus llamas. A cuyo tiempo se oyeron los ladridos de los perros de la ciudad, y despues considerables ruidos por los caminos; con lo qual pudieron conocer sus habitadores, que el enemigo no se hallaba lexos, y el enemigo que la ciudad estaba cerca. Reconociendo los sitiados que el Rey se adelantaba, probaron hacer una salida, pero con tan mal suceso, que sobreviniendo gran division entre ellos, unos querian rendirse y otros mantenerse. Noticioso de esto el Rey, se contentó con bloquearlos, sin hacerles otro daño, hasta que el cansancio y fatiga del dilatado Sitio los obligáse á que se rindiesen á discrecion. Decian, que habia fundado Bacho su ciudad, y á la verdad era cierto este origen. Está situada á la falda de un monte, á quien los naturales llaman Merós, y de quien los Griegos deduxeron la fabula, *de que Bacho habia salido del muslo de Jupiter.* Habiendose informado Alexandro de los naturales de la situacion de aquel monte, hizo llevar á él viveres, y penetró á su cumbre con todo el Exército. Visten sus collados hermosas viñas y yedras, á quienes guarnecen fecundos arroyos, produciendo en ellos la tierra gran variedad de arboles frutales, y sin que preceda mas sementera, que la de haber llevado alli la contingencia algun grano, porcion de trigo, sin muchos floridos laureles, cuyas hojas y las de otros arboles cubren las peñas. Tengo por sin duda, que el haberse empleado las Tropas en cortar pampanos y yedras; en breve hecho guirnaldes de ellas, corriendo de una á otra parte del bosque, fue mas que divina inspiracion, efecto de Bachico furor. Resonaban en aquellos montes y valles las voces de tantos millares de hombres, como los que adoraban al Dios tutelar de aquel bosque: cuyo desorden se empezó solo por algunos pocos, y fue seguido despues, como de ordinario sucede, de todos; los quales, como pu-

pudieran enmedio de la paz, se estendian sobre la yerba, y sobre las enramadas, que habian dispuesto. No disgustado el Rey de aquel inopinado exceso, mandó disponer sumptuosos banquetes por espacio de diez dias, en quienes tubo empleado su Exército en servicio de Bacho. A vista de lo qual, ¿quién podrá negar, que aun la mas sublime gloria pende, antes que del merecimiento de la virtud, del capricho de la fortuna? Pues en vez de acometer el enemigo á aquel embriagado Exército, quedó tan amedrentado de su vocería y de sus alaridos, como pudiera si los hubiese oido entre el estruendo y manexo de las armas. Con igual felicidad se preservó tambien de semejante riesgo, quando volviendo del Occeano, se entregó á los mismos desordenes á vista del enemigo. Pasó desde alli á una region llamada Dedala, á quien habian abandonado sus habitadores, huyendo á aquellas inaccesibles montañas, como lo habian hecho tambien los de Acadexa, donde entró despues. Por lo qual le fue preciso mudar el orden de la guerra, y dividir sus Tropas en diversas partes; con cuya diligencia quedaron á un mismo tiempo deshechos, asi los que no juzgaban tan inmediato el riesgo, como los que estaban amenazados de él. Tomó Ptolomeo muchas ciudades, pero de mayor consideracion Alexandro, el qual, despues de haber reducido todas sus fuerzas, pasó el rio Choaspes, dexó á Ceno en el Sitio de una rica y populosa ciudad, á quien los naturales llaman Becira, y se encaminó él ácia los Mazagas, por la muerte de cuyo Rey, llamado Asacano, sucedida poco antes, mandaba aquella provincia y la ciudad capital su madre Cleophes. Tenia dentro treinta mil Infantes, y no parecia sino que la habia fortificado á porfia la naturaleza y el arte; porque por la parte que miraba al Oriente la ceñia un rio muy rápido, cuyas riberas eran altas y quebradas, y por la que miraba al Occidente, y al Mediodia crecidos peñascos desgajados, al pie de los quales habia cabernas, las quales aumentadas con el curso del tiempo en abismos, se continuaban con un foso de inmenso trabajo y espantosa profundidad. Tenian los muros treinta y cinco estadios de circumbalacion, cuyos cimientos eran

de piedra, y cuya altura de ladrillo crudo, mezclado con piedras, para que el material mas fuerte sustentáse al mas débil, y para que la tierra no fuese invadida de las aguas, y deshecha quedáse todo reducido á ruina, tenian en medio gruesas vigas, y en lo alto galerias, que cubrian el muro, por quienes se andaba al rededor. Habiendo reconocido Alexandro aquellas fortificaciones, y nó sabiendo á que resolverse, por ser imposibles llenar las cabernas sino á fuerza de porcion inmensa de madera y de piedras, ni tampoco acercar sus máquinas, sino por este medio, fue herido en una pantorrilla de una flecha; pero sin hacer mas que sacarsela, aun no quiso detenerse á atarse un lienzo en la herida, y puesto á caballo continuó en lo que habia emprehendido. Con todo llevando la pierna estendida y descubierta, y corrompida la sangre, se le aumentaron los dolores; enmedio de los quales se refiere, que dixo: *Que aunque le hacian hijo de Jupiter, conocia era de la misma naturaleza que los demás hombres.* Sin embargo no por esto se retiró á su Campo, sin haberlo reconocido todo, y dado las ordenes, que juzgó por convenientes, en cumplimiento de las quales unos demolian las casas, que estaban fuera de la ciudad, valiendose de los materiales para llenar aquellas inmensas profundidades, y otros introducian en ellas troncos de arboles y peñascos enteros, trabajando todos con tan grande ardor, que en nueve dias quedó concluida la obra, y plantadas sobre ellas las torres. El Rey sin esperar á asegurarse de la herida, fue á ver el trabajo, y despues de haber alabado la diligencia, que habian puesto en él sus soldados, hizo adelantar las máquinas, con quienes se disparó gran cantidad de tiros contra los que defendian las murallas. Pero lo que mas terror causó á los Barbaros, no acostumbrados á aquellas invenciones, fue la desmesurada altura de las torres, las quales viendo que se movian por sí, creian que las gobernaban los Dioses, y que los Arietes, que derribaban los muros, y las lanzas arrojadas por los instrumentos de guerra, no podian ser efecto de industria humana. Por lo qual, desesperando de poder defender la ciudad, se retiraron al castillo, desde donde no hallandose mas asegurados en él, enviaron Emba-

baxadores al Rey para que le pidiesen perdon. Obtenido éste, salió la Reyna, y se fue para el Rey con grande acompañamiento de damas, que le llevaron en copas de oro vino en sacrificio. Iba consigo un hijo, que tenia en edad tierna, el qual le ofreció al servicio del Rey. Fue, no solo perdonada, sino tambien restituida á sus Estados con el mismo esplendor que habia tenido, y con todas las prerrogativas de Reyna. Cuyo beneficio se creyó debió mas que á la compasion de su desgracia, al atractivo de su hermosura. Lo cierto es, que parió despues un hijo, y que (fuese, ó no suyo) le puso por nombre Alexandro.

CAPITULO XI.

PONE SITIO ALEXANDRO A AORNO, peña y fortaleza inaccesible, y tomala, habiendola abandonado los de dentro.

ENvió desde alli á Polypercon contra la ciudad de Era, á cuyos habitadores, que habian hecho una desordenada salida, rompió, y cargandolos hasta las mismas puertas de su ciudad, entró mezclado con ellos, y se hizo dueño de la plaza. Tomó otras muchas ciudades cortas y desiertas, por haberse retirado, armados sus habitadores, á las rocas de Aorno. Era fama, que Hercules la habia sitiado, y que precisado de un temblor de tierra habia levantado el Sitio, hallandose el Rey dudoso en el modo de atacarla, por estar fundada sobre una roca quebrada por todas partes, se le ofréció un hombre anciano de la tierra con dos hijos suyos, y le prometió mostrarle camino por donde lo pudiese hacer, como se lo remuneráse. Aseguróle le daria ochenta talentos, y habiendose quedado con un hijo suyo en rehenes, le envió á que cumpliese lo que habia ofrecido con algunos soldados armados á la ligera, que le dió debaxo del mando de Mullino, Secretario suyo; los quales queria que ganasen la cumbre por rodeos, sin ser vistos de los enemigos. No tiene aquella peña, como las demás, las laderas cortas y faciles para su-

subir á ella, eleváse en forma de piramide, es por abaxo anchisima, y quanto mas se levanta, tanto mas se vá estrechando, hasta que queda á manera de una aguda punta. Pasa altisimo el rio Indo por sus faldas, cuyas riberas son por ambas partes asperisimas, y de la otra llena de tan crecidos pantanos y cenagales, que era preciso para haber de tomar la plaza terraplenarlos. Si bien ofreciendose allí un bosque muy á proposito para conseguirlo, le hizo el Rey talar, ordenando que se cortasen las ramas de los arboles para que los pudiesen conducir mas facilmente, y que solo echasen los troncos. Cortó el primero él, con cuyo exemplo levantando todos el grito, se emplearon en continuar el trabajo, que habia empezado el Rey con tan grande calor, que en siete dias quedó acabado todo. Habiendo al mismo tiempo resuelto hacer un ataque, mandó á los Archeros y á los Arianos, que procurasen subir por aquella impenetrable aspereza, y escogió de su compañia treinta mozos de los mas valerosos, á quienes dió por Cabos á Caro y á Alexandro, exhortando á éste á que se acordase de su nombre. No era creible, que siendo tan evidente el peligro se pusiese el Rey á él; pero no bien hubo dado la señal la trompeta, quando aquel Principe, que no era dueño de su valor, ordenó á sus guardas que le siguiesen, y fue el primero que empezó á trepar por la peña. No hubo entre todos los Macedones alguno, que dexando sus aloxamientos, no le siguiese á aquel evidente riesgo, en que perecieron muchos, cayendo desde la peña al rio, cuyos crecidos remolinos los sorbian; espectáculo á la verdad lastimoso, aun á los que no habian corrido igual fortuna; pero como se hallaban amenazados del mismo riesgo, convertida en miedo la compasion, solo cuidaban de sí. Hallabanse ya tan empeñados que les era preciso, ó vencer, ó morir, porque los Barbaros descargaban crecidas piedras sobre los que subian, los quales asiendose no sin gran dificultad y trabajo en aquellos resbaladizos lugares, caian precipitados. Sin embargo, Alexandro y Caro, á quienes envió el Rey delante con aquellos treinta mancebos escogidos, habian ganado ya lo alto de la peña, y llegado á las manos; pero ocupando aun el enemigo

go la cumbre, para un tiro que lograban, recibian muchos. Bien acreditó Alexandro en aquel peligro quan presente tenia su nombre, y el ofrecimiento que habia hecho al Rey; pero no vastando el valor adonde faltaba el resguardo, cayó oprimido de inmensos golpes. Viendolos Caro en tierra, y no atendiendo sino á tomar venganza de su muerte, se entró por enmedio de los enemigos, en quienes á lanzadas y estocadas hizo considerable mortandad, hasta que no pudiendo resistir solo á tan numerosa muchedumbre, cayó muerto sobre el cuerpo de su amigo. Sentido el Rey, como era justo, de la pérdida de aquellos dos valerosos soldados y de los demás, hizo que tocasen á retirar. Todo su remedio le debieron á la buena ordenanza, con que se retiraron, porque los Barbaros contentos en haberlos rechazado, no los siguieron. Aunque Alexandro, perdida la esperanza de poder ganar la plaza, tenia resuelto levantar el Sitio, mostrando quererle continuar, hizo tomar todos los pasos del camino, acercar las torres, y que refrescasen los que se hallaban fatigados. Los Indios viendo su obstinacion, dieron á entender tambien su seguridad, y como en manifestacion de haber triunfado del enemigo, tubieron dos grandes banquetes, celebrando su vencimiento con atambores y cimbales á su usanza. Si bien á la tercera noche, habiendo cesado su algazara, causó grande estrañeza el ver toda la peña llena de fuegos; que habian encendido para asegurar su fuga por aquellos despeñaderos. Habiendo enviado el Rey á Balacro á reconocerlos, supo que los Barbaros habian abandonado la peña; á cuyo tiempo, haciendo señal á su gente, para que levantasen el grito, causó tal pavor en los fugitivos, que creyendo ya sobre sí al enemigo; se precipitaron muchos de lo alto de las peñas, y la mayor parte de ellos estropeados, fue abandonada de los que pudieron salvarse Aunque Alexandro quedó antes vencedor de la plaza, que del enemigo, hizo en accion de gracias sacrificio á los Dioses, como si hubiese ganado una batalla, y levantó altares sobre la peña á la Diosa Minerva y Victoria; á las guias que habian conducido á los soldados armados á la ligera, no dexó de cumplirles puntualmente lo que les ofreció, enmedio de no haber

ber executado todo que habian prometido, y á Sicocosto dió el gobierno de la paña y de la region.

CAPITULO XII.

OMPHIS, PRINCIPE PODEROSO, abandonandose, se rinde á Alexandro con su Reyno, pero conservale en él: Presentes que se hacen ambos.

TOmó desde alli la vuelta de Ecbolima, si bien noticioso de que cierto Eryce estaba apoderado con veinte mil hombres de guerra, de un estrecho que habia en el camino, dexó el grueso de su Exército á Ceno para que le conduxese á cortas jornadas, y habiendose adelantado con su gente de arco y de honda, puso en desorden á los enemigos, y abrió el paso á sus Tropas, que le seguian. Los Indios, ó ya fuesen por grangear la gracia del vencedor, ó ya por odio que tubiesen á su Cabo, le dieron muerte al tiempo que huia, y llevaron su cabeza y sus armas á Alexandro, el qual dió por libre de castigo la accion, si bien no quiso autorizar el exemplo con la recompensa de ella. Encaminandose desde alli al rio Indo, llegó á él en seis dias de marcha, donde halló dispuesto por Ephestion quanto era necesario para pasarle, segun se lo habia ordenado. Reynaba en aquella region Omphis; el qual en cumplimiento del consejo, que le dió su padre, poco antes de su muerte, para que pusiese á la obediencia de Alexandro su Estado, le habia enviado despues de ella Embaxadores para saber de él, si era de su agrado que tomáse posesion del Reyno, ó que como persona particular esperáse su venida. Y si bien el Rey le permitió que reynáse, tubo la atencion de no usar del dominio que le habia concedido. Trató á Ephestion con grande urbanidad, y hizo distribuir gratuitamente entre sus Tropas todos los granos que necesitaron, aunque no se dexó ver de él, por no quererse fiar sino del Rey; á quien salió á recibir, luego que supo estaba cercano con un hermoso Exército, entre cuyos Esquadrones llevaba gran cantidad de Elefan-

fantes, á corta distancia unos de otros, que de lexos no parecian sino castillos. Tubole al principio Alexandro por enemigo suyo, y no por su aliado; y asi mandó á su Phalange, que estubiese presta, y á su Caballeria, que se pusiese en filas para combatir; quando el Indio, conociendo su yerro, mandó hacer alto á sus Tropas, y detubo su caballo. Hizo lo mismo Alexandro; dudoso en si venia como amigo, ó como enemigo; pues tan igualmente podia librar su seguridad en su valor, que la fé de aquel Príncipe. Llegaron á hablarse con animos amigables, segun se pudo inferir por las exteriores demostraciones de los semblantes; pero no pudiendo entenderse uno, ni otro, hicieron llevar alli un Interprete Indio, por cuyo medio dixo á Alexandro, Omphis; *Que él iba á su presencia con su Exército, para ofrecer á su disposicion todas sus fuerzas, sin haber querido esperar otra seguridad, que la que libraba á su persona y á su Reyno en un Príncipe, cuya magnánima generosidad sabia, que solo guerreaba por la gloria, y que nada aborrecia mas que el obscurecerla con el lunar de la perfidia.* Obligado Alexandro de la bizarria del Barbaro, le tomó la mano, y le restituyó á sus Estados. Presentó á Alexandro cinqüenta y seis elefantes, y otras muchas fieras de prodigiosa magnitud, con tres mil toros, que en aquellas tierras son de grande estimacion, y muy del gusto de los Reyes. Preguntandole Alexandro: *¿De qué necesitaria mas, de labradores, ó de soldados?* Le respondió: *Que teniendo guerra con dos Reyes, necesitaba mas de estos, que de aquellos.* Eran los dos Reyes Abisares, y Poro; pero mas poderoso Poro. Reynaban ambos de la otra parte del Hydaspes, resueltos á experimentar la fortuna de la guerra contra qualquiera que los acometiese. Tomó Omphis, con el permiso de Alexandro, la Diadema, y segun el estilo de aquella tierra, el nombre de Taxites que habia tenido su padre, y que era afecto á todos los que sucedian en el Reyno; y despues de haber tratado magnificamente el Rey por espacio de tres dias, le mostró al quarto las bituallas que habian consumido las Tropas que llevó Ephestion, y le regaló á él, y á los principales de su Corte con coronas de oro, y con ochenta talentos de plata, en moneda. Sumamente agradecido Alexandro de la generosidad de

aquel Príncipe, le volvió á enviar quanto le habia presentado, y demás de ello mil talentos del botin que hacia siempre llevar detrás de sí, con una rica baxilla de plata y oro, para el servicio de su mesa; gran cantidad de ropas, á la modo Persiana; y treinta y seis caballos enjaezados, de la misma manera que los que él montaba; pero asi como aquella liberalidad obligó al Barbaro, ofendió sumamente á los Cortesanos de Alexandro, entre los quales uno, llamado Meleagro, le dixo, comiendo con él, despues de haber bebido bien: *Que se regocijaba de que por lo menos hubiese hallado entre los Indios uno, digno de mil talentos.* Reprimió el Rey su indignacion, acordandose del disgusto que habia tenido por la muerte que dió á Clito, causada de su gran libertad; pero no dexó de decirle: *Que los envidiosos no eran otra, que verdugos de sí mismos.*

CAPITULO XIII.

HACE ALEXANDRO LA GUERRA AL REY Poro, á persuasion de Omphis, cuyos principios son dudosos.

LLegaronle el dia siguiente Embaxadores de Abisares; en conformidad del orden que llevaban, ofrecieron á Alexandro, en nombre suyo, sus Estados: y habiendo tomado, y dadose recíproca fé, fueron despedidos. No dudando el Rey que se le rendiria facilmente Poro, movido de la fama de sus gloriosas empresas, despachó á Cleocares, para que le notificáse: *Que le pagáse tributo, y compareciese á hacerle el debido obsequio, saliendo á los confines de su Reyno.* Pero bien lexos de executarlo, le respondió el Barbaro: *Que no dexaria de obedecerle en una de las dos cosas que le mandaba, saliendole á recibir á la frontera; pero que seria con las armas en las manos.* Resuelto Alexandro á pasar al Hydaspes, le llevaron á Barcentes, autor de la rebolucion de los Arachosios, y treinta elefantes, que se tomaron con él, cuyo refuerzo no pudo irle á mejor tiempo contra los Indios; los quales fian mas de aquellos brutos, que de sus armas. Llevaronle tambien á Gamaxo, Rey de gran parte de la India, que

que se habia juntado con Barcentes; y habiéndo dexado á uno, y á otro con buenas guardas, y dado el gobierno de los elefantes á Taxiles, pasó á alojar junto al Hydaspes. Acampaba Poro en la ribera contraria, para impedirle el paso, y tenia puestos de frente ochenta y cinco elefantes, de prodigiosa magnitud, y delante de ellos trescientos carros, y cerca de treinta mil Infantes, entre quienes estaban los Archeros, que usaban de aquellas largas flechas, de quienes dexamos dicho el poco efecto que causaban, por su demasiado peso. Estaba Poro sobre un elefante, mayor que los demás, obstentandose asi por la superioridad de su estatura á la regular de los otros, como por sus armas, resplandecientes con el oro y la plata que las adornaba, tan horrible como magestuoso. Correspondia á la grandeza del cuerpo, la del ánimo; y á uno y otro, y en quanto permitia la groseria y rudeza de aquellos pueblos, la capacidad. Quedaron los Macedones no menos atemorizados que del enemigo, del rio que habian de pasar; el qual, enmedio de tener quatro estadios de ancho, corria tan sumamente profundo, é incapáz de que por parte alguna se le pudiese vadear, y con tan violenta rapidéz, como si lo hiciese por alguna canal estrecha, causandosele mas espantoso sus ruidosas y espantosas olas, las quales, rotas en muchos lugares, eran testimonio de quan llenos de peñas estaban, pero nada les era tan pavoroso como la vista de la ribera, cubierta de hombres, de caballos y de elefantes. Estaban plantados en ella en forma de torres aquellos horribles animales, á quienes irritaban de proposito, para que con sus espantosos gritos causasen mayor asombro en los animos enemigos. Todas estas cosas juntas tenian reducidos á los Macedones á tan desconsolados terminos, que, enmedio de haberse mostrado no menos invencibles, que esperanzados en los mayores peligros, desconfiaban de poder vencer con sus debiles barcos la impetuosidad del agua, ni de llegar seguramente á la ribera, aun quando lo consiguiesen. Habia enmedio del rio muchas islas, á quienes pasaban á nado los Indios y los Macedones, llevando las armas sobre la cabeza. En ellas tenian algunas escaramuzas, á vista de ambos Reyes; los quales, á costa de aquel corto peligro podrian prevenir el fin del mas importante. Hallabanse en el Exército de Ale-

xandro dos caballeros mozos, llamados Egesimacho el uno y Nicanor el otro, que habiendose señalado por su temeridad, y fiandose en la continuada felicidad de su partido, despreciaban todo genero de peligros. Estos, pues, eligiendo los mas resueltos mancebos, y no llevando consigo mas armas que la de una lanza, pasaron á nado á una isla, llena de enemigos. En ella, con mas osadia que resguardo, hicieron gran mortandad en los contrarios, despues de la qual, es sin duda, que pudieran haberse retirado gloriosamente, si supiese la temeridad, quando es feliz, contenerse; pero esperando con desprecio é insolencia á los demás, que iban á tomar venganza de la muerte de sus compañeros, cogidos en medio por una tropa de ellos, que nuevamente habia pasado nadando, fueron oprimidos de los innumerables dardos que les tiraban de lexos; y los que pensaron en salvarse, ó fueron arrebatados de la corriente, ó sorbidos de los remolinos. Dió crecidos alientos este suceso á Poro, atento desde la ribera á quanto pasaba, y puso en tan gran perplexidad á Alexandro, que se halló necesitado á usar de algunas estratagemas para engañar al enemigo. Habia en aquella ribera una isla de mayor extension que las otras, muy poblada de arboles, y propria á armar en ella una emboscada: tenia tambien un foso muy profundo cerca de la ribera, que ocupaba el Rey, donde no solo se podia ocultar Infanteria, sino tambien Caballeria: y temeroso Alexandro de que los enemigos se valiesen de la comodidad de aquel terreno, mandó á Ptolomeo, que con toda su Caballeria marchàse lexos de la Isla, y que dando freqüentemente al arma, para atemorizar á los enemigos, hiciese demostracion de querer pasar el rio. Executólo Ptolomeo algunos dias con tan gran destreza, que obligó á Poro, por medio de aquel ardid, á que pasáse de la otra parte, donde habia dado á entender intentaba ocuparla. Con que logrado el que los enemigos hubiesen perdido de vista la isla, hizo levantar Alexandro su Tienda en frente de su Campo, y plantar las guardas de su persona al rededor de ella, con toda la obstentacion que solia usar, y se debia á la Magestad de tan gran Rey. Hizo tambien á Attalo, que era de la misma edad, y no dexaba de parecersele en el rostro y en la estatura; mayormente viendole de lexos, que se pu-

pusiese su Real vestidura, para dar á entender estaba allí él en persona, y que no intentaba pasar; y procurar, teniendo al enemigo en este engaño, entrar en la isla, de quien hemos tratado, con el resto de sus fuerzas, mientras le divertia Ptolomeo con las Tropas que habia llevado. Y si bien, sobreviniendo una tempestad, retardó la execucion de este intento, convirtiendo la fortuna en todos los de este Príncipe en mayor beneficio suyo los mayores obstáculos para sus progresos, le facilitó aun en ella misma el medio de llevar al fin su designio; porque sucediendo á aquel turbion tan impetuosa lluvia, que aun los que estaban debaxo de cubierto, no sin dificultad se preservaban de ella, hallandose precisados los soldados á desamparar sus barcos, por asegurarse en tierra, y estando el Cielo tan cubierto, que negaba casi enteramente su luz, para que pudiesen conocerse, aun los soldados que se hallaban á corta distancia unos de otros: bien lexos Alexandro, de que le amedrantasen aquellas espantosas tinieblas, ni el riesgo á que se exponia de pasar un rio desconocido, y de ir á dar ciegamente, y sin mas fin, que el de adquirir gloria á tan costoso precio, á algun lugar, quizá ocupado por los enemigos; juzgando, que aquella obscuridad, que atemorizaba á los demás, le era favorable, dió la señal, para que todos entrasen en sus barquillos, sin hacer ruido; y fue el primero que mandó botar al agua el en que habia de embarcarse. No descubrieron persona alguna en la ribera, donde habian de llegar; porque Poro tenia puesto todo su cuidado en Ptolomeo. Llegaron á la orilla sin mas pérdida, que la de un barquillo, que agitado de las olas, dió en una peña; y habiendo hecho Alexandro marchar por filas algunas Compañias de escogidas Tropas, para que tomasen el terreno de mano derecha, ordenó su Exército en forma de batalla.

CA-

CAPITULO XIV.

COMBATE SANGRIENTO, Y SEÑALADO entre los Indios, y los Macedones; Gran valor de Poro, á quien Alexandro trata con Real clemencia.

EMpezaba ya á marchar á la frente de su Exército, dividido en dos filas, quando avisaron á Poro: *Que los Macedones habian pasado el rio, y se encaminaban ácia él.* Creyó al principio, no de otra suerte, que de la que se suelen lisongear los hombres en sus esperanzas, que se habrian equivocado con Abisares, su aliado, que iba á asistirle en aquella guerra, en cumplimiento de lo que tenian ajustado entre ambos; pero aclarando el tiempo, y desengañandole de que no eran sino los enemigos, envió á su hermano Hages con cien carros, y quatro mil Caballos, para que se opusiese á ellos. Consistia en aquellos carros su mayor fuerza: llevaba cada uno de ellos seis hombres, dos con escudos, y otros dos Archeros, por ambos lados de él; y los restantes conducian el carro, sin que dexasen de pelear quando se llegaba á las manos, llevando gran cantidad de dardos, que disparaban contra los enemigos, luego que quitaban los frenos á los caballos. Sin bien aquel dia le sirvió de poquisimo toda esta prevencion, porque la gran lluvia que habia caido, dexó la tierra tan resbaladiza, que los caballos no se podian tener, ni los carros, bien pesados por sí, y hundidos en aquellos pantanos y cenagales, moverse. Por el contrario Alexandro, hallandose con su Exército listo, y desembarazado, los cargaba vigorosamente. Fueron los Scythas y los Dahos los primeros que lo hicieron, y despues Perdicas, á quien envió, para que con la Caballeria acometiese al ala derecha. Encendido el combate de una y otra parte, soltaron á toda rienda los carros los que los conducian por enmedio de la batalla, como el mayor socorro que podian dar á su gente; pero fue igual el daño que causaron en unos y otros: porque si la Infanteria de los Macedones, expuesta á aquella primera furia, fue rota y maltratada de las ruedas, y de los caballos; los carros, que se desviaban á lugares res-

resvaladizos y fragosos, bolcaban á los que conducian, mientras los caballos de los otros, espantados, corrian de una á otra parte, arrojando á unos á los fosos, y á otros al rio. Hubo sin embargo algunos Macedones, que abriendose lugar por enmedio de los enemigos, llegaron muy cerca de Poro; el qual cumplia á un tiempo con la obligacion de Soldado y de Capitan. Y habiendo reconocido errantes sus carros por aquel campo de batalla, y sin quien los conduxese, distribuyó los elefantes en los que estaban mas cerca de su persona, y puso detrás de ellos la Infanteria, y los Archeros, que solian tocar los tambores de que se servian los Indios en lugar de trompetas. Si bien acostumbrados ya á aquel sonido, los alteró poco su estruendo. Llevaban á la frente de la Infanteria la estatua de Hercules, la qual era muy poderoso estímulo para encenderlos en el combate, respecto de tenerse por tan gran infamia entre sus Tropas, abandonar á los que le llevaban, como si desamparasen la misma persona de Hercules, estando vivo, y no volverla de la batalla; por lo qual convirtieron en religion y veneracion el miedo que habian concebido del enemigo. Detuvo algo á los Macedones el aspecto de los elefantes, y tambien el del Rey; porque puestos aquellos brutos entre los Esquadrones parecian torres vistos de lexos; y Poro, cuya estatura era superior á la de todos los suyos, aun mayor, respecto de ir en un elefante de excesiva magnitud á los demás. Alexandro, pues, habiendo observado atentamente á aquel Rey, y á su Exército, dixo: *Que en fin habia hallado un peligro digno de su valor, habiendo de contender con furiosos brutos, y con valerosos hombres.* Y volviendose á Ceno, le dixo: *Quando hubiera acometido á la ala izquierda de los enemigos con Ptolomeo, Perdicas y Ephestion, y me vieres empeñado en el combate, carga en el ala derecha; y tú Antigenes, Leonato y Tauron dareis al mismo tiempo en la frente de la batalla, y los cargareis vivamente. Nuestras largas y fuertes picas en ninguna ocasion nos servirán mejor, que empleandolas en esos brutos, y en los que los montan. Echad por tierra á estos, y herid en aquellos, cuyo socorro es bien peligroso, pues igualmente pueden servir que dañar, y mas si vuelven furiosos contra sus Tropas; porque si una obediencia forzada los obliga á ir contra los enemigos,*

pue-

puede precisarlos á que se conviertan contra los suyos un ímpetuoso miedo. No bien hubo dicho esto, quando dando de espuelas al caballo, se puso delante de todos. Tenia abierto ya un batallon de los enemigos, como lo habia ideado, quando empezó Ceno á cargar con gran furia en el ala derecha, y la Phalange con no menor impetu en la batalla de los Indios, que quedando enteramente rota, hizo Poro adelantar los elefantes por la parte que habia entrado la Caballeria. Pero no pudiendo aquellos pesados é inhabiles brutos igualarse en la velocidad con los caballos, ni tampoco los Bárbaros valerse de ninguna suerte de las flechas, respecto de que siendo tan largas y pesadas, les era preciso, para cargar comodamente el arco, afirmarle contra la tierra, que estando tan resbaladiza estorvaba que hiciesen efecto alguno; fuera de que aun antes que las disparasen tenian al enemigo sobre sí. No escuchaban ya en aquella confusion las ordenes del Rey, habiendose usurpado la jurisdiccion el miedo, mas poderoso entonces que los Cabos; los quales eran tantos, quantas las desordenadas Tropas. Querian unos, que se reuniesen en cuerpo de batalla; otros, que se separasen algunos, y que se mantuviesen firmes; y no pocos, que se cogiesen á los enemigos por las espaldas, sin que nada llegase á execucion. Si bien Poro, con algunos de los suyos, en quienes pudo mas la honra que el miedo, hizo rostro á Alexandro, poniendo de frente en la marcha á sus elefantes. Causaron gran terror aquellos brutos, por sus horribles gritos, á quienes no estaban acostumbrados, ni los caballos, naturalmente recelosos, ni los soldados, cuyos Esquadrones pusieron en tal confusion, que los que poco antes se habian visto victoriosos, ya no atendian sino á huir. Entonces Alexandro hizo adelantar contra aquellos animales la Caballeria ligera de los Agrianos y de los Thraces, mas proprios para las corerrias, que para combatir á pie firme; los quales descargaron en los elefantes, y en los que iban sobre ellos: á cuyo tiempo la Phalange, viendolos vacilantes, empezó á cerrarlos de cerca; pero algunos que los perseguian con demasiado ardor, los irritaron de suerte, que quedaron despedazados de su furor, y dexando en su estrago exemplo á los demás para que se abstuviesen de oprimirlos; causandoles mayor terror el ver levantar con sus trompas á los hom-

hombres armados, y entregarselos á los que iban sobre ellos. Lo qual fue causa de que los Macedones procediesen mas remisos, y de que huyendo las unas veces, y acometiendo otras, permaneciese gran parte del dia dudoso el combate, el qual no hubiera tenido fin si no hubiesen cortado las piernas á los elefantes con hachas, dispuestas para aquel efecto, y con ciertas espadas cortas, á quienes llaman *Copidas*, algo corbas, y en forma de hoces, con quienes cortaban sus trompas, sin omitir medio alguno de que no se valiesen para librarse del furor de aquellos animales, á quienes temian mas que la misma muerte. Finalmente, rendidos los elefantes al rigor de sus heridas, no se dexaban ya gobernar, antes furiosos del dolor de ellas, derribaban amigos y enemigos, y sacudiendo á los que llevaban sobre sí, los despedazaban. Despues de lo qual, mas mitigado su furor, y siendo mayor el recelo con que quedaban, que el daño que causaban, los echaron del Campo de batalla á bandadas, como rebaños de ganado. Viendose Poro abandonado de la mayor parte de su gente, se mantuvo disparando gran cantidad de dardos, con quienes hirió á muchos que le cercaban, siendo el blanco de los tiros de los enemigos. Hallabase ya con nueve heridas, que habia recibido, asi por delante como por detras, por las quales habiendo derramado gran porcion de sangre, quedó tan debilitado, que se le caian los dardos de las manos quando iba á dispararlos; pero su elefante, que se conservaba aun sin alguna herida, con vengativo instinto hizo grande estrago en los enemigos, en que hubiera continuado, si reconociendo el que le gobernaba el desfallecimiento del Rey, y que se le caian sus armas por su demasiada debilidad, no le hubiese encaminado á la fuga, en la qual le seguian Alexandro bien de cerca; pero habiendole faltado á lo mejor su caballo, que oprimido de innumerables heridas, cayó suavemente debaxo de él, como temeroso de ofenderle, dió tiempo á Poro, mientras tomaba otro, para que se le adelantáse: en cuyo intervalo envió el hermano de Taxiles, Rey de los Indios, para que *le exhortáse se rindiese al vencedor, y no aguardáse al ultimo lance*; pero Poro, aunque se sentia tan desfallecido, y habia derramado la mayor

parte de su sangre, vuelto ácia donde oia aquella voz, que no desconocia, le dixo: *No escucho al hermano de Taxiles, aquel traydor á su patria y á su Reyno.* Y tomando un dardo que le habia quedado, le disparó contra él con tan gran violencia, que le pasó de parte á parte: despues de cuyo ultimo testimonio de su valor, se entregó á la fuga con mayor diligencia que antes; pero habiendo recibido tambien el elefante muchas heridas, y no pudiendo ya marchar, se vió necesitado Poro á detenerse, dexando alguna Infantería para que hiciese frente á los enemigos que le seguian. Habiale alcanzado Alexandro, y viendo su obstinacion, dió orden para que hiciesen pedazos á los que no se rindiesen; con lo qual cargaron los suyos á la Infantería, y al mismo Poro, el qual gravado de tantas heridas, y haciendo el amago de ir á caer del elefante, creyendo el que le conducia que queria desmontarse de él, le hizo poner de rodillas, como acostumbraba, á cuyo exemplo executaron lo mismo todos los que estaban cercanos, lo qual fue causa de que asi Poro, como los demás, cayesen en manos de los vencedores. El Rey, creyendo que hubiese muerto, mandó que le despojasen, con cuya orden, acudiendo todos á quitarle la coroza y los vestidos, se lo estorbó el elefante, defendiendo á su dueño, á quien, arrojando de sí á los que se acercaban, le levantó con su trompa, y le puso en sus espaldas; pero habiendo perdido los ultimos alientos, al rigor de las innumerables heridas, que descargaron sobre él, pudieron aprisionar á Poro, á quien pusieron en un caballo, y á quien reconociendo el Rey que aun abria los ojos, le dixo movido de compasion: *O tú infelice, ¿qué delirio te induxo, á que intentases medir tus fuerzas con las mias, sabiendo el credito de mis armas? ¿Y no pudiendo dudar, por lo que obré con Taxiles, tu vecino, de la clemencia que uso con los rendidos?* A que él respondió: *Pues deseas saberlo, yo te lo diré con la misma libertad con que me lo preguntas. No creia yo que hubiese en el Mundo hombre mas valiente que yo, porque conocia mis fuerzas, y no habia experimentado las tuyas hasta hoy, que me ha enseñado el suceso, que debo cederte; pero sin tenerme por poco feliz, logrando el segundo lu-*

lugar despues de ti. Y habiendole preguntado Alexandro, *¿qué tratamiento esperaba le hiciese el vencedor?* Le respondió: *El mismo que este dia te aconseja me dés, el qual te lo enseña con bastante desengaño, quan caduca es la felicidad de los hombres.* Cuya advertencia le aprovechó mas que el mayor ruego, pues con aquella generosa resolucion, en que mostró la corta impresion que hizo en su ánimo el infortunio, movió de suerte á piedad el del Rey, que no solo le perdonó, sino le colmó de honras. Mandóle curar de sus heridas con el cuidado que pudiera, si hubiese peleado en servicio suyo; y habiendo quedado sano de ellas, contra la esperanza de todos, le admitió al número de sus amigos, y le dió poco despues mayor Reyno que el que habia tenido; porque nada se observó en él mas natural, ni en que mayor cuidado pusiese, que en estimar el valor, y la verdadera gloria, donde la hallaba: bien es verdad, que esta virtud la practicó con menos liberalidad entre sus ciudadanos, que entre sus enemigos, por creer, que quanto peligraba su grandeza, observandola con aquellos, quedaria mas ilustre, haciendo mayores y mas famosos á los que habia vencido.

LIBRO NONO.

CAPITULO PRIMERO.

PASA ALEXANDRO A LA INDIA despues de haber vencido á Poro, y reducido á su obediencia muchos pueblos y ciudades, cuyas costumbres y estilos se describen.

GUstoso Alexandro de tan memorable victoria, la qual le abria el paso al Oriente, hechos sacrificios al Sol, colmó de elogios y de esperanzas á sus soldados, para animarlos á la continuacion de la guerra. Deciales: *Que todas las fuerzas de los Indios habian quedado postradas con*

solo un golpe: Que lo que les restaba no era mas, que un continuado botin, y un almacen de riquezas: Que iban á aquellas famosas regiones, á donde reynaba la opulencia, y crecian los tesoros respecto á quienes no estimarian despojos los Persas: Que acumularian tanto oro, marfil y piedras preciosas, que no solo llenarian de ellas sus casas, sino tambien á Macedonia y Grecia. Estimulados los soldados en la codicia y de la gloria, y asegurados de las promesas del Rey, las quales habian visto cumplidas siempre, se ofrecieron animosos á seguirle; y habiendolos despedido, hizo aprestar una Armada para pasar al Occeano, y dilatarse por los términos de el mundo, despues de haber corrido toda el Asia. Habia en las montañas vecinas gran cantidad de madera para la fábrica de los baxeles; pero habiendola empezado á cortar; se encontraban con serpientes de prodigiosa grandeza, y con rhinocerontes, muy raros en el Mundo, y á quienes los naturales de la tierra, llaman con otro nombre que este, el quel les pusieron los Griegos. El Rey, despues de haber edificado dos ciudades en ambas riberas del rio, que habia pasado, dió á cada uno de los Cabos de su Exército una corona de oro y mil escudos, honrando tambien á los demás segun sus grados y meritos. Abisares, que poco antes habia enviado embaxada á Alexandro, volvió á hacerlo nuevamente, para asegurarle, *estaba pronto á executar quanto le ordenáse, como no fuese el que le entregáse su persona; porque no pudiendo vivir sin reynar, tampoco reynar siendo cautivo.* Respondióle Alexandro: *Que si le parecia tan aspero ir á él, que él le buscaria.* Y habiendo pasado desde alli el rio con Poro, entró en lo mas interior de la India, donde halló bosques de casi infinita extension, poblados de espesisimos arboles de desmesurado tamaño; cuyas ramas, por la mayor parte, eran como troncos, que redoblandose hasta la tierra, volvian á levantarse tan derechas, que no parecian ramas, sino nuevos arboles, que nacian con proprias raices. Es alli el ayre muy sano, asi por la frescura de los bosques, la qual templa el ardor del Sol, como por la abundancia de agua, que baña el territorio; aunque muy inficionado éste de serpientes, cuyas es-

escamas respladecen como el oro, y cuya mordedura era tan sumamente venenosa, que los que la padecian morian al punto, hasta que los naturales hallaron remedio para ella. Marchó despues por desiertos ácia el rio Hydraotes, contiguo á un humbroso bosque, lleno de pabos salvages, de arboles no conocidos. Desde alli pasó á apoderarse de una ciudad, que estaba enfrente; y habiendola impuesto tributo, se encaminó á otra muy grande, como lo son casi todas las de aquellas regiones, cercadas de buenos muros y de una laguna. Salieronle al oposito los Barbaros sobre carros unidos unos con otros: llevaban achas unos, saëtas otros, y otros lanzas; y saltando de unos carros á otros, se socorrian entre sí. Atemorizó al principio aquel genero de combate á los Macedones, sintiendose heridos, y sin poderse juntar: pero despreciando despues tan mal ordenada Tropa, embistieron con tan grande ímpetu los carros (mandando el Rey cortar las sogas con que iban atados, para que pudiesen hacerlo mas comodamente) que habiendo perdido ocho mil de los suyos los enemigos, se retiraron á la ciudad. Plantaronse el dia siguiente las escalas al rededor de las murallas; y habiendola dado el asalto, se apoderaron de ella. Fueron pocos los que debieron á su demasiada presteza el salvar la vida pasando á nado la laguna; los quales ponian en gran terror á las ciudades inmediatas, publicando: *Que iba á sus tierras un Exército de los Dioses, imposible de que le venciesen los hombres.* Habiendo mandado Alexandro á Perdicas, que debastáse aquella region con una parte de sus Tropas, y dado algunas á Eumenes, para que reduxese á los Barbaros, pasó con las restantes contra una ciudad, á donde se habian retirado los moradores de otras. Enviaron los sitiados al Rey Diputados, para que tratáse de ajuste, no dexando por esto de disponerse á su defensa, respecto de la division que habia entre el pueblo, donde decian unos, que nó podian hacer nada peor que rendirse; y otros, que de ninguna suerte quedaban seguros, sino haciendolo: en cuya contestacion, los mas advertidos, le abrieron las puertas. Y si bien pudiera Alexandro irritarse contra los que resolvieron oponersele, los perdonó á todos; y recibidos rehenes, marchó

chó á la ciudad mas inmediata. Iban estos delante del Exército; y conociendolos los sitiados desde los muros, pidieron que se abocasen con ellos: y habiendolo hecho estos, é informadolos de la clemencia y fuerzas de Alexandro, se rindieron á su obediencia, con otras muchas ciudades. Entró despues en el reyno de Sopites, cuyo pueblo, si creemos á los Barbaros, es muy sabio: gobiernase con buenas leyes, y vive con loables costumbres. No se crian, ni se educan alli los hijos conforme la voluntad de los padres, ni de las madres, sino conforme la de ciertas personas destinadas para ello; las quales toman á su cuidado la formacion y constituciones de sus cuerpos: en quienes, si reconocen algun notable defecto, les dan muerte. No atienden quando se casan á la calidad de las familias, ni al caudal, sino solo á la hermosura de las mugeres; la qual hace estimables tambien á los hijos. Habiase encerrado aquel Rey en la Capital de su Reyno, á quien tenia bloqueada Alexandro; hallandose dudosos los Macedones, en si la habrian abandonado los habitadores, ó si se ocultaban para usar de alguna estratagema, respecto de no parecer, ni en los muros, ni en las torres persona alguna á su defensa; pero abriendo repentinamente las puertas, salió el Rey Indio con dos hijos suyos, ya crecidos, y se encaminó en busca de Alexandro. Excedia en la estatura y buena disposicion á todos los demás Barbaros, y llevaba una ropa de púrpura y oro, que le llegaba á los pies, con sandalias de oro, cubiertas todas de pedreria; brazaletes de perlas en los brazos, en los hombros collares, y pendientes de las orejas dos perlas de inestimable precio. El cetro era de oro, guarnecido de piedras preciosas, el qual dió á Alexandro, ofreciendo su persona, las de sus hijos y su pueblo á su obediencia, y haciendo infinitos votos por su salud, y por el acrecentamiento de su Imperio. Hay en aquella region una casta de perros admirables para la caza. Refierese de ellos, que tienen gran antipatia con los leones, y que luego que ven las fieras dexan de ladrar. Deseando, pues, que el Rey viese la fuerza y corage de aquellos animales hizo Sopites soltar un leon de extraordinaria grandeza, y dexar con él solo quatro perros, que inmediatamente se arrojaron so-

sobre él. Tirando el Montero á uno, que habia hecho presa como los otros, del muslo, y haciendo fuerza por separarle, y no pudiendo conseguir que la soltase, le cortó una pierna; pero no habiendo bastado esto á vencer su obstinacion, le cortó otra; y viendole tan encarnizado, que no podia rendirle á que se deshaciese, pasó á hacerle lentamente menudos pedazos, y sin embargo se dexó matar, manteniendo siempre firmes los dientes en la fiera: tan grande ardor concedió la naturaleza á aquellos animales para la caza. Confieso, que refiero mas de lo que creo; pero como no me obligo á asegurar lo que dudo, tampoco escuso repetir lo que he sabido. Habiendo, pues, dexado á Sopites en su Reyno, pasó ácia el rio Hypasis, donde vino á juntarsele Ephestion, que habia conquistado otra Region. Phegelas, Rey de aquella, noticioso de la jornada de Alexandro á ella, ordenó á sus vasallos, que atendiesen, segun su costumbre, á labrar sus tierras, mientras salia á recibir á Alexandro con presentes, y asegurarle de su obediencia.

CAPITULO II.

HALLANDOSE ALEXANDRO PRONTO á acometer á las Gangaridas y Pharrosios, exhorta con largo razonamiento á sus soldados á la perseverancia, reconociendolos fatigados, y que reusaban continuar la guerra.

DEtuvose el Rey alli dos dias, y al tercero resolvió pasar el rio, aunque era bien dificil de hacerlo, asi por su anchura, como por estar lleno de peñas. Y habiendose informado de Phagelas de quanto le pareció conveniente entender, supo, que de la otra parte del rio tenia que caminar once jornadas por desiertos; despues de las quales estaba el Ganges, el mayor rio de todos los de la India: Que mas adelante habitaban los Gangaridas, y los Pharrosios, cuyo Rey era Aggramnes; el qual estaba á la entrada de sus dominios con veinte mil Caballos, y doscientos mil Infantes, fortifica-

cado con dos mil carros, y tres mil elefantes, que era lo que mas terror causaba, contra qualquiera que intentáse invadirlos. No acabando el Rey de dar credito á esto, preguntó á Poro, que le iba asistiendo: Si era cierto. Y él le aseguró: Que por lo que miraba á las fuerzas del Reyno, eran las que le habia dicho; pero que en lo demás, el que reynaba, no solo no era noble, sino de muy baxo nacimiento; porque su padre habia sido barbero, y tan pobre, que solo vivia del jornal que ganaba; pero que sin embargo, aficionada la Reyna de su buena disposicion, le habia elevado á la primer dignidad del Reyno, despues de la del Rey, á quien aquel malvado dió alevosamente muerte, y se apoderó de sus Estados, con el pretexto de la tutela de los hijos: Que algunos dias despues, habiendo quitado tambien la vida á estos, tubo en la Reyna un hijo, que era el que reynaba entonces, hombre aborrecido y despreciado de sus pueblos, y en quien se reconocia, mas que el explendor de la grandeza en que se veia, la baxeza del nacimiento de su padre. No le causó pequeña inquietud á Alexandro, que le confirmáse Poro aquellas noticias, no tanto por los enemigos, ni por los elefantes, quanto por la situacion de los lugares, y por la impetuosidad de los rios. Pareciale grande temeridad pasar al fin del Mundo en busca de aquellos, á quienes retiró y ocultó la naturaleza. Si bien el deseo de gloria, y el de dexar inmortal su nombre, allanaba las mayores dificultades; pero con todo no dexaba de recelar, *que los Macedones, que habian pasado por tan dilatadas tierras y envejecidos en el manejo de las armas, quisiesen seguirle, atropellando por tantos inconvenientes y dificultades, como los que se les ofrecian: porque discurria, que hallandose colmados de bienes, apetecerian mas gozar los que poseian, que procurar otros, exponiendo sus vidas al riesgo de perderlas: Que era muy otro el fin suyo; que el de sus soldados; pues si habiendo él ideado hacerse dueño del Universo, conocia no haber hecho mas, que dar principio á tan gran empresa; no asi aquellos, los quales, disgustados ya de tan continuadas guerras, tenian por concluidos sus trabajos, y no pensaban sino en recoger el fruto de*

de ellos, tal, qual, como fuese pronto. Sin embargo, no pudiendo contenerle su ambicion, juntas sus Tropas, las habló en estos, ó semejantes términos: „ No ignoro, ¡ó soldados! las astucias de que estos dias se han valido los Indios para amedrentaros, ponderandoos quantas dificultades les han parecido capaces de lograrlo; pero tampoco la corta novedad, que os harán semejantes artificios. No de otra suerte nos encarecian los Persas las rocas de Cilicia, las campañas de Mesopotamia, y la terribilidad del Tygris y del Euphrates; los quales pasamos á nado el uno, y por puente el otro. Nunca la fama refiere las cosas como son; aumentalas siempre, como lo hace con nuestra gloria, que aunque adquirida al precio de nuestros merecimientos, es mas lo que de ella publica, que lo que se proporciona con estos. ¿Quién de vosotros hubiera creido poco antes resistir el furioso ímpetu de esos brutos, los quales parecian fortísimas torres, ni quién pasar el Hydaspes, y superar las estrañas é inmensas dificultades de que nos desengañó la experiencia? Mucho tiempo ha que nos hubieramos retirado del Asia, si hubiesemos dado crédito á los quiméricos encarecimientos, que han supuesto, para rendirnos á ellos, y substraernos de nuestros intentos. ¿Creeis vosotros, que hay alli mas tropas de elefantes, que rebaños de carneros en otras partes? ¿No sabeis, que éste es un animal muy raro, dificil de coger, y no menos de domesticar? ¿Y que con igual falsedad ponderan esa muchedumbre de Caballeria é Infanteria? Por lo que mira al rio, no es dudable, que quanto mas se ensancha, será tanto menos dificil de vadear; y que por el contrario, si su corriente fuese estrecha, seria rápido é impenetrable; fuera de que todo el peligro está en la ribera, donde el enemigo nos espera; en la qual, sea estrecha ó ancha, será igual siempre el peligro; pero quando todo sea cierto, ¿qué es lo que os atemoriza? ¿Es por ventura la deformidad de los animales, ó la muchedumbre de los enemigos? Si los elefantes, ya hemos visto no ha mucho, con quanta mas furia se convirtieron contra los mismos que los conduxeron para nuestro daño, que la con que nos acometieron, y la facilidad con que reduximos á menudos pedazos su gran corpulencia con nuestras segures, y nuestras

achas. ¿Y de qué importancia es, que su número sea igual al que tuvo Poro, ó que sea superior, quando con herir á uno, ó á dos se conseguirá que huyan todos? Fuera de que si apenas pueden gobernarlos siendo pocos, ¿cómo lo podrán hacer siendo tantos? Que solo servirán de embarazarse unos á otros, sin poderse detener, ni huir aquellos pesados disformes cuerpos, de quienes he hecho tan poco aprecio siempre, que no he querido nunca velerme de ellos, aunque los he tenido, por conocer los debe temer mas quien se sirve de ellos, que los mismos enemigos. Sino es ya que os amedrente aquel gran número de hombres y de caballos, como no acostumbrados á pelear sino con débiles y cortas Tropas, ni á tener hasta ahora en vuestro oposito tanta muchedumbre. La mayor se rinde al invencible valor de los Macedones, de que son testigos el Granico, la Cilicia, inundada de la sangre de los Persas, y Arbela, cuyas campañas se hallan cubiertas de los huesos de los cuerpos que vencimos. ¿Q ándo podreis numerar las legiones de vuestros enemigos, habiendo dexado con vuestras victorias desierta el Asia? Muy justo hubiera sido, que reparasemos en el corto número de nuestras fuerzas, quando pasamos el Helesponto; no empero hoy, que componen nuestro Exército los Scythas, los Bactrianos, los Sogdianos y los Dahos. No porque hago yo grande aprecio de esa turba de Bárbaros, pues mi mayor confianza se funda en vosotros, y en vuestro valor, que es la mas segura prenda de la felicidad de todas mis empresas. Y asi, mientras os tuviere conmigo, ni pensaré en mí, ni me dará cuidado alguno el Exército de los enemigos; por lo qual solo os pido, que me asistais con vuestros animos, colmados de ardimiento y de confianza. Advertid, que no nos hallamos hoy al principio de nuestras empresas y de nuestras fatigas, sino al fin de ellas, y que si no lo estorva nuestra pereza, hemos llegado ya al Occeano, y adonde tiene su nacimiento el Sol, desde donde volveremos triunfantes á nuestra patria, habiendo puesto por términos de nuestro Imperio los últimos límites del Mundo. No hagais lo que los malos ecónomos, que por negligencia suya malogran la cosecha quando está en estado de que la recojan. Mayor es aqui la recom-

compensa, que el peligro, pues hemos de combatir con una nacion rica y flaca, contra quien os conduzgo, mas, que para que aumenteis vuestra gloria, para que hagais una considerable presa. Bien mereceis llevar á vuestras casas las riquezas con que este gran Mar inunda sus riberas. Solo capaces por vuestro valor de intentarlo todo, y de no dexar nada por imposible. Con cuyo conocimiento os pido, por vosotros mismos, por vuestra propria gloria, que excede á todas humanas fuerzas, y por el afecto recíproco, que os tengo, y me teneis, que peleemos á porfia, sin que podamos vencernos, y que no desampareis, hallandoos en vísperas de quedar Señores del Universo, á vuestro alumno y á vuestro camarada, por no decir á vuestro Rey. Quanto he executado hasta aqui os lo he mandado: esto empero os lo pido, como beneficio, advirtiendoos, que es quien os lo ruega, quien jamás os ha empeñado en empresa alguna, donde no haya sido el primero que se ha expuesto á los peligros, y que os ha cubierto con su escudo, defendido con su espada. No me quiteis de las manos la palma, que me habeis puesto en ellas; ¿y con quién, sino me lo estorva la envidia, podré igualarme con Hércules y Bacho? Conceded, pues, estos á mis ruegos, y romped ese obstinado silencio; ¿qué es lo que noto? ¿Dónde están aquellos gritos, ordinarios testimonios de vuestra animosidad? ¿Donde los alegres semblantes de mis Macedones? Confiesoos, (¡ó soldados!) que no os conozco ya, y que ya me parece, que tampoco vosotros me conoceis. Ha mucho que hablo aqui con sordos, y ya me canso de esforzar alientos perdidos, y animos, que me son contrarios; " pero no bastando esto á moverlos á que prorrumpiesen en la menor palabra, y manteniendose con los ojos baxos. ,, ¿No sé cierto (continuó diciendo) qué causa os puedo haber dado inadvertido, para que no os digneis aun de mirarme? ¿Qué es esto, estoy en algun desierto? ¿Nadie de quantos me escuchan me responde? Decidme, á lo menos, que no quereis hacer lo que os pido. ¿Qué es empero lo que os ruego? No es otra cosa, que vuestra propria gloria y vuestra propria grandeza, la que solicito. ¿Dónde están los que pretendian á porfia llevar á su Rey herido? ¡Mas ay, que ya me hallo

abandonado, me hallo vencido, y entregado á mis enemigos! Pero yo, yo pasaré en adelante, á pesar vuestro, sin vosotros. Dexadme á merced de los rios, y de las fieras, ó dadme en presa á las naciones, cuyos nombres, aun solos, os atemorizan; que yo hallaré quien me siga despues que me hayais abandonado. No me desampararán los Scythas y los Bactrianos; los quales, si poco antes fueron enemigos mios, ahora serán mis soldados; porque en fin, quiero mas morir con reputacion, que reynar con afrenta, y depender de vosotros. Y despues, idos á vuestra patria, y vanagloriaos en ella de haber abandonado á vuestro Rey; que yo no desistiré de mi intento hasta haber obtenido en estas regiones, ó la victoria, de que desesperais, ó una honrosa muerte."

CAPITULO III.

RESPONDE CENO POR TODOS A ALEXANDRO; y muere poco despues de enfermedad.

NO pudo, por mas que se esforzó, obligarlos á que se diesen por entendidos de sus exhortaciones, porque esperaban que sus Cabos, y los principales Oficiales le representasen: *Que no dexaban de tenerle el amor qne le debian; pero que hallandose traspasados de las heridas, y quebrantados de las fatigas, estaban imposibilitados de servirle.* En cuya suspension se mantenian con los ojos en tierra, quando repentinamente se levantó un murmurio, que creciendo poco á poco, prorrumpió en gemidos y lamentos tan desconsolados, que el mismo Rey, convirtiendo á pesar suyo en compasion su ira, no pudo abstenerse de llorar: finalmente, deshecha toda la Junta en lágrimas, y no atreviendose ninguno á hablar palabra, se acercó Ceno al Tribunal, mostrándo que queria hacerlo. Y habiendo visto los soldados que se quitaba la celada, prevencion precisa para hablar al Rey, y pedidole, que abogase por la causa de todos, empezó á decir de esta suerte: „ ¿Es posible, Señor, que te persuadas á que pueden caber en nosotros pensamientos tan culpables y tan impios? Apartenlos de nuestros entendimientos, como lo hacen, los Dioses, y no permitan incurramos nunca

ca en ellos. Hallamonos con la misma voluntad y disposicion que nos has tenido siempre para ir á donde nos ordenares, para pelear, para exponer nuestras vidas á los peligros en tu servicio, y para adquirirte, al precio de nuestra sangre, inmortal renombre. Y asi puedes estar seguro de que si persistes en tus gloriosos intentos, tales, quales, desnudos, sin armas, y ya consumidas las fuerzas, te seguirémos, ó marcharémos delante de tí, como nos lo ordenares; pero si es permitido á tus soldados que te hablen con el profundo respeto que te suplican oygas sus quexas, las quales salen de lo intimo de sus corazones, desde donde las arrojan á los labios sus últimas calamidades, escuchalas, Señor: La grandeza de tus hazañas (¡ó generoso Monarca!) no solo ha vencido á tus enemigos, sino rendido tambien á tus mismos soldados. Hemos obrado en tu servicio quanto es posible en las humanas fuerzas. Hemos surcado Mares, y penetrado tierras inmensas, de quienes tenemos aun mayor conocimiento, que los mismos que las habitan; y habiendo llegado ya á los ultimos terminos del Mundo, te dispones á entrar en otro, y á buscar nuevas Indias, desconocidas aun á los mismos Indios. Quieres sacar de sus cabañas á los que viven entre las serpientes, y entre las fieras, para que tus victorias se dilaten mas allá de las tierras á quienes no ilumina el Sol. Intento, que si bien es digno de tu valor, excede á nuestras fuerzas; porque quanto este se aumenta siempre con nuevos espiritus, tanto se extingue nuestro viage. Vuelve los ojos á estos desfigurados y consumidos rostros, y á estos cuerpos, horribles con las llagas y cicatrices, que los cubren todos. Advierte en nuestras armas, y hallarás consumidos sus cortes. Mira nuestros vestidos reducidos á pedazos, y á nosotros, por no tener de que hacerlos al uso de nuestra patria, necesitados á andar á la moda Persiana. Y para decirlo de una vez, vesnos aqui del todo estraños; ¿pero quien hay entre nosotros que conserve alguna coraza? ¿Quién algun caballo? Averigüese qual es el que mantiene algun esclavo, y lo que nos ha quedado de su presa. Somos los vencedores, y los que lo hemos conquistado; pero sin embargo nos vemos mas pobres que los mismos vencidos; y no porque lo hayan malogra-

grado nuestras profusiones y desordenes, sino porque la misma guerra ha consumido los frutos, y los instrumentos de la guerra. Y en este estado, Señor, quieres exponer tan prodigioso Exército al furor de las fieras, cuyo número convengo en que no sea qual le suponen los Barbaros, si ya no inferimos de su misma falsedad, que no es pequeño; pero si has resuelto pasar á las Indias, ¿por qué no tomas antes la derrota ácia el Medio-dia, cuyo camino es mas corto, y de menos desiertos, quando sojuzgando esta parte, ganas el Mar que termina la tierra? ¿Para qué necesitas de ir á buscar por rodeos la gloria que tienes á la vista? Aqui se nos ofrece tambien el Mar Occeano; y sino es que gustes de andar errante por el mundo, ya hemos llegado á donde te conduce la fortuna. No juzgues, Señor, que el representarte esto mira á ganar el afecto del Exército, que está presente; pues bien lexos de este fin, solo me ha movido á hacerlo, haber tenido por mejor manifestarte á tí la causa de nuestros disgustos, que quexarme fuera de tu presencia con mis compañeros de nuestras miserias, creyendo te será menos molesto oir las humildes representaciones de mi respectuoso zelo, que el inconsiderable llanto, y los inadvertidos murmurios de tus Tropas." No hubo bien acabado de decir, quando por todas partes se oyó, que con descompasados gritos y confusas voces, mezcladas de desconsolados gemidos, llamaban al Rey su Señor y padre: cuyo murmurio sosegado, le hicieron la misma súplica todos los Cabos, y con especialidad aquellos, cuya edad la autorizaba, y daba mas decente escusa. Dudoso el Rey en la resolucion que tomaria, no hallandose en estado de castigar á los suyos, ni en disposicion de complacerlos, descendió de su Tribunal, y se encerró en su Tienda, á donde dió orden para que ninguno entráse, que no fuese criado de su casa. Mantubose indignado dos dias; y habiendose dexado ver al tercero, hizo levantar doce altares de piedra quadrada, en memoria de su expedicion; ordenando tambien, que se dilatasen los alojamientos de su Exército, y que se dexasen alli las camas mayores que las ordinarias, para que aumentadas todas las cosas con aquellas falsas apariencias, causasen mayor admiracion á la posteridad. Torció desde alli el camino, fue á acampar á ori-

orillas del Acesine, donde murió Ceno de enfermedad. Cuya pérdida, si bien la lloró el Rey, no pudiendo contenerse, dixo: *Que para los cortos dias que habia de vivir, habia sido demasiado dilatada la oracion que habia hecho, como pudiera, si hubiese de ser solo él quien volviese á Macedonia.* Estando ya á la vela los baxeles que habia mandado fabricar, le llegaron de Thracia seis mil Caballos de reclutas, conducidos por Memnon, con siete mil Infantes, que le enviaba Hárpalo, y veinte y cinco mil pares de armas, guarnecidas de oro y plata; las quales repartió entre los soldados, habiendo hecho quemar las viejas. Hallandose, pues, cercano á embarcarse en el Occeano con mil velas, compuso á Taxiles y á Poro, Reyes de la India, evitando que se renovasen sus antiguas enemistades con la paz, que asentó entre ellos, por medio de nueva alianza, dexandolos quietos en sus Reynos, despues de haber proveido de ellos quanto fue necesario para su Armada. Fundó tambien dos ciudades; pusolas por nombres, á una Nicéa, y Bucephalea á otra, en honor del caballo, que se le habia muerto, llamado asi. Y habiendo dado orden, de que le siguiesen los elefantes, y el vagaje por tierra, para que pudiese alojar mas comodamente el Exército, se embarcó por ultimo en el rio, por el qual le salia el viage á quatrocientos estadios por dia.

CAPITULO IV.

HABIENDO REDUCIDO ALEXANDRO A SU obediencia á los Sabios, y á otros pueblos, entra en la region de los Oxidracas y de los Mallos: Pone en fuga á los Barbaros, y sitia á su ciudad, sin acordarse de la prediccion de Demophoon, Adivino.

PAsó de aquella suerte hasta donde el Hydaspes se junta con el Acesines, y desde donde toman su curso, ácia la provincia de los Sabios; los quales se vanagloriaban, *de que sus antecesores eran del Exército de Hercules, y que habiendo caido enfermos en aquel parage, continuaron en él su habitacion.* Vistense de pieles de animales: no llevan mas armas, que clavas; y aunque muy bastardeados en

en ellos los estilos de los Griegos, no dexaban de conservar muchos vestigios de su origen. Continuando su navegacion, se adelantó ciento y cinqüenta estadios; y despues de haber forrageado el país, tomó la ciudad capital de él. Habiendo ordenado los Barbaros en batalla quarenta mil Infantes en la ribera, para estorvarle el tránsito, y pasado sin embargo á vista suya, los puso en fuga, los rechazó en sus muros, y tomó por asalto su ciudad, donde fueron pasados á cuchillo los que podian llevar armas, y vendidos los demás. Marchó despues contra otra ciudad, donde rechazado vigorosamente, perdió muchos Macedones; si bien reconociendo los habitadores su persistencia, y desesperando de su remedio, pusieron fuego á sus casas, y se entraron en ellas con sus hijos y sus mugeres. Extinguianle los enemigos á igual proporcion de como le aumentaban ellos. Estraño modo de guerra á la verdad, en el qual se veía destruir los habitadores su ciudad, y defenderla los enemigos. Tan abominable cosa es la guerra, que trastorna y pervierte aun el orden y las leyes de la naturaleza. Preservóse del fuego el castillo, en el qual puso guarnicion; y entrando en un barquillo, le rodeo todo, para reconocerle. Sirvenle de foso los tres mayores rios de la India, despues del Ganges. Bañale el Indio ácia el Septentrion, y por la parte del Medio-dia el Acesines y el Hidaspes. Juntanse con tan gran violencia, que causan alli iguales tormentas á las que se experimentan en ancho Mar; y respecto de la gran cantidad de cieno y tierra que llevan, solo dexan un corto estrecho, por donde pasan los baxeles; en el qual, batiendolos las olas por las proas y los costados, quisieron los marineros recoger las velas; pero no pudieron, asi por su pavor, como por la gran furia de los rios. Perecieron á su vista dos baxeles de los mayores que llevaban, y fueron arrojados á tierra sin daño alguno los menores, aunque no mas faciles de gobernarse. El del mismo Rey volvió el costado en la corriente, donde estubo muy á pique de que le sorbiesen los remolinos del agua, los quales rompieron el timon. Habiase quitado sus vestiduras para arrojarse al rio, donde estaban los suyos dispuestos á recibirle; pero siendo tan igual el riesgo de intentar pa-

pasarle á nado, como de permanecer barado allí, quedó irresoluble. Hicieronse quantos esfuerzos fueron posibles por romper las olas, que por ultimo cedieron al de los remos, y á la industria de los marineros; los quales sacaron al Rey de aquellos remolinos, aunque no pudieron salvar el navio, ni evitar que encalláse en el primer baxo. Libre Alexandro de aquel peligro, hizo levantar igual número de altares al de los rios, á quienes habiendo hecho sacrificios en accion de gracias, se adelantó treinta estadios mas, y entró en la region de los Oxidracas y de los Mallos. Hallabanse aquellos pueblos en contínuas guerras entre sí; pero habiendolos unido entonces el interés comun, habian juntado hasta ochenta mil Infantes mancebos, todos vigorosos, y diez mil Caballos, con novecientos carros. Viendo los Macedones, que quando creían hallarse fuera de todos los peligros de la guerra, se les ofrecia nuevamente el de contender con la nacion mas belicosa de las Indias, perdidos de ánimo, empezaron á maquinar inquietudes y sediciones. Decian: *Que verdaderamente no les habian obligado á que pasasen el Ganges, y á ir de la otra parte á hacer frente á tantos millares de hombres y de elefantes, sino para transferir la guerra contra enemigos mas feroces, y no para vencerla: Que los precisaban á pasar á parages que hicieron los Dioses inaccesibles á los hombres, llevandolos á pesar suyos á aquellos en quienes carecian de la vista del Sol y de las Estrellas, para que le abriesen, al precio de su sangre, camino al Occeano: Que para que estrenasen las armas que les habian dado, les ofrecian nuevos enemigos en que emplearlas; pero aun quando los derrotasen, y pusiesen en fuga, que, ¿qué habrian logrado? Sino espesisimas nieblas, profundisimas tinieblas, y eterna noche, que cubria la faz de aquel inmenso Mar, lleno de espantosos monstruos, y de detenidas aguas, donde declinando aun la misma naturaleza parecia que iba como á espirar.* Quedó el Rey en gran conflicto, no tanto por él, quanto por lo que miraba á los suyos; y habiendolos juntado, les manifestó: *Que aquellos pueblos, á quienes temian tanto, no eran guerreros, y que vencidos ellos, no habia quien les impidiese, el que habiendo atrevesado por tan dilatados Reynos, llegasen al fin del Mundo, y de sus trabajos: Que hallandose atemorizados del*

Ganges, y de las numerosas naciones que habitaban de la otra parte, por corresponder al amor que los tenia, y complacerlos, los libró de ellas, tomando otra derrota por donde era igual la gloria, y menor el peligro: Que ya veian el Occenano, y empezaron á sentir el ayre del Mar: Que no le usurpasen el lauro á que aspiraba, pasando los limites de Hercules y de Bacho: Que podian á pequeña costa adquirir inmortal renombre á su Rey: Y por ultimo, que á lo menos tuviesen sufrimiento, para que se retirasen de las Indias con honra, y no con fuga. Es ordinario en la muchedumbre, y con especialidad entre la gente de guerra que se aquiete con tan ligeras causas, quales son las que suele tener para alterarse, como se experimentó en esta ocasion, en la qual nunca prorrumpieron con mas gusto que entonces los soldados diciendo en altas voces: *Que los llevasen en buen hora, y que se igualáse á los que pretendia imitar.* Con cuyas aclamaciones, gustoso el Rey, marchó contra los enemigos, que eran los mas valientes de las Indias; los quales se disponian á recibirle con todo genero de prevenciones de guerra. Habian elegido un Cabo de nacion de los Oxidracas, persona de gran valor, y de largas experiencias; el qual, acampado al pie de la montaña, mandó hacer grandes fuegos por todas partes para que pareciese mayor su muchedumbre, y dar grandes gritos y alharidos á su barbara usanza, con quienes pensaban amedrentar á los Macedones. El Rey, alegre, y esperanzado, reconociendo la buena disposicion de su gente, la mandó, al romper el dia, tomar las armas y ponerse en batalla; pero los Barbaros, ó preocupados del miedo, ó, lo que es mas cierto, poco conformes entre sí se acogieron prófugos á las montañas, donde los siguió el Rey sin ningun fruto, y sin haber podido ganar mas que el vagaje. Encaminóse desde alli á la ciudad de los Oxidracas, donde se habia retirado la mayor parte de ellos; aunque fiando mas en sus armas, y en su valor, que en la plaza. Acercabase á ella el Rey, quando se llegó á él cierto Adivino á advertirle: *Que desistiese de aquella empresa, ó que la difiriese á lo menos, porque corria gran riesgo su vida.* El Rey, mirando á Demophon, que asi se llamaba el Adivino, le dixo: *¿Si al tiempo que te exercitas en reconocer las entrañas de las victimas, llegáse alguno á interrumpirte,*

no

no recibirias disgusto de ello, y tendrias por molesto é importuno á quien lo hiciese? Y respondiendole Demophon, que sí; le replicó el Rey: *Pues siendo asi, ¿cómo no prevenias, que hallandome empleado, no ya en exâminar las entrañas de los animales, sino en una de las mayores empresas del Mundo, nada podia serme de mayor importunidad que un Adivino lleno de supersticion?* Y diciendo esto hizo plantar las escalas; y tardando con gran disgusto suyo en executarlo, fue el primero que subió al muro; el qual era estrecho, y no tenia como otros almenas, sino un simple reparo, que le rodeaba, para impedir la entrada. Por lo qual, el Rey, mas inmovil, que adelantado, quedó expuesto á los innumerables tiros, que descargaban en él desde las torres; los quales reparaba con su escudo. Su gente, aunque no podia subir sin ofrecerse al mismo riesgo, considerando, que si no se apresuraba, quedaba perdido el Rey, atropellando por él, se esforzaron á porfia todos á procurar librarle; á cuyo fin fueron tantos los que cargaron en las escalas, que rotas éstas con el demasiado peso, dexaron al Rey sin esperanza de socorro.

CAPITULO V.

QUEDA HERIDO EN LA CIUDAD DE LOS Oxidracas, donde se arrojó de un brinco; y despues de haber perdido algunos de sus mejores Capitanes, y tomadose la ciudad, le hallaron los suyos casi muerto, y desamparado de todo socorro.

HAbiendo quedado alli abandonado á vista de todo su Exército, como pudiera si se hallase solo, y teniendo el brazo izquierdo tan rendido de reparar los golpes, que ya no podia resistirlos, le dixeron á grandes voces los suyos desde abaxo: *Que no le quedaba otro recurso, sino el de dexarse caer, que ellos le recibirian.* Con lo qual se resolvió á executar una increible accion, mas digna de atribuirse á efecto de temeridad, que de valor. Saltó en medio de la plaza, llena toda de enemigos, donde no podia esperar sino ser muerto, antes que pudiese levantarse, y quedar incapaz de defenderse, y de tomar venganza de sus ene-

migos ; pero se abalanzó , por dicha suya , de tal suerte , que cayó de pies, y con la espada en la mano ; con la qual retiró á los que tenia mas inmediatos , habiendo andado tan próvida la fortuna en su defensa , que para que no fuese cogido en medio le ofreció un viejo arbol , cuyas dilatadas y espesas ramas se extendian como para cubrirle ; y cuyo tronco, sumamente grueso , le sirvió para que se afirmase en él , como lo hizo , reparando por delante con su escudo los tiros que le disparaban. Es bien verdad que lo hacian á distancia, por no atreverse ninguno á acercarsele, y que caian mas saetas en el arbol , que en el escudo. Combatia á favor suyo la fama de su esclarecido nombre , de considerable terror á todos aquellos pueblos, y la desesperacion , de eficacísimo estímulo para incitar á los hombres á morir gloriosamente. Con todo, oprimido de tan larga fatiga, se puso de rodillas, á cuyo tiempo , cargandole los Barbaros desatinadamente , los recibió con tal brio como si entonces empezase á resistirlos , descargando tan recias cuchilladas en ellos , que derribó á dos por tierra; á vista de lo qual no hubo quien se atreviese á acercarsele. Pero siendo el blanco de todos los dardos , y no pudiendo en aquella postura defenderse sin gran incomodidad, descargó cierto Indio en él una flecha de dos codos , de cuyo tamaño son todas las suyas , como dexamos dicho , que le pasó la coraza , y llegó á penetrarle bastantemente en el lado derecho , del qual le salia la sangre en tanta abundancia, que se le cayeron las armas de las manos , quedando como muerto , y sin fuerzas , aun para sacarse la flecha. Viendole en aquel estado el que le habia herido, partió presuroso , y con gran gusto á él , para despojarle ; pero no bien le hubo sentido, quando , á lo que juzgo, irritado del oprobio , y recobrando sus perdidos alientos, le entró el puñal en un bacío. Causaron aquellos tres cuerpos, tendidos delante de él, tal pavor en los enemigos , que no se atrevian sino á mirarlos de lexos, sin hacer otra cosa. En tanto el Rey , deseoso de morir combatiendo , procuraba levantarse con su escudo ; y sintiendo que le faltaban las fuerzas , se asía de las ramas del arbol, para hacer el último esfuerzo; pero no bastando, volvió á caer de rodillas , desafiando al mas animoso de los enemigos, á que combatiese de cerca con él. Finalmente Peucestes , habien-

biendo entrado por otra parte, á pesar de los que defendian el muro, se puso al lado del Rey, que viendole, no esperaba pudiese ya servir de librarle la vida, sino de consolarle en su muerte; y hallandose casi para rendir el espíritu, se reclinó sobre su escudo. Sobrevino algo despues Timeo, luego Leonato, y despues Aristono. Los Indios, luego que entendieron que el Rey estaba en la ciudad, acudieron de todas partes alli, y cargaron vivamente á los que le defendian; entre los quales Timeo, despues de haber recibido muchas heridas, y hecho vigorosa resistencia, cayó muerto. Peucestes, aunque herido de tres tiros de flechas, solo atendia á cubrir al Rey con su escudo; no pudiendo resistir mas tiempo por sus heridas, le abandonó por último; y Leonato, rechazando esforzadamente á los Bárbaros que le cargaban, le alcanzó tan gran golpe en el cuello, que cayó muerto de él á los pies del Rey. Toda la esperanza se libraba en Aristono; ¿pero qué podia hacer un hombre solo, y herido contra tanta muchedumbre? En tanto, habiendose esparcido entre los Macedones la voz, de que habia muerto el Rey, cuya noticia siendo mas natural que los atemorizáse, les infundió tan grandes espíritus, que despreciando el peligro, derribaron el muro á golpes de picas y de maderos, y entrando de tropel por la brecha, dieron muerte á mas Indios en la fuga, que en la defensa. No perdonaron edad, ni sexo: á qualquiera que encontraban creian, que era el que habia herido al Rey; y asi lo sacrificaban todo á su colera: la qual mitigaban con la sangre, y la venganza, que tomaban en sus enemigos. Refieren Clitarcho y Timagenes, que se halló en esta ocasion Ptolomeo, que reynó despues; pero él mismo, de quien no es creible, que quisiese deslucir su gloria, escribe, que no estubo en ella, y que le habia enviado el Rey á otra parte. Tal fue la osadia que hubo para referir semejante falsedad, ó la crueldad, que no es menor vicio, de los que se emplearon en escribir la historia. Habiendo llevado á Alexandro á su Tienda, los Medicos, por no mover la punta de la flecha, que tenia clavada dentro del cuerpo, cortaron diestramente el asta; pero reconociendo despues de haberle desnudado, que la flecha era dentellada, y que no se le podia sacar sin gran riesgo, si no se prolongaba la herida, tambien que po-

podria resultar de hacerlo, el que perdiese considerable porcion de sangre, respecto de ser grande el hierro de la flecha, y de haber profundado tanto, que no parecia posible hubiese dexado de lastimar las partes nobles. Por lo qual, perdido de ánimo Cristobulo, uno de los primeros en aquella profesion, á vista de tan gran riesgo, no resolviendose á executarlo, temeroso de que se convirtiese contra él el daño, si no correspondia favorable el suceso, se deshacia en lagrimas, hallandose mortal del susto. Viendole el Rey de aquella suerte, le preguntó: ¿ *Que por qué le tenia padeciendo, y no le libraba prontamente de aquellos dolores, aunque fuese con la muerte, estando en su mano el hacerlo? Y que si su herida era mortal, ¿por qué temia?* Finalmente Cristobulo, depuesto el miedo, ó disimulando haberle perdido, le pidió: *Que se dexase tener de alguno mientras le sacaba el hierro, por el gran daño que podria causarle el menor movimiento del cuerpo*; pero aseguróle el Rey, *que no era menester*, como lo mostró; pues se mantuvo firme, y sin hacer movimiento alguno. Prolongada, pues, la herida, y sacada la flecha, fue tanta la cantidad de sangre que salió, que no pudiendola restañar, por mas que se procuró, previno al Rey una syncope, que le reduxo tan á los ultimos términos de la vida, que teniendole ya todos por muerto, le lloraban como á tal, con tristes gemidos y desconsolados lamentos. Si bien conseguido por último, que se restañase la sangre, fue volviendo poco á poco, y empezó á conocer á los que tenia mas inmediatos á su persona. Todo aquel dia, y la noche siguiente se mantuvo el Exército al rededor de su Tienda con las armas en la mano, confesando todos, que ninguno vivia sino por él, y sin haberse querido apartar de alli, hasta que se aseguraron, de que se hallaba mejor, y de que empezaba á reposar algo, cuyas felices nuevas llegaron á sus compañeros.

CA-

CAPITULO VI.

PIDENLE SUS AMIGOS QUE MIRE POR SU salud, y por la pública; pero respondeles con gran generosidad, perseverando en el intento de conquistar todo el Mundo.

HAbiendo gastado siete dias en la curacion de su herida, que aun no tenia bien cerrada, noticioso de quanto se aumentaba la falsa voz de su muerte entre los Barbaros, hizo poner juntos dos baxeles, y levantar enmedio de ellos su Tienda, á vista de todos, para desengañar por aquel medio á los que le habian creído, y desvanecer las esperanzas que habian concebido sus enemigos con tan falsa noticia. Y descendiendo por el agua, y apartandose alguna distancia de su Armada, para evitar le impidiese el ruido de los remos el sosiego, de que tanto necesitaba, llegó en quatro dias á una region abandonada de sus habitadores; pero tan abundante de granos y de ganados, que le pareció muy á proposito, para que refrescasen en él sus Tropas, y para que procuráse el recuperar su salud. Era costumbre entre los principales de la Corte hacer guarda por la noche delante de la tienda del Rey, quando estaba enfermo; y obsevandose entonces el mismo estilo, entraron dentro de ella todos. Viendolos el Rey ir juntos, y poniendole en algun cuidado, les preguntó: *Si se descubrian aun los enemigos?* A que Cratero, que iba á hablarle por todos, le respondió asi: „¿Persuadeste, Señor, á que quando tuviesemos á nuestras puertas los enemigos, nos darian tanto cuidado ellos, como el que nos cuesta el deseo de tu conservacion, por quien tan poco miras? Conspirense contra nosotros todas las potencias del Mundo, quantos Exércitos ocupan las tierras, y quantas Armadas cubren los Mares, y aun las mas feroces, y desconocidas fieras; que de todos quedarémos invencibles como vivas tú; pero precipitandote, como lo haces, á tan evidentes riesgos, sin atender á que es conseqüente á tu ruina la de todos nosotros; ¿qué Dioses nos aseguran, que este grande Astro de Macedonia, uni-

unico apoyo suyo, dexará de faltarnos? ¿Quién, muerto tú, querrá, ó podrá vivir? Todos hemos llegado hasta aqui, conduciendonos tú; y ninguno espera volver á su patria, si no le restituyes tú á ella. Si disputases aun con Dario el Imperio de los Persas, aunque te veriamos, no sin considerable disgusto, expuesto á los peligros, no lo extrañariamos; porque quando son iguales el peligro y el premio, es mayor el fruto de la victoria, y mayor tambien en la adversidad del suceso el consuelo; ¿pero quién podrá tolerar, no ya de tus soldados, sino aun de las mas barbaras naciones, á quienes ha llegado alguna noticia de la fama de Alexandro, que sea una vida, como la tuya, precio de una mala vicoca? Estremeceme del horror el espiritu, quando vuelvo la consideracion á lo que acabamos de ver. Hubiera llegado ya la hora, de que se alzasen las mas viles manos del Mundo con los despojos del mayor Principe de la tierra, si piadosa la fortuna no nos hubiese librado de tan considerable desdicha. Somos tantos traydores y desertores, quantos aqui estamos, no habiendo podido seguirte. Mucha razon tendrás de vituperarnos, y de notarnos de infames á todos tus soldados, entre los quales no habrá ninguno que rehuse padecer la pena del delito, que no pudimos dexar de cometer; pero pedimoste, Señor, por gracia, que no sean estos los medios de que te valgas para manifestar el desprecio que hicieres de nosotros, sino los de ofrecernos á todo genero de peligros, dexandonos estas guerras de tan corta importancia y reputacion, y reservando para tu Real persona las que se proporcionaren con tu magnánima generosidad y grandeza; porque desluce mucho el explendor de su gloria, quien se emplea en tan abatidos y viles enemigos, y malogra sus ilustres acciones, obrandolas donde no pueden resplandecer. „ Dixeronle casi lo mismo Ptolomeo y los demás, suplicandole todos con lagrimas: *Que procediese con mas moderacion en el insaciable deseo de gloria de que se hallaba tan colmado, y miráse mas por su salud, y por la de todos.* Quedó el Rey tan gustoso, y agradecido de experimentar aquellas demostraciones de su afecto, que habiendolos abrazado á todos uno por uno, los hizo sentar, y levantando algo la voz, les dixo: „ Estimoos á quan-

quantos os hallais aqui, que sois los mejores de nuestros ciudadanos y de mis amigos, no solo la fineza con que preferis hoy mi salud á la vuestra, sino tambien la que he reconocido en vosotros desde el principio de esta guerra, en la qual no ha habido testimonio que no me hayais dado de vuestro zelo y de vuestro amor; cuya debida gratitud me obliga á confesaros, que nunca he apreciado tanto la vida como hoy, que la deseo para gozar mas tiempo de vosotros, y del fruto de vuestra amistad; pero por lo mismo que conozco quan grande es el deseo que mostrais de morir por mí, y que no os he merecido, sino con el excesivo valor que me culpais, me habeis de permitir, que os diga, que son muy otros vuestros dictámenes que los mios, porque vosotros deseais gozarme largo tiempo, y siempre, si fuera posible; y yo, no medir mi duracion con los años, sino con la eternidad. Pudiera haber terminado mi ambicion en los límites de Macedonia, y contento con el Reyno de mis padres, esperar, entre ociosidad y delicias, una vergonzosa vejéz, si es dado á holgazanes y perezosos disponer y dilatar á su arbitrio los terminos fatales: pues vemos, que no quando con mayor ansia libran toda su falsedad en vivir mas, suele sobrevenirles anticipadamente la muerte; pero como no numéro por mis años mis victorias, hallo, sin olvidar los favores que debo á la fortuna, que he vivido mucho. Habiendo empezado á reynar en Macedonia, me he hecho dueño de la Grecia, he domado á Thracia y á Illiria; mando á los Triballos y á los Mesenios; veome Señor de toda el Asia, desde el Helesponto, hasta el Mar Roxo; y hállome muy proximo á los ultimos terminos del Mundo, desde donde pretendo entrar en otro, y hacer de dos Imperios uno solo. En menos espacio, que el de una hora, he pasado del Asia á Europa. ¿Pareceos, pues, justo, que hallandome vencedor de las dos mejores partes del Universo, en el nono año de mi reynado, y en el vigesimo octavo de mi edad, debo suspender el curso de tan esclarecida carrera, obscureciendo mi gloria, á cuyo aumento se dirigen todos mis deseos? No, no puedo hacerla tal ofensa. Qualquiera parte donde yo combata, me parecerá que es theatro del Mundo, y que

en él me ven todos. Yo haré ilustres los mas desconocidos lugares, y franquearé al Mundo aquellas regiones, que tanto alexó la naturaleza, aun del conocimiento de los hombres. En cuya empresa, si muriese, ¿dónde podré eternizar mejor mi gloria? No soy de linage capáz de apetecer, antes que un inmortal renombre, una larga vida. Acordaos de que nos hallamos en una region, á quien hicieron célebre las ilustres acciones de una varonil muger. ¿Qué ciudades no fundó Semiramis? ¿Qué pueblos no reduxo debaxo de su obediencia, y qué magníficas obras no hizo? Aun no hemos igualado á la gloria de una muger, ¿y ya nos contentamos con lo que hemos obrado? Favorezcannos los Dioses, que lo mas nos falta por executar; si bien el medio de llegar al fin, es no desestimar nada por corto, ni pequeño, donde se ofrece tanta gloria que adquirir. Aseguradme solo de los peligros y trayciones domésticas, que los riesgos de la guerra no los temo. No ignorais, que Philipo estubo mas seguro en los combates, que en los espectáculos públicos del theatro; y que habiendose librado de las manos de los enemigos, no pudo de las de sus vasallos. Lo mismo sucedió á los demás Reyes. Haced memoria de todos, y hallareis, que mas fueron los que murieron por los suyos, que por los contrarios. Esto es lo que os ruego; y pues la ocasion se me ofrece oportuna, de declararos lo que ha mucho que premedito, sabed, que el mayor fruto, que podré lograr de mis fatigas y de mis victorias, será el que coloqueis en el número de los Dioses á mi madre Olympias, quando estos la saquen del Mundo, á cuyo fin haré todo lo posible; pero si muriere antes, acordaos de que os lo he pedido." Dicho esto, los despidió, y se detubo alli algunos dias.

CA-

CAPITULO VII.

SOSIEGASE EL REBELION DE LOS Griegos, en las tierras de los Bactrianos: Dá Alexandro un banquete á los Embaxadores de los Indios: Sobreviene un disgusto entre Horrata y Dioxippo, y pára en duelo, en que riñeron con designales armas: Dáse algunos dias despues Dioxioppo muerte, irritado de las calumnias de sus enemigos.

MIentras pasaban estas cosas en las Indias naciendo algunas discordias entre los soldados Griegos, que habia dexado Alexandro dispuestos por Colonias, por los contornos de Bactra, pasaron despues á rebelion, no porque viviesen disgustados de Alexandro, sino porque temiesen el castigo. Habiendo muerto á algunos de sus compañeros, los que se hallaron mas fuertes, buscaron en las armas su asilo; y apoderados de la fortaleza de Bactra, la qual estaba con bien débil guarda, llevaron á su partido á los Barbaros. Era cabeza de él, y quien se habia usurpado el título de Rey, Athenedoro, no tanto por la ambicion de reynar, quanto por volver á su patria, con los que por la autoridad de él le seguian. Si bien antes de que pudiese executarlo, entrando en zelos de su nueva fortuna cierto Griego, como él, llamado Bioon, le dispuso algunas emboscadas; y habiendole convidado á comer, le hizo dar muerte por mano de cierto Boxo Mauritano. Juntó el dia siguiente todas sus Tropas, procurando persuadir á muchos, que sabiendo que Athenedoro habia querido hacer lo mismo con él, se habia anticipado; pero hallandose los mas en conocimiento de la impostnra, y quedandolo poco despues todos, tomaron las armas con resolucion de darle muerte en la primera ocasion que se les ofreciese. Sin embargo, temerosos los Cabos de que pasáse adelante el mal, sosegaron á los soldados; pero no bien se vió libre de aquel riesgo Bioon, quando maquinó la muerte de los que le habian preservado de él aunque con tan in-

feliz efecto, que descubierta la trama, fueron él y Boxo presos, y sentenciados á muerte: resolviendo darsela á éste pronta, y á aquel en el tormento. Disponiendole, pues, para él, tomaron repentinamente las armas como desatinados los Griegos, sin que pudiese saberse la causa para aquella demostracion. A vista de la qual, temerosos los que le llevaban al suplicio, y creyendo que su intento era librarle, le dexaron alli. Donde poniendose el reo desnudo, como estaba en manos de los Griegos, movidos á piedad, al verle en aquel miserable estado, le mandaron ir libre. Conque habiendolo quedado por dos veces de la muerte, se volvió á su patria con los que abandonaron las Colonias, que les señaló Alexandro. Esto es quanto sucedió en Bactra y en las fronteras de Scythia. En el interin los dos pueblos, de quien hemos tratado, enviaron Embaxadores al Rey; los quales eran de prodigiosa gentileza: iban vestidos de ropas de lino, bordadas de oro, púrpura, y en carros. El fin de su jornada miraba, *á representarle, que ellos, sus ciudades y tierras las ponian á su disposicion, y que era el primero á quien rendian su libertad; la qual habian conservado inviolablemente por espacio de muchos siglos: Que no el temor, sino la disposicion de los Dioses, les obligaba á darle la obediencia, quando teniendo aun enteras sus fuerzas, se ponian debaxo de su yugo.* Habiendo el Rey tenido Consejo sobre esto, los admitió á su obediencia, imponiendoles el mismo tributo, que pagaban á los Arachosios, y ordenandoles le previniensen dos mil y quinientos caballos, que executaron con puntualidad. Despues de los quales mandó disponer un magnífico banquete, para quien convidó á estos Embaxadores y á los Señores Indios, que se hallaban alli. Hizo poner cien asientos de oro, bien cerca unos de otros: colgar ricas tapicerias de oro y púrpura, y que se obstentasen en aquella ocasion los mas exquisitos muebles, y quanto la antigua sobervia de los Persas, y la moderna delicadéz de los Macedones empleaba en la superfluidad, para que se viesen mezclados los vicios de ambas naciones. Hallabase en aquel festin cierto Atheniense, cuyo nombre era Dioxippo, célebre entre los Athletas, y muy querido del Rey, asi por su fuer-

fuerza, como por su destreza; y como en las Cortes nunca faltan envidiosos y malignos, no dexaban estos de provocarle, unas veces con las veras, y otras con las burlas, diciendo: *Que, ¿qué era lo que el Rey queria de aquel grueso animal, el qual no era bueno para nada, pues mientras los demas se exponian á los tiros, él solo entendia á untarse con aceyte, y á dilatar el pellejo para llenar mejor su vientre?* Cuyos oprobios, repetidos por cierto Macedon, llamado Horreta, los aumentó embriagado, diciendole: *Que si tenia valor, le buscase el dia siguiente con la espada en la mano; y que si el Rey gustaba, seria Juez de la temeridad del uno, y de la cobardia del otro.* Rióse Dioxippo de la brabata del soldado, y aceptó el desafio; y al dia siguiente el Rey, viendo que mas irritados solicitaban el reñir, y que no podia hacerlos amigos, se lo permitió. Concurrió á aquel expectáculo gran multitud de soldados, entre los quales estaban los Griegos que favorecian á Dioxippo. Presentóse el Macedon armado de pies á cabeza; el escudo de cobre, y la media pica, á quien llaman *Sarisa*, en la mano izquierda: la lanza en la derecha, y al lado la espada, como si hubiese de combatir con muchas personas. Llegó al mismo tiempo Dioxippo, resplandeciente todo su cuerpo del aceyte, con una corona en la cabeza, una capa de escarlata arrollada en el brazo izquierdo, y una crecida y nueva clava en la derecha. Admiró á todos esta entrada, y no solo la temeridad, sino la declarada locura de intentar reñir un hombre desnudo con otro tan bien armado. Y asi el Macedon, teniendo como por seguro el que le daria muerte desde lexos, le enristró la lanza, de cuyo golpe se libró Dioxippo, inclinando un poco el cuerpo; á cuyo tiempo partiendo veloz á él; sin darle lugar á que pasase la *Sarisa* de una á otra mano, le partió por medio con su clava. Entonces Horrata perdidas aquellas dos armas, iba á valerse de la espada; pero mas pronto el Griego, habiendo llegado á asirle de él, le arrojó á tierra de un puntapie, y despues de haberle quitado su espada, le puso el pie sobre el pescuezo, y alzando la clava iba á descargarsela sobre la cabeza, como lo hubiera hecho, á no haberlo estorvado el Rey.

Dis-

Disgustó, no solo á los Macedones el fin de aquel espectáculo, sino tambien al mismo Alexandro, por haber sido en presencia de los Bárbaros, entre quienes, estando en tan gran reputacion el valor de los Macedones, sentian hubiese quedado aquel expuesto al desprecio y á la risa comun. De que nació, que diese el Rey mas crédito del que debiera á las calumnias de los enemigos de Dioxippo, y que pocos dias despues estos, habiendo faltado en cierto festin, donde él concurrió, una copa de oro que maliciosamente habian ocultado los Oficiales, se quexasen al Rey, como si con efecto no pareciese. Suele muchas veces la vergüenza perjudicar al inocente, y causarla mayor en el que lo está la calumnia, que el culpado. Asi sucedió á Dioxippo; el qual, reconociendo que todos le miraban como á autor del hurto, y no pudiendo tolerar aquella afrenta, se levantó de la mesa, y despues de haber escrito al Rey, se dió por sí mismo muerte. Mostró gran disgusto de ella Alexandro, mirandola mas como testimonio de generoso despique, que como arrepentimiento del delito, de que le juzgaba inocente, en cuyo dictamen le confirmó el excesivo gusto que manifestaron sus enemigos del suceso.

CAPITULO VIII.

HABIENDO RECIBIDO ALEXANDRO presentes de los Embaxadores Indios, doma á los Sabrazas, Musicanos, Prestos, y otros pueblos: Queda Ptolomeo sano de una venenosa herida con el beneficio de una yerva, que vió en un sueño Alexandro.

VOlvieron pocos dias despues con presentes á Alexandro los Embaxadores, á quienes habia despedido. Componianse estos de trescientos caballos, y mil y trescientos carros, á quatro caballos cada uno; algunas ropas de lino, mil escudos á la indiana, cien talentos de hierro blanco, leones y tigres, de espantosa grandeza unos, y otros domesticados, dilatadísimas pieles de caymanes, y todo género de conchas y es-

ca-

camas de tortugas. Ordenó despues el Rey á Cratero, que llevase el Exército por tierra, costeando el rio; en que embarcado con el ordinario acompañamiento, tocó en la frontera de los Mallos, desde donde pasó á los Sabrazas, nacion poderosa entre los Indos, y que se gobiernan sin Rey, y á manera de República. Habian levantado hasta sesenta mil Infantes, y seis mil caballos, con quinientos carros, y elegido tres valientes Generales, para que los mandáse; pero hallandose aquel pais muy lleno de poblaciones pequeñas, y con especialidad las riberas del rio, luego que le vieron desde lexos, cubierto todo de baxeles, y con tan gran número de hombres y de armas resplandecientes, creyeron, no habiendo visto cosa semejante, que era la Armada de los Dioses la que iba, ú otro Bacho tan célebre en aquellas regiones. Llegabanse á esto los gritos de los soldados, el ruido de los remos, y las confusas voces con que los marineros se animaban unos á otros, cuyas cosas todas aumentaron su terror, de suerte, que vueltos á acelerado paso á su Exército, dixeron á grandes voces: *¿Que si estaban locos, pretendiendo combatir con los Dioses? Que era imposible numerar los baxeles, que conducian innumerables hombres invencibles*; infundiendo en todos tan gran miedo, que despacharon Embaxadores, ofreciendo rendirse. Habiendo recibido el Rey el homenage, marchó quatro dias contra otros pueblos, que no se defendieron mejor que sus vecinos, y despues de haber fundado una ciudad, á quien puso tambien por nombre Alexandria, entró en las tierras de los Musicanos. Quiso alli oir las quexas de los Parapomasides contra Terioltes, á quien les habia dexado por Gobernador, y juzgar de aquella causa, y hallandole convencido de hurtos y violencias, le condenó á muerte. No asi á Oxatres, Satrapa de la Bactra, al qual no solo le absolvió, sino le aumentó los límites de su Gobierno: Y habiendo reducido despues á los Musicanos á su obediencia, puso guarnicion en su ciudad, y pasó á las tierras de los Prestos, otros Indios, de quienes era Rey Oxicano, el qual se habia encerrado en la mejor de sus plazas con gran número de gente. Sitióla Alexandro, y habiendola tomado al tercer dia, se retiró aquel Príncipe al castillo, desde don-

donde envió Embaxadores al Rey para capitular; pero derribadas dos grandes torres antes que llegasen, entraron los Macedones, y dieron muerte á aquel Príncipe, que combatia en la brecha con pocos de los suyos. Arrasada la fortaleza, y vendidos los prisioneros, entró en los Estados del Rey Sabo, donde se le rendieron muchas ciudades, habiendo tomado la mayor parte de los conductos subterraneos. Parecia á los Bárbaros, imperitos en el Arte Militar, cosa de prodigio ver salir debaxo de tierra en medio de su ciudad hombres armados, sin haber reconocido antes rastro alguno de camino, que hubiesen hecho. Refiere Clitarcho, que fueron muertos en aquella region ochenta mil Indios, y vendidos muchos prisioneros en almoneda. Sublevaronse nuevamente los Musicanos; y Phiton, enviado á domarlos, se apoderó de la persona de su Príncipe, autor del rebelion, y se le llevó al Rey, el qual le hizo poner en Cruz. Desde alli, volviendo á tomar el rio, donde le esperaba su Armada, llegó al quarto dia á una ciudad del Rey Sabo; el qual, aunque se habia rendido, oponiendose los habitadores al nuevo dominio, cerraron las puertas á Alexandro, que despreciando su corto número, envió alli quinientos Agrianos, con orden de que se acercasen á las murallas, y que se retirasen despues poco á poco de ellas, para llevar á sí al enemigo, que no dexaria de seguirlos, si mostraban huir. Habiendo tenido, pues, una ligera escaramuza, y fingido que huian, como se les habia ordenado, cargaron desatinadamente en su seguimiento los Bárbaros, y dieron en la emboscada, donde estaba el mismo Rey. En ella no dexaron de defenderse, hasta que habiendo quedado, de tres mil que eran, muertos seiscientos, y prisioneros mil, se retiraron á los muros: sin embargo no fue la victoria tan feliz como pareció, por haber envenenado los Indios sus espadas, de suerte, que ninguno de los heridos escapaba, no pudiendo los Médicos alcanzar la causa de aquella malignidad, que hacia incurables aun las menores heridas. Habian creido los Bárbaros, que el Rey, por su denuedo y bizarria, no dexaria de participar de ella; pero fue tan feliz, que enmedio de haberse hallado en la refriega, no salió herido. Entre los que quedaron, el que mas cuidado le daba, era Ptolomeo; porque aunque la herida, que

habia sacado en la espalda izquierda, no debia causarle, no estaba el riesgo en ella, sino en la ponzoña. Reconociale Alexandro por pariente suyo, y tenianle algunos por hijo de Philipo, ó por lo menos de alguna de sus damas. Por lo qual lograba el primer lugar despues del Rey: era valerosisimo: muy estimado en la guerra, y aun mas en la paz: enemigo de toda profusion y superfluidad: sumamente liberal y apacible, y ageno del fausto y vanidad, que pudiera causarle el explendor de su nacimiento; cuyas buenas prendas le hicieron tan amado del Rey, y de todos, que se dudaba de quien lo estaba mas. Fue esta ocasion en la que con mayor fineza le mostraron los Macedones su afecto; el qual pareció presagio de su futura grandeza, pues no estubieron con menor cuidado que el Rey, que sentado en su cama, hizo, fatigado del combate y de la inquietud en que le tenia el peligro de Ptolomeo, traer alli la suya para estar cerca de él. No bien se hubo echado en ella, quando le embargó un profundo sueño, de quien habiendo despertado, dixo: *Que habia visto un dragon, que llevaba en el gaznate una yerva, que le ofreció como triaca, y eficáz remedio para el veneno, y las heridas.* Refirió el color de ella, y aseguró, que si la veía, la conoceria. Con lo qual, buscandose por todas partes, y hallandola uno, se la puso en la herida, cuyos dolores se le empezaron á mitigar inmediatamente á Ptolomeo; el qual en breves dias quedó bueno. Los Barbaros, destituidos de su esperanza, se rindieron. Con lo qual pasó Alexandro á Pathalia, provincia inmediata, cuyo Rey, llamado Meris, se habia apoderado de las montañas, y abandonado la ciudad: en la qual entró Alexandro despues de haber corrido, y robado la campaña, donde fue grande la presa que se hizo de ganado y de trigo.

CAPITULO IX.

DESEA ALEXANDRO SUMAMENTE VER EL Occeano, y logralo, no sin gran peligro, por la corta experiencia de los Marineros y Pilotos.

EXecutado esto, tomó por guias algunas personas prácticas en el rio, y llegó á una isla situada casi en medio de la canal, donde se vió necesitado á detenerse mas tiempo del que queria; porque habiendosele escapado las guias, le fue preciso buscar otras; y no hallandolas, ni permitiendole el ansia que tenia de ver el Occeano, y de dilatar sus conquistas hasta el fin del Mundo mayores dilaciones, continuó su viage, exponiendose con tan valerosos soldados á merced de un desconocido rio. Bogaban, pues, á la contingencia, sin saber qué derrota tomar; quánto distaba de alli el Mar; qué pueblos habitaban en aquellas costas; si la entrada del rio era navegable; ni de qué baxeles era capáz. Todo se reducia á congeturas bien débiles, sin que tubiesen otro consuelo en empresa tan temeraria, que el que les ofrecia la continuada felicidad del Rey; á quien, despues de haber caminado quatrocientos estadios, dixeron los Pilotos: *Que empezaban á sentir el ayre del Mar, y que les parecia que no estaba lexos el Occeano.* Con cuya noticia, sumamente regocijado, animaba á los galeotes á que remasen á toda fuerza, representando á los soldados: *Que habian llegado ya al deseado fin de sus trabajos: Que nada podia resistir á su valor, ni aumentar su gloria: Que sin mas combate, ni derramamiento de sangre, se hallaban señores del Universo: Que aun la misma naturaleza no podia pasar mas adelante; y que bien apriesa verian cosas, que solo eran permitidas á los Dioses inmortales.* Desembarcó sin embargo alguna gente, esperando que tomasen lengua de aquellos rusticos; como con efecto, habiendo hallado á algunos recogidos en cabañas, y preguntandoles: *¿Si estaba lexos de alli el Mar?* Respondieron: *Que nunca habian oido hablar del Mar, que solo sabian, que á tres jornadas de alli habia una agua amarga, que corrompia el agua dulce.* Con cuya expresion, entenden-

tendiendo, que denotaban el Mar, sin alcanzar la naturaleza de él, bogaban los marineros con grande alegria, creciendo sus alientos, quanto mas se adelantaban, á proporcion de su esperanza. Reconocieron al tercer dia, que el agua del Mar empezaba á mezclarse con la del rio, y que volvia á subir la maréa, que era causa de que descendiesen con mayor dificultad. Por lo qual arribaron á otra isla, situada en medio del agua, donde se emplearon en hacer provisiones, sin prevenir lo que les sucederia; pero á tres horas de haber estado en ella, volviendo el Occeano á su estado ordinario, no hizo al principio sino detener el curso del rio; pero despues, repeliendole, le arrojó con mayor impetuosidad de la con que se precipita el torrente de qualquiera desde una eminencia á un valle. Ignorando los soldados, que este era el fluxo y refluxo del Occeano, creyeron, al verle crecer repentinamente, é inundar los campos, que era manifiesta señal de la indignacion de los Dioses, y del castigo, que querian dar á su temeridad. En tanto el Mar, habiendo levantado los navios, y dividido la Armada, aturdidos de tan inopinado accidente los que habian desembarcado, corrieron presurosos para entrar en los baxeles; pero quanto mas se aceleraban en aquel tumulto, tanto menos se adelantaban. Hacian esfuerzos unos por llegar con garfios las barcas, y estabanse quedos otros, viendo que no se podian valer de los remos. Los que profurosos no habian esperado á sus compañeros, se hallaban imposibilitados de gobernar sus baxeles por sí solos, é incapaces de moverse las galeras, en quienes habia entrado de tropel la gente, por estar tan cargadas; con que en unas por poca, y en otras por mucha, era igual el desorden. Decian á grandes voces unos, que se detubiesen; otros, que anduviesen; con cuyo tropel y confusion, aturdidos los remeros, no sabian á quien obedecer. Aun los mismos Pilotos eran inutiles en aquella ocasion, en la qual embarazaba el ruido, que se oyesen sus ordenes, y el pavor, que se executasen. Empezaron, pues, los baxeles á chocar reciamente entre sí, y los remos á romperse, ó enredarse unos con otros, de suerte, que no parecia una Armada sola, sino dos, que combatian. Daban las popas de los unos contra las proas de los otros, recibiendo de los que tenian datrás el mismo daño, que causaban

por delante; finalmente, eran tantos los gritos, y tantos los baldones de unos y otros, que de las palabras pasaron á las manos. Ya crecido el Mar, habia inundado la campaña, que estaba al rededor del rio, sin que de toda ella se viesen mas que algunas eminencias, en forma de pequeñas islas, á quienes llegaron muchos á nado, abandonando sus navios, cuya mayor parte se mantenia en alta Mar, quedando encallados, ó al través las demás, segun era la desigualdad de las aguas. Sobrevinoles aun mayor susto, que el primero, quando vieron que lo restante del Mar se retiraba con la misma impetuosidad que habia crecido, descubriendo las tierras que habia sumergido poco antes. Con lo qual, quedando los baxeles en seco, caian unos sobre las proas, y otros de costado, veíanse los campos sembrados del vagaje, de remos rotos, y de pedazos de tablas: vestigios todos del naufragio. Los soldados, ni se resolvian á saltar en tierra, ni se tenian por seguros á bordo, temerosos de algun accidente peor que los pasados, y sin acabar de persuadirse á los naufragios que veian en tierra, ni á que pudiese el Mar desembocar en un rio. Tampoco discurrian en que hubiese llegado el fin de sus males; porque ignorando, que poco despues volveria á crecer el Mar, y que levantaría sus baxales, esperaban morir de hambre, experimentando las ultimas calamidades, llegandose á este desconsuelo, para acabar de aumentar su horror, el haberse descubierto cien monstruos marinos, que habia dexado el Mar: los quales gateaban al rededor de los baxeles. Acercabase en tanto la noche, y el Rey, no de otra suerte que los demás, sin saber que hacerse, se hallaba en considerables inquietudes; pero como nada era capáz de rendir su espíritu, se mantubo toda ella en la gavia, ó en combes, para dar sus ordenes, y disponer que partiese alguna gente á caballo á la entrada del rio, y advirtiese quando volvia la maréa. Hizo tambien reparar los baxeles maltratados, y levantar los caidos, ordenando, que estubiesen prontos todos para quando volviese á crecer el Mar. Pasóse toda la noche en vela, y en animar al Exército, hasta que volvieron á toda rienda á avisar los que habian ido á aquel fin, y despues de ellos la maréa, la qual, dilatandose suavemente, no hizo mas que levantar los navios, é inundando poco despues la campaña, dexar en dis-

disposicion á toda la Armada, de que pudiese navegar. A vista de cuyo inesperado bien, arrebatados del gusto, asi los soldados, como la chusma, le celebraban con crecidos gritos y espantosa algazara. Preguntado, no sin grande admiracion: *¿Cómo volvia tan apriesa el Mar alli; á qué parte se habia retirado el dia antes; y quál era la naturaleza de un elemento tan discorde, como sujetos á la revolucion de los tiempos?* Habiendo congeturado el Rey de lo que habia sucedido, que la maréa volvia despues de salido el Sol, se quiso anticipar; y haciendose á media noche á la vela con pocos baxeles, y habiendo ganado la boca del rio, se entró quatrocientos estadios dentro del Occeano, logrando por ultimo el fin de sus votos, y el colmo de sus deseos.

CAPITULO X.

VUELVE DEL OCCEANO A LOS TERMINOS de los Arabitas, Gedrosioros, y de los Indios, donde pelea su Exército con la hambre y con la peste; pero dá providencia para su remedio: Dispone despues, en imitacion de Bacho, cierto genero de triunfo, aunque le ensangrienta con el castigo de Astaspes, Satrapa.

HAbiendo despues sacrificado á los Dioses tutelares del Mar, y de aquellas regiones, volvió á juntar su Armada; la qual, montando por el rio, llegó al dia siguiente cerca de un lago salado, donde ignorantes muchos de la calidad del agua se bañaron, pagando la pena de su inadvertencia, por haberles sobrevenido cierta especie de sarna contagiosa, de que inficionaron á sus compañeros; si bien se les quitó untandose con aceyte. Envió desde alli delante á Leonato, para que dispusiese algunos pozos en los parages por donde habia de pasar el Exército, respecto de ser sumamente árida la tierra; y tubo alli el invierno con sus Tropas, hasta que dió principio la primavera. En cuyo interin se ocupó en fundar ciudades, y en hacer puertos y arsenales, para los navios. Mandó despues á Nearcho, y á Onisicrito, bien expertos en las cosas marítimas, que se embar-

barcasen en los mejores baxeles, y que sulcando el Occeano, con la mayor seguridad y cuidado que pudiesen, reconociesen la calidad de él, y se volviesen, ó por el Eufrates, ó por el mismo rio. Pasados los grandes frios, hizo quemar los baxeles inutiles; y conduciendo su Exército por tierra, llegó en nueve dias de marcha á las de los Gedrosioros, pueblo libre: y que despues de haber tenido su Consejo, se rindió al Rey; el qual solo le pidió viveres. Desde alli pasó en cinco jornadas al rio Arabon; y atravesando grandes desiertos, donde no halló gota de agua, á la region de los Horitas. Dió en ella la mayor parte de sus Tropas á Ephestion, dividiendo las demás, armadas á la ligera, con Ptolomeo y Leonato. Con cuyas tres partes de Exército saquearon á un tiempo á los Indios, y hicieron considerables presas. Robaba Ptolomeo las regiones marítimas, y desolaba la campaña el Rey por una parte, y Leonato por otra. Fundó, sin embargo, en ella una ciudad, á quien pobló con los Aracosios, y encaminóse despues ácia aquellos pueblos marítimos; los quales tienen considerable porcion de país inhabilitado, sin conservar comunicacion alguna con sus vecinos. Aquella soledad acabó de hacer sus ingenios, naturalmente feroces, mas groseros. Dexanse crecer las uñas y el cabello, sin cortarsele jamás: edifican sus cabañas de conchas, y de otros escrementos del Mar: vistense de pieles de bestias salvages, y alimentanse de pescados, que secan al Sol, y de las ballenas, que las tormentas arrojan á aquellas costas. Los Macedones, despues de haber consumido alli todas sus provisiones, empezaron á padecer falta de bastimentos, y á pocos dias tan grande hambre, que se hallaron precisados de ella á cortar las raices de los palmares, unico arbol, que ofrece aquel territorio; y faltandoles aun aquel tenue socorro, á comer los animales de mayor estimacion, y despues los caballos de servicio, quemando aquellos ricos despojos, por quienes se habian dilatado hasta los términos del Mundo, respecto de no tener con que conducirlos. Sucedió al hambre la peste, ocasionada de los malos alimentos, á que no estaban acostumbrados: del trabajo del camino, y del disgusto, en que se hallaban, viendose imposibilitados de marchar, y de detenerse, sin perecer, por ser preciso, si se mantenian, morir de

de hambre, y si intentaban adelantarse, que se inflamáse mas la peste. Por lo qual se hallaba toda la campaña cubierta de muertos, y aun mas de moribundos, y sin que pudiesen huir, ni los menos enfermos, respecto de la celeridad con que marchaba el Exército, creyendo, que quanto mas se adelantáse, tanto mas se apartaria del peligro, y aseguraria su remedio. Pedian á grandes voces los que se habian quedado en los caminos, á conocidos, y á no conocidos, socorro; pero faltaba enteramente carruage en que conducirlos, pudiendo apenas los soldados llevar sus armas: fuera de que estando proximos á verse en el mismo infeliz estado, qualquiera atendia solo á librarse del riesgo. Con que, por mas que aumentaron los gritos, no pudieron conseguir el socorro que buscaban; porque negando el miedo lugar á la compasion, volvian los mas á otra parte los ojos, por no mirarlos. A vista de cuya impiedad pedian con mayor aliento á sus compañeros, por los Dioses, por el Rey, y por las cosas mas sagradas, que no los desamparasen, hasta que reconociendolos sordos á sus ruegos, convertidos estos en desesperacion y rabia, los maldecian, deseandoles igual fin al suyo, y semejantes amigos á los que en ellos experimentában. Corrido y afligido el Rey de ser causa de aquella gran miseria, envió á mandar á Phrataphernes, Satrapa de los Partos, que le enviáse viveres cocidos en camellos y dromedarios, y hizo partícipes tambien de su necesidad á los Gobernadores de las demás provincias; los quales concurrieron á socorrerla, de suerte, que habiendo quedado el Exército libre, á lo menos del hambre, fue ultimamente conducido á los confines de Gedrosia, region apacible y abundante, donde se detuvo algunos dias para repararse. Recibió en ella cártas de Leonato, en que le abisaba: *Habia peleado, y roto á ocho mil Infantes, y quatrocientos Caballos de los Horitas.* Y tambien de Cratero; el qual le participaba: *Tenia presos á Ocines y Zariaspes, ambos Señores Persas, por haberles descubierto cierta rebelion que tramaban.* Despues de lo qual puso en el gobierno de aquella region, en lugar de Memnon, que habia muerto pocos dias antes de enfermedad, á Sibircio, y se encaminó ácia Carmania, de quien era Satrapa, Aspastes; el qual estaba indiciado de haberse querido levantar mientras el Rey se ha-

halló en las Indias. Si bien, habiendose puesto en su presencia, le hizo buena acogida; y disimulando su desconfianza, le mantubo en el gobierno hasta averiguar lo cierto. En el interin los Gobernadores Indios le habian enviado, en cumplimiento de la orden que tenian, de todas las provincias, que estaban sujetas á su obediencia, gran cantidad de caballos y de animales de estimacion, con quienes socorrió á los que se hallaban necesitados de ellos, repartiendo entre todos armas tan buenas, como las primeras, no habiendole sido muy dificil, respecto de estar cerca de Persia, entonces no solo pacífica, sino tambien abundante de todo. Y deseando cumplir enteramente el intento, que siempre habia tenido de igualar en todo á la gloria de Bacho, afectó imitarle, no solo en las victorias, que habia obtenido de aquellos pueblos, sino tambien en la forma de su triunfo, fuese instituido por Bacho, ó introducido solo en alguna borrasca, aspirando á obstentarse Dios como él. Para cuyo fin hizo llenar de flores y de guirnaldas todos los caminos por donde habia de pasar, ordenando pusiesen delante de las puertas de las casas tazas llenas de vino, y vasos de desmesurado tamaño. Mandó despues disponer carros capaces de que pudiese estar mucha gente en ellos, á quienes hizo cubrir en forma de Tiendas con lienzos blancos unos, y con ricos paños otros. Iban primero los mas familiares del Rey con sombreros de flores y guirnaldas. Oianse por una parte flautas y chirimias, y por otra gran variedad de instrumentos. Seguia despues de todo el Exército, comiendo y bebiendo con gran exceso en carros, mas ó menos compuestos, segun era la posibilidad de cada uno, llevando pendientes al rededor de ellos sus riquisimas armas. Iba el Rey enmedio de sus camaradas sobre un carro magnífico, cargado de crecidos frascos y vasos de oro, tan macizos y pesados, que rendian al tomarlos. De esta suerte marchó por espacio de siete dias aquel victorioso Exército, empleado en glotonerias y borracheras. ¡O qué considerable hubiera sido el botin que habrian hecho alli los vencidos, si les hubiesen quedado algunos alientos para acometer á aquella gente anegada en el vino! Es sin duda, que mil hombres en su sano acuerdo hubieran bastado á rendir y aprisionar, enmedio de su triunfo, á aquel Exército, que despues de sie-

siete dias continuaba en su embriaguéz; pero la fortuna, que es quien pone, y da precio y estimacion á las cosas, convirtió en gloria suya aun la infamia de sus armas: y asi no solo su siglo, sino tambien la posteridad, admiró juntamente que se hubiese executado esto entre pueblos acabados de sujetar, y que los Barbaros tubiesen por confianza tal temeridad. Siguió á aquel grande aparato el verdugo, que habia de dar muerte á Aspastes, Satrapa, de quien hemos tratado, y en quien se experimentó, que ni la luxuria se oponia á la crueldad, ni tampoco la crueldad á la luxuria.

LIBRO DECIMO.

CAPITULO PRIMERO.

QUEDAN PERDONADOS LOS DELITOS de Cleandro, y de algunos Capitanes, y castigados los de otros, aunque mas ligeros: Intenta Alexandro pasar á la parte Occidental de la Europa: Su liberalidad con los hijos de Abisares, y su crueldad con los de Orsines, Satrapa ilustre.

LLegaron casi en el mismo tiempo Cleandro, Sitalces, Agaton y Heracon; los quales habian muerto á Parmenion por orden del Rey, y llevaban consigo cinco mil Infantes, y mil Caballos; pero seguianlos los Diputados de las provincias que habian gobernardo, para acusarlos de tan graves delitos, que no parecia creible, que enmedio de haber sido tan grato servicio al Rey el de la muerte que executaron, bastáse á librarlos del castigo, que por ellos merecian; porque no contentos con haber desolado las familias con sus imposiciones, habian robado hasta los Templos y sepulcros, sin perdonar la honestidad de las Señoras mas ilustres; las quales lloraban con la-

grimas de sangre el desacato de habersela violado. Con cuya desenfrenada avaricia y libertad habian hecho aquellos brutos odioso y detestable el nombre de los Macedones. Sin embargo entre todos ninguno igualaba á Cleandro; el qual despues de haber forzado á cierta doncella de calidad, la dió por concubina á uno de sus esclavos. Por lo qual, temian muchos de los amigos de Alexandro, que pudiese con él mas, que la enormidad de los delitos, que era notoria, su clemencia, á favor de los reos. Si bien no dexaban de discurrir por otra parte alegres en que sería posible, que pasada la ocasion del servicio, y prevaleciendo el horror de sus recientes atrocidades, convirtiese su indignacion contra los que habian sido ministros de su ira, y que se viese quan poca duracion tenia el poder adquirido por malos medios. El Rey, habiendo conocido de la causa, pronunció: *Que habian cometido los acusadores el mas grave delito, qual era el de haber desesperado de su vida; pues no podia ser creible, que se hubiesen atrevido á executar semejantes maldades si juzgasen que habia de volver de las Indias.* En cuya conseqüencia hizo cargar de cadenas, y dar muerte á trescientos soldados, que habian sido instrumentos de su ira; y que en el mismo dia se executáse la de los autores del rebelion de los Persas, que Cratero habia llevado. Vueltos Nearcho y Onisicrito, que por orden del Rey habian sulcado por el Occeano lo mas adentro que les fue posible, refirieron diversas cosas, unas que oyeron, y otras que vieron: *Que en la isla, que está á la boca del rio, habia gran cantidad de oro, y tanta carestia de caballos, que los que se atrevian á pasarlos allí vendian á un talento cada uno: Que estaba aquel Mar lleno de ballenas; las quales sulcando por él, segun el aumento de la marea, se descubrian sobre el agua tan grandes como las mayores naos: Que quando seguian la Armada las espantaban á fuerza de grandes gritos, y de crecido rumor; y que se zabullian en el Mar con tan horrible ruido, como pudiera causarle éste si se hubiese sorbido otros tantos baxeles: Que en quanto á lo que habian oido de los moradores de aquellas costas, era, entre otras cosas, que el Mar Roxo no se llamaba asi por que fuesen de esta color sus aguas, como creen muchos, sino en memoria del Rey Erythra, cuyo nombre en Grie-*

Griego es lo mismo que roxo: Que poco despues de la Tierra-firme habia allí una isla llena toda de palmares; y que enmedio del bosque se ofrecia una columna muy alta, que era el sepulcro del Rey Erythra, gravado con caracteres de aquel país: añadiendo, que de quantos navios marchantes habian pasado á aquella isla, movidos de la fama del oro, no habia vuelto ninguno. Deseoso el Rey de saber mas, les mandó, que fuesen costeando la tierra hasta la boca del Eufrates, y que embarcados allí, pasasen á Babilonia. Y acumulando intentos á intentos aquel infatigable espiritu, tenia resuelto de haber sujetado toda la region marítima del Oriente, pasar de Siria á Africa, para abatir el orgullo de Carthago, á quien miraba como á enemiga; y desde ella, atravesando los desiertos de Numida, tomar la derrota á Cadiz, donde era fama que estaban las columnas de Hercules: pasar luego á España, á quien los Grigos llaman *Iberia*, del nombre del rio *Iberio*: encaminarse despues á los Alpes, y á las costas de Italia, donde hay un corto distrito á Epiro. Con cuyo fin ordenó á los Gobernadores de Mesopotamia, que hiciesen cortar cantidad de madera en el monte Libano, y que la mandasen pasar á Thapasaco, ciudad de Siria, para la fábrica de las galeras, que habian de ser de siete ordenes de remos, y conducirlas á Babilonia. Tubieron orden los Reyes de Chipre para que las proveyesen de espolones, de velas y de cuerdas. Hallandose en estas disposiciones, llegaron cartas de Poro y de Taxiles, en que le avisaban: *que Abisares habia muerto de enfermedad; asi como tambien Philipo, su Gobernardor, violentamente, y quedaban castigados los homicidas.* Con cuyas noticias proveyó el Gobierno de Philipo en Eudemon, Capitan de Thracia; y nombró por succesor de Abisares en el Reyno á su hijo. Llegó desde allí á Persagada, ciudad de Persia, de quien era Satrapa Orsines, descendiente de Cyro, y quien lograba, demás de las riquezas que le dexaron sus antecesores, los considerables tesoros, que habia acumulado en los muchos años que habia gozado sus Estados. Pusose en la presencia del Rey con gran variedad de presentes, asi para él, como para sus Validos. Componianse de rebaños de fieras, de carros adornados de plata y oro, de muebles preciosos, de requisima pedreria, de vasos cincelados de desmesurado

tamaño, de ropas de púrpura, y de quatro mil talèntos de plata, en moneda; pero costóle bien cara esta generosa magnificencia; porque habiendo usado con los principales de esta Corte, con mas exceso del que pudieron desear, y no hecho demostracion alguna con el Eunucho Bagoas, á quien amaba Alexandro con poco honesto afecto, advertido por algunos de este, respondió: *Que él obsequiaba á los amigos del Rey; pero no á sus concubinas; y que los Persas no estilaban usar de los hombres para lo que Alexandro se servia del Eunucho.* De cuyas palabras, noticioso Bagoas, aplicó toda la gracia que lograba en la del Rey para disponer la ruina de aquel Príncipe, cuya sangre era la mas esclarecida del Oriente, y cuya vida inculpable. Sobornó algunos testigos de entre los suyos, instruyendoles en lo que habian de deponer contra él, quando fuese tiempo; y dedicóse en el interin á influir en el ánimo del Rey, siempre que se quedaba á solas con él, quantas imposturas pudo discurrir, sin manifestarle la causa de su aborrecimiento, para que lográse mayor credito su acusacion. Y si bien el Rey no acababa de persuadir á que fuese culpado, no hacia ya la estimacion de él, que solia. Disponiase la trama con tan gran secreto, que se hallaba Orsines bien ageno del peligro que le amenazaba, sin que cesáse aquel malvado de imputarle de avaro y de traydor. Finalmente llegó el tiempo, de que se viese la inocencia oprimida de la calumnia, y necesitada la virtud á rendirse al inevitable destino; porque habiendo mandado Alexandro abrir acaso el sepulcro, donde descansaba el cuerpo de Cyro, para hacerle funebres honras, creyendo que estubiese lleno de plata y oro, como divulgaban los Persas, solo halló en él un escudo podrido, dos arcos al uso de Scythia, y su cimitarra. Puso sobre la urna corona de oro, y cubrióla con su manto, admirando mucho, que tan grande y esclarecido Rey se hubiese enterrado tan pobremente. A lo qual Bagoas, valiendose de la ocasion para sus malévolos fines, le dixo: *Que no debia estrañar estubiesen los sepulcros de los Reyes tan vacios, quando rebosaban las casas de los Satrapas tanto oro del que habian sacado de ellos: Que nunca habia visto aquel; pero que le oyó decir á Dario, que estaban dentro de él tres mil talentos.*

Y que sin duda habrian salido de ellos las profusiones de Orsines, dirigidas á grangear su gracia con lo que tan injustamente habia usurpado. Teniendo ya inclinado el animo del Rey con semejantes artificios al lógro de sus intentos, hizo entrar á su presencia á los testigos, que habia prevenido; los quales por una parte, y Bagoas por otra, le supusieron tan horrendas atrocidades de Orsines, que por último, le mandó Alexandro poner preso, antes que él tuviese la menor sospecha de acusacion alguna; pero no contento el infame Eunucho, de ser causa de que padeciese aquel inocente la muerte, que no merecia, pasó su insolencia á tanto, que llevandole al suplicio le tomó la mano; á cuya demostracion, habiendo vuelto á mirar Orsines, le dixo á aquel: *Habia oido decir, que en otro tiempo reynaron en Asia las mugeres; pero ahora veo la novedad de que mande un Eunucho.* Este fin tuvo el mayor Príncipe de Persia, hallandose inocente, y habiendo acreditado en repetidas demostraciones su gran afecto á Alexandro. Executóse tambien por entonces la muerte de Phradates, indiciado de haberse querido alzar con el Reyno. Habia empezado Alexandro á tener tanta facilidad en condenar á muerte á los hombres, como en creer los falsos informes que le hacian. Tan poderosa es la prosperidad en pervertir aun los mejores naturales, y tan raro el hombre, que acierta á usar bien de su fortuna. No se habia atrevido antes á condenar á Lyncestes, aunque resultaba culpado por la deposicion de dos testigos: habia tolerado, que los que lo estaban en delitos de menor conseqüencia, quedasen á pesar suyo absueltos, por haberlos juzgado inocentes los demás; y habia hecho merced de los Reynos á los enemigos, que habia vencido; pero degenerando ya de sí, daba contra su propio dictamen los Reynos á unos, y quitaba la vida á otros, por condescender con el gusto de un infame. Llegaronle casi por aquel mismo tiempo cartas de Ceno, en que le participaba de quanto habia pasado en Europa y Asia, mientras sojuzgó las Indias. Deciale, que habiendo pasado Zopyrio, Gobernador de Thracia, á la guerra contra los Getas con una poderosa Armada, le sobrevino tan furiosa borrasca, que perecieron en ella todos; y que noticioso de esta pérdida Seuthes Odryses, habia sublevado el pueblo, de suerte, que quedaba perdida Thracia, y bien trabajosa Grecia.

Asis-

Suplemento, formado de lo que refieren en este lugar los Autores, que escribieron las acciones de Alexandro. Strabo 25. Arrian. lib. 15. Diodor.

Asistia por este tiempo á Alexandro, á quien habia seguido á persuasion de Taxiles, cierto Indio, muy célebre entre los Sabios de su Reyno, el qual, profesando una severa filosofia, habia vivido por espacio de ochenta y tres años, sin haber padecido en todos ellos la menor dolencia. Habiendo llegado á Persia, y sobreviniendole un dolor entripado, quiso mas morir con bien extraño medio, que tolerar los grandes dolores que padecia, y á que no estaba acostumbrado, por la feliz salud que habia gozado, que caer en el sensible martyrio de las manos de los Médicos, exponiendose al tormento de la multitud de sus remedios. Para cuyo fin pidió al Rey, que le mandase disponer una hoguera, encargando, que no se encendiese, hasta que estuviese dentro de ella. Creyó al principio Alexandro, que podria facilmente disuadirle de tan bárbaro intento; pero no habiendo bastado quanto le dixo, para que dexase de mantenerse firme en su resolucion, se vió precisado á concederle lo que le pedia; pero teniendo en gran veneracion á aquel Filósofo, quiso antes honrar su muerte con fúnebre pompa, digna de su Real magnificencia. Mandó poner en orden de batalla todo el Exercito, con los elefantes, en un gran llano, cerca de la ciudad, y nombró á ciertas personas, para que esparciesen por la hoguera, y sobre el Indio los mas preciosos perfumes, que pudiesen hallarse. Envióle tambien una ropa de púrpura bordada de pedreria, gran cantidad de baxillas de plata y de oro, y muy ricas tapicerias, para que sirviesen de aparato al sacrificio, y de honor á la víctima. Vestido, pues, Calamo con aquellos ricos adornos, se puso en un caballo, que tambien le habia enviado el Rey; pero no pudiendo tolerar el cansancio, continuó el camino enu na litera, donde coronado con una guirnalda de flores, cantó en su lengua diversas canciones, hasta que habiendo atravesado toda la ciudad, llegó al parage donde estaba la hoguera. Hechas alli sus deprecaciones á los Dioses, y pedido á los hombres, que executasen con él quantas ceremonias se acostumbran en los funerales de los difuntos, se cortó una guedexa, antes de entrar en la hoguera, y despedido de los Macedones, y de sus amigos, tocandoles la mano, les dixo: *Que habiendo perdido su salud, y visto al Gran Alexandro, no ape-*

apetecia vivir ya, pues le habia llegado á suceder lo que mas habia temido, y deseado en este mundo: Que siendo los verdaderos males el dolor, y la mala conciencia, habia pedido siempre á los Dioses le preservasen de uno y otro; pero que pues empezaban despues de tantos años á afligir su cuerpo, que hasta entonces habia sido morada de su alma, era evidente señal, de que no era voluntad suya, que habitase mas en él: Que aunque siempre la procuró conservar pura y libre de todo género de vicios, no habia podido evitar, que por el contagio del cuerpo hubiese contraido muchas manchas; pero que las iba á purgar en el fuego, cuyas llamas le serian suaves, habiendose de quemar en ellas las ligaduras de su cautividad, que por tan dilatado tiempo le habian embarazado que saliese al Cielo, y volviese á ver su patria: Que les pedia se recogiesen, y asistiesen gustosos á aquella funcion con el Rey, de quien no se despedia, porque esperaba volverle á ver dentro de breves dias en Babilonia. Despues de haber pronunciado estas últimas palabras, que fueron como de Oráculo y profecia de la cercana muerte de Alexandro, y repartido entre sus amigos el regalo, que le acababa de hacer el Rey, subió gustoso á la hoguera, desde donde, habiendo puesto por algun breve rato la vista en el Exército, se tendió á lo largo, en la mas honesta postura que pudo, y se cubrió por último el rostro; pero lo mas admirable, y que mayor horror causó á todos los que concurrian á aquel expectáculo, fué, que al prender en él la llama, se mantuvo constantemente en la misma postura en que le halló, sin hacer el menor movimiento, ni dar indicio alguno de dolor. Tocaron las trompetas al tiempo de introducir el fuego en la hoguera, y dieronse en el Exército los grandes gritos, que acostumbraban levantar los soldados al principio de las batallas, á quienes acompañaron los espantosos bramidos de los elefantes. Pareciendole á Alexandro, que no era decente asistir á aquel expectáculo, se retiró á su palacio triste y pensativo. Hicieronse varios juicios de aquella accion: condenaronla unos como de hombre furioso ó insensato; y atribuyeronla otros á vanagloria, persuadidos á que no habia tenido otro fin, que el de adquirir crédito de una prodigiosa constancia; pero sin embargo muchos alabaron el gran valor con que ha-

habia triunfado de los dolores, y de la muerte. Admiróla entre otros el Rey, y honró sus cenizas con magnífica sepultura. Fue este mismo Calamo, de quien se refiere, que habiendo llegado á la Corte, y deseando dar algunas muestras de su suficiencia, puso á vista de Alexandro, como una imagen ó figura de su Imperio. Arrojó á tierra un gran pellejo de buey lleno de ayre, y puso el pie en uno de sus estremos: baxado el qual hizo al mismo tiempo levantar en alto lo restante de él: despues, pisandole todo al rededor, y andando siempre por sus estremos, hizo demostracion al Rey, de que quanto mas se le apretaba en un lugar, tanto mas levantaba en los demás; pero que poniendose enmedio de él, quedaba igualmente baxo por todas partes. Con cuyo exemplo quiso darle á entender, que debia desistir de emplearse en viajes y conquistas tan distantes, y residir en el centro y corazon de sus dominios, por cuyo medio evitaria, que las provincias mas apartadas no se sublevasen, y que todos sus pueblos se mantuviesen en su obediencia, sin la menor alteracion. Habiendo llegado despues de esto el Rey á Susa, se desposó con la Princesa Statira, hija mayor de Dario, y dió la menor á su amado amigo Ephestion; y para que haciendose estas alianzas comunes, pareciese menos extraño su casamiento: persuadió tambien á los primeros Señores de su Corte, y á sus mas principales Validos, á que executasen lo mismo; y eligió de las nobles familias de Persia ochenta doncellas, las quales les dió por mugeres. Celebraronse las bodas al uso de Persia, y á él tubo un banquete á los demás Macedones, que se habian casado mucho antes; en el qual, hallandose mas de nueve mil convidados, dió á cada uno de ellos una copa de oro, para que ofreciesen sus sacrificios á los Dioses. Llegaron por el mismo tiempo á la ciudad de Susa treinta mil mancebos Persianos, casi todos de una misma edad, á quienes llamaron *Epigonos*, que corresponde á *succesores*. Estos iban para relevar á los ancianos soldados de sus penosas y largas fatigas. Habianse elegido los mas robustos, y de la mejor disposicion, que se hallaron en toda Persia; y puestolos debaxo del mando de los Gobernadores de las ciudades, que nuevamente habian fundado, ó de las que se habian conquistado. Habiendolos ocupado en todos los exer-

ci-

cicios militares, y enseñadolos quanto es necesario saber en la guerra, teniendolos vestidos y armados al uso de Macedonia. Plantaron su Campo delante de la ciudad, donde pasaron muestra, y hicieron sus exercicios, para que viese el Rey su destreza, y lo adelantados que se hallaban en el manejo de las armas, de que quedó muy satisfecho, haciendoles en adelante muchas mercedes; pero causó esto considerables zelos á los Macedones, contra quienes se disponia principalmente aquella providencia; porque reconociendo Alexandro, que llebaban con sumo disgusto la dilatada continuacion de la guerra, ocasionando murmurios y alborotos, quiso tener estas nuevas Tropas, con que poderse oponer á las antiguas, y reprimir sus desacatos. En tanto Arpalo, de quien el Rey habia fiado la guarda de sus tesoros y de las rentas de Babilonia, haciendo concepto de que domada la mayor parte de los Reyes Indios por el valor de Alexandro, no podria haber, despues de tan felices sucesos, nada que no cediese á sus armas, ni que un Principe tan deseoso de dilatar mas sus conquistas, podia dexar de continuarlas, y de volver con dificultad de tan largo y penoso viage, se dió, lisongeandose con esta esperanza, á la mas licenciosa vida. Hizo imponderables gastos: manchó con sus deshonestidades las mas ilustres familias de la ciudad; y no contento con haberse anegado en todo genero de disoluciones y torpezas, buscó fuera de Babilonia ocasion para otras nuevas, haciendo traer á ella de Athenas una célebre ramera, llamada Pothymia, de quien estubo tan apasionado y perdido, que no solo, mientras ella vivió, la hizo tan considerables dadivas, como pudiera el Rey, sino que, aun despues de su muerte, la dispuso sumptuosos funerales, y tan soberbio sepulcro, que gastó en él treinta talentos. Consumida en tan torpes profusiones una considerable parte de las riquezas, que quedaron á su cuidado, y sabiendo que Alexandro volvia de la India, y que iba castigando severamente á todos los Gobernadores, que habian abusado de sus cargos; hallandose con su conciencia tan mal segura, y temiendo que executáse con él lo que con los demás, recogió cien mil talentos, y juntó seis mil hombres de guerra con quie-

nes se encaminó á toda diligencia á Attica; pero no hallando persona que le quisiese admitir, se vió precisado á dexar aquellas Tropas en el cabo de la Morea, llamado Tenara.

CAPITULO II.

MIENTRAS DISCURRE EN SOSEGAR las reboluciones de la Grecia, y en licenciar algunos soldados, á quienes habia pagado, y en quedarse con otros, se levanta una sedicion en el Campo, la qual sosiega con un severo razonamiento.

Texto de Quinto Curcio.

IGualmente irritado el Rey contra Harpalo, que contra los Athenienses, hizo disponer una Armada, con resolucion de ir en persona á Athenas; pero llegaronle mientras daba secretas providencias para esta jornada, cartas en que le avisaban: *Que aunque Harpalo habia entrado en Athénas, y ganado á fuerza de dinero á los principales de ella, habiendose juntado el pueblo, le habia mandado salir de aquella ciudad, desde donde acogiendose á las Tropas Griegas, que le retubieron, fue poco despues muerto á traycion por un pasagero.* Gustoso con estas noticias, desistió del intento de pasar á Europa; si bien mandó á todas las ciudades de la Grecia: *Que volviesen á ellas á los desterrados, exceptuando á los que habian teñido sus manos en la sangre de sus ciudadanos.* No se atrevieron los Griegos á oponerse á esta orden, aunque contravenia á sus leyes; y asi restituyeron á los desterrados los bienes que se hallaron ser suyos. Solos los Athenienses, mas zelosos de la libertad pública, que de la particular, y no acostumbrados á tolerar el yugo de la Monarquia, la resistieron, echandolos á todos de sus confines, y queriendo antes exponerse á qualquier riesgo, que admitir la gente mas viciosa, de que se habia purgado la ciudad, y que aun entonces lo era en el destierro. Despues de haber licenciado Alexandro á los ancianos soldados, mandó que se escogiesen trece mil Infantes, y dos mil Caballos, para que quedasen en Asia, creyendo que es-

este corto Exército sería suficiente á conservarla, y respecto de haber puesto guarnicion en toda ella, y de que las nuevas ciudades, pobladas de sus Colonias, serian muy poderoso freno contra qualquiera, que tentáse alterarla; pero habiendo mandado, antes que se nombrasen los que habian de quedar: *Que declarasen todos sus deudas*; pues aunque no ignoraba, que la mayor parte de ellos se hallaba con grandes empeños, y que estos procedian de sus desordenes, que queria pagarlas: sospechando ellos que esto miraba á descubrir lo mal que se habian aprovechado de lo que habian adquirido, interpusieron dilaciones. Conoció el Rey no era falta de obediencia, sino sobra de empacho lo que los tenia remisos en el cumplimiento de aquella orden. Y asi mandó poner en dilatadas mesas, repartidas por el Campo, diez mil talentos. Con cuya demostracion, conociendo que era muy otro el fin de Alexandro, manifestaron todos sus deudas. Pagadas las quales, no quedaron de tan considerable suma, mas que ciento y treinta talentos; de suerte, que aquel Exército, que habia triunfado de las mas ricas naciones del Mundo, llevó mayor gloria, que botin; pero quando entendieron, que se volvian unos, y que quedaban otros, creyendo que queria establecer en el Asia la silla de su Imperio, se precipitaron furiosos, y atropellando por sus buena disciplina, llenaron el Campo de sediciosos intentos, pasando todos juntos á decir al Rey á gritos en su misma presencia, con mayor libertad y desacato, que habian tenido jamás, que los licenciáse á todos, y á mostrarle sus rostros desfigurados todos con la continuacion de las heridas, y sus casas contrahidas con la de los trabajos. Ni las amenazas de los Cabos, ni el respeto del Rey, bastaron á reprimir su furor, pues quanto mas los procuraban templar aquellos, tanto mas enfurecidos los interrumpian las razones con que solicitaban persuadirlos, continuando incesantemente en sus desmesurados gritos, y protestando, que no se apartarian de alli, sino para volverse á sus casas. Finalmente, habiendo callado, no porque se diesen por vencidos en su furor, sino porq ue le pareció, que el Rey cedia, quedaron atentos á los que

les decia, que fue en estos, ó semejantes terminos: „¿Qué es lo que llego á experimentar hoy en vosotros; ó de qué se origina tan repentino motin y tan desenfrenado atrevimiento? ¿Hallaréme con aliento para mover los labios al ver tan ultrajada mi autoridad por vuestro desacato, y sin que me haya quedado de Rey mas que el nombre, pues me habeis quitado, que hable, que solicite saber vuestros intentos, que os haga participes de los mios, y á lo que me parece, tambien, que os mire? Habia resuelto enviar á unos, y llevar bien aprisa conmigo otros; y tan disgustados os mostrais los que habiais de iros luego, como los que lo habiais de hacer despues. ¿Qué es esto? ¿Cómo puede proceder de causas tan distintas un mismo sentimiento? Preciso es que sepa, si los que se quexan, son los que han de partirse, ó los que han de quedarse." A lo qual respondieron tan á un tiempo á grandes gritos, todos: *Que todos juntos eran los que se quejaban*, que no parecia sino que salian de una misma voz tantas. „No podré creer yo nunca (replicó el Rey) que tan general disgusto proceda solo de la causa que vosotros suponeis, quando la mayor parte del Exército no está comprehendido en ella, pues, son mas los que envio, que los que dexo. Mas alto origen trae el mal; y otra muy distinta es la ocasion, que os aparta de mi servicio: porque ¿quién ha visto hasta ahora, que todo un Exército haya abandonado á su Rey? Aun los mismos esclavos, quando intentan la fuga, no la executan juntos, avergonzandose de dexar á su dueño, al verle desamparado de los otros. ¿Qué haré, pues, quando hablo con hombres tan frenéticos, esforzandome en vano á curar animos tan incapaces de remedio? Depongo ya el buen concepto, que hasta aqui tenia hecho de vosotros, y ofrezco trataros desde hoy, no como á mis soldados, pues no lo sois, sino como á los mas ingratos hombres del Mundo. Mi gran benignidad os tiene tan perdidos y tan olvidados del estado de donde os saqué, al qual mereciais volver, y consumir lo restante de vuestros dias en él, pues os hallais mejor en la adversa, que en la prospera fortuna. Los que no ha mu-

mucho que eran tributarios de los Ilirios y de los Persas, se muestran hoy disgustados de las riquezas del Asia, y de los despojos del Oriente. Los que en tiempo de Philipo andaban poco menos que desnudos, visten ropa de púrpura, y deslumbrandoles el resplandor del oro, apetecen mas baxillas de madera, y escudos de zarzos entretegidos, y despreciables espadas cubiertas de orin, que fué el rico aparato con que los hallé. No ignorais, que quando tomé posesion de la Corona, la hallé empeñada en quinientos talentos, y que solo habia en el erario sesenta. Este fue el caudal que tuve para dar principio inmediatamente á la guerra, y con el que puedo decir, sin vanidad, que me he hecho Señor de casi todo el Universo. ¿Qué tanto os disguste el Asia, theatro de vuestras hazañas, cuya gloria os iguala con los mismos Dioses? Deseais con gran prisa volver á la Europa, y abandonar á vuestro Rey, sin considerar, que entre vosotros hay muchos que á no haberles pagado yo sus deudas, las quales he satisfecho de la presa del Asia, se hallarian imposibilitados de hacer el viage. ¿Y no os avergonzais de volver con las manos vacías, á ver á vuestras mugeres y á vuestros hijos despues de haber adquirido de las naciones conquistadas tantos despojos? ¿Qué les respondereis quando os pregunten por los frutos de vuestras victorias? No sé qual es de vosotros el que podrá mostrarselos, si solo que muchos han empeñado hasta sus mismas armas, con la esperanza de su vuelta. ¿Pensareis que pierdo muy ventajosos soldados en vosotros, en quienes no ha quedado de tantas riquezas, sino la costumbre de la relaxacion y de los desórdenes, en que las habeis consumido? ¿No quereis dexarme? Pues idos, que el camino teneis libre: idos, y sea á donde no vuelva á veros mas. Los Persas y yo os preservaremos de los riesgos, que os pueden sobrevenir. Quitaos de mi presencia, ingratos ciudadanos, pues á ninguno estorvo que se vaya, porque ya me falta el sufrimiento para toleraros. Allá reconoceréis el gusto con que os recibirán vuestras mugeres y vuestros hijos, al veros volver sin vuestro Rey. ¿Con qué alegria se pondrán en vues-

tra

tra presencia, y darán los brazos á unos traydores y desertores? Idos, idos; pero tened por cierto, que he de triunfar de vuestra fuga, y que me he de vengar de vosotros en qualquier paraje donde os hallareis, prefiriendo en todo á los estrangeros con quienes me dexais. Idos, por último, que algun dia conocereis lo que es un Exército sin cabeza, y lo que en mí habeis perdido." Dicho esto, se arrojó colérico de un brinco desde su Tribunal, y entrandose por enmedio de los soldados armados, y advirtiendo en los amotinados, se asió uno á uno de todos, sin que se atreviese ninguno á estorvarselo, y entregó trece de ellos á sus guardas.

CAPITULO III.

DESBARATA LOS MALOS INTENTOS de su Exército con el castigo de algunos sediciosos, y da la guarda de su persona á los Persas.

¿QUién creyera que aquella desatinada muchedumbre se sosegase repentinamente, y que fuese tan grande el pavor, que ocupase sus ánimos, al ver que arrastraban al suplicio á sus compañeros, que habiendo quedado inmobiles, y sin atreverse á articular palabra alguna, se mirasen unos á otros, temiendo cada uno no se executáse con él el mismo rigor? Lo cierto es, que, ó porque naciese de la gran veneracion que en las Monarquias tienen los pueblos á sus Reyes, á quienes adoran como á Dioses, ó del particular respeto con que miraban su persona, ó de la confianza y resolucion con que usaba de su poder y autoridad, ellos quedaron aturdidos en aquella ocasion, en la qual acreditaron bien su paciencia y su sujecion; hallandose tanto mas lexos de mostrar sentimiento alguno por la muerte de sus compañeros, quando supieron se habia executado por la noche, quanto solo atendia cada uno á purgar su delito, y á solicitar perdon de él. Al dia siguiente, llegando delante del aloxamiento del Rey, y ha-

hallando que les impedia la entrada, franqueandosela á los soldados Asiaticos llenaron el Campo de desconsolados clamores, diciendo á grande gritos, como desesperados: *Que querian morir, si el Rey no mitigaba su enojo*: Pero aquel Principe, que no revocaba facilmente la resolucion que una vez tomaba, habiendo ordenado que se retirasen los Macedones á su Campo, y que se hallasen los estrangeros en su presencia; concurriendo considerable número de ellos, los habló por medio de un Intérprete asi: „ Quando pasé de la Europa al Asia, esperé juntar á mi Imperio muchas célebres naciones, é infinitos millares de hombres. No solo correspondió puntual la fama á sus promesas, sino excedió liberal á mis esperanzas, pues hallé pueblos belicosos, y cuyo amor á sus Reyes es increible. Habiame persuadido á que entre vosotros todos era una vana pompa, y desmesurada profanidad, y que vuestra grande felicidad, y abundancia os tendria envejecidos en torpes deleytes; pero ya me he desengañado, viendo el vigor de vuestros cuerpos y de vuestros animos, que os hace capaces de tolerar las fatigas de la guerra, y lo que yo mas estimo, vuestra fidelidad, que enmedio de ser grande vuestro valor, no le es inferior. Ha dias que vivo con este conocimiento, aunque no os le he manifestado hasta hoy. El me ha movido á escoger lo mejor de vuestra juventud, para incorporarla en mis Tropas, como lo he hecho. Vuestro trage y vuestras armas no se diferencian de las suyas, aunque vuestra obediencia las excede mucho. Todas estas consideraciones me han obligado á la resolucion de casarme con la hija de Oxatres, que es de vuestra misma nacion, y á que no desdeñandome de tener hijos de una de mis cautivas, y deseando que mi casa se dilate con copiosa succesion, haya elegido tambien por esposa mia á la hija de Dario, habiendo movido con mi exemplo á los principales de mi Corte á que executasen lo mismo con sus prisioneras, para que por medio de tan santa alianza, quede borrada la diferencia, que puede haber entre vencedores y vencidos. Por lo qual debeis estar ciertos de que os tengo por naturales soldados mios, y no por estraños, y de que os estimo como

mo

mo á mis antiguos ciudadanos. Ya Asia y Europa no son mas que un Reyno; ni las armas que os he dado, ni la libréa de que os he vestido, otra que la de los Macedones. Y ya ni á los Persas es indigno imitar á los Macedones, ni á los Macedones, seguir las costumbres de los Persas; porque es preciso que sean comunes las leyes y las utilidades á los que han de vivir debaxo del dominio de un mismo Principe. „ Concluido asi este razonamiento, fió la guarda de su persona de los Persas, cuyos nuevos Oficiales llevaban al suplicio á los Macedones, que habian quedado por castigar. Refierese, que entonces uno de los condenados, persona autorizada, y á quien hacia mas venerable su edad, dixo al Rey.

Suplemento antiguo.

CAPITULO IV.

PALABRAS DE CIERTO SOLDADO Macedon, aprisionado: Conspiracion contra Alexandro, el qual muere de veneno.

¿Quándo se saciará tu crueldad de martirizar con tan estraños castigos á los de tu nacion? Tus soldados y tus ciudadanos permites que vayan conducidos al suplicio por sus mismos prisioneros, sin que haya precedido conocimiento de causa? Si los has juzgado dignos de muerte, ¿no pudieras haber nombrado otros Ministros de su misma nacion, que se la diesen? El consejo, aunque libre, era util, si hubiese sabido aprovecharse de él, pero teniale tan preocupado su fortuna y su indignacion, que no pudiendo ver sin impaciencia lo que dilataban los executores la muerte de aquellos infelices, ordenó que los arrojasen al rio; pero ni aun esta impia demostracion fue bastante á causar la menor alteracion en los soldados; los quales bien agenos de procurarla, acudian en quadrillas á sus Capitanes y á los validos del Rey, para que le pidiesen, *condenáse á muerte á todos los demás que entre ellos se averiguáse hallarse culpados, pues todo el Exército estaba pronto á comprar al precio de sus vi-*

de su desenojo. Pero no bien supieron con certidumbre, que se habian dado sus cargos á los Persas, que los habian distribuido por los Regimientos, que les habian impuesto los nombres de los Macedones, y que á ellos los habian desechado ignominiosamente, quando, no pudiendo contener mas el dolor que los oprimia, corrieron en camisa juntos todos á palacio, á cuyas puertas arrojaron sus armas, en demostracion de su arrepentimiento, llorando, y pidiendo á gritos: *Que los dexasen entrar; y que si no habia aplacado el Rey su indignacion, tomase satisfaccion de su desacato en su sangre, y no en sus honras, pues no habian de apartarse de allí, hasta que los hubiese perdonado.* Noticioso Alexandro de estas demostraciones, hizo abrir las puertas de su palacio, y se fue para ellos, donde enternecido al ver tantas demostraciones de su arrepentimiento, al oir sus desconsolados gemidos y sollozos, y al considerar el miserable estado á que estaban reducidos, los acompañó por algun espacio en el llanto, al fin del qual los perdonó; y habiendoles dado una suave reprehension alhagandolos unas veces, y mortificandolos otras, concedió licencia á muchos, que estaban incapaces de tomar las armas, y los envió con muy ricas dádivas y despachos, para que Antipatro, Gobernador de Macedonia, les señaláse en los juegos los primeros lugares del teatro, y los hiciese entrar coronados, concediendo á los hijos de todos los que habian muerto en servicio suyo, que gozasen de sus sueldos, mientras llegaban á edad de poderlos ganar por sí. Nombró para que los conduxese á Cratero, en quien proveyó el Gobierno de Macedonia, y de Thesalia y de Thracia, que tenia Antipatro, á quien ordenó fuese á exercer el cargo que dexaba Cratero. Habia dias que se hallaba Alexandro bien molestado de las continuas quexas de su madre contra Antipatro, y de las de Antipatro contra Olympias. Cargaba ésta á aquel de que aspiraba á la tyrania, y quexabase aquel de la aspera condicion de ésta, y de su insoportable altivéz, alargandose con alguna freqüencia á ponderar el poco decoro con que trataba su autoridad. Por lo qual se vió precisado el Rey á tomar la resolucion de llamarle cerca de su persona, con tan gran disgusto de Antipatro, que se dispuso irritado á quitarle la vida por medio de algun veneno. Pasó desde allí el Rey

á Ecbatana, donde dió diversas ordenes para la mejor administracion del gobierno del Reyno, y hizo solemnes sacrificios y juegos. Durante cuya celebridad murió su gran Valido Ephestion al rigor de una maligna fiebre. Sintió su pérdida con el estremo, que acreditaron las demostraciones que permitió á su dolor, indignas mucho de tan gran Rey; porque se refiere, que hizo colgar al Medico que le asistió, como si hubiese muerto por culpa suya: Que se abrazó del cuerpo, dando espantosos gritos, de quien le separaron no sin dificultad; y que permaneció, sin permitir treguas á su llanto, por espacio de un dia y de una noche, añadiendo á estas demostraciones otras, que no son creibles. Lo cierto es, que hizo que se sacrificáse á Ephestion, como á un Semi-Dios, y que los gastos de su sepulcro, y de su fúnebre pompa pasaron de doce mil talentos. Volviendose, pues, á Babilonia, le salieron al encuentro los Adivinos Caldéos; los quales le advirtieron no entráse en aquella ciudad, porque corria gran riesgo su vida; pero desestimando la prevencion, continuó su jornada: en cuyo camino supo le esperaban en Babilonia Embaxadores de los parages mas retirados del Mundo; porque habiendose esparcido por él el terror de su nombre, concurrian á porfia á obsequiarle infinitos pueblos, como á quien suponian ya dueño suyo. Cuya noticia aumentó en él el deseo de llegar á aquella ciudad, para celebrar en ella, como cabeza, las Cortes Generales del Universo. Hizo muy solemne su entrada; y despues de haber recibido benignamente á los Embaxadores, los despidió. Dispusose casi por el mismo tiempo un sumptuoso banquete en casa de Medio, Thesaliense, donde fue convidado el Rey con los Grandes de su Corte; y habiendose puesto á la mesa, no bien hubo acabado de beber en honor de Hercules, quando prorrumpió en tan grandes gritos, como pudiera si le hubiesen atravesado por el cuerpo alguna flecha. Retiraronle á su palacio casi muerto de aquel accidente, cuyos dolores eran tan vehementes, que le obligaron á pedir desesperado una espada, para darse muerte. Divulgóse, que la causa de su dolencia procedia del exceso con que habia bebido; pero lo mas cierto era, que la habia dado la maldad de los suyos, cuya infamia ocultó el poder de los que le succedieron; porque Antipatro habia entrega-

gado preparado el veneno á su hijo Casandro, que era Copero mayor del Rey, y advertidole que no le fiáse de otro, que de Medio, y de sus hermanos Philipo y Jolas, que eran los que de ordinario le servian en la mesa; los qualas introduxeron el veneno en el agua, esparciendole despues en el vino. Al quarto dia, recelosos los soldados, de que se les ocultaba su muerte, y no pudiendo pasar mas tiempo sin verle, se fueron á palacio, donde anegados en su llanto pidieron los dexasen verle. De cuya instancia noticioso el Rey, mandó á las guardas que los hiciesen entrar.

CAPITULO V.

LO QUE HIZO, Y LO QUE DIXO ANTES DE su muerte: Sentimiento de los suyos, y especialmente de la madre de Dario, que rendida al dolor murió poco despues: Elogio de Alexandro.

FUe tanto lo que aumentaron sus gemidos y sollozos al verle, que mas parecia que lo lloraban muerto, que doliente. Era empero aun mayor la afliccion en los que estaban mas inmediatos á su persona, á quienes volviendolos á mirar Alexandro, les preguntó: ¿*Que adónde hallarian, muerto él, Rey digno de tales vasallos*? Verdaderamente, que fue cosa digna de admiracion, que hallandose aquel Principe tan postrado, y casi moribundo, se mantubiese en la misma postura con que recibió á su Exército, todo el tiempo que tardaron en saludarle uno á uno sus soldados. Despues de lo qual, y de haberles dado el ultimo vale, se volvió á echar, como si ya no le quedáse otro cuidado, que el de morir, y haciendo acercar al lecho á los suyos, por empezar ya á faltarle la voz, se quitó el anillo que traía, y se le dió á Perdicas, á quien pidió, *que hiciese llevar su cuerpo al Templo de Hamnon*. Y preguntandole todos: ¿*Que á quién dexaba por succesor suyo en el Imperio*? Respondió: *Que al que mas dignamente le mereciese; pero que prevenia se dispusian sobre la declaracion de él estraños expectáculos fúnebres á su muerte*. Preguntole tambien Perdicas: ¿*Que quándo*

Texto de Curcio.

do gustaba de que se le hiciesen divinos honores? A que le respondió: *Quando seais feliz.* Despues de cuyas ultimas palabras, rindió el espíritu. No se oian en aquel palacio al principio, sino copiosos llantos, espantosos sollozos y tiernos gemidos; los quales, haciendo el dolor lugar á cuidadosas imaginaciones, y á infelices discursos sobre lo venidero, se convirtieron repentinamente en tan gran silencio, que no parecia sino que se hallaban en una vasta soledad. Corrian de una á otra parte, como desatinados sus pages y las guardas de su persona, llenando la ciudad de tristeza, y de los sentimientos en que suele prorrumpir en semejantes ocasiones el dolor. A vista de lo qual, los que estaban fuera del palacio, asi Barbaros, como Macedones, corrieron en tropa á él, sin que en tan comun desesperacion se pudiesen diferenciar los vencedores de los vencidos; porque unos y otros mostraban á porfia su dolor: llamabanle los Persas, *el mas justo y benigno dueño, que tubieron*; y los Macedones, *el mejor y mas valeroso Principe del Mundo*, quexandose todos de los Dioses, de que se le hubiesen quitado á los hombres en la flor de su edad, y de su fortuna. Acordabanse entonces de su invencible valor, y de la animosidad y alegria con que los conducia al combate, sitiaba las ciudades, subia á los muros, y premiaba sus servicios; y arrepentianse entonces los Macedones de haberle rehusado los divinos honores, confesandose ingratos é impíos por haberle defraudado titulo que le era tan debido. Finalmente, despues de haberlos tenido embargados por algun rato, ó la veneracion á su persona, ó el descousuelo de su pérdida, convirtieron ácia ellos mismos su compasion, considerando: *Que habiendo partido de Macedonia, se hallaban de la otra parte del Euphrates, sin Cabo, y en medio de sus enemigos, disgustados estos del nuevo dominio: Que habiendo muerto el Rey sin hijos, y sin dexar nombrado succesor, qualquiera procuraria ganar á favor suyo las fuerzas públicas.* Sobre lo qual *prevenian las guerras civiles que resultarian, y que les seria preciso derramar aun su sangre, y exponerse á que abriesen nuevas heridas sus antiguas cicatrices, no ya para conquistar el Imperio del Asia, sino para darla Rey: Y finalmente, que aquellos ancianos soldados, que habian obtenido licencia de su legitimo Principe pa-*

para volver á su patria, se hallarian obligados á emplear la corta vida que les quedaba en establecer el poder, quizá, de algun miserable soldado. Cogiólos en estos desconsolados discursos la noche, que los hizo aun mas funestos. Pasaronla toda armados los soldados, y los Babilonios, ó sobre los muros, ó en los miradores de sus casas, para advertir mejor desde ellos le que pasaba; si bien ninguno se atrevia á encender luz. Con que no pudiendo valerse del uso de los ojos, fiaban el informe de los oidos, aplicandolos al menor ruido que se les ofrecia. Muchos, desmayados de las vanas sombras que les figuraba su medrosa imaginacion, corrian por aquellas obscuras calles, dando unos con otros, sin conocerse, ni asegurarse. Los Persas, que segun su estilo se habian cortado el pelo en demostracion de su sentimiento, y puesto luto, asi como tambien sus mugeres y sus hijos, lloraban con verdadera ternura y dolor la muerte de aquel Principe, á quien no miraban, ni como á vencedor suyo, ni como á quien poco antes habia sido su enemigo, sino como á su mas justo y legitimo Rey; confesando, que desde que se estableció su Monarquia, no habian tenido otro, que mas dignamente que él mereciese su obediencia. No se limitó solo á los muros de aquella ciudad tan considerable tristeza: pasó inmediatamente á las regiones cercanas, y dilatóse desde ellas á toda aquella gran porcion del Asia, que está de la otra parte del Eufrates. Llegó sin mucha dilacion la nueva á la madre de Dario; la qual, arrebatada del dolor, rasgó sus vestiduras, se puso luto, se mesó sus cabellos, y se arrojó á tierra. Tenia consigo á una de sus nietas, á quien, hallandose aun recientes las lágrimas por la muerte de su marido Ephestion, acordaba el dolor público su particular afliccion. Sysigambis empero acumulaba en sí todos los infortunios de su casa; lamentaba el de aquellas desgraciadas Princesas, nietas suyas, renovando con la infelicidad presente la memoria de las pasadas. No parecia, segun las demostraciones del dolor, que en ella se veian, sino que Dario era el muerto. Lloraba á muertos y á vivos igualmente. *¿Quién mirará* (decia) *desde hoy por mis nietas? ¿Dónde hallarémos otro Alexandro?* Añadiendo; *Que nuevamente quedaban cautivas: Que nuevamente habian perdido su Reyno; y que aunque les faltó Dario, hallaron*

ron quien las amparáse ; pero que muerto Alexandro, ninguno las atenderia. Hacia memoria, *de que habiendo tenido ochenta hermanos, fueron degollados todos en un dia, por orden de Ocho, el mas cruel tyrano, que vió el Mundo, y con ellos su padre: Que de siete hijos, que habia dado á luz, no le habia quedado mas que uno; y que aunque Dario habia florecido por algun tiempo, que solo le elevó la fortuna para hacer mayor su precipicio.* Finalmente, rendida al dolor, se cubrió la cabeza; y habiendo hecho separar de sí á sus nietas, y á su nieto, á quien tenia en las faldas, no quiso ver mas el dia, ni que entráse ya alimento alguno en su cuerpo: y de esta suerte subsistió hasta el quinto dia, en el qual perdió los ultimos alientos de la vida. Verdaderamente que esta muerte es gran testimonio de la benignidad, que el Rey usó, asi con ella, como con todos los demas prisioneros; pues no habiendo tenido valor para quitarse la vida muerto Dario, tubo por ignominia vivir muerto Alexandro. Lo cierto es, que si hemos de hacer el juicio que se debe de aquel Principe, habrémos de confesar, que sus virtudes las debió á la naturaleza, y que sus vicios le procedieron, ó de la fortuna, ó de la edad. La constancia de su ánimo fue increible; su paciencia en la tolerancia de las fatigas, tan excesivas, como capáz de rendir á los mas robustos, y acostumbrados á ellas; su valor incomparable, no solo respecto de los Reyes, sino de los que mas se señalaron en él. Mostróse tan liberal, que concedió aun mas de lo que pudiera pedirse á los Dioses. Su clemencia con los vencidos fue tan grande, que no solo volvió los Reynos á los mismos de quienes los habia conquistado, sino que hizo marced de otros á muchos. La muerte, que tan horrorosa es á los demás hombres, la miraba él tan sin ningun temor, que parecia la buscaba á cada paso. No se puede negar, que su ambicion era sin límites; pero tampoco, que fue dispensable en un Principe del verdor de sus años, y en quien correspondiendo á sus empresas tan felices los sucesos de ellas, aumentaban el deseo de la gloria, en que ardia su corazon. Y si volvemos la consideracion á la piedad que usó con los que le dieron el sér, ¿no la acreditó bien con Olympias, habiendo resuelto colocarla en el número de los Dioses? ¿Y con Philipo, habiendo tomado venganza de su muerte?

¿Pe-